This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

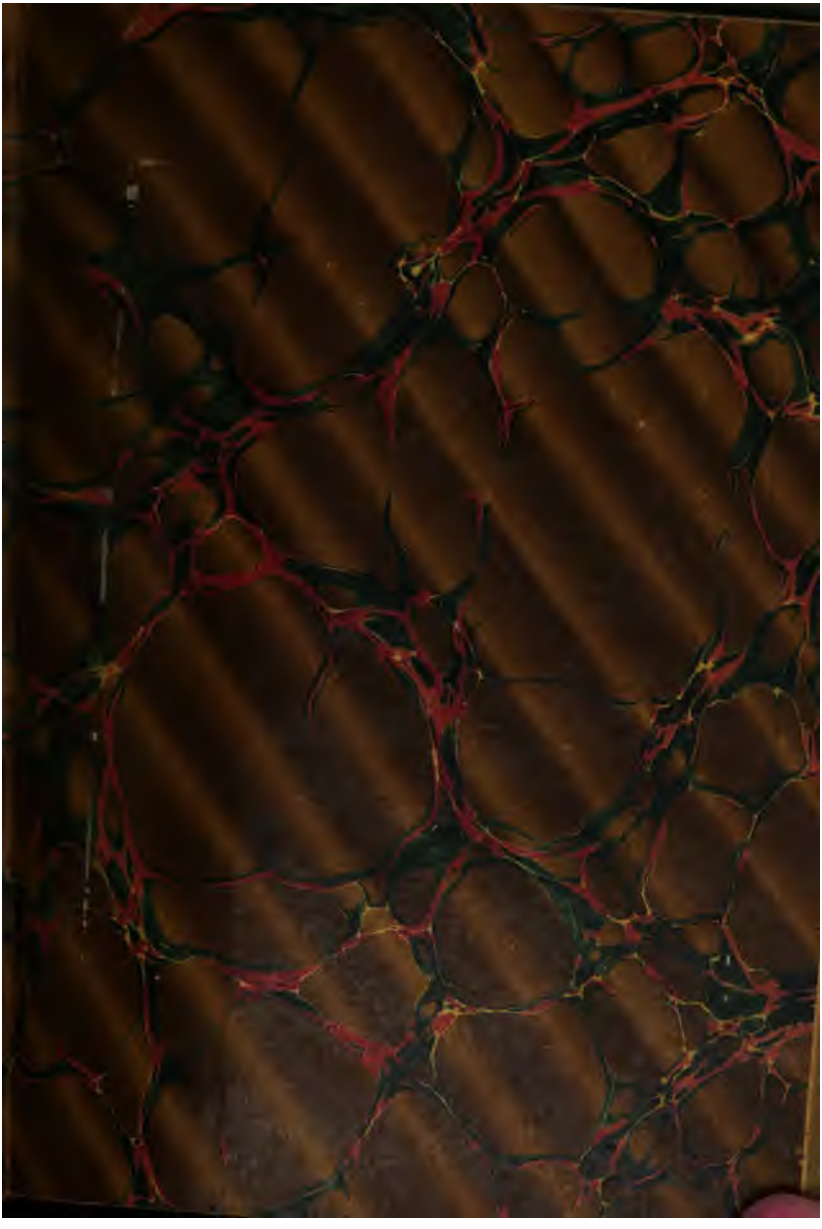
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

2468 c 14

M
1895

275. b. 24.

Vet. Span. III A. 136



aj

3 vols 9/-

BIBLIOTECA DE EL PUEBLO.

D. PERRONDO,

HISTORIA

QUE, SIENDO FALSA, TIENE MUCHO DE VERDADERA, COMO VERÁ EL QUE LA LEYERE.

POR

D. EUGENIO GARCIA RUIZ.

TOMO I.

CUARTA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ CANIZARES,
calle del Barco, 20, bajo.

1863.

NOTA.

Esta obra se empezó á publicar en Palencia por el año de 1850. A las tres primeras entregas, dió una real órden el ministerio Bravo Murillo para procesar al autor: salieron otras tres entregas y bajó otra real órden para formarle otra causa. Restablecida la prévia censura, se sobreseyeron las dos causas por real decreto, no sin que al autor le hubieran ya causado miles de vejaciones con dos años de prision y con considerables desembolsos, ni sin que se inutilizáran por la autoridad pública mas de 1,500 ejemplares de las seis entregas publicadas, de las que se quiso hacer un *auto de fé* en medio de la plaza mayor de Palencia. En 1853 el autor presentó su obra á la censura, y esta dió el permiso para publicarla, lo cual tuvo efecto en dicho año y en el de 54. En 1856 se hizo la tercera edicion, y esta es la que, conforme con lo aprobado por la censura, empezamos hoy á reproducir en nuestro folletin.

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
25 SEP 1930
OF OXFORD

PRÓLOGO.

Si me preguntas, lector carísimo, cuál es el objeto que me he propuesto al escribir y publicar esta obra con un título estravagante para unos, un tanto raro para otros y que para todos debe ser indiferente, satisfaré tu curiosidad en muy pocas palabras. Creo que á la sociedad en que vivimos la aquejan muchos y gravísimos males, ya se la contemple en sus clases altas, ya en las medianas, ya en las bajas, y que por mas que trabajen los hombres honrados y animosos que todos los partidos encierran, con el fin de sacarla de su postración, consegui-

rán bien poco sin una reforma en las costumbres. Hé aquí el pensamiento que predomina en mi obra desde el principio hasta el fin, pensamiento mas breve y elegantemente esplicado sin duda en la siguiente sentencia de Horacio (Oda 24, lib. 3.° de los versos).

¿Quid leges sine moribus
Vanæ proficiunt?

Para llevar á cabo mi plan, superior á mis fuerzas, aunque no á mis deseos, he tenido que idear una infinidad de escenas, ya alegres, ya risueñas, ya lisonjeras, ya terribles, que supongo pasan en un viaje, cuyo principio es en tierra de Campos, y, siguiendo por Castilla, Navarra, Aragon, Cataluña, Baleares y Valencia, tiene su fin en Madrid. Como consecuencia de esto, he ideado tambien una multitud de personajes de todos calibres y colores, buenos y malos, feos y hermosos, tontos y listos, bribones descarados, y nobles, entusiastas y generosos.

A ninguno, lector, le tomes, pues, por verdadero, porque ninguno lo es. Bajo este supuesto es mi deber sentar, afirmar y protestar aquí, como solemnemente siento, afirmo y protesto, que ninguno de mis dichos personajes es real y positivo, sino que todos, todos los que juegan en la novela,

empezando por los viajeros y el tio Blasillo y concluyendo por el General, el tio Cernícalo y la tia Gurgusa, han sido concebidos en mi mente y de ella trasladados al papel.

En una palabra, yó no doy tras de esta ó de la otra persona, tras de este ó del otro individuo viviente, aun cuando hablo de diputados, ministros, jueces, abogados, cara bineros, comerciantes, fabricantes, etc., porque todo el mundo me parece digno de respeto, y de cualquier modo debe serlo para el escritor público: dóy tras de las cosas é instituciones que me parecen malas, y si para ello me he valido de personajes ideales, es porque no puede pasarse por otro camino.

Semejantes declaraciones, que he considerado necesario hacer para gobierno de amigos y enemigos (si es que yo tengo de estos) encuentran el mas sólido fundamento en la idea filosófica, que predomina en la obra, la cual, siendo elevada, porque quiere la mejora de la sociedad, se la rebajaria hasta lo infinito haciéndola servir para ruines resentimientos personales, ó venganzas bajas y vituperables, y le hallan tambien no menos sólido en el carácter de mis dos principales protagonistas, siendo el primero (Don Perrondo) la viva personificacion de la *Caridad* y de la antigua hidalguia castellana, y el segundo (Masalegre) el tipo de la lealtad y al propio tiempo del sarcasmo contra los

vicios que en mi concepto atormentan á la sociedad en que vivimos.

El ejercicio práctico de la *caridad* por un lado, y la burla constante dirigida contra toda clase de vicios y añejas preocupaciones por otro, es lo que á mi modo de ver se necesita, mas de lo que comunmente se cree, para mejorar la sociedad actual.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

NOTICIAS DE DON PERRONDO Y MASALEGRE.

En un pueblo de Castilla la Vieja, pátria de nobles y generosos corazones, vivia no há muchos años (y acaso viviré á estas fechas, mitad próximamente del dichoso siglo XIX), un caballero soltero, que con dificultad rayaria en los cuarenta. Llamábase *José*, ó *Pepe Redondo*, y por abreviatura era conocido así en el pueblo como en todos los inmediatos por *Perrendo*. Dejáronle sus padres un tan soberbio patrimonio en tierras, viñas, casas y ganados, que gozaba una renta de *diez mil duros*, enormísima suma y sobrado suficiente para vivir en la córte, cuanto mas en un pais como en el que estaba, donde las infinitas necesidades, reales ó ficticias, que crea una esquisita civilizacion en los grandes centros de poblacion, y traen

segun suele decirse á mal traer hasta al hombre mas sesudo y arreglado, eran casi por completo desconocidas. Tenia, pues, nuestro caballero en cada año un inmenso sobrante, del que no hacia oculto tesoro, porque su buen corazon le llevaba irresistiblemente á buscar otro mucho mas apreciado del verdadero hombre de bien, repartiendo aquel con prudente y previsora mano, esto es, segun las necesidades, desgracias y vicisitudes de sus paisanos, cuya inmensa mayoría le adoraba con frenesí.

Hagamos aquí el retrato de nuestro buen caballero. La elevacion de sus miras, la nobleza de su alma y la bondad esquisita de su corazon aparecian perfectamente pintadas en su franca fisonomía y en todo el conjunto de su cuerpo gentil. Era de aventajada estatura, pues tenia muy cerca de cinco piés y seis pulgadas, de formas proporcionadas, rostro claro y un poco largo, espaciosa y serena frente, cabello castaño oscuro, ojos negros, grandes y penetrantes, adornados además con largas y espesas pestañas, nariz recta y afilada, y labios sonrosados mas bien gruesos que delgados, por entre los cuáles se divisaba una dentadura igual, blanca y cuidadosamente conservada: al labio superior le adornaba un negro y poblado bigote y en el inferior daba principio la larga y hermosa perilla, que le cubria su redonda barba: todo, pues, estaba anunciando en el bello semblante que acabamos de delinear la resolucion, la franqueza, la bondad y la inteligencia.

"Aunque tenia dados en renta nuestro caballero todos sus bienes, al revés que la mayoría de los que se encuentran en su posicion, no gustaba de la bulliciosa vida de las grandes ciudades, donde á

la par suelen gastarse antes de tiempo las fuerzas del cuerpo y del espíritu. La suya, retirado en el oscuro rincon donde la casualidad, ó mejor, la Providencia le habia colocado, era económica, metódica, tranquila y completamente feliz. Recreaba su alma elevada con la lectura de los mejores libros antiguos y modernos que poseía, fortalecia su robusto cuerpo con el cultivo de las flores y plantas que en profusion ostentaba siempre el hermoso jardin de su morada, y ensanchaba su noble corazon con la dispensacion oportuna de grandes y multiplicados beneficios... ¿Acaso crueles desengaños del mundo, brillantes y lisonjeras ilusiones que el viento se llevára para nunca mas volver, ú otras causas, solo de él sabidas, detenian en su especie de soledad, en su digámoslo así voluntario destierro, á este hombre, soltero en lo mejor de su vida, bello, noble, opulento, inteligente, valeroso, espansivo y simpático? ¿ó acaso, penetrado de su mision, de la que aun le faltaba mucho que cumplir, vivia así para llevarla á cabo, libre de toda traba, esento de toda contemplacion, desembarazado de toda cortapisa?... ¿quién sabe?... Lo que á nosotros cumple asegurar es, que rodeado de grandes riquezas, de las que solo hacia para sí el uso moderado que dejamos anunciado, era con sus obras y con sus palabras el modelo mas acabado de todas las virtudes, y el ángel reparador de toda clase de penas é infortunios.

Si arreglada era su vida en lo que llevamos narrado, no lo era menos en lo referente al servicio de su persona, tan solo desempeñado por un criado y una criada, considerados por él mas que como tales, como dos antiguos y fieles amigos. Profesaba á aquel un profundísimo cariño por ser

de su misma edad, por haber vivido en su compañía desde la mas tierna infancia, por haber ido juntos á la escuela y al estudio de gramática, por haberle servido, conduciéndole las *cargas* á la ciudad, cuando en lo mejor de su juventud fué estudiante de filosofía y facultad mayor, y por ser despues en todo tiempo el principal instrumento de sus infinitas bondades para socorrer las necesidades de los desdichados.

Cual el amo, era el criado, de formas atléticas, aunque un poquito mas delgado: tenia una frente despejada y prominente, ojos azules y penetrantes, cabello claro, y nariz algo larga y gruesa: á sus sonrosados lábios asomaba de contínuo una risita, de la que nada tenia que temer el hombre honrado, pero que en mas de cuatro ocasiones habia sido terrible para el malvado por el sarcasmo fuerte, y hasta si se quiere sangriento, que por un regular encerraba. Llamábase *Tomás Alegre*, y á semejanza de su amo era conocido por *Masalegre*, especie de apodo ó seudónimo que merecia dos veces, una por derivarse de su nombre y apellido, y otra por ser el hombre mas alegre del pueblo, donde desde su mas tierna edad se dió á conocer ventajosamente por su génio asaz burlon y divertido.

Si grande era el afecto de D. Perrondo hácia su criado, no era en su tanto menor el que profesaba á la criada, anciana mujer llamada *Francisca*, que bien se le merecia aunque no fuese mas que en justa reciprocidad del inmenso, entrañable, purísimo, que ella tenia *al que habia arrullado en la cuna*, de lo que se estaba gloriando todos los dias. Dos magníficas mulas que servian para la silla y para tirar de un birlocho en los viajes cortos de

nuestro caballero, un hermoso é inteligente mastin y un par de gatos malteses, sin contar con una multitud de aves domésticas, eran los demas vivientes que habitaban bajo su hospitalario techo.

En una noche, de las primeras del otoño, serena, hermosa, apacible, de esas en que el cielo, particularmente en Castilla, se presenta despejado, límpido, encantador, convidando á gozar y á contemplar la mano poderosa del Criador, despues de una cena frugal y con un cigarro en la boca, estaban conversando amo y criado bajo el magnífico emparrado del jardin, sobre los beneficios que la mano del último, por mandato del primero, habia llevado al seno de mas de cuatro familias, cuando D. Perrondo, mudando á propósito de conversacion, dijo á Masalegre:

—Llegó ya el dia, Masalegre, de poner en práctica nuestros designos, há tanto tiempo concebidos: obran en nuestro poder, como sabes, las correspondientes recomendaciones para los principales puntos en donde hemos de tocar; dejamos arreglados nuestros negocios de rentas, y por último tenemos dicho á Francisca cómo se ha de gobernar dentro y fuera de casa durante nuestra ausencia... El dia pasado fuí, como sabes, á despedirme de mi buena tia... ya, pues, nada nos resta que hacer: en tal supuesto bien podemos dar principio mañana á nuestro viaje, que el mundo no se encierra en este pueblo ni en los inmediatos.

—Me parece, señor amo, dijo Masalegre que es punto menos que imposible el que mañana podamos salir de casa, por mas que yo lo desee tanto como Vd., siquiera por dejar esta vida monótona en que hace años vejetamos y conocer el mundo; porque ya es tarde, el alcalde no me podrá dar los

pasaportes por estar acostado, luego las despedidas de Vd...

—Por lo del pasaporte concedo que se podrá dilatar nuestro viaje hasta mañana á las ocho ó las nueve, repuso D. Perrondo; pero por las despedidas no, porque no pienso tener mas de dos, la de mi buen amigo Zenon y la del señor cura, único con quien en este pueblo sostendré correspondencia mientras estemos fuera. Así, pues, haz que Francisca nos prepare un poco de fiambre y recoge por la mañana los pasaportes que á la noche dormiremos á seis ó siete leguas de distancia.

Quisiera replicar Masalegre á su amo, pero no se lo permitió la determinacion de este, quien levantandose de repente se encaminó á su gabinete de dormir, donde le dejaremos por ahora para ver cómo arregla Masalegre sus cosas para la partida que tanto ó mas que D. Perrondo deseaba.

Salió tambien Masalegre del huerto un poco despues que su amo, y dirigióse á la cocina entonando como siempre acostumbraba una de esas canciones amorosas y sencillas, que con tanta gracia como naturalidad se cantan en las aldeas por la mayor parte de los habitantes conocidos con el insultante nombre de *pueblo bajo*.

—¿Ya vienes *gorgoriteando*? le dijo Francisca; sin duda te ha puesto hoy la Gertrudis mejor cara que nunca, pues parece que entonas mas y mas alto que lo de costumbre.

—No, mi querida Francisca, dijo Masalegre; no es por esa tirana por quien tengo el corazon lleno de gozo, ni por ella canto ahora mas alto que otras veces: yo no sé si esa cruel me estima ó me aborrece; lo que sí puedo decirte es que hace de mí lo que quiere, como si fuese un chiquillo, á pesar de

tener ya mis cuarenta á la cola: pero volviendo á nuestro asunto te diré, que este desentono de mi voz consiste en que estoy *mas alegre* que nunca, porque has de saber, que mañana mismo vamos el amo y yo á empezar el viaje *alrededor del mundo*, desde há tiempo proyectado... ¡figúrate, figúrate si no estaré loco de contento cuando voy á ver tantos pueblos!... ¡tantas provincias!.. ¡tantas ciudades!... Zaragoza, Barcelona, Valencia, Madrid, el mar...

—El mar no te envidio que lo veas, dijo Francisca interrumpiéndole, porque ya le ví yo hace treinta y siete ó treinta y ocho años cuando mi ama, la madre de D. Perrondo, fué á tomar baños.

—Bien está; pues yo no le he visto, porque en las dos veces que ha ido el amo á Santander, me he encontrado enfermo.

—Así es; yo le ví, pero no quedé aficionada á verle de nuevo. Yo llevaba al amo en mis brazos, y por cierto que si ahora siento que salga de casa no es por otra cosa que por los trabajos é incomodidades de los viajes; pues entonces, además del mal tratamiento que nos dieron en todas las posadas, por poco no perecemos el ama, el niño, el criado y yo, á causa de un vuelco que dió el coche en esas montañas de Santander, que quisiera Dios no volviese á ver.

—Nadie vé lo que no quiere, amiga Francisca.

—Lo dirás tú, replicó esta; ¿tanto hace que salió del pueblo á tomar los aires de la montaña el amigo del amo, D. Zenon, solo porque así le plugó al señor gobernador de la ciudad? ¿no te acuerdas que tambien estuvo en un tris el que mandasen al mismo punto á nuestro amo, á nuestro amo, que es el hombre mas de bien y mas pacífico del mun-

do, y á quien indudablemente hubieran hecho ir, *sin él quererlo*, á no haber mediado la intercesion no pedida de la señorita C..., amiga de dicho gobernador?

—Cierto es lo que dices, Francisca; pero las autoridades no pueden obrar contra las leyes.

—Será así, replicó aquella; mas lo cierto es que obran, como tu mismo has visto por el pobre don Zenon.

—Tienes razon, mujer: yo soy un pobre hombre que, como obro bien, creo que nadie puede obrar mal. Pero dejemos esto á un lado, y confiemos en Dios, que siempre proteje á los buenos. Prepara, pues, lo mas pronto posible un poco de jamon, gallinas y algo mas que se agregue á los riñones, mientras yo voy limpiando las botas y ropa del amo, y componiendo los arreos de las mulas en que hemos de hacer nuestro viaje.

En esto, cada uno de los domésticos de D. Perrando se puso á trabajar, Francisca á componer la vianda que Masalegre la habia encargado y este á limpiar la ropa y los arreos, cantando á ratos como de costumbre, aunque en voz baja para no despertar al amo, y á ratos conversando con su buena compañera, a quien prometió escribir á menudo durante su peregrinacion. Cuando Francisca hubo acabado su trabajo, como buena amiga y compañera de Masalegre, se puso á ayudarle en sus faenas, con lo que el fiel criado, ó mejor, amigo de nuestro D. Perrondo, pudo acostarse allá sobre las doce de la noche, esto es, un par de horas antes que él habia pensado, y dormir de este modo otras cinco ó seis para levantarse descansado y contento, como lo hizo, en busca de sus pasaportes.

CAPITULO II.

EL ALCALDE PELAO Y LOS PASAPORTES (1).

Aun no habia el astro del dia arrojado sus rayos de oro sobre el horizonte, como dirian los poetas, cuando Masalegre estaba ya llamando á la puerta de la habitacion del alcalde en demanda de sus pasaportes.

—¡Malditos pasaportes! decia para sí mientras le abrian la puerta: ¿no está *Periquillo* en presidio por tantos robos como hizo en toda la comarca, eso que siempre que le prendió la justicia le encontró con sus pasaportes en regla? ¿no ahorcaron al tuerto *Mata-sangre*, eso que cuando le echaron el guante tenia nada menos que siete pasaportes de los siete alcaldes de la circunferencia? ¿por qué me han de obligar á mí, y sobre todo á mi amo, que es un señor tan buano, á llevar pasaportes, cuando somos los dos conocidos y honrados en toda la comarca?

Pero dejemos en estas contemplaciones á Masalegre, mientras damos una idea, aunque sucinta, del alcalde de su pueblo. Llamábase Bartolomé de las Góndolas; era de regular estatura, seco, de frente estrecha y nariz algo roma: su lábio superior era largo y delgado; pero el inferior grueso, y en su medio formaba una especie de hocico sumamente repugnante: para complemento de esta

(1) El lector debe estar convencido de que durante los *once* años de feliz memoria hubo, sobre todo en las poblaciones cortas, alcaldes *Pelaos* á montones, que han *pelado* á manselva y de lo lindo al paciente pueblo español.

cara de orangutan, diremos que era pobre de cejas, escaso de pestañas y falto enteramente de barba, por cuyo motivo fué conocido en el pueblo desde niño con el apodo de *el Pelao*, llamándole unos *el Pelao* á secas, y otros *Bartolo el Pelao*.

El Pelao, que sabia leer mal y escribir peor, habia conseguido, teniendo varios años las alcabalas del pueblo, un capitalito de veinte á treinta mil reales, con el cual se manejaba decentemente. El año antes de su nombramiento de alcalde dejó las alcabalas por consejo de su mujer, que habia sido criada del jefe de la provincia, con el objeto de que este le invistiera de tal cargo, logrando entrar en la lista de concejales por la influencia de varios amigos, que siempre creyeron sería el último regidor. Así que fué la lista de concejales al jefe, nuestro Pelao, aunque llevaba menos votos que sus compañeros, logró facilmente que se le designára por alcalde, quedando el abogado y otras personas respetables de simples regidores y burladas las esperanzas del pueblo, que á todos hubiera querido ver regentando menos al de la cara, cejas y pestañas afeitadas por la naturaleza.

Hasta allí, fuera de los actos de alcabalero, en los cuales no cedia mientras no sacara su escote, habíase mostrado el Pelao bastante afable y cumplimentero con todo el mundo; pero desde el momento en que le nombraron alcalde, cuanto mas indigno era de regentar un pueblo algo respetable, mas desatento y orgulloso se mostraba con todos y en particular con los pobres y desamparados. Desde entonces mudó el tono de hablar y el modo de andar, y nunca se presentó en público sin su baston de mando, adornado con dos enormes

borlas de un cuarteron de peso dada una: todo lo que tenia de insolente y procaz para con sus administrados, tenia tambien de bajo y humilde para los que creia superiores, aunque no lo fuesen: se quitaba el sombrero delante del comisario de policía, á quien salia á esperar y despedir á gran distancia del pueblo; hacia reverentes cortesías al celador de los montes del partido, y tenia el estribo, á guisa de escudero de caballero andante, á un inspector que mandase la intendencia en averiguacion de si un pobre tendero vendia cominos sélos, ó pimienta y cominos á un tiempo, ó si un labrador habia vendido una cama ó dental á un compañero, ó se le habia prestado hasta que trajese otros de venta el carretero montañés. Para él, si el jefe le mandaba una cosa, era lo mismo que si Dios se lo mandase, y se hubiera dado por muy satisfecho con que en una de las ocasiones en que iba á visitarle le hubiese mandado sacar un *florero corrupto*, circunstancias que, sea dicho de paso, debieron influir en el ánimo de su señoría para designarle de alcalde con preferencia á los demas regidores. En el pueblo, nuestro Pelao *no temia á nadie*, cual él decia, pero pasaba, como no podia menos, por un gran cabestro, á quien á su antojo manejaba el escribano, que sin embargo era el segundo número del pueblo en la clase de los cabestros. Diremos por último, que el Pelao habia sido amigo de nuestro Masalegre hasta que fué nombrado alcalde: desde entonces viósele abandonar á sus antiguos camaradas, *ya inferiores á él*, investido del cargo *popular* de alcalde *constitucional* de real órden.

Hecha esta reseña histórica del alcalde Pelao, volvamos á nuestro Más alegre, á quien arriba de-

jamos discurriendo sobre los pasaportes. No habia aun acabado de pronunciar la última frase contra tan *eficacísimas* garantias del órden público, cuando de repente fué abierta la puerta de la casa, apareciéndose á nuestro criado una moza de mas de treinta navidades, rolliza como una flamenca, recia como una encina y fea como ella sola.

—¡Adios, mi querida Celedonia! dijo risueño Masalegre... ¿Sabes que estás cada dia mas robusta y mas guapota?... ¡Ay! ¿Quién será el tonto que no se muera por tus pedazos?

—¡Vaya! *¡Alabancias* tan de mañana! esclamó con zalamería la Maritornes.

—Todo se lo merece el santo, replicó Masalegre.... ¡Ah! ¡si yo pudiera! Pero, chica; vengo de prisa. ¿Puedo ver al señor alcalde?

—Está en la cama todavia, contestó Celedonia; á nadie dejaria subir, pero á tí sí, que eres el mozo soltero mas galante del lugar.

—Gracias, amiguita, dijo Masalegre, y sin mas cumplimientos se dirigió tarareando hácia los doce banzos de la escalera, que conducia al dormitorio del alcalde. Este, que sin duda no gustaba que le incomodase ningun importuno á horas intempestivas, se incorporó como pudo en el lecho, y sacando ambos brazos, sin fijarse en el individuo que tan bruscamente acabára de invadir su santo tabernáculo, esclamó fuera de sí y en tono de autoridad:

—*Como entra usté aqui sin mi primiso?*.

—Vengo con *primiso* de Celedonia, señor alcalde, le contestó con sorna Masalegre; porque sino ¿*cumo* quiere *usté* que yo entrase *motu propio* en el dormitorio de la primera autoridad del pueblo? Si hubiese sido otro que Masalegre, seguro es

que el Pelao le hubiera hecho bajar la escalera á paso redoblado; pero acordóse de que era el criado de D. Perrondo, y de que antes que alcalde había sido amigo suyo, por lo cual depuso algun tanto el adusto ceño, que no sin razon tomara, y haciendo de tripas corazon, le dijo:

—Vamos: agradece que eres tú... ¿y qué traes á mi casa tan de mañana? ¿qué es lo que le sucede á tu amo?

—Nada, á Dios gracias: solo vengo por dos pasaportes para él y para mí.

—¿Pues á dónde vais? dijo el Pelao.

—Vamos á viajar por toda la España, le contestó Masalegre, y en esta misma mañana precisamente quiere el amo dar principio á nuestra peregrinacion.

—No estará el escribano levantado, y por lo mismo no te se puede servir tan pronto, repuso el Pelao.

—¿Qué falta hace el escribano? dijo Masalegre; Vd. puede hacerlo; levántese, que yo le serviré de escribiente, pues ya sabe que estudié gramática latina con el dómine *Pizorra*, que allá en nuestros tiempos nos vapuleaba de lo lindo, aunque no nos enseñase una jota de la lengua de Cicerón.

—Corriente, dijo el Pelao; no necesito levantarme: algo de miedo tengo al escribano, que me ríe cuando hago cualquiera cosa sin contar con él; pero siéntate: sobre aquella mesa tienes pasaportes en blanco, coge la pluma y ponte á escribir lo que yo te *diste*.

Sentóse nuestro Masalegre con sumo placer, sabiendo que iba á tener un rato de solaz con el modo de dictar del alcalde de su lugar.

—Puede Vd. dar principio, le dijo, que ya está todo corriente.

El Peleo, llevándose la mano izquierda hácia el occipucio y la derecha sobre la frente en señal de refrescar ideas, dando un estiron al medio cuerpo que tenia fuera de la cama, y tosiendo tres ó cuatro veces con una fuerza terrible, dijo:

«*Concedo* yo... *D. Bartolomé de las Góndolas y Valentines*... libre y seguro pasaporte á D. Perrondo de la Bárcena, vecino de esta villa, para que por la via *reta*...

—¡Hombre! ..

—¿Qué hombre es ese?... Usté escriba y ponga lo que yo digo, prosiguió muy satisfecho el Pelao:

«*Pase á viajar por los lugares donde la justicia le primita*...

—¡Por Dios, señor alcalde! esclamó al llegar á este punto Masalegre: eso no se puede poner, porque es tanto como decir que el amo y yo somos unos criminales *sub judice*, como diria el latino, y nosotros podemos viajar por todo el mundo, no haciendo daño á nadie, sin el permiso de la justicia.

—Y si la justicia os lo impide, cual hice yo el dia pasado con un estremeño porque no me hizo la correspondiente venia ¿podreis viajar sin *primita* de ella?... ¡Hola! ¿he dicho algo? replicó el Pelao en tono de triunfo.

—Con todo, repuso Masalegre, no se puede poner eso, porque bastaria para que nos miraran en todas partes de reojo, y por *dácame allá esas pajas*, hicieran con nosotros lo que Vd. hizo con el estremeño.

—Pues por tan poca cosa no quiero yo que os suceda nada, dijo el Pelao: no le pongas, y lléva el pasaporte á tu gusto! No es posible que haya un hombre mas reparon que tú, continuó amostazado el Pelao: pon tambien el tuyo como quieras,

que yo les firmaré y en seguida, vete bendito de Dios.

Luego que concluyó los dos pasaportes Masalegre, se les puso á la firma del Pelao, quien estándola echando, soltó la frase para él sacramental hacia ya mas de veinte meses: *los derechos*.

—Ya sé, dijo Masalegre, que tengo que darle á usted dos pesetas.

—¿Dos pesetas? repuso el Pelao: pues qué ¿no come todo el mundo de su trabajo? Ya sabes que por cada firma que echo, llevo dos reales á todo el mundo (1): á tí solo te quiero un real; con que... dáme diez reales, vete con Dios y que la *Madalena* os asista á tí y á tu amo en el viaje que vais á emprender: veremos si antes de que volvais logro otra vez ser nombrado alcalde por el Gefe, siquiera por el bien de todos; pues ya sabes, tú que no ha habido mejor autoridad que yo lo que há que el pueblo es pueblo.

—Aquí tiene Vd. dos pesetas de á cinco, dijo Masalegre, dejando sobre la mesa dos columnarias de Fernando VI, que á causa de estar muy borradas, habia él tomado por de á cuatro.

—Confio en que serán de *columnas*, dijo el Pelao.

—Y muy antiguas, repuso con maliciosa sonrisa Masalegre, quien cogiendo los pasaportes y echando una mirada mas maliciosa aún sobre el Pelao, se bajó tarareando por la escalera y riéndose interiormente de la burla de las dos pesetas columnarias y del modo de dictar del alcalde de su pueblo, á quien dejaba tan ufano como satisfecho con su autoridad, y tan sábio y algo menos co-

(1) Mucho despues de escrita esta obra se ha mandado que por ningun concepto cobren derecho los alcaldes.

mo cuando su madre tuvo el mal humor de echarle á este pícaro mundo.

CAPITULO III.

SALEN D. PERRONDO Y MASALEGRE DE SU CASA, Y LLEGAN Á ONTÁNAS.—POSADA DE ONTÁNAS.

Mientras que Masalegre, así que hubo llegado á casa, despues de salir de la del alcalde, aparejaba las bestias y colocaba en ellas su ropa y la de su amo, sin olvidarse de la fiambre que Francisca les habia preparado, ni de la *morena* de medio cántaro, como él llamaba á su bota, D. Perrondo, que se levantó bastante temprano, aunque un poco mas tarde que su criado, fué, segun habia dicho á este, á despedirse, primero de su amigo D. Zenon, y luego del señor cura, con quien acordó el modo de escribirse recíprocamente durante el viaje: habléle tambien nuestro caballero de otros asuntos que con la mayor confianza dejaba encomendados á su solicitud, porque es de advertir que el cura era un varon respetable y ejemplar por sus virtudes verdaderamente evangélicas: le entregó asimismo algunos fondos para que con ellos atendiese á no pocas necesidades, y abrazándole con la mayor efusion, se despidió de él, inundados los ojos de lágrimas, viendo que el buen eclesiástico lloraba tambien como un niño, solo al considerar que durante unos cuantos meses tenia que estar privado de un amigo tan escelente como don Perrondo.

De vuelta este á su casa, encontró ya á Masalegre concluyendo sus preparativos de viaje. Acto contínuo tomaron un refrigerio, y despidiéndose des-

pues de Francisca, montaron en las dos grandes mulas, y por la trasera de la casa, que daba al campo, salieron en direccion de la antigua y celebrada ciudad de Búrgos.

A las cuatro leguas de viaje, siendo como la hora del mediodia, se apearon en un hermoso prado que junto al camino habia, y como el sol no calentase con escoseo, se pusieron á comer alegremente, rodando la conversacion sobre lo que á Masalegre le habia pasado con el Pelao, que, contado por aquel, no dió poco en que reir á D. Perrondo. Despues de dar cuenta de una buena gallina asada y un gran trozo de cecina y le disminuir la bota considerablemente, aunque preciso es confesar que Masalegre se bebió la mayor parte, don Perrondo, que durante la noche habia estado cabilando sobre su viaje y se hallaba por consecuencia falto de sueño, manifestó deseos de descansar un rato: al efecto colocó Masalegre de la mejor manera que pudo toda la ropa que llevaban: á luego, mientras que él alternaba los cigarros de papel con las visitas á la *morena*, su amo dormia profundamente, y de seguro no hubiera despertado á no ser por el ofensivo ruido de las cencerras de un buen hato de ganado lanar, que dirigia el pastor á la pradera.

Despues de hacer D. Perrondo algunas preguntas al pastor sobre su modo de vivir, ganancias que el oficio le rendia, etc., segun tenia de costumbre con todos los que le parecian desgraciados, mandó á Masalegre que recogiese la ropa y la colocase en las mulas: en seguida volvieron á montar amo y criado y, despidiéndose del pastor, vadearon á luego el cristalino *Pisuerga*: entráronse despues en un camino estrecho, irregular, pedregoso y lleno

de barrancos, tanto mas triste cuanto que los campos solo ofrecian vestigios de una pobre vejetacion, y conversando alegremente sobre los goces que en su concepto les iba á proporcionar el viaje comenzado, llegaron al ocultarse ya el sol á un valleci-to, superado por una colina, en cuya mitad se veia un lugarejo, que bien quisieran que no se llamase *Ontánas*, por lo que en él les sucedió.

Preguntaron por la posada á una vieja mal vestida, que entretenida con otras estaba á la puerta de una casa sucia y miserable, la primera por cierto del pueblo, y contestándoles aquella, *aquí es, aquí es*, tentados estuvieron de seguir adelante; pero por el temor de que les cogiese la noche en un camino tan malo, sin encontrar acaso otro pueblo cercano, determinaron quedarse allí, seguros de pasarla muy mala.

Interin que Masalegre colocaba sus mulas en el detestable establo de la posada de Ontánas, su amo salió á tomar el fresco junto á la puerta de la misma, y apenas trascurrieron cinco minutos cuando se presentó un hombre ya entrado en años, montado en un caballejo seco y mal enjaezado, que podia rayar con los veinte. Estrañóle no poco al recien llegado el encontrarse con un señor tan bien portado como D. Perrondo, y en señal de respeto quitóse su sombrero gacho, saliendo al propio tiempo de sus labios la salutacion que de ordinario hacia á todo el mundo:

—*Buenas noches nos dé Dios.*

Es de advertir que se estaba lo que se llama entre dos luces.

Contestóle D. Perrondo con su afabilidad acostumbrada, y preguntándole mientras se apeaba de su rocin, de dónde venia y á dónde se encaminaba,

se enteró que era el amo de la posada, que venia de un pueblo inmediato de practicar ciertas diligencias.

Tenia este ciudadano unos sesenta años; era de baja estatura, estrecho de espaldas y cargado de hombros: á primera vista se hacia tal hombre repugnante, no solo por su raquítica figura, sino tambien por su feísimo rostro, que tenia una cicatriz bastante profunda y larga desde la oreja izquierda hasta cerca de la boca, por su estrecha y granugienta frente y por sus ojos verdes y pequeñitos, que nunca miraban á derecho, circunstancia rara vez falible para distinguir por ella al cobarde y traidor. Unido esto á la estatura y configuracion de nuestro hombrecillo, un mediano observador reconocerá en él mas bien al alcahuete que al ladron, aunque preciso es confesar que si á tanto como esto no habia llegado, no debia haber sido por virtud sino por cobardía. Hurtaba nuestro posadero, á los pocos huéspedes que le llegaban, cosas que no le comprometiesen mucho, como mantas, botas, cabezadas, cencerras, etc., y era tan famoso encubridor, que todos los rateros de la comarca, si bien no podian contar con él para sus empresas, encontraban en su casa un refugio para sus correrías y un depósito provisional para los productos de aquellas, y en su persona un seguríssimo testigo para probar completamente todas las coartadas que quisieran, á fin de desvanecer los cargos de los tribunales. Servia tambien de alcahuete á los contrabandistas, en lo que al parecer de algunos no obraba tan mal, y las diligencias que segun dijo á D. Perrondo venia de practicar de un pueblo inmediato, habian estado reducidas á poner sobre aviso á un contrabandista amigo su

yo, como mas adelante se penetrará de ello el lector.

Mientras que el posadero metió su caballejo en la cuadra, dejándole suelto, como tenia de costumbre, para que comiese el pienso que los huéspedes echasen á sus caballerías, Masalegre dispuso á su amo lo mejor que pudo una cama en el portal con las dos mantas de las mulas y demás ropas que llevaban, y él se resignó desde luego á dormir en la pajera por aquella noche, tanto porque no habia otro sitio mejor, teniendo que ceder toda la ropa de viaje á D. Perrondo, cuanto por cuidar de las caballerías, de cuya incumbencia se separó el posadero, so protesto de carecer de mozo, por no dar de sí el oficio para mantenerle.

Con la luz del dia concluyó Masalegre de arreglar la cama para su amo, y queriendo madrugar al siguiente para llegar temprano á Búrgos, le dió órden D. Perrondo de disponer inmediatamente la cena con el sobrante de la prevencion de viaje y unos cangrejos ofrecidos por la dueña de la posada, como única cosa de que podia disponer en obsequio de sus huéspedes.

Así que el posadero oyó la órden que D. Perrondo dió á su criado, cerrando las puertas de la casa, encendió la lamparilla, que estaba fija en una de las paredes del portal. Pusieronse á cenar amo y criado, y en sitio aparte y frente á ellos hicieron lo mismo el posadero y su esposa.

La luz opaca de la lamparilla, como producto del aceite de linaza, daba un aspecto sombrío á nuestros viageros y á los dos viejos que, medio recostados en el suelo, no dejaban de tomar con apetito su cena mas que frugal. D. Perrondo cenaba meditabundo y como maquinalmente, no porque

su alma heróica se nublase ante el aspecto de la pobreza, sino porque no le gustaba la fisonomía del posadero, quien de reojo y á hurtadillas miraba de vez en cuando á sus huéspedes, y muy en particular á la bota, que bastante amenudo empinaba Masalegre.

Este, cuyo carácter se avenia muy mal con el silencio, dirijiéndose á los posaderos, les preguntó si tenian ó habian tenido familia.

—No hemos tenido familia en cuarenta años que hace que estamos casados, porque yo soy vírgen, contestó muy séria la posadera.

—¡Vírgen y casada durante cuarenta años! esclamó Masalegre. ¿Cómo diantres...

—Pues ahí verá Vd., replicó la posadera: sesenta y cinco años cuento: á los veinticuatro me casé con mis Blas, y por *mas diligencias que he practicado* para tener familia, entre ellas beber el agua de San Gregorio y tirar las piedras á la fuente de Santa Casilda, no he podido lograr nada, por lo que algunas veces maldigo mi mala fortuna (1).

—No hagan Vds. caso de esta bachillera, dijo á la sazon el posadero; lo que quiere decir es, que

(1) El agua de San Gregorio, á la que los beatos atribuyen muchísimas virtudes, entre ellas concluir con el coco y destruir toda clase de insectos usándola en conjuros, la sacan de un pozo ó una fuente en Navarra, no lejos de Rioja, y con ella bautizan un San Gregorio, por cuya operacion adquiere la propiedad indicada y hasta la de hacer fecundas á las mujeres estériles. A la fuente de Santa Casilda, que esta en la provincia de Búrgos, cerca de Briviesca, la atribuyen la virtud de convertir en fecundas á las estériles, arrojando á ella siete ó mas piedrecitas todas juntas y mejor una á una.

es *estéril*, y no vírgen. Pero lo que siento es (y mudó con cuidado de conversacion) no tener alguna cosa buena conque obsequiar á Vds. segun yo quisiera, pues como ya soy viejo, no puedo ir al mercado de Villada, cual iba siendo jóven, á comprar truchas y salmon, las primeras á real la libra, y á cuatro cuartos lo segundo.

—¡A *cuatro* cuartos la libra de salmon! esclamó Masalegre; nunca lo hemos comido nosotros á menos de cuatro reales.

—Hoy así sucede, dijo el posadero, y de eso es de lo que yo me quejo; pero es porque han hecho tantas carreteras por donde lo llevan á Madrid y á otras ciudades, y con esto y con tantas postas y diligencias y postillones nos quitan á nosotros de comer: antes, que no habia ningun buen camino, y los que lo traian de Asturias quedaban como encharcados en Campos, le tenian que dar al precio que nosotros queriamos pagárselo, y nunca en el siglo pasado compré yo el salmon mas de á real la libra (1); lo mismo sucedia con las telas y tabaco negro: dejaban vivir á todo el mundo; pero hoy con las puertas y carabineros no dejan á vida á ningun contrabandista, á no dar á aquellos todas las ganancias. ¿Y qué es lo que sucede? que en vez de aquel tabaco negro esquisito, que nos daban casi de valde, tenemos que fumar estos *blanquillos* caros y de infame calidad.

—¿No le gustan á Vd. los buenos caminos? le dijo Masalegre.

—A mí, no señor, contestó el posadero: siempre me ha gustado andar por veredas y sendas estra-

(1) Es positivo que en el último siglo se compraba el salmon de Asturias en Villada á medio real la libra, y los labradores lo salaban para dárselo á sus criados durante una gran temporada.

viadas, porque así he ganado de comer mejor que ahora.

Con esto, y con la defensa que aquel había hecho de los contrabandistas, quedaron convencidos nuestros viajeros de que estaban albergados en una casa *non santa*, y se prepararon á pasar aquella noche no sin algun cuidado por lo que pudiera ocurrir. Concluyeron todos de cenar; recogió Masalegre su bota ya vacía y sus fiambreras tambien exhaustas, y recibiendo una seña de vigilancia (que por cierto no necesitaba) de su buen amo, y viendo á este colocado en la cama de campaña, pidió cebada al posadero para sus mulas y, despues de cuidarlas, se zampó en la pajera, firmemente resuelto á no pegar el ojo en toda la noche á fin de velar por su querido amo.

El posadero, despues de echar una ojeada sobre la alforja se dirigió á apagar la lamparilla, lo que le impidió D. Perrondo, diciéndole que siempre dormia con luz, y que le pagaria el aceite que se gastase, con lo que le tapó, como suele decirse, la boca, y dando las buenas noches á su huesped, triste y cabizbajo, por cuanto veia que por la maldita luz de la lamparilla ya no podia llevar á cabo su proyecto de arrebatar la *morena* de nuestro Masalegre, se encaminó á oscuras á la detestable escalera que conducia al desvan, donde le esperaba ya su cara mitad.

CAPITULO IV.

EL TIO BLASILLO.

Para que el lector tenga una idea mas clara de lo que á nuestros viajeros sucedió en Ontanda, necesitamos decirle, que las diligencias que el posa-

dero, segun indicó á D. Perrondo, venia de practicar de un pueblo inmediato, eran que habia ido en busca de un contrabandista en telas inglesas y tabaco, para prevenirle que en manera alguna se acercase á su casa en aquella noche. Sin embargo, los carabineros que recorrian la provincia, tuvieron soplo de que venia, porque solia hacerlo de vez en cuando á la posada de Ontánas, donde el dueño le recibia como á otros varios, pues ya se deja dicho que su casa era la guarida ordinaria de contrabandistas, y lo que es peor, de todos los rateros del pais. Como nuestros viajeros llegaron precisamente en aquella tarde, un segundo soplo dirigido á los carabineros hizo que estos considerasen á aquellos por contrabandistas, tomando las señas circunstanciadas tanto de su figura, porte, etc., cuanto de las mulas en que iban montados. Con esto, determinaron los de la ronda visitar la posada en las altas horas de la noche, pensando sorprender en ella algun género prohibido.

Sin miedo á los carabineros, sin el cuidado de arrebatar, como él deseára, en medio de la oscuridad la *morena* de nuestro Masalegre y de esperar á su amigo el contrabandista, le dejaremos al posadero de Ontánas roncando á pierna suelta, mientras que Masalegre no solo no dormia por el recelo que tenia de que les sucediese algun fracaso á él y a su amo, sino porque no le dejaban siquiera sosegar las miriadas de pulgas que en la pajera donde estaba se hallaban albergadas y muy bien nutridas por causa de un cerdo que al posadero pertenecia: D. Perrondo tampoco pegaba el ojo por la sospecha que abrigaba de hallarse en casa de un hombre de no muy buena conducta.

Serian las tres de la madrugada cuando vino á llamar la atencion de D. Perrondo un ruido como de ocho caballos, que se acercaron á la puerta de la posada, y aplicando el oido, pudo aquel percibir la órden que uno de los ginetes dió á los demás, concebida en estos términos: *la mitad á la puerta conmigo; la otra mitad á la trasera, y fuego sobre el que intente escaparse ó trate de resistir.*

Dar esta órden tan lacónica y terminante, echar á correr la mitad de los caballos en direccion de la trasera de la casa, apearse los ginetes de los que á la delantera estaban, y sentirse dos terribles golpes en ella, acompañado de las voces, ¡abra usted, patron, ó se echa la puerta abajo! todo fué obra de un momento.

D. Perrondo, qua fluctuaba entre abrir incontinenti ó dar primero aviso al amo de la posada, se levantó vestido como se habia echado, y poniéndose al pié de la escalera, dió voces al patron, que ya se estaba vistiendo, porque el ruido de los caballos tambien le habia despertado, para que bajase á abrir.

Bajó este en efecto al instante, y como hombre que ya se habia visto multitud de veces en semejantes lances, no mas abrir la puerta, se dirigió á los carabineros, que tales eran los que le venian á visitar, y con fingido asombro esclamó:

—¡La ronda por mi casa!

—¿Y cuándo no andamos por ella, tio Blasillo? dijo el que aparentaba ser jefe de ellos: dos contrabandistas, añadió, han entrado al anochecer en vuestra casa, y ahora no se escaparán ¡vive Dios! como nos sucedió hace tres meses, porque vengo decidido...

—Y *de negro, de negro*, señores, que lo soy yo,

dijo Masalegre interrumpiendo al carabinero y presentándose de improviso en medio del portal.

—¡Cómo!

—¡Maldito sea el patron, continuó Masalegre, con su salmon y su tabaco barato, sus sendas y veredas, la virginidad de su mujer, y todo con cuanto maldecirle se debe en este mundo, que estoy hecho un Nazareno con tanta pulga como he cogido en esa infame cuadra, donde sin duda habitan todos los demonios del infierno! ¡habiéramos hecho mejor mi amo y yo en tiraraos de cogote al Pistiergа, que no haber venido á parar á esta posada vil y endemoniada!

Los carabineros, que no entendian esta música de Masalegre, porque naturalmente debieron creer sería un ardid para escaparse, sin encomendarse á Dios ni al diablo y sin abandonar la brida de sus caballos, echaron á la cara sus carabinas diciéndole:

—¡Ríndete, truan!

—Me rindo con toda mi comitiva, dijo Masalegre, á quien rara vez abandonaba su buen humor... Si Vds., añadió con dignidad acercándose mas á los carabineros, no tuvieran esas armas á la cara, no llamarian *truan* impunemente al hijo de mi padre.

—¿Qué es esto, señores? dijo D. Perrondo, que lleno de asombro no acertaba á comprender la actitud hostil de los carabineros: ¿por quiénes nos toman Vds.? nosotros somos unos viajeros, que hoy hemos salido de nuestra casa y vamos en direccion de Búrgos, pero ni somos ni hemos sido contrabandistas: retiren, pues, esas armas y aquí nos tienen Vds. para lo que gusten mandarnos.

El pacífico lenguaje de D. Perrondo hizo que ba-

jasen sus carabinas los de la ronda, y que el cabo de ellos, que era el que hacia de jefe, dijera con aire de triunfo: *estás Ud. preso.*

Con miles de razones, tan prudentes como fundadas, lo mismo D. Perrondo que Masalegre, se apresuraron en esto á hacer comprender á los carabineros el error que padecian; pero estos, que sin duda no querian entender de razones, insistieron una y mil veces en que nuestros pobres viajeros eran los contrabandistas que á todo trance se habian propuesto atrapar. Mientras tanto el tio Blasillo no habia estado holgando. Viendo entretenidos á sus huéspedes y á los de la ronda, con mucho cuidado se acercó á las alforjas de aquellos, cojió en un abrir y cerrar de ojos la *morena* de Masalegre y una de las dos mantas de las mulas, y dándoselas á su consorte, esta las puso al momento en lugar seguro.

Desesperanzado por el pronto D. Perrondo de convencer á los carabineros, se resignó á aguardar silencioso la venida del dia, que no estaba muy lejana y él quisiera apresurar, no solo por perder de vista la posada del tio Blasillo, sino porque enterados con calma los carabineros de quién era, le dejaran proseguir su viaje en union de Masalegre. Pero él demonio, que al parecer todo lo traia revuelto en aquella noche, se habia propuesto sin duda tentarle la paciencia con otro inesperado contratiempo.

Sucedió, pues, que en alguna de las muchas ocasiones que el caballejo del posadero se metió entre las mulas á comerlas el pienso, como el amo le tenia acostumbrado, debió alzar una de estas sus remos traseros y darle tan fuerte golpe, que le echó á tierra reventado, produciendo al caer tanto

ruido, que el posadero adivinó la catástrofe, y dando un grito terrible, se dirigió al establo y observó que el animalejo estaba patitieso frente de la que montaba D. Perrondo. El posadero, que vió á su rocin tendido sin vida en el suelo, empezó á dar tales alaridos de fingido sentimiento, que no solo alarmaron á D. Perrondo y á todos los presentes, sino tambien á los cuatro carabineros que apostados estaban á la trasera de la posada, los cuales corrieron presurosos á la delantera, creyendo que sin duda habia ocurrido alguna gran desgracia: cerciorados del caso, trataron todos y muy particularmente D. Perrondo de consolar al tio Blasillo, haciéndole entender al propio tiempo lo despreciable que era el animal para que por su pérdida hiciese tan estraordinarios estremos.

Al oir vituperar á su jamelgo, el truan del tio Blasillo abandonó el tono lloron é hipócrita con que habia asustado á sus víctimas de aquella noche, y encarándose á D. Perrondo le dijo con mucha formalidad:

Yo bien sé que me tengo que quedar con la mula de Vd. porque la ley manda que el *dañado se quede con el dañador*. Pero ¿cree Vd. por ventura que su mula me resarcirá de la pérdida que he sufrido con la muerte de mi caballo?

Recibieron todos los circunstantes el modo de discurrir sobre legislacion de parte del tio Blasillo con una estrepitosa carcajada; pero este, mas formidote que nunca, juró por las barbas de su padre, que no sacaria D. Perrondo la mula de su casa aunque le hicieran tajadas.

Los carabineros salieron á cortar el vuelo á la ambicion del tio Blasillo diciéndole, que las mulas de los huéspedes quedaban embargadas y ellos

preso para ser conducido á Búrgos, debiendo ir él mismo atado y á pié como *encubridor, rebelde y contumaz*.

—Porque no os encubro á vosotros, dándoos los pesos duros, que hace ocho dias me pedísteis, dijo el tio Blasillo en un movimiento de ira, que no pudo contener; por eso, por eso, me quereis ahora castigar injustamente. Y no bien habia acabado de pronunciar la última palabra, cuando un par de linternazos bien sacudidos por el cabo de los carabineros con su larga tizona, le hicieron tener una prudencia que tanto interesaba á aquellos y que el posadero no pudo conservar en un acceso de furor.

Volvió á insistir despues de esto D. Perrondo en que los carabineros le dejasen en libertad, lo propio que á su criado; pero como lo que aquellos querian era vengarse á todo trance de la jugarreta que al parecer les habia hecho dias atras el tio Blasillo, ser acreditarse de esquisito celo por otro lado ante el jefe suyo de provincia y *alguna cosilla mas*, dijeron resueltamente, que no podian menos de llevar á cabo lo que habian dicho, que si eran inocentes, ninguna perjuicio se les seguiria, supuesto que su direccion era á Búrgos, y que lo que harian por ellos seria dejarles ir en sus mulas si no registrasen los equipages y la casa del posadero, operacion que aun no habian practicado.

Resignóse D. Perrondo á sufrir este nuevo contratiempo, y como ya apuntaba la aurora, que tan impacientes aguardaban él y su criado, suplicó á los carabineros que hiciesen su registro para en seguida abandonar la maldita posada del tio Blasillo y el no menos maldito lugar que la encerraba.

Despues de registrar inútilmente la casa se pu-

sieron á examinar el equipaje de nuestros viajeros que pieza por pieza les iba manifestando Masalegre; y figúrese el lector cuál sería el asombro de éste cuando por mas vueltas y revueltas que le dió no pudo encontrar ni su flamante *morena*, ni la rica manta de su mula. Al momento sospechó quién se las habia hurtado, y haciéndoselo así comprender al tio Blasillo á fin de que se las devolviese, este contestó en un tono cual el del que se dá por agraviado, ¿qué si él era algun ladron para culparle por la desaparicion de sus efectos?

—¡Más que Caco, y alcahuete, y rufian, endemoniado y hechizero! esclamó lleno de cólera Masalegre. Y abalanzándose á él, cual hombre que ya estaba fuera de sí por tantos pesares como en aquella maldita casa le habian pasado, trás de la lluvia de insultos, le dirigió otra no menos terrible de cachetes, que dió con el tio Blasillo en tierra. Cual nos pintan á San Miguel sobre el diablo, al ver al posadero en el suelo, *púsole Masalegre su pié sobre el pescuezo con la celeridad del rayo*, diciéndole:

—¡Muere, ladron, hipócrita y encubridor perverso, que sin duda eres el mismo demonio, á ver si así todos quedamos en paz!...

No le dejaron seguir tanto su amo como los carreteros, porque estaba tan fuera de sí, que de seguro concluye con el tio Blasillo sino se lo impiden; pero Masalegre, de quien se habia apoderado un furor terrible, pugnaba por volver á acudir al posadero, este Blasillo era de sus sesenta años, que en su concepto le impedian vengarse de aquél, y la posadera, viendo al marido tan mal tratado, ponia el grito en el cielo demandando justicia.

—¿Qué lugar de los demonios es este, dónde tantos trabajos hemos encontrado en una sola noche? Preguntó encolerizado Mosalegre, y así que le dijeron que se llamaba Ontanas, añadió dirigiéndose á su amo:

—Pague Vd. la cuenta cuanto antes, que yo no estoy ahora para ello, y salgamos de aquí sin perder tiempo y sin pensar siquiera en que nos devuelvan la bota y la manta, porque el posadero *se ha llamado á ontanas* (1) con ellas y, escusado será el reclamárselas, que no volverian á nuestro poder, aunque le diese otras *bregas* como las pasadas.

El posadero y la posadera, que no habian cesado de gritar y blasfemar, con la esperanza de satisfacer su codicia, al oir que les pedian la cuenta sus huéspedes, la cual ya no pensaban cobrar, siquiera por estar mas que suficientemente pagada con el valor de la bota y de la manta, se dieron una seña de inteligencia y entraron en la cocina: á luego salieron, y el tio Blasillo, dirigiéndose á D. Perrondo, dijo:

—Ya que los señores carabineros han declarado embargada la mula que mató mi caballo y que de derecho me pertenecia, me debe Vd. por la pérdida de aquel *tres onzas de oro*, y por el gasto, cama, luz, etc., *dos duros*, de modo que todo suma mil reales justos.

Al ver un ladron tan descarado, iba á arrojarse á él nuevamente Masalegre para darle unas cuantas razones con sus puños; pero á una sola mirada

(1) Frase provincial que significa en Castilla quedarse uno con lo que no le pertenece contra la voluntad de su dueño, cuando éste no puede probar que se lo quitaron ó lo dió, muy semejante, casi igual, á la de *llamarse á andana* ó *andanas*.

de D. Perrondo se detuvo mal de su grado: este, sacando unas monedas de oro del bolsillo, se dirigió al posadero y le dijo:

"Tome Vd. veinte duros, que graciosamente le quiero dar, porque si me habia de pagar Vd. la mala noche que he pasado y lo que acaso pasaré por venir á casa de Vd., no era bastante todo el valor de ella ni de cuanto poseer pueda; pero le advierto, que no transijo con ningun género de latrones y menos con los que roban sin oposicion."

El truhan del posadero, que sabia muy bien que su rocin no valia cien reales, y que el gasto hecho por los huéspedes y sus mulas se importaria una peseta, cogió lleno de gozo y sin pronunciar palabra los veinte duros que le alargó D. Perrondo, olvidando en tal momento las verdugones que en el cuerpo le habian levantado los *advertencias* del cabo y los *cariños* de Masalegre, y no acordándose de los *buenos ratos* que sin duda le estaban esperando con llevarle los carabineros en clase de encubridor de contrabandistas á disposicion de los tribunales de Búrgos.

Los carabineros, que al ver los *convincentes* argumentos de que nuestro Masalegre se habia valido en la idea de que el tio Blasillo le devolviese su manta y su bota, estaban ya persuadidos de que ni aun por asomo eran ni él ni su amo contrabandistas, midiendo ahora el alma generosa de D. Perrondo por la pequeñez de las suyas, creyeron que el proceder del huésped para con el posadero, y la conformidad completa de este (pues que ni siquiera desplegó los lábios al ver los veinte duros en sus manos), era todo valor entendido para burlarse de ellos; y así empezaron de nuevo á dudar de la buena vida de nuestros viaje-

ros, y se decidieron con mas ahinco á llevarles en clase de presos como sospechosos de ejercer el contrabando. Previniéronles que inmediatamente se dispusieran para marchar, sin olvidarse del tio Blasillo, á quien de antemano, segun dejamos apuntado, tenian condenado para llevar atado y á pié.

Pásose Maslegre á arreglar el equipaje, y sacando las mulas de la cuadra, le acomodó lo mejor que pudo sobre ellas; en seguida montaron él, D. Perfecto y seis carabineros, con inclusion del cabo, y todos tomaron el camino de Búrgos, habiendo dado el último la órden á los dos restantes compañeros de que se viniesen poco á poco tras ellos, porque como el tio Blasillo tenia que caminar á pié, y atado codo con codo por añadiduras, no podian seguirlos en manera alguna.

CAPITULO V.

EL CABO LA-VIÑA (1).

Ya el sol naciente doraba con sus rubicundos cabellos los mas elevados picos de la comarca, cuando nuestros ocho viajeros empezaron á subir la áspera colina al pié de la cual se sienta al pueblo de Ontánas, y que con precision hay que trepar para ir al de Hornillos en direccion de Búrgos. Cuando la hubieron ganado por completo, Maslegre, que caminaba el último, echó una mirada

(1) Téngase entendido que al introducir este personaje en la fábula, no es nuestro ánimo injuriar al cuerpo de carabineros: si en él se encierran algunos individuos que no comprendan su obligacion, la mayoria es honrada y pundonorosa.

retrospectiva, y fijándose por un momento en el monton de casas sucias que componen el pueblo, y muy particularmente sobre la posada del tio Blasillo, esclamó:

—¡Quédate con el demonio, por no decir con Dios, lugar de infausta memoria, guarida sin duda de rateros y gente de mal vivir, cuando has dado nombre á la accion de no querer soltar lo ageno, á pesar de tenerse contra la voluntad de su dueño..! ¡Juro por el alma de mi padre no volver á verte aunque en ello me fueran los mayores beneficios en esta vida y la salvacion en la otra..!

—¿Tan mal le ha ido á Vd. en ese pueblo, que así le maldice? le dijo con maliciosa sonrisa el cabo de los carabineros.

Masalegre se puso á mirar á este de hito en hito, como quien no acertaba á comprender, que se le hiciese semejante pregunta con formalidad, y despues de un rato de silencio, recalcándose con mucha flema sobre la silla de la mula, le dijo:

—¿Se le figura á Vd., señor cabo, que el hijo de mi padre tiene el sobrenombre de *Marcòs*, ó que soy tonto de capirote para que Vd. quiera á mansalva burlarse de mí? Me llamo Tomás Alegre; soy soltero por mi fortuna; fueron mis padres honrados, y yo á nadie he hecho mal en mi vida, que ha sido arreglada y nada sospechosa para todo el mundo, menos por lo visto para Vd. y los compañeros, cuando nos llevan á Búrgos en clase de presos como contrabandistas...

—Yo supongo, dijo á la sazon interrumpiéndole don Perrondo, que Vds. se habrán desengañado ya de que nosotros no somos contrabandistas, y por lo tanto nos dejarán proseguir nuestro viaje en plena libertad.

—Sí... ya se ve... Vds. no lo serán, dijo el cabo, pero nuestro deber...

—Es el de perseguir á los criminales y dejar en paz á los hombres de bien: que nosotros somos gente honrada, lo acreditan (si es que acreditar pueden algo), nuestros pasaportes, que ahora enseñaré á Vds., y además en Búrgos tenemos personas que garanticen nuestra conducta.

—Escusado es, dijo el cabo, que se nos enseñen los pasaportes; y supuesto que en Búrgos tienen personas que respondan de su conducta, ningun cuidado deben tener por ir en clase de presos, porque solo será cosa de ocho dias el acreditar su inocencia y...

—¿Y qué necesidad tenemos nosotros de sufrir las consecuencias de semejante prision, ni los vejámenes consiguientes á patentizar una conducta sobre la cual no tienen Vds. el más leve motivo de duda?

—Lo que es por nosotros... ningun inconveniente habria... en dejarles á Vds. en libertad... ahora mismo, repuso el cabo. Y echando una mirada sobre D. Perrondo, como si quisiera adivinar el efecto que en este tendrian que producir sus palabras, añadió: pero los jefes podrian hacernos cargo... si tiene al posadero de Ontánas tan sobre ojo... ¡oh! es un malvado y... Vd. no sabe cómo está nuestra disciplina... tenemos las manos atadas, porque esta subordinacion...

—Señor, dijo á la sazon Masalegre; ya veo yo que no es tan malo el tio Blasillo como habia creido, ó que al menos si lo es, no deja de tener compañeros en este camino de Búgos, que en mal hora tomamos. Paréceme que es escusado el que usted trate de convencer á estos señores, porque siem-

pre oí, que no hay peor sordo que el que no quiere oir, ni peor ciego que el que no quiere ver.

Yo bien conozco, añadió mirando á los carabineros, que estos señores dejarian correr el carro con tal que no se untase la rueda.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso? preguntó el cabo con aparente incomodidad.

—Quiero decir que nosotros no iríamos presos, si fuéramos, no contrabandistas, pero sí traficantes en dinero.

—Menos le entiendo á Vd. ahora, repuso el cabo.

—Es que, continuó Masalegre, no me ha dejado usted concluir la frase: decia, que si nosotros fuéramos *traficantes en dinero sin cuelta*, tal vez ustedes... pues... creo que ya me habrá Vd. comprendido.

El cabo, que si bien habia sacudido al tio Blasillo los linternazos que le sacudió en su casa, no lo hizo porque le dijese la verdad, sino porque dió á esta una publicidad estemporánea, abrió con las palabras de Masalegre un ojo tan grande como el del puente de las Calda sobre el *Vizcaya*, y entre formal y risueño dijo:

—Ya Vd. ve, amigo mio... un mal sueldo y mucho trabajo son dos cosas que le hacen al hombre mas guapo sucumbir muchas veces á lo que no quisiera, y al fin y al cabo... ¡si otros... pues...

—Señor amo, ya estamos libres, si Vd. quiere, dijo al oir esto Masalegre; el cabo es un hombre completo... ¡pues digo! no faltaba mas que no se hubiera convencido con las *razones* que yo le he dado de que nosotros no somos contrabandistas!...

El cabo de los carabineros, que no comprendió la maliciosa sorna con que Masalegre acababa de

espresarse (de tal manera le tenia trastornados los sentidos el interés) quiso ponerse en buen lugar con nuestros viajeros, disculpándose del mal rato que les habia hecho pasar, y así dijo:

—¡Oh! Vds. no deben estrañar nuestra primera conducta, por cuanto las presunciones... lo que es las presunciones ¡oh! de ninguna manera debieran Vds. quedarse anoche en la posada del tio Blasillo, porque su nota de encubridor... pero por fin... para deshacer un yerro, siempre y cuando hay lugar.

D. Perfecto, que ni siquiera habia pensado, como Masalegre, que el principal objeto de llevarle así el cabo de los carabineros fuese el de exigir de él cierta cantidad de dinero, y que primero hubiera sucumbido en su carácter honrado á sufrir las consecuencias de un juicio dispendioso y de mala especie, que á la bajeza de corromper á aquel por un vil interés, apenas se atrevió á comprender, aunque la estaba viendo, su desvergonzada impudencia, y así, fijando sobre él su penetrante mirada, le dijo:

—Oiga Vd., señor mio; nunca me gustó entorpecer el curso de la justicia con recomendaciones, promesas, amenazas, ni dádivas de ninguna clase, eso que por desgracia siempre he sabido que anda mucho de esto en nuestra España... puede usted por consecuencia calcular si recibiré la libertad que Vd. me ofrece comprada con menosprecio de mi pundonor y del de Vd. Si en el cuerpo á que pertenece hubiera muchos que como Vd. comprendiesen sus obligaciones, creyendo que Vds. serian los verdaderos contrabandistas, á quienes habria que perseguir echándoles á sus casas y dejando que corriese con libertad por el pais toda clase de

personas y de géneros, que con esa libertad ninguna daño se le haría, y con el proceder de ustedes, no le puede sufrir mayor. Y al decir esto, echó una mirada de desprecio sobre el cabo, pálido y avergonzado con semejante relacion, y en tales términos cortado y mohino, que bajando la vista ni aun pudo articular una palabra siquiera en defensa de su mala causa, y se contentó con maldecir interiormente su precipitada credulidad, al oir los sandeadores ofrecimientos de Masalegre.

Uno de los carabineros, que por cierto era romo y tenia su verdinegra cara salpicada de pelos, el cual pareció á Masalegre un verdadero retrato de su amigo el Pelao, quiso salir á disculpar el proceder del cabo, y con voz chillona y un tanto ofensiva dijo:

—Si el cabo La Viña (que así se llamaba el jefe) supiera distinguir á los hombres miserables de los caballeros, no hubiéramos sido avergonzados por Vds. en esta ocasion, ni nos hubieran hecho en *nuestras barbas* semejante desprecio.

Pero Masalegre con su génio divertido le salió al encuentro diciéndole:

—¿En qué escuela de caballería ha aprendido usted que sean *caballeros* los que se dejan seducir por dinero? Paréceme, amigo mio, que bien podrá hablar de caballerías, pero de caballeros..... lo dudo, porque hablado estos por un regular gordo y subido, y estando generalmente afeitados, de haber tratado con ellos, siquiera hubiese Vd. aprendido con su roce á *afeitarse* y á hablar en otro tono que el de *tiple*.

El carabinero, que se vió picado tan en lo vivo, echando mano á su charrancha:

—¡Pícaro! ¡ladron! esclamó: ¡ahora te afeitaré

yo el pescuezo, hijo de una grandísima... Y diciendo esto y blandiendo el sable, arremetió á Masalegre, que sin duda hubiera pagado bien cara su chanzoneta, á no haberse interpuesto entre los dos otro de los carabineros, que por lo visto era hombre de bien (pues nunca falta una alma caritativa), diciendo:

—¡Alto ahí!... el señor (por Masalegre) está en su derecho; tú lo has insultado, y justo es que sufras con paciencia lo que él te haya dicho en propia defensa. Yo á la verdad jamás hubiera hecho la proposicion del cabo La-Viña; pero bien ó mal hecha, me he callado porque no dijeran: los señores no entienden esa música, y aunque siempre he pensado así, ahora creo mas que nunca que ni aun por asomo son contrabandistas, y que por lo mismo debemos dejarles ir en libertad adonde Dios les ayude.

—No irán tal, dijo á la sazon el cabo, algun tanto repuesto ya de la terrible impresion que en él produjeron las palabras de D. Perrondo. Adonde irán, añadió, será ante el comandante de Búrgos, quien los entregará al tribunal correspondiente para que les juzgue: Vd., contiuuó dirigiéndose al chato, envaine su espada, y Vd. (por el que le impidió sacudir á Masalegre) lo que tiene que hacer es oir, ver y callar.

—O no hare tal, dijo con energía el que habia salvado á Masalegre.

—Es que tengo mi espada, repuso el cabo, para hacer entrar á Vd. en su deber.

—Es que yo tambien tengo superiores que le harán á Vd. comprender el suyo.

Viendo D. Perrondo que de seguir este altercado podrian haber ocurrido por de pronto des-

agradables consecuencias para el que habia salido á la defensa de su criado, á quien tomára instantáneamente aficion por su honrado proceder y sano lenguaje, traté de apaciguar á ambos contendientes, haciéndoles comprender que ningun pensamiento podrian llevar á cabo si entre ellos no reinaba la mejor armonía; y con esta y otras muy parecidas razones logré cortar la nueva disputa, en ocasion que se divisaba ya el pueblo de Hornillos, al cual llegaron de allí á media hora. No queriendo hacer detencion en él, tomaron la dirección de Rabé, y conversando acerca de asuntos agenos á la situacion de nuestros viajeros, sobre la que ya no le pareció conveniente á don Perrondo el hablar, y tropezando cincuenta veces en el camino, por ser solo propio para cabras, llegaron á la posada de este último pueblo á eso de las diez de la mañana, hora en que, por calentar demasiado el sol, determinaron quedarse á echar un pienso á las bestias, comer y descansar ellos, pues para llegar á Búrgos á un paso lento tenian mas que bastante con dos horas, que pensaron fuesen las últimas de la tarde.

CAPITULO VI.

POSADA DE RABÉ: EL CARABINERO JUAN GUTIERREZ: LA FUGA: ENTRADA EN BURGOS.

Era la posada donde se entraron los ocho caminantes, única que habia en el pueblo de Rabé, bastante parecida á la de Ontánas, aunque algo mas capaz; pero, bien fuese porque el ardor del sol ofendia ya demasiado á nuestros dos viajeros, ó porque el corazon les anunciase que no les habia de ir tan mal como en la del tio Blasillo, no

se penetraron al acercarse á ella de la repugnancia, que les hizo dudar la noche anterior sobre quedarse en Ontanas, ó andar de noche por un pais para ellos desconocido. Cuando entraron en el portal, estaba barriendo escopa la posadera, mujer de unos treinta, de elevada estatura, gruesa como casi todas las de su oficio y que, sin ser hermosa, tenia cierta gracia, que producia en todo el que la veia por primera vez una no desagradable sensacion. Aunque estaba acostumbrada á ver con alguna frecuencia á los carabineros, no dejó de sorprenderla el que estos fuesen en compañía de unos hombres tan bien portados como D. Perrondo y su criado: sin embargo, cuando todos se apearon en su casa, y la hicieron el correspondiente saludo, se limitó á contestar á él, y dejando su rueca en un rincon del portal se fué á ayudar á Masalegre, á quien vió ocupado con su mula y la de su amo, para que descargase el equipaje de ambas y las metiese despues en la cuadra.

—Muchas gracias, amiguita, la dijo Masalegre así que la vió tan cumplida con él: ¿es Vd. casada?

—Para lo que Vd. guste mandar, contestó la jóven: tengo el marido en el campo, porque el oficio, como que le ejercemos en un pueblo tan corto, no dá de sí para que se esté en casa.

—Ya veo yo, repuso sorprendido Masalegre con los buenos modales de la posadera, que no todas las posadas, que se encuentran en el camino de Burgos, son tan detables como la del pueblo de Ontanas.

—Pues qué, ¿ha estado Vd. en la posada del tio Blasillo? preguntó como asombrada la patrona.

—¡Hola! ¿con que le conoce Vd.? repuso Masalegre.

—¿Y quién no le conoce por este país? es el mas refinado alcahuete de todos los bribones de la comarca: siempre está metido en multitud de asechanzas, de modo que cuando no se halla en poder de la justicia, anda este á buscarle.

—Demasiado que lo sé, amiga mia, dijo Maselegre. Vd. no tiene trazas de mala mas que para una cosa.

—Yo!

—Sí, y es para hacer caer en tentacion á los hombres flacos y débiles como yo.

Sonrióse la posadera de la galantería de Maselegre, quien preguntándola por la cuadra, se entró con las dos mulas, haciéndolo trás él los carabineros con sus caballos, que colocaron convenientemente en aquella, porque es de advertir, que era demasiado capaz y estaba cuidada con bastante esmero.

—¿Qué hay que comer, patrona? preguntó luego el cabo.

—Puedo disponer unos pollos, contestó la posadera.

—Pues componga Vd. unos ocho para todos estos señores, dijo D. Perrondo, en la idea de pagarles de su bolsillo.

En este momento se presentó en el portal un hombre de aspecto siniestro y torva y suspicaz mirada: iba vestido completamente de pana, y un sombrero gacho cubria su cabeza.

—¿Quién de Vds. es el cabo La-Viña? dijo dando una vuelta á un puro que llevaba en la boca.

—¿Qué se le ofrece á Vd.? contestó el cabo.

—Una palabra, repuso el del sombrero gacho con permiso de los señores.

Todos los circunstantes se quedaron sorprendi-

dos de la resolucion y desenvoltura del recien llegado, quien en el acto de decir, *con permiso de estos señores*, se dirigió al fondo del portal de la posada, llevando como maquinalmente trás de sí á La-Viña, y allí cambió con este cuatro palabras en voz baja, que solo pudo percibir el amigo de Masalegre, como mas próximo á ellos, y porque al efecto aplicó el oido decidido á romper de todo punto con el cabo. Concluyó la conversacion de este y del recien llegado con la palabra *corriente*, que pronunció el último, quien acto contínuo salió de la posada, despidiéndose con el ordinario saludo de *¡Adios, señores!*

—¡Un vaso de vino, patrona! dijo al momento el cabo lleno de estraordinaria satisfaccion.

—No tengo vino, contestó aquella, pero si usted lo quiere iré por ello á la taberna.

—Pues venga agua, que aunque poco aficionado, apagaré con ella la ardiente sed que me devora.

La patrona tomó un vaso que llenó de agua de un cántaro presentándosele en seguida al cabo: este apenas le aplicó á sus lábios dijo:

—Esta agua es un caldo, patrona.

—No puede ser, señor cabo, porque no hace una hora la trage yo misma de la fuente y el agua de nuestra fuente no puede ser mejor ni mas fresca.

—¡Magnífica fuente! ¿No la ha visto Vd., cabo La-Viña? le dijo el de las pocas barbas y voz acaponada. Yo no daria dos cuartos por todo el pueblo de Rabé, pero por la fuente... ¡oh! lo que es la fuente... mejor no la hay en media España: debe usted verla.

La posadera lanzó una mirada de desprecio sobre el *marica*, y ya iba á salir en defensa de su pueblo,

tan maltratado por aquel, cuando sus ojos negros se encontraron con los de Masalegre, y este la dió de señas para que callase, porque en la visita que queria hiciesen los carabineros á la fuente vió él la realizacion de un pensamiento que acababa de concebir, y así para animar mas á estos á que fuesen dijo:

—Yo tambien quisiera ver esa fuente, porque si el agua es tan buena como dice nuestra linda patrona, me gustaria apagar en ella la sed que tengo: déme Vd. un vaso para beber en él, añadió, y dándosele la patrona, le alargó al cabo diciendo á este y á sus compañeros:

—Vayan Vds. andando, que luego les sigo yo, pues ahora voy á hacer una diligencia precisa.

—Vamos pues, dijo el cabo, aunque no sea mas que por ver esa tan ponderada fuente; pero al ir ó al volver, entraremos en la taberna... Y Vd., ¿no quiere acompañarnos? añadió dirigiéndose á don Perfecto.

—Lo haria con sumo placer, contestó este, á no estar tan fatigado, y aunque tengo sed, la patrona me hará la gracia de buscar un vaso de agua fresca.

—Yo me quedo acompañando al señor, dijo el carabinero, que tan bien habia procedido con Masalegre.

—Corriente, dijo el cabo: ¿para cuando estará dispuesta la comida, patrona?

—Para dentro de una hora.

—Algo tarde es, replicó el cabo; pero nos entretendremos por ahí durante ella; y diciendo esto salió de la posada seguido de los cuatro carabineros restantes en direccion de la fuente, que estaba al estremo opuesto del pueblo.

—¡Carabinero! dijo Masalegre delante de don Perrondo y la posadera al que como dejamos dicho se habia quedado en la posada; el tiempo urge y es necesario tomar un partido; yo he tomado el mio: Vd. sabe, y así lo ha confesado, que nosotros no somos contrabandistas: el traernos como ustedes nos traen es una iniquidad; así pues he determinado escaparnos ahora á Búrgos: usted se compone por de pronto como pueda con sus compañeros y el cabo, y en aquella ciudad, la suerte de Vd. corre de cuenta de mi señor amo: si usted quiere servir será con ascenso, sino, no le faltará á mi amo donde colocarle en un destino mas cómodo y sobre todo mas lucrativo, que el que usted tiene. En cuanto á Vd., añadió dirigiéndose á la patrona, veo que es una mujer guapa y honrada, cosa que es mas digna de apreciar en el oficio que Vd. tiene; tome Vd. media onza de oro por el gasto de las mulas y la comida preparada, que esta servirá para los carabineros, pues nosotros nos vamos en este momento.

La posadera que oyó la relacion de Masalegre, á quien instantáneamente habia tomado no pequeña simpatía, aprobó su pensamiento, y les recomandó á él y á su amo, que sin dilacion le pusiesen en práctica, no fuera que los carabineros volviesen antes de realizarle; pero rehusaba coger los ocho duros, que Masalegre la alargaba, por parecerla demasiado, mas esto se les hizo tomar diciéndola:

—Mas merece Vd. los ocho duros, y aunque dijera ochocientos por su escelente servicio y buena voluntad, amen de ese palmito de cara, que siento dejar de ver tan pronto, que no el pícaro del posadero de Ontánas los cuatrocientos reales,

que solo mi amo pudo alargarle en su desastrosa generesidad.

El carabinero, que habia visto la generosidad de D. Perrondo en Ontánas y la de su criado en Rabé, ateniéndose tambien á lo que le dictaba su conciencia, dijo:

—No puedo menos de aprobar el pensamiento de Vds., y en el acto monten en las mulas, que en Búrgos nos veremos á la mayor brevedad: yo me compondré con el cabo y compañeros y sobre todo con aquel voz de tiple, á quien así Dios me salve, tengo que romper la crisma, ó no he de ser yo hijo de mi padre. Pero con asombro de los tres, esto es, de Masalegre, la posadera y el carabinero, dijo D. Perrondo, que no queria adoptar el pensamiento de fugarse, porque él era muy obediente á las autoridades, y porque en llegando á Búrgos le harian justicia y castigarian el atropello del cabo La-Viña.

—Ríase Vd. de cuentos, caballero, le dijo el carabinero; si le coge á Vd. por su banda la gente de pluma, no le suelta tan pronto ni sin causarle multitud de molestias, amen de pelarle bien pelado: de lo primero no tiene Vd. necesidad, tomando las de Villadiego... mire Vd. que lo sé por esperiencia, eso que soy mas jóven que Vd.; siga el consejo de su criado, que yo no puedo menos de aprobar, y déjese de melindres, que al fin y á la postre tendrian que salirle bien caros.

—¡Ah, señor! esclamó Masalegre, ¿cómo piensa Vd. ahora así, cuando cien veces le he oido, que varios amigos suyos lo habrian pasado muy mal, á no haber tenido desarrollado el *órgano de la escapatoria*? Pues aplíquese Vd. el cuento, y crea al hijo de mi padre, que no por él, sino por Vd., sen-

tiria andar rodando por las cárceles de Búrgos.

—Es muy diferente nuestra posicion, Masalegre, dijo D. Perrondo; ¿qué se dirá de nosotros si huimos de un juicio en el que con precision tenemos que salir bien? probablemente se creerá que somos autores del delito que los carabineros nos atribuyen.

—Sino se trata de que huya Vd. del juicio, porque por un regular, *vellis nollis*, le harán entrar en él, dijo el carabinero; de lo que se trata es de que no entre Vd. en la cárcel, porque si llega á tener esa desgracia, por bien que le vaya, no sale de ella ni en un mes.

—*Si es ó no es, un mes; sino es nada, una semana, y si es algo, un año*: siempre oí yo contar este refran á vuestro padre, cuando le decian que ponian á alguien preso, dijo Masalegre. Y dígame usted, añadió, ¿no se acuerda de haberle oido mil veces cuando vino de la cárcel por *negro* en el año veinte y tres, que estaba en ella un individuo, á quien los tratamientos de los *blancos* habian vuelto loco, que contínuamente decia: *¡yo no voy á la cárcel! ¡primero al infierno que á la cárcel!* Pues señor mio, yo soy de la opinion del pobre loco: *primero al infierno que á la cárcel.*

—¿Quiere Vd. que le diga por último, caballero, dijo á la sazon el carabinero, lo que mas me anima á consejar á Vds. la huida, eso que deberia temer por ella alguna desagradable ocurrencia? Pues es el proceder infame del cabo La-Viña con ustedes y con el hombre del sombrero gacho, que acaba de salir de la posada.

Aquí el carabinero contó á nuestros dos viajeros y á la patrona como oyó toda la conversacion habida hacia un momento entre el cabo y el hombre

vestido de paisano, que no era sino un contrabandista, en la cual acordaron que aquel recorreria con su partida la parte oriental de la provincia en los cuatro primeros dias, que eran los que este necesitaba para despachar todos sus géneros en la parte occidental de la misma, ganando con tal contrata por supuesto el contrabandista, el cabo y acaso algun otro mas.

Con esta nueva infamia del cabo La-Viña, el recuerdo del loco de la cárcel, las observaciones del carabinero y las súplicas de Masalegre, á quien la posadera ayudaba con el mas laudable interés, decidióse D. Perrondo á marchar inmediatamente á Búrgos, visto lo cual, aunque ayudado por todos, sacó Masalegre en menos de tres minutos las mulas de la cuadra, colocó en ellas su equipaje, montaron él y D. Perrondo, y dando este un millon de gracias á la posadera por su fina voluntad, repitiendo al carabinero las ofertas de Masalegre, y tomando su nombre y apellido de *Juan Gutierrez*, con encargo de que le buscase por sí ó por otros sin perder tiempo en Búrgos, salieron amo y criado de la posada de Rabé, en ocasion de que estaban los carabineros en la taberna del pueblo, de vuelta de la fuente, bebiendo como de costumbre, y muy agenos de encontrarse al ir á comer con la novedad de habérseles marchado su codiciada presa.

El carabinero Gutierrez, que bien podemos llamar salvador de nuestros viajeros, calculando que de seguir el camino recto podria acaso el cabo darles alcance si determinaba ir en su seguimiento, salió con ellos de la posada y les dirigió un corto trecho hasta meterlos en la hermosa vega que, regada por el cristalino *Arlanzon*, se es-

tiendo á los piés de *Rabé*, *Tardajos* y *Villalvilla*: ganada la mitad de la vega y vadeado el rio, llegaron pronto y sin tropiezo á la carretera de Valladolid, que desde muy atrás debieron haber tomado, y entonces, considerándose ya seguros, de tal manera espolearon á sus mulas, que antes de las doce pasaron por frente al *Hospital del Rey* y el celebrado *monasterio de las Huelgas*, y atravesando á luego el primero y mas magnífico puente que tiene Búrgos sobre el citado rio, á cuya cabeza está el magestuoso y admirable arco de *Santa María*, entraron en aquella antigua córte de los Condes soberanos de Castilla, no sin haberles registrado por supuesto los equipajes, como generalmente suede al entrar en todas las ciudades, de una manera tan descortés, que hace aquellas aborrecibles á cuantos viven en las aldeas. Preguntando por posada, les dirigieron á una muy buena, titulada del *Pez Amarillo*, en la que con gusto se apearon, por estar en el centro de la ciudad y no lejos del hermoso paseo conocido por todo castellano bajo el nombre célebre de *Espolon*

CAPITULO VII.

EL ABOGADO ARCINIEGA.

El primer cuidado de nuestros viajeros no mas llegar á Búrgos, fué preguntar por la morada de un amigo de D. Perrondo desde la época que estudiaron juntos en la universidad de Valladolid, á quien queria ver para aconsejarse sobre el partido que debian tomar en vista de lo ocurrido desde la hora y punto que salieron de su casa. Mas antes de conducirles á la de dicho amigo,

justo es que con anticipacion contestemos á una pregunta que naturalmente tiene que hacernos el lector. ¿Y por qué, se nos dirá, ya que nuestros viajeros se decidieron á fugarse, fueron á meterse en Búrgos, que era precisamente el punto á donde les llevaban los carabineros, y no tomaron la determinacion de volverse á su casa, ó dirigirse á otra poblacion donde no pudiesen alcanzarles los tiros de los tribunales de aquella ciudad? Para el que no conozca lo que son los tribunales, está muy en su lugar semejante observacion; pero el que tenga una ligera idea de su mecanismo, no puede menos de saber que, aunque trabajan á pié firme, es su fuerza superior á la palanca de Arquímedes para remover con facilidad los mayores obstáculos: guardias civiles, carabineros, tropas de línea, boletin oficial, requisitorias en todas direcciones de justicia en justicia, telégrafos, todo lo tienen á su disposicion para caer de improviso sobre el que no quiere abandonar el suelo patrio; porque en cuanto al que se decide á tomar este partido, no tenemos que decir otra cosa sino que siempre se burla de todos aquellos medios conjurados en su contra, aunque no sin vencer alguna difiultad.

Volviendo á nuestro asunto diremos, que don Perrondo y Masalegre se encaminaron, provistos del correspondiente guia, á la habitacion que ocupaba el amigo y condiscípulo del primero en el centro de la ciudad, y muy cerca de la magnífica y nunca bien ponderada catedral metropolitana: precisamente acababa este de comer, cuando nuestros protagonistas llamaron á la puerta de su casa: una linda criada vizcaina pasó el recado, anunciando el nombre de D. Perrondo, y obtenido

al instante el permiso para entrar, cruzaron un estrecho pasadizo, que en derechura les condujo á la habitacion que ocupaba el amigo y condiscípulo de aquel.

Llamábase el personaje en cuya casa acababan de entrar nuestros viajeros *D. Pantaleon Arciniega*: era de regular estatura, cara redonda y bastante colorada, como la de todo hombre de génio algo pasato y no muy valiente corazon: una frente serena y bastante despejada y dos hermosos y grandes ojos azules daban á su fisonomía una espresion de regular inteligencia, y mas que de esta, de dulzura y hasta pusilanimidad.

Era el señor Arciniega abogado por su fortuna ó desgracia, aunque si bien se considera, desgracia y no pequeña es ejercer una profesion que vive generalmente de las rencillas, sinsabores, disgustos, ruina, privaciones y eternos ódios de sus semejantes en un siglo en que, al revés que en tiempo de nuestros abuelos, se ejerce sin deshonor el mas mecánico oficio, porque con él, sin hacer derramar una lágrima, ni causar á nadie el mas insignificante disgusto, se proporcionan útiles ventajas á la sociedad.

Al contrario que D. Perrondo, que no mas recibirse de bachiller en leyes, abandonó la carrera por el insoportable fastidio que le produjeran los indigestos comentarios del Vinio á las instituciones de Justiniano y el intrincado laberinto del *Codex Repetitæ Prælectionis* del mismo déspota, nuestro Arciniega siguió impertérrito por el árido camino que le trazáran con paciente mano Matienzo, Acevedo, Antonio Gomez y demás embrolladores de las por sí bastante embrolladas leyes de Toro, y de todos los demás estrujadores de Có-

digos, desde el célebre *Forum Judicum* de los godos, hasta el mal recopilado de la Novísima Recopilacion. Con este motivo, á luego de recibirse, se estableció en Búrgos á ejercer la profesion, en la cual gozaba de bastante nombradía, nombradía á que por otra parte es preciso confesar era acreedor, aunque no fuese mas que porque no tenia la conciencia tan elástica como la tienen algunos de su clase, á quienes tanto se les da defender, que un contrato ó un testamento son válidos, como que padecen de un vicio completo de hulidad, pues que para todo encuentran armas en el inmenso arsenal construido por los comentadores de nuestras leyes.

Sin embargo, era Arciniega un abogado en toda le estension de la palabra, que tenia por añadidura un defecto hasta cierto punto imperdonable, consistente en su infinita pesadez respecto de la conversacion pues que, quisieran que no los que con él tratasen, les habia de enderezar la historia de los pleitos que defendia, desde el dia que habian empezado hasta el en que habian concluido, sin olvidarse cuando lo requeria el caso, de encajarles la genealogía de los abuelos, padres, hijos y hermanos de los litigantes, de sus tios muertos dos siglos hacia y hasta del cura que les habia bautizado, ó casado. Aparte de esto era un hombre de buen fondo y de bello y escelente corazon.

—¿Tú por aquí la Bárcena? dijo Arciniega al estrechar entre sus brazos á D. Perfecto: ¿qué diablos te trae por esta tierra? ¿Sabes, chico, añadió mirándole de arriba abajo al tiempo de soltarle de sus brazos, que estás si cabe mas jóven y guapo que cuando estudiábamos en Valladolid hace ya veinte años?

—Es que me he conservado soltero, le dijo don Perrondo, y la vida del celibato es muy aparente para llegar tarde á la vejez.

—Yo creo lo contrario, amigo mio, repuso Arcinniega con cierto aire de tristeza. Por no haberme casado yo, creo que estoy desmejorado: ¡esto de no tener uno quien le cuide! ¡oh! cuando viene una enfermedad, tener que valerte de estraños, que miran con indiferencia tu salud!... y sobre todo, solo el pensar en la muerte sin dejar otro tú que te herede y llore sobre tu tumba... ¡oh! ¡esto es atroz, insoportable!

—¿Por qué pues, no te casas, si tienes esos pensamientos?

—Los tengo, sí, Bárcenas: yo no me contento como *Epaminondas* con las hijas inmortales de *Leuctres* y de *Mantinéa*; no me contento con haber ganado como aquel guerrero dos grandes batallas en mi profesion: á saber, el ruidoso pleito del duque de C... contra el marques de H... y el mas ruidoso aun del rico propietario B... contra D. Indalecio de J... que le tenia usurpados dos grandes mayorazgos, no: yo quiero otras hijas verdaderas y no figuradas... ¿Pero dices que por qué no me caso? añadió contemplando á D. Perrondo con amarga sonrisa; ¿y quién es el que, ejerciendo con algun éxito como yo la noble profesion del fôro, se arroja á casarse en estos tiempos? Yo, aunque trabajo, tengo conciencia, y por eso no gano ni aun la cuarta parte que otros que no trabajan la mitad que yo: con esto... no soy rico... y como hay tantos abogados para tan pocos pleitos... nos estiman en... nada. Por otra parte, estamos en un siglo de asqueroso mercantilismo, que nada atiende al espíritu y todo lo dá á la materia: si tratas

de casarte, no preguntan si eres hombre honrado ó bribon, si has seguido una costosísima carrera, ó has servido de mozo de pajera en algun meson, sino si tienes *treinta ó cuarenta mil duros*, bien ó mal adquiridos, y con ellos te basta para ser hombre virtuoso, inteligente y de buena figura ante la mayor parte de las jóvenes, coquetas, gastadoras é interesadas.

—En verdad, amigo Arciniega, que te paras en pocas cosas, dijo D. Perrondo: sí, como dices, crees que la vida de soltero te ha desmejorado, y quieres tener hijos que consuelen tu vejez y lleven tu nombre y tu fortuna despues de tu muerte, ¿tienes mas que casarte con una mujer que sea digna de tí, que te estime y ayude á soportar las miserias de esta vida, sin mirar si es rica ó pobre, si es descendiente de grandes señores, ó de honrados aunque pobres artesanos? Segun te esplicas, tú no buscas una esposa; lo que buscas es una fortuna.

—¡Hombre! tanto como eso, no, dijo Arciniega; sin embargo... no dejas de tener razon en parte...

—¿Qué si tengo razon? repuso D. Perrondo: vamos, vamos, Arciniega, sin que sea mi ánimo ofender tu amor propio en lo mas mínimo, yo creo que tú das demasiada importancia al título de abogado y por eso no te has casado todavía... Pero ¡caramba! dejemos por ahora esta materia, que otro dia podremos tomar mas despacio, y hablemos del asunto que me trae á verte un poco antes de lo que yo pensaba.

Aquí D. Perrondo le hizo una estensa relacion de todo lo que les habia ocurrido á él y á su criado desde la hora y punto en que salieron de su casa hasta que tomaron la determinacion de escaparse

de las garras de los carabineros en el pueblo de Rabé, y así que la hubo escuchado Arciniega, después de un momento de reflexion, dijo:

—En el presente caso, de ninguna manera debias haber tomado la determinacion de fugarte...

—¿Por qué? le interrumpió Masalegre, que ya estaba como suele decirse reventando por hablar y algun tanto enojado con el abogado por una de sus esclamaciones, que no le gustó.

—La contestacion es muy óbvia, dijo Arciniega mirando fijamente á su interlocutor: el que huye, segun una regla de derecho, se hace reo, y tratándose de un negocio tan trivial como el presente, insisto en que nunca se debió tomar semejante determinacion, porque lo mas que hubiese podido suceder con el atropello de los carabineros, hubiera sido tenerles á Vds. diez ó doce dias en la cárcel, y luego...

—No lleguemos *al luego*, señor mio; dijo Masalegre con algun desenfado al ver la impasibilidad cruel de Arciniega... ¿y le parece á Vd. justo que unas personas de honor y de carácter entren en una cárcel como si fueran facinerosos y sufran en ella diez ó doce dias mortales, que tienen que serlo, porque padece su cuerpo y nada gana su reputacion? Yo soy de opinion contraria; yo aconsejé al amo la fuga, y no me arrepiento, en vista de lo que á Vd. le oigo, de haber dado semejante consejo; lo que ahora nos resta es ver de hablar al juez competente, instruirle del suceso y lograr con él que no entremos en la cárcel ni aun por una hora: ¡pues digo! ¡doce dias de encerrona, ¿qué pecado hemos cometido para estar *doce dias* en una cárcel?

—Nosotros, los abogados, dijo Arciniega, respe-

tamos ante todo las leyes establecidas.....

—Permíteme que te diga con la franqueza que entre amigos se acostumbra, dijo D. Perrondo, que lo que vosotros mas respetais son las fórmulas; y por otra parte, como estais acostumbrados á ver perecer á los hombres meses y mas meses en una cárcel, mirais con cruel indiferencia que un ciudadano honrado sufra quince dias de prision, equivalentes tal vez para él á la misma muerte.

—Tienes razon, Bárcena, tienes razon: el abogado no recordaba al amigo: me olvidaba que eras en nuestro tiempo el hombre mas pundonoroso.

—No hablemos de eso, Arciniega: tampoco hablemos acerca de si está bien ó mal hecho lo que acabo de contarte, porque todo sería en vano. Por lo que vengo á tu casa, amen de verte como amigo, y lo que de tí quiero exigir es, que me recomiendes si puedes al juez competente, para que en vez de ensañarnos á nosotros, encausen al cabo de los carabineros, que es el único criminal.

—Tú no conoces lo que son los tribunales, la Bárcena, dijo Arciniega: procura salir tu bien y deja al cabo, que nunca saldria mal, por mas que te empeñares en ello. El tribunal á que corresponde tu negocio es el de la Subdelegacion de rentas: es un tribunal maldito, en fin, como todos los escepcionales: tiene dos jueces...

—¿Y no tiene dos escribanos? dijo Masalegre.

—No, sino uno, replicó Arciniega.

—Pues... ¡es lástima! repuso Masalegre, porque los escribanos... ¡hacen tanta falta en todas partes! como que son los depositarios de la fé pública, *esa pobre y cuitada señora*, que casi siempre va huyendo de ellos por el miedo que la causan!...Entón-

ces ese que Vd. dice es un tribunal *manco*.

—Yo diria mas bien que tiene brazos y sobre todo manos de sobra, repuso Arciniega.

D. Perrondo, que en su vida habia tenido la mas insignificante demanda, y que por lo tanto no conocia el mecanismo de los tribunales de rentas, dijo con la mayor sencillez.

—Nunca me ha gustado que un solo hombre, constituido en juez, juegue á su manera con la vida, el honor y la hacienda de los ciudadanos; por lo mismo naturalmente me debe agradar mas ese tribunal, que no el ordinario, porque siendo dos los jueces, como tu dices, las providencias que adopte llevarán en general el sello de la reflexion y por consiguiente de la justicia.

—Estás muy engañado, amigo la Bárcena, le dijo Arciniega; ese tribunal tiene dos jueces para cobrar derechos, pero uno solo para providenciar: el asesor es el juez verdadero, que tiene una mampára trás de la cual se cubre para dictar sus fallos, sin que nadie mas que él intervenga absolutamente en nada; esta mampára es el jefe de la hacienda pública, que firma lo que el otro quiere que firme.

—¿Y esa mampára tiene valor para cobrar derechos sin trabajar? dijo D. Perrondo.

—No cobrará derechos sin trabajar, señor, dijo á esta sazon Mazalegre: yo mas bien, con permiso de las leyes, les llamaria *entuertos*.

—¿Y no nos puedes recomendar á ese asesor? preguntó D. Perrondo.

—Es un hombre no há mucho elevado á ese empleo, que segun voz pública... ¡oh! no quisiera injuriarle; pero se dicen tantas cosas de él... que es muy gastador... que es... ¡oh! él á la verdad tiene

cara de pocos amigos, y como yo, aunque no en primera línea, paso por de la oposicion... si tu fueras elector de esta provincia...

—Si libremente la pudiera emitir, no venderia por nada mi opinion, dijo D. Perrondo con estraordinaria dignidad.

—Así me gustan los hombres, porque así soy yo, dijo Arciniega... Queria apuntarte lo que de él se dice: en resúmen, yo no puedo nada con él directamente, y lo que haré en tu obsequio ante todo será defenderte como abogado.

—¡Defenderme como abogado! dijo D. Perrondo estraordinariamente asombrado ¡pues qué! ¿han de tener valor para encausarnos? ¿sobre qué? ¿qué delito hemos cometido? ¿qué pruebas, qué indicios siquiera pueden tener para encausarnos como contrabandistas?

—No seas simple, dijo Arciniega; hay algunos jueces que encausan si llega el caso hasta el niño de la bola, y sino pueden traer al que creen que les pertenece, aunque así no sea, por su paso natual, le traen por los cabellos... En tu negocio, por lo que ahora toca, no hay que mirar si hay pruebas ó presunciones... *eso se verá á su tiempo:* entonces si solo existen presunciones contra vosotros, acaso os absolverán con costas, y sino existen... pero ¡quiá! ¡quiá! de todas maneras teneis que contar con las costas, porque el cargo de la fuga...

—¡Por el siglo de mi abuela! esclamó Masalegre interrumpiéndole; ¿qué tribunal es ese en el que son dos jueces á comer y uno solo á trabajar, que lo mismo le dá encausar al hombre de bien que al culpado, y que en definitiva, lo que es peor, suele pelar tanto al criminal como al inocente? ¡Pues dígole á Vd. que es cotcho! ¡Por Dios vivo, que

segun oí á mi abuelo, que siempre fué un cristiano rancio y completo, no era tan malo el de la *santa* Inquisicion!

—Si nada puedes con ese asesor, dijo D. Perrondo á nuestro abogado, nos presentaremos mañana á él, veremos de convencerle, de que ni por asomo somos contrabandistas, y tendrá que ceder á la justicia.

—Regularmente no se dejará convencer, dijo Arciniega; sin embargo, apruebo el paso que tienes intencion de dar, y si no te sale bien, no creas que nada valgo, no: entonces, sin perjuicio de otros influjos, puedo recomendarte á un togado paisano y amigo mio; pero de todas maneras, te repito, cuenta con que tomaré tu defensa como abogado.

—Yo te lo agradezco, pero no pienso defenderme, le dijo D. Perrondo.

—¡Cómo! esclamó asombrado el buen Arciniega, cual si hubiera oido el mayor desproposito, porque estrictamente apegado á las prácticas forenses, no comprendia que uno, á quien encausasen, pudiera pasar sin la defensa de un abogado; pero su asombro creció de punto cuando D. Perrondo le repuso.

—En muchos casos he considerado perjudiciales vuestras defensas, y en otros inútiles; en el presente no lo puede ser mas: ¿para qué necesito yo de tu defensa ni de la de otro abogado? ¿No me has dicho tú mismo, en un momento de ingénua imparcialidad, esto es, en un momento en que no pensabas siquiera que eras abogado, que si habia presunciones en contra nuestra, regularmente nos absolverian, pero con las costas, y que de cualquiera manera debíamos contar con estas? ¿De qué

sirve, pues, la defensa? Además, que yo fundo mi opinion en otros datos...

Arciniega, para quien, á pesar del juicio que tenia formado del tribunal de rentas (que probablemente seria igual al que tendria de los otros), era la defensa tan necesaria como el aire para la respiracion, la luz para la vista y el alimento para poder vivir, se quedó como petrificado al oir las razones de D. Perrondo, que echaban por tierra los sueños dorados, en que siempre le habia tenido embriagado el título de abogado, y de seguro, al verse así rebajado en su concepto, hubiera retirado la proteccion que habia ofrecido á D. Perrondo, para con su paisano el oidor, si no se hubiese acordado que pasaron algunos años juntos en Valladolid en la mas íntima y cordial amistad. Don Perrondo conoció al instante la impresion que su razonamiento habia causado en el ánimo de Arciniega, y así no quiso martirizarle mas con añadirle, como tenia pensado, que todo hombre que quisiese debia tener facultad para defenderse á sí mismo, con lo que ganarian mucho las familias, mas la sociedad, y sobre todo (lo que parece á primera vista increible), habria menos causas y pleitos: por lo tanto trató de cortar una cuestion tan desagradable para su amigo y así continuó:

—Pero tranquilízate, amigo Arciniega: mi opinion no tiene hoy muchos prosélitos: indudablemente los tendrá algun dia, y mientras ese llega, tomemos las cosas como están. Mañana iremos á conocer al asesor: con lo que este nos diga, vendremos á verte, y si hay necesidad nos presentarás ante el juez paisano y amigo tuyo.

Y diciendo esto, le tendió afectuosamente la mano, que Arciniega apretó con verdadera efusion.

—¡Adios, adios, querido! fueron las últimas palabras de D. Perrondo, quien no mas pronunciarlas salió de la habitacion de su amigo, seguido de Masalegre, en direccion de la posada, donde tenian sus mulas y equipaje.

CAPITULO VIII.

POLICÍA EN BURGOS (1).

No hacia media hora que nuestros viajeros habian puesto sus pies en aquella, de vuelta de la casa de Arciniega, cuando el dueño se presentó á la puerta de su cuarto, y dijo:

—Tenemos órdenes muy estrechas de la policía para prevenir á todos los viajeros que inmediatamente se presenten en la comisaría con sus pasaportes.

—Y diga Vd., le interrumpió Masalegre sobresaltado; ¿esas órdenes las ha recibido Vd. hoy?

—¡Quiá! no señor, le contestó el posadero; hace algunos años que siempre hemos tenido las mismas; pero de unos dos meses á esta parte nos las han reproducido, amenazándonos con fuertes multas, que por cierto han sacado ya á dos compañeros mios: yo presumo que sea esto por causa de las elecciones, que segun dicen se acercan.

---

(1) Cuando la policía está destinada á vigilar las costumbres y perseguir á los delincuentes para entregarlos á los tribunales es una institucion hasta no mas utilísima; pero si desciende, como ha acontecido entre nosotros durante el mando de ciertos ministros, á perseguir las opiniones políticas y cazar votos para el gobierno, entonces, dejenerando de su mision, es una institucion funesta y altamente desmoralizadora.

Masalegre respiró al oir las esplicaciones para él tan satisfactorias del posadero, y ya pudo preguntarle con calma:

—¿Y qué diablos tienen que ver las elecciones con los pasaportes?

—¡Je! ¡je! estraño mucho que Vd. me haga esa pregunta, le dijo el posadero sonriéndose: en estos tiempos todo se aprovecha: suponga Vd. que viene sin pasaporte un *quidam* de pueblo, fiado en que es aquí conocido, y que este *quidam* tiene derecho á votar; cójele la policía por su cuenta, y me le empluma ocho ó diez duceditos de multa... Pues solo hay un medio de levantarla.

—¿Cuál? dijo Masalegre.

—¿No lo adivina Vd? repuso el posadero; pues digo que es Vd. demasiado torpe.

—Pero... ¡hombre! dijo Masalegre recapacitando; eso es una infamia: mas valia en ese caso que el gobierno nombrára directamente los diputados como nombra los empleados; al fin y al cabo para trescientos que son aquellos y doscientos mil estos, tanto da nombrar doscientos mil justos como doscientos mil trescientos.

—Eso me importa á mí maldita la cosa, replicó el posadero: yo, sin embargo de tener todos los requisitos para ser elector, no he querido que se me pusiera en lista, por evitar compromisos y golpes, que no estoy en el caso de sufrir dos veces; porque tengo mucha familia y ningun patrimonio mas que el oficio y la casa donde le ejerzo. Pero si Vds. quieren llevar los pasaportes, la oficina del comisario está abierta desde las cinco hasta las ocho, y ahora que son las cinco y media les despacharán luego, pues no habrá gente esperando.

—¿Pero no puede Vd. llevarles? dijo D. Perrondo al posadero.

—No señor, contestó este: la órden que tenemos es que les lleven los mismos huéspedes para cotejar, si gustan, las señas del individuo con las consignadas en el pasaporte.

Encamináronse incontinenti nuestros viajeros á la comisaría de policía, que estaba en el centro de la plaza mayor: antes de llegar á ella, Masalegre, que no las tenia todas consigo, á pesar de lo que habia oido al posadero, dijo á D. Perrondo:

—Dígame Vd., señor amo, ¿tendrá ya noticia la policía con sus cien ojos y cien mil oidos de nuestra fechuría de Rabé?

—No tengas ese recelo, dijo D. Perrondo; la policía española no es como la de otros paises: hablando en general de ella, no tiene esos cien ojos que tú dices mas que para ver asuntos políticos: que las costumbres sean buenas ó sean malas, que se cometan delitos comunes ó no se cometan, eso no suele importarla tanto como...

—Pues entonces, dijo Masalegre interrumpiendo á su amo, esa institucion es inútil: ¿por qué no la quitan?

—Esa inutilidad es relativa, dijo D. Perrondo; para los gobiernos que no sean nacionales, no deja de ser utilísima, al menos por algun tiempo.

En esto llegaron á la oficina que se anunciaba á todo transeunte por un gran rótulo que decia: PROTECCION Y SEGURIDAD PÚBICA, y estaba situada en un cuarto bajo. Un agente de aspecto siniestro y torva mirada, como son casi todos los que viven *soplando orejas muy accesibles*, estaba recostado en el dintel de la puerta, á manera de perro sabueso que vigila la entrada de la habitacion de su dueño.

—El señor comisario... dijo D. Perrondo.

—Pasen Vds., contestó con brusca voz el conchete.

Entraron nuestros viajeros en una pequeña estancia, en el fondo de la que, y recostado cual pudiera estarlo un antiguo prior de benedictinos, se hallaba nuestro comisario de policía, quien ni siquiera se dignó mirarlos hasta que D. Perrondo llamó su atencion con el saludo cortés de—servidor de Vd., señor comisario,—que acto continuo le dirigió tambien Masalegre, aunque suprimiendo las dos últimas palabras.

Era este jefe de la policía burgalesa de baja estatura, frente estrecha, ojos garzos y nariz roma, pero puntiaguda; un bigote semicano y bastante espeso, que bajaba al lábio inferior cuando cerraba su enorme boca, daba á esta fea fisonomía un realce tal de fealdad, si así es permitido esplicarse, que bien podia compararse con la del simio ó mono. Segun noticias, habia estado este individuo borrajeando en casa de un escribano de aldea en su juventud; despues se entró de *ad latere* ó especie de ayuda de cámara de un visitador de papel sellado, en cuya comision prestó *escelentes servicios, uniendo voluntades diversas*, á su principal, el cual, agradecido de ellos, le proporcionó la comisaría de policía, con la que nuestro hombre perdió el juicio por completo, dándose una importancia tan estraordinaria como pudiera hacerlo un capitan general, por cuya causa, á escepcion del jefe á quien adulaba arrastrándose como la culebra, era odiado de todas veras de sus subalternos, y despreciado soberanamente de cuantos le conocian.

A la salutacion de nuestros viajeros alzó su vis-

ta el comisario de policía, y con mucha prosopopeya, antes de contestar, la fijó sobre los dos individuos que tenia delante; despues de un momento de silencio se dirigió á D. Perrondo solamente, y haciéndole un meneo de cabeza, á la manera de los grandes señores, le ordenó que tomase asiento, pero no así á Masalegre, á quien no consideró digno de *tan alto honor*, sin duda por verle de chaqueta: este lo presumió así, y por temor de dar un escándalo, se resignó á estar de pié y sufrir un cuarto de hora de humillacion.

—¿Qué traen Vds.? dijo el comisario con la mas indecente descortesía.

—Venimos á presentar nuestros pasaportes, le contestó D. Perrondo.

—A ver, dijo con desearo el comisario. Tomó este en su diestra el pasaporte que le alargó don Perrondo, y al presentarle el suyo Masalegre, retiró la otra mano diciéndole:

—Déjele Vd. sobre la mesa.

El semblante de Masalegre se puso encendido como una grana al ver este segundo desprecio, y de seguro no se le hubiera hecho en valde el comisario, si se hubiese considerado libre; pero el lenguaje del abogado Arciniega, á quien él no podia menos de tener por juez competente en la materia, le habia puesto cabizbajo y algun tanto acobardado, no teniéndolas todas consigo sobre si pasaria ó no una encerrona de doce ó quince dias.

—¿Es Vd. de esta provincia? dijo á D. Perrondo el comisario.

A la contestacion negativa de D. Perrondo, el funcionario frunció un poco las cejas, como quien siente no encontrar una ocasion de contraer méritos para ante sus jefes.

—Con todo, dijo: supongo que será Vd. hombre de órden... sí, sí, así lo creo, añadió el policiano mirando fijamente á D. Perrondo, quien clavó en él sus hermosos ojos con una espresion de tan profundo desprecio, que le obligó á volver la vista á otro lado... ¿Y piensa Vd. estar muchos dias en Búrgos?

—Si es de necesidad el manifestárselo á Vd., le diré que medio mes poco mas ó menos, contestó don Perrondo muy secamente, calculando que el percance de Ontánas le detendria mas de lo que el deseára.

Sin mirar por fortuna el pasaporte, porque de haberlo hecho no hubiera dejado de llamarle la atencion la *elocuencia parlamentaria del Pelao*, puso el comisario, algun tanto amostazado con la contestacion picante de D. Perrondo, una nota en que sucintamente espresó el dia de la llegada de este, el tiempo de la permanencia y la casa donde estaba hospedado.

—Y Vd., dijo en mal tono á Masalegre cogiendo su pasaporte, ¿cuánto tiempo va á estár aquí?

—El mismo que yo, dijo D. Perrondo, porque es mi criado.

Sin embargo de esta confianza aplicó su vista el comisario al pasaporte, y á cada seña que leia interiormente dirigia una mirada á Masalegre para cerciorarse de si era ó no el sugeto en él comprendido. En seguida puso la misma nota que en el de su amo, y hecho, dijo muy satisfecho y como si acabase de efectuar la mas heróica accion:

—Está corriente; firme Vd. esta notita, y cuando trate de salir de Búrgos, mande Vd. por su pasaporte.

D. Perrondo se acercó á la mesa, tomó una plu-

ma y firmó la nota que habia puesto el comisario en su pasaporte. Masalegre, que tambien se habia acercado á la mesa, así que su amo concluyó, alargó la mano para cojer la pluma y firmar el suyo; pero el comisario, con una grosería imperdonable, arrebató á D. Perrondo la pluma que estaba en disposicion de alargar á Masalegre, y arrojando el pasaporte de este á un estremo de la mesa, como pudiera arrojarse á un perro un pedazo de pan, le dijo:

—Usted llévesele el suyo para firmarle en la posada, y luego mándele Vd. á la comisaría.

Ya no se acordó nuestro Masalegre, con este cruel sonrojo del comisario, ni del abogado Arciniega, ni del tribunal *manco* como él llamó al de rentas, ni de los doce ó quince dias de encerrona, ni de todas las cárceles ni tribunales del mundo, y sobreponiéndose á la no pequeña turbacion, que en él produjera la indigna accion del comisario, y con un acento de amarga reconvencion, que no carecia de dignidad, cogiendo de repente su pasaporte le dijo:

—Si piensa Vd. hacerme un agravio en no dejarme firmar con su pluma este pasaporte, sepa usted que vive muy engañado, porque á grande y muy distinguido favor tiene esta callosa mano, el no tocar cosas que tal vez se empleen en hacer derramar mas de cuatro lágrimas injustamente. Dirijió Masalegre al comisario este terrible apóstrofe tan escesivamente alterado y agitando de tal manera su tremenda mano, que aquel temió sin duda la iba á descargar sobre su cara de mico, y acobardado en estremo, pero no tanto que no se acordase de su *autoridad*, como él llamaba á las *caritativas* funciones que de contínuo ejercia, bal-

bucó las siguientes amenazas:

—¿Sabe Vd. con quién habla? ¡cuatro ducados de multa! ¡se le formará á Vd. causa! yo... yo me entenderé con Vd...! yo...

D. Perrondo, que sabia que su criado tenia razon hasta los cielos, en haber tratado *con tanta dulzura* al comisario, interrumpió á este en sus amenazas, diciéndole con mucha serenidad:

—Bien merecida tiene Vd., señor mio, la dura leccion que acaba de dar Vd. á mi criado, y que debe mirar como una justa recompensa de los desprecios que le ha hecho: el que obra mal, no debe esperar otra cosa: aprenda Vd. un poco de modo, y con modo será Vd. tratado: no es un oficio el que Vd. ejerce, para presentarse con la altanería injuriosa con que se presenta, y aun cuando lo fuese, mas grande se haria con manifestarse prudente y comedido con todo el mundo, que no insolente y desvergonzado. Por lo demás, ya sabe Vd. nuestra posada para mandar por la multa que acaba de imponerle, y puede formar no una sino todas las causas que quiera, que en ellas se verá á su tiempo si el injuriante es mi criado, ó le es el que con su conducta... altamente ridícula, por no calificarla con mas dureza, ha dado márgen á esta cuestion. Y diciendo esto, se salió muy sereno de la comisaría, haciendo una señal á Masalegre para que le precediese, porque le vió en disposicion de hacer un disparate con el del vigotillo pio, sin siquiera dignarse mirar á este ni hacerle el correspondiente saludo.

Al cruzar el portal llegaron á los oidos de nuestros viajeros las siguientes palabras, dichas en voz baja.

—¡Bien dicho, bribon!

Era el agente de torva mirada el que las habia pronunciado, muy satisfecho sin duda de que hubieran bajado á su gefe el orgullo, que tan cruelmente hacia sentir sobre él y sus compañeros, y sin disputa muy pesaroso de que Masalegre no le hubiese roto las quijadas de un buen puñetazo.

Así que se vieron en la calle, dijo muy formalmente Masalegre á su amo:

—¡Ah, señor! ¿sabe Vd. que soy de opinion de volvernos inmediatamente á casa, y dejar nuestro proyectado viaje para cuando Dios sea servido mejorar estos calamitosos tiempos? ¿Quién es el que puede viajar por esta desventurada España? En una parte nos prenden los carabineros, en otra nos registran nuestras ropas hasta casi hacernos quitar los pantalones, allá encontramos un abogado, que toma como por via de diversion que procesen á un hombre honrado y le tengan quince dias en una cárcel pudriéndose de desesperacion y de angustias, acá nos obligan á llevar nuestros pasaportes ante un comisario de policía, con quien nada ha faltado para perdernos al ver su petulancia y su grosera educacion... Vamos, vamos: yo, salvo su parecer de Vd., renuncio por ahora á ver tierra, ciudades, mar y todo cuanto verse pueda y deba en este pícaro mundo.

—No te falta razon, Masalegre, dijo D. Perrondo; desde luego seguiria tu dictámen, si no fuese otro el objeto de nuestro viaje que ver el mar y las ciudades, como tú ahora dices: pero nuestra mision tiene que cumplirse, á pesar de los obstáculos con que tengamos que tropezar... propio es de las almas débiles y pusilánimes el cejar ante ellos. Anímate y ten confianza en Dios, que nunca falta al que bien obra: entremos en la posada, que ya

tenemos enfrente, y mañana con la ayuda del que todo lo puede veremos de conjurar la tormenta que se agita sobre nuestras cabezas.

Así lo hicieron en efecto, D. Perrondo tan tranquilo como si nada le sucediese, y Masalegre impacientado porque viniése el nuevo dia para ir á visitar al asesor de las rentas públicas.

CAPITULO IX.

EL ASESOR CIGUEÑINA (1).

Amaneció el nuevo dia, algo temido aunque mas deseado por Masalegre, para ver si encontraba justicia en los hombres, y echaba de sí la pesadilla que le afligia por no encontrarse completamente seguro, y como fuese de fiesta, determinó D. Perrondo levantarse mas pronto, que lo que sus fatigas en los dos anteriores dias requerian, para ir al templo á prestar el debido homenaje al Ser Supremo, porque es de advertir que nuestro viajero, convencido como todo hombre pensador de que sin religion no puede girar bien ninguna sociedad, prescindiendo de otras mas poderosas consideraciones, era tan buen cristiano como ciudadano.

Si se me dicen que no hay otra vida, decia con frecuencia D. Perrondo, es enteramente idéntico que si se me dijera, lo que nadie siente, que no hay Dios; si se me dice que no debemos á este nin-

(1) Mucho despues de escrita esta obra hemos visto con sumo placer suprimida la institucion de los aseseres de rentas, costosísima, inútil y hasta ridícula, funcionando como funcionaba en nombre de los intendentes.

guna clase de adoracion, es igual que si se me digese; lo que nadie siente tampoco, de que él no nos ha criado; y si se me dice, por último, que no premiará ni castigará nuestras buenas y malas acciones, es igual, es peor aun, que si se me dijera que todo mi sér es una materia bruta pero semoviente, que acabará por completo el dia no muy lejano en que una calentura ú otra cualquiera enfermedad apague el débil soplo de esta vida miserable.

Consecuente en este dia con tan saludables máximas, fuese acompañado de Masalegre á la iglesia metropolitana á cumplir con los deberes de cristiano, y así que los hubo llenado, se retiraron los dos á la posada, desde donde, despues de un pequeño descanso, se encaminaron á casa del consabido asesor.

Serian como las nueve de la mañana cuando ya estaban llamando á la habitacion de aquel funcionario. D. Perrondo iba vestido de frac y demás adherentes para una visita de etiqueta, y Masalegre de chaqueta y pantalon á lo labrador: prévio el correspondiente recado, entraron en una antesala decentemente amueblada, inmediato á la cual estaba el despacho del asesor, á quien por causa de estar abiertas las puertas vidrieras del mismo, vieron desde luego sentado en un magnífico sillon, colocado detrás de una grande mesa llena de libros forrados en pergamino, y de espedientes ó causas criminales.

—¡Adelante! dijo el asesor con voz bastante melífica, así que divisó á nuestros dos litigantes *in fieri*. Entraron estos, saludaron á aquel, quien se levantó á su presencia para corresponder como era debido, invitándoles á que tomasen asiento.

Era el funcionario de quien vamos hablando estremadamente seco y tan alto, que rayaba con los seis piés: cuando se levantó, creyó Masalegre que iba á tocar con la cabeza en el techo de la habitacion: tenia la frente espaciosa, mas que por la naturaleza, por estar sumamente calvo; la nariz larga y agaviluchada, los ojos pardos y sobremanera tristes: sus lábios delgados se contraian al hablar con alguno, presentando una risita un tanto ofensiva y peculiar tan solo al que habla con falsía; una boca bastante hundida y un pescuezo tan largo como el de una grulla, daban á nuestro asesor, que apenas habia cumplido los treinta y cuatro años, el aspecto de la senectud, anticipada sin duda por el abuso de los placeres sensuales. Por todas las cualidades físicas que acabamos de ver en él, aun cuando se llamaba José Caraciolo de Piedrahita, era conocido en Búrgos por el apodo de *Cigüeñina*, llamándole ahora el asesor *Cigüeñino*, y antes el abogado *Cigüeñina*. No nos olvidaremos de consignar aquí, que cuando nuestro Masalegre le vió con su grande bata de tela ligera, que le llegaba hasta los talones, tan estrecho de arriba como de abajo, aunque no estaba entonces para bromas, siguiendo la maldita costumbre de su pueblo, no pudo resistir á la tentacion de poner apodos, é interiormente se propuso, en particular si no se portaba bien con él y con su amo, llamarle en lo sucesivo *Paja-larga*.

Cuando entraron nuestros dos viajeros, acababa Cigüeñina, que así llamaremos, mal que le pese, al asesor de rentas, de leer un oficio que sobre su mesa tenia, concebido en los términos siguientes:

«Pongo en conocimiento del tribunal de ren-

tas como en la noche de ayer se me presentó el cabo de carabineros J. La-Viña, noticiándome que en el pueblo de Rabé se le fugaron dos contrabandistas sorprendidos en la posada de Ontánas. Como su direccion, segun noticias, haya sido indudablemente hácia esta ciudad, he creido de mi deber poner este suceso en conocimiento del tribunal, para que adopte en su vista las medidas que crea oportunas, sin perjuicio de que por mi parte he mandado varias pequeñas partidas del arma de mi mando en persecucion de los prófugos, cuyas señas se ponen á continuacion. Dios, etc.—El comandante de carabineros, E. Guindulera.» A continuacion estaban las señas circunstanciadas de D. Perrondo y su criado.

A la vista de *nuestros prófugos*, como se les titulaba en el oficio, se pintó en el semblante de Cigüeñina un movimiento de sorpresa mezclado de cierta alegría, que se dejó conocer en la risita que asomó á sus delgados lábios; y así, despues que se hubo sentado y vió que aquellos hicieron lo mismo, fijando en ellos por un momento sus amortiguados ojos, como para cerciorarse mas de que no se habia engañado en su cálculo, dijo:

—Yo bien quisiera engañarme, pero parécame, aunque no sea adivino, que comprendo ya el objeto de la visita con que Vds. se han servido honrarme.

Como, que le supiese que no, el ánimo de nuestros viajeros al ir á ver al asesor era decírsele, no les cogió de sorpresa la salida de este, y así le dijo D. Perrondo:

—Nada estrañaremos que sepa Vd. anticipadamente el asunto que nos trae ante su presencia en este momento, porque suponemos le habrán dado

parte del suceso como á juez á quien incumbe castigar el delito, si es que este existe, ó dar una reparacion al ofendido, si en efecto ha habido ofensa.

—¡Oh! muy en su lugar está la observacion de usted, caballero, dijo Cigüeñina arrugando un poco el ceño, sin duda por no estar acostumbrado en el tiempo que llevaba de asesor á oir un lenlenguaje tan franco como el de D. Perrondo; ese es nuestro primer *deber*; y puede vivir persuadido que así sucederá *en cuanto de mí dependa*. ¿Conque segun eso, continuó, son Vds. los presuntos contrabandistas, de que hablan al tribunal en este oficio, que precisamente acabo de leer? y al decir esto tomó en su mano el oficio, que luego dejó caer sobre la mesa. ¿Su gracia de Vds.? dijo por último Cigüeñina; y dando nuestros viajeros sus nombres y apellidos les anotó acto contínuo al márjen del oficio.

—Nosotros, señor asesor, le dijo D. Perrondo, no somos ni podemos ser contrabandistas presuntos ni por presumir...

—No sirve que Vd. lo diga, caballero... El cabo La-Viña ha prestado en el tiempo que yo llevo de asesor, y en todas ocasiones escelentos servicios á la Hacienda...

—A la tuya tal vez, dijo para sí Masalegre. Es un hombre de *oros son triunfos*, añadió en un momento de indignacion, que no pudo contener al oir alabar á su perseguidor.

—Poco á poco, señor mio, le dijo Cigüeñina; sea Vd. mas moderado en el hablar, porque de lo contrario...

—Siempre lo fuí, repuso Masalegre, pero cuando le oigo hablar á Vd. en ese sentido del cabo

La-Viña, que solo nos apresó porque le diéramos dinero...

El semblante de Cigüeñina se coloreó un poco y con no pequeño embarazo dijo:

—Ya... pero... como Vd. conoce, aun siendo eso cierto... no prueba que Vds. no sean contrabandistas.

—Si lo hubiéramos sido, dijo de repente Masalegre, claro es que nos hubiéramos dejado conquistar.

—Tampoco es esa una razon concluyente, replicó Cigüeñina, algun tanto respuesto del efecto que en su mente produjo la tecla que tocó Masalegre, porque tambien hay hombres... miserables, que imprudentemente juegan el todo por el todo. ¿Y cómo desvanecen Vds. el cargo de la fuga?

—Siempre oí, le contestó Masalegre, que el peor mal que le podia sobrevenir á un hombre era entrar en la cárcel.

—Sí, pero cuando no hay mas remedio que entrar...

—Acabemos, señor asesor, dijo á la sazon don Perrondo con una energía que no dejó de imponer á Cigüeñina; me parece que nuestras trazas no son de contrabandistas: eso Vd. lo conoce muy bien, porque si lo fuéramos, ni vendríamos ante Vd., ni hubiéramos tomado la direccion de esta ciudad: somos unos vecinos pacíficos y honrados, de un pueblo muy lejos de aquí, que no traemos otro objeto que ver á Búrgos.

—¿Son Vds. cerca de aquí? dijo Cigüeñina interrumpiendo á D. Perrondo: bien puede ser una equivocacion del cabo que les prendió á ustedes... un celo exajerado... qué sé yo... sí, sí... yo me alegraré... ¿Supongo, aunque variemos de con-

—Si cree Vd. que mi posicion respecto de usted es la de sufrir cualquier insulto, cualquiera reconvencion, por insignificante que sea, vive en un grandísimo error, del que creo de mi deber sacarle. Si indirectamente y con el mayor miramiento hablé mal del gobierno, la culpa fué de usted y no mia, pues que no me trajeron á su presencia asuntos electorales, que Vd. tan sin tino ha sacado á relucir, ni menos he venido como un cobarde que tenga que ocupar el banquillo de los reos, sino qué al acercarme aquí solo he traido un objeto noble y grande, cual es el que en justicia se castigue el atropello brutal de un hombre corruptor y corrompido, á quien Vd. indignamente defiende, y no se moleste á personas honradas é inofensivas, sobre quienes no hay el más leve motivo para sospechar que sean contrabandistas. Por lo demás, nunca conocí el miedo, porque siempre arreglé mi conducta á la moralidad y á las leyes; puede Vd., por lo tanto, calcular si no despreciaré alta y poderosamente las amenazas que me ha dirigido, á las que solo contesto diciéndole, que D. José Redondo de la Bárcena, con quien está Vd. hablando, cuenta con un gran corazon y con *cinco millones de reales* para hacer entrar á Vd. en su deber, dejando á su eleccion el adoptar el medio que mejor le acomode.

Si un rayo arrojado por la mas furiosa tempestad hubiese caido á los piés de Cigüeñina, impregnando su habitacion de gases mefíticos y rápidamente asfixiadores, no hubiera trastornado sus sentidos de la manera espantosa que les acababa de trastornar el lenguaje de D. Perrondo; pálido, tembloroso y con el semblante todo desencajado

intentó por dos ó tres veces contestar á su terrible adversario y otras tanta se le trabó la lengua al encontrarse su triste mirada con la centellante de Don Perrondo, quien en pié sobre la habitacion y radiante de dignidad parecia al Hércules de los antiguos, en términos que aun al mismo Masalegre, que conocia su génio inalterable y su nunca desmentida prudencia, le infundió miedo. Intentó tambien Cigüeñina levantarse y sus piernas flaquearon, cayendo en el sillon cual si fuese un cuerpo inanimado: era el asesor el verdadero reo y D. Perrondo su juez, pero no tan impasible que no le inspirase compasion su lastimoso estado, y y así le dijo mudando de tono y con la calma mas imperturbable:

—Sosiéguese Vd., señor asesor... ¿está Vd. malo? llamaremos gente...

—¡No! ¡no! murmuró Cigüeñina, haciendo señas con la mano para que no llamasen.

—Yo siento que nuestra visita le haya proporcionado á Vd. este mal rato; pero...

—¡Oh! no, no... es poca cosa... un vahido de cabeza... dijo Cigüeñina en voz tan apagada que apenas pudieron percibirla nuestros viajeros.

—Yo celebraré, le dijo D. Perrondo, que no le produzca á Vd. ningun mal resultado este desagradable incidente...

—Gracias, murmuró Cigüeñina, asomándose involuntariamente á su boca de vieja la risita que no le abandonaba nunca; pero... con permiso de ustedes... necesito descansar... estoy...

—Pues en tal caso, le dejamos á Vd. al momento.

—Vayan Vd. con Dios... y no crean que por esto... he de faltar á *mi deber*... en el asunto de ustedes.

«En cuanto á eso puede Vd. hacer lo que guste, le dijo D. Perfecto. Y saludando amo y criado al asesor, á quien dejaban en disposicion de irse á la cama y no salir de ella en un par de dias, salieron de la casa de aquel en direccion de la posada consabida.

No bien habian llegado á esta cuando la calenturienta mano del vengativo Gigüeñina tenia puesto á continuacion del oficio del comandante de carabineros el auto siguiente:

«Constándole al tribunal que los dos prófugos, de quienes se le habla en el oficio adjunto, se hallan en esta ciudad y se llaman D. José Redondo de la Bárcena, y Tomás Alegre, sin perjuicio de oir á la parte fiscal en tiempo oportuno, redúzcanseles á prision en la cárcel nacional de la misma. Así con acuerdo del asesor que suscribe, lo decretó, mandó y firmó el señor don P. de B. ect. (1).»

Firmó esta providencia, acto contínuo mandó llamar al escribano, y mientras este venia, se metió en la cama un tanto consolado con la venganza que acababa de tomar, como se consuelan todos los hombres de bajos sentimientos y menguado y corrompido corazon.

---

(1) Sabido es que se escribió esto cinco años antes que pudiera acordarse el humanitario marqués de Gerona de su decreto sobre prisiones de 30 de setiembre último 1853 y nos complacemos aquí en reconocerle *humanidad*, porque solo esta hermosa cualidad pudo hacerle consignar al frente de dicho decreto las siguientes significativas palabras: *Señora: Se* PRODIGAN *sin conveniencia pública los autos de prision en nuestro procedimiento criminal.* (*Nota de la segunda edicion*)

CAPITULO X.

TRES PERSONAS DISTINTAS, Ó SEAN EL ABOGADO, EL ESCRIBANO Y EL PROCURADOR. (1)

Despues de un pequeño almuerzo, determinó don Perfecto ir en busca de su amigo Arciniega para contarle lo ocurrido con el asesor Cigarrino. Cuando se presentó con Masalegre en casa del abogado, se encontró solamente con la vizcaina, por cuanto Arciniega habia tambien salido á oir misa, y como su posicion despues de la escena que acabamos de relatar no era mas que para andarse á sombra de tejado, no tuvo por muy prudente volverse á la posada, y así suplicó á la hinda provinciana le permitiese esperar á su amo en el despacho, á lo que aquella accedió con muchísimo gusto, en la seguridad de que Arciniega la aprobaria semejante condescendencia con un tan íntimo amigo suyo.

(1) El lector imparcial y sensato, aun cuando pertenezca como nosotros á cualquiera de las tres clases, de quienes hablamos en este capítulo y hablaremos en algunos de los sucesivos, no podemos negarnos que, sea por lo voluminosa y embrollada que es nuestra legislacion, ó sea por otras causas, se dan entes como los que pintamos, y aun mucho peores, en casi todos los tribunales de España. Esto no obsta para que nosotros seamos los primeros á reconocer que existen sujetos en todas y cada una de las tres profesiones que, comprendiendo perfectamente los deberes de su destino, desempeñan este con la mayor honradez y la mas probada lealtad. En todas ellas tenemos personas, de quienes podemos decir hasta con orgullo que nos honran sobre manera con su amistad. Sirva esta aclaracion para ahora y para en adelante, y no se diga que injuriamos á clases enteras, pues nada mas lejos de nuestro ánimo. *(Nota de la segunda edicion.)*

—¿Qué le parece á Vd. del asesor *Paja-larga*? dijo á D. Perrondo Masalegre, así que se vieron solos en el despacho de Arciniega: ¿sabe Vd. que se me ha figurado la verdadera *effigies* de aquel suizo que se estableció en nuestro pueblo despues de la guerra de la Independencia? En mi vida vi un hombre mas alto.

—Pues yo no le he visto mas bajo, Masalegre: un hombre que constituido en cierta dignidad quiere, abusando impunemente de ella, hacer tratos vergonzosos y criminales con los que caen bajo su férula, es mas bajo que el inmundo animal condenado á arrastrar su cuerpo por el suelo.

—¿Segun eso, teme Vd. que haga con nosotros cualquiera injusticia?

—Todo es de temer de aquella alma..... cobarde.... Es un cobarde, y no he visto todavía un hombre cobarde que sea honrado.

—¿Pues no nos dijo al despedirnos que no faltaria á su deber?

—A la justicia quería yo que hubiera dicho: con el *deber* nos entró, y con el *deber* concluyó: ¿qué sabemos nosotros cómo comprenderá él ese deber? Con el cumplimiento de su *deber* han cometido los hombres las mayores injusticias: un general sanguinario entra á saco una ciudad, degüella á infelices ancianos, niños y mujeres, y dice que lo hace en cumplimiento de su *deber*: en cumplimiento de su *deber* hacen metrallar una poblacion algunos déspotas odiosos; en cumplimiento de su *deber* fusilan otros á centáres de sus semejantes... ¿quién sabe, pues, si el asesor *Paja-larga*, como tú le llamas, entenderá que el encausarnos y llevarnos á una cárcel no es otra cosa que el cumplimiento de su *deber*?

Un fuerte campanillazo vino á interrumpir la conversacion de D. Perrondo y su criado: era Arciniega el que llamaba, á su vuelta de cumplir con el precepto religioso.

—¡Buena la has hecho! le dijo todo asustado no mas entrar en el despacho y fijar su vista en don Perrondo.

—¿Qué hay, hombre? le dijo este con la mayor sangre fria: no te asustes por nada; ¿qué ocurre?

—¡Siempre el mismo! te envidio esa serenidad... ¡pero ahí es nada! que el asesor Cigüeñina está enfermo en cama por el mal rato que dice le habeis hecho pasar. Le acaba de visitar el médico... van á sangrarle, y lo que es peor ¡oh! ¡si lo sospeché yo! ¡es un hombre vengativo! ha dado auto de prision contra tí y contra tu criado..... y dice que aunque apeles de él, no admitirá la apelacion mas que en un efecto.

—¿Y eso te trae tan azorado? le dijo D. Perrondo con estóica indiferencia: sosiégate, que todo cuanto me dices ya lo sabia yo...

—¿Cómo es posible que lo supieras, si por una casualidad me he encontrado con el escribano de rentas, que salia de casa del asesor, y me ha asegurado que era yo la primera persona que lo sabia? Como que ahora vengo de buscarte de la posada, y me alegro de encontrarte aquí.

—Ahí verás: no lo sabia porque me lo dijese el asesor, nada de eso; pero presumí que haria todo lo contrario de lo que nos dijo desde el momento en que directamente desaprobé sus insinuaciones, y ví que era un hombre falso y cobarde... ahora mismo estaba diciendo á Masalegre lo que de él podiamos esperar.

—En efecto que es así, dijo tristemente Masalegre, á quien la noticia que acababa de dar Arciniega pusiera en estremo cabizbajo, haciéndole pensar en la cárcel, á la que con razon habia tenido siempre tanto horror.

—Por lo demás, continuó D. Perrondo, nada me importa ese auto...

—¡Cómo! dijo Masalegre algun tanto alentado con las palabras de su amo.

—¿No hay tribunal superior, prosiguió éste, ante quien quejarse? Si le hay acudamos á él, y si no nos hace justicia, nos cargaremos de paciencia: iremos á la cárcel.

—¡Yo no voy á la cárcel! dijo Masalegre: ¿qué delito he cometido yo? ¿he de ir solo porque al asesor se le antoje...? ¡Maldita sea la madre que le parió tan largo como una longaniza y tan estrecho como sepultura de pícaro!... ¿Qué está malo? ¡eh! si yo fuera quien le habia de sangrar, le haria una sangría suelta...

—Usted iria á la cárcel, lo mismo que su amo, si no lo remediásemos con el magistrado amigo y paisano mio.

—¡Sí, sí! Vd. será nuestro salvador, le dijo Masalegre.

—¡Oh! ¡eh! continuó Arciniega; vosotros no sabeis lo que son los tribunales: los agentes de Cigüeñina es seguro que ya estarán en busca vuestra, y para evitar el primer golpe, que siempre es el más terrible, no hay otro recurso que estarse metiditos en mi casa: el posadero dirá lo que debe decir, esto es, que no sabe vuestro paradero, y á la noche iremos á ver al magistrado amigo y paisano mio, de quien espero el remedio de vuestra posicion.

—¡Hombre! dijo D. Perrondo; en ir á ver á tu amigo, convengo; pero... ¿has de sufrir por cosas nuestra...

—¿Cuál? ¿el que estéis en mi casa? pues qué, ¿no me conoces? soy exactamente el mismo que hace veinte años... ¡Vaya, vaya! eso es hacerme una injuria, dijo con la mas buena fé Arciniega; no habiamos mas del asunto; Hamaremos á un escribano y á un procurador.

—¿Para qué? preguntó D. Perrondo.

—Para que otorgueis poder y presenteis la correspondiente queja en la Audiencia, contestó Arciniega: voy, voy; no hay que perder tiempo; ¡muchacha! ¡muchacha!

—¿Qué se le ofrece á Vd.? dijo la linda vizcaina presentándose á la puerta del despacho.

—Que inmediatamente vengan aquí el procurador Zalambara... y un escribano... el que viva mas cerca... Retuerta... ¿sabes dónde viven?

—Sí señor; calle de *Lain Calvo*. y plaza de la *Libertad*.

—Si en los tiempos de Nuño Rasura y Lain Calvo, dijo para sí Masalegre, era la libertad una moneda tan corriente como entre nosotros, que anda por las calles, plazas y edificios... ¡buenos estaban tambien nuestros abuelos!

—Exactamente, dijo Arciniega á su criada; prevenle que les espero luego... Oye, oye... al procurador que venga provisto del correspondiente papel para un poder.

—¿De qué sello, dijo la vizcaina, á quien sin duda tenia nuestro Arciniega perfectamente instruida de las diferentes clases de mal papel que nos hacen comprar la Hacienda á peso de oro.

—Para criminal, contestó este. Y acto contínuo

echó á andar la criada en busca de los dos individuos de la curia burgalesa.

—¡Para criminal! dijo para sí Masalegre: ¿qué es esto, Dios mio? ¡entre qué danzantes nos vamos á ver mi buen amo y yo! Abogado, escribano, procurador... ¡ay! ¡los mismos *escribas y fariseos* que fueron al prendimiento de Cristo!

—¿Qué murmuras, Masalegre? dijo D. Perrondo.

—Ps... poca cosa... nada en resumidas cuentas, contestó Masalegre algo pensativo y acobardado, viendo que el asunto se iba poniendo mas sério de lo que á él se le habia figurado en un principio.

—Espero que todo se remediará, dijo Arciniega; sí, sí, Dios mediante: ¡oh! mi paisano, aunque juez, es naturalmente humano y compasivo.

—Justiciero quiero yo que sea, dijo D. Perrondo.

—¡Hombre! esa es la primera cualidad de un juez: yo por tal tengo á mi paisano. No diré yo que no podrá equivocarse, pero será por ignorancia y no por malicia.

—La ignorancia en un juez es si cabe mas reprensible que la malicia, y no sé yo cómo hay hombres que fallan sin un pleno convencimiento de la justicia de su fallo, repuso D. Perrondo.

—Veo que eres demasiado escrupuloso, amigo la Bárcena; pues que... ¿han de poseer todos los que visten toga los vastos conocimientos de Campomanes ó Florida-Blanca?

—Todo lo contrario, amigo Arciniega; mas que conocimientos quiero yo en los jueces un buen juicio y un amor tal á la justicia, que ninguna pasion pueda torcer.

Un momento despues llamaba á la puerta el procurador Zalamburu.

—¡Señor D. Pantaleon! dijo á éste que salió á abrirla, aunque no de arriba abajo, como tal vez merecia; estoy á las órdenes de Vd...

—Pase Vd. adelante, mi querido Zalamburu, le dijo Arciniega.

—A disposicion de Vds., señores, dijo, á nuestros viajeros, entrando en el despacho el procurador.

Era este de orígen vizcaino, como su apellido lo demostraba; alto, de formas proporcionadas, ojos grandes y negros, nariz larga y afilada, y boca grande y un poco hundida por faltarle la mayor parte de los dientes incisivos: un semblante cuidado con estraordinario esmero, y un porte en el vestir en el que llevaba el aseo hasta el mayor estremo, haciéndole pasar repetidas revistas por todo su cuerpo, anunciaban en nuestro curial al hombre afeminado, petulante y acaramelado, y si á esto añadimos que para sostener ese porte, que bien podia llamarse dujoso, y algunos otros *vicios de la buena sociedad*, no dejaba de ser tirano en el cobro de sus derechos, tendremos una cabal idea de quién era el individuo que acababa de entrar en el despacho de Arciniega.

—Vamos, amigo Zalamburu, le dijo aquel, bien sabe Vd. que es el procurador causídico en quien mas confianza tengo.

—Y Vd. sabe, señor D. Pantaleon, que yo agradezco y corresponde á esa confianza, dijo el procurador con bastante afectacion.

—En efecto que es así, dijo Arciniega, y bajo tal supuesto le he llamado á Vd. por mi criada, para encargarle un asuntillo de estos señores.

Como la criada de Arciniega habia dicho al procurador que fuese provisto del correspondien-

te papel *para criminal*, fijó su vista con extraordinaria estrañeza en D. Perrondo, cual pino acertase á comprender que un hombre de tan bello y simpático semblante como nuestro viajero, pudiese estar encausado criminalmente; pero Arciniega le sacó de dudas contándole todo lo ocurrido á su amigo desde que salió de su casa y muy por menor la entrevista con Cigüeñina.

—¡Oh! aquí para entre nosotros, no puedo menos de decir que el tal Cigüeñina es un tunante. Defendía yo á un particular de *Oñate* hará cosa de cuatro años. Cigüeñina hacia por ausencia del propietario de abogado fiscal.

Un campanillazo vino á interrumpir la relacion empezada por Zalamburu. Era el escribano Retuerta que venia acompañando al ama de Arciniega.

—¡Señor D. Pantaleon! dijo á este en voz tan alta que lo oyeron los que en el despacho estaban; vengo diciendo á esta linda provinciana que le cuide á Vd. mucho, que está un poquito desmejorado... ¿es así, querida?

—¡Siempre el mismo! dijo Arciniega: no le quitan á Vd. los años el buen humor, amigo Retuerta... ¡Qué ya es Vd. abuelo! Pase, pase Vd. adelante.

—Voy, voy... ¡adios, bermeana! Y diciendo esto entró precipitadamente en el despacho.

Era el escribano Retuerta de baja estatura, grueso, ojos saltones, de grandes y colorados mofletes, cuya mitad cubria una espesa y canosa patilla: su frente era ancha por su base y estrecha por su cúspide, á manera de pirámide: un levitón entregaban y sortú bastante raido con un chaleco que le cubria casi todo el vientre, daban á

nuestro escribano el aspecto de uno de esos insaciables usureros, que causan mas daño á la sociedad que la misma langosta.

—Aquí tienen Vds. al famoso Retuerta, escribano de cámara del juzgado de guerra... *nihil quid amplius*, dijo Arciniega dando una palmadita en el hombro al personaje que acababa de entrar... tan malo por supuesto, añadió, como todos los de su oficio... ¿no es así?

—¡Oh! ¡oh! los malos son Vds., los abogados... ¿quién lanza á una familia en un litigio desacabellado, que viene á concluir con su fortuna y su sosiego? el abogado: nosotros los escribanos no hacemos mas que consignar en el papel lo que otros nos dicen... ¿qué malicia puede caber en esto? absolutamente ninguna: somos los depositarios de la fé pública, y nada mas.

Una sonrisa de incredulidad se asomó á los labios de Arciniega.

—¿Sabe Vd., dijo éste al escribano, cómo califica ese señor (por Masalegre) la fé pública de usted?

—¡Oh! dijo Retuerta; el señor la dará la calificacion que quiera, como lo hacen otros; pero nada es mas cierto que lo que acabo de decir: tenemos mala nota, y no sé por qué.

—La opinion pública no suele equivocarse, amiguito, replicó Arciniega sonriéndose.

—No pocas veces, y una de tantas es en la presente cuestion, amigo mio, repuso Retuerta.

—Nosotros sí que no hacemos daño á nadie, dijo á esta sazon Zalamburu con su ordinaria petulancia: representamos á la parte como si ella misma estuviera presente, trabajamos sin descanso en el escritorio, siempre andamos como dominguillos

de coca para meca, de casa del escribano á casa del abogado, de casa del abogado á la audiencia, de la audiencia al fiscal, del fiscal al abogado-fiscal, del abogado-fiscal al relator, del relator al tasador de costas, del tasador de costas al repartidor de pleitos...

—¡Cuánta familia saca á relucir este ciudadano? dijo para sí Masalegre medio acongojado. ¡Dios mio! ¡para que no se queden en cueros el litigante que pierde y con el corbatin y los autos solamente el que gana! ¿Qué estrafio es que la fortuna que estos *ministriles* cojan por su banda se vuelva merienda de negros? Mas cuenta, segun veo, nos tenia ir á la cárcel... acaso así nos *servirian* de valde; pero de otra manera van á concluir con el caudal del amo! Y pensando en esto, un sudor se le iba y otro se le venia, y su frente empezaba á tomar un ardor mas intenso que el de la calentura.

—Vaya, vaya, Zalamburu, le dijo el escribano; no se justifiquen Vds. tanto... que mucho habria que hablar sobre el asunto... Vds. dan y quitan la nota á los abogados, quienes en cierta manera dependen de Vds.; esto sin contar, añadió con malicia Retuerta, con los convenios no muy legales que suelen mediar entre algunos procuradores y los abogados ramplones y recien recibidos... Ya sabemos que eso no reza con Vd., querido, continuó el escribano, viendo que las mejillas del procurador se habian coloreado un poco; pero prescindiendo de esos tratos ¿y las agencias que cobran Vds. á los litigantes por sacar las copias de los alegatos de los abogados de una y otra parte, que regularmente nunca leen aquellos...? ¿no es esto hacerles daño? Pagan por completo el escrito de su abogado, y además dan su *cuantaque*

por el mismo y que sale del contrario: esto, el correo, y los pasos que Vd. dice que dan todo para su contribucion, lo uno con el nombre de *derechos* y lo otro con el de *agencias*.

—En no reza con nosotros, dijo Arriniega; nos pagan nuestro trabajo y nada mas.

—Libro es, dijo el cruel escribano no satisfecho aun con la tunda que acababa de dar al atrevido Zalamburu, pero ese trabajo le cobran como quieren, lo que no nos sucede á nosotros que tenemos arancel: abogados conozco, yo que miden media cara una vara los pedimentos, y estiran y aumentan, alargan y adicionan á ratos sin maldita la necesidad para consignar en ellos mas derechos: de ese modo puede decir que, para no molestarse la cabeza y alargar los escritos con tal objeto, copian las leyes que se les antojan, aunque no vengan al caso, trozos enteros de la Curia Filípica ó de nuestro inmortal Febrero.

—¡Hombre! en ese caso, dijo Arriniega, la conciencia...

—¡La conciencia! repitió encogiéndose de hombros el escribano; pues, continuó, la tienen estrecha y arreglada, y otros mas ancha que manga de fraile franciscano... es tan elástica esa señora!...

—Se conoce que la ha tratado Vd. mucho, amiguito, le dijo Arriniega en tono de broma; pero ¡caramba! nos vamos olvidando de nuestro principal asunto.

—Sí, sí, dijo muy cerca D. Fernando, que había escuchado la conversacion de los curiales con extraordinaria repugnancia; tiempo es ya de hacer algo en nuestro asunto.

Que creo no andará en manos de tanto *satélite* como ha mencionado el señor procurador, dijo á

está sazon Masalegre, esperando entre sudores mortales la contestacion de alguno de los tres curiales presentes.

—¡Ay! ¡ay! dijo Zalamburu: el asunto de ustedes tiene mas teclas que tocar que el órgano de Móstoles... además de los que he dicho—¡oh! ¡eso es de cajon—tomarán parte en él el jefe de la Hacienda, el asesor, el fiscal de rentas, el administrador de las mismas, el escribano de idem, esto es sin contar con los alguaciles, porteros, oficiales de secretaría, escribientes...

El semblante de Masalegre se puso mas blanco que la nieve, la sangre toda se le heló, y de seguro le dá una terrible congoja, considerando sobre la gente de pluma que se iba á echar, ó mejor dicho, ya estaba echada encima de él y de su amo para pelarles bien la suya, si D. Perrendo, que advirtió el efecto que la imprudente petulancia de Zalamburu habia producido en su criado, no hubiera salido al encuentro de aquel, diciéndole con imponente dignidad:

—Para el que tiene la conciencia tranquila, como nosotros, nada deben importarle los jueces, asesores, escribanos y demás gente que Vd. trata de mencionar, aun cuando en una hora no concluyese de relatarla: además de esto tenemos con que pagar, á Dios gracias, y aun cuando así no fuese, nos sobra corazon para soportar las injusticias de los hombres... si ese caso llegase. Pero es ya tiempo de dejar esto á un lado y hacer lo que convenga... Tú, dijo á Aroiniega, puedes enterar al señor escribano de lo que tiene que hacer. Y al decir esto, sus hermosos ojos se fijaron con una espresion de indecible ternura sobre el semblante de Masalegre, quien poco á poco iba recobrando la

seremidad, que otro mas guapo que él hubiera tambien perdido, al ensartarle la innumerable falange de plumistas, entre cuyas manos acababa de colocarse su mala fortuna.

—Sí, sí, no perdamos tiempo, dijo Arciniega.

En seguida suplicó al escribano que tomase asiento junto á su mesa de bufete, y dándole las correspondientes instrucciones, se puso éste á estender el poder, que luego concluyó; sacó la copia y acto continuo dijo á los otorgantes:

—Tengan Vds. la bondad de firmar el original, y encantado á los derechos.

Arciniega dirigió una significativa mirada al escribano, pero éste, que no entendia de bromas cuando se trataba de cobrar, por no encontrarse con ella, bajó la cabeza como los toros marrajos que solo atienden á hacer su negocio y continuó:

—Para otros serian *cincuenta reales*, pero para ustedes, basta que sean amigos de don Pantaleon, solo *cuarenta*.

Arciniega se mordió los lábios de coraje; iba á decir que corria de cuenta suya la satisfacion de los derechos del *hebreo Reluerta*, pero D. Perrondo, que tenia dos duros españoles en el bolsillo, se los alargó á aquel en el acto de querer hablar el abogado, y tomando una pluma firmó silencioso el poder, haciendo otro tanto Masalegre, á quien se le escapó involuntariamente un suspiro, pensando en aquella tan vulgar y significativa frase de: «*ya empezó Cristo á padecer*.»

Acto continuo cogió el escribano el original del poder, y bajo el pretesto de que tenia otras ocupaciones, se despidió de los circunstantes, no sin insinuar antes á D. Perrondo, no sabemos si con

buena voluntad ó solo por cumplimiento, que deseaba saliese con felicidad del atolladero en que estaba metido.

—¡Hombre grosero! murmuró Arciniega así que el escribano salió de su despacho, nunca creí... Podíamos haber llamado á Ladron de Guevara.

—Cuyo apellido, dijo encogiéndose de hombros don Perrondo, ya ves tú que no le favorece mucho, y tal vez hubiera llevado los diez reales que éste perdonó... ¡eh! dejemos eso á un lado; ya es tiempo de poner el escrito.

—Sí, sí, porque le quiero enseñar esta noche á mi paisano cuando vayamos á verle: Vd. me servirá de escribiente, ¿no es así, Zalamburu?

—Con mil amores: sabe Vd. que tengo un placer especial en eso... Cuando defendí al administrador de rentas de *Sedano*...

—Empecemos, empecemos, Zalamburu, que ya se va acercando la hora de comer; y por lo tanto no es cosa de trabajar.

—Ya tengo la pluma en la mano, dijo el interrumpido Zalamburu, y ¡caramba! que tiene usted mucha razon en decir que no es cosa de trabajar despues de comer... ¡oh! despues de comer, á mí nadie me quita mi buena siesta, luego el café, en seguida el paseo en el Espolon.

—D. Juan Zalamburu, en nombre de... dijo Arciniega.

—Lo primero es, *Excmo. Sr.*, repuso aquel.

—Eso de sabido se calla: yo creí que lo tenia usted puesto... continuemos. Y dictando Arciniega y escribiendo el procurador, en menos de media hora estuvo concluido el escrito que si hubiese sido para otro que para su amigo D. Perrondo, le hubiera valido á Arciniega diez ó doce duros.

Nuestros encausados se quejaban en él ante el tribunal superior del auto de prision que, segun tenian entendido, habia recaido contra ellos, y pedian su revocacion, ó al menos que para no entrar en la cárcel se les admitiese la fianza á derecho, que desde luego estaban prontos á presentar, á lo que se brindó con la mejor voluntad el buen Arciniega.

—¿Firmamos nosotros ese escrito? dijo Masalegre así que le vió concluido.

—De ninguna manera, le contestó de repente Zalumburu; pues entonces ¿de qué serviamos nosotros? Los procuradores somos la misma parte, representamos á la misma parte, y esta nada tiene que hacer absolutamente más que... *pagar* en tiempo oportuno. Me hace Vd. recordar ahora un caso que me pasó con un comerciante bilbaino, á quien defendí en un pleito en el año próximo pasado.

—¡Oh! ¡oh! ¡y qué buenas cuartas le valió á usted el pleito ese...! ¿eh?... dijo Arciniega.

—Pa... tal cual; yo quise traérselo á Vd., pero su compañero Hurtado tenia relaciones directas con el comerciante; en fin, me valió y [illegible] tambien trabajé mucho y mi defendido lo podia pagar. Ya sabe Vd. que, como hombre de *conciencia*, tengo en cuenta la posicion de mis defendidos. ¡Pero ¡caramba! que no se ha de dejar de cobrar ninguna de las relaciones que empiezo! añadió algo amostazado Zalumburu.

—Esa del bilbaino la dejaremos para mejor ocasion, le repuso Arciniega sonriéndose; se va ya acercando la hora de comer.

—¿Cuánto se le debe á Vd., señor procurador? preguntó D. [illegible]

—Eso es para mas adelante, señor mio, contestó Zalamburu; no soy yo como el escribano; éste ha hecho muy mal en cobrar á Vd., porque eso corria de mi cuenta, pero él es un... en fin, no quiero calificarle, añadió con mucha formalidad el procurador, como si á D. Perrondo le importase alguna cosa el pagar antes ó despues, á este ó al otro, si al fin tenia que pagar. Por lo demás, continuó Zalamburu, como encargado de la defensa, yo tengo que pagar á todo el mundo, y Vd. con nadie se tiene que entender para el asunto mas que conmigo; pero por ahora nada necesita usted desembolsar, y no se apure por pagar, que no le he de mandar á Vd. un apremio, ni...

—Bueno, bueno, dijo Arciniega interrumpiéndole, viendo que á su amigo le repugnaba el aprio lenguaje del procurador. Mañana, añadió, á primera hora tendrá el señor Zalamburu la bondad de venir por el escrito para presentarle á la escribanía de cámara correspondiente, á fin de que se dé cuenta de él.

—Así se hará, señor D. Pantaleon, dijo Zalamburu, y tomando su sombrero, se despidió del abogado y de sus dos defendidos, no sin decir antes á estos á ruer de buen curial, que se alegraria infinito de que saliesen con felicidad en su primera y principal pretension.

No bien habia abandonado Zalamburu la casa de Arciniega, cuando dirigiéndose á este Mas alegre, bastante repuesto ya de su indisposicion, le dijo:

—Dígame Vd., D. Pantaleon; ¿por qué dice el procurador Zalamburu que nos *defiende* á nosotros, que *defendió* al comerciante de *Bilbao*, al particular de *Oñate*, al administrador de *Sedano*,

y siempre tiene en la boca la palabra *defensa*? ¿No se ofreció Vd. á defender al amo? ¿Cuántos son á defendernos aquí?

—Los procuradores, le contestó Arciniega, siempre hablan el mismo lenguaje, aun cuando no hagan en las defensas y pleitos mas que pasear por largo, copiar tendido y firmar en abreviatura: por otra parte, como ha dicho muy bien el escribano, ellos son los que dan y quitan la nota á los abogados, porque les dan y les quitan generalmente los negocios... Pero vamos á comer, que ya es hora; despues pasaré con vosotros encerradito toda la tarde, y al anochecer iremos á casa de mi paisano á ver qué tal se presenta, que espero lo hará á nuestra satisfaccion.

No habian aun desaparecido por completo los crepúsculos del astro vivificador, cuando nuestros tres amigos marchaban por las calles de Búrgos en direccion de la casa del magistrado consabido, que estaba inmediata á la audiencia territorial.

CAPITULO XI.

EL MAGISTRADO MARAVILLAS.

Entraron Arciniega y sus dos compañeros en un magnífico salon, en cuyo fondo habia entre dos cómodas y elegantes poltronas un lujoso sofá: en él estaba muellemente repantigado nuestro magistrado, que acababa de venir de paseo. Tendria el juez Maravillas unos sesenta años de edad: era de mas baja que alta estatura, ojos pardos y pequeñitos, frente inclinada hácia atrás y nariz ancha, rematada en su punta por un promontorio de carne muy

semejante á la porra que de continuo gastan los custodios del campo en las aldeas; pero últimamente una cara redonda y bien nutrida completaba esta fisonomía, que estaba anunciando á las claras una no superior inteligencia.

Cuando nuestros nocturnos visitantes estuvieron ante su presencia, no se dignó levantarse, ni aun quitarse el birrete de magistrado, que de ordinario gastaba en su casa, como para demostrar que allí estaba un alto representante de la justicia, esa palabra que siendo tan sencilla en su genuina significacion, ha dado márgen á tantas y tan diversas interpretaciones.

—¿Cómo sigue Vd., Sr. D. Rafael? le dijo Arciniega no mas entrar en la habitacion.

—¡Hola, querido! contestó con voz nasal el magistrado; perfectamente, un poco cansadito, estoy, estas piernas empiezan ya á flaquear... pero acerca una sillita y toma asiento. Vds. si gustan, pueden hacer lo mismo.

Así lo hizo el abogado con la mayor confianza, y nuestros dos viajeros siguieron su ejemplo, aunque á indicacion de aquel.

—Vamos, paisano, ¿y qué pretension traes á estas horas por mi casa? dijo á Arciniega Maravillas, que por lo visto le trataba con mucha confianza.

—Un asuntillo, criminal por desgracia, de estos amigos.

—¿Es político? preguntó Maravillas.

—Nada de eso, repuso Arciniega; es un atropello del tribunal de Pensa el que se quiere evitar.

—Ah! bueno, bueno, dijo interrumpiéndole Maravillas; no lo pregunto porque yo falte á la justicia en ningun negocio; pero tú sabes que des-

asuntos políticos nos acarrean infinitos compromisos.

—¡Oh! oh! demasiado, que lo sé, dijo Arcipreste; pero aquí mi amigo le enterará á Vd. del negocio, y se convencerá de que no es mas que un atropello brutal el que con él se quiere cometer: le he hablado de la justificacion de Vd., proverbial en Búrgos y bien notoria en todas partes, y me he tomado la libertad de presentársele á usted á esta hora intempestiva.

—Muy bien, querido paisano, dijo Maravillas; y en seguida hizo una reverente inclinacion de cabeza para que hablase D. Ferrondo.

—Señor, dijo este dirigiéndose al magistrado, que en la apariencia estaba dispuesto á no perder un ápice de la relacion del enduesado; yo soy un caballero á quien ha dado la humorada de viajar por España unos cuantos meses, porque gracias á Dios tengo con que soportar los gastos de mi capricho: la primera noche que hice fuera de mi casa fué en Quintana, y en una posada tan sucia y miserable como son casi todas las de este pais.

El magistrado hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—El posadero, por lo visto, continuó D. Ferrondo, es el encubridor de contrabandistas catalanes [illegible], porque á la mitad de la noche allanaron su casa unos cuantos carabineros, y tomándonos á la fuerza por contrabandistas sin apelacion, embargaron nuestras mulas, y gracias que nos dejaron montar en ellas para venir á esta ciudad á disposicion del tribunal [illegible], porque además negó que dejásemos la posada, nos hubieran tambien dejado á nosotros en libertad los carabineros, ni como no sabemos [illegible]

insinuó, le hubiéramos alargado alguna propina; y decir, que los carabineros se convencieron, como no podian menos, de que nosotros no éramos contrabandistas, y sin embargo no nos dieron la libertad de que nos habian privado, porque querian que se la comprásemos á pesa de oro. Ya vé... usía, señor magistrado, que el atropello no puede ser mayor, y que es necesario un escarmiento...

—Sí, sí, dijo muy sério Maravillas, no cuidándose empero de apear su tratamiento; no me diga usted más, que ya sé yo lo que son intrigas de pueblo.

D. Perrondo se sorprendió al pronto con tan peregrina salida del magistrado, pero por ella y por lo que en él habia observado desde el momento que le vió, sin duda pudo medir con un gran talento la pequeñez del de Maravillas, y así repuesto enteramente de su ligera sorpresa, y dando de intento otro giro á su relacion, dijo:

—¡Oh! ¡oh! si señor, puede que no le falte á usía razon... sin duda son intrigas de... intrigas grandes! y por sospecharlo nosotros nos escapamos desde el pueblo de Rabé.

—Mal hecho, dijo en tono seco y magistral Maravillas, mientras que Arciniega estaba tan avergonzado que no se atrevia á levantar la vista del suelo, ni se encontraba con aliento para tomar parte en la conversacion.

—Para presentarnos á los tribunales de Búrgos, señor magistrado, continuó D. Perrondo.

—Menos mal, porque entonces se puede decir que quisieron Vds. anticiparse á los carabineros.

—Esa fué precisamente nuestra idea al momento que presentamos á mi amigo y condiscípulo Ar-

ciniega, fuimos á ver con acuerdo suyo al asesor de rentas; pero este, á pesar de las razones que le dimos para convencerle de que nosotros no éramos ni podíamos ser contrabandistas, ha dictado auto de prision contra nosotros. ¡Ya ve Vd. que esto es un escándalo, atropellar de tal manera á dos personas pacíficas!

—Si ya he dicho á Vd. que sé lo que son intrigas de pueblo, dijo por segunda vez muy satisfecho nuestro Maravillas, y por lo tanto escusado es que Vd. se moleste mas.

Con semejante contestacion, que probaba evidentemente la esquisita penetracion del magistrado, quedó ya cortado nuestro D. Fernando en su relacion; el rostro de Arciniega se puso mas encendido que una grana y aun Maralegre, sin embargo de lo acostumbrado que estaba desde el momento en que vió lo sério que era andar por los tribunales de justicia, no pudo contener una sonrisa sardónica, aunque casi imperceptible, que se asomó á sus labios. Maravillas no advirtió el efecto que su contestacion produjo en sus tres oyentes, y así, arrellanándose en el sofá con una majestad que si estuviera en el sillon del tribunal, y con mas aplomo que el yunque de una fragua, continuó:

—Pues el asunto no merece la pena de alarmarse; dentro de ocho ó quince dias Ustedes deben ponerse á disposicion del tribunal de rentas, y en seguida apelar de ese auto de prision, que la Sala les hará á ustedes justicia.

—¿Cómo? dijo D. Fernando en medio del asombro que esta imprevista salida del magistrado produjo en Arciniega y sobre todo en Maralegre. ¿No vale nada que un hombre honrado pase

quince dias en una prision?, ¿hemos de apelar despues que se nos haya ajado, despues que nos tengan en una cárcel confundidos con los ladrones y asesinos? ¿Y por qué no se ha de evitar eso, señor magistrado? ¿por qué nosotros hemos de ir á una cárcel? ¿qué poder humano podria borrar en tal caso los perjuicios que se nos ocasionasen? ¿cómo indemnizar los sufrimientos físicos que son no indemnizables?

—Muy sencillo, contestó con el tono mas cándido el buen Maravillas; la apelacion tiene [illegible] esta: vé que el tribunal de rentas se ha hecho reo de prision arbitraria y castiga con pena al juez que la ha ordenado.

—Pero, señor, lo que nosotros queremos y á lo que venimos á suplicar á usía es, no que castigue un atropello que aun no se ha llevado á cabo, sino impedir el que se lleve: ¿qué adelantamos nosotros con que se castigue la arbitrariedad del juez, si no se disminuyen las vejaciones que sufrimos en una prision?

—Cierto es lo que V. dice; pero, ¿qué quiere usted? es imperfecta la justicia, y ni la Sala no puede hacer otra cosa.

[illegible] habia escuchado todo esto con estra-ordinaria atencion: ni un ápice siquiera habia perdido de las palabras del magistrado, que para él eran saetas que se clavaban en su corazon; quiso hablar por dos ó tres veces y otras tantas le contuvo el temor de echar á perder un negocio que su amigo [illegible] Arciniega [illegible] satisfaccion, y así [illegible] con [illegible] la última [illegible] del magistrado, [illegible]

[illegible]

—Vamos, vamos; indudablemente tiene ese oidor los oidos de corcho y el corazon de roble.

Arciniega, que mejor que nadie conocia el carácter sobrado bondadoso de este sacerdote de Temis, creyó parte de su obligacion el tomar la palabra y proponer un medio directo que evitase la prórroga de ocho ó quince dias, y como mas conocedor de las costumbres y lenguaje de la curia que nuestro D. Perfecto, dijo:

—Bien conozco, señor D. Rafael, que el asunto es por sí demasiado intrincado y peligroso...

Don Perfecto dirigió al abogado una significativa mirada, que este comprendió, y con un meneo de cabeza le suplicó que le dejase continuar.

—Pero así como dicen los médicos: *á grandes males grandes remedios*, es preciso que se adopte una gran resolucion que nos saque del atolladero: convengo con Vd. en que la ley tiene ligadas las manos; pero un juez de conciencia como lo es Vd., un juez para quien nada son los hombres ni las cosas, porque para él lo es todo la justicia, debe romper en momentos dados esas ligaduras en obsequio á la misma justicia, de que es depositario y digno intérprete.

El rostro del magistrado se llenó de una indecible satisfaccion al oir las alabanzas de Arciniega; y creyó demasiado pequeño el sofá de dos varas de longitud donde estaba sentado para contener su electrizado cuerpo.

—Bien, bien, querido paisano, dijo rebosando de alegría, discurre tú ese medio, y si lo encuentro aceptable, lo adoptaré.

—No puede ser otro, amigo, repuso Arciniega, que desde ahora [illegible] la Sala [illegible], pues (esa es la práctica) dirá el juez,

que administre justicia y obre con arreglo á derecho.

—Eso queremos nosotros, dijo de repente D. Perondo.

Arciniega le dirigió una mirada llena de compasion, y volviéndose al magistrado:

—Eso se llama *la bula*, le dijo, y en el lenguaje forense ya sabe Vd. lo que significa *la bula*, nada; porque el juez inferior dice así que la recibió, la administró y obró segun se me dicta.

—Si decia yo... replicó el magistrado repuesto ya de la impresion que en él produjeron las alabanzas de Arciniega, ¡oh! bien mirado el negocio.... yo no encuentro un medio de servir á estos señores como tú deseas.

—Lo deseo mas que si fuera para mí, dijo Arciniega, y por lo tanto antes de venir aquí he agudizado el ingenio, y creo haber encontrado el medio que Vd. desea.

—¿Cuál es?

—Que á la pretension que mañana introduciremos en la Sala de Vd., se la providencie, que el tribunal inferior, suspendiendo todo procedimiento, informe con justificacion.

—¡Hombre! ese me parece un medio muy violento... ataca la independencia de los tribunales, y mientras la causa no venga por sus trámites ordinarios á nuestro poder... nosotros no podemos impedir que los inferiores obren como mejor les parezca. En una palabra, tú sabes que no estamos para dirigir á los tribunales inferiores, sino para ver á su tiempo si han obrado bien ó mal.

—Perfectamente, Sr. D. Rafael; pero cuando se trata de impedir un atropello, que á sabiendas y con la mas manifiesta malicia se quiere cometer

son dos personas honradas y pacíficas á toda prueba, no creo que mi paisano y amigo se detenga ante ciertas consideraciones, que yo no trataría de hacerle olvidar en otros asuntos.

—¡Hombre! ese medio.... ya se vé... Si fueran bien conocidas las personas... Pero, tú... ¿respondes aquí?

—Respondo de todo á fé de paisano y amigo, dijo de repente Arciniega para contener un movimiento de indignacion que vió pintado en el rostro de su amigo D. Perrondo por la injuria encubierta que contra su acrisolada honradez encerraban los recelos tan torpemente manifestados por el magistrado; sí, respondo de todo, y Vd. sabe que jamás le he tratado siquiera de comprometer.

—Está bien, dijo Maravillas, á quien tranquilizó la protesta de Arciniega; presente mañana esa pretension, que yo hablaré á mis compañeros y procuraré...

—Aquí la traigo puesta... si Vd. quiere verla...

—¿Para qué? dijo Maravillas; ya sé á lo que está reducida, y escusado es que la leamos... Creo que no me engañará.

Arciniega y D. Perrondo se miraron asombrados: ambos estaban pálidos de coraje al ver la injuriosa desconfianza de Maravillas, con quien en manera alguna convenia romper, por la razon que sin esfuerzo alguno comprenderá el lector: quiso el primero concluir con una comision tan enojosa para él y sus dos amigos, y así, deseándose de las últimas palabras del magistrado, dijo:

—Ahora solo nos resta una cosa, aunque yo no trato al asunto, haré que le hable un amigo á fin

de que suspenda sus pesquisas en busca de estos señores, siquiera hasta ver la determinacion de la Sala.

— Corriente, dijo Maravillas; estamos de acuerdo.

— Pues no seamos molestos.

— Sabes que tú nunca lo eres en mi casa.

— Adios, paisano.

— Somos muy servidores de usía, le dijo D. Perrondo.

— Gracias, gracias, le contestó Maravillas en el tono frio con que se contesta por los que son, ó se creen grandes señores, á los que juzgan pretendientes.

D. Perrondo se mordió los labios de cólera, que en otra ocasion que no fuera la presente, hubiera estallado majestuosamente contra el magistrado, y haciéndole una ligera cortesía acompañada de una desdeñosa sonrisa, salió de su presencia seguido de Arciniega y de Masalegre, por quien acaso no se habia decidido á dar al del birrete perpétuamente encasquetado una excelente leccion.

Marchaban los tres un poco separados y silenciosos en direccion de la casa del abogado; este, no atreviéndose á sacar á su amigo de las meditaciones en que llevaba embargada su alma, se contentó con murmurar por lo bajo: «nunca lo ví mas desabrido ni mas imbécil.» Pero Masalegre, que durante la última parte de la conferencia y despedida del magistrado habia, no sin inquietud, visto pintada por dos ó tres veces en el casi siempre inalterable rostro de D. Perrondo una palidez mortal pasajera, por lo mismo que conocia el carácter de su amigo al fondo que nadie, sacaba de

aquellas meditaciones, y acercándose á él le dijo con la mayor confianza:

—¡Ah, señor! ¡cuánto sufre Vd. injustamente! y... ¡cuánto sufro yo, viéndole sufrir á Vd.!

D. Perfecto le tomó una mano, que apretó con efusion, y en el tono mas afectuoso le dijo:

—Tienes razon, hijo mio: nunca se sufre mas que cuando se recibe una injuria y hay que morderla en silencio, pero... ahora es necesario sufrir y... esperar, que *de aprender á esperar depende las mas de las veces la sabiduría.*

—Entrad, dijo Arciniega, que acababa de abrir la puerta de su casa con un llavin que de ordinario llevaba en su bolsillo: dentro de un cuarto de hora soy con vosotros.

—¡Ah, querido! le dijo D. Perfecto entrando maquinalmente en el portal: ¡veo que aun hay corazones generosos!

CAPITULO XII.

LA AUDIENCIA.

Serian las diez de la mañana del siguiente dia en que pasó la conferencia con el magistrado Maravillas cuando, gracias á la solicitud de Arciniega, que habia dejado, digámoslo así, de obrar como abogado para hacerlo como amigo respecto de don Perfecto, pudieron este y Masalegre, acompañados de Zalamburu, presentarse sin miedo á las iras de Ciguéñina en el palacio de la audiencia territorial, á donde, gracias tambien á la misma solicitud, iba á verse y fallarse la pretension de nuestros encausados, introducida en la Sala segunda y dirigida á librarse de la encerrona, que

tanto asustaba á Masalegre por la sencilla razon de que, aunque le habian dicho que seria cuando mas de quince dias, podian muy fácilmente convertirse estos en quince semanas.

Cuando llegaron nuestros viajeros al tribunal, diferentes *ministriles*, cuyos trajes semiclericales y andar apresurado llamaron sobremanera la atencion de Masalegre, cruzaban en todas direcciones como fantasmas negros que se quieren ocultar de todo el mundo: poco á poco vieron llenarse los tránsitos del mismo de sugetos de todas edades, desde los doce hasta los sesenta años, entre los cuales no hubo uno siquiera que inspirase simpatía á nuestro Masalegre: tan agradables y placenteros eran para él sus semblantes! De estos individuos, vestidos en su mayor parte de negro, unos iban de toga, otros de capa nueva y con el cuello corto como si temieran obstruirse el sentido del oido, otros tenian aquella tan raida y trasparente, que segun el traza no podia haber estrenado sus abuelos, y casi todos por fin llevaban grandes y pequeños legajos de papeles debajo del brazo. Esta última circunstancia le hizo pensar con tristeza á Masalegre en el asunto que le tenia allí, y mientras su amo se paseaba con la cabeza erguida y el corazon tranquilo, se apoyó él contra la pared y mirando alternativamente á todos lados, dijo para sí:

—Si hay alguna sobre la tierra, cuyo poder se pueda comparar al de Dios, son estos danzantes de acelerado paso y famélicas facciones, que tienen debajo de su brazo tantas fortunas, tantos honores, tantas vidas de sus semejantes.

Las voces de *despejen! dios señores!*, en cultísimo tono pronunciadas, vinieron á sacar á nuestro

Masalegre de sus meditaciones, é incorporándose y tendiendo la vista por el largo y estrecho tránsito donde estaba, vió como de la multitud bulliciosa de curiales que le obstruia se formaron junto á las paredes como por encanto dos filas silenciosas que, con sombrero en mano, hacian paso á dos personajes de birrete y toga con golilla al cuello y cintilla blanca colgada en la punta de la manga, los cuales, con la cabeza erguida y el mirar severo, se dirigian á la sala del rincon, que era la segunda en la numeracion establecida por el tribunal: al momento reconoció Masalegre en uno de los personajes que tanto honor recibian al insigne y nunca bien ponderado Maravillas. Tan de sorpresa le cogió á Masalegre aquella especie de operacion militar, y tan de fijo se puso á mirar al de la enorme nariz, que no se acordó de quitarse el sombrero al paso de los señores, pero la brusca mano del *ministril* que le precedia se le echó á tierra de un guantazo á la voz (que bien pudo escusar supuesto que se sirvió de su brazo) de *¡fuera ese sombrero!* Masalegre se quedó tan avergonzado con el *dulce* modo de insinuarse de parte de los criados de los señores, y su vista se ofuscó en tales términos, que maquinalmente se lanzó por su sombrero en la direccion opuesta á donde le habia arrojado la ligera mano del ministril, y ni siquiera vió cómo se bajó su amo por él y con la mayor serenidad se le colocó en la cabeza. Al ponérsele dijo D. Ferrondo á los muchos curiosos que miraban su accion con asombro:

—No se estrañen ustedes de que á este pobre mozo le haya sucedido esto, porque nunca hasta hoy se ha visto en ningun tribunal.

La voz de su amo volvió el aliento á Masalegre,

pero no tanto que entregándose y anhelante no tuviera que arrimarse á la pared para sostener su cuerpo. El incidente que acababa de pasarle llamó sobre él, como era natural, la atencion de casi todos los curiales presentes, y las palabras de don Perfecto inspiraron en varios de ellos fuertes simpatías: rodeáronle como dos docenas de personas, entre las cuales estaba nuestro Zalamburo, en cuya honra diremos que sintió como el que mas el percance de su cliente.

—¡Qué despotismo! dijo uno de ellos: animese Vd. amigo.

—¡Está pálido! repuso otro.

—¡Pobre hombre! dijo un tercero: es un aldeano: bien pudo prevenirle el portero, y no avergonzarle de esa manera.

—¡Es una accion grosera! repuso otro.

—¡Yo digo que es una infamia! dijo un bello y elegante jóven barbilampiño, de negros ojos y pronunciadas facciones, que no hacia mucho se habia recibido de abogado. Semejantes cosas, continuó, solo se ven en estos tribunales; si conmigo lo hubiera hecho el ministril....

—Acaso lo hubiera Vd. sufrido como el señor, dijo un anciano con gran peluson y capa negra tan raida que difícilmente pesaria doce onzas; no guardó ceremonia y el portero no tiene obligacion de saber si ha estado ó no aquí el que no la guarda.

—Usted, replicó el barbilampiño, cree que estamos en los tiempos de la chancillería de Valladolid, de que fué procurador: ya se acabaron esos tiempos; estamos en el siglo XIX.

—Que es peor cien veces que el siglo XVIII: ¡todos los dias nos atruenan los oidos con su siglo

estos jóvenes corrompidos! murmuró marchándose el antiguo procurador de chancillería. ¡Siglo de maldicion! iba diciendo; ni se respetan las canas, ni se respetan las autoridades, ni se respeta la religion... ¡buen siglo en el que han disminuido los pleitos tres cuartas partes!

—¿Qué habeis hecho al procurador Torcida? dijo un recien llegado, vestido de toga corta, con un casquete de seda sobre su cabeza y un legajo de papeles bastante abultado debajo del brazo izquierdo.

—Va dado al diablo... ¿eh, relator Morcillo? dijo un hombre chiquitin como de treinta y ocho á cuarenta años, que tenia una profunda cicatriz en el carrillo izquierdo é iba vestido de no muy buenas trazas.

—Así parece, contestó aquel, y ¡vive Dios! que tiene razon en lo que dice de que han disminuido los pleitos en tres cuartas partes.

—¡Bien por el procurador Torcida!... es un digno curial, que no quiere estar holgando: ¡honor al hombre laborioso! dijo otro de los del corro.

—Sí, pero con esas costumbres del siglo XV, que desterradas completamente de la sociedad, se han refugiado en estos tribunales, dijo el jóven barbilampiño, se disminuyen mas los pleitos: yo aseguro que aunque le quiten al señor la capa de los hombros, por no sufrir otro bochorno idéntico al de hoy, no pone ya aquí los piés en su vida y renuncia desde ahora á querellarse del ladron.

Masalegre hizo en esto un movimiento afirmativo de cabeza.

—Pero puede valerse de un procurador, y no tiene necesidad de venir, dijo á esta sazon nuestro impertérrito Zalamburu.

—¡Pues! le replicó el jóven: ¡como si los litigantes no quisieran ver por sí mismos el estado de sus negocios!

—Lo mismo dá que les vea por ellos el procurador, como que este les representa en cuerpo y alma, replicó muy satisfecho Zalamburu.

—Eso lo dicen Vds.

—Por qué es así.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! *Procurator non est curator*. Si cada paso de Vds. no les costase los cuartos, convenido, amigo Zalamburu, dijo el jóven.

—¿Qué? ¿Trabaja Vd. de valde? replicó algo amostazado nuestro procurador.

—*Non habeo hominem*, y por consecuencia no trabajo en pleitos, repuso el jóven echando al propio tiempo una mirada que desconcertó á nuestro Zalamburu.

—¡Todos los nuevos decís lo mismo! murmuró otro procurador que estaba junto á Masalegre: ¡ignorantes! porque desconoceis las fórmulas necesarias hasta para poner un pedimento de cajon!

—¿Qué refunfuña el procurador Garduño? le dijo el jóven, que por lo visto no era muy amigo de los procuradores.

Iba aquel á contestar, pero se lo impidieron las sonoras voces que en el dintel de la puerta de la Sala segunda pronunció con tono magistral el ministril de la fechuría de Masalegre.

—¡Relator Gavilanes! ¡escribano Aguila! ¡procurador Garduño!

—¡Dios mio! ¡qué nombres! dijo para sí Masalegre, algun tanto repuesto ya del percance del sombrero.

—¡Cómo! dijo Zalamburu, saliéndose del corro, que medio desbarataron las voces del ministril;

¿no se ve mi negocio? voy á ver en qué consiste, y se dirigió corriendo á la sala donde había entrado el juez Maravillas.

A poco rato volvió, y llamando á parte á sus dos clientes les dijo que no se daba cuenta de su pretension hasta última hora.

—Como se despache bien, eso es lo de menos, dijo Masalegre.

—Tenga Vd. confianza, dijo Zalamburu.

—Malos principios hemos tenido, repuso Masalegre aludiendo á lo del sombrero.

—Eso no vale la pena, le dijo D. Perrondo, tú no tienes la culpa de este percance, la tengo yo que, enterado de las costumbres de estos tribunales, no te previne de ellas al venir aquí. Por lo demás no tengas cuidado... me enfada esa pusilanimidad... parece que ya eres otro hombre... estás aturdido...

—¡Ah señor! ¡si aturde más esta gente que un regimiento de dragones!

—A los que hayan dado motivo, bueno que les aturda, pero á tí ¿por qué? le replicó D. Perrondo.

—No tenga Vd. miedo... los señores merecen toda clase de consideraciones, y por eso... ¡pues!... por lo demás, ni le conocen á Vd. y aunque le conocieran... estoy seguro que han celebrado con una buena risotada la... no sé como la llame... la irreverencia de Vd., dijo Zalamburu.

—¿Es decir, contestó Masalegre, que lo que en mí ha producido vergüenza, angustias y sudores mortales, ha servido de diversion á los señores?

—Justamente, replicó el superficial Zalamburu. Pero ¡caramba! yo tengo que hacer en otra parte... conque, hasta última hora, señores.

—Vaya Vd. con Dios, le dijo Masalegre.

—Adios... mentecato, murmuró D. Perrondo. Tu ya lo sabes, dijo á Masalegre; cuando un portero, ó un alguacil anuncie á algun señor, te quitas al instante el sombrero.

—Lo mejor será tenerle siempre en la mano, señor...

—No, que así llamarias mas la atencion del todo el mundo precisamente por lo que te ha sucedido.

—¿Me hace Vd. el favor del fuego? dijo en esto á D. Perrondo el hombre chiquitin de la cicatriz en el carrillo izquierdo.

—Con mucho gusto, le dijo D. Perrondo alargándole un rico habano que estaba fumando.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo el hombrecillo mirando á Masalegre y encendiendo al propio tiempo su cigarro... ¿tiene Vd. pleito? se conoce que ha estado pocas veces por estos tribunales.

—Nunca, jamás, segun ha manifestado mi amo, dijo Masalegre.

—¡Oh! si lo que aquí se ve, no se ve en ninguna parte. Pero no vaya Vd. á creer que con él solo hacen esto: los que tenemos la desgracia de vivir aquí, estamos viendo todos los dias semejantes escenas con pobres lugareños, que son los que en primer lugar pagan el pato, como suele decirse, dijo el chiquitin.

—Sí, lo creo, dijo Masalegre; los lugareños somos en todo los *paganos*.

—Tambien nos toca algo á nosotros... no crea... aquí no se respeta á nadie. Yo soy abogado, y crea Vd. que si se pudiera vender el título por *veinte reales*, desde ahora le vendia por no tratar con esta familia de jueces, relatores, escribanos, procuradores, porteros y alguaciles... ¡Oh! estos

señores son los mas intolerantes, particularmente en los dias en que estamos, vísperas de poner los estados trimestrales. ¿No advierten á todos los abogados que sean breves en sus defensas? ¡coartar el derecho de defensa! ¡oh! nunca se ha visto... ¡los pobres litigantes son los que lo pagan!

Masalegre miraba al hombrecillo con cierta expresion de desprecio, á que fácilmente se prestaban su raquítica figura, y su pobre y desaliñado modo de vestir; así olvidándose por un momento del ministril de su percance, le pudo preguntar con no pequeña sorna:

—Y dígame Vd., amiguito, si la defensa es corta, son cortos los derechos?

—¡Oh! eso no, respondió el hombrecillo, porque al trabajo ya le tenemos prestado; ¿y quién trabaja mas que los abogados? nadie: todos, menos nosotros, puede decirse que comen el pan á traicion: ¡oh! ¡oh! cuántos jueces se duermen ó al menos parece que se duermen como lirones en la vista de los pleitos! ¿Y los relatores? estos no son para mí mas que unos meros copiantes de los procesos, y si no copian fielmente hacen mas daño que la langosta; los procuradores no hacen otra cosa que pasearse, los escribanos dan fé de lo que ven, y mas aun de lo que no ven, y por último los porteros y alguaciles... ya saben Vds. lo que hacen.

Este ciudadano, que tanto tenia que decir de los curiales, segun despues se informó Masalegre, habia hecho mas de veinte pretensiones en busca de una procura, relatoría, escribanía de cámara, y ni aun el ser tasador ni repartidor de pleitos habia podido lograr.

—¡Abogado Largo!, le dijo á este cesante un procurador que se acercó á los tres interlocutores:

que no se hagan esperar mucho las otras cuatro. [illegible] para [illegible] que tengan defensa, [illegible] señores, se dirigió á una de las Salas del tribunal.

—Voy tambien á guardar Sala, dijo el procurador, que echó á andar en la misma direccion que el designado anteriormente.

—Oye tu, Palacin, dijo el abogadillo de la cicatriz, dando un cuarto de conversion á su individuo; ¿qué te ha parecido esto? alguna cosa por la defensa de aquel pobre diablo, [illegible] que [illegible] á pensar [illegible] del [illegible] fondo.

—No es blanco, contestó Palacin.

—Pues tengo entendido [illegible] procurador [illegible] ha recibido [illegible] cuenta, y qué [illegible], porque [illegible] de heredero del padre, [illegible] que hay *mancomunidad*. A mi [illegible] Dios! ¿[illegible] estamos [illegible] estos *procuradorcillos*, que [illegible] lo remediar

—Vamos á hablarle, dijo Palacin, [illegible] le [illegible]

—Vamos pues, dijo el de la cicatriz, y sin despedirse siquiera de nuestros viajeros siguió á Palacin, que á pasos [illegible] su clase, [illegible] procurador [illegible], quien, entretenido sin duda en [illegible] dades recien llegado [illegible] Masalegre y su pequeña disputa con el jóven barbilampiño, estaria bien lejos de pensar en la cruel pretension que le [illegible] los dos abogados.

Durante toda esta escena habia [illegible] don Fernando cierta expresion [illegible] que [illegible]

de ver bien á las claras en el semblante de su am[illegible] y en la impotente severidad de sus facciones [illegible] del [illegible] lo que tambien habia experimentado Masalegre, y así dijo á su amo bastante [illegible]

—Señor, [illegible] que el nuestro negocio [illegible] hasta última hora, vámonos de aquí [illegible] Gorga[illegible] y [illegible].

—Lo que has de procurar, hijo mio, le dijo don Fernando, es que no [illegible] pierdas tu plácido equilibrio [illegible] tranquila: aquí y fuera de aquí observarás que el mundo es el mismo, como procures estudiarle á fondo. Desde luego nos [illegible] de este sitio, como tú deseas, pero tengo que hablar [illegible] quien [illegible] esperando para ir á [illegible] al conde de Melgar [illegible] de [illegible] de mi padre.

—Ya le [illegible] Vd.! [illegible] tambien quiero verle.

—Hoy no puede ser [illegible] le verás mañana y todos los dias que quieras: he dado [illegible] á Arcaiaga [illegible] hablarle [illegible]

—A poco rato llegó nuestro abogado [illegible] ¿y qué [illegible] de nuestro negocio? preguntó á D. Fernando.

—Lo ha dejado para [illegible]

—Buena señal, repuso Arcaiaga.

—¿Por qué? preguntó [illegible] Masalegre.

—Porque [illegible] tiempo podrá hablar D. Rafael á sus compañeros, dijo Arcaiaga.

sí, añadió se conoce que lo toma con algun interés.

—¿Has despachado tú los tuyos? le preguntó D. Perrondo.

—Ni del todo, contestó Arciniega, pero no demos ir á ver al conde cuando gustes.

D. Perrondo sacó el reloj.—Aun no son las doce, dijo: vamos ahora mismo, nos esperan aquí, añadió dirigiéndose á Masalegre.

—Mejor quiero aguardar en otra parte.

D. Perrondo se sonrió, miró á Arciniega y dijo:

—En el camino le haré ver la razon que tiene este para no esperarnos aquí.

—Puede hacerlo á la puerta del edificio, dijo Arciniega.

—Corriente, repuso Masalegre, y los tres amigos salieron de la audiencia, aquel para pasearse en la portada, y D. Perrondo y Arciniega para ir á casa del conde de Melgar.

No habian aun trascurrido cinco minutos desde esta momentánea separacion, cuando alzando la vista Masalegre, vió que cruzaba por delante de él una jóven esbelta, rica y elegantemente vestida, de estraordinaria y emprendente belleza, á la que daban mayor realce las infinitas y preciosas joyas que adornaban sus manos, cabeza, cuello y orejas; acompañábala un capitan de caballería, bizarro mozo tambien, que ostentaba en su pecho diversas condecoraciones. Tan de fijo se puso á mirar la jóven á nuestro Masalegre, que no pudo menos de llamar estraordinariamente la atencion de este, pero su sorpresa creció de punto cuando, llamándole por su nombre, le dijo con la mayor confianza y amabilidad:

[illegible] ¿y tu amo D. Perrondo?

—¿Qué nombres son esos? dijo el oficial.

—Nombres de lugar, le contestó por lo bajo la jóven mientras se acercaba á ella con timidez nuestro Masalegre.

—Señora, dijo éste, no tengo el honor de... sin embargo... esa divina cara no me es desconocida, añadió mirándola fijamente.

—¡Hola! ¡hola! repuso la jóven; ¡tan galante como siempre! pero... ¿no te acuerdas ya de la hija del médico Solís?

—¡Dios mio! ¡Gumersinda! ¿Cómo se había de conocer si estás tan crecida, tan guapa, tan...

Y se quedó mirándola con cierta sorpresa Masalegre, como quien no acertaba á comprender qué [illegible] con [illegible] confian- [illegible]

—No fué ayer cuando dejamos el pueblo, Masalegre, replicó la jóven; que hace ya casi ocho años que falleció mi padre, causa por la que [illegible] para venir aquí. [illegible] Está [illegible] Hoy soy sola en el mundo: un tío que me quedaba, y que fué mi curador despues de la muerte de mi madre, murió tambien el año siguiente que ésta, dejándome su pequeña fortuna.

Masalegre se puso á mirar de arriba abajo á la jóven como para interrogarla de dónde la venían aquel vestido elegante y lujoso y aquellas joyas que tanto realce daban á su estraordinaria hermosura.

La jóven lo conoció, y así le dijo:

—Te sorprende mi modo de vestir, ¿no es verdad, Masalegre? para una huérfana esto es mucho lujo, añadió con amargura.

—Vamos, vamos, señorita, dijo á esta sazon el oficial; su escelencia tiene que salir á la una, segun me dijo al mandarme á casa de Vd.

—Son poco mas de las doce, dijo la jóven, y cuando una ve á un amigo, á quien no se ha visto en muchos años, justo es que su escelencia tenga un poco mas de paciencia que la que de ordinario tiene.

Los ojos de Masalegre brillaron de alegría al oir en boca de una belleza tan sobrenatural la palabra «amigo,» mas consoladora que nunca en las tristes circunstancias porque estaba pasando: iba á espresar su reconocimiento á la jóven, pero esta le cortó diciendo:

—Pero ¿y D. Fernando? ¿qué me dices de él?

—Que está aquí.

—¿En Búrgos?

—Sí; ahora acaba de salir del tribunal para hacer una visita.

—¡Del tribunal! ¿tiene pleito?

—Estamos encausados los dos, que es peor.

—¡Encausados! ¡no puede ser!... tu hablas en broma.

—Como tres y dos son cinco, Gumersinda; hemos salido de nuestra casa para divertirnos, y no parece sino que cuantos pasos damos son otros tantos tropiezos... el diablo debe andar por medio.

—¿Pues qué habeis hecho para que os encausen?

—Si aquí, segun veo, dijo Masalegre, se encausa á los que no hacen nada, y acaso se deja ir libres á los que hacen algo.

—¿Pero qué es ello? cuéntamelo, que puedo y quiero servirte.

Aquí Masalegre hizo una sucinta relacion á Germinda de todo lo que á él y á su hijo les habia acontecido, del estado de su negocio y hasta del percance que le acababa de suceder con el alguacil de elegantes atavíos, y al que concluyó dijo:

—Ahora bien, si como dices, puedes algo con esos señores, contando en el agradecimiento que el que te llevó en sus brazos multitud de veces á la escuela, el que te vió nacer y crecer á la sombra de tu buen padre, á quien siempre estimó hasta la muerte, que el que por fin sufrió de tu cariñosa madre mas de cuatro regaños por satisfacer tus inocentes y juveniles caprichos, te vivirá eternamente agradecido, sí...

—¡Oh! sí, mucho, dijo la jóven, por cuyas mejillas rodaron dos gruesas lágrimas, que Masalegre hizo brotar con sus recuerdos. ¡Pobre Masalegre! continuó: ¿quién te habia de creer metido con esa gente?... Pero no tengas cuidado... ¡no faltaba mas! somos paisanos, estamos bautizados en una misma pila... ¿y en qué Sala está vuestra pretension?

—En la segunda.

—Perfectamente: de ella es el señor Garnica, magistrado tan probo como inteligente, tan honrado como justificado, á quien trato íntimamente. No hay que perder tiempo; vamos al despacho de un escribano, y allí le pondré cuatro letras interesándome en justicia por el buen éxito de vuestra pretension; y esto diciendo se entró en el tribunal con resolucion, seguida del oficial y de nuestro Masalegre.

—Papel y una pluma... ¿me hace Vd. el favor

amigo Garzon? dijo en el dintel de la puerta de un cuartucho mal ataviado, á un hombre como de unos cuarenta años que, sentado al frente de una mesa cubierta de papeles, estaba conversando con otros tres ó cuatro curiales.

—Con mucho gusto, mi señora Gumersinda..... ¡tanto bueno por aquí! contestó el escribano.

—Gracias, dijo la jóven.

—Pase usted á mi asiento: el papel no es bueno...

—Basta, basta: ¿me hará Vd. el favor de llamar á un portero de la Sala segunda.

—Ahora mismo.

Mientras el escribano venia con el portero, escribió Gumersinda las siguientes líneas:

«Vá Vd. á ver á última hora una pretension, reducida á evitar un atropello que el tribunal de rentas quiere cometer con dos amigos y paisanos mios, puesto que son del pueblo donde mi padre era médico cuando nací. Me intereso vivamente en su buen resultado, que no apetecería si no conociese la acrisolada probidad de los dos encausados. Su amiga

GUMERSINDA.»

—A la primera ocasion que se le presente, entrega Vd. esta esquela al Sr. Garzon, dijo Gumersinda al portero, que ya estaba esperando, y á quien Masalegre miraba de reojo desde su puesto, y con muchísima razon, como que era el mismo que dos horas antes le habia obligado á hacer la ménia á los señores de la manera que ya conoce el lector.

—Está muy bien, dijo el portero, y tomando la esquela en su brusca mano de la blanca de Gumersinda, y haciendo á esta una grandísima re-

rencia, se echó á andar en direccion de la Sala segunda.

—Ahora bien, dijo Gumersinda á Masalegre saliendo del despacho del escribano; yo sigo mi camino con este caballero: deseo ver cuanto antes á tu amo: en la calle del Cid, casa de la esquina...

—En todo Búrgos será conocida la bella Gumersinda, y fácil nos será por lo tanto saber su morada.

—Así es, dijo la jóven con cierto aire de tristeza, que Masalegre no pudo comprender. Adios, querido, continuó; confio en que no haréis esperar mucho tiempo á vuestra amiga.

—A la tarde ó mañana te veremos... Adios.

La jóven, seguida de su compañero, salió acto continuo del tribunal, dejando á Masalegre sumido en un cúmulo de meditaciones. ¿Qué será Gumersinda? se decia á sí mismo: ¿será rica? No puede menos, porque sino, ¿de dónde la viene ese lujo asombroso que trae? Pero... su padre era tan virtuoso como pobre... ¿Sería rico el tio á quien dice que heredó? Mas... ella es tan hermosa como una ninfa de los gentiles... ¡Oh Dios! ¿si ese boato anunciará la pérdida de su virtud? ¡Pero no puede ser! ¡no! Ella, tan franca, tan noble... llamarme sin yo conocerla... esa influencia que al parecer tiene con estos *señores*... ¡oh! todo esto la abona... Pero aquel aire de tristeza con que me dijo que era mucho lujo el que traia para una huérfana... la llamada de su escelencia, de que habló el oficial que la acompañaba..... ¿quién será ese su escelencia? ya me parece que le aborrezco sin conocerle..... ¡Pobre niña! ¡cuántas veces jugueteaste conmigo en tus más

tiernos años, cuando tu sonrisa era tan pura como la de los ángeles, y tu frente virginal estaba tan serena como las aguas de una fuente que sirve de espejo al solitario viajero! ¡qué hermosa eras entonces! ¡mas hermosa mil veces con tu vestido sencillo, que el sudor de tu pobre y buen padre te proporcionaba, que no con esas joyas que acaso sean el vil precio en que un corruptor poderoso haya tasado tu inocencia! Pero pronto saldremos de dudas... Y esto diciendo, se paseaba por el tránsito del tribunal mas cabizbajo si cabe que cuando le ultrajó delante de cien personas la mercenaria mano del ministril. El año no viene, prosiguió hablando consigo mismo... ¡cuánto tarda! ¿le contaré lo que acaba de suceder?... ¿ó será mejor aguardar á que fallen estos señores nuestro negocio para decirle despues la protectora invisible que tambien ha tenido? Estoy impaciente... distraigamos la imaginacion, y puesto que veo entrar á otros en esta Sala de enfrente, voy á hacer yo lo mismo.

Se entró en efecto nuestro Masalegre en la Sala primera, donde un abogado estaba haciendo la defensa de una causa de asesinato. No le sorprendió poco la seriedad característica de los tres magistrados inmediatamente sentados en sus tres sillones aterciopelados y todo el aparato imponente del tribunal. El sugeto á quien defendia el abogado habia al parecer asesinado alevosamente á un antiguo amigo por causa de celos: dijo aquel entre otras cosas, y en esto creemos que le sobraba razon, que el escribano del pueblo donde se cometió el crimen, ignorante, enredador y audaz como casi todos los de las poblaciones cortas, habia arreglado á su antojo las primeras declaraciones de los

testigos, y que estos no habian podido enmendarlas, bien á pesar suyo, en las ratificaciones por temor de que se les castigase como perjuros. Tal panegírico hizo de su cliente y tales cosas dijo, en fin, para convencer al tribunal de que el encausado estaba, si cabe, mas inocente del delito que se le imputaba que un niño de siete años, que Masalegre se interesó vivamente por él en términos de decir para sus adentros: «será una infamia si condenan á ese hombre.»

Así que concluyó el abogado, un ministril que estaba junto á la baranda se volvió al público muy serio, y en tono alto é imperativo pronunció las dos siguientes palabras:

—¡Visto! ¡despejen!

Masalegre no comprendió al principio el valor de ellas, pero viendo que todo el auditorio se precipitaba hácia la puerta, hizo él lo mismo no sin algun recelo de que le diesen otra leccion como la pasada. La primera persona con quien se encontró no mas salir de la Sala fué con Zalamburu.

—Deseaba ver á Vd., amiguito, dijo á Masalegre; se va á dar cuenta de nuestro negocio y hay buenas noticias.

—¡Cómo!

—¡Oh! lo que es conmigo tienen mucha confianza.

—¿Quiénes?

—Los porteros.

—¡Va! ¡va! esclamó Masalegre.

—¡Oh! ¡oh! es que uno de ellos, el que... no, no, uno de ellos me ha dicho que una señorita, que tiene en Búrgos muchísima influencia, ha recomendado el nuestro al magistrado Garnica... Vamos, el buen éxito es seguro, porque el señor

Gárnica... Pero aquí viene D. Pantaleon con su amo de Vd.

—¿Hemos tardado? dijo D. Perfecto no mas acercarse á Masalegre.

—Tal cual, contestó este; son ya cerca de las dos.

—¿Y qué hay de nuevo? preguntó Arciniega al procurador.

—Eso estaba diciendo al señor cuando Vds. entraron: creo que hay buenas noticias. Voy, voy á la Sala, que segun veo va entrar en ella el escribano del Aguila: y esto diciendo se echó á andar en direccion de la Sala segunda.

—Es un escelente curial este Zalamburu, dijo Arciniega.

—Si no fuera tan tonto, dijo D. Perfecto.

—¿Necesita por ventura ser mas listo? replicó Arciniega: nadie le iguala en actividad ni en deseos de servir á los litigantes, que es á lo que en definitiva está reducido el oficio de procurador... pero aquí le tenemos otra vez.

—Ya se ha dado cuenta, dijo Zalamburu.

—¿Y qué hay? preguntó Masalegre esperando con la mayor ansiedad la respuesta del procurador.

—Me ha dicho el escribano que le mandaron salir los señores sin duda para conferenciar entre sí.

—¡Mala señal! dijo tristemente Masalegre.

—Ni buena ni mala, dijo Arciniega, porque eso es muy comun entre los señores.

—No he visto un hombre mas desconfiado que este, dijo Zalamburu; vuelvo á la Sala á ver si le traigo á Vd. una buena noticia.

Sin embargo de la confianza que habia inspira-

do á Masalegre la recomendacion de Gumersinda esto sin contar con lo que podia hacer por él y por su amo el magistrado Maravillas, cada minuto que pasaba se le figuraba á él una hora, hora de angustias mortales, cuyo valor solo puede comprender el hombre que se haya hallado en semejante caso, esto es, esperando de otro hombre la solucion de un problema, que no puede ser mas terrible, puesto que encierra nada menos que su libertad, y tal vez su reputacion que es lo que mas vale.

—Sigamos al procurador, dijo Arciniega; y los tres se acercaron á la Sala segunda, cuyos jueces acababan de llamar al escribano Aguila.

Salió este de allí á un momento y dirigiéndose á él Zalamburu:

—¿Qué hay? le dijo.

—Están firmando la providencia.

—Pero.., ¿es favorable?

—¡Hombre! ¿tanto ha de tardar Vd. en saberlo? aun no está firmada y.... no puedo decirlo, contestó el escribano.

—¡Qué gente esta, Dios mio! ¡Cuánto le hacen á uno sufrir! dijo para sí Masalegre.

—Parece que se revuelven los señores antes de tiempo, dijo el escribano aplicando el oido á la puerta del salon: voy, voy adentro... ¡qué afan! ¡ni aun para echar un cigarro tiene uno lugar!

Entró el escribano en el salon, y á poco rato la voz de *¡despejen!* pronunciada en solemne tono por el consabido ministril, vino á anunciar al magistrado Maravillas, que, vestido de la misma manera que entró, salia en direccion de su casa, la cual como sabemos estaba cercana al palacio de la Audiencia.

Arciniega corrió tras él, y antes que saliera del

tribunal le detuvo para preguntarle por el resultado de su recomendacion, y volviendo al instante á donde estaban sus amigos.

—«Como se pide,» dijo con la mayor satisfaccion.

—¡Gracias á Dios! dijo Masalegre interrumpiéndole; y no queriendo decir nada hasta mejor ocasion de la nueva recomendacion, que para que se les administrase justicia se les habia proporcionado en aquella mañana, añadió: vámonos á comer; dejemos esta casa habitada por gentes que parecen de otras edades, y de la que yo salgo con ánimo de no volver jamás.

—Acaso antes de cuatro dias volverá Vd.; pero ya será sin el miedo que ha tenido hasta aquí, le dijo Zalamburu.

—Aunque así sea: en esos cuatro dias que no venga, ya me podré reponer del susto que me han hecho llevar el ministril y demás agentes de la justicia, y tendré el aliento que ahora me falta para poder sopertar su vista, su lenguaje y sus estrambóticas y anticuadas costumbres.

—Vamos pues, dijo Arciniega. Y despidiéndose de Zalamburu, salieron los tres amigos del tribunal, Arciniega muy satisfecho de su paisano, don Perrondo tan tranquilo como de costumbre, y Masalegre rebosando de alegría al ver que por de pronto se habian frustrado las malas intenciones del asesor Cigüeñina.

CAPITULO XIII.

GUMERSINDA SOLÍS.

En la madrugada del siguiente dia en que se resolvió por la audiencia la pretension de D. Per-

rondo y su criado, llamaban estos á una casa de no muy aristocrático aspecto, sita en la calle del Cid, donde, como ya saben nuestros lectores, vivia la bella Gumersinda. Una criada, que era la única persona que en su compañía tenia la jóven, advertida sin duda por esta, hizo subir á nuestros viajeros á una habitacion adornada más que con lujo con esquisito gusto y elegancia. Un lindo sofá con dos sillones de muelle inmediatos á él, una docena de sillas y un piano, sobre el que habia diferentes libretas de música, una escribanía de plata y un magnífico quinqué, adornaban el pavimento de esta pieza: de sus paredes, cubiertas de papel verde con varios paisages, colgaba una multitud de cuadros bordados por Gumersinda, que representaban diversas aves y cuadrúpedos, y juntos y sobre el piano tres buenos retratos, que al momento llamaron la atencion de nuestros viajeros, supuesto que eran los del médico Solís, su esposa y su hija: en las cuatro rinconeras que tambien adornaban la habitacion habia cuatro caprichosos ramos de lana y seda, obra asimismo de la jóven, que medio ocultaban cuatro candeleros de plata perfectamente cincelados: por último, en dos grandes balcones, que daban á la calle, habia una porcion de tiestos simétricamente colocados, algunos de los cuales contenian arbustos olorosos, tales como el rosal lunario, el jazmin, el geranio, el serpol, etc.; y los demas estaban destinados á flores ya agradables á la vista, ya al olfato, ya á ambos sentidos á la vez, como el anemon, el lirio de Santiago, el amaranto, el clavel, la amapola, la siempre-viva morada, el alhelí, la violeta, la cruz de Malta, etc.

D. Perrondo, no mas echar una rápida mirada

sobre todos los objetos que le rodeaban, fijó sus ojos en el retrato de su amigo Solís, retrato que mil veces habia visto, y sintió una indecible satisfaccion al contemplar aquella frente serena, aquellos ojos rasgados, aquella fisonomía que aunque inanimada estaba espresando altamente la bondad y dulzura mas estremadas: recordó en esto lo que en la noche anterior le habia contado Masalegre; una idea triste cruzó por su mente, y dos gruesas lágrimas asomaron á sus párpados: *¿qué será tu hija?* murmuró D. Perrondo, cual si pretendiera que el inanimado *facsímile* contestase á tan terrible pregunta: en esta situacion le sorprendió la presencia de Gumersinda, que salia de su dormitorio.

Ni la Venus de los antiguos, saliendo del seno de los mares, podia ofrecer á la imaginacion de don Perrondo una escena tan estraordinariamente encantadora, como la que presentaba Gumersinda saliendo de su gabinete de dormir. Un vestido sencillo, cogido por delante y bajo su palpitante seno con unos cordones de seda verde, unos zapatos de cañamazo finísimo y caprichosamente bordados, que encerraban un pié semi-chino, y una flor encarnada, pendiente de la magnífica cabellera de ébano, que formando una gran roseta de trenzas vistosamente entretejidas, cubria mas de la mitad de la cabeza, eran los únicos adornos de la jóven, á quien por su talle esbelto y elevada estatura podia muy bien compararse con la seductora Hebé, copera de los dioses: su frente, serena y tersa como el cristal, anunciaba inteligencia; sus labios sonrosados dejaban ver cuando se abrian dos filas de dientes simétricamente colocados y mas blancos que el marfil; su nariz, esta

parte del rostro de la que depende generalmente la hermosura, que no dejaba percibir las oscilaciones de la respiracion, era recta y afilada; y por último, sus dos ojos, brillantes como dos luceros, grandes y negros como los de las hijas del Oriente, adornados además de espesísimas y largas pestañas, daban á esta bella fisonomía, mas bella por aparecer un poco pálida, esa seduccion, ese encantamiento, esa deliciosa fascinacion, que es peculiar á las mujeres soberanamente hermosas, y cuya irresistible influencia solo puede desconocer el hombre á quien los vicios hayan ya corrompido sus sentidos, el hombre en quien una falsa filosofía haya sofocado los sentimientos de la naturaleza, ó el ser desgraciado en fin á quien esa misma naturaleza haya condenado á arrastrar una existencia inútil y penosa para sí, indiferente cuando no fastidiosa para sus semejantes.

La única salutacion que tuvo Gumersinda, no mas fijar su vista en D. Perrondo, fué arrojarse en sus brazos con la misma confianza que si fueran los de un padre ó un hermano queridos. ¡Mi protector! ¡mi amigo! fueron las solas palabras que articuló, y un torrente de lágrimas inundó su rostro sobrehumano. D. Perrondo la estrechó con efusion contra su seno, imprimió maquinalmente un beso sobre su hermosa frente, y despues de dejar desahogar un momento á la jóven, la separó de sí con dulzura, ordenándola que tomase asiento en el sofá, mientras él lo hacia en uno de los sillones inmediatos con la misma confianza que si fuese el dueño de la casa y su habitadora una huéspeda suya.

Cuando Aristóteles decia que debian dividirse los hombres en libres y en esclavos, no dejaba de

tener razon en el fondo de la division, aunque semejante proposicion encerrase un ultraje á la humanidad y un insulto á Dios, que criando á los hombres á su imágen y semejanza á todos nos hizo iguales; pero existen y existirán séres de una alma tan baja, tan abyecta y tan combatida por pasiones ruines y miserables, que siempre serán esclavos de otros que, acaso sin querer ser dueños, tienen que serlo con precision por el sentimiento de dignidad propia que les es inseparable y se hace respetar de los demás, por su conducta arreglada, y por la superioridad de sus facultades, tanto físicas como intelectuales: á estos últimos nada se les resiste, nada se les opone, todo en fin cede á una mera insinuacion suya.

D. Perrondo poseia estas cualidades en alto grado, y no solo por esto, sino tambien por haber visto nacer y crecer, digámoslo así, á su sombra á Gumersinda, podia interrogarla sobre su conducta y enterarse de su posicion para ver si la podia servir de algo, que era el principal objeto que le llevaba á su casa, en la seguridad de conseguirlo completamente.

Despues de colocado en su sillon, mandó á Masalegre que se sentase en el otro; mas viendo que este se resistia algun tanto, como si temiese cometer una imprudencia al ocupar un asiento tan cómodo y lujoso para él, le dijo sonriéndose y fijando al propio tiempo su vista escudriñadora sobre el semblante de la jóven:

—Siéntate, que tan digno te considero de ocupar ese sillon como el señor escelentísimo, de quien anoche me has hablado...

El rostro de Gumersinda tomó el color del carmin con esta salida de D. Perrondo, quien sin dejarla hablar continuó:

—No estrañes, hija mia, que Masalegre esté presente á nuestra entrevista, porque él es el depositario de todos mis secretos, con él comunico todos mis pensamientos, y nada por consecuencia puedo ignorar de lo que su amo, ó mejor su amigo, sepa. Ante todo te diré que has sido muy cruel conmigo: nada he sabido de vosotros desde que dejásteis el pueblo, bien á pesar mio, supuesto que te consta que os estimaba como un padre y que el tuyo fué mi mejor amigo... Os he juzgado muertos... ausentes en poder de otro padre... qué se yo... mas ya Masalegre me ha enterado de todo... sé la posicion de tu hermano... la tuya... me es desconocida...

Un profundo suspiro salió en este momento del pecho de la jóven: D Perrondo sin dejar de mirarla continuó:

—Aparentas ser una gran señora...

—¡Por Dios! murmuró la jóven.

—Tienes grandes influencias... al menos ayer las diste á demostrar en favor nuestro. Mas no vayas á creer que vengo tan de mañana á tu casa con objeto de darte las gracias, no: otro pensamiento me trae á ella... eres hija del mejor de los padres que fué el mejor de mis amigos, y creo que tengo derecho...

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! dijo la jóven entre sollozos, nadie mejor que Vd... A Vd. que es la bondad misma, á Vd., que tanto nos amó, contaré toda mi historia.

—Eso es lo que quiero; lo exijo de tí como un amigo, como un padre, dijo D. Perrondo.

—Después de un momento de silencio, durante el cual Gumersinda se enjugó las lágrimas que caian de sus mejillas, dijo:

—Hay séres desgraciados á quienes no persigue, como quieren suponer los fatalistas, ese nombre vago é indefinible de fortuna, ó el mas vago é incomprensible de ciega casualidad: la causa de sus desgracias, el orígen de sus males, su enemigo en fin suele ser la misma sociedad en que viven, que debiendo dirigirles por un camino que les conduzca á su perfeccion particular y en bien de ella misma, les abandona con criminal indiferencia, ó les rechaza con cruel sarcasmo de su seno.

—No siempre es así, hija mia, la dijo don Perrondo.

—Basta para mi propósito consignar aquí, repuso la jóven, que sucede las mas de las veces: vos juzgareis por lo que diga si tengo razon respecto de mí en lo que acabo de sentar. Cuando por causa de la muerte de mi buen padre tuvimos precision de dejar el pueblo y venir á esta ciudad, cuna de mi madre y de sus antepasados, despreciando, ó mejor, no admitiendo las sinceras y repetidas ofertas que vos nos hicisteis para que nos quedáramos en él bajo vuestra generosa proteccion.

—No hablemos de eso, querida, dijo D. Perrondo.

—¡Oh! sí! ahora conozco que he sido muy criminal para con nuestro protector, repuso la jóven.

—Sigue tu historia, hija mia.

—Entonces tenia trece ó catorce años, época feliz para la que no ha pasado por el terrible trance de perder un padre, pero desgraciada hasta no mas para la que se queda huérfana: ¡feliz aun si no hubiera perdido mas que á mi padre! A los dos años de establecidas aquí al lado de un hermano

de mi madre, soltero y empleado en rentas, murió esta, y mi hermano y yo quedamos bajo el amparo del tio, que siguió mirándonos como si fuéramos sus hijos, en particular á mí, que no era amor el que me profesaba; era adoracion inmensa, pura, sublime, la que me tenia; pero este único apoyo de mi horfandad y de la de mi hermano nos faltó tambien al mejor tiempo, sucumbiendo el tio á una grave enfermedad al siguiente año que mi madre, y cuando yo no habia cumplido los diez y siete ni mi hermano los quince años. Figúrese usted cuál seria la posicion de dos huérfanos de esa edad, sin mas recursos que esta casa que mi buen tio me dejó á mí sola en herencia. Yo, que durante los tres años que habia estado en esta, me habia dedicado á la música y á perfeccionarme en la lectura y toda clase de labores de mi sexo, pretendí la pasantía de una escuela, costeada con los fondos de la ciudad; hice ver mi posicion y la de mi hermano; insté, supliqué, hasta derramé lágrimas; pero todo fué en vano! Acudí á las autoridades del gobierno en diferentes ocasiones, suplicándolas que mas que por compasion atendiesen á nuestro estado; pedí la colocacion de mi hermano para servir de fámulo, de criado, en cualquier establecimiento de instruccion; pero donde no encontré repulsas formales ó engañosas palabras, hallé malas razones... ¡oh! ¡qué posicion tan triste!

—¡Oh! ¡por Dios! dijo enternecido D. Perrondo, ¿no sabias que yo estaba en el mundo?

—Era muy niña... no sé que se me pudo por delante... bien me acordé de nuestro protector en el pueblo... pero... no me atreví á molestarle, confiando todavía mas de lo que debiera en mis

propios recursos. Viendo que no hallaba proteccion en los representantes de la sociedad, y que los pocos recursos que nos dejaron la madre y el tio se iban acabando, dije á mi hermano con filosófica resignacion: «Mira, hijo mio, somos huérfanos; no tenemos otro amparo en el mundo que nosotros mismos; yo sé coser, buscaremos trabajo; sé algo de música, buscaremos lecciones; seremos criados el uno del otro tanto en casa como fuera de ella, y así ganaremos el sustento hasta que Dios quiera mejorar nuestra posicion.» Con no pequeñas dificultades pude proporcionarme dos ó tres lecciones de música, que yo misma iba á dar á las casas de mis discípulas, y con esto y á beneficio de un trabajo de catorce horas al dia con la aguja, pude ganar un sueldo de seis reales, con el que nos manteníamos y nos vestiamos el hermano y yo, gracias á la mas estricta economía. El escesivo trabajo, el insomnio y mas que todo el pensar en la muerte de mi hermano, para quien nunca pude encontrar colocacion, debilitaron en tales términos mi salud, que me acometió una enfermedad terrible... estuve á las puertas de la muerte... que deseaba como un bien... siquiera por ver en ella el término de mis desgracias.

—¡Pobrecita! dijo Masalegre conmovido... á ser yo sabedor... aunque hubiera venido á pié...

—Ya me pareció tarde para escribir á tu amo, dijo la jóven. Durante ella, continuó, hice que mi hermano vendiese para soportarla los mejores objetos que poseia... como fué larga, los facultativos, las medicinas, alimentos, y luego la convalecencia, concluyeron con el valor de aquellos, y gracias que pude conservar este piano, que mi pobre madre me compró no mas llegar á esta ciu-

dad con los pocos ahorros de mi buen padre.

—Pocos serian, hija mia, la dijo en esto don Perrondo, porque tu padre, que por su profesion veia todos los dias las necesidades que á muchas familias ocasionan las enfermedades, era el primero á socorrer aquellas como hombre y á curar estas como facultativo.

—Por eso sin duda le he oido á Vd. siempre, añadió Masalegre, que no hay ningun hombre en el mundo mas digno de ser respetado y enaltecido que un buen médico, y me lleno de coraje cuando veo que en los pueblos se les desprecia y vilipendia por los mismos acaso que les deben su salud y bienestar.

—Tienes razon, Masalegre; pero continúa, hija mia, dijo D. Perrondo.

—Con motivo de mi enfermedad, perdí las lecciones de música que antes de ella tenia, lo cual vino á aumentar lo horrible de mi situacion. Viéndome en el último trance de la miseria, iba á tratar de vender la casa que mi tio me dejó, cuando una señorita de las que yo habia dado leccion, y á quien visitaba de vez en cuando, me proporcionó la de una hija de un alto empleado que acababa de llegar á esta, y que me fué mejor recompensada que ninguna otra de las que antes habia tenido, puesto que me valia dos reales diarios; mi nueva discípula me proporcionó tambien otra leccion, la de una sobrina del capitan general, que es el su escelencia de quien, ayer oyó hablar Masalegre, y á quien vos habeis tomado en boca no há mucho tiempo.

—¿Ibas ayer por ventura á dar leccion á esa señorita? preguntó con afan D. Perrondo.

—Ya no necesito dar lecciones, al menos

por ahora, contestó con tristeza la jóven.

—¡Cómo! repuso D. Perrondo.

—La sobrina de su escelencia no está ya en su compañía... Al cabo de un año de leccion la mandó el tio á Andalucía al lado de sus padres... despues...

—Continúa, hija mia, dijo D. Perrondo, viendo que Gumersinda no acertaba á articular una palabra.

—¡Oh! dijo la jóven sollozando; no sé si seré mas desgraciada... que lo que he sido hasta el dia... despues su escelencia puso los ojos en mí... tampoco sé si esto lo llamaré fortuna ó desgracia... Por un lado, echaba yo la vista atrás, y se me presentaba el cuadro de la miseria porque habia pasado con todas sus espantosas consecuencias; por otro veia la situacion de mi hermano, que no podia menos de venir á ser un miembro inútil, cuando no perjudicial á la sociedad, aunque sin culpa suya: fluctué mucho tiempo entre millares de dudas que agitaban mi espíritu... luché por mas en vista de las preocupaciones sociales, que de contínuo venian á atormentar mi imaginacion... pero ¡cuántas promesas! ¡cuántos halagos! ¡cuántas protestas que al fin me parecieron sinceras! ¡oh! ya no pude resistir mas á tantas seducciones y...

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de la jóven, que ocultó el rostro entre sus manos, como si quisiera alejar así la vergüenza que la habia producido su propia relacion.

—Vamos, hija mia, consuélate, la dijo D. Perrondo, con la misma franqueza con que me has hablado, con la propia ingenuidad con que me has contado tu historia, te digo... que yo te creia mas culpable.

—¡Ah! no; dijo la jóven apartando las manos de su rostro, mil veces mas hermoso por las perlas que rodaban de sus mejillas. Luego, tomando una posicion erguida, con un acento de dignidad estraordinaria, añadió: ya sabeis mi historia; si llego á ser desgraciada; si el hombre, á quien encomendé mi honor llega á hacer de mi una mujer aborrecible á los ojos de la sociedad, no creo que sea mia la culpa solamente... ahora solo me resta decir á Vd. que, aunque reducida á la miseria y colocado ese hombre en la cúspide de la fortuna, de esa fortuna que generalmente todo lo avasalla en nuestra indolente sociedad, por el sentimiento de dignidad propia que mi padre imprimió en mi jóven corazon con caractéres indelebles, nunca me creí ni me creo inferior á él.

Un sublime orgullo, peculiar tan sólo á los espíritus puros y elevados, se pintó en el encantador semblante de la jóven al decir estas palabras; su corazon latia con estraordinaria rapidez, y en sus ojos seductores diríase que se reflejaban como en un espejo todos los sentimientos de su alma.

—¡Digna hija de Solís! la dijo D. Penrondo rebosando de satisfaccion ¡tienes razon! quien quiera que ese hombre sea, eres digna de él... pero dudo, hija mia, que él lo sea de tí; dudo que esas protestas, que á tí te han parecido sinceras, lo sean en realidad...

—¡Ah! ¿vos sabeis algo? dijo la jóven sobresaltada... yo no tengo mas que dudas... ¡por piedad!

—¡Pobrecita! eres muy niña, y tu alma angelical no puede concebir los engaños y maldades que es capaz de abrigar el corazon del hombre... el que bien quiere..

—¡Oh! en ese caso... pondria fin á mi existencia.

—Guárdate de ese... solo Dios tiene derecho á disponer de ella: por grandes que sean tus desgracias, yo te suplico... te ordeno en nombre del amor que te tengo, que no atentes jamás contra tu vida: ese medio solo le adoptan las almas vulgares. Cualquiera que sea la posicion en que te halles, en ella debes reconocer y respetar la mano de Dios.

—Pero cuando la existencia llega á ser insoportable...

—Entonces es cuando menos debes aborrecerla. ¡Oh! ¡qué grande es el piloto cuando con frente serena y corazon tranquilo lucha heróicamente contra todos los elementos conjurados en contra suya! En tal caso, ese hombre, que corre de una á otra parte del átomo imperceptible que en medio del Océano lleva el nombre de nave; que con valor admirable desafia á la tempestad, que quiere subirle á los cielos, ó sumergirle en lo profundo de los abismos, dime, ¿no te parece un sér mas que humano?

—Sí.

—¿Y no te pareceria un insensato, un loco, un blasfemo, si viéndose en ese peligro se arrojase entonces á las ondas?

—Sí.

—Pues bien; cuando su nave se desliza por un mar sosegada y él descansa muellemente en una hamaca, entonces ese mismo hombre no es mas que un sér vulgar, que ningun sentimiento puede inspirar, ni de piedad, ni de admiracion, ni de ninguna clase.

—¡Oh! ¡qué filosofía mas sublime! pero ¡cuán pocos pueden practicarla! esclamó la jóven.

—Muchos, hija mia... todos los que confian en Dios... y tú, por la misma razon que no tienes padres, debes confiar en él mas que ningun otro, dijo D. Perrondo.

—¡Ah! vos me alentais, vos elevais mi alma á sentimientos sublimes, desconocidos hasta el dia para mí. Cualquiera que sea mi suerte... ¡viviré! ¡sí!... si es halagüeña, para bendecir á Dios; si es adversa, para desafiarla y confiar en él durante la lucha.

—Sí, hija mia; ahora que te veo con esa conformidad, te quiero mas que nunca, ahora es cuando yo deseo ver por mí mismo si ese hombre, á quien has encomendado tu honor y tu existencia...

—¡Ah! por Dios, no deis ningun paso, dijo la jóven con acento suplicante.

—¿Por qué?

—Tal vez esa prueba... aun no es tiempo... confio que con mis propios recursos... en tal caso... mas adelante...

—Acaso cuando ya no haya remedio... yo puedo hacer las veces de tu padre, pero no olvides que soy un peregrino en esta, dijo D. Perrondo.

—¡Ah! pues cuándo os quereis marchar? repuso la jóven.

—Si no fuera por la causa, acaso dentro de cuatro dias; pero creo que nos detendrán unos quince lo menos; procuraremos vestir en casi todos ellos...

—En cuanto á mí, bien puede Vd. borrar el casi, dijo Masalegre.

—¡Pobre Masalegre! esclamó la jóven echándole una mirada de indefinible ternura.

—Y, mientras aquí estamos, añadió D. Perrondo, me comunicareis sus dudas, sus satisfac-

ciones, tus penas... quiero serte útil... acaso pueda serlo.

—Así lo haré con la misma confianza que una hija tiene con su padre, dijo la jóven.

—Y yo tambien me aprovecharé de tu actual posicion para cuanto me ocurra, dijo D. Perrondo.

—Mi vida es vuestra, cuanto mas mis influencias, para que á vuestro gusto podais disponer de ella.

—Gracias, hija mia, gracias; ¡qué buen corazon! te dejamos por ahora, dijo D. Perrondo levantándose de su asiento.

—¡Cuánto lo siento! repuso la jóven levantándose tambien del sofá, al mismo tiempo que iba hacia Masalegre.

—Te hemos visto ya, dijo D. Perrondo, hermosa como ninguna, tan buena como yo quería encontrarte... por de pronto he logrado mi objeto... voy satisfecho... lo demas...

—Confiemos en Dios, como Vd. me ha dicho, dijo la jóven enternecida.

—Así es, dijo D. Perrondo, y alargándola la mano en señal de despedida, Gumersinda se arrojó en sus brazos, vertiendo abundantes y consoladoras lágrimas. D. Perrondo no pudo sobrellevar sin inmutarse esta nueva prueba de cariño: tambien de sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas, que fueron á perderse en la esposa caballera de la jóven. Consuélate, hija mia, la dijo cariñosamente; no me marcho tan pronto... mañana volveré á verte... y despues... todos los dias... adios... adios... é imprimiendo un beso sobre la frente de Gumersinda, separó á esta con dulzura de su seno; despues, sin mirar á Masalegre que tambien lloraba, como un niño contemplando esta escena, salió de la habi-

tasion en busca de la escalera de la casa, murmurando á media voz: ¡qué bello corazon! ¡como su padre!... ¡qué hermosa! ¡lástima seria!... ¡oh! ¡ninguna mas digna de ser feliz!

Maquinalmente bajó D. Perrondo la escalera, salió de la casa de Gumersinda, y no bien hubo traspuesto la esquina de la calle, volvió la vista en busca de Masalegre, á quien ya vió venir hácia él limpiándose los ojos con un pañuelo.

Caminaban amo y criado en direccion de la posada, á la que habian vuelto la noche anterior, cuando las voces de ¡caballero! ¡caballero! les hicieron volver la vista atrás para conocer en el que les acababa de pronunciar á su libertador de Rabé, al bueno y generoso carabinero Juan Gutierres. Saludó este con cortesía á nuestros viajeros, quienes le correspondieron como era justo, con espresiones de sincera satisfaccion. En pocas palabras les contó el carabinero que por las malas artes del cabo La-Viña le habian culpado de su fuga, que por ellas le habian formado la correspondiente causa, y que mientras esta se fallaba le tenian suspenso de su destino, dando gracias de que no le tuviesen en un calabozo, del que, segun tambien manifestó, habia salido el dia anterior. Oido que fué por D. Perrondo su relacion, le dijo:

—Ahora te vienes á almorzar con nosotros: mañana si quieres seguir en carabineros, tomarás la plaza de cabo, quedando La-viña de soldado raso, y si no quisieras continuar en las armas, te colocaré en casa de un amigo, donde estarás como un príncipe, segun te prometimos y mereces por tu honradez y buen corazon, tú elegirás lo que mas te convenga.

—Por ahora, mejor quiero seguir en mi carrera,

dijo Gutierrez; tengo que cumplir en ella un voto; despues... ya veremos... Pero, ¡ah, señor! ¿cómo he de pagar yo tanto favor?

—Por de pronto, le replicó D. Perrondo, con venir á almorzar con nosotros: eso y mas merecen los hombres de bien... síguenos. Esto diciendo, se echaron todos á andar, y en menos de cinco minutos estaban ya en la posada del Pez Amarillo.

CAPITULO XIV.

EL TEATRO.

Tan obsequiosos anduvieron nuestros viajeros con el carabinero Gutierrez, que no solo le obligaron á que almorzase con ellos, sino que tambien le invitaron á que les acompañase en aquella noche al teatro, donde se iba á ejecutar una funcion, cuyo anuncio subió el posadero á sus huéspedes al servirles de postre dos ricas botellas de escelente malvasía de Sitjes.

El amor y el interes... pieza en dos actos... leyó don Perrondo en el anuncio.

—¿Es esa la comedia que se va á ejecutar? preguntó Masalegre.

—Así parece, contestó D. Perrondo.

—¡Qué mal título! repuso Masalegre: me recuerda aquel cantar de nuestra tierra:

El amor y el interés
salieron al campo un dia, etc.

—No hay que hacer aprecio del nombre de las comedias, dijo D. Perrondo: muchas he visto que llevan á su frente títulos pomposos, y no valen el trabajo que costó su bautismo, y otras hay que se anuncian con nombres modestos, y encierran un tesoro de moralidad y de buen gusto: mas, valga

esta por lo que quiera, hemos de verla. ¡Patron! tenga Vd. la bondad de tomarnos tres buenas lunetas.

—¿Pero he de ir yo al mismo sitio que Vds.? dijo Gutierrez; yo estaré bien...

—¿Y por qué no? le replicó D. Perrondo: ¡cuántos irán allí ostentando un lujo insolente, que deberian estar en otra parte! Al lado de donde yo esté, bien cabe un hombre honrado, sea el que quiera el traje que gaste... no hay que hablar de eso; á la noche te esperamos aquí para ir juntos á ver la funcion.

—Como Vd. guste, repuso Gutierrez.

—Al anochecer aquí, dijo D. Perrondo, y despidiéndose de él y de Musalegre, salió Gutierrez de la posada del Pez Amarillo.

No iba D. Perrondo al teatro como van generalmente todos los viajeros ociosos, que hallándose en cualquiera poblacion, blasteman al momento de ella, si no les ofrece de contínuo grandes bailes, conciertos y espectáculos de todos géneros. para aquellos el teatro suele ser nada mas que un escelente recurso con que echar de sí momentáneamente el fastidio que por todas partes los acompaña: D. Perrondo, además de ver en él, un punto de lícito pasatiempo y honesta recreacion, iba á buscar resortes que elevasen su espíritu á consideraciones de la mas alta trascendencia.

Fiel á la cita convenida, despues de, haber empleado el resto del dia en lo que á bien tuvo, se presentó el buen Gutierrez en la posada del Pez Amarillo, donde ya le estaban esperando con impaciencia nuestros viajeros: los tres tomaron al momento la direccion del teatro, y no habian llegado á sus puertas cuando ya sintieron la música,

preludio de que se iba á subir el telon, y que á Masalegre le pareció celestial, aunque, por componerse de pocos y mal templados instrumentos, no dejaba de ser bastante detestable.

Entraron en el teatro, esa escuela de la que, sin embargo de estar destinada á llenar una alta mision en el mundo, saca tan poco partido nuestra sociedad; y no bien se habian colocado en sus asientos, cuando corriéndose el telon, se presentó á su vista la escena.

Durante el primer acto todo el mundo guardó religioso silencio para atender al argumento de la pieza. Una jóven del pueblo, sin mas armas que su virtud, recibia de su amante, que ocupaba la misma posicion que ella, las mas solemnes protestas de cariño: ella le corresponde con sin igual ternura; se lamenta de la inconstancia de los hombres, y aunque confiada, le dice que no se cree segura en su amor, mientras no se lo prometa al pié de los altares: él jura y perjura de la sinceridad del suyo; dice que no puede llevar á cabo tal promesa bajo el pretesto de que le falta el consentimiento de su padre ausente, pero que de un dia á otro debe aquel venir y realizarse el tan deseado himeneo: desciende el telon y el espectador queda ya algo dudoso sobre la verdad de las protestas del amante, que acaba de recibir una carta de su país natal: á esto en sustancia habia estado reducido el acto primero.

Como nuestros tres espectadores no tuvieron mas tiempo cuando entraron, que para colocarse en sus asientos y luego vino la representacion del primer acto de la pieza, no se enteraron ni de la disposicion del teatro ni de la gente que en él habia. Durante el entreacto se levantaron de sus lu-

netas, y dirigiendo la vista alternativamente por los ámbitos del no muy grande salon semi-circular, presenciaron un variado y magnífico panorama, capaz de sorprender al hombre acostumbrado á ir todos los dias al teatro, cuanto mas á Masalegre, que pocas veces habia visto esta clase de espectáculos y ya hacia mucho tiempo que no habia asistido á ninguno: así es que se quedó absorto, alelado, como fuera de sí, contemplando el cuadro de lujo fascinador que, á dó quier que dirigia su vista se le presentaba. En su derredor veia á multitud de caballeros de todas edades, que vestian ricos y variados trajes; unos iban de frac, otros de paletó blanco, otros de levita, y otros, en fin, llevaban anchos y bien forrados monteristos, sin duda por temor al frio tan peculiar á casi todas las noches de Búrgos: de estos, unos hablaban entre sí, otros tarareaban solos al compás de la discorde música, y otros que eran los mas, dirigian sus miradas y saludos á las señoritas que ocupaban los palcos y solian corresponder con mucha gracia y afabilidad: los dos órdenes de palcos ofrecian á su vista diferentes grupos de lindas jóvenes, algunas con sus correspondientes gemelos que inclinaban hácia las lunetas, ó en direccion opuesta á la que ocupaban; otras tenian á su lado galantes caballeros con quienes conversaban alegremente, y otras, por fin, veíanse acompañadas de matronas, al parecer respetables, que retiradas á cierta distancia, como en señal de que ellas se iban retirando del mundo, dejaban en plena libertad á sus hijas para que conversasen á su gusto con los mozalvetes barbilampiños ó de sedoso y bien peinado vigote. Con esto, la música y las cien luces que por todas partes ardian por estar el teatro ilumi-

nado con ocasion de no sabemos qué festividad, parecióle á Masalegre que se hallaba en un nuevo mundo, ó mejor en un palacio encantado. Repuesto á poco rato de la primera impresion, dijo para sus adentros: «esta gente sí que goza del mundo; aquí parece que todos se divierten... ¡esta es vida y no la de los pueblos!... para los habitantes de las ciudades es para quienes se ha hecho la felicidad.»

Gutierrez observó la fuerte impresion que en el ánimo de Masalegre habia causado todo esto y la satisfaccion que al propio tiempo estaba retratada en su semblante, y así le dijo:

—Parece que está Vd. gozoso con haber venido á ver esta funcion...

—Donde quiera que esté contento todo el mundo, allí lo estoy yo... veo que los burgaleses están divertidos y contentos...

—No crea Vd., repuso Gutierrez, que todos los espectadores que está viendo son burgaleses: yo, que conozco bien á fondo el pueblo, veo que hay aquí muy pocos que sean sus hijos.

—¡Cómo! dijo Masalegre: ¿pues de dónde son esas gentes que llenan por todas partes el teatro ostentando un lujo tan asombroso?

D. Perrondo se puso á escuchar muy atento la conversacion que habian entablado su criado y el carabinero Gutierrez.

—Son la mayor parte empleados, respondió este; mire Vd. en cuanto á lo primero: ese feo figurin, que Vd. ve en la fila segunda, con gran paletó blanco, su cadena de oro, sus brillantes sortijas y su magnífico lente, es...

—Ya le conozco, Gutierrez; es el insigne comisario de policía... bien dijo el amo, que alguno

encontrariamos aquí, que deberian estar en otra parte.

—Pues atienda Vd., repuso Gutierrez; aquel individuo de gran levita, lujoso chaleco y pantalon á la moda, que está junto al comisario, conversando tan alegremente con él, es un curita foraster, que mejor que en el teatro deberia estar cuidando de su iglesia.

—En cuanto al traje de ese curita, convengo que deberia ser mas modesto, dijo Masalegre; pero respecto de verle en la funcion, no soy de los que opinan por la prohibicion absoluta de los eclesiásticos á asistir al teatro, porque suelen sacar mas provecho para sí y sus feligreses, segun el parecer de personas respetables, con ver una buena comedia, que dura un par de horas, que con revolverse la cabeza años enteros en los inmensos volúmenes de teología del *Goti, Gonet y Belarmino*.

—¿Qué entiendes tú de teología? dijo D. Perrondo á Masalegre.

—Ni una palabra, contestó este; pero he visto esos libros por el forro en casa del señor cura de nuestro pueblo.

—Pues vamos á los palcos, dijo Gutierrez: ¿vé Vd. ese palco de los primeros de nuestra derecha, que se halla ocupado por siete señoritas y aquella venerable matrona que está tras de ellas? todas esas hembras componen la familia de un asturiano, que es el administrador de *indirectas* ..

—¿De las del padre Cobos? dijo Masalegre interrumpiéndole.

—¡Hombre! repuso Gutierrez; pues qué ¿no sabe Vd. lo que son contribuciones indirectas? los tabacos, el consumo del vino, aguardiente, jabon, aceite... de eso es administrador...

—Ya sé lo que son contribuciones indirectas, buen Gutierrez, le dijo Masalegre, y sé que tan perjudiciales son ellas como inútil el administrador que las administra... pero adelante.

—Aquel otro palco que le sigue está ocupado por la familia de un oidor, que tambien es asturiano, y que por cierto es muy falto de oido.

—Como no lo sea de conciencia y de entendimiento, bien puede desempeñar su cargo... adelante, dijo Masalegre.

—¿Ve Vd. ese fronterizo, que está á nuestra izquierda y se halla ocupado por aquel hombre, que tiene trazas de caballero, y aquélla señora gruesa, que es su mujer, con una turba de chiquillos por delante? Pues es, aunque á Vd. le pese, el que le tiene alquilado por toda la temporada, un triste fiel de puertas.

—O el hombre ese hace traicion al destino, ó el nombre del destino hace traicion á ese hombre, ó pueda ser que sucedan ambas cosas á la vez, dijo Masalegre; adelante.

—El que sigue es el de un antiguo escribano, navarro por mas señas, que pasa en la poblacion por hombre adinerado. Allí está: ¿no observa usted que tiene la vista torcida? pues de la misma manera tiene las piernas, que Vd. no puede ver por razon de estar sentado.

—No seria buen escribano, si tuviera todas sus cosas derechas, dijo Masalegre adelante.

—Aquel otro inmediato es el de un jóven coronel, recien casado con una camarista de palacio, que por la señora que tiene á su izquierda hace poco caso respetan, y hoy manda un regimiento que se halla de guarnicion en esta.

—Siempre el que valga infinitamente mas los

ataques de salon, que las batallas campales, dijo Masalegre: adelante.

—El de mas allá está ocupado por la familia del asesor de rentas: á este no le descubro allí por mas largo que le hizo la divina Providencia...

—Pues si aquella señora jóven, que está abanicándose al *vapor*, es su mujer, bien se podria formar con los dos un varal, que sirviese para limpiar las telarañas de los techos de las iglesias... adelante.

—El que le sigue está ocupado por el jefe de seccion de contabilidad y su numerosa familia, mas larga que la de Noé, y que allí puede Vd. ver...

—Si cuenta bien ese jefe, no le tendrá mala *cuenta* el destino, y si cuenta mal.... acaso saque mejor partido: de cualquier modo bien puede, mientras le desempeñe, venir al teatro á solazarse, dijo Masalegre.

Así le fué haciendo Gutierrez una descripcion de la mayor parte de los palcos, que, como con anticipacion habia dicho, estaban ocupados por empleados, ya en rentas, ya en gobernacion, ya en justicia ó ya en armas. Tocóle su vez al inmediato al del ayuntamiento que tenia, á diferencia de los otros, unas magníficas colgaduras de damasco amarillo, y dijo:

—Aquel otro, próximo al de la presidencia, es el del capitan general... aquella lindísima jóven, que está allí, huérfana antes y reducida á la miseria, es *su*...

—¡Silencio! dijo D. Perrondo con un acento que hizo estremecer al carabinero, llamando al propio tiempo la atencion de todos los que estaban inmediatos.

Don Perrondo acababa de descubrir á Gamer-

sinda: antes que Gutierrez pudiera reponerse de la impresion que habia causado en su ánimo, salió del salon en direccion del palco ocupado solamente por su paisana y por la primera autoridad militar del distrito.

La subida del telon impidió á los curiosos, que habian oido la palabra imperativa de D. Perrondo, formar comentarios sobre ella, pues todos se colocaron en sus respectivos asientos para atender á la representacion.

A poco rato D. Perrondo estaba ya en el palco del capitan general, donde se entró sin anunciarse y con la misma confianza que si él le tuviera abonado.

—No vengo á interrumpir...

—¡Paisano! dijo Gumersinda llena de satisfaccion.

A la voz afectuosa de *paisano*, calculó el general que se trataba de D. Perrondo, de quien ya le habia hablado Gumersinda; depuso por lo tanto el ceño que se habia pintado en su semblante al verle entrar sin anunciarse, se levantó de su asiento y con la mayor galantería se le ofreció á don Perrondo.

—No lo consiento, dijo este al general, mirándole de arriba abajo con la mayor sangre fria... yo estaré bien en cualquiera parte... hágame usted el obsequio de sentarse en su sitio, ó de lo contrario me marcho... Sentémonos, añadió cogiendo una silla y colocándose de modo que podia observar á su satisfaccion á los dos; ¿con que ustedes buenos?

—Para servir á Vd., contestaron Gumersinda y el general alargándola sus manos.

—Es, pues, soy de opinion de atender á la re-

presentacion... despues hablaremos... tengo un gusto particular en ver la comedia, porque como hace ya bastante tiempo que no veo ninguna...

—Dice Vd. bien, contestó el general; atendamos.

En el segundo acto, el jóven, tan perdida y verdaderamente enamorado antes, redoblaba las visitas á su amada; esta se estraña de semejante mudanza, que el otro logra cohonestar con sus menores ocupaciones y su mayor afecto, insistiendo en su criminal proyecto, al que al fin sucumbe la jóven despues de dar mil pruebas de admirable valor; profésale con esto mas entrañable cariño: ella, aunque con alguna duda, se cree feliz hasta que una amiga suya la descubre el secreto que ha sorprendido á su amado, reducido á que en la carta que recibió de su pais le anuncian la muerte de un tio suyo, cuya respetable fortuna ha pasado á su padre, ordenándole que se vuelva á aquél á casarse con una prima, segun la voluntad del difunto, lo cual está pronto á ejecutar: dueña de este secreto la jóven, lanza toda su indignacion contra el vil seductor, quien sale de la escena con la mayor frescura, haciendo alarde de su inconstancia y dejando á la desgraciada sumida en el mas profundo dolor y anegada en amargo y copioso llanto.

Ni una esclamacion, ni el menor gesto de disgusto, se advirtió de parte del público contra una comedia tan inmoral y detestable, ni contra el torpe censor facultado para mandarla retirar ó poner en escena: verdad era que el público se componia en su inmensa mayoría de gentes de *mundo y de gran tono*, que el autor de la comedia pasaba por uno de los principales ingenios de la corte y

que el censor pasaba tambien por amigo del autor, solo Gumersinda parecia hallarse sumamente conmovida... D. Perrondo lo notó, y sin embargo de ello, la dijo:

—¿Qué le parece del papel de la protagonista.

Gumersinda por toda respuesta le dirigió una mirada suplicante, que luego fué á fijarse sobre el general.

D. Perrondo dirigiéndose á este, con la mayor sangre fria le dijo:

—¿Y qué juicio ha formado el señor general del papel del amante?

El general quedó desconcertado, no solo por tal pregunta, dirigida en tono asaz seco é imperativo, sino por la mirada imponente del que la hacia: que fija é invariable sobre su rostro estaba como la de un juez interrogante esperando la contestacion con la mayor serenidad.

—Ps... bastante villano, contestó el general.

—Y de la comedia en general ¿qué juicio ha formado Vd.?

—Que no deja de encerrar un fondo de inmoralidad, contestó el general... pero... ¿qué quiere usted? añadió: el público no sabe distinguir...

—¡Oh! sí, distingue, distingue, replicó D. Perrondo; pero no se fija en esa ficcion que se le presenta en la escena teatral, porque como todos los dias está presenciando en la gran escena del mundo casos ciertos, verdaderos... que tambien quedan impunes.

La alusion no podia ser mas directa. El general volvió su rostro á otro lado para ocultar la emocion que en él produjeron las últimas palabras de don Perrondo. La mirada de éste se encontró con los ojos enternecidos de Gumersinda, que en ademan

suplicante parecia le estaban diciendo: ¡no martirices mas mi corazon, que acaso ahora no lo podrá resistir!

Pero D. Perrondo continuó con impasibilidad:

—Sí, señor general, yo creo que el público tiene inteligencia, mas que esta se halla estragada, porque están estragados los corazones, pero yo no culparé al público en esta ocasion: este toma lo que le dan; si necesita buenos ejemplos ¿por qué se les dan malos? á quien yo culpo es al autor que le regala estas comedias y al magistrado encargado por la sociedad de darlas el pase: al último le quitaria yo el cargo, con prohibicion absoluta de que le volviera á ejercer en toda su vida, y al autor de una comedia inmoral le prohibiria tambien que presentase otra para la escena, mas que fuese buena, á trueque de que semejante castigo sirviese de saludable escarmiento á todos los compositores de comedias... ¿no es Vd. de mi opinion, señor general?

—Sí, señor, contestó este maquinalmente.

Gumersinda, que como se deja dicho, estaba sobremanera afectada con el ejemplo de la comedia, que tan de lleno podia cojerla, cuya efectacion habian venido á aumentar las calculadas preguntas de D. Perrondo, dirigiéndose á este le dijo:

—Va á venir el baile, que acaso destruirá en usted el mal efecto que le ha dejado la comedia.

—Ya conozco que no quieres ver alegre, hija mia, la dijo D. Perrondo, y no dejas de pensar bien... al fin y al cabo, un *pretendiente* debe presentarse.

—¡Vd. pretendiente! dijo Gumersinda.

—Sí, hija mia; vengo con una pretension ante el general.

—¡Ante mí! dijo este asombrado: ¿en qué puedo yo servir á Vd.?

—Se trata de un carabinero que fué mi libertador, dijo D. Perrondo.

—No me diga Vd. mas, que esta me ha referido el atropello cometido con Vd., dijo el general.

—Pues bien; he dado palabra á ese mozo de que mañana tendria en su poder el nombramiento de cabo, por supuesto interinamente, y que el que lo es en la actualidad... un tal La-Viña... quedaria ocupando su plaza de soldado raso.

—No quedará Vd. mal, dijo el general; que se acerque ese chico mañana á la oficina y será servido conforme Vd. desea: yo me encargo además de que el gobierno apruebe mi disposicion.

—Gracias, señor general, dijo D. Perrondo. No será pequeña, añadió, la alegría que recibirá cuando en este momento le diga que están cumplidos sus deseos... ¡pobre mozo!

—Pues qué, ¿le va á ver Vd. ahora mismo?

—Sí, señor, en este momento... yo soy hombre agradecido... le he hecho almorzar hoy conmigo, tambien cenará, le he traido al teatro... allí está con Masalegre en su luneta...

—¡Qué hombre este, Dios mio! dijo el general por lo bajo á Gumersinda.

—Es la misma virtud, contestó esta.

—Así parece, dijo en el mismo tono el general; pero bien podia ser mas... prudente.

—No guarda consideraciones mas que con los buenos, repuso Gumersinda.

—¿Estraña acaso el general mi modo de proceder? preguntó D. Perrondo.

—No señor; contestó aquel; al contrario.

—El agradecimiento se debe mostrar con todos y en todas partes. ¿Qué mas me dá á mí que el que me ha hecho un favor sea general ó soldado, duque ó artesano, para que le manifieste mi gratitud?

—¿Hemos de comer un dia juntos? dijo el general á D. Perrondo.

—Cuando haya salido de mi encausamiento, contestó este.

—¿Y por qué no antes? replicó el general.

—Ps... ¿qué quiere Vd.? para que reine la alegria en un convite, es preciso que el hombre tenga echados á un lado todos sus cuidados.

—Ese cuidado no le debe importar á usted nada...

—No os molesteis, no tiene mas que una palabra, dijo el general por lo bajo Gumersinda.

—De cualquiera manera acepto el honor que usted me dispensa, dijo el general á D. Perrondo.

—En tal caso, el honor será mio... pero pongo una condicion para que quedemos convenidos, y es que me ha de acompañar mi criado.

—¡Pues no faltaba mas! dijo Gumersinda: si usted no lo hubiera dicho, yo lo habria propuesto. ¡Pobre Masalegre! no crea Vd. que le estimo yo en tan poco...

—Corriente, dijo el general; convenido.

En esto habia ya concluido el baile: D. Perrondo se despidió de Gumersinda y del general, y al minuto ya estaba con Masalegre y Gutierrez, quienes le habian dirigido mas de cuatro miradas cuando se hallaba en el palco de las dolgaduras.

—Cien veces me ha dado la tentacion de ir á ver á Gumersinda, le dijo Masalegre; pero me he contenido por estar allí el general.

—Hubieras hecho mal en subir en esta ocasion le dijo D. Perrondo.

—Pues entonces me alegro de haberme estado quieto, repuso Masalegre; á la postre no me ha ido mal con Gutierrez, que conoce á todo Búrgos por lo visto y... ¿sabe Vd. que para ver un propietario ó un artesano en el teatro, se ven lo menos seis ú ocho empleados?

—Eso consiste en que hay tantos ó mas de estos que de hombres acomodados que puedan soportar el teatro, porque este cuesta mucho dinero, que aquellos, que lo han ganado con no poco trabajo, no se hallan en el caso de gastar; menos pueden hacerlo las clases laboriosas, que son las que mas le necesitan, y como casi todos los empleados lo ganan con gran descanso, lo derrochan con mayor facilidad.

Vino de allí á poco la representacion de una piececita de armoniosa y fluida versificacion, que es precisamente lo que llena el ojo á la mayor parte de los espectadores, en particular siendo jóvenes, aun cuando bien estrujada no dé de sí ni una pizca de sustancia para corregir las malas y sostener las buenas costumbres; y concluida que fué, salieron D. Perrondo, Masalegre y el carabinero del teatro para la posada del Pez Amarillo, donde cenaron no mas llegar, conversando alegremente acerca de la funcion que acababan de presenciar, con cuyo motivo D. Perrondo dirigió de sobremesa á sus dos camaradas el siguiente

DISCURSO SOBRE EL TEATRO.

Ya que, como manifestais, no os hallais satisfechos de la funcion que habeis visto, y que antes por el contrario estais, como es justo, mas que fastidiados de ella; con el objeto de destruir el mal efecto que en vuestros ánimos ha producido, y para que por ello no perdais la sana aficion que se debe tener á esta clase de espectáculos, quiero manifestaros mis opiniones sobre el Teatro. No me engolfaré al hacerlo en prolijas consideraciones sobre su orígen, tendencias é inmensa utilidad que debería reportar á la sociedad: ni yo me siento con fuerzas suficientes para ello, ni os considero por otra parte, como yo quisiera, jueces competentes para corregirme, si al hacerlas me estraviase, ni quiero por último mas que comunicaros algunas luces sobre esta importante materia, que os puedan servir de gobierno en lo sucesivo. Os diré sin embargo, que es cosa puesta fuera de toda duda que el teatro nació en el *Atica*, aquella region de la antigua *Grecia*, tan célebre por los grandes acontecimientos que en ella ocurrieron, y que del *Atica* pasó á su capital *Atenas*: en esta cabeza de república, las mas ilustre de la antigüedad, fué donde alcanzó el teatro un grado de perfeccion estraordinaria, merced á los grandes génios que produjo, que acaso fueron mayores por la sábia proteccion que supo dispensarles: *Esquilo*, *Sófocles* y *Euripides*, que crearon, digámoslo así, la tragedia, esa obra donde con tan brillantes colores deben presentarse los infortunios de los hombres ilustres, y cuya conclusion necesita ir acompañada del castigo para el crimi-

nal: *Aristófanes* y *Menandro*, padres de la comedia, esa otra obra, cuyo objeto debe ser ridiculizar los vicios y sostener las buenas costumbres, acaso no hubieran adquirido la justa celebridad de que gozan sin el apoyo del gobierno y pueblo de Atenas. Uno y otro, despues de coronar sus sienes de laurel, mandaban erigir estátuas á los autores inmortales de otras inmortales tambien; y uno y otro, por una lógica consecuencia, consideraban la profesion del actor como muy honrosa, en términos que se prohibia ejercerla á los hombres contaminados con algun vicio. Convencidos los atenienses de la grandísima influencia que podian ejercer la tragedia elevando las almas, y la comedia reformando las costumbres, construyeron teatros inmensos, capaces de contener, no solo los habitantes de la ciudad, sino otro número mayor de las demás poblaciones de la Grecia, permitiendo á todo el mundo la entrada gratuita en ellos; y si bien en alguna época llegó á imponerse una pequeña retribucion, el gran *Pericles* mandó que se entregase esa retribucion al pueblo pobre, para que pudiese presenciar de valde los espectáculos. Poco os podré decir del teatro entre los romanos, que debieron á la Grecia su civilizacion: aquellos señores del mundo, ébrios con la sangre que por todos sus ámbitos hacian derramar, por acudir á presenciar los bárbaros espectáculos del circo, en donde unos hombres morian á manos de otros, ó luchaban contra las bestias mas feroces, que al efecto trasportaban de los arenales del Africa, desdeñaron los encantos de la tragedia, para la cual no llegaron á poseer ni una medianía siquiera; y si bien poseyeron á *Plauto* y á *Terencio* para la comedia, no por eso alcanzó ésta entre ellos el

grado de perfeccion que entre los griegos, ni llegó tampoco al que ha adquirido despues entre la mayor parte de las naciones modernas. En éstas, al reves que entre los romanos, hay grande aficion al teatro, pero la generalidad no puede disfrutar de él, como en esta noche habeis observado, porque cuesta muy caro, y solo pueden soportarle las gentes ricas: en esta parte considero yo á nuestro pueblo mas desgraciado que al romano, porque éste no queria el teatro, y la desgracia está en querer una cosa, honesta y lícita por supuesto, y no poder poseerla. Por eso, á mi modo de ver, deberia trabajarse porque el teatro se generalizase, ó lo que es lo mismo, se hiciese accesible hasta para las personas menos acomodadas. Ante todo, haria yo tres distinciones, á saber: el teatro destinado para el canto, el que lo está para el baile, y por último, el de la declamacion trágica y cómica: á los dos primeros les dejaria como están, esto es, manejados por empresas particulares, para que á ellos asistiesen las gentes que quisieran ilusionar sus sentidos á costa de su dinero; y en cuanto al último, ó sea el de la declamacion, procuraria que, ya el Estado ó ya el municipio, le protegiese, á la mira de que el pueblo pudiera presenciar por una insignificante cantidad todas las funciones que le acomodasen, y así se instruyese y se deleitase honestamente. De esta manera el teatro llenaria un grandísimo vacío, y los autores y actores verian recompensados, como es justo, su talento é improbo trabajo.

CAPITULO XVI

EL HOSPITAL.

Dos ó tres dias habian transcurrido desde que don Perfecto, Masalegre y Gutierrez comieron y se divirtieron juntos, cuando el primero determinó hacer una visita al antiguo establecimiento de peregrinos, cuya escelencia le habia ponderado en estremo su amigo Arcinlega, que era uno de los individuos de la Junta de beneficencia de la ciudad. Desde la posada del Pez Amarillo sintieron nuestros viajeros que el reloj de la catedral daba las diez de la mañana.

—Nada bueno hemos hecho lo que há que estamos en Burgos, dijo D. Perfecto á Masalegre; el encarcelamiento ha llamado casi toda nuestra atencion; mañana, segun nos han informado, se resolverá... ya veremos en qué términos; ahora soy de opinion que vayamos á ver el hospital de San Juan, sito en las cercas de la poblacion, donde ya está anunciada de antemano nuestra visita.

—Señor, dijo Masalegre, mejor quisiera yo ver el de *Barrantes*, donde tantos han venido con buen éxito á dejar la *culpable manta* que cubria su cuerpo.

—¿Y por qué? para el hombre humano y caritativo lo mismo le da ver un enfermo que otro, porque en ellos no vé su vida pasada, sino su dolencia actual; ademas de que no estás tu libre de cojer esa *manta culpable*, si el diablo te tienta en un mal cuarto de hora. Por otra parte, ya no existe ese hospital aislado, cual tu le quisieras, porque hace tiempo se halla agregado al que vamos á ver,

solo que yo desearia, que en vez de San Juan, se llamase de *Barrantes*, para que no se perdiese con el tiempo, que todo lo borra, la memoria del canónigo *D. Pedro Barrantes*, uno de los mas insignes bienhechores de la humanidad en el siglo XVII.

No eran aun las diez y media, cuando D. Perrondo, acompañado de Masalegre, estaba ya en el ex-convento de San Juan, donde por disposicion superior se hallan hoy reunidos el hospital de su nombre, *el de la Concepcion y el de Barrantes*.

—¿La habitacion de *D. Sebastian Lanceta*? preguntó D. Perrondo á una mujer que le pareció ser de la casa.

—¡Ah! sí... ¿el primer practicante? suban ustedes conmigo.

Hiciéronlo así en efecto, y á poco rato estaban nuestros viajeros en el cuarto del sugeto por quien preguntaban. Era D. Sebastian Lanceta un antiguo practicante, que rayaba cuando no pasaba de los cincuenta, el cual por falta de fondos no habia podido recibirse de cirujano, pero que no por eso dejaba de hablar de toda clase de dolencias y del modo de curarlas con el mismo tono magistral que pudieran hacerlo Hipócrates y Galeno. En su baja estatura, abultado vientre, grande, redonda y colorada cara, ojos salientes y algun tanto ribeteados de encarnado, estaba anunciando, á la par que su hombría de bien, su no pequeña adoracion hácia el dios de la vendimia, pero no en términos que semejante homenage le privase del uso de sus sentidos. Despues de corresponder al saludo de don Perrondo, no sin algun embarazo, le preguntó:

—¿Es Vd. el recomendado del Sr. D. Pantaleon?

—Para servir á Vd.

—¡Oh! en este caso no le quiero detener á Vd. en esta pobre habitacion: sé ya que quiere Vd. ver todos los departamentos del hospital: voy á ponerme el sombrero... cuando ustedes gusten... Y esto diciendo, se echó á andar, cruzó seguido de nuestros viajeros una ancha galería, y abriendo una gran puerta:

—Este es el salon de medicina, pasen ustedes, dijo. Y los tres entraron en un inmenso cuadrilongo, ocupado por tres filas paralelas de camas, que dejaban dos anchos paseos de por medio para la asistencia de los enfermos.

Quien esté poco acostumbrado á ver esta clase de establecimientos, no puede menos de sentir al entrar en ellos una especie de recogimiento religioso, que obliga hasta al hombre mas perverso á elevar su alma al Criador, dándole gracias por el inefable beneficio que le dispensa, conservándole la salud, este bien superior á todos los bienes de la tierra, y del cual carecen tantos semejantes, á quienes yá postrados en el lecho del dolor. Grande fué por lo tanto la impresion que recibió nuestro Massiegre, que no habia visto mas establecimientos de esta clase que el pobremente montado de su pueblo, al estender su vista por aquellas tres filas de camas, ocupadas casi en su totalidad por enfermos cuyos sordos y diferentes gemidos, toses, lamentos y peticiones formaban un cuadro capaz de conmover el corazon mas inhumano y empedernido; y si bien no fué tanta la que esperimentó D. Perrondo, no por eso dejó de sentirse sobremanera afectado, á pesar de haber visitado en otras ocasiones mas de cuatro establecimientos idénticos: solo Lancete, que por su profesion y por los muchos años que llevaba de practicante

estaba ya contaturalizado, digámoslo así, con las enfermedades y hasta con la muerte, parecia tan sereno é indiferente hácia todo lo que presenciaba, como si estuviese en un baile ú otro cualquier espectáculo.

—¿Es Vd. comprofesor? preguntó el último á D. Pertondo.

—No señor, le contestó este; pero me gusta enterarme de las respectivas dolencias de los que vengo á ver.

—Está bien; en tal caso empecemos por la derecha.

—Sí; pero hablemos de modo que no nos oigan los pacientes.

—A mí, aun cuando lo oyeran, dijo Lanceta, nada me importaria; pero así lo quiere usted... corriente. Este enfermo que vé Vd. aquí, continuó, padece de una *bronquitis*: hace ya un mes que está en el establecimiento, y cada dia va de mal en peor: la ventaja que tiene es que no le vi ni oí en mi vida un hombre mas sufrido... empuñado el médico en que le ha de curar con cataplasmas emolientes y bebidas daloificantes, cuando la sangría, las sanguijuelas y los *vejigatorios* están indicados para curarle en cuatro dias.

—¡Hombre! son muy violentos los médios que usted propone.

—Pero son los únicos eficaces para esta clase de dolencias, repuso Lanceta; más ¡. yo hago lo que mandan, y labo mis manos.

—Ese otro, continuó Lanceta, padece de una *timpanitis* atroz: ya vé Vd. lo abultado que tiene el vientre, de forma que no le permite en la cama otra postura que la supina: el médico piensa curarle con fricciones etéreas repetidas á menudo;

pero permítame que le diga que aquí ha adoptado un mal plan curativo, por haber errado la *sintomatología* de la enfermedad: aquí la cavidad del *peritonéo* se halla obstruida por la abundancia de gases perjudiciales, y por lo mismo no veo mejor remedio para hacer desaparecer estos que la sangría, la dieta rigurosa hasta en la bebida, y los *vejigatorios*, que chuparían mucha parte del mal... La enfermedad de este tercero es incurable, segun Hipócrates, porque es una *apoplegía* que, aunque no fulminante, se presenta con un carácter muy solapado.

—Las escuelas *Hannemánica* y de *Raspail*, le replicó D. Perrondo, se han encargado de desmentir á Hipócrates, y creo que lo han conseguido en algunos casos.

—Desengáñese Vd., repuso Lanceta; esas escuelas no pueden haber conseguido nada bueno; sobre todo los homeópatas no son mas que unos *charlatanes*; porque decirme á mí que con una *millonésima* parte de un grano de quinina, verbigracia, han de curar las *intermitentes*, cuando muchas veces se necesita, digámoslo así, *atacar* al enfermo...

—No, no, le interrumpió D. Perrondo; no hay que condenar así tan de ligero esas escuelas: yo bien sé que en España tenemos nuestra medicina, que nada debe envidiar á las estranjeras; pero no obstante, atiendo que cuando una doctrina, sea de la clase que quiera, sale al mundo, es preciso examinarla concienzudamente antes de condenarla.

—El número 5.º está ya limpio de calentura, prosiguió el impertérrito Lanceta, y por eso sin duda tiene ganas de hablar con el inmediato...

Este otro padece una *gastritis*; tiene ya siete sangrías, tres golpes de sanguijuelas y una buena cantárida á la espalda: si no se le saca tanta sangre, se declara la fiebre *tifoidea*, y el contagio hubiera hecho estragos horrorosos en el establecimiento.

—¿Pero está ya libre de eso y fuera de peligro?

—¡Quia! no señor: el mal de estómago por una fatalidad ha simpatizado al cerebro, y creo que si no se le sangra mas, y se le sujeta á tomar tan sólo agua de limon en abundancia, y cuando mas algun jarabe opiado, peligra su existencia. Este otro se halla en el quinto dia de una *pulmonía aguda*: como es hombre robusto, se le han hecho ya *ocho* sangrías y se le han aplicado *cuatro docenas* de sanguijuelas... yo temo que sucumba, si no se le hacen al menos otras *cuatro evacuaciones*...

—¡Cuánta sangre le quiere Vd. sacar! esclamó Masalegre con alguna indignacion al ver la crueldad de Lanceta.

—¡Cuánta sangre! dijo este muy sereno: estoy seguro que á un pulmoníaco le bastan *dos* libras de sangre en todo su cuerpo para poder vivir: lo que le mata es la sangre; fuera pues con el enemigo, y lo menos hasta el octavo dia no hay que darle mas que un poco de agua de malvas, y eso de tres veces en veinticuatro horas.

—¡Ah señor! dijo aparte á D. Perfecto Masalegre, este practicante es mas sanguinario y cruel que el doctor *Sangredo*.

—Sí, pero por fortuna sangra, receta y cura mucho... de boca.

—¡Hola! señora Atanasia... ¿parece que ha venido Vd. á ver el enfermo, eh? dijo á la sazon Lanceta á una mujer que estaba á la cabecera de una

cama no muy distante de la del pulmoniaco, y que, aunque ya rayaba con los cuarenta, aparentaba haber sido bastante bella en la primavera de su vida.

—¿Qué quiere Vd., señor D. Sebastian? contestó con tristeza la mujer: la visita de todos los dias... ¿y qué tal va? yo le veo siempre lo mismo.

—Ps... poco adelanta; pero mejor podia estar,... ¡es tan pusilánime! hágale Vd. tomar valor...

—¿Y cómo? contestó la mujer, dando un suspiro y echando una mirada sobre el macilento rostro de su esposo.

Lanceta sin contestarla se volvió á nuestros viajeros y les dijo:

—El enfermo, á cuya cabecera está esa pobre, es su marido: tiene un padecimiento imposible de curar.

—¿Cuál es su mal? preguntó D. Perrondo.

—Una *melancolía* espantosa: nada le distrae, nada le alegra, ninguna cosa es capaz de sacarle de ese estado *soporífero* que Vd. puede advertir en él... de nada han servido las evacuaciones...

—Hombre... acaso con la música... dijo Masalegre.

—¿Sabe Vd. si le ha sucedido alguna gran desgracia? preguntó D. Perrondo.

—¡Ca! no señor... él es un oficial de ebanistería muy honrado por cierto: el oficio á la verdad está muy malo, y luego tiene seis ó siete de familia... pero no creo que le haya sucedido nada, al ménos que yo sepa, contestó Lanceta con imbécil indiferencia.

—¡Oh! ¡oh! es bastante lo que Vd. acaba de decir... y dígame Vd. ¿socorre el establecimiento á esa señora y sus hijos?

—¡Pues no faltaba mas! ¿no hace bastante con curarle á él? contestó Lanceta en un tono que daba á demostrar le habian hecho á su modo de ver la pregunta mas disparatada.

D. Perrondo llamó aparte á Masalegre.

—Cuando salgamos de aquí, le dijo, yo voy á ver á Gumersinda, y tú mientras tanto vas en busca de Gutierrez, para que te entere de la posicion de esa familia y de su morada.

—Allí verá Vd. un caso muy original, dijo Lanceta señalando otra cama cercana á la del pobre ebanista: es un *hidrópico*, ¿no observa Vd. el inmenso volúmen que ha tomado *su region abdominal*? Cinco meses lleva aquí y en todo ese tiempo no hemos podido conseguir rebajársele ni una línea; se le ha hecho la operacion de la *paracentésis*, le habremos sacado mas de *cinco cántaros* de agua, y nada: todo lo que toma se le convierte en líquido *bilioso*, que por el *aparato gástrico* va á parar al *canal intestinal*: él tiene una sed devoradora, pero hay que privarle casi absolutamente de toda bebida: yo he propuesto al médico, al ver la ineficacia de todos los remedios usados hasta el dia, colocarle una *cantárida* que le coja todo el vientre, y estoy seguro que ella chuparía la *bilis*...

—¿No conoce Vd. que esa cantárida concluiría con el enfermo? le dijo D. Perrondo interrumpiéndole.

—No lo crea Vd., contestó muy sério el insigne Lanceta; las enfermedades son algunas veces como los niños rebeldes: es necesario tratarlas con crueldad, porque ellas son crueles.

—Señor, dijo en esto Masalegre al oido de su amo; vámonos de aquí; este *parlanchin* me va

causando horror; no he visto un hombre mas cruel... temiendo estoy que nos mande aplicar á nosotros un par de *sinapismos*... ya no le compadezco con el doctor Sangredo... ¡es mas sanguinario que un tigre!

—Todos los cirujanos antiguos son así: afortunadamente la medicina es mas racional que lo que él quisiera; porque así se esplique, no me dá á mí cuidado; lo que siento es, que en estos establecimientos, destinados, no para la humanidad doliente, como dicen, sino para los *dolientes pobres*, suelen concederse á subalternos como él mas facultades que las que yo quisiera y son convenientes á los infelices que vienen á ellos.

Fué así Lanceta recorriendo casi todas las camas ocupadas por los enfermos, haciendo una pequeña reseña del mal que los tenia postrados, y cuando el adoptado por el médico no le parecia bien, presentaba á su manera el plan curativo, de conformidad con sus principios sanguinarios. Entraron en seguida en el salon de cirugía de los hombres, porque á D. Perrondo no le pareció decoroso visitar las salas de las mujeres, y en él desempeñó Lanceta el mismo papel que en el de la medicina: en aquel vieron nuestros viajeros un número mas que triple de enfermos que en este, lo cual se concibe muy bien sabiendo que los jornaleros y artesanos, estos productores mal recompensados de la sociedad, para quienes únicamente se han establecido los hospitales, contraen, por efecto de los contratiempos que tienen en sus oficios, infinitamente mas enfermedades de cirugía que de medicina, al revés que las clases acomodadas y meramente consumidoras, que por causa de su vida holgachona, sus disgustos y sus vicios, lo

males internos que les acometen superan con mucho á los esteriores.

Salieron los tres del salon de cirugía, y al cruzar nuevamente el de medicina con ánimo de abandonar el establecimiento, llamaron su atencion las delirantes esclamaciones que hacia un enfermo, al parecer jóven, en medio de la fiebre atroz que le atormentaba.

—¡Magnífica espiral! decia; ¡quítate allá!... me agarro, sí..... trepo por ella..... ¡oh! ¡qué alta! no importa... ese compás... una línea recta... no, no, un círculo... sí... el de Antioco... ¡já, já, já! Esa fuerza motriz... ¡qué pequeña!... quiero ser ingeniero... ¿y el dinero? ¡oh! ¡el dinero! ¡pobre Pepe! ten paciencia... sí, sí... ¡infeliz! Y al decir esto, un suspiro salió del pecho del jóven, volviendo al estado de sopor que habia tenido mientras que nuestros viajeros visitaron el salon donde estaba.

Tanto D. Perróndo como Másalegre se penetraron de viva simpatía hácia el jóven que en medio de su delirio manifestaba estar dotado de buenos sentimientos, lucido talento y mas que mediana educacion.

—¿Quién es este jóven? preguntó el primero á Lanceta.

—Es, contestó este, un huérfano único, hijo del pueblo, á quien la desgracia ha perseguido con tenacidad: estaba estudiando para ingeniero civil, como lo ha dado á demostrar y todos los dias lo da en los accesos de la fiebre cerebral que padece. En el año último perdió á su padre, ya viudo, que le sostenia en la carrera con los productos de una pequeña administracion: como fué muy honrado, no dejó ningun ahorro, y el infe-

se vió que abandonar aquella y entrarse de escribiente en el oficio de un escribano mezquino, donde á duras penas ganaba para el sustento. Mirándole en el porvenir brillante que le esperaba de haber vivido siquiera otro par de años su padre, y considerar su posicion actual y la suerte que le aguarda, es para mí la única causa del mal que le tiene en este hospital, mal que no le quiso soportar el escribano, á pesar de haber tenido una estrechísima relacion con su padre, á quien debia no pocos favores.

—¿Quién es ese escribano tan inhumano? dijo Masalegre lleno de coraje al oir la relacion de Lanceta.

—Se llama Retuerta.

—¡El habia de ser! ¡bribon! repuso Masalegre.

—¿Le conoce Vd.? dijo Lanceta.

—Una vez le he visto, y me bastó para calificarle de tunante.

—Y no tiene familia en Búrgos ese pobre mozo? preguntó D. Perrondo.

—Una tia segunda ó tercera que le quiere mucho, pero que no le puede socorrer... en su compañía vivia... ¡cuánto sintió el desprenderse de él para traerle al hospital! todos los dias viene la infeliz á verle, á pesar de sus años.

—¿Dónde vive esa señora?

—Arco de Barrantes, número 12.

—Bien está, dijo D. Perrondo. Sr. D. Sebastian, continuó, nosotros hemos concluido aquí: voy satisfecho y contento del aseo que por todas partes se advierte en el establecimiento. Sin embargo, no estraño Vd. que le haga una advertencia... inoportuna en verdad, pero que hago á todos los

males internos que les acometen superan con mucho á los esternos.

Salieron los tres del salon de cirugía, y al cruzar nuevamente el de medicina con ánimo de abandonar el establecimiento, llamaron su atencion las delirantes esclamaciones que hacia un enfermo, al parecer jóven, en medio de la fiebre atroz que le atormentaba.

—¡Magnífica espiral! decía; ¡quítate allá!... me agarro, sí..... trepo por ella..... ¡oh! ¡qué alta! no importa... ese compás... una línea recta... no, no, un círculo... sí... el de Antioco... ¡já, ja, já! Esa fuerza motriz... ¡qué pequeña!... quiero ser ingeniero... ¿y el dinero? ¡oh! ¡el dinero! ¡pobre Pepe! ten paciencia... sí, sí... ¡infeliz! Y al decir esto, un suspiro salió del pecho del jóven, volviendo al estado de sopor que habia tenido mientras que nuestros viajeros visitaron el salon donde estaba.

Tanto D. Perfondo como Masalegre se penetraron de viva simpatía hácia el jóven que en medio de su delirio manifestaba estar dotado de buenos sentimientos, lucido talento y mas que mediana educacion.

—¿Quién es este jóven? preguntó el primero á Lanceta.

—Es, contestó este, un huérfano único, hijo del pueblo, á quien la desgracia ha perseguido con tenacidad: estaba estudiando para ingeniero civil, como lo ha dado á demostrar y todos los dias lo da en los accesos de la fiebre cerebral que padece. En el año último perdió á su padre, ya viudo, que le sostenia en la carrera con los productos de una pequeña administracion: como fué muy honrado, no dejó ningun ahorro, y el infe-

se vió en la precision de abandonar aquella y entregarse de escribiente en el oficio de un escribano usurero, donde duras penas ganaba para el sustento. El pensaba en el porvenir brillante que le esperaba de haber vivido siquiera otro par de años su padre, y considerar su posicion actual y la suerte que le aguarda, es para mí la única causa del mal que le tiene en este hospital, mal que no le quiso soportar el escribano, á pesar de haber tenido una estrechísima relacion con su padre, á quien debia no pocos favores...

—¿Quién es ese escribano tan inhumano? dijo Malalegre lleno de coraje al oir la relacion de Lanceta.

—Se llama Retuerta.

—¡El habia de ser! ¡bribon! repuso Malalegre.

—¿Le conoce Vd.? dijo Lanceta.

—Una vez le he visto, y me bastó para calificarle de tunante.

—¿No tiene familia en Búrgos ese pobre mozo? preguntó D. Perrondo.

—Una tia segunda ó tercera que le quiere mucho, pero que no le puede socorrer... en su compañía vivia... ¡cuánto sintió el desprenderse de él para traerle al hospital! todos los dias viene la infeliz á verle, á pesar de sus años.

—¿Dónde vive esa señora?

—Arco de Barrantes, número 12.

—Bien está, dijo D. Perrondo. Sr. D. Sebastian, continuó, nosotros hemos concluido aquí: voy satisfecho y contento del aseo que por todas partes se advierte en el establecimiento. Sin embargo, no estrañe Vd. que le haga una advertencia... inoportuna en verdad, pero que hago á todos los

dependientes de establecimientos que se hallan en el caso que Vd., y es, que trate á los enfermos como á sus semejantes; mas, como si fueran sus propios hijos; que les prodigue y haga prodigar toda clase de cuidados, y que por último no pierda de vista en el desempeño de su cargo que el enfermo es un sér, digámoslo así, *divinizado*, á quien se deben de rigorosa justicia cuantos desvelos, atenciones, miramientos y consideraciones sean imaginables. En cambio, si así lo hace, no tenga usted duda que mañana que se vea por su desgracia en la misma posicion que ellos, encontrará una justa recompensa, y, lo que es mas grato para el hombre honrado, los mismos enfermos le bendecirán, le mirarán como á su bienhechor y padre y pedirán al cielo por la prosperidad de usted y de su familia.

Tan inesperado lenguaje de parte de D. Perrondo, sorprendió de tal manera á Lanceta, que le quedó cortado: intentó contestar al pronto, pero diriase que su lengua, hasta allí tan suelta, se habia pegado al paladar: por dos ó tres veces miró á D. Perrondo y otras tantas tuvo que bajar al suelo su débil mirada, creyendo que la naturalmente imperativa de aquel, era la de un juez que pretendia tomarle cuentas de su conducta en el establecimiento: ya por fin, despues de un instante de silencio, pudo decir en tono lastimero:

—Señor... ¿hay... quejas?...

—¡Nada de eso, hombre! le dijo D. Perrondo en el tono mas afectuoso: he visto últimamente que no le faltan á Vd. bellos sentimientos, anímese usted, ya le he dado ese consejo en nombre de la humanidad, y ahora le añado, que si procede con arreglo á mis instrucciones, le recomendaré á mi

amigo Arellano, y haré que recompense sus desvelos como es debido.

—¡Ah! señor... yo creí...

—No, no, no tenga Vd. cuidado... adios, adios.

—Voy acompañando á Vds., dijo con timidez el practicante, y los tres se echaron á andar en busca de la escalera, la cual bajaron, D. Perrondo y Maralegre con el corazon conmovido por el espectáculo naturalmente desconsolador del establecimiento, y Lanceta ya repuesto del susto que al pronto le produjeron las caritativas advertencias del primero.

En la portada del edificio observaron cómo dos niñas de seis á ocho años, de escuálido y macilento rostro y mas que pobremente vestidas partian un pedazo de pan, que sin duda las habia proporcionado la caridad pública.

—Es mas grande tu parte, decia una niña á la otra.

—Sí, contestaba esta, pero á mí fué á quien lo dió...

—Lo mismo dá, tambien ayer partí yo contigo lo que me dieron como buena hermana.

—Es que yo tengo mas hambre; tú cenaste anoche, mientras yo estaba en la cama.

Don Perrondo se detuvo ante aquellas inocentes criaturas, mirándolas con inesplicable ternura.

—Son hijas del ebanista que Vd. ha visto, le dijo Lanceta.

—¡Oh! ¡oh! dijo D. Perrondo estraordinariamente afectado: ¡pobrecitas...! Adios, Lanceta.

Lanceta comprendió al instante la intimacion de D. Perrondo, mientras aquel subia la escalera sacó este de su bolsillo una moneda de plata.

—Dásela á tu madre cuando baje, dijo á la niña

mayor, que al pronto se resistia á creerla... pero hoy ya teneis... mañana... Dios dirá... sed buenos, y confiad en él... ¡infelices! Luego, volviéndose á Masalegre, en medio del asombro de las niñas, añadió: ¡á la ciudad! ya sabes lo que tienes que hacer.

A los pocos momentos, amo y criado se separaron en la calle de San Juan: este se fué en busca del carabinero Gutierrez, y aquel tomó la direccion de la casa de Gumersinda.

CAPITULO XVI.

LOS DESHEREDADOS DE LA SOCIEDAD.

Tenemos que trasladar al lector á una casucha de miserable aspecto, sita en la calle de San Juan: en un cuarto bajo de la misma, oscuro y mal ventilado, á causa de la diminuta ventanilla que le sirve de respiradero, contemplará con profundo dolor el cuadro mas lastimoso de miseria, de sufrimiento y de resignacion. Allí existen siete séres inocentes, abandonados de la sociedad y sin otro amparo que el de Dios, porque la enfermedad les ha privado del único apoyo que tenian en el mundo... ¿Y qué la importa á la sociedad que esos séres desgraciados pasen su mísera existencia entre angustias mortales? ¿no hace bastante con soportar la enfermedad del que es su cabeza?... ¡Tienen hambre! ¡no pueden ganarlo!... Para eso está la caridad pública... No hay que llamar egoista á la sociedad... harto hace con sostener los hospitales... ¿y no es primero que los hambrientos la construccion de soberbios teatros, donde el lujo deslumbre por todas partes al espectador, y donde los grandes señores puedan distraerse de sus in-

mansas fauces, viendo ejecutar sorprendentes y lascivas piruetas á una bailarina, ú oir entusiasmados la encantadora voz de una *prima donna*, á quienes se dá la friolera de *quince ó veinte mil duros* al año?

Una mujer, cuyas macilentas carnes cubren un raido manton de paño y un mal vestido de percal, y cuya belleza se conoce no la hubiera abandonado tan pronto, á no haber soplado casi de continuo sobre su frente el viento de la desgracia, se halla accidentalmente al frente de su numerosa familia, compuesta de seis hijos, entre los cuales no hay uno siquiera que con su trabajo pueda aliviar su triste posicion y la de sus hermanos: el mayor que es varon y no ha cumplido aun los catorce años, trabaja de valde en el taller de un artesano por aprender el oficio de su padre; el que le sigue, tambien varon, apenas ha cumplido diez años; dos niñas de rostro encantador, á pesar de tenérsele desfigurado la miseria horrorosa porque están pasando, cuentan con la edad de seis y ocho años respectivamente; un niño de tres, descalzo de pié y pierna, y por último otra niña como de cuatro meses, envuelta en un paño de algodon que tiene la madre en sus brazos, y con su sonrisa angelical y alegres ademanes, parece que está pidiéndola su escuálido pecho, completan esta familia, tan interesante como desventurada. En el cuarto donde se halla no se ven mas muebles que un gran tiesto roto y lleno de ceniza, que sirve de cocina, si algo tiene que condimentar al fuego, una mesa de pino, un vasar de madera pendiente de la pared y dos sillas de paja, que por ser tan malas estaban, sin duda alguna en poder de sus primitivos dueños.

—Alárgame ese cazuelo de sopas, Rosalía, que la niña quiere mamar y necesito antes tomar alguna cosa caliente, dijo la mujer cogiendo una de las dos sillas y sentándose junto á la mesa de pino.... Vengo de ver á vuestro padre, hijos míos: el practicante dice que no va peor; pero todo lo que no sea mejorar..... ¡pobrecito! ¡Dios le remedie! añadió dando un suspiro, al propio tiempo que imprimió un beso involuntario sobre el rostro de la criatura.

—¡Mamá! hoy no la traigo á Vd. nada, dijo el niño mayor; ayer le entregué la peseta que me dió aquel señor por llevarle un cuadro muy bonito.

—Sí, hijo mio, y con ella compramos cuatro panes, de los que aun hay dos en el vasar: baje uno, Julian, y os partiré vuestra racion... ¿Qué dices entre dientes á Sabina? añadió la pobre madre dirigiéndose á Rosalía, quien despues de colocar el cazuelo de sopas sobre la mesa, se habia vuelto al lado de su hermana... ¡ah pícaras! ¿pues cómo no me aguardásteis á la portada del hospital, segun os dije, junto á la cama de vuestro padre?

—Tardábais tanto, dijo Rosalía; eso estaba diciendo á la Sabina: era ya cerca de la una...

—¿Y qué? ¿no sabes que cuando tomamos algun alimento son ya las dos, y cuanto que las acaba de dar el reloj?

—Sí son ya mas de las dos y media: nos la aguardamos á Vd. porque quisimos saber dónde vivia un señor muy bueno y muy guapo, que al salir del hospital me dió un duro.

—¡Tu sueñas, niña! dijo la madre no creyendo lo que acababa de decir su hija.

—No, señora, no sueño, repuso esta; aquí le tiene Vd., y alargándoselé á su madre, esta con los ojos fijos sobre la moneda, permaneció quieta diciendo:

—¡Cierto es! ¡qué cosa mas rara! pero no le temo, mientras no sepa á punto fijo su procedencia.

La niña dejó sobre la mesa la pieza de plata, y mientras sus dos hermanos mayores se acercaron á contemplarla con asombro, ella se retiró al lado de su hermana, que estaba frente á la puerta de la habitacion.

—¡Ah mamá! dijo la niña sollozando... ¿cree usted?

—No, hija mia, repuso la madre, no creo que le hayas robado: yo siempre os he educado en el amor y el respeto hácia Dios... pero muchas veces... la miseria... ¡sufria tanto algunos dias, hijos mios! Y al decir esto las lágrimas y suspiros vinieron á ahogar completamente su débil voz.

—No lloreis, mamá, dijo la niña menor, que sí que es cierto lo que dice Rosalía: yo ví como se le dió aquel señor, que salió con otro del hospital.

Al decir esto la niña, recordó la madre á los dos señores que habia visto visitar el establecimiento y enterarse con paternal solicitud del estado de los enfermos: entonces creyó á sus hijas, pero para cerciorarse mas del caso dijo:

—Vaya, no gimoteeis, hija mia... y dime ¿á qué hora bajaron esos señores del hospital?

—No era la una, contestó Rosalía ya consolada con las palabras de su madre.

—¿Qué señas tenian?

—Eran altos y muy buenos mozos, sobre todo el que me dió el duro... Yo propuse á la Sabina, así

que se echaron á andar, el irles siguiendo para ver donde se entraban y pedirles limosna otro dia, si Dios no mejora á mi padre; se separaron en esta calle, y fuimos á cierta distancia detrás del señor *mas guapo*, que se entró en la casa que está á la esquina de la calle del Cid.

—¡En casa de Gumersinda! ¡Tambien la infeliz pasó en otro tiempo por la miseria que nosotros! murmuró la desgraciada madre.

—Ese señor por mas señas, mamá, tiene un, vigote muy negro, y una barba tambien mas negra!...

—Cierto es, hija mia...

—Y para que Vd. no juzgue mal á otra vez de su Rosalía, la diré, que así que bajó del hospital, se puso á mirarnos á las dos muy de fijo, y despues de darme el duro, que al pronto yo no me atrevia á cojer... no, no se me olvida lo que me dijo... «*Toma*, dásele á tu madre; para hoy ya teneis... mañana, Dios dirá: sed buenas, y confiad en él.»

—¡Qué buen corazon! ¿y cómo podia saber que teniais madre?

—Eso yo no lo sé... bajó con ellos otro señor que ya habia visto yo en el hospital.

—Sin duda D. Sebastian...

—¡Oh! si viera Vd. mamá... ¡qué señor tan bueno! ¿no es verdad, Sabina? ¡tan alto, tan guapo, tan!... parece que le estoy viendo ahora... ¡ay!

—¿Qué es eso, muchacha? dijo la madre asustada al oir el grito de Rosalía.

—¡Él es!... ¡mirafle!

D. Perrondo, acompañado de su Mastiegre, acababa de presentarse en la habitacion humilde que hemos descrito: los dos habian llegado hasta la puerta de la casa, acompañados de Gutierrez,

quien segun la voluntad de D. Perrondo, se despidió allí hasta el siguiente dia.

Grande fué el asombro de la pobre madre de familia al ver en su triste vivienda á los dos señores que en aquella mañana habian visitado el establecimiento donde se hallaba su marido, y de quienes precisamente estaba hablando con sus hijas, con ocasion del acto de generosidad que habian ejercido con ellas; levantóse aturdida de su asiento sin saber lo que la pasaba, y mientras don Perrondo echaba una rápida ojeada sobre la habitacion:

—Me parece que viene Vd. equivocado, señor, le dijo con estraordinario respeto.

—No, no; dijo D. Perrondo mirándola á ella con ternura: la misma de esta mañana...

—La misma soy, repuso maquinalmente. ¿En qué puedo seros útil? añadió con timidez.

—Traigo una comision ante Vd., señora.

—¡Ante mí, señor! dijo la pobre muger asombrada... no puede ser.

—Sí, sentémonos, dijo D. Perrondo cojiendo una de las dos sillas y sentándose junto á la mesa, sobre la que apoyó su brazo izquierdo en medio de la admiracion de toda la familia. Siéntese Vd, señora Atanasia, añadió.

—No, no; estoy bien de pié; Vd. es el que se ha de sentar, repuso aquella, y alargó la otra silla á Masalegre.

—No, no, dijo este, viendo que no habia en el cuarto mas que las dos sillas: yo estoy bien aquí, y se colocó en el estremo opuesto de la mesa en que D. Perrondo apoyaba su brazo.

—¡Niños! salid á jugar al portal, dijo la madre viendo que el asunto iba con seriedad; tu, Ju-

lian, puedes irte ya á casa del maestro.

—Dénos Vd. pan.

—¡Ah! sí, teneis razon, se me habia olvidado... con permiso de Vds...

La madre cojió el pan que estaba sobre la mesa, y con un mal cuchillo hizo de él seis rebanadas, de las que entregó cinco á sus hijos, colocando en el vasar la restante, que reservaba para ella.

—Hasta la noche, mamá, dijo Julian.

—¿Y estos señores? ¡Jesus, hombre! ¡qué poco aprendes!

—Queden Vds. con Dios, dijo el muchacho.

—Adios, hijo: ¡buen mozo! dijo D. Perrondo.

—¡Qué señores! ¿qué nos traerán? dijo el mas segundo á sus dos hermanitas al salir de la habitacion.

—Si dieran á mamá para un vestido... dijo Rosalía.

—Lo que nos hace mas falta, replicó el muchacho, hasta que mi padre se ponga bueno, es comer.

Mientras Julian caminaba para casa de su maestro, y sus cuatro hermanos hablaban y comian alegres y contentos en el portal de la casa el pedazo de pan que les habia entregado su madre, diriji éndose á esta D. Perrondo, la dijo:

—Siéntese Vd... Una señora, á quien en vuestros mejores tiempos hicisteis un gran favor...

—No recuerdo, señor...

—No importa... esa es la principal cualidad de los buenos, no acordarse de los beneficios que hacen, al revés que los malos, que nunca olvidan los agravios que se les infieren... Esa señora me ha enterado de la triste posicion en que os encontrais...

La pobre mujer bajó al suelo su vista como para ocultar la sensacion que en su ánimo acababan de producir las palabras de D. Perrondo: este continuó:

—Me ha dicho, y yo mismo acabo de enterarme de ello, que teneis seis hijos inocentes, ninguno de los cuales lo puede ganar por causa de su tierna edad...

—Cierto es, señor.

—Que mientras vuestro honrado y laborioso marido está hace mas de tres meses en el hospital, el que sin duda ha ido por el escesivo trabajo á que se dedicaba dia y noche, con el objeto de ver de sostener su numerosa familia, vos, abandonada de todos, sin otro amparo que el de Dios, habeis ido vendiendo y empeñando para poder dar un pedazo de pan á vuestros hijos, primero vuestras mejores ropas, despues los pocos muebles que teniais, y por último las herramientas del oficio...

—Cierto es eso, señor... ¿pero quién?...

—Que algunos dias no habeis tenido siquiera pan que dar á vuestros hijos... ¡oh! ¡eso es atroz!

—¡Señor! murmuró la desgraciada madre, por cuyo simpático rostro se vieron rodar dos gruesas lágrimas.

—Que entonces contra vuestra voluntad consentisteis que vuestros hijos demandasen la caridad pública, porque aunque degradante y bochornoso para una honrada y laboriosa madre de familia, primero era esto que verlos morir de hambre!

—¡Por Dios! todo eso es cierto, señor; yo no puedo ganarlo con tanta familia...

—Y que acaso vuestro marido, á quien tiene postrado en el lecho del dolor una espantosa melancolía, pueda ponerse bueno y volver á vuestro lado y

al de sus queridos hijos, si llega á entrever en su estado actual un porvenir halagüeño para vos y para ellos, un porvenir de trabajo, sí, pero con la recompensa que no ha tenido últimamente por haber empleado ese trabajo en la dependencia de otro, á que se vió en la precision de sujetarse por causa de la mucha familia que teníais...

—¡Oh! si mi marido se pusiera bueno!... dijo la mujer entre sollozos; pero siempre... le veo lo mismo... ¡desgraciados hijos! si no fuera por ellos... Y el llanto vino á ahogar de nuevo su voz.

—No os desconsoleis, señora: no vengo á haceros la historia de vuestros padecimientos para renovaros las llagas que teneis abiertas en vuestro pecho, no: mi mision como encargado de esa señora está reducida solamente á curarlas.

—Pero, señor, dijo la mujer dando un gran suspiro y enjugándose sus negros y hermosos ojos; permitidme que os diga... que no os conozco... que no sé quién sois... que no he hecho beneficios á ninguna señora...

—¡Noble corazon! Acordaos que habeis sido muy caritativa, que cuando podiais, lo dejabais de comer por socorrer algun infortunio de vuestros semejantes.

—Señor, en mis cortas facultades... he hecho lo que he podido.

—Tanto mas digno de ser alabado y recompensado. Que el rico de, no tiene nada de estraño; pero que lo haga el pobre, oh! ¡esto es una virtud sublime! Mas, ya tarde, ya temprano, ya de una manera, ó ya de otra, Dios hace que se premien en esta vida las buenas acciones, y que los malos sufran su merecido. Esa señora, á quien hicisteis [illegible]

—Pero, señor..., yo no recuerdo... ¿su nombre?

—Me ha encargado que no le manifieste, y ha hecho muy bien, porque de lo contrario no sería completa su buena acción. Lo que mas importa es que se ponga bueno vuestro marido.

—¿Y cómo se logra eso? dijo la pobre mujer, absorta en la idea de que la dolencia de su marido era incurable.

—Muy fácilmente, repuso D. Perondo; destruyendo las causas que han producido su mal. Yo traigo encargo de esa señora para entregar á usted una suma respetable...

—Pero, señor... ¿cómo puedo yo... recibir... así...

—¿No daba Vd. cuando podia, en medio de la pequeñez de sus facultades, al que consideraba desgraciado... una peseta, verbi gracia?

—Sí, señor.

—¿Y qué dirá Vd., si yo la aseguro bajo mi palabra de honor que hacia mayor sacrificio en dar esa peseta, que la señora de quien estoy hablando en darla á Vd. una suma de ocho ó diez mil reales?

—¡Señor! esclamó la pobre mujer asombrada; yo no puedo, no quiero creer en esa dádiva.

—¡Que suele gastar esa señora en un convite! Vamos, vamos, dijo D. Perondo; salvemos á su marido de Vd., y miremos por esas inocentes criaturas... Vd. con la cautela correspondiente habla á su marido; le dice Vd. que un protector invisible... no, no; sé que es muy suspicaz y pundonoroso... ¿no tiene Vd. parientes?

—Tengo un tio en la Rioja, contestó maquinalmente Atanasia.

—¿Está bien acomodado?

—Muy regularmente.

—¿Tiene hijos?

—No.

—Perfectamente: le dice Vd. que ha muerto el tio, dejándole su herencia.

—¿Y he de mentir así?....

—Lo que importa es salvar á su marido, y mirar por esos seis hijos que Vds. tienen... despues que esté bueno, le dice Vd. la verdad del caso... por de pronto es necesario hacerle entender que ha heredado Vd. unos mil duros, de los que ya tiene en su poder la mitad en dinero; que con ello se ha vestido Vd. y vestido á sus hijos; que procure ponerse bueno para establecer un taller de ebanistería por su cuenta; que se ha mudado Vd. á otra casa mas capaz, mas alegre y mas saludable; y de esta manera estoy seguro que hará Vd. desaparecer esa melancolía que le está matando, y que sin remedio concluirá con él á no adoptar usted el partido que la propongo.

—Pero, señor, dijo la pobre mujer, á quien casi completamente habia trastornado sus sentidos el lenguaje de D. Perrondo; yo no sé lo que me pasa... no sé si es Vd. un ángel... ó si por el contrario, Vd. se quiere burlar de mí... pero ¡estoy loca! ¡perdóneme Vd!... no sé lo que digo... yo no le he hecho á Vd. ningun mal ni á nadie tampoco. Y al decir esto puso su rostro junto al de la inocente criatura que tenia en sus brazos, como para ocultar el amargo y copioso llanto que, por la misma razon que habia tratado de contenerlo, brotó con mas fuerza de sus ojos.

—Llore Vd., hija mia, llore Vd., la dijo don Perrondo; ¡ha sido Vd. tan desgraciada!... ¡padece tanto su corazon de Vd., que ni siquiera pue-

de pensar en la felicidad! pero será Vd. feliz..... ¡oh! ¡y cuán acreedora es á serlo!

El tono con que pronunció D. Perrondo estas palabras no pudo menos de conmover estraordinariamente á la desgraciada madre de familia y hacerla creer que era una realidad el bien que hasta allí se la habia presentado en medio de dudas crueles: embargada ante todo su mente con el estado lastimoso de su marido.

—¿Pero podrá... ponerse bueno... mi esposo...? dijo.

—Sí, hija mia, sin disputa alguna.

—¡Ah, señor! en tal caso ya podré asegurar que es Vd. nuestro ángel salvador.

—No soy sino un encargado de esa señora. Aquí tiene Vd., dijo D. Perrondo sacando un bolsillo, las treinta onzas de oro que me ha dado para usted, y en el acto las colocó en dos torrecitas sobre la mesa. No abrigo la menor duda, dijo levantándose, sobre el buen empleo de esta suma, porque me constan la moralidad y amor al trabajo de usted y de su esposo: procure Vd. que recobre pronto su salud, obrando conforme á mis instrucciones, y cuando se ponga bueno, rescatando las herramientas empeñadas y comprando otras nuevas, estableced un taller con independencia, seguid siendo tan virtuosos como hasta el dia, y no dudeis que así sereis felices y lo serán vuestros tiernos é inocentes hijos... ¡Adios!

—Pero, señor...

—¡Adios, adios!... ¡sé feliz!

La esposa del ebanista intentó levantarse de la silla donde estaba; pero tan fatigada se hallaba por efecto de las terribles emociones que acababa de esperimentar, que sus piernas flaquearon al

hacerlo, y cayó sobre ella como un cuerpo inanimado. D. Perrondo, seguido de Masalegre, salió de la casa, no sin echar antes una mirada de tierna solicitud sobre aquella madre de familia y sus hijos: al verse en la calle, enjugó con su pañuelo dos gruesas lágrimas que no pudieron menos de asomar á sus párpados al pronunciar las últimas palabras de despedida.

—Hemos hecho feliz á una familia honrada, dijo en seguida á Masalegre, ¿y por qué suma? ¡Dios mio! por menos de quinientos duros, que tantos suelen gastar en un almuerzo.

—¡Oh! si todos fueran como Vd., no habria tantos desgraciados.

—Qué, ¿te pesa por ventura?

—No, al contrario; pero Vd. no lo puede remediar todo, y yo quisiera que hiciese algo la sociedad.

—¿Qué dinero, me has dicho tienes aun en tu poder?

—¡Toma! diez mil reales saqué yo de casa y otros diez mil y pico Vd... Vd. ya les despachó de un golpe; yo tengo todavía la mayor parte.

—Bien está: sabes que tenemos letra abierta en el comercio del Riojano; mañana en caso tomaremos lo que nos haga falta... y dime, te enteraste de la casa del Arco de Barrantes?

—Ya le he dicho á Vd. que Gutierrez mismo me la enseñó.

Antes de siete minutos se hallaban ya nuestros viajeros en una habitacion tambien baja, pero bien ventilada, con vistas á un pequeño jardin y amueblada, á la par que con modestia, con bastante regularidad. Ya conocerá el lector que la dueña ó inquilina era la anciana tia del jóven, que

al ir al hospital de San Juan estaba de amanuense en el oficio del escribano Retuerta, por haber abandonado, bien á pesar suyo, la carrera de ingeniero.

—¿Vd. es doña Cármen Salcedo? la preguntó don Perrondo no más entrar en la habitacion.

—Servidora de Vds... tomen Vds. asiento.

—¿No es Vd., dijo el primero, tia de un jóven que se halla en el hospital?...

—¡Ah! sí, señor, contestó la anciana conmovida, ¡pobre Pepe! no hubiera ido á haber podido yo soportar la enfermedad... aunque cómo menos que un pajarillo, no tengo mas recursos...

—Vivia, segun tengo entendido, en compañía de Vd... ¿eh?

—Sí, señor, en esta habitacion que nos cuesta un real diario, que ahora no sé cómo pagar... es el único pariente que conozco, y así es que le quiero cual una madre, como que casi no conoció la suya... ¡pobrecito! A luego que se quedó viudo su padre, que fué dos ó tres años despues que se murió mi marido, me entré en su casa á asistirles, y desde entonces no se ha separado de mi lado mas que cuando estaba en el colegio. Como su padre no le dejó bienes de fortuna...

—Solo le faltaban tres años para concluir la carrera, ¿eh?

—Nada más... pues esa es la causa de su enfermedad: ¡qué felices seriamos si hubiese vivido su padre otros tres años! La administracion que éste tenia, se la ha agarrado Retuerta... pero lo que yo siento más es que haya ido al hospital... no, no hubiese ido á haber cobrado yo bien la pension que me dejó mi difunto. Estuve con su principal... ese Retuerta á quien no puedo ver... ¡mise-

rable! á pesar de que nada en oro, me dijo que los tiempos estaban muy malos; que no podia favorecer en nada á mi sobrino; y como los médicos, medicinas...

—Ya sé que estaba *colocado* en casa de Retuerta.

—Sí, señor, dijo la anciana; le daba una peseta por escribir doce horas al dia... ¡cuántos favores le tiene hechos mi difunto primo! y gracias, que con ella nos manteniamos, porque para cobrar yo un mes la pension, no la cobro en tres ó mas: lo peor es que sino se pone luego bueno mi Pepe, tendré que desalojar este cuarto... ¡cómo ha de ser! añadió dando un profundo suspiro.

—Vaya, vaya; no se desanime Vd.: el sobrino es jóven y robusto... pronto se pondrá bueno.

—¡Ay, señor! sino fuera así, no tardaria yo en morirme... pero ¿le ha visto Vd.? ¿es Vd. médico?

—No, señora, pero le conozco: antes que cayera enfermo, tenia... un trato medio pendiente con él... y como me vea en la precision de ausentarme antes que se ponga bueno...

—¿Puedo yo saberle, aunque me llame Vd. curiosa? dijo la anciana.

—El curioso tengo que ser yo, la contestó don Perrondo: unos dias antes de su enfermedad hablamos... en casa de Retuerta... de unos dibujos... hechos por él cuando estaba en el colegio... ¿no tiene diferentes dibujos?

—Tiene una multitud de papeles enrollados y metidos en su baul, pero segun le he oido, no sirven de nada... si Vd. quiere verlos, yo tengo la llave.

—Esa es mi curiosidad, y no es otro el objeto de nuestra venida.

—Con mucho gusto les enseñaré á Vds., dijo la

anciana. Y entrando en un cuarto inmediato sacó á poco rato unos seis ó siete rollos de papel marquilla, que colocó sobre la pequeña mesa que había en la habitacion, invitando á D. Perrondo y Masalegre á que se acercaran á verlos.

D. Perrondo fué examinando casi uno por uno los objetos colocados sobre la mesilla: allí encontró orejas, ojos, pies, bocas y cabezas delineadas solamente con el lapiz, figuras de medio cuerpo y de cuerpo entero, dibujadas de la misma manera, otras trabajadas con el esfumino, y por último planos de casas, templos, fortalezas, caminos, puertos, etc., que en general tenian una correccion muy regular: á propósito se detuvo á contemplar una cabeza perfectamente acabada.

—Esta es sin duda de la que me habló Pepe, dijo D. Perrondo: en efecto que es un escelente dibujo..! ¡bella cabeza! indudablemente representa *la caridad*... ya aseguro yo que no sale tan hermosa de la mano de un maestro acreditado. Mira, Masalegre: ¿no adviertes la bondad que está espresando ese semblante?

—¡Oh! si es muy despejado, dijo la pobre anciana al oir alabar á su sobrino.. ¡lástima que no haya concluido la carrera! ya me lo habia dicho.., «si se muere mi padre primero que Vd., no se separará Vd. de mi lado:» ¡pobrecillo! Y al decir esto se echó á llorar como una niña.

—Vamos, vamos, la dijo con dulzura D. Perrondo; no hay mas que tener conformidad y esperar en Dios. Yo queria esta cabeza para que sirviera de modelo en una academia de Madrid: la enfermedad del sobrino me priva del gusto de tratar con él conforme teniamos hablado. ¿Está usted autorizada para venderla?

—Señor, contestó la anciana enjugándose las lágrimas: yo creo que de nada sirvan á mi sobrino esos papeles, porque abandonada ya su carrera... por lo tanto puede Vd. llevarla.

—No obstante; yo no acostumbro á tomar nada sin pagarlo.

—Pero, señor... si siempre le he oido, que solo conserva por gusto esos papeles.

—Lo creo que la hablase á Vd. en ese sentido; pero sería porque no la vió á Vd. inteligente en la materia; por lo tanto, si Vd. no tiene inconveniente en que yo me lleve esta cabeza, la dejaré su justo precio

—Lo que Vd. dé, eso veremos, señor....

—¡Masalegre! dá á la señora veinte y cuatro onzas de oro.

—¡Señor! esclamó asombrada la buena mujer, ¿está Vd. en su juicio? ¡pobre de mí!

—Mada pierdo ni gano con este contrato, señora, la dijo con indiferencia D. Perrondo, porque esa cantidad me la abona la academia no mas llegar á Madrid.

—¡Pero, señor! balbuceó la pobre mujer viendo que Masalegre tiraba una por una sobre la mesa las veinte y cuatro onzas de oro que le habia dicho su amo.

—No se asuste Vd., señora; dijo D. Perrondo, el dibujo no vale mas ni menos. Su sobrino de usted peca de modestia, como pecan todas las almas superiores. Si así que se murió su padre, hubiera presentado á la Academia de nobles artes este dibujo y hubiese hecho entender su posicion, seguro es que el gobierno le habria costeado los tres años que le faltan de carrera: afortunadamente el mérito, que tarde que temprano, viene á ser al fin re-

compensado. Con esas veinte y cuatro onzas, que quedan en su poder, así que salga del hospital, puede irse á Madrid en compañía de Vd., y á beneficio de una prudente economía, nada costosa para el que se ha visto en la desgracia, continuar sus estudios hasta que se haga un ingeniero de provecho para él, para Vd. y para la patria. Con que... quédese Vd. con Dios, señora... Y acto continuo, con el dibujo enrollado en su mano izquierda, dió dos pasos en direccion de la puerta de la habitacion.

—¡Pero, señor! ¿es esto un sueño! ¡por Dios! esclamó con los brazos cruzados y con lastimero acento la infeliz anciana, que no podia convencerse de la realidad de lo que estaba viendo.

Don Perrondo volvió la cabeza.

—No es, dijo, sino una cosa muy natural, señora: tranquilícese Vd., y procure llevar á su sobrino la felicidad á que tan acreedor es por su talento y noble corazon, mientras que yo contemplo gozoso el... *retrato de la caridad.*

—¡Ah! ¡ya comprendo!... ¡Dios os bendiga! dijo la anciana, recostando contra la mesa su débil cuerpo, y mirando á D. Perrondo con una espresion de gratitud imposible de describir.

—Señora... ¡quedad con él! Y esto diciendo, salió de la habitacion de la anciana, seguido de Masalegre, quien no mas verse en la calle, dirigiéndose á su amo, le dijo:

—¡Ah señor! si compra Vd. muchas cabezas como esa que lleva en la mano, ya aseguro yo que vá á hacer ricos á mas de cuatro dibujantes y pintores.

—El salvar la del noble jóven que está en el hospital, bien vale la pena de comprar esta alga

cara... Hemos llevado la felicidad á dos familias, y estoy contento.

—Sí, lo creo, y yo tambien; pero á pocos golpes como los dos de esta tarde... nuestro peculio se le llevó la trampa.

—Segun son las necesidades, así es preciso satisfacerlas; de lo contrario mas vale no hacer nada: nos sobran bienes para ello, gracias á Dios... mañana al comercio del Riojano. Por de pronto, mientras tú vas á la posada á hacer que cuiden nuestras mulas, yo voy á casa de Gumersinda, donde te aguardo y pasaremos la noche hasta que llegue la hora de cenar.

Acto contínuo se separaron amo y criado, tomando el primero la direccion de la calle del Cid y el segundo la de la posada del Pez amarillo.

CAPITULO XVII.

LA SENTENCIA.

No eran aún las once de la mañana del dia posterior al en que D. Perrondo y Masalegre visitaron las casas de las calles de San Juan y Arco de Barrantes, cuando los mismos, en union de Arciniega, á quien de madrugada habian ido á buscar á su morada, estaban ya en el palacio de la Audiencia territorial. El abogado iba vestido de toga con el objeto de desempeñar el papel de defensor, á que como sabemos se habia brindado con la mejor voluntad, en el informe con justificacion dado por el tribunal de rentas sobre el auto de prision pendiente aún contra su amigo D. Perrondo y contra Masalegre, informe que, como no podia menos, ha-

bia évacuado Cigüeñina, aunque bien á pesar suyo, de una manera satisfactoria para nuestros viajeros. Como Masalegre sabia esto, y sabia tambien que tanto el general como Gumersinda tenian en justicia recomendado el negocio á todos los señores de la Sala segunda, paseábase lleno de satisfaccion y hasta con cierto aire de triunfo por aquellos tránsitos, donde tantas amarguras habia pasado unos dias antes. Ya no le asustaban ni los togados con su gravedad peculiar, ni los *ministriles* de clericales atavíos, ni los *danzantes* de acelerado paso, como él llamaba á la falange de escribas, procuradores y escribientes que por todas partes pululaban: hay mas; aun cuando ni el ni su amo habian vuelto al tribunal, ya casi todos los curiales les conocian y hasta sabian sus nombres, porque como Búrgos es una ciudad pequeña, al momento cundió por todas partes la noticia del suceso, que se hizo mas público por la misma razon que tomaron parte en él la primera autoridad militar y su *querida* Gumersinda, como la llamaban en la poblacion. Súpose tambien la razon de por qué el vengativo Cigüeñina habia dado auto de prision contra ellos, y no eran pocos los que deseaban que la Sala, además de las costas, le emplumase una buena multa. Aquellos semblantes de los curiales, que dias atrás le habian parecido á Masalegre tan displicentes y aun repugnantes, ¡cosa estraña! se le presentaban ahora muy agradables y plancenteros. Unos le miraban con cierto aire de interés hácia su persona, otros le dirigian reverentes saludos, y hasta el *ministril* de la fechuría consabida, cuando en sus respectivas y lijeras evoluciones llegaba á pasar junto á él, le hacia profundas y humildísimas cortesías.

—¿Qué trasformacion ha habido aquí, señor amo? ¿sabe Vd. que ya me parece esto menos repugnante? dijo Masalegre á D. Perrondo.

—Y *nada* le debe parecer á Vd., dijo Arciniega.

—¡Oh! ese poco á poco, señor D. Pantaleon, le replicó Masalegre: ¿sabe Vd. cuando yo no miraría tan de reojo este palacio, las costumbres que en él advierto y la gente que le habita? cuando viese hoy que nos dejaban en plena libertad *corporal* y *metálica*, y castigaban al cabo La-Viña y al asesor *Paja-larga*... entonces, entonces pensaria como Vd. desea.

—Sí; ya te he prevenido, dijo á esta sazon don Perrondo dirigiéndose á Arciniega, que pidas el encausamiento del cabo La-Viña y el castigo de Cigüeñina.

—No nos lo conceden; pero lo pediré por darte gusto.

—¡Hola! esclamó Masalegre ¿y quiere Vd. que yo mire con ojos de piedad á esta gente? ¡pues no faltaba mas! ¡caramba! eso ya pasaria de castaño oscuro: no me hizo Dios tan tonto...

—¡Hombre! Vd. no entiende esto ..

—¡Ya!... porque solo lo entienden los abogados y demas gente de pluma: para discurrir bien, no creo que es necesario ser abogado.

—¡Qué enemigo es este hombre de los abogados! esclamó Arciniega.

—Es que nadie, por lo visto, me ha hecho ó me va á hacer mas daño que ellos, replicó Masalegre.

—Con que hasta las doce... ¿eh? dijo presentándose en medio de los tres el insigne Zalamburu, que salia de una de las Salas.

—Sí; segun me dijo ayer mi paisano, quedó pendiente una causa...

—Lo mismo me acaba de decir Aguila... corriente... á las dos ó antes saldremos del susto... ¡Pues ya habrá hablado el abogado *Orondo*! ayer se llevó toda la mañana, y hoy otro par de horitas..... que tal... ¿eh?

—¿Y sobre qué *charla* tanto ese abogado? preguntó Masalegre.

—Sobre una causa de muerte... ¡oh! el asunto está muy embrollado, segun he llegado á entender... como que no hay mas que *indicios* aunque muy vehementes contra el *presunto*... ¡y qué bien parla el tal *Orondo*! ¿no es verdad, señor D. Pantaleon?

—Ps... tal cual, contestó éste.

—¿Vamos á oirle, señor? dijo Masalegre.

—No; vete tú, si quieres, dijo D. Perrondo.

—Sí, sí; venga Vd. conmigo, mientras su amo se queda con D. Pantaleon: verá Vd... ¡qué elocuencia!

Entraron Masalegre y Zalamburu en la Sala segunda, cuyo aspecto era enteramente idéntico al de la que dias atrás habia visto el primero, por cuya razon nada le cojió de sorpresa. Una cosa observó sin embargo que vino á recordarle lo que le habia dicho el abogadillo de la cicatriz, y fué, que mientras el abogado *Orondo* se desgañitaba para tratar de convencer al tribunal de la inocencia de su cliente, uniendo á la tremebunda voz con que la naturaleza le habia dotado los ademanes mas grotescos y estrambóticos con su cuerpo, ora moviéndose en su asiento como energúmeno, ora estendiendo unos brazazos como dos aspas de molino de viento, ora en fin dando furibundos golpes con su diestra á un legajo de papeles que contenia su izquierda, le pareció que el *inteligente* Maravillas

dormia como un compadre, mientras que el Presidente bostezaba muy á menudo, como en señal de que no le gustaba la defensa, y el señor Garnica y otro juez miraban con ojos de justísima repugnancia los descompuestos modales del abogado.

—Vámonos de aquí, dijo á luego en voz baja á Zalamburu nuestro Masalegre, y dando un cuarto de conversion salió de la Sala seguido del procurador.

Cuando se acercaron á D. Perrondo y Arciniega, ya estaban estos formando parte de un corro, en el que conoció Masalegre al abogadillo de la cicatriz, al jóven elegante y barbilampiño, único de los curiales hácia quien sentia una secreta simpatía y al abogado gordo, que habia recibido delante de él las dos onzas de oro por el pleito de la servidumbre de luz.

—¡Hola, amiguito! le dijo el jóven elegante en tono afectuoso; parece que ya no estamos tan cabizbajos... ¿eh? supongo que el *ministril* le habrá guardado á Vd. mas consideraciones.

—¿Qué quiere Vd.? dijo Masalegre; cuando yo vine aquí el otro dia no tuve presente lo que sucedió á uno de mi pueblo, que fué por primera vez á Valladolid... con ocasion de no sé qué pleito. Acertó á pasar por delante de una peluquería, detrás de cuyos cristales estaba una figura de señorita con su magnífica gorra, pendientes, collar y demas adherentes: mi pobre paisano, creyendo que era una señorita real y verdadera, ¿me dirá usted, señorita, la preguntó quitándose el sombrero, si podré encontrar un abogado que me defienda de valde en un pleito que me trae por estas tierras? Sí, le dijo el truhan del peluquero, que estaba trabajando tras del figurin; ándese Vd. por calles

y plazuelas con el sombrero en la mano, *que es la obligacion principal de los litigantes*, y así encontrará Vd. ciento que le defiendan... Si yo hubiera seguido el consejo del peluquero...

—¡Bien por Masalegre! gritaron varios del corro.

En esto acertó á pasar por allí ¡nunca tal hiciera el escribano Retuerta con su abultado legajo de papeles debajo del brazo, su gran leviton y demas fachas de usurero con que ya se le hemos descrito al lector; al ruido se detuvo, y colocándose junto al abogado gerdo:—¿Qué algazara es esta, señores? dijo:—¡Hola amigo mio! añadió dirigiéndose á don Perrondo; por lo visto estamos de enhorabuena... ¿eh?

Necesitamos decir aquí, que no habia una persona en Búrgos que mirase bien á Retuerta, aparte de otras consideraciones, porque, tratándose de intereses, no transigia con nadie; sobre todo los curiales le profesaban un ódio mortal, y les sobraba razon para ello, pues que no solo no les perdonaba, como es costumbre, los derechos que devengaba en cualquier negocio que interviniese, sino que siempre que podia se habia de quedar con los suyos, ya pretestando que la parte no habia pagado por completo, ya que no habia satisfecho cosa alguna, ó ya buscando otras disculpas, que nunca faltan al que obra mal. En todo Búrgos se sabian sus contratos usurarios y escandalosos, y mas de cuatro corazones generosos le habian maldecido por su conducta inhumana con el jóven desgraciado que se hallaba en el hospital. Cuando se presentó en el corro, vínosele á D. Perrondo á la imaginacion todo lo que habia visto y habia hecho en el dia anterior, y en segundo escogitó dar al es-

cribano un leccion, que sirviese para llenarle de ridículo en toda la poblacion, para que otros escarmentasen en su cabeza y para que se enmendase, si es que tenia fuerzas para sobrellevarla, y así, clavando en él su imperativa mirada, le dijo con sarcasmo:

—¡Hola, *insigne Retuerta*!... y no estrañe Vd. que no le llame *amigo mio*, porque yo no prodigo este dulce nombre así como se quiera... ¿y dirá Vd. por qué? voy á dar á Vd. la razon de mi conducta: ¡oh! desde cierta época me guardo muy bien de llamar *amigo* á nadie. Pues señor, habia en mi pueblo un hombre muy honrado, que por razon de haber obrado siempre bien con todo el mundo, era incapaz de creer que otros procediesen mal con él; tenia una pequeña administracion, con cuyos rendimientos se sostenia y costeaba ademas la brillante carrera que seguia su hijo... único por cierto...

Al decir esto clavó su penetrante mirada sobre el escribano; instintivamente fijaron tambien las suyas en Retuerta todos los circunstantes, recordando la historia del jóven que se hallaba en el hospital. El curial, pálido y tembloroso,

—Pero... ¿quién?... yo... balbuceó.

Don Perrondo, sin separar de él su fascinadora mirada,

—Pues que... ¿no le gusta á Vd. mi relacion, señor Retuerta? le dijo... en tal caso, la suspenderé...

—¡No, no! ¡que siga! ¡que siga! gritaron varios del corro.

D. Perrondo continuó:

—Tenia por su amigo mas íntimo á un maldito de escribano... con perdon de Vd., señor Retuerta.

Una estrepitosa carcajada acojió las últimas palabras de D. Perrondo, que de pálido hicieron volver el semblante de Retuerta mas colorado que el carmesí.

—Como que á él le debia el ser escribano, le encomendaba todos los negocios de la administracion, dándole á ganar mas que ninguno en el pueblo; le orientaba de su posicion, le confiaba todos sus secretos, en una palabra, el escribano estaba siempre mas enterado de los asuntos del pobre administrador que... Pero ¡por Dios! parece que se pone Vd. malo, señor Retuerta... ¿no le gusta á Vd. el cuento del *amigo*...? en tal caso ya he dicho que no seguiré...

—¡Sí, sí! gritaron á una voz todos los del corro, gozándose en que D. Perrondo martirizase á aquel hebreo insaciable.

—Si no le gusta, dijo el jóven elegante con ánimo de obligar mas á Retuerta á que permaneciese allí, puede marcharse... en tal caso...

—¡Silencio, señores! dijo D. Perrondo volviendo un poco la vista atrás: parece que se acerca aquí el portero con ánimo de interrumpirnos.

—De lo que se alegraría Retuerta, dijo el jóven elegante con una muy maroadísima intencion.

—¡Yo...! pudo pronunciar aquel con voz apagada.

—Sí; pero yo no quisiera que mi pobre Masalegre sufriese otro percance como el del dia pasado.

—Señores, dijo con mucho respeto el portero; tengan Vds. la bondad de guardar silencio, porque sino los señores van á oir...

—No hay tal, señor *ministro*, dijo el jóven barbilampiño; la Sala está muy distante... siga, siga usted con su cuento.

—A la verdad sería lástima el perderle, dijodon Perrondo, porque encierra mucha moralidad.

—¡Bien! ¡bien! gritó el jóven... adelante.

Bien hubiera querido Retuerta que el *ministril* desbaratase el corro, librándole de esta manera del horrible tormento porque estaba pasando; pero frustrado este medio de salvacion para él, ya no tenia mas recurso que sufrir la dura ley de la expiacion, por cuanto, aunque bien á pesar suyo, le detenian allí, por un lado la fascinadora mirada de D. Perrondo, y por otro su mismo amor propio, cuya susceptibilidad habia sabido escitar tan oportunamente el jóven barbilampiño.

—A pesar de ser muy rico el escribano, continuó D. Perrondo, era aun mas ambicioso. Sin saberlo su pobre *amigo*, trató varias veces de quitarle la administracion; pero como su honradez no podia ser mas acrisolada, el principal no tuvo por conveniente acceder á las pretensiones *del de la fé pública*, que tan mal guardaba la privada.....

Retuerta no sabia lo que le pasaba: tan pronto presentaba su rostro el color de carmesí como la palidez del cadáver; un sudor mortal inundaba su frente piramidal, de la que bajaban á la cara algunas gruesísimas gotas: intentó hablar, pero no halló en su boca palabras para hacerlo; procuró salir del corro, y tampoco halló fuerzas en sus piés, que parecia estaban fijos en el suelo como los de una estátua sobre su pedestal.... Don Perrondo continuó, dando á sus espresiones una entonacion semi-dramática:

—Se murió el pobre administrador... ¡oh! entonces se conoció el *amigo*... El escribano se abalanzó, como un buitre sobre su presa, á la administracion que la muerte acababa de dejar vacante. El

hijo, jóven de bello corazon y mas que regular talento, que podia, á beneficio de la administracion que tuvo su padre, haber seguido la carrera, se vió en la precision de abandonarla, eso que solo le faltaban tres años para concluirla. El escribano tuvo maña para engañarle, haciéndole creer que por ser menor de edad, no se le habia dejado la administracion... hizo mas, le llevó á su casa para *esplotar* su trabajo, para hacerle escribir *doce* horas al dia por la mezquindad de *cuatro reales!*... y el pobre jóven cayó enfermo de tanto trabajar, y el *amigo* de su padre, su *esplotador*, el mismo que le habia puesto malo con su crueldad, consintió que fuera al hospital...!

—¡Horror! esclamó el jóven elegante al mismo tiempo que Retuerta, que tenia por jueces á todos los circunstantes, con las facciones desencajadas y la vista baja, parecia que pedia á la tierra le abriese su seno para precipitarse en él.

—¡Oh! ¿no era *buen amigo* el escribano, Sr. Retuerta? dijo el inexorable D. Perfecto... Atienda usted, añadió con cruel sonrisa mirando mas fijamente al escribano en medio del asombro de todos, que no podian comprender la causa del ódio profundo, implacable, con que estaba tratando al miserable curial... aun falta lo mejor... el jóven encontró un protector generoso...

—¡Ah! esclamó Retuerta!

—Pudo ya ir con esto á continuar su carrera, y así que la concluyó, se vino el pueblo, descubrió varios enredos del escribano, le persiguió con constancia, con una tenacidad cruel si se quiere, y no dejó lo demas.

—¡No, no! gritaron todos los del coro, sumamente

mente conmovidos con *el cuento del amigo*: ¡concluya Vd. la historia!

—¡Pues bien; hoy el escribano está purgando en un presidio su ingratitud y sus crímenes, porque hay un juez justiciero, mas justiciero que los que se sientan en esos sillones aterciopelados, *que consiente y no para siempre*.

Pronunció estas palabras D. Perrondo con un acento tan terrible, que causó en todos un estremecimiento involuntario. Retuerta, como herido de un rayo, perdió completamente el sentido, y de seguro hubiera dado con su rechoncho cuerpo en el suelo, si el abogado gordo, que se hallaba á su lado, no le hubiese recibido mal de su grado en sus brazos.

—¡Agua! ¡agua! gritó el gordo; le ha dado un síncope... ¡rota vá!...

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? gritaron de todas partes acercándose á ver al desmayado.

—Nada, señores; como está tan gordo... dijo el abogadillo de la cicatriz.

—Que le lleven á su casa y le haga el cirujano una docena de sangrías, dijo el jóven elegante.

—Que le hagan tambien otras tantas en el bolsillo para descargo de su conciencia, dijo un tercero.

—Sí, que la tiene muy ancha hasta para nosotros los abogados, pues no nos perdona los derechos, á pesar de aquel refran *«de herrero á herrero ...»* dijo otro.

—Si yo creo que le ha sofocado el humo de tanto cigarro...

—No, no; si es porque le han sentenciado sin forma de proceso, repuso con burla el jóven elegante.

—¡Hombre! eso no lo permiten nuestras leyes... *secundum alegata et probata*... dijo el relator Morcillo, que fué de los que se acercaron últimamente.

—Es que está fuera de la ley... ¿No es un usurero insaciable? replicó el jóven elegante.

—La economía política no reconoce la usura, dijo otro jóven, que por lo visto era tambien abogado.

—Eso lo dicen los economistas modernos, porque no tienen corazon ni conciencia, le dijo el jóven barbilampiño.

—¡Señores! dijo el gordo en tono de broma; tengamos lástima de él, que ahora no piensa en prestar...

—Ni en restituir...

—Ni en perdonar...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡bien dicho!

—*Pero... ¡por Dios, señores! ¿no hay uno que me ayude á colocar esta* HUMANIDAD *en ese cuarto de enfrente?* repuso el gordo.

—Yo, yo, dijo Zalamburu acercándose al desmayado Retuerta.

—¡Procurador Zalamburu! ¡escribano Aguila! gritó á esta sazon el portero.

—¡Caramba! esclamó Zalamburu: ¿quién me sustituye? ¡que le deje caer! ¡que se cae!... voy á mi Sala...

—Yo, yo, dijo el jóven elegante; nada quita lo cortés á lo valiente... ayudaria aunque fuera á morir á este *bergante*. Y agarrándose á Retuerta, pudieron él y el gordo, secundados por varios de los presentes, colocar á aquel provisionalmente, esto es, mientras venian de su casa á recogerle, en el cuarto de un compañero suyo.

Interin se ejecutaba esta operacion, D. Perrondo, Arciniega, Masalegre y Zalamburu, mas atentos á su negocio que al estado del judío Retuerta, se dirigieron precipitadamente á la Sala segunda, donde se encontraron con que el relator habia empezado á dar cuenta de aquel. Arciniega, haciendo una reverencia á la Sala, subió á ocupar el asiento destinado para los abogados; Zalamburu, prévia la misma operacion, se sentó en una silla al pié de donde estaba Arciniega, y D. Perrondo y Masalegre se sentaron tambien en un banco corrido fronterizo al sitio que ocupaban los togados; pero inmediatamente tuvieron que levantarse, porque todos ó la mayor parte de los curiales que andaban por los tránsitos se precipitaron en el salon, ansiosos por una parte de ver este incidente, tan original por mas de un concepto, y deseosos por otra de que dejasen libres á nuestros dos viajeros y se castigase con mano fuerte el atropello de los carabineros y del asesor Cigüeñina.

En menos de cinco minutos concluyó de dar cuenta el relator: todas las miradas, las del público, las de los jueces y subalternos se fijaron al instante sobre Arciniega, que iba á tomar la palabra en defensa de sus amigos. De repente se levanta un sordo murmullo: todo el mundo vuelve la vista atrás, y se encuentra con la bella é interesante Gumersinda, que, vestida con elegancia y sencillez, y llena de abnegacion por el generoso amigo de su padre, quiere recordar con su presencia á los jueces la recomendacion que les ha hecho para que administren recta é imparcial justicia; acompáñala un hombre vestido de carabinero, que es el bueno de Gutierrez, á quien ella ha llamado en la misma mañana con tal objeto.

sin duda para probar mas y mas el acendrado é inmenso cariño que profesa á D. Perrondo. Todos la abren paso con respeto hasta verla colocada junto á la baranda, y aun los mismos jueces la miran con marcadísima satisfaccion, que á pesar de su gravedad característica se deja ver en sus semblantes; pero ella, dirigiendo su inquieta vista por todas partes, no queda tranquila hasta que cambia una mirada de ternura con D. Perrondo.

No necesitaba este de una *Friné* que ablandase el corazon de los jueces, ni la hermosa jóven que por él se interesaba tanto como si fuera por su mismo padre, se hallaba en el caso que aquella célebre cortesana; pero seguro es que, á pesar de la justificacion que nosotros no tratamos de negar al tribunal, si este hubiera visto en D. Perrondo y su criado unos verdaderos reos, les habria tratado con no pequeña benignidad, porque tal es el corazon del hombre aunque sea juez, merced á la grata impresion que en sus individuos produjo la presencia de la antigua y encantadora profesora de música.

El abogado empezó su defensa, como no podia menos, á pesar de este incidente: en pocas palabras, porque el asunto no requeria muchas, hizo ver la posicion brillante de D. Perrondo, condenó con bastante energía la conducta de los carabineros, alabando de paso la de Gutierrez y anatematizó con fuertes y durísimas espresiones la del asesor Cigüeñina, á quien pidió se le formase causa como reo de prision arbitraria, frustrada por la justificacion de la Sala, lo mismo que al cabo Lavilla por atropellador brutal, con la circunstancia agravante de serlo con un objeto bochornoso é inmoral.

Aunque Masalegre no estaba bien con los abogados ni con toda la turba de *ministriles* y dependientes del tribunal, así que dejó de hablar Arciniega, como que lo habia hecho poniendo su honradez y la de su amo hasta las nubes ¡lo que es el amor propio! se le cayó el alma á los piés, y esperimentó un profundo dolor cuando el ¡*dilin*! ¡*dilin*! de la campanilla, que con fuerza agitó el presidente, y las para él ya conocidas voces de ¡*visto*! ¡*despejen*! le hicieron tomar la direccion de la puerta, á la que todos los oyentes se precipitaron casi á un mismo tiempo.

Don Perrondo aguardó á que bajase Arciniega para darle un buen apreton de manos, y juntos buscaron á Gumersinda que les estaba esperando en el tránsito inmediato en union de Gutierrez.

—¿Pues cómo tú por aquí? la dijo D. Perrondo.

—¿Y quién mejor que yo? contestó la jóven clavando en él sus hermosos ojos.

—Vaya, vaya, quítate esa toga, dijo á Arciniega, y nos iremos acompañando á esta niña.

—No, nó, repuso Gumersinda; el que me ha traido me tiene que llevar. Ustedes estarán ahora de visita... me he aguardado con objeto de decirles que hoy comemos juntos.

—¿Tambien Gutierrez? la dijo D. Perrondo mirándola con una espresion de gratitud y ternura indefinibles.

—Y el señor abogado, contestó la jóven.

—Acepto con gusto, repuso D. Perrondo.

—¡Hombre! dijo Arciniega... hoy habia pensado...

—Nada, nada; los cuatro comemos con Gumersinda.

—Pues, hasta luego, dijo la jóven, y seguida de

Gutierrez salió inmediatamente del tribunal.

Masalegre no habia asistido á esta conversacion, porque al salir por la puerta de la Sala se dirigieron á él dos litigantes, que habian oido la defensa, y que por las trazas podian ser lugareños: uno de ellos le dijo:

—¡Oiga Vd., amigo! ¿quiénes son esos señores que se han librado como por milagro de ir á la cárcel?

—Un servidor de Vds. y mi señor amo, contestó Masalegre.

—¡Hola! repuso el interpelante; ¡que sea enhorabuena...! ¡si nosotros saliéramos tan bien como ustedes!...

—¿Pues qué asunto les trae á Vds. por aquí? dijo Masalegre.

—Ps... poca cosa, contestó el lugareño: es el caso, que el señor, que es mi cuñado, y yo, hemos ganado un pleito sobre un vinculillo litigando por pobres, y ahora los curiales, sin tener en nuestro poder las fincas, nos piden las costas, que se importan poco mas ó menos lo que ellas valen: para cobrar, quieren vendernos lo que antes teníamos: nos hemos quejado á la Sala... Si Vd. ó su amo pudieran remediarlo...

—Con mucho gusto lo haríamos, dijo interrumpiéndole Masalegre; pero eso, hijo mio, solo lo puede remediar hoy por hoy el *Dios del Cielo* como dicen en mi tierra. Aquí por lo visto está gente de pluma no perdona á Criste padre: á pesar de la inocencia que Vds. han visto en mi amo y en mí, temiéndome estoy que el percance de Ontanas nos cueste muy buenos cuartos...

—Pero... ¡ah, señor!... ¿es eso posible?

—¡Toma si lo será! Dios quiera que me equivo-

que... Con que ya ven Vds... si á mí, sin sacar tierras ni viñas y á pesar de haber llevado mas de cuatro malos ratos, tal vez me estrujen el bolsillo, ¿qué tiene de particular que á Vds. tambien se le desocupen, si al fin y al cabo vienen á quedar en paz, poniéndose en posesion de las fincas? paguen, paguen Vds. á estos *escribas* y *fariseos* como Dios les dé á entender, que sino, les aseguro que á la postre no vendrán á sacar ni una racha del vinculo y se quedarán sin lo que ahora tienen. Y esto diciendo se echó á andar en busca de su amo, en ocasion que se acababa de marchar Gumersinda, dejando á los pobres labriegos mas que pensativos y cabizbajos con el pronóstico que los habia hecho.

Cuando se acercó Masalegre á su amo, estaban junto á él, además de Arciniega, el abogadillo de la cicatriz, el jóven elegante, Zalamburu y otros varios amigos y conocidos de este y de Arciniega.

—El uno decia: debe revocarse con las costas al asesor.

—Si no se hiciera así, decia otro, seria la sentencia mas disparatada.

—Pues yo digo que procede el encausamiento de Cigüeñina...

—¿Y el del cabo La-Viña, no?

—Mejor que el del asesor.

—Yo me contentaria, dijo á la sazon Arciniega, con que encajasen al último las costas.

—Las costas me importan nada, dijo D. Perrondo.

—¡Pues! esclamó Masalegre; ¡ir gastando!

—¿Tanto le duele á Vd. el gastar? le dijo el abogadillo de la cicatriz.

—Es que, le replicó Masalegre, me cuesta mas trabajo ganarlo que á todos los de la curia.

—¡Vuelva por otra! dijo el jóven elegante.

—¡*Los señores!* pronunció en voz alta el ministril.

—¡Hola! vamos á preguntar, dijeron á un tiempo Arciniega y Zalamburu, y se echaron á andar en direccion de la Sala segunda: allí se encontraron con el relator, que les enteró del fallo.

—¡Si lo presumí yo! dijo con enfado Arciniega, volviendo al sitio donde estaban sus amigos. Se revoca con las costas de la defensa.

—¡Cómo! dijo el jóven elegante.

—Se apercibe el asesor, continuó Arciniega.

—¡Valiente pesca! esclamó el jóven: ¿y para La-Viña?

—Nada.

—¡Of!

—Yo, aunque no satisfecho, estoy contento, señores, dijo D. Perrondo; se ha revocado el auto de prision; se le dice al asesor que ha obrado mal; ya no puede menos de sobreseér en el negocio; nosotros estamos libres y tranquilos... ¿qué importan mil ó dos mil reales? nada. Yo les agradezco á Vds. su buena voluntad, y me alegraria poder corresponder á ella en cualquiera ocasion. ¡Arciniega! aunque no nos hayan servido completamente, demos las gracias á esos señores... ¿Qué murmuras, Masalegre?

—Nada; vamos allá, contestó este con resolucion; y despidiéndose de los circunstantes, fueron incontinenti los tres, esto es, Arciniega, D. Perrondo y Masalegre á casa de Maravillas, único juez á quien podian visitar antes de comer.

—¡Paisano! gritó Arciniega al concluir de subir la escalera de la casa de Maravillas.

—¡Adelante! dijo este.

Acababa de colocarse nuestro juez en una cómoda poltrona, delante de la cual tenia ya la mesa cubierta, signo seguro de que inmediatamente iba á venir la comida: una blanquísima servilleta, que tenia cojida por detrás del cuello y le cubria todo el pecho, hacia resaltar de una manera estraordinaria la negra fealdad del magistrado: miróle fijamente Masalegre, y aunque embargada algun tanto su mente con la idea de solventar las costas, poco le faltó para echarse á reir á carcajada tendida al contemplar la estravagante facha que presentaba el buen señor con su birrete, su blanca servilleta y su colosal y granugienta nariz.

—A tiempo llegan Vds., dijo el togado con su voz nasal no mas ver al abogado y á nuestros dos viajeros.

—¡Caramba! ¡qué pronto! dijo Arciriega.

—La hora de todos los dias; tomen Vds. asiento y comeremos juntos.

—No, no: nos marchamos al momento, repuso Arciniega... Estos señores y yo le damos á usted...

—¡Oh! ¡oh!... no hay de qué, dijo Maravillas... Amigo, añadió dirigiéndose á D. Perrondo; no se ha podido hacer mas... bien hubiéramos querido... pero... tenemos las manos atadas...

—Ps... no estoy descontento, dijo D. Perfondo.

—Yó, con perdon de la Sala, sí, dijo Masalegre con energía.

—¡Cómo! repuso asombrado Maravillas al ver la osadía de Masalegre: nosotros, hijo mio, hemos obrado con arreglo á nuestra conciencia y á lo resultante de autos, y no creo que los fallos de la Sala...

—Yo bien conozco, repuso Masalegre con mu-

cha serenidad, que Vds. habrán fallado con arreglo á su conciencia, pero esto no obsta para que la mia se subleve contra la idea de quedar impunes los atentados de Cigüeñina y el cabo La-Viña.

—¡No consiento, señor mio! dijo bastante alterado Maravillas dando una palmada sobre la mesa que tenia delante; pero Masalegre mas imperterrito continuó:

—Si bien es cierto que los fallos de los tribunales deben respetarse, no por eso hay que creer que están fuera del alcance de la censura pública: sin este saludable freno, ¿qué seria de la sociedad? ¿dónde encontrar un despotismo mas insufrible que el judicial? Por esta razon he dicho que con perdon de la Sala...

—¡No hay perdon! ¡cómo qué!... esclamó Maravillas.

—Vamos, vamos, Sr. D. Rafael, dijo Arciniega, que tomó la palabra con el objeto de calmar á su paisano; yo creo lo mismo que Masalegre, esto es, que no se ha debido dejar sin correctivo la conducta del cabo y del asesor, pero creo tambien lo que Vd. dice, que muchas veces tienen los jueces las manos atadas. Mas no por eso debe Vd. de estrañarse que los señores, despues de verse atropellados en sus personas, sientan ahora tener que solventar... Conozca Vd., querido paisano, que esto es muy duro, y deje que se desahogue el señor allá á su manera en la confianza de que yo soy el que le acompañó á casa de Vd.

Con esto logró Arciniega calmar la irritacion de Maravillas, quien ya bastante sosegado, dijo:

—¡Hombre! todo lo conozco; bien creo que á los señores les será muy duro pagar las costas; pero

ellos deben hacerse cargo de que nosotros no hemos podido obrar de otra manera... El hecho de la fuga, ¿no es un cargo contra ellos?... Se presume que La-Viña obró de muy mala fé; sin embargo, esto no resulta comprobado de autos, y si bien es evidente que el asesor procedió con demasiada ligereza, en cierta manera se halla á cubierto con el oficio del comandante de carabineros... le hemos apercibido... ¿qué mas podemos hacer? ¿hemos de pagar nosotros las costas?... Doy á los señores esta satisfaccion, porque estás tu delante...

—Corriente, Sr. D. Rafael, dijo Arciniega, y temiendo que Masalegre volviese á poner de mal humor al magistrado, añadió: Vd. va á comer... repito... sabe Vd. que soy su amigo.

—Adios, adios, querido, dijo Maravillas, y ofreciendo su casa y servicios á nuestros dos viajeros con una amabilidad, que no se vió en él la vez primera que le visitaron, salieron los tres del comedor, dejando tan contento como satisfecho al magistrado, bajaron la escalera y puestos en la calle tomaron la direccion de la casa de Gumersinda, que ya les estaba esperando en compañía de Gutierrez.

Sabido que fué en aquel mismo dia por Gigüelina el fallo de la Sala, dicen que determinó allá en sus mientes sobreseér en el negocio tan pronto como le trasmitiesen el incidente sobre el auto de prision, lo que así debió ejecutar indudablemente, por cuanto ni en los pocos dias que despues estuvieron en Búrgos nuestros viajeros, ni desde entonces hasta la fecha han vuelto á tener noticia de su encausamiento.

CAPITULO XVIII.

MORADA DE TÉMIS, Ó EL SUEÑO DE D. PERRONDO.

En el mismo dia que fué revocado el auto de prision, dado en un momento de vengativa furia por el señor Cigüeñina, determinó D. Perrondo recogerse temprano: al efecto, á poco mas de anochecer, y cuando ya los vapores del escelente vino que le sirvieron en casa de Gumersinda habian casi desaparecido por completo de su cabeza, se encaminó, en union de Masalegre, á la posada del Pez Amarillo. Como su imaginacion habia estado embargada durante tantos dias con el suceso de Ontánas y el atentado de Pajalarga, que al fin vino á quedar impune, y como en diferentes ocasiones habia sentido una invencible repugnancia hácia todo el aparato tribunalicio, capaz de infundir miedo al mas guapo, aunque no fuera mas que por la inmensa falange de dependientes que sostiene, aun cuando se quedó perfectamente dormido no mas acostarse en el blando lecho, tuvo en aquella noche un sueño, en parte terrible y en parte placentero, que á la mañana siguiente contó á Masalegre en estos términos:

«Cuando mas entregado estaba al dulce descanso, soñé que por una fuerza irresistible fuí arrastrado hácia una inmensísima é inaccesible montaña, á cuya cima llegué sin aliento despues de tres ó cuatro horas de un ímprobo trabajo: á ruego de un rato de descanso empecé á bajar, siempre impulsado por la misma fuerza, y no bien habia andado media hora, cuando me encontré á la boca de un pintoresco valle, cuyas vertientes se hallaban cubiertas de corpulentos y elevadísimos

árboles, y cuyo fondo presentaba una dilatadísima llanura, cortada á trechos por profundos y anchurosos arroyos. Cerraba la entrada del valle una gran verja de hierro, en cuya mitad habia una magnífica puerta de dos hojas, que crucé por hallar abierta. A los primeros pasos que dí me encontré con una figura de aspecto severo, lujosamente vestida de trage talar, ajustado al cuerpo con singular perfeccion por un ancho y riquísimo cinturon, empedrado de perlas, zafires y topacios: á mí me pareció al principio la *Diosa de la Libertad*, tal cual nos la pintan los antiguos romanos, con su carácter severo, magestuoso é imponente; pero fijándome luego en la espada que empuñaba su diestra, recordé que podia ser *Témis*, la diosa de la justicia. Infundióme desde luego profundo respeto, y un temblor terrible se apoderó de todo mi cuerpo, cuando con voz sonora y grave me dijo:

—¿Quién te ha arrastrado á estos lugares, inaccesibles á todo mortal?

Yo no supe qué contestar.

—Ya que algun génio para tí benéfico, me añadió, te ha traido hasta mi morada, no tengas miedo; quiero manifestártela; lee esa inscripcion que hay sobre la puerta, y despues sígueme.

Volví á la entrada, alcé mi vista, y sobre la puerta ví un letrero, no tan fatídico como el que el *Dante* puso á la portada de su infierno; mas no menos terrible por eso para los culpados, que decia:

MORADA DE TÉMIS.

NO ESPERES MAS QUE JUSTICIA INEXORABLE.

Precedido de la diosa entré en el departamento mas inmediato á la puerta, que era un gran pedazo de terreno inculto y lleno de espinos, zarzas y toda clase de maleza: allí ví una multitud de hombres, ancianos en su mayor parte, que vagaban al acaso en todas direcciones, dando espantosos ahullidos: cuando llegaban á chocar unos con otros, prorumpian en horribles blasfemias: una cosa llamó estraordinariamente mi atencion; y fué que todos estos desgraciados, cuyas piernas se presentaban á mi vista acribilladas de pequeñas heridas, sin duda producidas por la maleza, tenian sobre su frente una gran mancha de sangre tan fresca, que parecia la acababan de poner allí. Yo me puse á contemplar, lleno de espanto y con el corazon oprimido de dolor, á aquellos desgraciados, uno de los cuales, deteniéndose de repente delante de mí, esclamó:

«¡Somos malditos! ¡derramamos injustamente la sangre de nuestros hermanos por sucumbir á pasiones infames, y esta sangre, impresa sobre nuestras frentes, no nos concede un momento de reposo!» y dicho esto se echó á andar, prorumpiendo en imprecaciones que se confundieron con las de sus desventurados compañeros.

A una señal de la diosa seguí caminando tras ella, y á poco rato, cruzando un estrecho puente-cito, entramos en otro departamento del valle, que estaba dividido por un ancho paseo en dos partes iguales: en la de mi derecha ví multitud de hombres cavando la dura tierra con grandes azadas, que parecia imposible pudieran manejar, no solo por su pesadez, sino por causa de la formidable

cadena que todos tenian pendiente del cuello, y dándoles siete vueltas al cuerpo, venia á amarrarse á sus pies derechos: en la de la izquierda estaban tambien varios millares de hombres, cada uno de los cuales tenia señalada una vara en cuadro á lo mas de terreno, donde incesantemente levantaban y bajaban la azada; de la frente de estos últimos brotaba un sudor copioso que se derramaba por sus escuálidos rostros: si los de la derecha me inspiraron lástima, los de la izquierda me merecieron una profunda compasion; que se dejó ver en la alteracion de mis facciones. La diosa lo observó. «No tengas piedad de estos hombres, me dijo; los que ves trabajando á tu diestra son los criminales que no purgaron en el mundo sus delitos, y estos que contemplas á tu izquierda son los jueces que les absolvieron con conocida mala fé: unos y otros creian quedarse sin castigo, y ya ves que á la justicia divina no se le escapan ni juzgados ni juzgadores.»

Pasamos otro puentecito y entramos en el tercer departamento, que tambien se hallaba dividido por un paseo igual al anterior: el terreno de la izquierda, que ofrecia un poco de declive, estaba ocupado por multitud de filas de hombres, colocados en disposicion de dirigir á un tiempo sus miradas sobre el campo de enfrente, donde otros miles de desgraciados, con idénticas cadenas al rededor de su cuerpo que los del anterior departamento y con no menores azadas, cavaban la tierra que por ser tan pedregosa despedia de vez en cuando grandes chispas de fuego, iguales á las de las fraguas de nuestros herreros. Extraordinariamente me chocó el ver aquellas filas diferentes de hombres, semejantes á las que ofrece un in-

menso ejército cuando se halla en disposicion de empezar una batalla, que con semblante triste y meditabundo, contemplaban á los que revolvian el opuesto campo. «Estos de la derecha, me dijo la diosa, son tambien grandes criminales que no sufrieron en el mundo el condigno castigo: hay entre ellos asesinos, rateros y otros de avieso y empedernido corazon: los de la izquierda eran sus jueces, y como que por la falta de actividad é inteligencia de estos quedaron impunes los crímenes de aquellos, están condenados á contemplar su suplicio en la forma que ves y por largo número de años: su destino es tan estéril como lo fué su administracion de justicia.»

Echóse á andar la diosa: yo la seguí con el alma traspasada de dolor: cruzamos otro puentecito y entramos en el cuarto departamento, dividido tambien por idéntico paseo: en el lado izquierdo presencié una magnífica escena, que ensanchó mi oprimido corazon: centenares de hombres y mujeres de todas edades se divertian ufanos y satisfechos: unos bailaban al compás de armoniosas músicas, otros corrian llenos de gozo por la pradera como los cervatillos que despues de estrujar el seno de la madre se sienten con ganas de retozar, y otros bailaban, reian y cantaban con inefable y verdadera alegría: todo era animacion, placer, contento... yo estaba embelesado con tan brillante espectáculo, del que no hubiera apartado tan pronto mi vista, á no haber llamado la diosa mi atencion hácia el opuesto lado: aquí presencié un cuadro bastante parecido al del primer departamento, con la diferencia de que segun en éste los hombres chocaban unos con otros al acaso, prorumpiendo en horribles blasfemias y maldiciones, en

el que estaba viendo se dirigian insultos, se abofeteaban y herian de una manera lastimosa con deliberada y marcadísima intencion: aquello era una lucha horrible, un pujilato inmenso y cruel, que me recordó el circo romano.

—¡Tú tuviste la culpa! decia uno.

—¡Fuiste tú; por tí se le condenó injustamente! esclamaba otro.

—¡Tú obedeciste á órdenes impías!...

—¡Tú á los impulsos de una infame venganza!...

—¡Tú á la pasion mas vituperable del miedo!...

—¡Tú te hiciste reo de soborno, porque el acusado era pobre y opulento el acusador!

Yo no podia comprender esta algarabía infernal, que alejó de mi corazon la alegría de que acababa de poseerse al contemplar el cuadro opuesto:

La diosa me dijo:

«Estos bienaventurados que ves á tu izquierda padecieron en el mundo injusta persecucion por la justicia: hoy ven recompensados sus sufrimientos. Los de la derecha, que eran sus jueces, están condenados al duro tormento de ver gozar á sus víctimas, mientras ellos se echan la culpa unos á otros del mal que causaron, lastimándose al mismo tiempo y prorumpiendo en horrendas imprecaciones.»

Cruzamos á luego otro puentecito que se cortó no mas pasarle, y el arroyo sobre el que estaba era mas ancho y profundo que los que hasta allí habia visto: una tapia levantada á su orilla impedia ver á la altura regular del hombre el departamento que acabábamos de dejar á nuestra izquierda; dirigí mi vista por aquella tapia, cuya estension se perdia en el espacio, y observé como millares de hombres pugnaban á la vez por ver el lu-

gar donde se divertian y gozaban los justos: varios de ellos brincaban y volvian á caer al instante sobre el mismo sitio, los mas se subian en hombros de otros con objeto de presenciar aquel magnífico espectáculo, de que no podian gozar por mucho tiempo, porque el que servia de escalon se quitaba al momento como movido por una fuerza superior, y todos con la vista en direccion de la entrada del valle manifestaban en sus semblantes una ansiedad terrible por pasar al lado opuesto.

Yo no podia comprender la penosa pena á que estaban condenados estos hombres. La diosa me dijo:

«Estos, que manifiestan tantos deseos de ver el lugar de los justos, y tienen mas de pasar á él, eran todos *curiales*, que con conocida intencion dilataron la administracion de la justicia, ya para causar mas daño á los procesados, ó ya para aumentar indebidamente los gastos de los pleitos. El tormento que sufren es muy semejante al que ellos hicieron padecer á sus víctimas...»

—Permítame usted que le corte, señor, porque no puedo resistir á la tentacion de hacer á Vd. una pregunta, dijo á la sazon Masalegre: dígame usted, ¿no eran escribanos la mayor parte de los que estaban trás de esa tapia esperando entre mortales angustias el pasar á la region de los perseguidos?

—Presumo que sí, aun cuando yo no pregunté tanto á la diosa; pero te suplico que no me interrumpas, dijo D. Perondo, y volvió á tomar el hilo de su relacion.

—«Dirije tu vista á la derecha, continuó la diosa.» Hícelo en efecto y ¡cosa rara! así como en la parte izquierda habia una luz brillante, jamona, en la derecha solo alumbraba la pálida luz de la

luna, que hacia divisar las sombras de los que la ocupaban de diez veces mas tamaño que los mismos sugetos que allí estaban, todos sentados de cuclillas y leyendo grandes procesos, á los que dirigian su vista con una avidez estraordinaria.

—¿Qué es esto? ¡Dios mio! esclamé yo no mas encontrarme con aquella oscuridad, en comparacion de la brillante y esplendorosa luz que alumbraba el opuesto lado.

«Estos que ves aquí son los litigantes temerarios y de reconocida mala fé, casi todos poderosos en el mundo, aunque tambien algunos fueron pobres: ellos, revolviendo con tenaz empeño y placer inesplicable ahumados pergaminos y vetustos papeles, llevaron la ansiedad, la alarma y algunas veces la pobreza á mas de cuatro familias honradas, y justo es que aquí sufran las consecuencias de su mal proceder, contemplando esos instrumentos con que tantos sinsabores hicieron pasar á sus víctimas, instrumentos que ahora maldicen de todas veras, siendo tanto mayor su tormento cuanto que por la escasa luz que se les presta á penas pueden leerlos.»

—Vamos á otro departamento, añadió la diosa, y segun caminábamos me iba diciendo:

«Vas á ver á los testigos falsos, á los mas falsos amigos, á los hipócritas y á todos los que en fin faltaron indignamente á la fé de sus promesas y juramentos.»

Con indecible satisfaccion marchaba yo para enterarme cuanto antes del suplicio á que estaba condenada esta gente, de la que por desgracia hay hoy tanta abundancia en el mundo, pero... ¿cuál fué mi sorpresa cuando, pasando al instante otro puentecito, ví millares de demonios, pues tales

me parecieron al principio, y que en realidad no eran sino hombres que en horrible confusion iban, venian y daban vueltas en un inmenso prado, apoyados sobre sus brazos, con la cabeza inclinada hácia el suelo y los pies estendidos por el aire! Involuntariamente se me escapó un grito de terror al contemplar aquella innumerable multitud de aspas semovientes, que á primera vista presentaban la imágen de un inmenso monte de carrascos deshojados, y movidos simétricamente por el impulso del furioso huracan que acabára de arrancarles de su seno.

«Estos, me dijo la diosa, andan de la misma manera que anduvieron en el mundo: siempre obraron al revés de lo que decian con su lengua, y justo es que aquí anden tambien al revés hasta que convenientemente espien sus grandes culpas.»

«¡Mortal! me añadió la diosa: aquí como ves no queda impune ningun delito.... aunque inexorable mi justicia, mejor quisiera no tener que aplicarla: esto es imposible, pero mucho podeis remediar los hombres, simplificando la legislacion civil y criminal y haciéndola accesible hasta para los talentos mas medianos.»

Esto diciendo se echó á andar: moví mi pié derecho para ir tras ella, pero una completa oscuridad me impidió el hacerlo... yo no sé lo que entonces me pasó.., parecióme que me quedé desmayado de terror, y que la misma fuerza irresistible que me habia llevado hasta allí me hacia pasar por la region de los aires, segun el frio de que se inundaba mi cuerpo.

A poco rato, ya vuelto en mi, me encontré á la portada de un soberbio edificio, á donde se precipitaban gentes de todas edades y sexos: entré yo

tambien en él, impulsado por la curiosidad: al pronto me sobrecogió un terror religioso pero saludable: en el fondo del salon habia una especie de escenario, adornado con una magnífica baranadilla de hierro y al cual daba subida una escalera de seis ó siete banzos; sobre el escenario se veian trece sillones, que por su colocacion formaban un semicírculo, á la izquierda una silla sencilla y delante de ella una mesa pequeña con su recado de escribir; á la derecha otra silla algo mejor, y al pié de la escalera un banquillo sumamente pobre.

A poco rato de estar allí, un hombre vestido con un traje, que no dejó de parecerme magestuoso, apareció á la puerta del salon, y dando su vista al escenario, pronunció con voz solemne estas palabras, muy semejantes á las que dirigian á su auditorio los antiguos sacerdotes griegos en sus mas grandes fiestas religiosas.

¡EL TRIBUNAL SE ACERCA!

¡EL QUE NO SEA JUSTO, SALGA DE ESTE SITIO!

Todo el mundo permaneció quieto: yo me coloqué lo mejor que pude junto á la baranda para presenciar á mi gusto lo que se me figuró seria un gran juicio, por lo que acababa de decir el hombre que estaba á la puerta. En seguida entró el tribunal, compuesto de trece jueces con inclusion del presidente; detrás de él venia uno que me dijeron ser el *escribano ó depositario de la fé pública*, el cual traia un pequeño proceso en su mano derecha, despues otro que tambien me dijeron ser el juez instructor de las primeras y mas precisas diligencias, tales como asegurar los reos, examinar los testigos que se hallasen de paso ó enfermos de peligro, esclarecer los indicios que pudieran llegar á oscurecerse por el trascurso del tiempo, etc., y

por último el reo, que bien daba á demostrar lo era, no solo por los cuatro hombres armados que le acompañaban para custodiarle, sino por lo triste y cobarde ajo que aparecia.

Los jueces ocuparon sus sillones en medio del mas profundo silencio, el instructor la silla de la derecha, el escribano la de la izquierda, y acto contínuo mandó el presidente que ocúpase el reo el banquillo situado al pié de la escalera.

«Constituidos en tribunal para juzgarte, á virtud de designacion de la suerte, venimos á cumplir con nuestro deber sagrado, dijo con voz solemne el presidente, dirigiéndose al reo; hemos pedido á Dios que nos ilumine para fallar con acierto; dirígele tú á él tambien tus plegarias, para que te condenemos, si eres delincuente, para que te absolvamos, si estás puro del crímen que te se imputa. Como la inocencia no necesita de subterfugios ni enfadosas oraciones para brillar en cualquiera parte donde se encuentre, si no eres culpable, vive seguro que por la narracion sencilla de los hechos te verás absuelto tú mismo, pero si lo eres, esa misma narracion te condenará á sufrir el condigno castigo, con el que de antemano deberás en conciencia conformárte... Y si alguno de vosotros, añadió con voz si cabe mas solemne dirigiéndose al público, viene aquí con ánimo de entorpecer el curso de la justicia con declaraciones falsas, y estamo: puede alcanzarle, la maldicion del cielo y de los hombres caiga sobre él y haga que no goce un momento de felicidad en toda su vida!... Los testigos pasen al lugar de costumbre: el escribiente público puede dar principio.»

Acto contínuo fueron conducidos los testigos á un sitio destinado al efecto dentro del salon, y en

seguida el escribano leyó el proceso, del que resultaba que se habia cometido un homicidio, y que el autor de él, segun todas las apariencias, era el que ocupaba el fatal banquillo de los reos.

Así que le concluyó, dirigiéndose el presidente al juez instructor:

—¿Son esas las diligencias que habeis practicado? le dijo.

—Sí.

—¿En nada habeis faltado á vuestra conciencia?

—No.

En seguida hizo al reo diferentes preguntas, que el escribano estampó con las correspondientes contestaciones.

—¡Vengan los testigos! dijo despues el presidente.

Un portero fué conduciendo uno á uno todos los testigos á la presencia del tribunal: despues de ser examinados por completo, el presidente mandaba al escribano que estampase la declaracion, que al momento se leia en alta voz, y diciendo el testigo que aquello era lo que acababa de declarar, lo firmaba y pasaba á confundirse con el auditorio: todas las declaraciones estaban acordes y contestes en que el crímen le habia perpetrado el que ocupaba el fatal banquillo.

—¿Tienes alguna cosa que esponer contra los testigos que acaban de declarar? le preguntó en seguida el presidente.

—Nada, contestó.

—Decid lo que en vuestra defensa creais oportuno, que bien ó mal dicho, el tribunal sabrá apreciarlo en lo que valga.

—Nada, repitió el reo.

—¡Salid! dijo el presidente dirigiéndose al auditorio.

A esta intimacion, el reo se levantó, los hombres armados que le custodiaban dieron la señal de la marcha, y todo el auditorio les abrió paso para que saliesen, mientras el mismo se dirigia tambien hácia la puerta del magnífico edificio. Yo, aun á trueque de que violentamente me espulsáran por profano de aquel augusto recinto, quise permanecer allí agarrado á la baranda; en vano fué que el instructor me lanzase espresivas miradas con el objeto sin duda de que abandonase el local; en vano tambien que el escribano, á cuyo pié estaba colocado, se dirigiese á mí para decirme, que si no habia oido la órden terminante del tribunal: á todo trance quise permanecer allí con la idea de presenciar la conclusion del gran juicio, ya que habia visto la mayor parte de él.

Desocupado el salon, los jueces, que sin disputa no repararon en mí, dèspues de una pequeña conferencia, empezaron á emitir su opinion en un todo conforme á la mia, y ya iba á acercarse el momento en que el presidente pronunciase la sentencia, tal cual yo deseaba, cuando en esto... parecióme que sentí un ruido junto á la cabecera de mi cama... despierto tranquilamente y en medio de una pura satisfaccion, hija sin duda de la favorable impresion que en mi produjeran la simplificacion de las formas para juzgar, y la idea de que no podia menos de reinar la justicia en semejante tribunal.

CAPITULO XIX.

EL CONVITE Y EL ADIOS.

Siete ó ocho dias estuvieron en Búrgos nuestros viajeros despues que se fulminó el incidente sobre el auto de su prision, y como ya se consideraban tranquilos, los emplearon en útiles distracciones y honestos entretenimientos: tres ó cuatro veces conversaron con Guimersinda, una con Arciniega y otras dos ó tres con el escelente y honrado conde de Melgar, que les acompañó casi todas sus correrías durante el mismo tiempo y procuraron enterarse á fondo de las muchas preciosidades que se encuentran en la poblacion y en su término municipal, muchas de las cuales no habian podido ver, al menos bien despacio, con escasa del percance de Ontánas y sus consabidas consecuencias: entre otras cosas visitaron el magestuoso monasterio de *Santa María de las Huelgas*, en las cercanías de la ciudad y á orillas del cristalino *Arlanzon*; el *Hospital del Rey*, dependiente de aquel; el admirable arco de *Fernan Gonzalez* y el solar de la casa del *Cid*, al pie del castillo; la *Cantaja de Mirafiores*, media legua al N. E. de la ciudad, digna de ser visitada desde los mas remotos confines de España para admirar exprofeso los soberbios sepulcros de alabastro blanco de D. Juan II y su esposa y de su hijo el infante D. Alonso, y muy detenidamente la magnífica catedral, metrópoli admirable, temple á la vez magestuoso y elegante, monumento grandioso de la edad media, hoy maravilla de Castilla y joya inapreciable de la noble y antiquísima ciudad de Búrgos.

No querian nuestros viajeros salir de ella de-

jando recuerdo alguno que empañase en lo mas mínimo su buena memoria; así es que visitaron á los tres jueces, que en union de Maravillas revocaron el auto de prision, con quienes nada ocurrió que sea digno de contarse: pagaron así bien las costas del mismo incidente, que no subieron á considerable cantidad, porque el buen Arciniega no quiso en manera alguna recibir nada á D. Perrondo por su defensa; pero á este le salió mucho, por cuanto consideró de su deber el corresponder agradecido á los muchos favores que le habia dispensado su digno amigo desde la hora y punto que entró en Burgos, y al efecto hizo que Masalegre le comprase una magnífica escribanía de plata, y para que el abogado no se resintiese, tomando este regalo por una paga de lo que habia trabajado con la mayor voluntad, mandó que el artista grabase en ella la siguiente dulce y consoladora frase: Á LA AMISTAD. Diremos por último, que con ocasion de haberse revocado el auto consabido, supieron nuestros viajeros que Cigüeñica habia puesto en libertad al tio Blasillo, sobreseyendo respecto de él, aunque con las costas, de lo que en estremo se alegró Masalegre, siquiera porque los de la curia le sacaron los cuatrocientos reales que tan sin conciencia habia robado á su amo, amen de la manta de la mula y su arrogante morena, que se vió en la precision de reemplazar en Burgos.

Como ya tenian nuestros viajeros anunciada su marcha á Gumersinda y al General, este reclamó de D. Perrondo el cumplimiento de la palabra que le diera en el teatro, á lo que, á fuer de buen caballero, no pudo negarse, señalando para el convite la víspera de su salida de Burgos. Para honrar mas á nuestro héroe, sin duda por consejo de

Gumersinda, invitó tambien el General al abogado Arciniega, y al conde de Melgar, con quienes no estaba en la mayor relacion por causa de sus opiniones políticas, porque es de advertir que en punto á ellas no transigia con nadie aquella autoridad, y de obrar así habia dado no pocas pruebas, con una muy reprensible intolerancia durante los veinte años que llevaba de mando en la ciudad y su distrito.

Llegado que hubo el momento señalado, se encaminaron D. Perrondo y Masalegre, acompañados de Arciniega, á la casa de Gumersinda, á quien, por ser ya cerca de las cuatro de la tarde, estrañaron no encontrar dispuesta para ir á la del General.

—¡Cómo así! la dijo D. Perrondo no mas entrar en la habitacion, viendo que se entretenia tocando en el piano y vestida en traje de casa.

—Estoy aquí embelesada... ¿no advertís qué música tan dulce á la par que melancólica? dijo la jóven clavando sus hermosos ojos sobre don Perrondo... es de una ária...

—Pues qué... ¿no estás tu convidada?

—Sí; pero... dejaré de tocar, no me tengais por una imprudente... Ahora mismo acabo de despedir á un edecan mandado por el General en mi busca: no me ha parecido decoroso el estar *yo sola* en medio de tantos caballeros...

—Vamos, vamos, niña; tu deliras...

—No, no, querido paisano... ¿no conoce usted que tendria que hacer yo allí un papel, sino ridículo, al menos muy desairado?

—¿Y por qué?

—¿Por qué, me preguntais, amigo mio? dijo la

jóven dirigiendo á D. Perrondo una significativa y tierna mirada.

—Sí, te lo pregunto, dijo este que caló al momento los sentimientos que agitaba el corazon de la jóven; pero no espero la respuesta... quiero que vayas.

—¿Lo queréis así?

—Como que si tu no fueras, tampoco iriamos nosotros.

—¡Oh! ¡oh! no es cosa, repuso la jóven, de que por mí se dé un escándalo en la ciudad, porque lo seria y muy grande el desbaratar así estrepitosamente el convite de S. E... pero lo que menos me importaria, añadió mirando con ternura á don Perrondo, seria el escándalo: voy con gusto, porque os empeñais en ello vos... ¡Irene! vamos á vestirme al cuarto inmediato.... ¡ah! se me olvidaba: ¿sabeis que he recibido anoche carta de mi hermano?

—¿De veras? dijo D. Perrondo con estraordinaria alegría.

—¿De veras? repitió Masalegre lleno de gozo.

—Sí; está en Barcelona: le han hecho teniente capitan: ahí teneis la carta... ¡pobre Eduardo! leedla y que la lea Masalegre despues; mientras tanto yo me visto. Y esto diciendo se echó á andar en direccion de la pieza, á donde acababa de citar á su criada.

En menos de un cuarto de hora volvió ya Gumersinda á la habitacion en que habia dejado á sus tres amigos. No necesitaba nuestra heroina para hacer brillar en todas partes su estraordinaria hermosura de estar mucho tiempo al tocador, en el cual tantas otras pasan largos ratos de amargura indefinible por querer tenazmente que él las

puesto las gracias, que tan sin piedad le negó la naturaleza: tan hermosa y encantadora estaba vestida *á la negligé* con sus cabellos de ébano enroscados en la cabeza, ó estendidos por la espalda hasta tocar con ellos en el suelo, como cargada de piedras preciosas, y relumbrantes sedas y terciopelos: nada ó bien poco podian influir esos brillantes atavios, con que algunas pretenden dulificar los ásperos contornos de su cara y las deformidades de su cuerpo, para la que tan seductora y hasta peligrosamente bella se presentaba con su lozana juventud, sus delicadísimas facciones, su esbelto talle, su frente despejada y tersa y sus negros ojos de fuego.

—Cuando gusteis, dijo la jóven presentándose de repente... ¿He tardado mucho? añadió con una seductora sonrisa.

—No, hija mia, la dijo D. Pérrondo; haces bien no necesitas de ningun adorno, ni de mucho saber para aparecer siempre soberanamente hermosa.

—¿Tan hermosa me juzgais? dijo con alguna coquetería la jóven, mientras que Masalegre, y sobre todo Arcinicga, estaban embelesados contemplando aquella belleza tan sobrenatural.

—¡Oh! ¡oh! esclamó D. Pérrondo con los ojos fijos sobre el divino semblante de la jóven. Y como si quisiera con una sola frase manifestar el ardiendo sentimiento que oprimia su corazon por no verla tal cual él deseára, añadió ¡qué no daria yo! ¡cuán feliz seria! Luego deteniéndose por no despertar con una estéril declaracion tristes recuerdos en el ánimo de la jóven, dijo: pero... no hablemos de eso... eres muy peligrosa, niña... vamos.

En la portada de la casa del Coronel se encon-

taron con un respetable cuerpo de guardia; subieron la escalera, y en el primer descanso le divisaron al General, que salia del salon del peine.

—¡Hola, hola! esclamó con la satisfacion pintada en su rostro sin duda por ver á Gumersinda... Amigo mio, añadió dirigiéndose á D. Perrondo, ha sido Vd. mas feliz que yo...

—¿Pues cómo, mi General?

—Ha podido Vd. arrastrar á esta niña desobediente...

—Pues qué ¿no queria venir? preguntó D. Perrondo, desentendiéndose de lo que le habia dicho Gumersinda.

—Así parece.

—¡Niña, niña...! dijo D. Perrondo fijando alternativamente su escudriñadora mirada sobre la jóven y el General: es preciso ser mas amable... ¿me consideras por ventura mejor amigo que al General? en tal caso harias mal, porque se me figura que los dos te *estimamos igualmente.*

Gumersinda por toda respuesta clavó sus hermosos ojos sobre D. Perrondo, mientras el General se mordió involuntariamente su labio inferior: quiso el último ocultar la ligera emocion que se pintó en su semblante, dirigiéndose á la puerta del salon, la que abrió, diciendo con afabilidad, al menos aparente:

—Pasen Vds.; yo voy á arreglar un asuntito y al instante vuelvo.

Entráronse en un magnífico salon octógonal, lujosamente alfombrado, y cuyas paredes estaban cubiertas de rico papel de la China, salpicado de vistosos paisajes referentes á las costumbres de los habitantes de aquel *celeste imperio*: veíanse en una

parte, atestadas sus cubiertas de gente, elegantes *juncos* y pequeños *champanes* que parecia navegaban por el magnífico canal imperial, esa antigua obra con la que no puede competir ninguna de su clase en Europa; en otro, á los fumadores del opio, sentados muellemente en riquísimos canapés con una pipa de oro en la boca, y cuyos estragos manifestaban la cadavérica palidez de su semblante y la triste languidez de sus ojos; en otras, grandes comitivas de bodas, cuyas protagonistas iban sobre magníficas carretelas, cubiertas con largos y lujosos velos para no ser vistas de la multitud en su traslacion á la casa de los esposos; y en otras, escenas de riñas de gallos, codornices y grillos, á cuyas diversiones son tan aficionadísimos los chinos, como se podia colegir por la grande atencion que parecia prestaban á la lucha todos cuantos la presenciaban, y la terrible ansiedad que al propio tiempo aparecia en sus semblantes, esperando la conclusion de aquella. Veíanse tambien en los estremos del salon cuatro grandes estátuas de porcelana de China; en la pared de la derecha, segun se entraba, un magnífico retrato á caballo que representaba al General, vestido de grande uniforme con las Cruces de San Fernando, San Hermenegildo, Cárlos III y otras condecoraciones; pendiente del techo una soberbia y caprichosa araña de cristal tallado con dos órdenes de mecheros y de cuatro ó cinco varas de circunferencia por su base, y por último una gran mesa redonda, que casi ocupaba la mitad del salon, y que por estar cubierta ya para el convite, no se podia decir á punto fijo de la madera que era, aunque por los piés aparentaba serlo de escelente y duro nogal pulimentado, ó de brillante ó riquísima caoba.

No mas aparecer á la puerta del salon Gumersinda y D. Perrondo, salieron todos los convidados al encuentro de aquella, que se desprendió del brazo de su paisano para corresponder á los afectuosos saludos que la dirigieron. Hallábanse allí ya, entre ocho ó diez jefes de alta graduacion en la milicia, el comandante Guindulera, de quien se ha hecho mencion en esta historia, y cuya cara de mico daba á demostrar la bajeza de su alma y lo cobarde é innoble de su corazon, y el jóven coronel recien casado con la camarista de palacio, que Gutierrez enseñó á Masalegre en el teatro: de la clase de paisanos habia tambien ya otros seis ú ocho, entre los que nuestros viajeros solo conocian al oidor Garnica y á su amigo el conde de Melgar: Garnica se daba á respetar por su elevada talla, su rostro noble al par que severo, y su frente despejada, que estaba anunciando un no mediano talento; pero el que entre todos, esto es, entre militares y paisanos sobresalia, era el conde de Melgar, por su atlética estatura, su poblada y blanca cabellera, cuyo hermoso color negro habia arrebatado la edad de sesenta y seis años con que contaba, y una estraordinaria aplicacion al estudio; su frente ancha y serena, y su simpático y bien cuidado semblante, que espresaba una dulzura estremada, dulzura que hacian resaltar visiblemente sus grandes ojos de un azul semejante al del cielo, cuando no le oscurece la mas ligera nube.

D. Perrondo, despues de dirigir un saludo á todos los circunstantes, apretó con efusion la mano del conde, que fué él primero que salió á su encuentro.

—¡Hola! le dijo á este; ¿parece que os habeis

anticipado á nosotros...? y lo siento, mi querido conde.

—¿Por qué lo sentís? le dijo este sonriéndose.

—Porque pensaba haber ido por vos no mas dejar aquí á Gumersinda.

—Ya sabes que soy exacto en todas mis cosas; son mas de las cuatro y cuarto... ¡Hola, Masalegre! añadió dirigiéndose á este con la mayor afabilidad; ¿no quieres decir nada á tu amigo? y al propio tiempo le tendió afectuosamente su mano. Masalegre, á quien sin embargo de las prevenciones que le tenia hechas su amo, no habian podido menos de imponer por un lado la magestad que presentaba el salon, y por otro las personas de gran tono que en él estaban, sintió un indecible placer, que dió lugar á la espansion de su alma, al estrechar su callosa mano la blanca y suavísima del conde.

No mas saludar á Gumersinda, que en el principio fué objeto de todas las miradas y atenciones, el que mas y el que menos de los circunstantes reparó con cierta sorpresa en Masalegre, especie de *intruso* para ellos por su inapeable traje de chaqueta; pero cuando despues de pasado el primer momento vieron mas de cuatro que todo un conde de la mas antigua y esclarecida nobleza, lleno por otra parte de bienes de fortuna, apretaba con sincera y verdadera efusion la mano de aquel *palurdo*, sintieron un vergonzoso remordimiento en su interior, que les humilló no poco su orgullo, tal vez adquirido por inmerecidas y exorbitantes recompensas. Sin embargo, el jóven coronel que se hallaba al lado del comandante Guindalera, dirigiéndose á este le dijo en voz baja:

—¿Conoce Vd. á ese *avestruz*?

—Es el criado de...

—¿Y cómo consiente el General que venga aquí?

—Segun tengo entendido, fué la primera condicion que su amo le puso para aceptar este convite.

—Tan *estrafalario* creo yo á su amo, dijo con desprecio el jóven coronel, como á ese conde que tanto alaban en Búrgos, y que para mí no es mas que un viejo *chocho* de la antigua escuela liberal... Se conoce que al General le tiene bebido el seso esa *chicuela*, pues de lo contrario...

—Tal creo, dijo el comandante... pero al fin y á la postre.

—Qué... ¿la ha de abandonar? preguntó el coronel.

—Es mas que probable, contestó el comandante.

—Y haria bien, repuso el coronel.

—Sí, sí... aunque se susurra...

En este momento volvió el General.

D. Perrondo habia observado el cuchicheo de los dos militares, y coligiendo bien profundamente por el misterio con que al parecer estaban hablando que Gumersinda, su humilde persona y la de su criado servirian de pasto á sus mordaces lenguas, se propuso en su interior dar una buena leccion á los *rompe crismas*, como él llamaba á los militares que no tenian ni habian tenido mas ocupacion que la de obsequiar señoritas y arrastrar con presuncion el sable por las calles y plazas de las grandes ciudades.

Era el General, lo que se llama en lo alto y fornido, una arrogante figura: tendria treinta y seis ó treinte y ocho años de edad: era de rostro severo, frente estrecha y de pelo sumamente rubio: por esta última circunstancia y por el fondo asaz

suspicaz y cruel que presentaban sus ojos de un verde oscuro, no habia podido inspirar simpatía, en cuantas ocasiones le vieran, á nuestros D. Perrondo y Masalegre.

—Señores, dijo el General no mas presentarse; creo que no falta ninguno de los convidados, y que por lo tanto podemos dar principio. D. Perrondo, que me ha dispensado el honor de proporcionar éste convite, puede tomar asiento el primero, y al efecto le suplico que ocupe el de mas preferencia. Y al decir esto señaló el sillon que entre todos los colocados al rededor de la mesa sobresalía por su elegancia y esquisito trabajo.

—Acepto el honor que me dispensa el señor General, que desde luego cedo gustoso en Gumersinda, pues creo, señores, que á satisfaccion de todos deberá ser la reina del convite.

—¡Bien! dijeron á una voz todos los convidados.

D. Perrondo cojió de la mano á Gumersinda y con mucha galantería la condujo hasta el sillon, donde la jóven se colocó con un aire de dignidad, que no dejó de imponer al coronel y al *estrujado* comandante Guindulera.

—Ahora creo, añadió D. Perrondo, que el General, *como buen amigo* de Gumersinda, deberá colocarse á su derecha; yo, que tambien *me honro sobremanera con ser su amigo*, me pondré á su izquierda, mi criado se colocará á la mia y...

—¡Corriente! ¡corriente! dijo interrumpiéndole el General, al propio tiempo que ocupaba el asiento señalado por D. Perrondo; los demás señores pueden colocarse donde mas les acomede... ¡muchachos! gritó á los cuatro asistentes que estaban en la antesala esperando la órden para servir la comida... ¡ya podemos empezar!

—¡Señores! dijo D. Perrondo, mientras todos los convidados se colocaban al rededor de la gran mesa; tal vez parezca á Vds. estraño que, abusando yo de la amabilidad del señor General, le haya puesto por primera condicion para aceptar su mesa el que me acompañe mi criado, y ahora ademas haya yo colocado á este en un asiento, si se quiere, de preferencia.

—¡Hombre! no... dijo el General.

—Con todo, continuó D. Perrondo: sé muy bien que esto no está admitido en lo que se llama *alta sociedad*, pero yo tengo á mi criado estas y mas consideraciones porque me es fiel, y un fiel criado, señores, es como un fiel amigo; es mas, porque al amigo no se le puede cansar, mientras el criado es un ente completamente adherido á usted, que ni piensa ni obra, digámoslo así, mas que lo que Vd. quiere que piense y ejecute... ¿no es así, señores?

—Efectivamente, contestó el conde de Melgar.

—Hay mas; como estamos en un tiempo, por desgracia, en que se ven tan pocos amigos...

—¡Oh! no, no, dijo el jóven coronel; ese es un error... yo me honro con muchas amistades á las que sé corresponder dignamente.

—Sin embargo, señor coronel, no creo que usted tomará por verdaderas amistades á las buenas relaciones que se tienen en sociedad... Vd., v. g., *se honra hoy* con la amistad del señor comandante que tiene á su lado... supongamos que Vd. á él... ó él á Vd., acaba de confiarle un secreto, de enterarle de cierto asunto, de hablar de determinadas personas...

Los dos militares parecieron ligeramente conmovidos al oir las últimas palabras de D. Perron-

do, cuya fija é imponente mirada hizo dirigir las suyas á otro lado.

—Sale á la calle; publica Vd. ese secreto; ó el resultado de esa conversacion, cuya trascendencia es inmensa, porque interesa al honor de las familias... ¿se podria decir entonces que esa buena relacion que entre Vds. media era una verdadera amistad?

—En ese caso, indudablemente no, contestó el coronel.

—Pues vamos adelante, volviendo á mi propósito: hoy el señor General nos proporciona un brillante banquete á los que aquí estamos reunidos, que creo que lo estemos porque á todos nos considera como sus amigos...

—Así es la verdad, dijo el General.

—Pues supongamos que él se ha esmerado para que se nos sirva una espléndida comida, y que á pesar de esto no es del gusto de Vd., señor coronel (parta Vd. del supuesto que solo le pongo por ejemplo), y en su casa, en teatros, en calles y en plazas dice Vd. que le han servido de una manera detestable, que faltó esto, que sobró lo otro, etcétera... ¿no es fácil de suceder? ¿no sucede todos los dias?

—Sí, sí; sucede muy comunmente, dijeron á una voz muchos convidados.

—Bien... en tal caso ¿quién correspondería mejor á la amistad del señor General? ¿el que imprudentemente publicase las faltas supuestas ó verdaderas de su convite, ó mi criado, de cuya reserva, gratitud y prudencia puedo yo responder con mi cabeza?

—El criado, dijo el conde de Melgar.

—Sin disputa, dijeron muchos de los convidados.

—Ahí está la razon, señores, porque yo no temo presentar á mi criado donde yo me presento, en la seguridad de que es tan digno de semejante honor como cualquier otro.

D. Perrondo había conseguido su objeto... Masalegre estaba lleno de satisfaccion, y la mas pura alegria rebosaba en el semblante de Gumersinda: muchos convidados dirijieron sus miradas sobre el coronel; á quien creyeron capaz de alguna imprudencia, que el primero él echaba en cara de aquella manera indirecta. Como aquel se sintió picado en lo vivo, creyó de su deber el continuar la conversacion, y así dijo, no sin algun embarazo:

—El señor... presenta casos... que no pueden suceder...

—¡Oh! sí, sí, dijo de repente el conde de Melgar; todos los dias; dice muy bien mi amigo: mejor debemos querer á nuestra mesa un fiel criado que no una persona, de cuya prudencia y comedimiento no estemos completamente seguros.

—Tiene razon el señor conde, dijo Gumersinda.

—¡Convenidos! ¡convenidos! dijeron varios de los convidados.

—Sí; pero señores, continuó el coronel, el que en semejante caso faltase tan villanamente á sus deberes de caballero, en particular entre nosotros los militares... ya se sabe lo que el honor aconseja...

—¡Un desafío! dijo con indiferencia D. Perrondo... ¡cá...! no se baten los hombres por tan pequeñas cosas.

—¡Señores! empecemos, dijo el General, viendo que cuatro asistentes depositaban sobre la mesa otras tantas soperas de rica porcelana... He obrado como me has dicho, añadió en voz baja á Gumersinda, aun á trueque de parecer zafio y hasta grosero.

—Gracias; le dijo tambien en voz baja la jóven.

—¡Escelente sopa de olla podrida! esclamó el conde de Melgar... ¡que me place...! soy castellano rancio: voy á servir á Gumersinda... mientras tanto siga la conversacion pendiente.

—¡Sí, sí! ¡qué siga! ¡qué siga...! pero comamos, dijeron varios á la vez. Y unos sirviéndose á sí mismos y otros servidos por los demás, todos empezaron á comer con devorador apetito.

—Decia el señor, volviendo á nuestro asunto, dijo el coronel, que no se batan los hombres por tan pocas cosas...

—Así es en efecto, dijo D. Perrondo.

—Entre los militares ya sabe Vd. que los desafíos están á la órden del dia...

—Con escarnio de las leyes, dijo á la sazon Garnica.

—Con menosprecio de la moral y de la religion, añadió el conde de Melgar.

—No, no, señores, repuso el coronel; yo apelo al buen sentido de mi General para que me diga si entre los militares se puede prescindir muchas veces de sostener esos lances de honor...

—¡Jesus que disparate! y permítame Vd. tan dura espresion, dijo interrumpiéndole D. Perrondo: entre los militares lo mismo que entre los paisanos se pueden escusar esos lances, restos odiosos de las bárbaras costumbres de la edad media... Yo

conozco que los militares, que desgraciadamente casi se hallan hoy como los queria Platon, formando una clase aparte de la sociedad, con distintas leyes y distinto traje, suelen tener tambien diferentes costumbres que los demás ciudadanos, pero no creo por eso que la gran mayoría de los actuales militares sea tan aficionada como Vd. la quiere suponer á ese medio bárbaro y monstruoso para conseguir un desagravio. Pues que, ¿desconoce por ventura, que no se lleva la razon en la punta de la espada? y señores... ¡cuántos crímenes quedan impunes por causa de los desafios! ¡y cuántos hombres, indignamente agraviados, han bajado al sepulcro, quedando sus ofensores triunfantes y satisfechos para insultar con su presencia la familia de la víctima, la majestad de las leyes y el sagrado respeto que se merecen la moral y la religion!

—Tiene razon el señor, dijo á la razon Garnica.

—Y cuando la justicia de Vds., le dijo el coronel, no alcanza á castigar la injuria inferida de una manera alevosa... ¿qué hace el hombre de honor?

—¿Pero lo alcanza por ventura con la punta de la espada? le replicó el magistrado.

—Al menos queda satisfecho.

—¡Escelente satisfaccion! esclamó el conde de Melgar: si sale bien, comete un homicidio; si mal, suele bajar á la tumba, perdiendo á manos de su ofensor el honor y la vida.

En esto ya habian concluido de comer la vianda conocida en Castilla con el vulgar y prosáico nombre de *cocido*, pero que no por eso abandonan sus sanetes moradores. En seguida apareció la mesa cubierta de diferentes aves asadas y variedad de

pescados suministrados por el mar cantábrico, entre los que sobresalian el escelente y nutritivo cóngrio de *Laredo* y *Castro-Urdiales*, la delicada sardina de *Santoña*, la sabrosa lluvina de *Santander*, el suavísimo salmon de *Puente Arce*, la dijestiva merluza de *Bermeo* y diferentes molusoos sustanciosos y agradables, que el General habia hecho venir de las inmediatas costas de *Vizcaya* y *Santander* para dar mas esplendidez á su convite.

—¡Señores! dijo uno de los militares; yo estoy por batirme ahora con esta perdiz.

—Y yo con un buen trozo de cóngrio, dijo Masalegre.

—Soy mas carnívoro que amigo de pesca, repuso aquel, por cuanto me he criado en puerto de mar.

—Pues por razon de ser yo de tierra adentro, añadió Masalegre, tengo mas aficion al pescado...

A poco rato ya no se veian sobre la gran mesa mas que restos de las esquisitas viandas con tanta profusion servidas: vinieron luego los postres, y con ellos infinidad de botellas de vinos generosos del pais y del estranjero; y ricos habanos veguéros de la Vuelta de Abajo.

—¡Brindemos, señores! dijo el General.

—¡Bien! ¡bien! esclamó el conde de Melgar.

—¡Qué empiece la reina del convite! dijo Arciniega.

—A ella corresponde, añadió Garnica.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos á la vez.

Gumersinda se levantó: por un movimiento impulsivo todos los circunstantes hicieron lo mismo... Cojió una gran copa de rancio Jerez.

—¡Brindo, dijo, por la salud y felicidad de mis dos paisanos en el viaje que tienen comenzado!

—¡Bien! ¡bien! gritaron todos.

En seguida tomó el General otra copa.

—¡Brindo, dijo, por la prosperidad del que me ha hecho el honor de proporcionar á Vds. este convite!

Idéntica aclamacion que el de Gumersinda acojió el brindis del General.

Siguieron por la derecha de este los brindis, que cada uno dirigía hácia los objetos de su predileccion ó capricho, hasta que llegó á Masalegre, quien cedió su vez por un sentimiento de respeto en su digno amo.

—¡Brindo, dijo este con voz pausada, por la eterna amistad de Gumersinda y el General.

Las voces de ¡bien! ¡divino! pronunciadas con entusiasmo por el conde de Melgar, sobresalieron por las ordinarias aclamaciones de todos los demás convidados.

Un involuntario estremecimiento se apoderó por un momento del General al oir el brindis de don Perrondo.

—Falta Masalegre, añadió el conde de Melgar.

—¡Señores!... yo no entiendo...

—Sí, sí; tienes que brindar, dijo Gumersinda.

—Ninguno puede prescindir de eso, dijo otro de los convidados.

—¡Pues no faltaba mas!... repuso el conde.

—Pues bien, brindaré; dijo con resolucion Masalegre cojiendo una gran copa de añejo Cariñena.

—¡Brindo porque el honor de mi querida paisana permanezca tan puro, como le supo conservar su digno padre, el buen médico Solís!

Puede decirse que solo las delirantes y sinceras aclamaciones del conde de Melgar y del escelente

Arciniega acojieron el significativo brindis de Masalegre: no pocos convidados se quedaron asombrados al oir un lenguaje cuya trascendencia no podia ser mas inmensa. D. Perrondo dirigia sus escudriñadoras miradas, ora sobre el General, ora sobre Gumersinda: nublóse la hermosa frente de esta, y de sus seductores ojos bajaron dos lágrimas que Masalegre hizo brotar con el honroso recuerdo de su buen padre: á pesar de la indiferencia que quiso aparentar el General, sintióse como abismado bajo el peso de un terrible anatema; en términos que tuvo precision de sentarse para ocultar la gran emocion que esperimentaba en todo su cuerpo: otra cosa que callar no podia hacer; los convidados, al menos bajo el influjo de la primera impresion, tampoco encontraban palabras para salir del apuro, y seguro es que esta reunion, antes tan alegre y bulliciosa, hubiera dado un escándalo con su silencio, á no ser por el aventajado talento del conde, que con sus oportunas salidas animaba las discusiones mas lánguidas y tristes.

—¡Señores! dijo; los poetas dicen que el vino alegra al corazon, y cuanto mas malos són, con mayor empeño se obstinan en sustentar esa idea... aunque malos poetas, no dejan por eso de ser hombres de verdad... ¡brindo, pues, por los malos poetas! Y mientras apuraba la copa, una estrepitosa carcajada de la mayor parte de los convidados volvia la alegria, que Masalegre habia lanzado del salon. Entre tanto tambien se repuso el General, Gumersinda enjugó sus lágrimas y D. Perrondo se preparó á esplorar el terreno de una manera indirecta.

—Señores, dijo el último; no hemos oido la opi-

nion del General acerca de los desafíos, y su voto es de mucho peso tratándose de una reunion en que hay tantos militares que se hallan bajo sus órdenes.

—Sí, sí; que la manifieste; indudablemente es de mucho peso, dijo Garnica.

—Que quieren Vds.., dijo el General; yo convengo que en algunos casos no se puede prescindir de sostener un lance de honor, no porque ello en sí sea justo, sino porque las preocupaciones sociales le impulsan al hombre muchas veces á emprender cosas que están en contraposicion de sus ideas: sucede tambien, que cuando los tribunales no alcanzan..

—Eso es lo que yo he sostenido, dijo el coronel.

—No tal, le dijo D. Perrondo: Vd. ha dicho que los militares por *dácame allá esas pajas* arman un desafío, en lo que creo injuria á la clase, porque á mi modo de ver eso es tratarla de *matona* y *espadachina*... pero aparte de esto... puede ser, añadió con marcadísima intencion dirigiéndose al General, que en alguna ocasion, muy rarísima por cierto, conviniese yo con Vd... mas no, no; yo creo firmemente que, tarde ó temprano, se presenta al fin oportunidad para castigar al criminal; y sino para mejor entendernos, pongamos un ejemplo. Supongamos que un hombre engañase á una mujer hasta el estremo de abusar de ella, y luego la abandona, no en estado de que se sepa su deshonra, pero sí con cínico menosprecio de compromisos formales, consignados en auténticos documentos: otros desafiarian al engañador impuro; yo no, yo le llevaria á los tribunales para que le cubriesen de oprobio ante la sociedad, lanzándole, digámoslo así, de su seno con imprimir sobre su

frente una marca que en todas partes fuese diciendo: *este es un engañador perjuro*: preferiria este medio á el de que la familia de la víctima le pidiese lo que se llama una satisfaccion con la espada ó la pistola, proporcionándole la triste gloria de añadir á su denigrativo título de *engañador* el mas denigrativo y horroroso de *homicida*... ¿no es usted de mi modo de pensar?...

—Convengo, dijo el General algo inmutado.

—Vamos mas adelante. Se conoce, mi querido General, que tiene Vd. buen fondo, y que *satisfactoriamente* me podrá contestar á una pregunta que se me acaba de venir á la imaginacion... ¿Qué haria Vd. con un vil seductor que ha abusado con promesas solemnes de una jóven desvalida, y luego de conseguido su objeto falta villanamente á ellas, dejándola sumida en el llanto y la deshonra?

Todos clavaron sus ojos en Gumersinda; esta dirigió los suyos sobre el General, quien fascinado por su ardiente mirada, y como maquinalmente, contestó de repente:

—Yo LE DARIA CUATRO TIROS.

—¡Bien! ¡bien! esclamaron Arciniega, el conde de Melgar y algunos otros de los convidados, en quienes produjo profunda sensacion la respuesta del General.

—Estoy conforme con el parecer de Vd., mi General, le dijo D. Perrondo; primero que desafiarle, haria yo que le dieran cuatro tiros.

. . . . . .

En esto el convite tocaba ya á su término: ya la luz artificial habia reemplazado á los brillantes rayos del sol, que poco antes inundaron la habitacion, cuyos balcones daban al Occidente. Un denso humo, producto de los cigarros y de la es-

perma que ardia en la caprichosa araña, impedia ver bien á las claras aquellos semblantes, que el vino tenia animados mas que lo de costumbre. Don Perrondo manifestó su intencion de retirarse bajo el pretesto de sus preparativos de viaje; Gumersinda, que tenia necesidad de descansar, por efecto de las terribles emociones que habia esperimentado, significó tambien su voluntad de encaminarse cuanto antes á su casa en union de su amigo, y varios de los convidados salieron al punto del salon para donde les llamaban sus indispensables obligaciones.

—Espero, dijo el General á D. Perrondo, que usted me escriba durante su viaje, y cuando le concluya que venga á verme, porque á mí me es imposible el ir al pueblo de Vd.

—Pues qué, ¿no tiene Vd. que hacer algun viaje á Madrid? tal vez nos veamos en la capital.

—No es fácil.

—¿Qué sabemos? repuso con intencion D. Perrondo, y alargando su mano al General sin quitar de él la vista; ¡adios! añadió... quisiera que siempre fuéramos amigos.

—Así lo espero, dijo el General.

D. Perrondo se despidió de los pocos convidados que allí quedaban, cojió del brazo á Gumersinda, y así cruzaron los dos las antesalas y bajaron la escalera, seguidos del conde de Melgar, de Arciniega y de Masalegre. Puestos en la calle, D. Perrondo se detuvo; los tres últimos hicieron lo mismo. Aquel, desprendiéndose del brazo de Gumersinda, dijo á esta estraordinariamente afectado.

—Mientras el conde esté aquí, él hará mis veces; será tu padre lo mismo que lo seria yo si pudiese permanecer en esta... y vos, añadió dirigién-

dose al conde, ya sabeis que teneis en el hijo al mismo y verdadero amigo que en mi padre... os espero en mi casa en la próxima primavera, segun os dije esta mañana.

—Bien; pero antes quiero verte: ya me avisarás cuando llegues á Madrid.

—Y yo, dijo Arciniega, me despido de tí para ese punto.

—Corriente, mis queridos amigos, dijo D. Perrendo; dispensadme que quiera acompañar yo solo á Gumersinda. Y estendiendo sus brazos estrechó en ellos con efusion al conde, hizo lo mismo con Arciniega, y con el llanto en los ojos y el corazon traspasado de sentimiento no tuvo valor mas que para decirles!

—¡Adios! ¡sed felices!

Las abundantes lágrimas que de sus ojos caian le impidieron ver la despedida de Masalegre y sus dos amigos: maquinalmente cojió otra vez el brazo de Gumersinda, y los dos, seguidos á cierta distancia de Masalegre, tomaron una direccion opuesta á la del conde y Arciniega.

—¡Oh! ¡cuán triste es... despedirse de un verdadero... amigo! iba diciendo á Gumersinda sumamente conmovido.

Esta no le contestó. La escena de despedida, que acababa de presenciar, la tenia anegada en un mar de lágrimas, y poco faltó para que prorumpiese en fuertes sollozos al oir las últimas palabras de su amigo.

D. Perrendo le observó.

—Vamos, vamos, la dijo, haciendo un esfuerzo sobrenatural... soy muy niño... ahora, que es cuando mas debo animarte, por poco no me echo á llorar como una criatura... no nos marchamos del

mundo... hace pocos dias tu ignorabas si yo existia ó habia muerto, mientras que yo tampoco sabia qué era de ti, ni de tu hermano, ni de tu pobre madre... ¿para qué sirve el papel...? nos escribiremos á menudo... ¿por qué te aflijes?

—Acabais de decirlo... *¡no hay cosa mas triste que despedirse de un verdadero amigo*! ¡oh! ¡hubiera sido mejor no habernos vuelto á ver!

—Vaya, vaya... dejemos eso á un lado... nuestra despedida no es eterna... otra idea mas triste atormentará mi alma durante nuestra ausencia... no me has dejado obrar como acaso tu posicion requeria... contra mi voluntad te he dado gusto en esto... necesitamos hablar claro... ya es tiempo.

—¡Oh! sí; nada quiero, nada puedo ocultaros ya... por eso anhelaba que se concluyera el banquete, dijo con tristeza la jóven.

—Estamos á la puerta de tu casa, dijo á la sazon don Perrondo... ¡Masalegre, despídete de Gumersinda... conviene que hablemos á solas.

—Gumersinda alargó su blanca y delicada mano á Masalegre: este la oprimió entre las suyas con sincera y verdadera efusion; uno y otro no encontraron palabras que dirigirse, porque el llanto no las dejaba salir de la boca; pero aquel silencio era mas elocuente que las mas solemnes protestas de amistad y de ternura: era una renovacion sublime, religiosa, aunque muda, de eterno y verdadero cariño entre dos corazones generosos, que se separaban bajo la impresion dolorosa de una duda terrible... Tambien lloraba D. Perrondo... Si la luz del dia hubiese alumbrado de repente aquel pequeño grupo, hubiérase visto un cuadro magnífico, y tanto, que mayor no puede ofrecerse á la imaginacion de un artista que el que presen-

tan tres corazones nobles y generosos, tres almas puras como las de los ángeles, que no encontrando palabras con que espresar el hondo sentimiento que les causa su separacion, le manifiestan por medio del llanto, que dilata el oprimido y atribulado pecho.

Al fin Masalegre hizo un esfuerzo—¡Adios... hija mia...! ya sabes que soy... tuyo...

No pudo mas; el llanto ahogó otra vez su voz: besó con respetuosa ternura la mano de Gumersinda, que al propio tiempo regó con sus lágrimas, y á luego desapareció entre las sombras que ocultaban la terrible emocion de que iba poseido.

Subieron D. Perrondo y Gumersinda la escalera, y entrando en su habitacion:

—¡Ah! ¡no puedo mas! esclamó la jóven cayendo rendida sobre el sofá y prorumpiendo en el mas copioso llanto.

—Llora, hija mia... desahógate, la dijo D. Perrondo, tienes necesidad de ello... despues hablaremos... tambien las lágrimas sirven de consuelo... consuélate, sí... acaso seas dichosa... ¿quién sabe?

Pasó un buen rato de religioso silencio, interrumpido tan solo por los repetidos sollozos de Gumersinda, á quien contemplaba D. Perrondo con paternal ternura desde el sillon donde se habia colocado: nunca la vió mas hermosa que en la situacion de tristeza en que se hallaba, ni nunca se interesó tanto por aquella jóven desvalida, digna por su generoso corazon de la felicidad que jamás habia conseguido y que tan problemática se la presentaba en el porvenir.

—Vamos, hija mia... es necesario tener ánimo... no es eterna nuestra separacion; yo prometo

verte!.... antes de un año..... tal vez antes de medio.

—¿De veras? dijo la jóven con estraordinaria alegría incorporándose en el sofá.

—¡Oh! sí, sí: ¿á quién tengo yo ahora en el mundo que quiera mas que á tí y á Mascalegre...? Te lo prometo, sí... pero ya que mañana nos separamos... ¡antes! ya que dentro de un poco nos despedimos, hablemos de tu situacion...

—Sí, sí, eso quiero, dijo la jóven.

—Pues bien... ese hombre...

—No sé si me engaña.

—Pero él, ¿qué te dice?

—Que todavía es pronto..... ¡despues de dos años...!

—¡Oh! ¡oh! ¡quién hubiera sabido entonces tu existencia en el mundo! esclamó con exaltacion D. Perrondo. Luego, deteniéndose de repente, añadió con el mayor abatimiento..... ¡vana ilusion...! ¡oh!

—¿Qué decís?

—Nada, hija mia, nada; no sé lo que digo; pero... ¿has perdido tú la esperanza?

—No... dudo despues de tanto tiempo... y dudo mas por...

—¿Por qué?

—¡Ah! ¡soy muy desgraciada!

—¿No tienes confianza en tí?

—Mas que en mi padre, si viviera.

—Pues bien... ¿por qué te detienes?

—Luego... voy... ¡oh!

—¡Ya me lo presentia yo! esclamó con tristeza D. Perrondo... Pero ese hombre, continuó con progresiva exaltacion... ¡oh! ¡si tal hiciera! no, no le haria... aunque tu vas contra su voluntad le

pronunciado esta tarde una frase que envuelve una sentencia terrible...! ¡le arrancaria su lengua impura...! pero no, no penseis así.... tal vez concluya por reconocer su deber... tal vez su estado le obligue mas y mas á proceder con honor... sobre todo, existe Dios, y... ¡yo tambien estoy en el mundo, yo, que he tomado acta de esa terrible frase!

—¡Ah! ¡me siento sin fuerzas! esclamó la jóven; ¡estoy agoviada! Hablemos de otra cosa..... de vuestro viaje... nos escribiremos á menudo... ¿no es asi, querido amigo?

—Sí, hija mia, te lo prometo, y ya sabes que no ofrezco nada que no cumpla.

D. Perrondo permaneció allí todo el tiempo que consideró suficiente para que la jóven recobrase parte de la serenidad que habia perdido, y que no debia volver en muchos dias, y cuando creyó que podia despedirse sin peligro, cogiéndola de la mano, la dijo:

—Vamos, hija mia... ¡ánimo! ya te he dicho que no nos separamos para siempre... escribeme todos los dias... á Logroño, á Zaragoza, á Barcelona, á Madrid... por mí y por medio de mis amigos velaré contínuamente sobre tí... con el interés de un padre hácia su hija... Y estrechándola contra su seno... ¡Adios, hija mia! no olvides mis consejos... y piensa que solo allí está la verdadera felicidad, añadió señalando al cielo. ¡adios! Imprimió un ardiente beso sobre la hermosa frente de la jóven: esta, que solo pudo articular la palabra ¡adios! así que la dejó D. Perrondo de sus brazos cayó abismada de dolor en el sofá... ninguno de los dos derramaba lágrimas, porque el pesar habia ya agotado su manantial... Creyendo D. Per-

rondo que la jóven habia caido desmayada, se detuvo á contemplarla un momento: los hermosos ojos de Gumersinda estaban clavados sobre él con una espresion indecible de puro amor, de verdadera angustia de agradecido y sublime cariño..... dirigióla su última despedida con un lijero movimiento de cabeza, en seguida dió una voz á la criada, bajó la escalera, y en pocos minutos estaba ya en la posada del Pez Amarillo, donde encontró á Masalegre llorando sobre la cama como un niño, inconsolable por su tierna y patética despedida de Gumersinda.

—¿Por qué, amigo Gutierrez? le dijo Masalegre.

—En cuanto á lo primero el camino es muy malo.

—Como son casi todos los de España, dijo don Perrondo; aquí se cuida mucho de embellecer las grandes ciudades con paseos magníficos para distraccion y recreo de la gente ociosa, mientras que se abandonan los caminos, mirando con la mayor indiferencia que las clases productoras de las aldeas sufran infinidad de contratiempos para ganar un miserable sustento.

—Así es en efecto, dijo el sarabinero; pero prescindiendo de esto, que nosotros no podemos remediar, al menos por ahora, digo que no parece sino que Vds. se han propuesto andar por sendas y veredas estraviadas como las que, segun Masalegre, gustaban en su tiempo al tio Blasillo, siquiera por ejercer con menos peligro el oficio de contrabandista: en este camino de Nájera, que mas de cuatro veces he corrido, tienen Vds. que tropezar con montes, barrancos, arroyos, puentes derruidos...

—¿Hay ladrones? le preguntó Masalegre.

—¡Oh! lo que es eso no; esa gente escasea mucho en el hermoso pais que luego van á recorrer. Los riojanos son muy nobles; le dan á Vd. la sangre del brazo; pero tienen en cambio su contra, porque á la manera que son generosos, francos y honradotes, son tambien muy quisquillosos; por un tris arman camorra y sacuden leña á diestro y siniestro, y si despues de desfogada su furia ve usted juntos en la taberna á los contendientes, no lo estrañe Vd., porque son incapaces de guardar rencor por mucho tiempo.

—Pues me gusta esa gente, dijo Masalegre; para mí no hay hombres mas malos que los hipócri-

—¡Hola, señores! esclamó el carabinero entrando en la habitacion.

—Al fin te has empeñado...

—Si posible me fuera el ir con Vds. hasta el fin del mundo, lo haria con muchísimo gusto, dijo Gutierrez.

—Bueno, bueno, le repuso D. Perrondo; me alegro, me alegro: nos hiciste entrar *libres* en Búrgos, y quieres que salgamos *custodiados*; yo te lo agradezco: he renunciado á una escolta que me ofreció el General, pero ahora acepto la compañía de un amigo.

—Eso es honrarme demasiado.

—No es mas que tratarte como mereces... ¡Masalegre! que nos sirvan á los tres el chocolate, pues supongo que Gutierrez no se habrá desayunado.

Interin tomaban el chocolate, á peticion suya, les subió el posadero la cuenta que, aunque algo crecida, pagaron sin replicar; bajaron luego al portal, y dando Masalegre una buena propina al mozo y á las criadas, montaron en sus respectivas caballerías, y en medio de mil *adioses* y al parecer afectuosos cumplimientos de parte del posadero y sus domésticos, salieron nuestros viajeros con Gutierrez de la posada del Pez Amarillo, tomando la direccion del camino de *Nájera*, segun la voluntad de D. Perrondo, que queria disfrutar poco ó mucho de la feria de esta antiquísima y por mas de un concepto célebre poblacion, que á pesar de su pequeñez conserva con orgullo el nombre de ciudad.

Puestos en el camino, Gutierrez fué el primero que tomó la palabra y dijo:

—Este que llevamos no es camino real, y á decir la verdad me temo que les suceda á Vds. cualquier percance.

semejantes ideas, ¿qué no serán capaces de hacer tales hombres en contra de sus semejantes?

—Oh! oh! ¡Dios me libre de los beatos! esclamó Masalegre. Pero dime, Gutierrez: ¿qué clase de persona es aquel jóven elegante, de quien ya te he hablado y union de los curiales, despues de nuestro amigo Arciniega, hácia el que no sentia yo antipatía?

—Es, contestó Gutierrez, un muchacho muy instruido, hijo de un honrado capitan retirado, que se sacrificó por darle carrera: ahora menos mal, pero mientras estaba su hijo en el estudio, como las pagas se cobraban con tanto atraso, tuvo el infeliz capitan que acudir en mas de cuatro ocasiones á Retuerta, que llevaba *una peseta de rédito por cada duro que le prestaba.*

—¿Y por cuánto tiempo? preguntó D. Perrondo.

—Nada mas que por el que trascurriese desde que le hacia el préstamo el usurero hasta que cobraba la primera paga, de modo que el tiempo solia ser de uno, lo mas dos meses.

—¡Qué horror! esclamó Masalegre.

—No estraño yo, añadió D. Perrondo, que el jóven ese, cuyo buen recuerdo llevo en mi corazon, me ayudase en aquel dia á dar la dura leccion que dí en el tribunal al bergante.

—Es un jóven de mucha disposicion, dijo Gutierrez.

—A mí me tenia bebido el seso, dijo Masalegre: ¡cómo salió el infeliz á mi defensa, cuando la brusca mano del *ministril* arrojó al suelo mi sombrero! ¡oh! no olvidaré eso en toda mi vida: si yo pudiera servirle de algo...

—¿Qué sabemos? le dijo Gutierrez: los hombres,

como dice el refran, nos encontramos; los montes son los que se están quietos.

En estas y otras semejantes plásticas se habian alejado nuestros caminantes un par de leguas de Búrgos, y pareciéndole á D. Perrondo que Gutierrez podria faltar acaso á su obligacion si marchaba mas adelante con él y su criado, le suplicó que se volviese á la ciudad, con no poco sentimiento de los tres, y si cabe mas de Gutierrez, que deseaba despedirse lo mas tarde posible de sus buenos amigos.

Encargóle sobremanera D. Perrondo que les escribiese acerca de la condneta de Retuerta, la situacion del jóven que, merced á su generosidad, iba á continuar la carrera de ingeniero, y sobre todo la de la interesante familia del ebanista, á quien lo mismo que al hijo del administrador dejaban ya considerablemente aliviados en el hospital de San Juan: dióle tambien escelentes y sanos consejos para que continuase por la senda de la honradez que hasta el dia habia seguido; sacó su rico reloj de oro del bolsillo, que alargó á Gutierrez y este tomó como prenda de eterna amistad, *y dándose afectuosos y fuertes apretones de mano*, repetidos á luego con Masalegre, en medio de los mas sinceros votos por su felicidad recíproca, se separaron los tres amigos. D. Perrondo sumamente conmovido, pero no tanto como su criado y el escelente carabinero.

Mientras el buen Gutierrez se volvia á Búrgos, caminaban D. Perrondo y su criado en direccion de la Rioja: como sus mulas marchaban á gran paso, antes de las diez de la mañana pasaron por medio del pueblecito de *Villafranca de Montes de Oca*, que á Masalegre le pareció menos malo que

semejantes ideas, ¿qué no serán capaces de hacer tales hombres en contra de sus semejantes?

—Oh! ¡oh! ¡Dios me libre de los beatos! esclamó Masalegre... Pero dime, Gutierrez: ¿qué clase de persona es aquel jóven elegante, de quien ya te he hablado y union de los curiales, despues de nuestro amigo Arciniega, hácia el que no sentia yo antipatía?

—Es, contestó Gutierrez, un muchacho muy instruido, hijo de un honrado capitan retirado, que se sacrificó por darle carrera: ahora menos mal, pero mientras estaba su hijo en el estudio, como las pagas se cobraban con tanto atraso, tuvo el infeliz capitan que acudir en mas de cuatro ocasiones á Retuerta, que llevaba *una peseta de rédito por cada duro que le prestaba.*

—¿Y por cuánto tiempo? preguntó D. Perrondo.

—Nada mas que por el que trascurriese desde que le hacia el préstamo el usurero hasta que cobraba la primera paga, de modo que el tiempo solia ser de uno, lo mas dos meses.

—¡Qué horror! esclamó Masalegre.

—No estraño yo, añadió D. Perrondo, que el jóven ese, cuyo buen recuerdo llevo en mi corazon, me ayudase en aquel dia á dar la dura leccion que dí en el tribunal al bergante.

—Es un jóven de mucha disposicion, dijo Gutierrez.

—A mí me tenia bebido el seso, dijo Masalegre: ¡cómo salió el infeliz á mi defensa, cuando la brusca mano del *ministril* arrojó al suelo mi sombrero! ¡oh! no olvidaré eso en toda mi vida: si yo pudiera servirle de algo...

—¿Qué sabemos? le dijo Gutierrez: los hombres,

como dice el refran, nos encontramos; los montes son los que se están quietos.

En estas y otras semejantes pláticas se habian alejado nuestros caminantes un par de leguas de Búrgos, y pareciéndole á D. Perrondo que Gutierrez podria faltar acaso á su obligacion si marchaba mas adelante con él y su criado, le suplicó que se volviese á la ciudad, con no poco sentimiento de los tres, y al cabo mas de Gutierrez, que deseaba despedirse lo mas tarde posible de sus buenos amigos.

Encargóle sobremanera D. Perrondo que les escribiese acerca de la conducta de Reluerta, la situacion del jóven que, merced á su generosidad, iba á continuar la carrera de ingeniero, y sobre todo la de la interesante familia del ebanista, á quien lo mismo que al hijo del administrador dejaban ya considerablemente aliviados en el hospital de San Juan: dióle tambien escelentes y sanos consejos para que continuase por la senda de la honradez que hasta el dia habia seguido; sacó su rico reloj de oro del bolsillo, que alargó á Gutierrez y este tomó como prenda de eterna amistad, *y dándose afectuosos y fuertes apretones de mano*, repetidos á luego con Masalegre, en medio de los mas sinceros votos por su felicidad recíproca, se separaron los tres amigos. D. Perrondo sumamente conmovido, pero no tanto como su criado y el escelente carabinero.

Mientras el buen Gutierrez se volvia á Búrgos, caminaban D. Perrondo y su criado en direccion de la Rioja: como sus mulas marchaban á gran paso, antes de las diez de la mañana pasaron por medio del pueblecito de *Villafranca de Montes de Oca*, que á Masalegre le pareció menos malo que

Cintánas, y á la hora, más que menos, puesto que el país es bastante montuoso, estaban ya en el de *Belorado*, cuya posicion, por los muchos y elevados árboles que le rodean y se ven en su centro, por los dos ó tres cristalinos riachuelos que le cruzan y por los varios templos que descuellan sobre todos los demás edificios, le pareció sumamente pintoresca. Aquí determinaron descansar un rato y tomar alimento, en la seguridad de que les sobraba tiempo para llegar hasta con sol á *Santo Domingo de la Calzada*, distante cinco leguas poco más ó menos. Como nada que sea digno de contarse ocurriese en *Belorado* á nuestros viajeros, salieron á eso de las dos de la tarde de aquella villa, y á la hora poco mas ó menos caminaban ya por el hermoso país riojano, favorecido á un tiempo por la naturaleza con una asombrosa y lozana vejetacion y por la industria de sus habitantes, que han sabido poblarle de variados y utilísimos artefactos.

El tiempo estaba bonancible, y para deleitarse nuestros viajeros con las brillantes perspectivas que por do quier se les presentaban, hacian caminar á sus mulas tan despacio que hasta ya casi la puesta del sol no dieron vista á la pequeña pero bonita ciudad, sentada sobre una vega tan estensa, como amena y pintoresca: por todas partes la veian circundada de árboles corpulentos y elevadísimos que ostentaban su imponente majestad, ya en los hermosos paseos que la adornan, ya en las muchas y escelentes huertas que se prolongan por su término y fertilizan el pequeño rio *Oja* y multitud de arroyuelos que descienden serpenteando de las montañas vecinas: por entre el fondo oscuro de los árboles descollaban varios edificios públicos, á los que el último rayo del sol daba el co-

les del oro; pero el que entre todos llamó muy particularmente la atencion de nuestros viajeros, fué la torre de la catedral, separada de esta por un corto trecho, que es la calle Mayor de la poblacion, con su magnífico campanario enmedio de ella, de estraordinaria altura, casi tan ancha de arriba como de abajo, y muy semejante, á cierta distancia, á una inmensa farola que se eleva hasta tocar con las nubes.

—¿Nos detenemos algo en esta ciudad? preguntó Masalegre á un amo ya cerca de ella.

—Solo esta noche.

—Lo siento, repuso Masalegre: yo creo que habiamos de pasar un buen dia recorriendo esa hermosa vega, que tan embelesados tiene mis sentidos.

—En la Rioja, y sobre todo en los pueblos que baña el caudaloso Ebro, encontrarémos varios paisajes tan pintorescos como el que justamente estás admirando, le dijo D. Perrondo: mañana de madrugada, continuó, daremos una vuelta por la poblacion, que para llegar á *Nájera* á comer nos sobrará tiempo, aun cuando salgamos de aquí á mas de las ocho.

Cruzaron á poco nuestros viajeros unas puertas de las murallas que dan entrada á la poblacion, y aquellas Masalegre no le parecieron tan malas como las de Búrgos, por la circunstancia de que no le registraron ni vieron en ellas su equipaje, y preguntando por la posada, les dirigieron á una en la *plaza de la Verdura*, que, si no tan cómoda como la del Rey Amarillo, no les dejó de la verdad nada que desear. Como hubiesen algo cansado por efecto de las muchas leguas que habian dejado atrás, pidieron cenar lo mas pronto posible, lo

que así se hizo en efecto, de modo que pudieron nuestros viajeros acostarse á cosa de las ocho de la noche.

Al siguiente día se levantaron con el alba, como siempre acostumbraban, y después de refrescar bien sus manos y cabezas, mientras les preparaban el chocolate, bajaron á la puerta de la posada para enterarse de la gente que iba por verduras, frutas y demas artículos de consumo diario á la plazuela que tenian delante. Era aficionado D. Perfecto desde que estudió en Valladolid á esta clase de espectáculos, que no dejan de divertir por aquella especie de flujo y reflujo que ofrecen al curioso los que entran y salen en semejantes locales, animados siempre por los *graciosos y no graciosos* ofrecimientos de los que venden, por las contestaciones de los que compran y sobre todo por la presencia de lindas jóvenes con su madeja de cabellos á la espalda, su cuello escotado, su boca risueña y su andar ligero y seductor. A poco rato les ofrecieron el chocolate, que subieron á tomar á su cuarto, bajando en seguida al portal, desde el que otra vez con sus escelentes puros en la boca se pusieron á contemplar el animado cuadro que ofrecia la bonita plazuela.

Frente por frente de donde ellos estaban, se hallaba despachando un carnicero dos ó tres cuartos de una res vacuna, que tenia colgados de otros tantos garfios amarrados á un arco de madera, que se apoyaba sobre la mesa en que hacia las divisiones y que formaba un todo con ella. Antes de tomar el chocolate observó D. Perfecto varios hombres embozados en sus largas capas, por librarse sin duda del frio de la mañana, estaban á los dos lados del carnicero, fijos como estátuas,

silenciosos y atentos como dos esbirros, á quien se hubiese encomendado la incumbencia de sencia todas las operaciones del pesador de carne, inclusas las de toser, sonarse ó echar un cigarro: así que bajó de desayunarse, no pudo menos de llamarle su atencion la vista de los dos hombres, que permanecian tan quietos en su sitio cual si fuesen dos guardianes encargados de que el pobre tablajero no se fugase; y así, llamando al posadero, le preguntó por el estraño cometido de aquellos individuos.

—Esos dos, dijo el posadero, son los que tienen la *sisa ó renta* de la carne: el uno percibe el derecho señalado para el tesoro, y el otro el impuesto para cubrir los gastos municipales: como cada libra de carne está gravada con cuatro maravedises por el primer concepto y con dos por el segundo, tienen que estar ahí cuidando de que el abastecedor no les oculte parte de la venta que haga.

—¡Es posible! esclamó D. Perrondo.

—Como se lo digo á Vd., repuso el posadero, y lo peor es que aquí comemos la carne por una cuarta parte mas de su valor que podrian dárnosla, si estuviese libre de impuestos.

—¡Ah señor! dijo Masalegre, yo que creia que era esta mejor ciudad que la de Búrgos, por la circunstancia de que no nos registraron en sus puertas, veo ahora que esto es si cabe mas odioso y repugnante.

—Tienes razon, dijo D. Perrondo; esto es infinitamente mas odioso que aquello, porque aquí la mano del fisco interviene en todas las operaciones de un menestral de una manera hasta brutal é indecorosa, mientras que allí, si bien interviene, es en grande y solo una vez cada mes, ó cada sema-

na, dejando luego libre á la industria para que se ejercite cómo y cuándo mejor le convenga... ¡no, no es posible que se dé un despotismo mas atroz y repugnante que este!

—¡Bonito está el pobre diablo entre aquellos dos gandules! esclamó Masalegre... ¡Jesus que atrocidad! si han de decir que es un verdadero reo el pobre hombre, que se halla en vísperas de ser conducido á la cárcel... ¡y viva la libertad de las industrias! bien podian colocar un letrero en la pared junto á la cual están aquellas tres humanidades, que dijera: «PROTECCION AL TRÁFICO.»

—Con los gobiernos que no conocen sus intereses ni los de los pueblos que representan, se ven estos y mayores absurdos, que repugnan al buen sentido y á la sana razon, dijo D. Perrondo; pero afortunadamente condenan estos medios gravísimos de exigir contribuciones las gentes mas sensatas é ilustradas, cuyas opiniones vendrán al fin á prevalecer, concluyendo con semejantes abusos para nunca mas volver. Pero dejemos esto á un lado, y vamos á dar una vuelta por la poblacion.

Salieron nuestros viajeros de la posada, y despues de recorrer las principales calles de la ciudad y enterarse de lo mas notable en ella, visitaron la catedral, fundacion así como aquella del Santo que lleva su nombre, que al efecto fué ayudado por el rey de Castilla Alonso VI, por los obispos de Calahorra y por varios señores del pais: nada mas digno de atencion hallaron en ella que la urna cineraria que contiene el corazon del fratricida Enrique II y algunos sepulcros de personas célebres, sitos en las varias capillas que adornan su interior.

Cuando volvieron á la posada, todavia vieron como los dos *pitotes* consabidos seguian junto al tablajero, quien ya habia despachado casi toda la carne pendiente dos horas antes de los garfios clavados en el arco de madera.

—Vaya, dijo Masalegre no mas verles, que si conmigo hicieran esos hombres lo que están haciendo con el pobre carnicero, les echaba á mogicones de mi lado

—Tú harias lo que él hace, le dijo D. Perrondo; ellos no tienen culpa alguna, antes bien cumplen con su obligacion, vigilando sus intereses: á quienes yo culpo del papel denigrativo que desempeñan es al gobierno que autoriza la exaccion de esos impuestos en la forma que estás presenciando...

Antes de las ocho montaban ya nuestros viajeros en sus grandes mulas, y puestos por el mismo posadero en el camino de *Nájera*, dirigieron su última mirada á la pintoresca vega, que pronto dejaron trás de sí, ofreciéndose á su vista de vez en cuando otros paisajes, en los que sumamente deleitaban su imaginacion. Como cosa de una hora antes de llegar á Nájera, ya en la gran llanura conocida bajo el nombre de *Canal de Najerilla*, teatro en otro tiempo de sangrientas batallas entre el democrático rey D. Pedro y el bastardo D. Enrique, se encontraron con unos cuatro arrieros que volvian de Búrgos, donde habian dejado frutas y vino, trayendo de retorno azúcar y otros géneros ultramarinos; llamó la atencion de nuestros viajeros la diversion en que iban entretenidos, reducida á un juego conocido entre ellos por el *del palo de los arrieros*, muy original por

cierto, puesto que consistia en cojer uno un palo como de media vara de largo, arrojarlo delante de sí 40 ó 50 piés de distancia, y en seguida seguian andando tirar á él la vara que llevaban para arrear la recua, y el que mas se acercaba al palo, aquel ganaba la partida; en este juego, cuando son mas de dos, el que mas pronto cuenta 10, 12 ó 15 aproximaciones, aquel queda libre de pagar el primero como acontece en varios de naipes. De este modo los arrieros de recua que no pueden divertirse á las cartas, como los carromateros, satisfacen su pasion al juego sin perder de andar un minuto siquiera.

D. Perrondo despues de preguntar á los arrieros por el estado de su tráfico, marchaba poco á poco con su mula; pero como Masalegre estaba contemplando hasta con gusto la original diversion de aquellos, que por primera vez veia, se quedó bastante atrás de su amo, aunque no tanto que le perdiese de vista: ocurrió, pues, que en una de las tiradas de los arrieros se acercaron dos de ellos con sus varas al palo de meta á una distancia á la vista tan igual, que habia precision de medirla hasta por dedos; uno de los dos completaba el número de aproximaciones para quedar libre, por evitar lo cual sin duda el otro, que por cierto era chato, marrullero y malo como lo son en general todos los taltos de narices, cojió su vara antes de medir la distancia, diciendo que él habia ganado la aproximacion: el que se consideró agraviado empezó á echar ternos, afeando de una manera durísima el proceder del chato, quien ayudado por los otros dos como parientes suyos y perdidosos en el juego acoquinó al otro en términos que tuvo que callarse, temeroso de que el juego de pa-

lo concluyese por ablandarle sus costillas, Masalegre, que vió semejante conducta, tomó (y bien en mal hora) la defensa del agraviado, y lo hizo con tanta vehemencia, que exasperado el chato y convencido de que los otros dos le ayudarian en un caso, se propasó á amenazarle de la manera mas grosera, llenándole al propio tiempo de insultos en medio de terribles ternos, pronunciados con el tono peculiar á todo riojano. Masalegre, que se vió ultrajado en lo mas vivo, y que á la verdad tenia muy malas pulgas, cuando consideraba que se hallaba la razon de su parte, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se bajó en un santiamen de la mula, y si bien el primer envite fué del chato, que le sacudió entre las orejas un fuerte latigazo, arremetió á él con tanta ira, que antes que los otros pudieran impedirlo sacudió tan tremebundo bofeton al de la nariz chata que le echó á rodar por el suelo: repentinamente se arrojó por la vara del caido para corresponder con ella á los repetidos linternazos que llovian sobre sus espaldas, y así que la empuñó, ayudado tambien por el arriero, por cuya defensa se habia armado la zambra, empezó á sacudir á diestra y siniestra tan sin piedad y con una furia tan imposible de describir que á los pocos minutos, en medio de mil lamentos, ternos y maldiciones, estaban ya los dos arrieros tendidos en el suelo junto á su amigo y pariente el chato, que aun seguia privado de sentido por el rudo golpe de la airada mano de Masalegre.

D. Perrondo que sintió los lamentos, maldiciones y dicharachos de las víctimas, acudió corriendo al lugar de la catástrofe, y enterado muy de lijero de lo ocurrido, dijo á Masalegre:

—¡Hombre! ¿es posible que tan pronto hayas el-

vidado lo que te dijo el buen Gutierrez sobre el carácter riojano?

—¡Calle Vd., hombre! repuso Masalegre sumamente alterado... ¿quién sufria esto? *¡amenazar al hijo de mi padre á las primeras de cambio, con... oh!* ¡Si estoy por volver!.. si Vd. no estubiera aquí, aun me habia de desquitar mas del agudo dolor que siento en mis orejas y costillas.

—Vamos, vamos; témplate, y échate á tí mismo la culpa de lo que te acaba de suceder.

—Ya lo veremos, dijo levantándose uno de los últimos arrieros caidos: justicia hay en Nájera...

—¡Sí! .. dijo Masalegre... no será tan segura como esta...

—¿Pero ese hombre está muerto? dijo D. Perrondo reparando en el chato.

—¡Quiá! no señor, contestó el arriero, á quien habia defendido Masalegre... ¿no ve Vd. cómo vuelve en sí?... ese ha tenido la culpa de todo.

—Vamos, vamos; monta en tu mula y vente á mi lado, dijo á Masalegre D. Perrondo.

—Yo tambien voy con Vds., dijo el arriero, porque sino, esta gente es capaz...

—Sí, sí; venga Vd. con nosotros, le dijo Masagre al propio tiempo que montaba en su mula.

El arriero recogió sus tres ó cuatro bestias, que como las de los otros se habian estraviado algo del camino al verse sin conductores, y al mismo tiempo comenzaron á andar los tres con un paso tan lento que hasta más de una hora no entraron en la pequeña ciudad, que allá en los siglos medios fué cabeza del reino de su nombre, y conducidos por el arriero, metieron sus mulas en una posada, que aquel les aseguró ser la mejor de la poblacion.

CAPITULO II.

EL FAMOSO HIDALGO D. PEDRO PUNTAPIÉ. LA BUENAVENTURA DE LA JITANILLA.

Estaba la posada donde se apearon nuestros viajeros lo que se llama atestada de gente, aunque no contenia tanta como en los dias anteriores, porque precisamente era el último de la feria, y ya muchos tragineantes y curiosos, despues de haber arreglado sus negocios, ó visto lo principal de ella, se habian retirado á sus respectivos destinos. Acomodáronles sin embargo lo mejor que se pudo en la pieza principal de la casa, donde entre varios habia un caballero que apenas llegaba á la edad madura y era de la inmediata ciudad de *Viana*, en Navarra; otro mas viejo de la misma y muy distante de *Arnedo*, y dos jóvenes cursantes en jurisprudencia, natural el uno de *Santo Domingo de la Calzada* y el otro de *Logroño*, que al parecer estudiaban juntos en la universidad de *Zaragoza*. Entre todos se llevaba la atencion por su bella figura, porte lujoso y elegante y finos y algun tanto aristocráticos modales, el jóven logroñés, que era hijo único de una rica viuda y apenas contaria la edad de veinte y tres á veinte y cuatro años: agradó sobremanera á D. Perrondo la interesante fisonomía de este jóven, á la cual daban una fuerte espresion de bondad é inteligencia dos grandes y hermosos ojos azules y una frente serena y despejada. Todos y muy particularmente el jóven de Logroño, cuando el posadero les presentó en la sala, recibieron á nuestros viajeros con marcadas muestras de cortesía y aun diremos de benevolencia, cosa que generalmente sucedia á don

Perrondo, quien, solo por efecto de su figura simpática, lograba captarse al momento el aprecio de cuantos por primera vez le viesen.

Preguntáronles, como es natural en tales casos, por su procedencia, y manifestado que hubo don Perrondo el objeto de su venida á Nájera con ánimo de continuar su viaje por Zaragoza á Barcelona, el jóven logroñés le anunció que si se detenia un par de dias en su pueblo, era mas que probable tuviese el gusto de acompañarle hasta *la ciudad siempre heróica*, como le acompañaria al siguiente hasta Logroño.

Correspondió D. Perrondo como era debido á la afectuosa oferta del jóven, y de allí á un buen rato, siendo muy cerca de las dos, se presentó el posadero para anunciar á sus huéspedes que ya estaba cubierta la mesa.

Pasaron todos al comedor, y colocándose cada uno donde mejor le acomodó, todos empezaron á comer con escelente voluntad, menos Masalegre, á quien el lance que acababa de pasarle y el no pequeño dolor, que aun sentia en sus costillas, habian quitado casi por completo el apetito: observó esto el jóven de Logroño, y preguntando la causa, se encargó D. Perrondo de satisfacer su curiosidad, contándole muy por menor la zambra que su criado habia armado con los arrieros, con lo cual no rieron poco todos los circunstantes, aprobando el que mas y el que menos la conducta de nuestro Masalegre.

—Vaya, vaya, dijo á este el jóven de Logroño; va Vd. á tener acordaderas de Nájera para toda su vida.

—No, pues lo que es á los arrieros, no les arriendo yo la ganancia, dijo Masalegre.

—Es claro, repuso el jóven... ¿y son de aquí?

—Lo ignoro; no sé si son de la poblacion, ó vienen á la feria.

—¿Y qué tal ha estado la feria? preguntó don Perrondo.

—A mí me ha gustado, le contestó el jóven de Logroño... mas que la poblacion...

—¿Tan mala es esta? repuso D. Perrondo.

—Es muy antiquísima, dijo el jóven; con sus calles lóbregas, tortuosas y endiabladas, parece un pueblo morisco.

—Yo no he visto una ciudad peor que esta, dijo á la sazon el caballero de Viana; no tiene mas de notable que el panteon de nuestros reyes y príncipes.

—Me gusta poco ver panteones, dijo Maslegre.

—Convengo con el señor, dijo el jóven de Logroño; estoy por cosas que alegren, y no por visitar sepulcros; cuatro dias llevo aquí, y no he querido entrar á ver esta mansion de muertos ilustres.

—¡Caramba! ¡cuatro dias! esclamó el jóven de la Calzada: yo creí que habias venido ayer... ¿y te marchas de veras mañana?

—¿No has oido que he comprometido mi palabra con el señor...? Yo no hago los viajes tan al vapor como tú, eso que no he traido mas objeto que divertirme... tú llegaste anoche, y ya te querias haber marchado hoy.

—¡Hombre! yo he arreglado ya mis negocios.

—Pues yo tengo que comprar aun un pañuelo con que contentar á mi pobre maimá.

—¿De qué se trata, señores? dijo entrando de repente en el comedor un jóven elegante, que

por lo visto estudiaba tambien en Zaragoza con los de la Calzada y Logroño.

—¡Hola, Justo! esclamó este último... ¿quieres comer?

—Ya es tarde; aquí comemos á la una.

—Estamos dando tras de tu pueblo, aunque te sirva de enojo.

—¿Por qué, chico...? á tí, que estás acostumbrado á tu Logroño, embellecido modernamente, no te gustará la antigua ciudad de Nájera; pero á mí, ni á ninguna poblacion, incluso nuestra Zaragoza, me agrada tanto como ella... Mas á todo esto, y antes que se me olvide, ¿por quién pregunta el alguacil del ayuntamiento, que he dejado yo en el portal?

—¡Adios, amigo mio! ¡le prendió á Vd. la justicia! esclamó dirigiéndose á Masalegre el jóven de Logroño.

—Como me prendiera la justicia, dijo Masalegre, no íbamos tan mal...

En efecto, acompañado del mozo de la posada se presentó en el momento en el comedor un individuo de alta estatura, cara avinagrada y cabellos largos y lácios, que por su traje completamente negro, y por la vara de junco que llevaba en la mano, daba á demostrar ser el alguacil anunciado por el estudiante.

—El señor, dijo el posadero, viene preguntando por los dos caballeros que, procedentes de la Calzada, han entrado hace poco...

—¿Qué se le ofrece á Vd.? dijo muy sereno Masalegre dirigiéndose al alguacil.

—¿Es Vd.?

—Yo soy, amigo mio: he dicho qué es lo que se le ofrece á Vd.

—De parte del señor alcalde que se presente ante él con su compañero.

—¿Cuándo? preguntó imperturbable Masalegre.

—En este momento, dijo el alguacil... la parte contraria está aguardando.

—El señor alcalde tendrá la bondad de dejarnos concluir de comer con calma, dijo D. Perrondo.

—Corriente, repuso el *ministro*: precisamente están aguardando otras en demanda de justicia.

—Pues diga Vd. á su merced, añadió Masalegre, que al momento somos con él... y si Vd. no tiene que advertir otra cosa...

—Nada mas, señor... uno solo es el demandado, y según he llegado á entender, es por...

—¿Quién le pregunta á Vd. nada, buen hombre? repuso Masalegre; vaya Vd. con Dios, que pronto compareceré á la presencia judicial.

—Usted ha de disimular, caballero..... queden ustedes con Dios, dijo el alguacil, no poco turbado con el desabrido lenguaje de Masalegre; y acto continuo salió del comedor, y bajando la escalera, se dirigió con acelerado paso á la morada del alcalde

—¡Va! no le debe dar á Vd. ningun cuidado, dijo á Masalegre el jóven de Logroño; la razon está de su parte...

—¡Vaya si está! dijo el caballero navarro: si conmigo sucede *¡por San Fermin!* que no me quede tan corto como el señor.

—Bien tontos son los arrieros en denunciarle, dijo el caballero de *Arnedo*, que, al parecer era abogado; ellos fueron los agresores y como tales pagarán las costas del juicio.

—¿Pero qué juicio puede caber en eso? preguntó Masalegre.

—¡Toma! el juicio criminal... á no ser que les componga á Vds. el alcalde, que sin duda les hace comparecer á su presencia con tal objeto.

—Convengo que el señor debe ser absuelto, pero Dios sabe lo que hará el famoso *D. Pedro*, dijo el jóven recien llegado.

—¿Qué *D. Pedro* es ese? preguntó Masalegre.

—Un pobrete, un hidalgo de los pocos que hay en esta ciudad, que es nuestro alcalde, y además está hoy encargado interinamente del juzgado por enfermedad del propietario.

—Tanto mejor si es hidalgo para que cómo tal obre con arreglo á su conciencia, dijo Masalegre.

—¡Qué conciencia, ni qué calabaza! repuso el jóven; el insigne D. Pedro no tiene conciencia, ni carece de ella; se puede decir que ni es bueno ni es malo, porque no es nada; él no hace ni padece, ni es agua ni es pescado; conserva, sí, en medio de su pobreza, las ínfulas de la hidalguía, que tontamente le han llevado á ser alcalde; pero fuera de esto no pasa de ser un pobre diablo... en el asunto de Vd., el escribano será el verdadero juez.

—Bueno, bueno; veremos cómo se porta el tal *D. Pedro el Cruel*, dijo Masalegre.

—No tiene ese dictado, repuso el jóven; aquí es conocido por *D. Pedro Puntapié*.

—¡Famoso apellido! esclamó soltando una carcajada el jóven de Logroño.

—Es retumbante, dijo otro.

—Es enérgico, añadió un tercero.

—¡Vive Dios, que me dan ganas de conocerle! dijo el jóven de Logroño: tentado estoy de ir con ustedes á desempeñar el papel de mediador.

—Con mucho gusto aceptamos tan honrosa compañía, le dijo D. Perrondo.

—Sí, sí, me decido á ir con Vds., y despues de despachar con D. Pedro, que creo se hará en pocos minutos, nos iremos á ver la feria.

—Pues en el paseo del barrio le aguardamos, le dijo el de Nájera.

—Corriente, corriente... ¿qué hora tenemos? ¡hola! son ya cerca de las tres, dijo el de Logroño mirando su reloj.

—Pues vámonos ya, dijo levantándose D. Perrondo; y despidiéndose de todos los presentes, salieron los tres, ó sea el jóven de Logroño, don Perrondo y Masalegre con direccion á la morada de *D. Pédro Puntapié*.

Ni aun para una siquiera tenia el bueno de don Pedro si por desgracia llegára á dársele un hombre medianamente vigoroso: estaba el insigne hidalgo, cuando nuestros viajeros y su nuevo amigo se presentaron ante su vista, en un cuarto bajo de la casa, tan pobremente alhajado, que no se veian en él mas mueble que una silla poltrona, fábrica del siglo XVIII, en la cual estaba muellemente sentado; un gran banco respaldo de haya, que servia para los llamados por la justicia ó que iban en demanda de ella; otra silla de paja mala que ocupaba el escribano, y una mesa de pino que este tenia delante de sí.

Era D. Pedro, aunque de una regular estatura, tan estraordinariamente seco, que con dificultad pesaria tres arrobas; su cara sumamente chupada acusaba la magnitud de la de un chiquillo de cuatro ó cinco años, á pesar de contar unos cincuenta, y en proporcion á ella eran la frente y la nariz; un vientre como el de un galgo y unas piernas lar-

gas y secas completaban esta grotesca figura. Pobre vástago de un ilustre tronco en quien se habia perdido un memorable apellido, tanto por no tener hijos, aunque era casado, cuanto porque ya el pueblo donde vivia le tenia de todo punto olvidado con el sustituto ridículo y hasta infamante de *Puntapié*, que perversas y envidiosas lenguas le habian proporcionado, bien á pesar suyo.

Nuestro hidalgo era poseedor de un pequeño vínculo que llegó á sus manos medio perdido por la incuria de sus antepasados, y que él mismo habia menoscabado tambien con la facultad que le dieran las leyes protectoras de la desamortizacion. A pesar de esto, y no concediéndole ni negándole la verdad de aquel refran que siempre tenia en la boca de «*mas tiene el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece*» y con el cual él se consolaba de su cuitada posicion, tenia aun derecho electoral, y elegido que fue concejal, logró como el *Pelao* que le nombrasen alcalde *constitucional de real órden*: él á la verdad no era malo, porque como habia dicho muy bien su paisano el estudiante, ni era agua ni pescado, ni hacia ni padecia; pero la administracion de la ciudad marchaba como Dios queria, esto es, como no puede menos de marchar cuando al pueblo, único competente para saberlo que le conviene, se le priva de nombrar directamente sus inmediatos administradores.

Cuando nuestros viajeros llegaron á la casa de D. Pedro, ya estaban en el portal los cuatro arrieros del *juego del palo*, á quienes Masalegre, á fuer de buen cristiano y nada rencoroso, preguntó por su estado, y dentro, en la habitacion que le servia de despacho, habia tambien cinco personas, la una esperando para pedirle justicia y las

otras cuatro desempeñando su respectivo papel de demandante, demandado y hombres buenos en un juicio de conciliacion, que el escribano tenia ya casi concluido.

En honor de la verdad diremos que el *flámante* D. Pedro, no mas ver en su habitacion á nuestros viajeros y su ilustre compañero, se levantó de la silla y correspondió como Dios le dió á entender, aunque sin quitarse el sombrero, al saludo cortés que le dirigieron; hizo mas: ofrecióles de buena voluntad y con tales instancias el banco respaldo, que no pudieron menos de aceptar, aunque pasando por la amargura de ver que se separaron de él para permanecer en pié las cinco personas antedichas, que le tenian ocupado.

Concluyó el juicio el escribano, y poniéndole sin decir una palabra á la derecha del alcalde, este firmó como en un barbecho; hicieron lo mismo los hombres buenos y las partes, y depositando estas sobre la mesa los derechos de ordenanza, salieron con aquellos del despacho de D. Pedro, no sin pedir una de ellas que cuanto antes se la proveyese del oportuno certificado.

—Vamos á ver, dijo en seguida D. Pedro con voz meliflua y bastante dascada al quinto individuo que estaba esperando recostado contra la pared; ¿qué es lo que te ocurre, *Siníforoso*?

—Señor alcalde... ya sabe Vd. que yo soy hortelano... vengo á pedir justicia...

—Sí, hijo, sí, justicia; para eso estoy yo aquí, repuso D. Pedro.

—Es poca cosa, señor alcalde, pero para mí, como Vd. conoce, es mucha, y sobre todo yo tengo razon y por eso vengo confiado...

—Sí, hijo, sí; aquí estoy yo, repitió D. Pedro,

dándose una palmadita en el pecho, como en señal de que su vara no se torcia por nadie... ¿y qué es ello? añadió, vamos á ver.

—Señor, dijo el peticionario; yo he ganado sesenta reales con mi trabajo, y el que me ha empleado, bajo el pretesto de que lo he hecho mal, no me quiere pagar.

—¿Y quién es ese? ¿quién es? dijo D. Pedro repentinamente y en un tono que daba á demostrar queria habérselas con el tramposo lo mas pronto posible.

—Es el señor Subdelegado, en cuyo jardin he estado trabajando seis dias, dijo el hortelano...

—¡Toma! ¡toma! ¡el Subdelegado!... ¿y qué hemos de hacer con ese hombron? dijo el buen D. Pedro encogiéndose de hombros.

Masalegre y el jóven de Logroño, que desde el momento que entraron no habian cesado de sonreirse contemplando la escuálida figura de *D. Pedro Puntapié*, soltaron sin poderlo remediar una tremenda carcajada, al ver el modo que tenia de administrar justicia, cuando se trataba de gentes, á quienes él sabia no importaba un ardite su antigua hidalguía. El semblante del alcalde se inmutó notablemente, pero ó no quiso, ó no encontró palabras para pedir esplicaciones acerca de la risotada ofensiva de Masalegre y del jóven estudiante.

—Señor, dijo el hortelano, que me pague...

—Bien, bien, dijo muy cabizbajo D. Pedro; date por ahí una vuelta... yo me veré con el señor Subdelegado...

—Sí; pero lo que yo quiero es que se me pague.

—Bien, hombre, bien; veremos de remediarlo.

—Aquí me tiene Vd. antes de tres dias, repuso el hortelano, porque esa cantidad me hace falta para mantener mis hijos.

—Vete con Dios, hombre, vete con Dios, que ahora estoy muy ocupado con estos señores... ¡escucha! dí á esos hombres que están esperando, que ya pueden entrar.

Bien fuese por hacer un necio alarde de autoridad, ó lo que es mas probable, porque la consabida risotada le escociese no poco, lo cierto es que así que entraron los arrieros, dirigiéndose el insigne D. Pedro á nuestros viajeros y á su compañero, les preguntó con mucha formalidad:

—¿Traen Vds. pasaporte?

Tan estraña salida chocó no poco á nuestros viajeros, y mas, si cabe, que á estos, al jóven estudiante, quien con mal reprimida indignacion, clavando sus ojos azules en *Puntapié*, le dijo:

—Yo no tengo necesidad de él, señor mio; soy de Logroño; si Vd. no me conoce, cincuenta responderán por mí en esta poblacion, y yo respondo por los señores.

—¿Para qué?... mil gracias, caballero, dijo Masalegre .. aunque yo creia que no éramos llamados con tal objeto, vengo provisto del documento que reclama el *ilustre D Pedro*... aquí está nuestro pasaporte, añadió; y sacando un papel de su cartera, le colocó muy sério sobre la mesa.

—Léale Vd., señor escribano, dijo D. Pedro.

El *escriba* tomó el papel en su mano y leyó lo siguiente:

«Capitanía general de Búrgos.»

—¿Qué es eso? dijo por lo bajo á Masalegre don Perrondo.

—La cosa de Gumersinda: después le diré á usted.

«Encargo muy particularmente (continuó leyendo el escribano) á todas las autoridades y demas dependientes de mi mando que sean requeridas con esta mi órden, presten cuantos auxilios de toda clase sean necesarios á los señores *D. José Redondo de la Dársena* y *D. Tomás Alegre*, que, procedentes de esta ciudad, van con direccion á Barcelona, y sobremanera las prevengo que bajo toda su responsabilidad den á los mismos señores la escolta que para su seguridad reclamen, aunque para ello tengan que abandonarse las mayores y mas urgentes atenciones del servicio público. Búrgos y octubre 4 de 184..—El capitan general, C. de T.»

D. Pedro se puso pálido y colorado alternativamente mas de siete veces mientras el escribano leyó con voz pausada el anterior documento, debido á la solicitud de Gumersinda hácia sus inolvidables amigos; y así que aquel le concluyó y devolvió á Masalegre, todo aturdido y tembloroso, levantándose de su asiento y quitándose su sombrero:

—Señores... dijo, no tenia el honor de... ustedes han de dispensar...

—No hay de qué, señor alcalde; tome usted asiento, le dijo con dulzura D. Perrondo; y para hacerle cobrar un poco de aliento, le añadió: Usted hasta cierto punto no ha hecho mas que cumplir con su deber.

—Sí... pero... yo creí...

—Malo va esto, dijo el chato en voz baja á sus compañeros.

—Nada, nada, señor alcalde, Vd. ha estado en

su derecho... ese punto está concluido... veamos lo que quieren los señores.

—Yo, señor, dijo el chato dirigiéndose á D. Perrondo, nada pido contra Vd... es contra su compañero.

—Vamos; ¿y qué tiene Vd. que pedir contra él? dijo con algun enfado D. Pedro.

Hizo el arriero una relacion allá á su manera de lo ocurrido con nuestro Masalegre, y no bien habia concluido, cuando el otro, á quien aquel defendió, tomando la palabra,

—Señor alcalde, dijo; el señor miente como un vellaco.

—¡Yo no soy vellaco!

—¡Calle Vd.! dijo D. Pedro al chato... ¿no ha hablado Vd. todo lo que se le ha antojado?

—Por una picardía de él, continuó el arriero, empezó la disputa: él fué el que sacudió primero al señor un latigazo entre las orejas...

—Fué porque se bajó de la mula decidido á sacudirme á mí, dijo el chato.

—Pero Vd. le amenazó primeramente, repuso el otro.

—No es lo mismo amenazar que dar.

—Poco á poco, dijo D. Pedro..... Vd habla mas de lo que le toca: todavía no hemos oido al señor...

—Yo, poco tengo que esponer, señor alcalde, dijo Masalegre; cierto es que yo me bajé de la mula con ánimo de dar al señor una buena leccion, pero fué porque me insultó primero y me amenazó con... pues...

—¿Qué es... está preguntó D. Pedro en medio de la hilaridad de todos los circunstantes, y hasta del mismo chato, que no pudo conservar su seriedad al

ver el modo de esplicarse de nuestro Masalegre.

—Es como si dijéramos, señor alcalde, le contestó aquel con sorna, que el señor quería privarme de... de ser hombre...

—¡Hola! ¡hola!... ya caigo... al principio no había comprendido, dijo D. Pedro. ¿Y cómo tiene usted valor, añadió dirigiéndose al chato, para pedir justicia, siendo Vd. el delincuente? ¡qué horror! ¡ultrajar así al señor! ¡ofender de esa manera la moral! ¡á la cárcel! ¡á la cárcel con él!... ¡alguacil!...

—¡Cómo qué! dijo el chato; tras de ser yo el agraviado, ¿ahora he de ir á la cárcel?... ¡Vd. había de ser el alcalde que tal hiciera!

—¿Cómo se entiende?... ¡á la cárcel! ¡le he de poner á Vd. de hierro hasta el pescuezo!

—Vamos, vamos, sosiéguese Vd., señor alcalde, le dijo D. Perrondo; yo le suplico á Vd. que deje ir libres á su casa á los señores.

—Sí, sí, bastante pena han recibido ya, añadió Masalegre.

—¿Pero ha de quedar impune el atentado? replicó D. Pedro.

—No, no ha quedado impune, repuso D. Perrondo.

—En fin... dé Vd. las gracias á estos caballeros, dijo D. Pedro al chato, que sino...

—Sí, sí, dijo el jóven de Logroño; esto se ha concluido; vamos á la feria. Y viendo D. Pedro que los tres se levantaban de su asiento con ánimo de marcharse, hizo él lo mismo, y dirigiéndose al chato, le dijo:

—Vd. pague las costas devengadas... estos señores han de disponer...

—No hay de qué...

—¡Oh! sí... pero esta gente es capaz de comprometer al mas guapo... Estoy á las órdenes de ustedes... mándenme Vds... soy su...

—Gracias, gracias, le dijeron nuestros viajeros y el jóven estudiante, y acompañados por el mismo D. Pedro hasta la puerta principal de su casa, donde les hizo una humildísima reverencia, salieron con direccion á la féria, dejando á *Puntapié* pesaroso de haber molestado á unos señores, que tan eficazmente venian recomendados por el capitan general del distrito, y decidido á administrar recta justicia siempre que poderosos motivos no se lo impidieran, como lo están generalmente todos los que deben su posicion oficial al favoritismo ó á la intriga y temen que se les prive de ella, ó se les moleste y vejo por los mismos que se la proporcionan.

—¡Famoso juez! esclamó soltando una carcajada el jóven de Logroño, al propio tiempo que en union de nuestros viajeros marchaba á la plaza del *mercado*: hemos pasado un rato de solaz que no le olvidaré en toda mi vida.

—Bien merece el ridículo apodo de *Puntapié*, con el que es conocido en la poblacion, dijo Masalegre.

—De buena gana le hubiera plantado yo uno á mi satisfaccion, repuso el jóven, al ver el modo de administrar justicia con el pobre hortelano.

—Es necesario que por el posadero llamemos esta noche á ese infeliz y le hagamos una limosna, porque segun se esplicó tiene muchos hijos, dijo D. Perrondo.

—Soy con Vd., amigo mio, en esa obra de caridad.

—Pues yo me encargo de servir á Vds., dijo Masalegre.

—Corriente; ya estamos en la plaza, señores, dijo el jóven.

Efectivamente se hallaban en la plaza del *mercado*, bajo cuyos soportales se veian, aunque no tantos como en los dias anteriores, diferentes puestos de platería, relojería, paños, sedas y otros objetos de comodidad y de lujo. Despues de enterarse muy de lijero de cuanto allí habia, nuestro D. Perrondo compró una rica y elegante áncora inglesa montada en diamantes, por valor de ciento veinte duros, y el jóven de Logroño un lujoso pañuelo para su madre que le costó dos onzas de oro.

—Esto ya está visto, dijo el jóven estudiante, son mas de las cuatro y podemos ir al paseo, para que se enteren de lo principal de la ciudad, vengan Vds. por aquí; y acto contínuo se echó á andar, seguido de nuestros viajeros. Juntos atravesaron unas seis ú ocho calles que eran las principales de la poblacion, en general súcias, tortuosas y lóbregas, y en seguida, pasando el puente sobre el *Najerilla*, se entraron en el barrio de *San Fernando*, en el cual está el paseo, adornado de árboles corpulentos y elevadísimos y tan bien dispuestos que á la verdad gustó á nuestros viajeros, así que se hallaron en él, tanto ó mas que los que vieron en Santo Domingo.

A la conclusion del paseo se encontraron con los dos jóvenes de Nájera y La-Calzada, á quienes su compañero el de Logroño contó muy pormenor todo lo ocurrido en el despacho de D. Pedro.

—Pues vale un Perú vuestro alcalde, dijo al de Nájera el de Santo Domingo.

—¿Qué quiere Vd.? esos son los alcaldes que nos regalan las autoridades superiores, dijo el paisano de D. Pedro.

—¡Cá! pero peor que este no le puede haber en media España, repuso el de Santo Domingo.

—Calle Vd. por Dios, dijo Masalegre; si lo que há que á los pueblos les privaron de la facultad de nombrar sus jueces, se ven por todas partes á centenares como *D. Pedro Puntapié*, y aun yo creo que peores, porque al menos este no tiene trazas de ser un hombre perverso...

—¡Silencio, señores!... ¿qué algazara es aquella? dijo el jóven de Logroño.

Todos dirigieron la vista hácia el punto señalado por el jóven, donde habia un gran corro de gentes de ambos sexos y de diferentes edades, que en estrepitosa y alegre gresca celebraban de vez en cuando las espresiones que al parecer salian de la boca de una mujer pequeñita, vestida con una camiseta de cotonía, color verde y amarillento, con grandes volantes, un manton morado con largos flecos, su trenza de cabellos á la espalda, sus descomunales pendientes y su rosario al cuello de colosales cuentas de coral encarnado.

—Es una jitanilla que dice la buenaventura á todo el que se la pregunta, dijo el jóven de Nájera.

—Y tambien dirá la mala, dijo Masalegre.

—Por supuesto, replicó el jóven; á unos les contesta y á otros no; pero he oido contar habilidades de ella, que verdaderamente parecen pasmosas.

—Acerquémonos si á Vds. les parece, dijo el jóven de Logroño.

—Qué, ¿quieres que te diga la tuya? le dijo su compañero.

—Algo supersticioso soy... por otra parte todo es diversion...

—Pero esa es propia de las gentes preocupadas y necias.

—Convengo con el señor, dijo Masalegre.

—No obstante; el hombre debe ver de todo, porque siempre hay ocasion de aprender algo, dijo á la sazon D. Perrondo.

—Mucho simpatizamos, amigo mio, le dijo el jóven de Logroño; me parece que iria gustoso con usted al fin del mundo.

—No lo sé... muy bueno sois, le dijo mirándole con satisfaccion nuestro viajero... por ahora vamos á ver á la jitanilla.

Dirigiéronse todos cinco al sitio donde infinidad de curiosos tenian cercada á la jitana, cuya edad podria ser de unas treinta años: su fisonomía, de un moreno oscuro, bien hubiera podido calificársela desde luego de bastante fea, á no adornarla dos grandes y negros ojos y una frente sumamente despejada. La pitonisa egipcia no deciá la buena ventura, á no pedirlo el que deseaba saberla, y sin duda el buen alcalde D. Pedro habia tolerado que sirviese de entretenimiento á sus administrados y demas concurrentes á la féria, porque tenia una buena calidad, y era, que no llevaba mas dinero por su trabajo que el que buenamente la queria dar cada uno de los que con ella consultaban. Cuando era interrogada por alguno, se ponia á examinarle de piés á cabeza con imperturbable calma, y despues, dirigiendo una mirada al cielo, como si quisiera leer en el espacio el impenetrable porvenir, salia de sus lábios el pronóstico, que ya servia de satisfaccion, ya de risa, ya de terror al curioso y á cuantos allí estaban.

Cuando se acercaron al corro nuestros viajeros y sus tres acompañantes, un soldado, gallego, por cierto, la preguntó por su vida futura: la jitana se acercó á él, y despues de mirarle muy despacio y clavar sus brillantes ojos en el azul del cielo:

—Tú, le dijo, llegarás á ser rico con el tiempo, como lo fueron tus antepasados: por la indolencia de tu padre y de tu abuelo, los bienes que hoy deberias poseer, se hallan en poder de tus parientes colaterales: cuando vuelvas al país, tú los recobrarás, aunque para ello tengas que seguir largos y penosísimos litigios.

Una indecible satisfaccion se pintó al oir esto en el semblante del soldado, á quien todos miraban con cierto aire de interés mezclado de curiosidad.

—*Cierto es lo que dice la jitana*, dijo el pobre militar; *pero ¿cómo diablos pudo saber que fueron vivos mis parientes?*

—¡Pues esa es la gracia! esclamó uno de los del corro.

—¡Qué! ¡si es el demonio! dijo otro.

—¡Si parece mentira! añadió un tercero.

—Señor, dijo en esto Masalegre á su amo; ese pobre militar, asi que coja la licencia, ofrece una informacion de pobreza y con ella pone pleito al sol.

—Es mas que probable, dijo D. Perrondo.

—Dime mi buenaventura, jitanilla, dijo otro de los circunstantes, que era un guapo jóven como de veinte años, natural de la poblacion.

—Suponte tú que es mala... ¿quiéres entonces qué te la diga?

—Sí, contestó resueltamente el curioso.

Previas las consabidas formalidades, la jitanilla se dirigió á él y le dijo:

—Tú eres soltero...

—Así es la verdad.

—Tienes una querida bastante bonita, que corresponde dignamente á tu cariño... pero si te casas con ella...

—¿Qué? preguntó repentinamente el curioso, viendo que la jitanilla se detuvo temerosa sin duda de hacer una revelacion que no le acomodase.

—¿Le hará sufrir mucho? dijo un pobre diablo de colorados mofletes y bonachon aspecto, que estaba inmediato al jóven de la buenaventura.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! esclamó la jitanilla mirando fijamente al interrogante: eso, aunque materia grave, está muy puesto en moda en el dia... ¡y qué no te sucederá á tí, que segun las fachas que presentas debe mandar en jefe tu mujer en casa y fuera de ella!

Una estrepitosa carcajada, mezclada con las delirantes esclamaciones de *¡bien! ¡bien!* acogió las últimas palabras de la jitanilla. Todos los circunstantes dirigieron sus miradas al pobre diablo que mohino y avergonzado, mordiéndose el lábio inferior, maldecia en sus adentros la indiscreta curiosidad, que tontamente le metiera donde nadie le llamaba. Despues de pasado el primer momento de entusiasmo que produjera la traviesa contestacion de la jitanilla:

—¡Que concluya con la buenaventura de *Tadeo*! esclamó otro de los presentes.

—Sí, sí; concluye, dijo este.

—Pues bien; si llegas á casarte con ella, te va á dar mas hijos que tuvo *Jacob*... bien puedes pre-

parara para pagar veinte y cuatro bautizos por lo menos.

—¡Demonte! esclamó Tadeo... ¿quién diablos se casa? no voy á concluir de arruinar á los sesenta años.

—Con gusto lo debes hacer; lo peor seria, sino fueran tuyos, dijo la jitana.

—¡Magnífico! gritó uno de los del corro.

—Para que no te suceda lo último, amigo Tadeo, añadió otro, no consientas que tu futura se ponga los calzones.

—Sí; eso es lo que debe hacer todo hombre prudente, repuso la jitanilla; de los estravíos de las mujeres generalmente son culpantes los maridos, ya por su indolencia, ya porque ellos las dan ejemplo, ó ya porque, destituidos de todo sentimiento de honor y delicadeza (que tambien les hay de este jaez), entra en su cálculo que les sean infieles.

—En verdad, señor, que tiene razon la jitanilla, dijo en esto Masalegre á su amo.

—¿No dije que en todas partes se podia aprender algo?

—Vamos, vamos al paseo, dijo el jóven de Nájera, separándose unos cuantos pasos del corro.

—Qué ¿no te gusta esto? le dijo el de Logroño.

—Basta de buenaventura, repuso aquél.

—Sí, sí, vamos á pasear, añadió D. Perrondo.

—Pues yo, dijo el jóven de Logroño, me estaria aquí hasta que fuera de noche.. y tan loco soy, que si supiera de fijo que esta pitonisa habia de acertar, la preguntaria por mi porvenir, aun á trueque de pasar por un hombre preocupado.—

—¡Chico! ¡tú deliras! le dijo su compañero.

—No puedo creer de su buen juicio de Vd. que

habla ahora con formalidad, le dijo D. Perrondo mirándole con tierna solicitud.

—Como se lo digo á Vds., replicó el jóven... ¿qué no daria yo por saber mi vida futura?

—¿Hablais de veras?..

—Sí, sí, con toda ingenuidad... ¿y quién es el que no desea saber el porvenir?

—¡Oh! le dijo D. Perrondo; todos los hombres prudentes, todos los que tienen una idea justa de lo que es esta vida miserable, esta vida tan llena de tropiezos, donde la felicidad alterna con la desgracia, digo mal, donde esta es infinitamente mas constante que aquella, por brillante que sea la posicion del hombre. Creedme, noble jóven, añadió con un acento de sublime dignidad; si supiérais ese porvenir insondable, si lograrais descorrer el velo que encubre vuestro futuro, por lisonjera que os fuese la fortuna, la idea del suicidio vendria á reemplazar inmediatamente al amor que teneis á la vida.

—Soy con el señor, dijo el jóven de La-Calzada.

—Y yo tambien, añadió el de Nájera.

—Además, vos que seis jóven, de buen talento y noble corazon continuó D. Perrondo, ¿no podeis leer lo *principal* (porque los pormenores solo están reservados á Dios) de vuestro porvenir, mas cierto que el que os pudiera anunciar, esa jitana, en la vida de todos los ancianos que conoceis? consultad con vuestra madre, consultad con los sugetos de edad madura que sean vuestros amigos y, contandoos su vida, os leerán vuestro futuro.

—¡Teneis razon! esclamó el jóven de Logroño clavando en D. Perrondo sus grandes ojos azules con una espresion de profundo reconocimiento...

¡soy muy niño! ¡qué no daria yo por estar siempre á vuestro lado!

—Ahora me teneis... vamos á pasear, que la tarde se nos marcha, dijo D. Penrondo cogiendo con el suyo el brazo del jóven.

—Sí, sí, dijo este sin separar de él su dulce mirada... vesmos las bellas de Nájera; y esto diciendo se echaron todos á andar en direccion del paseo.

Dieron cuatro vueltas por entre aquellos hermosos y copudos árboles, recreando su imaginacion, ora en el animado cuadro que presentaban sus calles cuajadas de gente, ora en las inmediatas y pintorescas márgenes del *Najerilla*; y puesto ya el sol, se retiraron á la posada, de la cual no quiso salir el jóven de Logroño, prefiriendo la grata compañía de nuestros viajeros á disfrutar del baile á que, lo mismo que á aquellos, invitó el estudiante de la poblacion y cuya magnificencia les ponderó de antemano, en atencion á ser el último dia de la feria: allí pasaron la mitad de la noche alegres y divertidos, en union de los demas señores, que habian comido con ellos, conversando acerca de las proezas que se atribuian á la jiretanilla, y muy especialmente sobre todo lo ocurrido con el insigne alcalde *D. Pedro Puntapés*, perla de los alcaldes *constitucionales de real órden* y prototipo de los antiguos y esclarecidos hidalgos de aldea, para quienes el soplo de la revolucion, que por de pronto lo ha trastornado todo, ha pasado en valde.

CAPITULO III.

LLEGAN Á LOGROÑO: PUERTAS.

Al dia siguiente y cuando ya los rayos del brillante sol de otoño habian caldeado un poco la atmósfera, caminaban nuestros viajeros acompañados del jóven estudiante con direccion á la capital de la Rioja: el último iba sobre un soberbio caballo negro, el cual, á pesar de sus fuegos y juventud, tenia que marchar al trote largo para seguir á las grandes y cómodas mulas que montaban los primeros: conversando alegremente sobre el hermoso pais que recorrian, que en todas partes ofrecia ocasion de admirar los variados y escelentes frutos que pronto iban á recompensar las ímprobas faenas del pobre cuanto oprimido labrador, pasaron á la hora y media de haber salido de Nájera por medio del pueblo de Navarrete, cuya campiña les pareció sumamente fértil y deliciosa; tomaron despues el camino de la capital, divisando luego á lo lejos la pequeña pero inmortal villa de *Cénicero*, eterna, viva y elocuente protesta contra los indignos calumniadores de la Milicia Nacional, y un poco antes de llegar á aquella acordóse el jóven del pañuelo que habia comprado para contentar á su mamá, como él decia, é hizo observar á nuestros viajeros que su introduccion tenia que subir no poco su primitivo precio, como si fuese un género que acabara de comprar en pais estranjero.

—¿Y es posible que le lleven á Vd. algo por su introduccion? le dijo Masalegre.

—¡Toma si lo es! dijo D. Perrondo; tal anda entre nosotros el libre cambio que una prenda, producto del pais, y que al llegar á las manos del

comprador está ya gravada con cincuenta mil impuestos directos é indirectos, tiene que satisfacer otro no pequeño cada vez que entre en poblaciones donde exista la odiosa institucion de las puertas.

—¡Así está de voyante nuestra industria! esclamó Masalegre: por todas partes no se oyen mas que quejas y lamentos sobre el mal estado de ella y sobre los escasísimos productos que tienen los infelices que se dedican á cualquiera especulacion.

—Sí; pero la institucion de las puertas es la mas vejatoria y repugnante que se conoce, dijo el jóven de Logroño... decir que si quieren le han de registrar á uno hasta su cuerpo... ¡oh! ¡eso es un borron para el siglo en que vivimos!

—Yo creí que no habia cosa mas odiosa que esto de las puertas, pero he visto, amigo mio, que por desgracia tenemos otras mas tiránicas y abominables, repuso Masalegre.

—No puede ser, dijo resueltamente el jóven estudiante.

—¿No...? voy á convencer á Vd., dijo Masalegre.

Aquí le contó muy pormenor lo que él y su amo habian visto con el abastecedor de carne de Santo Domingo de la Calzada, y el jóven no pudo menos de convenir en que teníamos los españoles cosas mas repugnantes y odiosas que las mismas puertas. En seguida dijo Masalegre:

—Yo considero á las puertas como unos encargos que están en derecho de la industria; llegan los productos de esta á una poblacion cercada, y los agentes del fisco les dan el alto: como los géneros van sin acompañamiento seguro, se rinden á

—Bien está; ¿y es así como cumple Vd. con su obligacion? ¿qué es lo que está Vd. diciendo á ese pobre hombre?

El guarda que oyó semejante lenguaje, tomando á Masalegre por un empleado superior, encargado de vigilar su conducta y la de sus compañeros,

—¡Señor...! dijo lleno de miedo... si no le he dicho nada.

—¡Eso lo veremos! ¡yo, yo me entenderé con usted...!

—¡Señor...! ¡que lo diga él...!

—No necesito que me diga nadie lo que he visto, repuso Masalegre con gravedad: Vd. vaya con Dios, buen hombre, que en cuanto á este empleado yo bien sé lo que he de hacer hoy mismo con él. Y dando un espolazo á su mula, se entró á toda prisa por la ciudad, seguido de su amo y del jóven estudiante, que estaban asombrados de la travesura que acababa de poner en práctica; para no pagar los derechos del vino y del pañuelo y dejando al pobre guarda triste y meditabundo, temiendo que aquel sería el último dia que desempeñaba su destino.

Traspuestos ya un par de calles, D. Perrondo le ordenó que detuviera su mula, porque él caminaba á la ventura y no sin algun recelo de que se descubriese su disimulable superchería: hízolo así en efecto, y despues de reir un poco D. Perrondo y el jóven estudiante, aquel rehusó en medio de mil protestas de gratitud las sinceras y repetidas ofertas que este le hizo para que fuera á hospedarse á su casa, asegurándole que su buena madre recibiria en ello un infinito placer; despidiéronse hasta dentro de poco tiempo, tomando

el jóven la direccion de su vivienda y nuestros viajeros la de una buena posada, que aquel les encargó desde el sitio donde estuvieron detenidos.

Acababan de tomar posesion nuestros viajeros del cuarto que les señalaron en el parador, cuando se presentándose el amo de él y dirigiéndose á don Perrondo le dijo:

—¿Vienen Vds. de Nájera?

—Sí, le contestó D. Perrondo.

—¿Procedentes de Castilla?

—Sí.

—¿Es á D. José Redondo de la Bárcena á quien tengo el honor de hablar?

—Servidor de Vd...

—¡Cuánto me alegro! esclamó el posadero.

—Que... ¿me conoce Vd...?

—¿Es Vd. castellano? le preguntó Masalegre.

—No señor, que soy aragonés, contestó el posadero.

—Pues luego, ¿cómo sabe Vd. mi nombre?

—Tengo encargo de dar parte de la llegada de ustedes... El señor Comandante general ha venido esta mañana á prevenirme que si llegaban Vds. lo pusiera al momento en su conocimiento, y segun tengo entendido, ha hecho lo mismo con otros dueños de paradores.

—¡Ah ya caigo, dijo Masalegre.

—¡Oh! esclamó D. Perrondo.

—Con que voy al momento...

—¡Oiga Vd., patron! ¿para qué es el molestar á ese señor?

—¡Oh! ¡oh! me lo encargó sobremanera... yo no puedo menos de cumplir... Voy, voy corriendo...

—¡Espere Vd., hombre...! de Vd. tiempo: justo

es que nos labemos y mudemos primero.

—¡Corriente, corriente...! ahí tienen Vds. lo necesario... yo soy muy esacto en el servicio de mis huéspedes... mientras viene ese señor... ¡pues! son ya mas de las doce... con que... con permiso. Y el posadero se echó á andar mas que de paso á cumplir con el encargo que le habian encomendado.

—¡Pobre Gumersinda! dijo al momento don Perrondo.

—No hay sobre la tierra un corazon mas noble que el suyo, dijo Masalegre... ¡Hola! aquí tenemos la ajofaina llena de agua... la toalla... jabon... todo está dispuesto: tenia razon el posadero.

—Sí; nos lavaremos y mudaremos para recibir como corresponde á la primera autoridad militar de la Rioja...

Apenas habian acabado de componerse nuestros viajeros, cuando el jóven estudiante, á quien completamente tenia cautivado el corazon nuestro don Perrondo, fué anunciado por una criada del parador.

—¡Amigo mio! dijo el joven entrando en la habitacion de nuestros viajeros... dirá Vd. acaso que soy importuno...

—No, querido, le dijo D. Perrondo; lo que en caso diré será, que lleva Vd. la consideracion hácia sus humildes servidores hasta un estremo, que no podremos agradecer jamás.

—¡Oh! ¡oh! esclamó el jóven interrumpiéndole: yo soy así... á luego de apearme y contentar á mi mamá, que en estremo ha sentido no les llevára á ustedes á su casa, he venido á suplicarles en su

nombre y el mio se dignen acompañarnos á comer en el dia de mañana.

—Acepto gustoso por mi y por Masalagre tan distinguido honor, dijo D. Perrondo.

—Los honrados seremos nosotros.

—Gracias... ¿y cómo ha encontrado Vd. á su señora madre?

—Perfectamente; goza de una salud completa: el método de vida activa que siempre ha tenido y que aun sigue hoy, á pesar de sus años, la conserva tan sano el cuerpo como el corazon... Tengo, amigo mio, una madre envidiable: como hijo único, idolatra en mí; pero creo, que á pesar de lo que decimos los legistas, de que el amor desciende, ha de superar al suyo mi cariño.

—En vuestro noble proceder hallareis la recompensa, querido mio: amar así á una madre es amar á Dios, es ser completamente feliz, dijo D. Perrondo... ¡oh! ¡quién pudiera decir lo que Vd.!

En este momento se sintieron los pasos de dos personas que venian con direccion al cuarto de nuestros viajeros.

—¡El señor Comandante general! gritó en la inmediacion del mismo el consabido posadero.

D. Perrondo salió al dintel de la puerta del cuarto.

—Pase Vd., mi comandante.

—Con permiso de Vd., dijo el militar, é inconmenti se entró en la habitacion, sombrero en mano y con resuelto ademan.

Era el Comandante general de Logroño, de atlética estatura y formas proporcionadas; en sus pronunciadas facciones, curtidas por el sol de tres campañas, en sus negros y rasgados ojos y en su frente bastante despejada, estaba anunciando una

poderosa energía, un regular talento, y sobre todo una gran franqueza, bella cualidad, que en ninguna clase de la sociedad resplandece con mas brillo que en la militar. Tendria mas de 60 años, á pesar de lo cual, todavía permanecia soltero. Aunque pocas veces acostumbraba á vestir el uniforme, á no ser en los actos del servicio, aquel dia se habia puesto el mas lujoso que tenia, sin duda por honrar mas á nuestros viajeros. A pesar de su larga y brillante carrera no era mas que brigadier, y llevando su modestia hasta un estremo, desconocido á los mas, aun cuando tenia muchas y muy honoríficas condecoraciones, solo ostentaba en su pecho tres cruces de San Fernando, que con orgullo llevaba por la circunstancia de haberlas ganado todas siendo oficial subalterno, sobre el campo del honor. Así que entró, colocando su tricornio sobre una mesa y dirigiéndose á D. Fernando, que le habia hecho los honores del recibimiento:

—¿Es el señor de la Bárcena á quien tengo el gusto de hablar? dijo en acento andaluz bastante pronunciado.

—Muy servidor de Vd... hágame Vd. la gracia de tomar asiento.

—Estoy á la órden de Vd., señorito Valverde.

—Gracias, mi querido comandante; me alegro de ver á Vd. bueno, le contestó el jóven.

—El General, mi paisano, añadió el Comandante dirigiéndose á D. Fernando, me dice en carta que anoche recibí, que hoy deberia Vd. llegar á esta poblacion.

—Acabamos de entrar ahora.

—Me encargo haga á Vd. una visita en su nombre, y que como particular y como autoridad le preste cuantos auxilios necesite... mando perdo-

tanto á ponerme á las órdenes de Vd...

—Mil gracias, le dijo D. Perrondo... no sé cómo podré pagar esta nueva muestra de particular aprecio hácia mi humilde persona.

—¡Oh!... no estrañe Vd. tal proceder en el General; es amigo de sus amigos, repuso el Comandante.

—En efecto, dijo involuntariamente D. Perrondo.

—Y qué tal!... ¿le ha gustado á Vd. la feria de Nájera?

—Yo poco puedo decir á Vd. de ella...

—Sí; ya se, segun me escribe el General, que debieron Vds. llegar allí en el dia de ayer.

—No ha dejado de ser concurrida, dijo el jóven estudiante.

—¿Ha estado Vd. en ella, amigo mio? le preguntó el Comandante.

—Si señor: fuí con objeto de divertirme cuatro dias. Los vendedores se quejaban de que habia pocos compradores, y de que el que queria hacer algo, tenia que dar sus géneros poco menos que de valde.

—¡Está todo tan malo! esclamó el Comandante.

—No lo sabe Vd. muy bien, señor Comandante; los que vivimos en los pueblos somos los que únicamente podemos dar razon del lamentable estado de todos los negocios, dijo D. Perrondo.

—Allí, allí es donde los gobernantes deberian fijar sus miradas, alejándolas algo, ya que no de todo punto, del cuadro de lujo deslumbrador que ofusca sus sentidos en las grandes ciudades, dijo Musalegre.

—¡Todo está perdido! dijo el jóven estudiante... amigo mio! añadió dirigiéndose al Comandante,

hoy solo pueden vivir Vds. los que cobran sueldo del tesoro.

—No crea Vd., amigo Valverde, que estoy lejos de pensar como Vd., le dijo con franqueza naturalidad el Comandante... pero, ¿de qué nos estrañamos? Hay un ejército de empleados.. el presupuesto de Hacienda contiene espantosos guarismos... Yo, que he ganado con mil esposiciones el sueldo que tengo; que he peleado diez y seis años recibiendo multitud de heridas en defensa de la libertad, que he comido el pan de la emigracion, me indigno cuando veo á centenares de jóvenes imberbes que, no mas salir de la escuela y aprender á pintar cuatro letras, cobran por estar holgando la mayor parte del dia (porque á esto da ocasion la abundancia de brazos), diez, doce ó mas miles de reales... ¿y qué sucede con esto? Que las escesivas contribuciones que con precision hay que exigir á los pueblos para sostener tanto empleado, invertidas en gastos improductivos, empobrecen al labrador y dan un golpe mortal á la industria y al comercio.

—Y no lo dice Vd. todo, mi Comandante, dijo D. Perrondo, entusiasmado de oir un tan sano lenguaje por boca de la autoridad militar; mas si cabe que lo que Vd. tan perfectamente ha espuesto arruinan esas fuentes de la produccion los vejámenes que tantos empleados hacen sufrir al labrador, las cortapisas que se ponen al mismo y al industrial con la contribucion de consumos, y las infinitas y odiosas trabas que do quiera ponen al comercio á manera de una red para que solo gire dentro del perímetro que ella abraca: por todas partes se encuentra Vd. con visitadores, inspectores, investigadores, ejecutores, et-

cétera, que llevan la alarma, las lágrimas y el desconsuelo á los pueblos como si fueran unos conquistadores suyos. De aquí ha resultado ese furor pasmoso, inaudito, por los empleos, que en no poco rebaja el nombre español: á cualquiera parte que Vd. dirija su vista, en cualquier punto que fije su planta, se encuentra Vd. con uno que viva del presupuesto, y con muchos que sin título para ello quieren vivir del mismo; de modo que la España, que por la naturaleza cuenta con mas recursos que ningun otro pais para que sus hijos se dediquen con brillante éxito á la agricultura, á la industria y al comercio, pasa entre las demás naciones por una *nacion de empleados*, como pasó en un tiempo la nacion ateniense degenerada por una *nacion de chiquillos*.

—Convenidos, amigo mio, dijo con la mayor satisfaccion el Comandante, y lo peor es que los servidores del Estado, que deberian estar honrados y respetados, son mirados por la generalidad de los hombres independientes hasta con desprecio, y por la mayoría del pueblo productor y contribuyente con ódio..... á todos nos confunden, á todos nos miden con un rasero, al que lo ha ganado en su larga carrera con infinidad de trabajos y esposicion de su vida, y al que, merced á la intriga y al favoritismo, está colocado en un puesto que deshonra ó envilece.

D. Perrondo, y mas si cabe Masalegre, estaban encantados de la conversacion del Comandante, cuya naturalidad y franqueza realzaban sobremanera sus opiniones. Despues de hablar un buen rato sobre asuntos referentes á la situacion del pueblo español, suplicó el Comandante á nuestros

viajeros se dignasen acompañarle á comer al siguiente dia.

—Siento, amigo mio, no poder aceptar tan distinguido honor, le dijo D. Perrondo.

—¡Cómo! dijo el Comandante.

—Porque estamos comprometidos con este caballero.

—Entonces tendré ese gusto pasado mañana...

—Tampoco podemos complacer á Vd.; tenemos precision de madrugar en ese dia para llegar á dormir á *Alfaro*.

—¿Tan pronto abandona Vd. á Logroño?

—¿Qué quiere Vd.?... vénimos de paso, y un par de dias bastan para tomar una idea de la capital de la Rioja: veremos en esta tarde la ribera del *Ebro*, y mañana examinaremos lo mas notable de la poblacion.

—Lo siento infinito, dijo el buen Comandante; pero no creo que esté Vd. comprometido para refrescar esta tarde, y aun cuando así fuese, el caballero Valverde sé que me estima lo bastante para que le deje á Vd. en libertad y á mí me conceda la gracia de que honre Vd. mi casa..... con que refrescaremos juntos.

—Eso sí; lo acepto con el mayor placer, dijo D. Perrondo.

—¡Corriente!... quedamos convenidos... Yo me retiro, dijo levantándose el Comandante... ¡Ah! se me olvidaba... á la tarde vendré á buscar á ustedes, y juntos veremos la ribera del *Ebro* y la del *Iregua*, mas beneficioso que aquel para la poblacion por diferentes conceptos.

—Lo mismo haré yo; antes de las cuatro estoy aquí, dijo levantándose tambien el jóven estudiante.

—¿Pasearemos á pié? preguntó el Comandante.

—Por supuesto, contestó D. Perrondo; y apretando con efusion las manos del Comandante y de Valverde, salieron estos últimos para sus casas, y acto continuo, por ser ya mas de las dos, pidió Masalegre al posadero, con el parecer de su ama, que les sirviese la comida lo mas pronto posible.

Fieles á su palabra, tanto el jóven como el Comandante general, se presentaron á eso de las tres y media de aquella tarde en la posada de nuestros viajeros, y todos cuatro salieron al momento con direccion al puente fortificado sobre el *Ebro*, obra magnífica y desde la cual se ofrece al observador un cuadro variado y pintoresco, ya dirija su vista á favor de la corriente, ya en contra de ella: despues de ver bien despacio este monumento grandioso de *San Juan de Ortega*, tomaron la derecha del rio y llegaron hasta la pequeña aldea de *Varea*, donde en otro tiempo se sentó la célebre cuanto populosa y opulenta ciudad romana de *Varia;* y recorriendo á su vuelta la bellísima campiña que el *Inegua* hace producir en abundancia infinidad de sabrosos y escelentes frutos, se entraron ya al anochecer en la ciudad. Dirigiéronse todos cuatro á casa del Comandante general, donde no mas llegar les sirvieron un esquisito refresco; pasaron allí conversando hasta muy cerca de la media noche, y en seguida se retiraron nuestros viajeros en direccion de la posada, y el jóven Valverde en la de la casa de su querida madre, no satisfechos por cierto de la amabilidad, franqueza y buen criterio de aquella autoridad militar.

CAPITULO IV.

UNA BUENA MADRE.

Antes de trasladar al lector á la casa de la madre de Valverde, justo es que digamos, que tanto D. Perrondo como Masalegre no se habian olvidado de las personas queridas que en su pueblo dejáran dirigiendo al cielo fervientes plegarias por la felicidad de su viaje, que quisieran durase lo menos posible. Así es que en la mañana que siguió á la noche, cuya mitad pasaron con el simpático Comandante general de la Rioja, madrugaron mas de lo de costumbre, D. Perrondo con ánimo de escribir al señor Cura, y Masalegre en la idea de poner en conocimiento de su escelente compañera Francisca lo más notable que á él y á su amo habia ocurrido desde la hora y punto que salieron de su casa. D. Perrondo, que ya habia escrito al buen eclesiástico desde Búrgos, noticiándole su encausamiento y la posicion de la hija del honrado médico Solís, por cuya influencia indudablemente quedaron frustradas las malas intenciones del asesor Cigüeñina, volvió á escribirle, participándole entre otras cosas los sucesos de Nájera y su recibimiento en la capital de la Rioja por la primera autoridad militar, merced tambien á la solicitud de la bella cuanto interesante Gumersinda. Masalegre, así que concluyó su carta á Francisca, se la leyó á su amo, y por lo curiosa, merece que tambien se entere de ella el lector, pues que decia así:

«Logroño y octubre etc.—Mi querida Francisca: sé que dirás que no soy hombre de mi palabra, cuando hasta ahora no te he escrito, eso que

el amo, acaso sin prometer nada, dirigió desde Búrgos una carta á nuestro buen padre de almas; pero no debes estrañarlo, amiga mia, porque si el amo es el hombre mas honrado y mas guapo que he visto en el mundo, tambien es el mas valiente: él de nada se asusta, ni nada le conmueve, á no ser las desgracias de nuestros semejantes, que de un solo golpe quisiera remediarlas todas. Si sabes, como supongo, nuestra prision en Ontanas, nuestra fuga en Rabé y nuestro encausamiento en Búrgos, sabes tambien ya la causa de no haberte yo escrito, porque cuando el ánimo no está tranquilo por temor de que al cuerpo le custodien donde no le dé el sol, y al bolsillo lo dejen abandonado para que su contenido pase como por arte de encantamiento á manos de despiadados *satélites* y famélicos *ministriles*, creo que pocos hombres son los que conserven la suficiente serenidad para dedicarse con gusto á escribir una epístola; porque has de saber, si por acaso lo ignoras, que siempre serán mas los cobardes que los valientes, los pobres de espíritu que los intrépidos de corazon, así como son, han sido y tambien serán infinitamente superiores en número los nécios á los sábios y los feos a los hermosos; y no es que yo me tenga por cobarde, porque ya sabes tú que ninguno me ha puesto la mano en el pueblo ni fuera de él: pero sí te digo que los tribunales de justicia de la manera que están organizados imponen un miedo que supera con mucho al respeto que se merecen los encargados de administrarla, si te añado que todas sus *dependencias*, *incidencias*, *anexidades* y *conexidades* como dicen los escribanos (acaso sin saber lo que dicen como me sucede á mi ahora contigo) las comparaba yo

sin poder remediarlo á una nube de langosta ó cabeza de tisillo cuando en últimos de primavera cae sobre un soberbio sembrado y lo destroza en un *santiamén*, y si por último te consigues aquí que cada paso que daba, hasta que por casualidad me encontré con la hermosa cuanto tierna Gunnersinda, era un tropiezo, que en una parte tomaban como por via de diversion que fuéramos á la cárcel á solazarnos quince dias, que en otra nos hacian un recibimiento de hambrientos pretendientes, y que en otra por poco no rompe la crisma á una especie de mona con vigotillo que me hizo mas de cuatro desprecios en mis barbas, tendrás una cabal idea de las terribles angustias porque he estado pasando, angustias que me hacian maldecir de todas verás la hora y punto que dejamos tu grata compañía y ese tranquilo lugar. Ahora, que ya estoy contento y satisfecho, he cogido con gusto y muy de madrugada la pluma para decirte, que el mundo es muy grande, que en él hay de todo como en botica, bueno y malo, insustancial y picante, soso y salado, para dar gusto á listos y tontos, á pacatos y valientes, á pícaros y á hombres de bien. La tierra donde ahora estamos es muy pintoresca y hermosa, de modo que con su vista he perdido la preocupacion que tenia, de que en toda España habia mejor pais que el nuestro por la circunstancia de que, aunque sin árboles, produce trigo y vino en abundancia: aquí, además del trigo que no es inferior al nuestro, y del vino que sin disputa es soberanamente mejor, hay muchísimas frutas, escelentes y grandes pimientos, y sobre todo unas guindillas tan vivas como malos naturales de la tierra que las produce, de que me tengo que contar para mientras viva, por-

que por *décame allá esas pajas* armé con cuatro de ellos hace unos dias una camorra, por la cual me ablandaron las orejas y costillas, si que yo no les fuí en saga, y aun creo que saqué el mejor estote: á propósito: dí al señor cura que tambien hay por estas tierras alcaldes muy parecidos á mi antiguo amigo el Pálao, con cuya conducta está tan mal, aunque á la verdad no son tan tiranos en aquello de cobrar *sus derechos*, lo que no sé si consistirá en que son hidalgos ó en otra cosa; pero que tambien administran recta justicia, siempre que *consideraciones superiores* no se lo impidan; y el verse aquí, y ahí y en otras muchas partes alcaldes de esta calaña, mas que en los vicios de los hombres, creo yo que consiste en los vicios de las leyes, si que éstas no les tendrian como no los tuvieran aquellos: dile asimismo que en Rioja he visto como los malditos de los *siseros* ó arrendatarios de los ramos del comun tienen como entre prisiones á los vendedores de carne; y dile por último, que cuando pase á la ciudad y lleve de regalo géneros que devenguen derechos y él no quiera pagar, que no vaya vestido de cura sino de paisano, y haga entender á los guardas que es un *gobernador*, *comandante*, *administrador*, *inspector*, ó cualquiera cosa de las infinitas que tenemos y nos cuestan tan caras, que acaban con todo, que así le dejarán libre el paso, y aun creo que le harán reverentes y humildísimas vénias. Ya voy siendo demasiado largo, pero no concluiré la presente sin decirte, que gracias á Gumersinda hemos sido obsequiados ayer por este señor Comandante general, que es un militar que vale un Perú, y que hoy vamos á comer en casa de un jóven casi tan bello y generoso como el mismo, y con el cual entablamos afectuosa re-

lacion en la inmediata ciudad de Nájera. Otro dia será mas largo, y te dirá acaso otras cosas mejores tu afectísimo—*Masalegre.*»

P. D. Se me olvidaba decirte que mañana salimos de esta con direccion á Zaragoza: tambien te advierto, aunque te sirva de enojo, que dés mis afectos á la Gertrudis, de la cual no dejo de acordarme, á pesar de mis cuarenta, que probablemente me harán ir soltero á la tumba; y no entiendas que quiero decirte que me voy á morir ahora que tengo cuarenta años, sino que por tenerlos, regularmente ya no llegaré á casarme: Dios (que deseo esté contigo) sobre todo.»

Despues que nuestro Masalegre hubo leido á su amo la anterior epístola, le pidió la que habia escrito para el señor cura, salió de la posada en direccion de la administracion de Correos, que no estaba muy distante, y así que echó las dos cartas por el buzon volvióse incontinenti á tomar el chocolate en compañía de D. Perrondo.

Ya entrado el dia, salieron amo y criado á enterarse de la poblacion, entre cuyos edificios públicos solo llamó su atencion de una manera notable la soberbia y antiquísima iglesia de Santa María del Palacio, titulada por escelencia la *Imperial*: en seguida fueron á visitar al Comandante general, en cuya casa se presentó al momento el jóven Valverde, que iba en su busca, llevando al propio tiempo el objeto de invitar á comer á aquella autoridad, lo que aceptó de buen grado, siquiera por acompañar á nuestros viajeros.

Seria poco mas de la una de la tarde cuando estos, el Comandante general y el jóven Valverde se dirijieron á la casa de la madre de éste, situada en la parte de la ciudad conocida con el nombre

de *Rua vieja*: la casa era de construccion antigua estraordinariamente sólida y de grandes dimensiones, pues que además de ofrecer cuantas comodidades puedan apetecerse para un labrador, tales como cuadras, pajares, lagar, bodega, etc., tenia una magnífica huerta con grandes tapias no lejos del caudaloso Ebro, cuya corriente se veia deslizar en lontananza por entre multiplicados y jigantescos árboles de varias clases desde unos balcones colocados en la parte posterior del edificio: en una de las habitaciones que ofrecia esta hermosa vista, amueblada con elegante á la par que sencillo gusto, hallaron nuestros viajeros y el Comandante á la madre del jóven que se entretenia leyendo la vida de *Juliano el apóstata*, este príncipe, modelo de los príncipes, este general, el mas inteligente de los generales romanos despues de *César*, este hombre, digno de la admiracion y respeto de todo el género humano por sus grandes virtudes, este filósofo en fin, que tal vez pasaria por el mas grande de los filósofos de la antigüedad, *si* por desgracia no hubiera profesado á la religion del Crucificado la aversion que la profesó, acaso por la circunstancia de haberla visto apoyada no pocas veces con la punta de la espada por el odioso cuanto cruel déspota *Constantino*.

Llamábase la madre de nuestro escelente jóven *Doña Teresa Luzan y Valverde*: á pesar de sus cincuenta y nueve años estaba, como su buen hijo habia dicho, tan perfectamente ágil y bien conservada, que cualquiera diria no contaba aun los cuarenta y cinco: era alta y delgada, de rostro aquilefio, de grandes y espresivos ojos azules, nariz recta y bermosos lábios, que dejaban ver cuando se contraian una dentadura tan blanca y

completa como si fuese la de una jóven de veinte: vestia un rico traje de seda negro y una mantoleta del mismo color: un zapato de seda amarilla, un collar, si bien antiguo, de bastante precio y una pequeñita y elegante papalina blanca, que dejaba descubierta su ancha, serena y hermosa frente, completaban los adornos de esta matrona, severa á la par que simpática en todo su conjunto, noble en su porte, ilustre en su conducta, admirable como madre de familia, grande como gefe de ella y apreciable como la que mas en todos conceptos.

—¡Mamá! dijo el jóven al mas entrar en la habitacion; tengo el gusto de presentar ante Vd. á mis dos nuevos amigos, en union del señor Comandante general.

—Muy señores mios, dijo doña Teresa haciéndoles una graciosa inclinacion y doblando el libro donde se hallaba leyendo.

Despues de los correspondientes y ordinarios saludos suplicó á nuestros viajeros y al Comandante que tomasen asiento á su lado. D. Perfecto y el Comandante ocuparon dos cómodas butacas próximas al sofá donde doña Teresa estaba, y Manuelgre y el hijo se colocaron en dos sillas inmediatas á aquellos.

—Vd. nos ha de dispensar, señora, le dijo don Perfecto, que antes no hayamos tenido el gusto de ver á Vd... el tiempo ha sido tan corto...

—No tengo por qué respecto de eso, señor mio, dijo doña Teresa con estraordinaria amabilidad: lo que he sentido en estremo, como he dicho á este niño, añadió señalando á su hijo, ha sido que no viniesen Vds. á hospedarse á esta su casa.

—Estan Vds. gratis.

—No, no tengo de ello una queja: mi hijo me ha hablado de la reciente cuanto honrosa amistad de Vds. para con él, y á fin de que ésta fuese más íntima y duradera...

—¡Oh! ¡oh! lo será, señora; no abriguéis la menor duda sobre ello: tenéis un hijo que á primera vista seduce y encanta, que conociéndole cautiva el corazon, y á quien hay precision de amar con delirio tratándole un poco.

—Me honrais sobremanera, dijo el jóven.

—No, no, querido: nunca manchó mis lábios la adulacion.

—Lo mismo me ha dicho él de Vd., dijo doña Teresa clavando con indecible satisfaccion en su hijo sus hermosos ojos azules.

—Los buenos simpatizan al momento de verse, dijo el honrado Comandante general.

—Teneis razon, señor Comandante, dijo doña Teresa.

—Lo mismo que los malos, dijo á la sazon Masalegre, solo que los buenos se unen para hacer bien y los malos para causar daño.

—Así es en efecto, dijo doña Teresa haciendo una inclinacion de cabeza á Masalegre. Luego dirigiéndose á D. Perrondo, añadió en medio de la grata satisfaccion que me ha proporcionado mi hijo adquiriendo dos tan buenos amigos suyos, que lo son mios, tengo otra queja de Vd., caballero...

—¿De mí, señora? dijo D. Perrondo.

—Sí, amigo mio, contestó doña Teresa con sonrisa.

—¿Pues cómo?

—Porque me vais á privar del placer de tener en mi compañía á mi Teodoro otros cuatro dias

mas: á pesar de que el curso no ha empezado aun, tiene determinado de una manera irrevocable el irse con Vds. á Zaragoza.

—¡Oh! ¡oh! eso no lo consiento yo, señorita; nosotros sabremos ir solos á la heróica ciudad.—

—Todo menos eso, amigo mio, dijo doña Teresa: mi hijo está de hecho emancipado; es dueño absoluto de sus acciones: hasta los 16 años yo le dirigí como me pareció mas conveniente, y hasta esa época yo fuí responsable de sus acciones; pero desde entonces le dejé en plena libertad para que obre cómo y mejor sea de su agrado... va á concluir la carrera de leyes, y no es cosa de que una mujer mande sobre un hombre, á quien pronto pueden encomendar otros la defensa de sus intereses, de su honor y hasta de su vida.—

—Ya os he prometido que procuraré recibirme de los primeros, dijo el jóven á su madre; con que nada vais á perder... además de que yo me temo que haya empezado ya, porque si bien otros años no se abria la universidad hasta el dia de San Lucas, parece que en este se abre mas pronto con ánimo de cerrarla antes que aprieten los calores de junio.

—Bueno, hijo, bueno; yo me alegro tambien que vayas al estudio con tan grata compañía; pero eso no quita el que yo forme sentimiento por nuestra separacion.

—¡Eso es tan natural! dijo el Comandante.

—Es irremediable entre dos personas que se aman, dijo D. Fernando.

—Y eso, señores, que mi querida mama es una especie de *filósofa estoica*, dijo el jóven.—

—No, hijo mio; ni soy estoica ni pertenezco á ninguna secta filosófica; ya porque no tengo las

conocimientos indispensables para ello, ya porque por mi sexo y por mi posicion, he estado y estoy dedicada á ser nada mas que una madre de familia.

—¿Apuesto que está Vd. leyendo el libro de *Epitecto?*

—No, Teodoro; no es sino la vida de Juliano el apóstata, á quien sabes profeso estraordinaria admiracion.

—Bien la merece, señora, un discípulo de *Zenon*, que en el elevado puesto que ocupó supo hacerse superior al maestro, la dijo D. Perrondo.

—Me gusta mucho *Epitecto*, dijo con natural y seductora afluencia la señora de Luzan, cuyo libro quisiera yo ver en manos de niños, adultos y ancianos; me gusta tambien *Platon*, por sus escelentes consejos para la educacion, envueltos en sus delirios comunistas; pero ninguno tanto como *Juliano*, porque este, aparte de sus ideas religiosas, bajo cuyo punto de vista no hay que juzgarle, en la brillante posicion á que le elevó la fortuna, posicion que acaso hubiera trastornado el juicio á la mayor parte de los filósofos antiguos, supo conservarse siempre, en sus escritos y en su conducta, prudente, magnánimo, inalterable, virtuoso, fuerte y admirable: yo no encuentro uno que pueda comparársele mas que el divino *Marco Aurelio*.

Entusiasmados estaban nuestros viajeros y el Comandante de oir en boca de una mujer un lenguaje, que acreditaba su buen juicio, su sobresaliente educacion y su no mediano talento.

—Tiene razon vuestro hijo, señora, la dijo don Perrondo; es una filósofa.

—Que discurris mejor que la mayor parte de los

abogados que yo conozco, añadió Masalegre.

—Yo sé por mi hijo que no estais muy bien con los abogados, le dijo doña Teresa.

—Ya vé Vd..., dijo Masalegre: nunca, ni aun en la ominosa época del veinte y tres, que no nos dejaban ni á sol ni á sombra, que llevaron preso al padre del amo, teniendo nosotros que andar debajo de tejado, á pesar de nuestros pocos años, sufrí tan crueles angustias y malos ratos como cuando por mi mala estrella me ví en manos de infinitos abogados, que á mí se me figuró eran otros tantos perros de presa que la habian hecho en mi pobre cuerpo.

—Pues desde esa época que Vd. casualmente ha citado, repuso la señora Luzan, data mi mayor aficion á la lectura, á que por necesidad, mas bien que por otra causa, tuve que dedicarme.

No crean Vds., por lo tanto, que yo soy lo que se llama una *literata* en la acepcion ridícula y hasta injuriosa que Vds. toman esta palabra. Yo sabré menos que esas *literatas*, pero ni tengo pretensiones de serlo, ni lo poco que he aprendido lo hice con otro objeto que el de educar convenientemente á mis hijos. Víctima mi querido esposo de los padecimientos que le hicieron sufrir en los años 23 y 24, quedé yo sola al frente de nuestra respetable fortuna y con tres hijos, el mayor de 9, el segundo de 6, y este de medio año. Enemiga de un segundo matrimonio, que generalmente es fatal á los que le contraen, y sobre todo á la familia del primero, me propuse cuidar de mi hacienda y dar por mí misma la educacion mas conveniente á mis hijos, en la seguridad de que aquella seria mejor que entregada á manos mercenarias. A luego de perder el marido, tuve la desgracia de que

se muriese mi hijo segundo; reconcentré en los dos el cariño que en los tres estaba depositado; segun les habia criado á mis pechos, como la misma naturaleza ordena, quise dirigirles por mí misma, sin auxilio de nadie, hasta los 12 años, que pudieran entrar á recibir la educacion superior, que no me hallaba en el caso de darles. Para conseguir dignamente esto, que con nécio desden desprecian los mas de los padres y madres, como si cumpliesen con echar sus hijos á este mundo, necesitaba yo buscar los mejores modelos, imbuirme en las mas saludables máximas de moralidad, y muchos de los autores antiguos ofrecen un ancho campo, donde una mujer prudente y juiciosa puede hacer abundantísima cosecha. En *Platon* hallé escelentes máximas para la educacion física; en *Epicteto* para la moral, y en nuestros sagrados libros para la religiosa; pero confieso que de ninguno de los profanos saqué mas partido para mi difícil aunque deleitosa empresa que de la vida y escritos de *Juliano*, á quien hasta en el último instante de su gloriosa existencia se vé fuerte y resignado, paciente y sin orgullo, modesto y sublime, ya en la desgracia, ya en la cúspide del poder y de la fortuna... ¡Cuánto ganaria la sociedad si, con mas esmero que el que pone en la actualidad procurase que la educacion hiciera á los hombres resignados, fuertes, patriotas, sufridos y prudentes! .. No queriendo en manera alguna contrariar las inclinaciones de mis hijos, aun cuando una mera insinuacion mia hubiera sido mejor observada que el mandato de un padre el mas acostumbrado á ser obedecido, consentí en que el mayor empuñase una espada, cuando mas ardia la guerra civil en este país, en defensa de la santa causa, de que

su buen padre fué víctima: le advertí al separarse de mi lado que pelease con ardor, pero sin ódio, que defendiese su bandera con valentía, pero que no la manchase con acciones indignas del hombre virtuoso, ni se acordase de los malos tratamientos que hicieron sucumbir á su padre en la flor de la edad. Creo que así obró, y vivo persuadida que siguió los consejos de su madre... ¡ah! tuve la desgracia de perderle en la toma de *Ramales*, siendo comandante cuando aun no habia llegado á la mayor edad y cuando ya la lucha fratricida y horrorosa tocaba á su término.

Pronunció la señora estas palabras con tal acento, que conmovió á todos los circunstantes y en particular á su hijo, de cuyos ojos brotó una lágrima, que involuntariamente vino á honrar la memoria de su hermano.

—No traiga Vd. esos recuerdos, mamá, dijo bastante afectado el jóven.

—¿Por qué, hijo mio? contestó no sin entereza la señora de Luzan: tuvimos la desgracia de perderle, pero nos cabe la gloria de haberle perdido en defensa de la pátria... ¡oh! ¡qué brillante satisfaccion para una madre! ¡qué noble orgullo para un buen hermano!... la vida de los ciudadanos pertenece á su pátria, que es su segunda madre, y cuando esta necesite de ella, es una infamia el no dársela, es solo propio de los malvados y egoistas permanecer indiferentes á sus desgracias y á su ruina... no, mejor que hijos deshonrados, quisiera yo no tenerlos!

—¡Señora! dijo entusiasmado D. Perrondo; ¡sois una heroina!

—Es mas, amigo mio, dijo el Comandante, porque además de eso es madre de héroes.

—No tanto, señores mios.

—¡Oh! sí, sí, dijeron á un tiempo D. Perrondo, Mualegre y el Comandante general.

—No soy mas que una madre.

—Que no la puede haber mejor en el mundo, como ha dicho muy bien vuestro querido hijo.

—Que puede equivocarse, como yo me equivocaré sin duda cuando digo que no hay mejor que el mio sobre la tierra.

—Creo, señora, que los dos tienen Vds. razon, dijo D. Perrondo.

—Indudablemente, dijo el Comandante general.

—Gracias, amigos mios, gracias, dijo la señora Lucan contemplando con orgullo á su escelente hijo. Cuando su hermano pereció, estaba estudiando este niño la filosofía, que concluyó aquí á los 16 años: yo seguia en la vida activa, que aun no he abandonado, de cultivar nuestro viñedo y criar ganado lanar y mular, pues que las tierras, huertas y casas, las tengo arrendadas á causa de no poder una mujer sola atender á tantas especulaciones, cuando me dijo que ninguna carrera le gustaba tanto como la de leyes. Firme en mi propósito le mandé á Zaragoza sin contrariar su voluntad en lo mas mínimo, aunque no sin temor de que en una edad tan tierna llegáran á pervertirle, echando por tierra el edificio que á costa de tantos desvelos habia yo levantado, porque tengo la triste idea de que muchos jóvenes (acaso en mayor número que lo que generalmente se cree) en vez de ir á recibir una educacion correspondiente, van al centro de las grandes ciudades á llenarse de mácia presuncion, de vanagloria y de vicios, que influyan sobre toda su vida, haciéndoles á ellos desgracia-

dos y nada provechosos para sus semejantes. —No creo yo á mi hijo exento de vicios, porque esto seria desconocer lo que es nuestra naturaleza; pero tampoco creo que la educacion que le dió su madre haya desaparecido por completo con la imperfecta y superficialísima que haya podido recibir en Zaragoza.

—No, no tenga Vd. miedo, señora; su hijo de usted, á pesar de esa educacion que se dá en nuestras universidades, sigue siendo digno de su escelente madre: no, no se olvidan jamás los sentimientos que se imprimen en la infancia, y menos cuando el maestro es una madre tierna, inteligente y cariñosa, dijo D. Perrondo.

—Mi mamá, señores, les ha hecho á Vds. una relacion de la mitad de su vida y de toda la de sus hijos; pero aquí no nos dan de comer.

—Ya está todo dispuesto, querido, y si á Vds. se les he hecho esa relacion es porque tú lo has querido así, diciéndome que soy una filósofa.

—Y muy grande, señora, la dijo D. Perrondo; ¿dónde puede haber mayor filosofía que la que tiene por objeto educar convenientemente á los hijos para que sean probos y escelentes ciudadanos, buenos padres de familia y dignos de aprecio en todos conceptos por sus semejantes? Confieso con ingenuidad, señora, que he pasado uno de los ratos mas deliciosos de mi vida oyéndola á Vd.

—Y yo señora, dijo Masalegre, aparte del infinito placer que he tenido oyendo su relacion, confieso que he sacado mas provecho de ella que de cuantas conversaciones y conferencias tuve con los infinitos abogados, jueces y no jueces, á quienes por mi desgracia, me ví en la precision de tratar en Burgos.

—De tal manera le han llenado á Vd. los abogados, querido Masalegre, le dijo el jóven, que temiéndome estoy, que así que me revalide no vá usted á querer ser amigo mio.

—Nada de eso, dijo Masalegre; yo tendré siempre en alta estima la amistad de Vd., caballero, no porque yo hable así de los abogados, ha de creer Vd. que á todos les mido por un rasero: yo, á la verdad, quisiera que hubiese menos, porque no parece sino que toda España está llena de abogados, segun los que se ven en tribunales, oficinas, córtes, embajadas y en todas partes; pero tengo entre estos algunos amigos, y ya le he hablado á Vd. del afecto que profeso á aquel jóven abogado que salió á mi defensa en el tribunal, el cual es tan grande, que para todo cuanto me necesitase estaria pronto á servirle aun con esposicion de mi vida.

—Bueno, bueno, amigo Masalegre, le repuso con satisfaccion el jóven; sois todo un hombre honrado. Pero tenemos ya las dos largas.

—Sí, sí, cuando Vds. gusten, dijo, levantándose la señora de Luzan, y ofreciéndole el brazo don Perrondo, salieron ambos de la sala, precedidos del jóven y seguidos del Comandante general y de Masalegre.

Cuando llegaron al comedor ya estaba todo dispuesto para dar principio al convite: la señora de Luzan se colocó la primera, á su derecha don Perrondo, el Comandante general á su izquierda y frontérizos á los tres el jóven estudiante y Masalegre. En seguida empezó la comida, que servida por dos lindísimas doncellas navarras, fué abundantísima y variada: no escasearon los pescados que produce el Ebro, las aves de diversas clases

que en prodijioso número criaba en la misma casa su venerable dueña; los postres, producto de una esquisita habilidad en el arte culinario de parte de aquella; las sabrosas frutas de la comarca, ni los vinos del pais, de Navarra y Aragon. Reinó, como no podia menos, la mayor alegria y franqueza en el banquete, hubo muchos y divertidos brindis, pero ninguno tanto como el de Masalegre, á quien el dulce cuanto *cabezudo* vino de Peralta habia puesto sin querer á *medios pelos*, como suele decirse.

Despues de brindar como todos por la salud y prosperidad de la virtuosa cuanto amable y varonil señora de Luzan, tocó el tercero ó cuarto turno á Masalegre, quien cojiendo su copa llena de rancio Peralta, dijo:

—Brindo porque Dios haga que haya menos abogados y sobre todo menos pleitos en nuestra patria, porque con ello la sociedad estaria mas tranquila, la paz de las familias mas asegurada y los bolsillos de los particulares mas repletos que lo están hoy dia.

—¡Bien, Masalegre! gritó el jóven en medio de los aplausos de los demas circunstantes... tentado estoy, añadió, por no recibirme de abogado, vista la aversion que teneis á la clase.

—Todo menos que eso, señor D. Teodoro, le dijo D. Perrondo: los abogados siempre serán indispensables, ya para defender á menores, ya á mujeres desvalidas, ya á hombres cortos de entendimiento y pacatos de espíritu, que necesiten del auxilio de otro para sostener sus derechos; no manifestarian los hombres de buen juicio tanta aversion á los abogados, si la legislacion estuviera mas simplificada, y no se tolerara que impune-

mente y con la mayor desvergüenza se sostengan por ellos los recursos mas injustos, las cuestiones mas descabelladas y los absurdos mas inconcebibles. Vos que teneis un buen juicio, que en caso no ejercereis la profesion con el solo objeto de *pane lucrando*, por cuanto contais con sobrados bienes de fortuna, que contais además con un tierno y escelente corazon, honrareis la abogacía y vuestro nombre andará de boca en boca como el defensor del desvalido y del injustamente vejado en sus intereses... ¡qué bella mision no será la la vuestra, si, como espero, correspondeis dignamente á lo que de vos exigirá la profesion!

—En efecto que es así, dijo la señora de Luzan, contemplando con un sublime orgullo á su digno hijo, y confio en que mi Teodoro no desperdiciará para cuando llegue el caso las escelentes máximas que vos acabais de esponer.

—Y entonces Masalegre le apreciará doblemente que ahora... ¿no es así? dijo el Comandante general...

—Convenidos, mi Comandante.

En esto, les sirvieron el café, y de allí á un buen rato que le hubieron tomado, determinaron salir todos á dar un paseo por el campo, incluso la señora de Luzan, que cedió á las instancias de don Perrondo, quien no se cansaba de admirar el buen juicio, la sólida instruccion y relevantes prendas de tan ilustre matrona. Al anochecer se retiraron. El Comandante general, que habia prometido acompañar á la mañana siguiente á sus recomendados y nuevos amigos á alguna distancia de la ciudad, se despidió al umbral de la casa donde habia comido para ir á atender á sus obligaciones, descuidadas durante todo el dia, y nues-

tros viajeros subieron con el jóven y su digna madre, en cuya compañía estuvieron hasta cosa de las diez, que se retiraron á la posada, despidiéndose de tan amable cuanto virtuosa señora, á quien juraron de todas veras, así D. Perfecto como Masalegre, eterna y verdadera amistad é inolvidable agradecimiento, ofreciéndo ella por su parte idéntica correspondencia.

CAPITULO V.

SALEN NUESTROS VIAJEROS DE LOGROÑO Y LLEGAN Á ALFARO.—LA VENDIMIA.

A la mañana siguiente y cuando nuestros viajeros, despues de apagar la luz artificial que les sirviera para disponer su equipaje, se estaban desayunando á la del naciente dia para emprender incontinenti su marcha con direccion á Aragon, se presentó en la posada D. Teodoro Valverde, seguido de un criado que conducia del diestro la mula que él habia de montar, y el brioso caballo que el jóven llevaba á la feria de Nájera. No hizo mas que saludar á nuestros viajeros, cuando de parte del Comandante general se presentó tambien en la posada un ordenanza á prevenirles que tuvieran la bondad de pasar por delante de su morada, supuesto que se hallaba en el tránsito para tomar el camino de Calahorra, y que él estaba ya dispuesto para emprender la marcha con ellos. Despues de satisfacer la cuenta de la posada, montaron amos y criados en sus respectivas cabalgaduras, y uniéndoseles en su paso el honrado Comandante general, que ya les estaba aguardando

en el portal de su casa, en union de cuatro carabineros montados, que habia determinado llevar de escolta, salieron de la bonita capital de la Rioja, tomando el camino de Calahorra cuando los rayos del sol empezaban á dorar la pintoresca ribera del rápido cuanto caudaloso Ebro, y la mas pintoresca aun del impetuoso Iregua, que confluye con aquel junto al barrio de *Varea*, celebrado en nuestros dias por ser la pátria del tan valiente cuanto infortunado general Zurbano.

Marchaban de vanguardia el Comandante general, D. Perrondo y Valverde; seguianles los dos criados, y detrás y como á distancia de veinte pasos, iban los cuatro carabineros montados en cuatro arrogantes caballos negros. Los dos primeros trabaron conversacion con el jóven sobre las relevantes prendas de su apreciabilísima madre, y sobre el convite que con tan esmerado gusto los habia servido en el dia anterior, y Masalegre, que para todo habia nacido menos para cartujo, contaba su vida y hacia que el criado de Valverde le relacionase la suya.

Como á cosa de una legua de distancia de la ciudad, tanto D. Perrondo como el jóven Valverde suplicaron al Comandante que se volviese; pero no consintió de ninguna manera en ello el escelente militar, pues tenia un placer especial en despedirse lo mas tarde posible de nuestros viajeros. Continuaban, pues, todos por su camino, cuando al bajar una pequeña colina fijaron su atencion en un grupo que se venia acercando á ellos, y no eran sino dos jóvenes de 20 á 24 años, de interesante presencia, que marchaban á pié, llevando del diestro dos mulas cargadas, entre cuatro guardias civiles de infantería, que parecia

les traian presos segun su andar cabizbajo y pensativo.

—¿Qué es esto? dijo D. Perrondo.

—Parece que los civiles han hecho presa, dijo el jóven Valverde.

—¿Si serán contrabandistas? dijo Masalegre.

—Procuremos enterarnos á fondo, dijo el Comandante general; y próximos ya á los que traian una direccion opuesta á la suya, mandó hacer alto á los guardias, al propio tiempo que él y todos nuestros viajeros detuvieron sus cabalgaduras. Preguntó á los civiles por los bellos mozos que al parecer llevaban presos, y uno de aquellos, haciéndole el saludo de ordenanza, dijo:

—A estos chicos, mi Comandante, les hemos cogido ayer en Ausejo vendiendo paño sin la correspondiente matrícula, y los llevamos á disposicion de la administracion para que se la haga sacar.

—Señor, dijo uno de los muchachos, que era el mayor; nosotros somos hijos de un comerciante de *Ezcaray* que, visto el poco despacho que teniamos en la feria de Nájera, cogimos nuestras cargas de paño y vinimos recorriendo pueblos á la villa de *Ausejo* con ánimo de pasar á *Calahorra* y recorrer despues el *Val de Arnedo* y la tierra de *Soria* hasta que vendiésemos nuestros géneros: mi padre, como lo acreditan nuestro pasaporte y demás documentos que traemos, está matriculado no solo como vendedor sino como fabricante de paños, por lo que paga al año mas de 1,500 rs. de contribucion, y claro es que nosotros no necesitamos otra matrícula de venta, porque lo mismo da vender en Ezcaray que en otros puntos.

—Sí, señor, repuso el civil, Vd. necesita la matrícula de *ambulante*.

—¿Qué diablos es eso? dijo Masalegre.

—La patente para poder vender por los pueblos, contestó el civil.

—¿Además de la que se paga por vender á pié firme?

—Sí, señor.

—¡Cómo qué! ¿y por qué ha de pagar el señor dos veces? replicó Masalegre algo indignado.

—Eso, señor mio, no es para nosotros: cumplimos con vigilar lo que nos encargan...

—¡Bonito encargo el de perseguir la industria!.. pero no les encargarán que apresen á los traginantes honrados.

—Nosotros no llevamos presos á los señores.

—¿Cómo que no? replicó Masalegre... ¿no van ustedes ahora contra su voluntad? añadió dirigiéndose á los pañeros.

—Eso es tan evidente, contestó el mas jóven de los dos, que si los señores no nos interrumpen nuestra marcha, ya estaríamos en *Arnedo*.

—Pues eso, repuso Masalegre, llamo yo llevar preso á un hombre, porque el hacerle ir contra viento y marea adonde no es su voluntad, no creo que nadie lo tenga por libertad.

—Aquí tiene Vd. las consecuencias de nuestra mala administracion, dijo en voz baja el Comandante á D. Perfecto y á Valverde.

—¡Oh! esto es insufrible! dijo D. Perfecto.

—No se puede ver con calma, dijo Valverde.

—Y no es lo peor eso, señor, dijo uno de los pañeros á Masalegre, sino que ahora nos van á hacer sacar una matrícula de 600 rs. imponiéndonos además una multa de cuádruple cantidad; de

modo que ni con el dinero que hemos hecho de la venta, ni con el valor del paño que nos queda, vamos á tener bastante para pagar, despues de deducir gastos.

—¡Caramba! ¡no, no lo consiento yo! esclamó Masalegre... *aquí hago una quijotada que la sepa toda la comarca* primero que consentir en que á estos pobres mozos se les saque así tan inhumanamente el jugo... ¡vote á bríos! que esto sin disputa es peor que las socalinas de los abogados y procuradores, de que tan bien hablaba el tunante de Retuerta.

—Pero señor...

—No hay señor que valga, señor civil, replicó Masalegre... ¡esto es una picardía..! ¡Mi comandante..! ó á estos pobres mozos se les pone en libertad para que desde aquí mismo se vuelvan á su pueblo, ó sino perdemos las amistades y hago que...

—Bueno, Masalegre, bueno: no se altere usted, dijo el buen Comandante: todo se remediará sin necesidad de recurrir á esa quijotada de que usted ha hablado.

—Sí, sí; es necesario evitar que sacrifiquen á estos pobres mozos, dijo D. Perfecto.

—Que ningun delito han cometido, añadió Valverde.

—¡Nos arruinan, señor! dijo dirijiéndose al Comandante en tono lastimero uno de los pañeros.

—Yo bien conozco que cumplis con vuestra obligacion, dijo el Comandante á los guardias; pero vuestro principal instituto no es otro que el de perseguir á los malvados, proteger á los hombres de bien y prestar á las autoridades constituidas el auxilio que os reclamen: con estas comisio-

nes os hacen odiosos á todo el mundo... yo os suplico, pues, que dejeis ir libres á estos mozos por esta vez.

—Si así lo quiere V. S... dijo uno de los guardias.

—Sí; por ahora es necesario el disimulo; seguid vuestro camino, y dejad que estos chicos sigan el que mejor les convenga.

—¡Ah señor-Comandante! ¡Dios os premie vuestro proceder! esclamó uno de los pañeros quitándose el sombrero.

—¡Ah señor! dijo el hermano dirigiéndose á Masalegre... ¿con qué pagaremos á Vd. el servicio que nos acaba de hacer?

—Acordándoos de que hay hombres de bien en el mundo, para que vosotros lo seais.

—No lo olvidaremos, señor...

—Marchaos en derechura á vuestra casa, añadió Masalegre; si otra vez quereis abandonarla con objeto de ganar honradamente el sustento, sabed que en España todo está cambiado, que en vez de protejer parece que se trata de perseguir el tráfico, que si quereis ejercerle libremente es preciso que deis al fisco anticipadamente todas ó mas acaso que las ganancias que podais tener en él, y por último, que si hoy habeis tropezado con un comandante general tan escelente como el que por fortuna teneis, otro dia podeis encontraros con una autoridad inhumana, que en un jesus os haga perder el fruto de vuestros afanes y sudores de largo tiempo... Sin embargo, mientras subsistan las leyes, buenas ó malas, no hay mas que obedecerlas, procurando empero porque los que puedan remediar los males, lo hagan cuanto mas pronto, y po-

niendo además de vuestra parte los medios que pedais para lograrlo.

—¿Y qué hemos de hacer, señor?...

—Pedir, porque pedir una cosa justa, además de no llevar alcabala, á nadie le pueden queren mal, y cuando esté en vuestra mano el tomar esa cosa justa, cojerla sin aguardar á pedirla.

—Está bien, señor, y de cualquiera manera pediremos á Dios por nuestro bienhechor, cuyo nombre y patria quisiéramos saber.

—Yo, como decia el otro, repuso Masalegre, aunque castellano, soy ciudadano de todo el mundo, tengo á todos los hombres por hermanos, aborresco todas las injusticias, hago á los hombres de bien todos los favores que puedo sin necesidad de que me los pidan, y no pocas veces todo el mal que está en mi mano á los pícaros con objeto de que se vuelvan buenos: si quereis saber mi nombre y apellido, aunque ya os lo ha dicho el señor Comandante general, sabed que en una palabra se encierra todo, porque llamándome Tomás Alegre, y habiéndome quitado desde pequeñito un *to*, soy conocido por Masalegre á secas, y de ello estoy mas satisfecho que si me llamaran el *conde de Masalegre*, lo que no sucederá á muchos que siendo condes, querrán ser duques, y no siendo nada, querrán ser condes ó marqueses: soy hijo de padres honrados, vivo soltero y contento con mi amo que está presente, y de nadie tengo envidia, vicio que es causa de los males que aflijen á los humanos... ya os he dicho mas que lo que preguntábais... Con que, dad las gracias al señor Comandante, asi como yo se las doy por el favor que se ha dispensado, y seguid vuestro camino en derechura á Ezcaray, que sino me temo tengais otra

percance, porque por esta bendita España no parece sino que en todas partes encuentran tropiezos las gentes honradas; mientras que á no pocos hombres de vicios escandalosos y libertinas costumbres, que son capaces de corromper la república mejor ordenada, si se les deja vivir á sus anchuras.

—No olvidaremos los consejos de Vd., y si de algo servimos en Encaray...

—Bueno, bueno... idos con Dios, dijo Masalegre. Y acto continuo nuestra comitiva emprendió de nuevo su marcha; los pañeros tomaron un camino trasversal con direccion á su pueblo y los civiles siguieron su ruta á Logroño.

Mas de dos leguas llevaban andadas nuestros viajeros, puesto que habian pasado ya por delante del pueblo de *Murillo del rio Leva* cuando D. Ferrondo significó al Comandante general de una manera decisiva que no consentia se molestase por mas tiempo, yendo en su compañía, por doloroso y sensible que le fuese el separarse de un hombre tan noble, tan franco y tan honradote. D. Perrondo y Masalegre, apretando alternativamente la mano del Comandante, se despidieron de él jurándose eterna amistad, y otro tanto hizo el simpático jóven Valverde.

No era aun la una de la tarde cuando nuestros viajeros entraban en la antiquísima y célebre ciudad de *Calahorra*, cuya situacion y edificios les gustaron muy poco, si bien su campiña, regada por el *Ebro* y el *Cidacos*, les pareció en estremo deliciosísima: dirigiéronse á una posada regularmente montada, y como el jóven Valverde dijese á D. Perrondo y Masalegre, que no encerraba la poblacion edificio alguno que sobremanera pudiese llamar su atencion, no quisieron salir de aque-

lla hasta despues de haber comido y descansado un poco. En efecto, eran mas de las dos cuando, abandonando á Calahorra, marchaban ya nuestros viajeros con direccion á *Alfaro*, en cuyo punto, como sabe el lector, habian determinado hacer noche: la travesía de cuatro leguas que hay de Calahorra á Alfaro la hicieron en dos horas poco mas ó menos, y preciso es convenir que nuestros viajeros pasaron estas alegres y divertidos contemplando un pais en todas partes rico de frutos, ameno por su suave temperatura y delicioso por los millares de árboles que nutren las aguas del Ebro y de muchos riachuelos que son sus tributarios, no sin fructificar antes dilatadas llanuras y deleitosos y pintorescos valles.

Cuando nuestros viajeros entraban en la antiquísima y decadente ciudad, cuyo estenso término bañan el *Ebro* y el *Alhama*, vieron que por la mayor parte de las calles donde ellos marchaban discurrian cuadrillas enteras de hombres, mujeres y chiquillos, que aunque en general descamisados y llenos de harapos, se manifestaban alegres y bulliciosos, cantaban, reian y parlaban tan satisfechos como quien ignora su posicion y no tiene, porque en él se la ha destruido la educacion, una idea justa de su propia dignidad.

—¿Qué es esto, señor D. Teodoro? preguntó Masalegre.

—Sin duda ya á empezar aquí mañana la vendimia, contestó Valverde: ya me lo presumí yo cuando antes de entrar en la ciudad encontramos aquellos grupos por el camino.

—Que me place, repuso Masalegre: nos distraeremos un rato antes de cenar.

—Esta es mi posada, señores, dijo Valverde di-

rigiendo su caballo á un meson, desde el cual se sentian los murmullos, gritos y cantinelas de la mucha gente que, como despues vieron nuestros viajeros, habia en una plazuela inmediata y en los anchos y largos soportales que la adornaban.

—¡Hola, señor José! ¿está Vd. bueno? dijo Valverde al posadero, que estaba en el mismo portal de la casa, y era un anciano de sesenta años lo menos, con la cabeza tan blanca como la misma nieve.

—¡Señor D. Teodoro!... para servir á Vd... dijo con visible satisfaccion el posadero... no os esperaba tan pronto...

—¿Qué algazara es esa, patron? preguntó bajándose de la mula nuestro Masalegre... ¿es esta una ciudad de locos?

—Señor, le contestó el posadero, yo creo que en todas partes abunda esa clase de gentes... con que Alfaro no deberá ser menos... Pero la algazara que Vd. advierte procede de la inmediata plazuela donde se están ajustando los peones para la vendimia, que ha de empezar mañana.

—Bien decia Vd., D. Teodoro... pues señor, me alegro: iremos á ajustar vendimiadores, dijo Masalegre.

—¿Para qué diablos les quiere Vd.? dijo el posadero.

—¿Para Vd... ¿no teneis vendimia?

—No: solo tengo una viña y me pesa de tenerla, porque se impertan mas las contribuciones que pago por ella que las utilidades que me rinde.

—Pues desocépela Vd., le repuso Masalegre.

—No estoy lejos de pensar así, dijo el posadero... ¡Muchacho! ¿estás lelo ó sordo?... ¡ayuda aquí á estos señores!...

Masalegre y el criado de Valverde, ayudados por el mozo del meson, que se presentó á las voces de su amo, metieron las caballerías en la cuadra, y así que las colocaron convenientemente volvieron al portal, del que no se habian movido sus amos en la idea de dar una vuelta por la poblacion y enterarse del curioso espectáculo que ofrece al observador la víspera de una vendimia.

Dirigiéndose D. Perrondo, Masalegre y Valverde, pues el criado de este se quedó en la posada, á la cercana plazuela, cuajada completamente de gentes de próximas y lejanas tierras, que se distinguian por la variedad del traje peculiar á cada país. Veíanse allí, aunque la mayoría era de riojanos, no pocos aragoneses, navarros, alaveses, castellanos y aun algunos maragatos, que vestidos en general de harapos, cuyo primitivo color casi habia hecho desaparecer el mosto que cogieran en la recoleccion del fruto de los pueblos comarnos de Aragon, Rioja y Navarra, venian en busca del sustento que ingratamente les negára su natal país. Por entre los variados y bulliciosos grupos que los vendimiadores formaban, paseábanse algunos sugetos de la poblacion, grandes, medianos y pequeños cosecheros de vino, con aquel aire de triunfo que es inseparable del rico cuando puede dar la ley al pobre, y que por desgracia tambien acompaña al pobre cuando vé que el rico tiene que sufrirla de su parte. Mientras algunos vecinos de la poblacion salian de la plazuela seguidos de cuatro ó seis vendimiadores, que llevaban ajustados á sus casas, otros de estos entraban en el local á aumentar aquel *inmenso mercado humano*, donde el hombre se ofrece por unas monedas á otro hombre, donde se ajusta y regatéa has-

ta por ochavos el trabajo y donde el hombre aguarda recostado contra un poste que vaya un semejante suyo á hacer escarnio tal vez de la única fortuna con que cuenta para sostenerse y sostener su familia, que son sus generalmente desnudos brazos.

Detuviéronse primeramente nuestros viajeros ante un grupo de mujeres, que en sus trajes burdos, cortos y escotados manifestaban ser de la montuosa tierra de Soria: todas eran feas, si se exceptúa una muchacha de 16 á 17 año, esbelta, morena, de agraciadas facciones y ojos rasgados y negros, que no dejaron de alegrar los de Masalegre.

A este se dirigió una de las mujeres, diciéndole:

—*¿Nos quiere Vd., señor?...*

—Con el alma y la vida y mas que á nadie á esa niña de los *dos luceros* que tiene Vd. á su lado.

—Corriente, señor... si es hija mia, repuso la mujer mientras la niña inclinó al suelo sus seductores ojos... ¿Y cuánto nos vá á dar Vd.? añadió.

—¡Oh! lo que sea justo... ¿cuánto quiere usted por su hija?

—No la quiero ajustar sola; hemos de ir las dos.

—Corriente, corriente...

—Vamos, vamos, dijo D. Perrondo interrumpiendo á Masalegre: no hagan Vds. caso del señor... No tiene vendimia.

—¡Mire Vd. qué gracia! ¿tiene Vd. gana de broma?

—¿Y por qué trae Vd. á *este mercado* una hija tan *graciosa?*

La mujer se sonrió, hicieron lo mismo sus compañeras, y nuestros viajeros, dejando aquel grupo, se acercaron á otro compuesto puramente de

chiquillos de unos 12 á 16 años, que rodeaban á un señor grueso, de grande y raida levita, sombrero negro de descomunales alas y chaleco de paño abrochado, que le llegaba hasta el embligo.

—Pues señor, decia uno de los muchachos al hombre gordo; menos de los *seis cuartos* no vamos; así se han ajustado otros compañeros.

—¡Pues qué! decia otro: ¿los quiere Vd. mas baratos?

—¿Podemos ir mas de valde? añadió un tercero.

—¡Toma! decia el cosechero con brutal indiferencia: los tiempos hay que tomarles conforme vienen: en el año pasado nos costábais á *real y medio* cada uno, porque érais pocos: ahora, que sois muchos, tendreis que ir por lo que os den... Con que si quereis á *dos cuartos* cada uno...

—Mas valia marcharnos á nuestra casa, dijo uno de los chiquillos.

—Seguro; en ropa vamos á destrozar mas, añadió otro.

—¿Y la manutencion? ¿no vale nada? dijo con aire de triunfo el cosechero.

—¡Lástima! pueda ser que quiera este señor que vayamos á trabajar para él y le demos dinero encima.

—No tanto...

—Vámenos, vámonos de aquí, que si no la voy á tramar con este *hombron*, dijo Masalegre por lo bajo á su amo y á Valverde.

Pasaron despues á otro grupo de diez ó doce hombres jóvenes, robustos y vigorosos, que eran de la inmediata ciudad de *Corella* en Navarra.

—¿Necesitan Vds. gente? dijo uno de ellos á nuestros viajeros.

—No, amigo mio, le contestó Valverde; no somos de la poblacion.

—Es escusado, hombre, dijo otro vendimiador; ya es tarde, yo soy de opinion de marcharnos.

—Sí, primero que ir á trabajar por *un real*, me voy á tirar cantos al rio, dijo otro.

—Yo no, dijo un tercero; tengo tres hijos, y aunque fuera por la manutencion sola, preferiria trabajar á estar holgando.

—Pues tú harás lo que quieras..... ¿vámonos, muchachos?

—¡Sí, sí! gritaron varios del corro... ¡á dormir á casa! Y en seguida se echaron todos á andar con direccion á su pueblo, menos el que queria trabajar *aunque solo fuera por la manutencion*, que se quedó allí, y llamándole aparte Masalegre, le dijo:

—No tengo vendimia; pero veo que sois todo un hombre honrado... Y sacando de su bolsillo un peso duro, añadio: tomad esa moneda, con la que podeis dar pan un par de dias á vuestros hijos.

El vendimiador cogió lleno de gratitud los veinte reales, y mientras nuestros viajeros se dirigian á otro corro del *gran mercado de trabajo*, él se confundió entre los grupos que aquellos habian dejado tras de sí.

Interin D. Perrondo y Masalegre contemplaban á unos cuatro maragatos que, puestos de plantón ante unos ocho ó diez mulos de carga para el acarreo, estaban esperando quien viniese á ajustarles, reparé Valverde en una mujer como de unos treinta años de edad, de dulce fisonomía, cuyo cuerpo cubria un manteo de bayeta morada y un pañuelo negro de algodon, que, recostada

contra un poste, el último de los soportales, tenia entre sus brazos una criatura de doce á catorce meses, y á su lado otra niña de cuatro á cinco años; tambien la infeliz esperaba en vano la venida de un cosechero que la llevase para vendimiar.

—¿Vendrá aquella mujer á la vendimia? dijo el jóven estudiante á D. Perrondo.

—¿Cómo ha de trabajar la infeliz con aquella tierna criatura? dijo este.

—Veámoslo, pues, dijo D. Perrondo.

Acercáronse los tres á la pobre mujer, que era una viuda de la inmediata villa de *Aldeanueva de Ebro*.

—¿Quiere Vd. vendimiar? la dijo D. Perrondo.

—Sí, señor, contestó la mujer: *he llegado á la plaza antes de las diez de la mañana, y nadie me ha puesto en ajuste*... ¡Somos tantos, señor!...

—Pero, ¿cómo puede Vd. trabajar con esa criatura? la dijo Valverde.

—¡Ah! sí señor que puedo; para eso traigo conmigo á esta niña, que tambien es hija mia; ella me tendrá la criatura en una lindera, y solo daré á esta de mamar á las horas de comer.

—¿Es Vd. viuda?

—Sí señor, contestó sumamente afectada: ahogóseme el marido en el Ebro cuando estaba embarazada de esta criatura... ¡ah! si él viviese no me veria yo así... Y al decir esto una gruesa lágrima se asomó á sus ojos.

—¿Pues cómo?

—Porque tenia buen oficio, señor... era carretero... como murió tan desgraciadamente, entró la justicia en mi casa, y los pocos enseres que tenia

mos apenas fueron suficientes para pagar á los curiales.

—¡Malditos ellos! murmuró con rabia Masalegre

—No, dijo D. Perrondo; maldita la legislacion en tal caso.

—Lo mismo me dá, replicó Masalegre: el resultado es que despues de perder la señora el marido, perdió la poca fortuna que deberian ambos sin duda á un ímprobo y escesivo trabajo.

—¡Y luego nos dicen en las escuelas « no añadir afliccion al afligido»! dijo Valverde.

—Con que si Vds. necesitan gente... dijo la pobre viuda enjugándose sus ojos con la mano.

—Sí, contestó D. Perrondo: vaya Vd. al meson que está á la vuelta, que allá iremos nosotros al momento.

—¿El de aquella esquina de enfrente?... ¿Pero tiene el mesonero vendimia? preguntó la viuda.

—La tenemos nosotros que estamos allí, contestó Masalegre: vaya Vd. allá, mujer, y diga al posadero que aguarda hasta que nosotros volvamos.

—Corriente, señor... si conozco al tio José... vamos, hija, dijo la viuda, y seguida de su niña de 5 años se echó á andar en direccion de la posada, donde nuestros viajeros acababan de apearse.

Acercáronse estos á otro grupo, compuesto de unos seis sujetos, bien vestidos, que por lo que verá el lector eran cosecheros de la poblacion. Uno de ellos, que era chiquitin, tuerto y patisambo por añadidura, decia con acaponada voz:

—¡Ca! ¡si á *ocho cuartos* se toman los hombres mas vigorosos!

—Efectivamente; dá vergüenza el ir á ajustar á un hombre.

—Yo, decia un tercero, he cogido unos mocitos á *seis*, y no me ha pesado, porque aun cuando se pueden tomar á *cuatro*...

—Y á *dos* que quieras... *y aun de valde*, repuso repentinamente y con el acento de un avaro el hombre menudo: hay tanta gente que, en anocheciendo, muchos darán gracias el ir por la mantencion... yo estoy esperando eso.

—¿Quiere Vd. tomarme á mí? le dijo muy sério Masalegre.

—¡Hombre!... Vd. no tiene traza de vendimiador.

—Esa no es cuenta para Vd., replicó muy formalmente Masalegre: yo voy á vendimiar cuatro dias para Vd. con la condicion de que, en vez de mantenerme, le he de mantener yo á Vd.

—¡Famoso ajuste! dijo uno de los cosecheros.

—¡Vámos á ver!... ¡si en todo eres afortunado, *Cucurucho!*

—Te dan por el palillo del gusto, dije con sorna un tercero.

—No hay que tomarlo á broma, señores: añadió si cabe mas formal Masalegre, porque yo soy muy cabal en mis tratos.

—¡Hombre!... Vd. se burla, dijo turbado el raquítico tuerto.

—No señor, repuso Masalegre: y le he de dar á Vd. comida en abundancia...

—Vaya, vaya... quede Vd. con Dios, replicó el repugnante hombrecillo al propio tiempo que se separó del corro, temeroso sin duda de que tanto nuestros viajeros como sus convecinos jugasen al mosco con él.

—¡De *zarazal* te habia de dar abundancia, á ver si así estabas satisfecho, dijo con energía Masalegre.

—Que bien lo merece... ¡si es mas malo que la peste! dijo uno de los cosecheros.

—Segun tiene el cuerpo, así tiene el alma, añadió otro.

—Pues es lástima que se haya marchado, dijo Masalegre: ¿y tiene muchas viñas?

—¡Ca, no señor! si apenas coje vino para su consumo, contestó uno de los cosecheros.

—Siempre se dijo, repuso Masalegre: *la ruin oveja*, etc.

—Vamos, vamos... á la órden de Vd., dijo don Perrendo á los cosecheros, y acto contínuo se echó á andar, siguiéndole su criado y el jóven Valverde.

Todavía dieron cuatro vueltas por la plazuela, y en todas partes llegaban á sus oidos las quejas de los trabajadores que, abandonando su pais, venian á ganar un miserable real, y no encontraban quien se lo diese; unos, por estarse ya ocultando el sol en el Occidente, salian del local para dejar la ciudad, entonando alegres canciones; otros se preparaban á dormir en los soportales, en la idea de que á la mañana siguiente podrian *vender su trabajo*, aunque solo fuera por la manutencion; otros, olvidados completamente de su triste posicion, retozaban con las muchachas, que tambien habian acudido en vano á ganar un miserable sustento; y otros, menos conformes con su suerte, juraban y maldecian la hora que salieron de sus casas para gastar los pocos ahorros de su anterior trabajo. Todo ello ofrecia un cuadro digno de ser estudiado por el hombre humano y caritativo..... Para los espíritus superficiales sa-

bemos que este cuadro nada les dice, que este espectáculo no les saca de su indiferencia criminal hácia la posicion de millones de sus semejantes; pero... ¿qué importa? ¿son ellos por ventura los que han de mejorar su posicion? No, nunca hicieron nada bueno en el mundo los hombres pacatos, los hombres que todo lo cifran en los bienes de fortuna, los hombres de empedernido ó helado corazon.

Abandonando nuestros viajeros el local por el lado opuesto á donde habian entrado, hicieron alto, y Valverde dijo:

—Señores, la poblacion nada ofrece de notable; fué grande, pero hoy se halla medio despoblada; debió ser rica, pero hoy es pobre; por todas partes ofrece ruinas que atestiguan su antiguo esplendor.

—Pues entonces, dijo D. Perrondo, y en atencion tambien á que ya va anocheciendo, nos retiraremos á la posada, cenaremos y nos recojeremos pronto para madrugar mañana y visitar á *Tudela* antes de comer.

—Aquella ya es mejor poblacion, dijo Valverde.

—Corriente, corriente, dijo Masalegre; y echándose á andar, á poco rato estaban ya nuestros viajeros en la posada del anciano de blanca cabellera, á quien encontraron conversando en el portal con la viuda de Aldeanueva de Ebro.

—Al cabo ha cumplido Vd. con su encargo, amiguito, dijo el posadero dirigiéndose á Masalegre. Me ha mandado Vd. á esta vendimiadera, y aunque yo no necesitaba de gente...

—Si no va á vendimiar para Vd...

—Pues luego, señor... dijo la pobre viuda.

—Vendimiará Vd. para nosotros.

—Sí me ha dicho el tio José que no tienen ustedes vendimia...

—Lo que tiene que hacer el tio José es darla á usted y á su niña una cena que no sea de vendimiadora, sino de huéspeda.

—Sí, sí, dijo el jóven Valverde, y que sea pronto, porque la infeliz no habrá tomado nada caliente en todo el dia.

—Ni acaso en muchos, señores, dijo el posadero..... ¡Pobrecita! yo conocí á su desgraciado esposo, que era todo un artesano honrado... Entra, entra en la cocina, añadió dirigiéndose á la pobre mujer, que maquinalmente y sin saber lo que la pasaba, se fué tras el posadero á lo interior de la casa.

—Es necesario hacer una caridad á esa infeliz, dijo D. Perrondo.

—Sí, sí, dijo Valverde.

—En nadie mejor empleada que en esa desgraciada, añadió Mesalegre.

—Mañana, antes de salir, la das dos onzas de oro de mi parte, repuso D. Perrondo.

—Y otras dos de la mia, dijo Valverde; tambien la pondré una carta para mi mamá, á fin de que la dé la mano, si acaso quiere ir á establecerse en Logroño.

—¡Qué bueno sois! le dijo D. Perrondo mirándole con ternura.

—¡Ah!... todavía me falta mucho para igualarme, dijo Valverde al propio tiempo que alargó su blanca y delicada mano á nuestro viajero: éste la apretó con ternura y efusion, y sin dejarla, preguntando por un cuarto, subieron ambos los dos escalones precedidos del mozo, que los dirigió al

mejor de la casa y mas decentemente amueblado, donde cenaron de allí á un rato, conversando con Masalegre sobre el *gran mercado de vendimiadores*, que tan profunda y dolorosa impresion habia causado en sus ánimos, y sobre la simpática y desgraciada viuda, cuya triste posicion se habian encargado de aliviar á porfía.

CAPITULO VI.

CANAL IMPERIAL. — CAMINEROS: LLEGADA Á ZARAGOZA.

La primera labor que hizo el jóven Valverde, no mas levantarse al dia siguiente, fué ponerse á escribir la carta de recomendacion que la pobre viuda de Aldeanueva habia de presentar á su mamá, si, como era mas que probable, se decidia á mudar su domicilio á Logroño. Así que la hubo concluido, se la entregó á Masalegre, quien como de costumbre se levantó antes que su amo y el jóven, y bajándose con ella á la cocina, llamó aparte á la viuda, que tambien estaba ya en pié, la dió las cuatro onzas de oro en nombre de nuestros dos caballeros, así como la carta que la infeliz mujer besó en señal de respeto y gratitud, ofreciendo ponerse en marcha para Logroño al cabo de algunos dias, durante los cuales queria despedirse de sus parientes y vestirse y vestir á sus niñas.

Mientras el criado de Valverde se metia entre pecho y espalda una buena racion de lomo de cerdo, su jóven amo, D. Perrondo y Masalegre tomaron juntos el chocolate: bajaron á luego los tres al portal, saboreando unos escelentes puros re-

gueros, regalo del inolvidable Comandante general, y como ya tuviesen preparadas sus cabalgaduras, pagaron su gasto y el de la viuda al honrado tio José, montaron en seguida, y enmedio de los *Adioses* del posadero, de su familia y de la infeliz viuda que con su niña en sus brazos se deshacia en amargas lágrimas al ver los preparativos de viaje de sus grandes bienhechores, salieron de la posada y de la decadente Alfaro, tomando el camino de la bella cuanto rica ciudad de *Tudela*.

Puestos en el camino, Valverde fué el primero que rompió el silencio diciendo:

—La jornada de hoy, aunque corta, será muy divertida, señores... nos hemos desayunado en *Rioja*, comeremos en *Navarra* y dormiremos en *Aragon*.

—En efecto; pronto pisaremos el suelo navarro, dijo D. Perrondo.

—Me acuerdo haber leido en los papeles públicos, dijo Maslegre, que con los caminos de hierro almuerza uno en *Francia*, come en *Bélgica* y duerme en *Alemania*... con que, no estamos nosotros tan mal, que viajamos cabalgando, y casi podemos decir lo mismo.

—Así es efectivamente, dijo D. Perrondo; en un solo dia vamos á tocar los antiguos reinos del bravo *D. Pedro*, de *D. García* y de *D. Jaime*.

—No lejos de nosotros, á nuestra derecha, en la noble villa de *Fitero*, se hallan los límites de esos tres antiguos reinos, dijo Valverde... allí, en una pequeña colina, que yo he visitado con ocasion de ir á los celebrados y escelentes baños que se encuentran en su término acompañando á mi querida madre, es fama que en el siglo XIV acordaron los reyes de Castilla, Aragon y Navarra

sentados á una misma mesa en tres sillas colocadas en el respectivo territorio de cada uno.

—Sí; recuerdo haber leido lo mismo, dijo don Perrondo.

—¿Y cuándo cruzamos el Ebro? dijo Masalegre.

—No hay necesidad de pasarle, sino se quiere, hasta llegar á Zaragoza, le contestó Valverde... desde Tudela marcha la carretera siempre á su derecha.

—¿Y veremos desde el camino el *Canal Imperial*?

—No siempre, porque se oculta infinitas veces para seguir su curso; pero ese sí que tenemos que cruzarle.

—Tengo ganas de ver esa obra tan útil y antiquísima al mismo tiempo, repuso Masalegre.

—Es tan antigua, dijo D. Perrondo, que en mi concepto es la primera en su clase de Europa... no, mejor diré la segunda, porque la primera es el canal de *Tauste*, que corre paralelo al *Imperial*. ¡Oh! en el tiempo que este se hizo era la España la primera nacion del mundo por su riqueza y por su saber... ¡cuánto se pudo hacer entonces que, de haberse realizado, no habriamos descendido de la posicion que nos corresponde en el mundo...! Si los tesoros que derrochó Cárlos V en algunas de sus locas empresas y los millones que invirtió Felipe II en el *Escorial* se hubieran empleado en enlazar los dos mares, en habilitar puertos y en otras obras de reconocida utilidad, la España seria hoy todavía una potencia de primer órden, por malas que hubiesen sido las administraciones de sus sucesores.

En estas y otras semejantes pláticas llegaron nuestros viajeros antes de las once de la mañana

á la bonita ciudad de Tudela, cuya campiña les pareció á Masalegre y D. Perrondo muchísimo mejor que ninguna de las que habian visto hasta entonces. Aquellos estensos campos poblados de olivos, de vides y frutales, aquella temperatura suavísima en un dia de sol sereno y apacible, aquellos pequeños caudales de cristalinas aguas, robados al *Ebro* y al *Queiles* para nutrir la rica vejetacion de un suelo en general llano y feracísimo, dieron una deliciosa espansion á su alma, arrobando completamente sus sentidos. Bajo tan dulce impresion, de que no participaban menos nuestros restantes viajeros, se encaminaron á un escelente parador, sito en la calle de las *Herrerías*, la mejor de la poblacion. No mas apearse, como que no llegaban cansados, encomendando el cuidado de las caballerías al criado de Valverde, salieron este, D. Perrondo y Masalegre á enterarse de la ciudad, célebre mas que nunca en los siglos medios por los famosos sábios judios que nacieron en ella. Visitaron la catedral, tan pequeña como la diócesis, de que es cabeza, el teatro, tambien de pequeñas dimensiones, la plaza de toros y el puente sobre el Ebro por donde pasa la carretera de Pamplona á Zaragoza, que tambien se halla fortificado como el de Logroño. Dando una vuelta por las cercas de la poblacion, se encaminaron á la posada, donde no mas llegar les sirvieron una opípara comida con variedad de vinos generosos y multitud de esquisitas frutas, que producen su término alcabalatorio y los de diferentes pueblos comarcanos.

Hasta mas de las dos de la tarde no quisieron salir de Tudela nuestros viajeros en la idea de que les sobraba tiempo para llegar á la villa de Ma-

llèn, distante solamente cuatro leguas, aun cuando se detuvieran un rato á enterarse del nacimiento del Canal Imperial, esa obra gigantesca y altamente provechosa, que ha dado á Cárlos V una gloria mas duradera y envidiable que la conquista de muchas provincias y plazas fuertes, y por la cual merece tambien un eterno reconocimiento *Mosen Pedro Zapata*, prior del santo sepulcro de Calatayud, que contribuyó con el mayor celo á que aquel emperador decretase la construccion de la acequia bajo su poderosa proteccion.

Abandonada Tudela y dejado que hubieron nuestros viajeros tras de sí su hermoso paseo, titulado del *Prado*, siguieron contemplando embelesados aquella inmensa llanura cubierta enteramente de olivos, que prometian una abundante cosecha: por entre ellos, tomando á luego un camino trasversal, se dirigieron al punto del nacimiento de la gran acequia, término de la pequeña villa de *Fontellas*: encomendando el cuidado de las cabalgaduras al criado de Valverde, visitaron este, D. Perrondo y Massalegre la magnífica presa, construida, asi como la casa de compuertas y demás obras hidráulicas, por no ser suficiente la ejecutada en tiempo del Emperador á últimos del siglo XVIII, bajo la direccion del esclarecido don *Ramon Pignatelli*, canónigo de Zaragoza, cuya memoria es tan grata á todo buen aragonés, y deberia ser á todo español, como hombre virtuoso, sábio y bienhechor, únicas cualidades que reunidas dan y dar deben verdadero renombre, porque al hombre sábio sin virtud puede compárársele con el águila hermosa y veloz, pero rapaz y devoradora, y al de virtud y sabiduría sin caridad

y amor hácia el prójimo, con el árbol lozano y robusto que no da fruto.

No se cansaron de admirar nuestros viajeros aquella obra maestra de sillería, donde la solidez compite con la elegancia y magnificencia, obra inmensa y como tal costosísima, destinada á robar una gran parte de sus aguas al caudaloso Ebro, para fomentar la agricultura por medio del riego, y el comercio por el de la navegacion. Despues de bien enterados de estos trabajos hidráulicos, en que cabe una parte tan gloriosa al ilustre Pignatelli, dirigieron su vista por la llanura que riega el canal, monumento de inmensa utilidad para Navarra y Aragon y de honor para la nacion, porque recuerda y recordará nuestros mejores tiempos, dejándonos solo el sentimiento de que no se prolongase como se pudo prolongar entonces hasta unir los dos mares. Tambien desde el sitio donde estaban divisaron *el canal de Tauste*, que asimismo se ceba del Ebro, marchando á su izquierda; y que sino tan grandioso, es en su clase tan útil como el Imperial y tiene los honores de mas antiguo, puesto que empezó su ejecucion en el siglo XIII durante el reinado de *Teobaldo I*, que fué quien le decretó á peticion de varios pueblos de la merindad de Tudela. Volvieron á montar y por una senda que conocia bien Valverde, salieron al camino real en un punto que distaria una legua de aquella ciudad.

Aunque eran ya mas de las cuatro de la tarde y les faltaban tres leguas para llegar á Mallen, de tal manera espolearon sus cabalgaduras que con la luz del espirante dia entraron en esta villa, cuya campiña riegan el *Ebro*, el *Huercha* y el canal Imperial. Alojáronse en una posada no muy

bien montada, y cuyo dueño tenia cara de pocos amigos, segun lo feísimo que era y lo sério y taciturno que se presentó á nuestros viajeros, en términos que el mismo Masalegre, á pesar de su génio lenguaraz y divertido, no pudo sacar de él mas que los secos monosílabos de *sí* y *no* en las diferentes preguntas que le dirigió para satisfacer su grandísima aunque inofensiva curiosidad. Cómo cenaron poco y mal y durmieron menos y peor, se levantaron de sus lechos, en que con toda precaucion se acostaron vestidos, al apuntar el alba del siguiente dia, y despues de desayunarse con una taza de té, de que llevaba provision en abundancia el jóven Valverde, satisfacieron la cuenta al *lacónico* posadero, la cual por cierto fué mas crecida y no en poco que la de Tudela y aun que la de Alfaro, y salieron ufanos y contentos del pueblo de Mallen, á pesar de que maldito el buen recuerdo que llevaban de él, cuando ya el sol doraba los vericuetos de su féraz y dilatada campiña.

Fuera del pueblo, el primero que tomó la palabra fué Masalegre y dijo:

—Pues señor, malos principios hemos tenido en Aragon: Dios quiera que no sean asi los fines. Nada me ha gustado el pueblo de Mallen, cuyo nombre hasta me suena mal, y mucho menos el posadero con su génio tétrico y su figura de *puerco-espin*... si es así en general el carácter aragonés...

—¡Oh! no, dijo D. Perrondo; todo menos que eso: convengo que no llevarás de Mallen, como á los demás nos sucede, ningun agradable recuerdo; pero no juzgues por lo que en él has visto el carácter aragonés; este, generalmente hablando, es

franco, honradote y si se quiere violento, pero nada rencoroso, igual al riojano, que tanto te ha gustado... mis noticias son que el carácter aragonés tiene mas puntos de contacto con el riojano que ningun otro de España.

—Sí, lo mismo he oido yo siempre, dijo Masalegre; estoy enterado de que los aragoneses son nobles, amables y francotes, pero muy testarudos, y por eso me ha chocado mas el génio del posadero de Mallen... á no ser que su taciturnidad y displicencia proviniesen del propósito que hubiera hecho de no hablar ni cucar en el dia de ayer... porque segun tengo tambien entendido si los aragoneses dicen una cosa, ó se deciden por una parcialidad, no hay poder humano que les vuelva... ¿no es así, D. Teodoro?

—Así es en efecto, dijo Valverde: sin embargo, no deja de haber escepciones, aunque raras... algun aragonés conozco yo, y de alto copete por cierto, de bastante, de mas que sobrada elasticidad en su modo de pensar y obrar... Pero en obsequio de la generalidad debo confesar que la opinion que se tiene de ellos, y sobremanera les honra, no deja de ser justa y acertada: son nobles, francos, generosos y valientes hasta la temeridad... No juzgue Vd. tampoco, segun le ha dicho muy bien su amo, del carácter aragonés por lo que haya observado en Mallen, porque este pueblo, como fronterizo á otras provincias, no representa tan fielmente como otro del interior las costumbres de Aragon y menos se puede formar de él una idea cabal por solo haber hablado con el dueño de la posada donde anoche hemos dormido.

—Convenido, señor D. Teodoro, dijo Masale-

gre; pero, ¿qué quiere Vd...? ya he dicho que ni aun me gusta el nombre del pueblo que dejamos atrás.

—Si bien el nombre es lo que menos importa, dijo á la sazon D. Perrondo, efectivamente que el primer pueblo de Aragon le tiene bien fatídico, si se deriva como parece probable del que tuvo la antigua ciudad sobre cuyas ruinas está fundado; aquella *Malia*, que tan fatal fué á los heróicos numantinos por dar gusto al general romano *Q. Pompeyo*. Otra circunstancia nos ofrece este pueblo, y es que en él estuvo preso algun tiempo el desgraciado D. Cárlos, príncipe de Viana, hijo de doña Blanca de Navarra y de D. Juan II de Aragon, que salió de aquí para continuar con su padre una guerra, que solo con la muerte pudo concluir, guerra en que disputó una corona, que aunque legítimamente heredada, nunca pudo ceñir á sus sienes.

—¿No dije yo, que ni aun me gusta el nombre de este pueblo? repuso Masalegre... ¿y adónde vamos á comer?

—Al de *Alagon*, que indudablemente le gustará á Vd. mejor que Mallen, contestó Valverde: allí, si Vds. quieren, añadió, podemos detenernos á examinar las costosas y magníficas obras construidas para dar paso por debajo del canal Imperial á las aguas del caudaloso cuanto utilísimo *Jalon*, de rápida corriente y prolongado curso, que pierde su nombre junto á dicha villa.

—Sí; soy de esa opinion, amigo mio, dijo don Perrondo.

No habian andado una legua nuestros viajeros, cuando superando una pequeña cuesta, fijaron su vista delante de sí y observaron que en medio del

camino estaban detenidas dos carretas de bueyes y que un hombre de alta y delgada talla, aspecto agradable, vestido de calzon corto, económica chaqueta de paño burdo, montera sin alas de pieles bastas y abarcas de cuero de buey, bien ligadas á sus piernas con angostas y largas tiras de la misma materia, disputaba al parecer con notable acaloramiento con otro de baja estatura, grueso, de torva mirada, granugienta cara y deprimida frente, que por su leviton pardo con vivos colorados y su sombrero bajito de hule daba á demostrar ser un peon caminero.

—¡Déjeme Vd. seguir mi camino!...—¡pues véngase Vd. conmigo! gritaba el carretero.

—¡No señor!... tiene Vd. que volver á Mallen, decia el caminero.

—¡Pero señor!... está bien que se me castigue, si he cometido delito, pero no me haga Vd. perder una jornada... ¿y cómo quiere Vd. que abandone mis bueyes?

—¿Y á mí qué me importa!

—Ya lo sé que á Vd no le importa, pero á mí sí...

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? dijo Masalegre un poco antes de llegar al sitio de la disputa y en un tono tan imperativo cual si fuese una autoridad superior.

—Señor, dijo el carretero algo alentado al vislumbrar en nuestro viajero un defensor; que este hombre se empeña en que he de retroceder para que se me saque una multa por la cosa mas insignificante del mundo.

—¡Otro tropiezo! dijo Masalegre á sus compañeros; somos los hombres de las aventuras.

—¿Y qué delito ha cometido? dijo D. Perrondo.

—¡Señor! ninguno, dijo el carretero con acento suplicante.

—Le parecerá á Vd., dijo el caminero.

—A estos señores pongo por jueces á ver si yo he delinquido.

—Yo no tengo más jueces que aquel reglamento, dijo brutalmente el caminero, señalando un bote de lata que tenia pendiente de un leguario de madera clavado junto á la carretera.

—¿Y sabe Vd. con quién está hablando? le dijo Masalegre con cierto aire misterioso, que no dejó de meter en algun cuidado al caminero.

—A ver, á ver, que es ello, dijo con entereza Valverde dirigiéndose al carretero.

—¡Señor! esclamó este... ¡favorézcanme ustedes por Dios!... yo soy un pobre carretero navarro, que voy de porte á Zaragoza ganando honradamente el sustento con mis dos parejas de bueyes: la delantera se ha arrimado, como ustedes ven, á la cuneta mas de lo que yo quisiera, y acaso no tanto como deseára este hombre, lo cual no es posible evitar por mas cuidado que uno ponga, porque el buey es el animal mas testarudo que se conoce, y por eso dice el caminero que he incurrido en una multa de *sesenta reales*, que debo pagar sin remision alguna; y no es este lo peor, sino que siguiendo mi camino á Zaragoza y sin perjudicarle á él podia llevarme ante la justicia del pueblo mas inmediato, á fin de que allí la hicieran conmigo, si es que he dado motivo á ello, y quiere que vuelva á Mallen, de donde he salido hoy de madrugada, para que me espriman bien como en otra ocasion me ha sucedido, haciéndome perder además una jornada, que seria una segunda multa.

—¡Jesus qué atrocidad! esclamó Masalegre... ¡está visto!... ¿Quién diablos puede vivir en esta desventurada España?... Tentado estaba por decir un disparate, pero...

—¡Toma! ¿no es bien ancho el camino para que el señor no bajase con su carreta á destrozar el paseo de la calzada? dijo el caminero.

—¡Uncido deberia estar usté á la carreta, gran demonio, á ver si así marchaba por el camino derecho mejor que esos animales, que acaso tengan mas conocimiento que él! esclamó furioso Masalegre... ¿Y eso es motivo para que Vd. quiera esprimir á este infeliz, y además de esprimirle hacerle volver atrás en su viaje?

—¡Señor mio!... yo cumplo con el reglamento...

—Qué reglamento ni qué niño muerto, dijo interrumpiéndole Masalegre. ¿En qué cabeza cabe el que se castigue una cosa, que ni es delito, ni culpa siquiera, ni cosa que lo valga?

—¡Oiga Vd., caminero!... ¿No está *D. Juan Villamil* al frente de esta carretera? dijo muy sério Valverde.

—Sí, señor; ese es el ingeniero.

—Bueno: quede enterado... si es que considera usted que ese pobre hombre ha delinquido, tráigale en compañía nuestra al pueblo mas inmediato, y despues yo me entenderé con Vd.

—Efectivamente, Sr. D. Teodoro: ya no me acordaba de que conocia Vd. muy bien al ingeniero, dijo con toda intencion Masalegre.

—¡Vaya si le conozco!... Como que es uno de mis mas íntimos amigos, repuso Valverde.

—Entonces voy á ser yo mas exigente con el caminero, dijo Masalegre... O deja Vd., añadió dirigiéndose á aquel con mucha formalidad, á este

pobre carretero en plena libertad para que siga su marcha, ó de lo contrario pierde Vd. su plaza no mas llegar nosotros á Zaragoza.

—Pero señor... ¿cómo se cuida el camino? dijo el peon en tono ya casi suplicante, como temeroso de ver realizada inmediatamente la amenaza de Masalegre.

—¿Cómo? dijo D. Perrondo: trabajando ustedes con fé y con asiduidad, castigando á los que voluntariamente hagan daño, y nunca vejando á los infelices que tienen un insignificante descuido de su parte, ó que conducen animales que, como destituidos de razon, abandonan el centro de las carreteras por donde Vds. quieren y es conveniente que vayan. Así es como corresponderian Vds. dignamente á su instituto, el mas útil y beneficioso de los tiempos modernos, puesto que además de proteger personalmente á los traginantes, deben conservar espeditas las vias de comunicacion para que el tráfico se haga á menos coste y sin ningun entorpecimiento; así tambien les estimarian y respetarian los infelices, que vienen á ganar por los caminos con miles de esposiciones su miserable sustento, y no les mirarian, como por desgracia sucede con no pocos de Vds., cual si fueran sus padrastros encargados de arruinarles, con gravísimo perjuicio de la agricultura y de la industria, de cuyas dos fuentes de riqueza son conductores los traginantes.

—Pero, señor... si el carretero hubiera ido al lado de los bueyes... dijo ya muy templado el caminero.

—Vamos, vamos; está dicho, dijo Masalegre... soy poco amigo de repetir las cosas: el señor no tiene ninguna culpa y no es justo...

—Basta que Vds. se empeñan... que dé á ustedes gracias este hombre...

—Ya se vé que daré, dijo el carretero; pero me temo que si ahora me perdona Vd., á la vuelta...

—No abrigue Vd. ese temor, buen hombre: eso corre de mi cuenta, dijo Masalegre.

—Sí, sí, añadió Valverde... pierda Vd. cuidado: ¿cómo es su gracia de Vd.?

—*Juan Aldaca*, señor.

—Pues siga *Juan Aldaca* su camino, que nosotros nos encargamos de recomendarle al señor ingeniero para que nadie se meta con él, si es hombre de bien, como parece, dijo Masalegre.

—Siempre lo fuí, señor...

—Sí, se conoce, repuso Masalegre; continúe usted, pues, por el camino de la honradez, que no tiene tantos tropiezos como este que han hecho los hombres, y rara vez le faltará un alma caritativa que le defienda en cualquier atropello ó injusticia, como ahora le ha sucedido... Con que... quédese Vd. con Dios, y si algo le sucediese, á Zaragoza vamos á dormir esta noche, y allí nos puede buscar.

—Corriente, señor... ¡Dios se lo pague á ustedes! dijo el carretero con el acento de la gratitud.

—Usted tambien, señor caminero, añadió Masalegre; cuide como es debido de su camino, no veje á los traginantes, y así ascenderá en su carrera mejor que procurando vivir á costa de las lágrimas de los infelices que ganan su pobre sustento por caminos y carreras. Yo le aseguro que si así obra, ganará mas para con Dios y para con los hombres. Y esto diciendo, dió un espolazo á la mula, que echó á correr á buen tro-

te, siguiéndole nuestros tres restantes viajeros, quienes volviendo á poco su vista atrás, observaron cómo el peon se puso á trabajar, dejando en libertad al pobre carretero, que al paso lento de sus bueyes venia bendiciendo á unos señores que tan milagrosamente acababan de sacarle de las ávidas garras de aquel mas bien *atropellador* en caminos, que *guardador* de ellos.

—¡Cómo es posible, esclamó al instante Masalegre, que pueda vivir nadie en España!..... Al entrar en Búrgos no falta mas que hacerle á uno bajar los calzones para ver lo que lleva: al entrar en Logroño, si no nos valemos de un ardid, nos sucede lo mismo: en Santo Domingo nos dieron congojas de ver cómo se perseguia la industria: en el camino de Calahorra, gracias al Comandante general, impedimos que sacrificasen á los dos interesantes pañeros de Ezcaray; y aquí, por último, merced tambien á otro ardid, hemos impedido que ese feo bergante de caminero robára y vejára sin piedad al desgraciado carretero. ¿Cómo va este? ¡es una atrocidad...! Cualquiera diria que se trata de impedir el que el hombre de bien gane de comer..... vamos .... ¡no se puede sufrir! ¡esto no se puede ver con calma!

—Efectivamente que tienes razon, Masalegre; pero pierde cuidado, que todo se remediará con el tiempo, como se han remediado otros abusos, si cabe peores que los que acabas de mencionar, dijo D. Perrondo.

—Pues qué, ¿ha habido cosas peores que estas en nuestra España? repuso Masalegre.

—Tal creo, ó al menos eran tan malas y se han remediado, dijo D. Perrondo... Pero dejemos esto

á un lado, y gocemos con la hermosa perspectiva de los campos.

En efecto, las cinco leguas que aun les faltaban para llegar á Alagon las pasaron nuestros viajeros sumamente divertidos, deleitando su vista en las feracísimas campiñas cubiertas de árboles y arbustos, que dejaban á sus lados, regadas por el Canal Imperial y por muchísimos riachuelos tributarios del Ebro. Como á cosa de las once de la mañana entraron en aquella villa, bellamente situada entre el Jalon y el Ebro, no lejos del Canal Imperial ni de la confluencia de aquellos dos caudalosos rios.

Dirigiéronse, conducidos por Valverde, á una posada mucho mejor montada que la de Mallen, y cuyo dueño era el reverso de la medalla que el de esta villa, puesto que, por ser tan decidor, no solo contestaba con la mayor prontitud á cuanto Masalegre le preguntaba, sino que infinitamente parlaba mas que lo que este queria, por lo que tenia que interrumpirle repetidas veces para que satisfaciese á las diversas interrogaciones que le dictaba su curiosidad.

Sirviéronles una decente comida, y en la idea de llegar con sol á Zaragoza, salieron nuestros viajeros de la villa de Alagon á poco mas de las dos de la tarde: con todo, en la seguridad tambien de recorrer las cuatro leguas que median de esta villa á aquella ciudad en menos de tres horas, hacian marchar á sus mulas á un paso tan sosegado, que pudieron contemplar bien á su gusto aquellos campos susceptibles en general de toda produccion, feracísimos muchos por la misma naturaleza y mas por la industria de sus moradores, como ellos mismos espresan en aquella frase tan

comun entre casi todo aragonés cuando los años son de escasez y de miseria: *lo de los hombres, bien; lo de Dios, mal.*

Marchaban todos, pues, contentos y satisfechos; pero mucho antes de llegar á la ínclita ciudad, que se descubre á una larga distancia, tanto D. Perrondo como Masalegre se penetraron de una vivísima y verdadera alegría al contemplar la multitud de torres caprichosas que sobresalian entre la inmensidad de sus edificios, y al estender su vista por la vastísima llanura donde se halla sentada, poblada de millares de árboles y fertilizada por las aguas del *Ebro*, las del *Canal*, el *Gállego*, el *Huerva* é inmensidad de prolongadas y costosísimas acequias. Ninguna de las muchas y feracísimas campiñas que hasta el dia habian visto les pareció tan pintoresca y deliciosa como la en que dulcemente estaban deleitando sus sentidos; ninguna se les presentó tan risueña, animada y altamente embelesadora: como nada que sea mas digno de contarse les sucediese ni á ellos ni á sus dos restantes compañeros de viaje, entraron bajo tan grata y favorable impresion en la *heróica é inmortal ciudad*, cuna de tantos hombres ilustres, mansion de tantos pechos esforzados, refujio de tantos corazones generosos, baluarte inespugnable de la independencia nacional, centinela avanzado de la libertad, perla preciosa é inestimable de la España y asombrosa maravilla de todo el Universo.

CAPITULO VII.

AMISTAD Y AMOR.

Segun y conforme tenian de antemano concertado, encamináronse juntos nuestros viajeros á

una casa, sita en un extremo de la ancha y magnífica calle del Coso, la mejor y mas grande de la poblacion. Como D. Perfecto llevaba el firme propósito de estar muy pocos dias en la inmortal ciudad, siguió el consejo de Valverde de hospedarse en su compañía y casa en que él habia vivido los tres últimos años, á cargo de una señora viuda de un médico, que honradamente ganaba el sustento para sí y dos lindas niñas de 14 y 15 años con la asistencia de cuatro estudiantes de buenas casas y algun otro caballero que iba á Zaragoza por determinada temporada.

Recibieron á Valverde la señora y sus hijas á la puerta de su habitacion con la misma alegría que si fuese de la familia, y á nuestro D. Perfecto, y su cuñado con marcadísimas muestras de respeto y estimacion, bastaba que se presentara acompañado de un caballero tan completo como el jóven logroñés. Despues de las salutaciones ordinarias y de imprimir Valverde un cariñoso beso sobre la tersa y virginal frente de las niñas, estas se retiraron al interior de su vivienda, y precedidos de su madre entraron nuestros viajeros en una gran sala, que era la misma que durante los tres últimos años habian ocupado Valverde y su compañero suyo, la cual estaba amueblada, aunque con lujo, con decencia y comodidad.

—¿Y qué tenemos de nuevo, mi querida doña Inés? dijo Valverde á la señora, á luego de tomar asiento. ¡Hola! añadió fijando su vista en una porcion de libros de todos tamaños colocados uno sobre otro en una de las dos mesas; parece que mi amigo Cesar ha madrugado mas que yo. ¿Eh? ¿cuándo vino de *Barbastro*?

—Ya hace cuatro dias, dijo D. Teodoro. Se

abrió la universidad en la última semana.

—¡Caramba! ¿qué dice Vd.? ¡ah, pícaro de César! ¿cómo no me escribiría antes de salir de su pueblo? repuso Valverde.

—¡Pues qué! ¿no ha sido Vd. noticioso de ello? Segun tengo entendido, el señorito César le escribió á Vd. no mas llegar á esta.

—Pues no he recibido carta suya, dijo Valverde ya se vé; estaríamos en camino cuando llegó á Logroño... Quien me escribió hace tiempo, participándome que se abririan las aulas mas pronto que otros años fué mi amigo *D. Valentin de Lanuza*.

—No se apure Vd, Sr. D. Teodoro, que de positivo sé que no llega Vd. de los últimos; ya usted vé: todavía no han venido los dos parvulillos de *Teruel*, cuyos padres me escribieron el mes pasado para que les guardase la misma habitacion que tenian.

—*Los dos amantes de Teruel* como yo les llamo, ¿eh?; ¡qué bellos niños! sobre todo el uno es estraordinariamente hermoso.

—Efectivamente que es mas guapo que una señorita de quince... ¡y cómo se quieren los dos!... se quieren tanto como Vd. y D. César.

—¿Y hace mucho que salió César de casa?

—No señor: ya eran mas de las cuatro... continuamente se ha estado acordando de Vd.: se halla fastidiado sin su compañía... ¡hola! le voy á dar á usted una noticia: tambien me ha dicho que vendrá este año en hermana al Carnaval.

Una ligera emocion, que pasó desapercibida á los ojos de nuestros viajeros, se pintó en el semblante de Valverde.

—¡Pobre César! dijo este: bueno, bueno... ya

estoy aquí... luego saldremos á buscarle, que regularmente le encontraremos en el café.

—¿Gustan Vds. de tomar alguna cosa? dijo doña Inés.

—Gracias, señora; comimos en Alagon hará cosa de tres horas, dijo D. Perrondo.

—Nada, nada, dijo Valverde; ya veo todo lo necesario para lavarnos: descansaremos un poco fumando un puro; despues nos lavaremos y mudaremos para salir en busca de César... Aguarde usted, doña Inés... y qué, tal, ¿tiene Vd. mucha gente?

—No señor; solo tengo un oficial de Estado mayor, que procedente de Búrgos vino aquí á luego que Vds. se marcharon.

—¡Hombre! de Búrgos... fácil es que conozca á Gumersinda, dijo Masalegre mirando con satisfaccion á su amo.

—Sí; es mas que probable, dijo este.

—La bella jóven de quien tanto me han hablado Vds.? dijo Valverde.

—En todos conceptos bella, repuso con orgullo Masalegre.

—¡Oh! sí; no he visto, no puede existir una criatura mas interesante que ella, dijo D. Perrondo... ¿Y ese caballero oficial, vendrá pronto esta noche?

—A eso de las once suele venir, dijo doña Inés.

—¿Quiere Vd. verle? dijo Valverde á D. Perrondo.

—Sí; al menos le conoceré y podremos hablar de ella.

—Ya lo oye Vd., doña Inés, si ese caballero no tiene inconveniente en cenar con nosotros... dijo Valverde.

—¡Cá! no señor: ya ha comido un dia con don César; es un jóven muy llano y muy guapo: mas de cuatro veces me he acordado de Vd. al ver su conducta.

—Vamos; es de nuestra tierra; así me gustan los hombres, dijo Masalegre.

—¿Son Vds. de Búrgos? preguntó doña Inés.

—Somos castellanos viejos, aunque no de Búrgos, contestó Masalegre.

—Ya la he dicho á Vd. que son mis íntimos amigos, y que no piensan estar en Zaragoza mas que unos cuatro dias, dijo Valverde... con que...

—Corriente, corriente: sabe Vd. que en todo soy su humilde servidora... con permiso de ustedes... voy á que les traigan fuego, y en seguida á poner en conocimiento de la comisaría del barrio que han llegado Vds.

—¡Qué! ¿tambien hay en Zaragoza *policíacos* como el de Búrgos...?

—No deberán ser así, dijo D. Perfecto: por un lado hay pocos como el de Búrgos, y por otro dudo mucho que la invicta Zaragoza tolerase dentro de su seno entes tan nauseabundos como aquel funcionario. Entrega nuestros pasaportes á la señora.

Hízolo así en efecto Masalegre, dió tambien el suyo Valverde, y acto contínuo salió doña Inés de la habitacion, dejando prendados á nuestros viajeros de su amabilidad y estremada dulzura.

Ya el hermoso sol de Otoño doraba tan solemne y al parecer con profunda melancolía las altas torres y caprichosos chapiteles de la inmortal ciudad, cuando nuestros tres amigos salieron de la posada con direccion á un magnífico café, sito en el medio de la misma calle del *Coso*, y cuyo

al dueño, sin duda por dar una importancia que en realidad merecia, habia bautizado con el poético nombre de las cuatro estaciones. Efectivamente: no mas entrar nuestros viajeros en el gran salon abovedado, de lo menos 100 pies de longitud por 45 de anchura, observaron como en sus cuatro estremos, sobre columnas de terso y resplandeciente bronce, estaban colocadas cuatro estátuas del mismo metal y de regular tamaño, que representaban el aterido invierno, la florida primavera, el abundante estío y el tristísimo otoño cuando ya está al espirar: tres magníficas arañas pendian de su techumbre, lujosamente empapelada, lo mismo que sus paredes laterales, que ostentaban doce grandes espejos fronterizos los unos á los otros. Como en él se reunia lo mas selecto de la poblacion, pensó hallar Valverde á su amigo César: con la idea de esperarle hasta algo entrada la noche, ocuparon los tres una mesa de las del fondo del salon, donde, de allí á un rato tomaron un arlequin de las muchas y escelentes frutas que producen los deliciosos campos de la ciudad.

Cuando llegaron nuestros amigos al magnífico café, como que aun era de dia, le encontraron casi vacío de gentes; pero al poco rato fuese llenando aquel inmenso espacio de militares de todas graduaciones, de elegantes caballeros, en general jóvenes, y de señoras lujosamente vestidas, que al retirarse del paseo para sus casas entraban allí con ánimo de templar el ardor producido por la estacion.

Masalegre, en quien habia causado profunda sensacion el aspecto magestuoso que por todas partes presentaba el salon, se quedó absorto al

ver ahora el asombroso lujo de las señoras y caballeros que le iban ocupando, al contemplar aquellos preciosísimos trajes de terciopelos, sedas y cachemires, aquellas capotas que tanto realce daban á la hermosura de las jóvenes y tan mal sentaban á las acicaladas, histéricas y empalagosas viejas, aquellos pendientes, cadenas y demás adornos de brillantes y riquísimo oro, que notablemente ofendian sus ojos cuando se fijaban mas de un segundo sobre ellos. Atormentada su mente en vista de un lujo tan deslumbrador, fijó su codo derecho sobre la mesa y recostó su cuerpo contra la pared, cual si quisiera tomar aliento para soportar el espectáculo de tanta grandeza y magnificencia; pero su imaginacion le llevó á otras consideraciones mas profundas, y así dirigiéndose á su amo y á Valverde, dijo:

—¡Qué magnífico está todo esto! Pero parécemie que me arguye la conciencia al venir nosotros á gastar aquí un par de pesetas y ver como otros derrochan mas respetables sumas por dar gusto al apetito sensual de la gula.

—¿Por qué, querido? le dijo Valverde.

—¿Por qué, me dice Vd., Sr. D. Teodoro?.. ¡ah! ¡cuántas familias honradas se podrian socorrer con lo que aquí se gastará superfluamente en esta sola noche!

—Convenidos, querido mio, dijo Valverde; pero... ¿no hemos de refrescar nuestros estómagos, cuando el polvo del camino y un sol ardiente nos han traido fatigados á Zaragoza?

—¡Oh! sí, mi querido Valverde, dijo á la sazon don Perronde: mi criado y yo somos amigos de las comodidades, y no nos asusta el lujo, como á muchos ascéticos que le maldicen tan solo porque

ellos no pueden gastarlo: me gusta refrescar mi cuerpo interior y exteriormente, cuando tengo necesidad de ello; pero al contemplar este lujo, esta que bien podemos llamar en la mayor parte de los presentes loca disipacion, no puedo menos de atormentarme cruelmente la idea de tanta comodidad por una parte y tanta privacion por otra... no; yo no estoy bien no viendo á todo el mundo feliz y contento.

Impidió continuar la comenzada conversacion á nuestros viajeros la presencia de dos elegantes caballeros, el uno de cabellos rubios como el oro y el otro de larga y cerrada barba negra, que acercándose á la mesa donde aquellos estaban se abalanzaron á Valverde para abrazarle con las mas vivas muestras de alegría.

—¡Teodoro! esclamaron á un tiempo los caballeros, que eran dos condiscípulos de la misma poblacion.

—¡Tomás! ¡Pepe! esclamó Valverde abrazando tambien á un tiempo á sus dos amigos.

—¡Feliz encuentro! ¿cuándo has venido, chico? le dijo uno.

—Sí; á César hemos preguntado por tí en estos dias, dijo el otro.

—Esperándole estoy aquí precisamente en union de estos amigos mios... sentaos: ¿qué quereis qué os sirvan?

—Yo tomaré limon, dijo uno de los jóvenes.

—Vaya, pues yo lo mismo; nos templaremos, que el calor de esta tarde ha sido sofocante, dijo el otro.

—Sí, cuando salimos de Alagon no parecia sino que habíamos vuelto á la canícula, dijo Valverde.

—Vaya, vaya... ¡el buen Teodoro! dijo objetó rubio mirando á Valverde con satisfaccion... ¿con que segun eso no has visto aun á César?

—No, chico; creia encontrarle aquí, y ya parece que tarda.

—¡Hola, picarillo! parece que estás impaciente... ¿querrás saber pronto de su hermana y tu querida? repuso el rubio... ¡y qué hermosa es! ¡qué veinte abriles! ¡es la perla de Barbastro! añadió, mientras que D. Perrondo y Massalegre miraban con satisfactoria curiosidad á Valverde... pero no arrugues el ceño, ya sabes que al usar yo la palabra *querida* no lo hago en el sentido injurioso...

—No, no, amigo Pepe; ni tendrias derecho para ello, ni yo podria consentirlo de manera alguna, dijo interrumpiéndole Valverde... Amo á su hermana con delirio: aparte de esto, deseo ahora ver á César, porque es mi íntimo amigo, porque le quiero como si fuera un hermano, mas, como á mí mismo.

—Como deben quererse los amigos, dijo á la sazon D. Perrondo... ¿Qué es la amistad sin esa circunstancia? ¿qué es la amistad que anda de boca en boca en la mayor parte de los hombres? un sarcasmo, una burla cruel. El amigo debe ser otro yo, el amigo debe sentir las penas del sugeto á quien prodiga tan dulce nombre, debe defenderle en sus ataques, ya esté presente, ya esté á su lado; debe respirar, digámoslo así, el aire que él respira, querer lo que él quiere, aborrecer lo que él aborrece, amar lo que él ama... solo lo que así sea, se puede llamar amistad; lo demás no es sino una farsa de mundo en que, al revés que en una

buena comedia, cada uno representa un papel vergonzoso y degradante.

—Convengo con Vd., caballero, dijo el jóven rubio, que sin duda es la amistad; pero desgraciadamente vemos hoy dia muy pocos amigos de esos.

—Y eso ¿qué importa? por lo mismo deben ser mas dignos de admiracion y respeto, dijo Mazadegre. Sabemos que los buenos amigos son mas raros que los buenos diamantes, que solo andan en manos de los poderosos: en cambio estos no tienen amigos, porque la amistad, que parece que huye de la escesiva opulencia, no se alberga por un pequeño mas que en las clases modestas y medianamente acomodadas.

—El rubio miró con cierto aire de curiosidad á Mazadegre, cuyo lenguaje parecíale no corresponder á su traje de chaqueta.

—Pues yo, dijo, sin ser enemigo de las clases pobres, no lo creo así: yo entiendo que la amistad es mas firme y duradera entre las opulentas, que entre las pobres y medianamente acomodadas. Cuanto mas esquisita es la educacion del hombre, mas medios tiene para saber guardar las consideraciones debidas en sociedad... ¿no estamos viendo todos los dias como entienden la amistad los hombres del pueblo?... comen, beben y braman juntos, y á lo mejor concluyen por darse de navajadas ó cuando menos de bofetones.

—Precisamente, caballero, me parece que ha argüido Vd. en nuestro favor, dijo D. Perrando; esa educacion *esquisita* de que ha hablado, esa educacion de que se impregna á los hombres nacidos y criados en la opulencia, es la que los hace ciruelos, falsos, fementidos é hipócritas; cierto

es que no se darán de puñaladas ó navajazos, como no se dan las clases menesterosas, pero trabajadoras, porque los que sé suelen dar son los tahures y gentes de mal vivir, que si existen es tal vez por culpa de la sociedad: pero en cambio se desacreditan unos á otros cobardemente, se muerden sin piedad, se venden por la cosa mas insignificante del mundo, ó se dan de puntetazos ó cuchilladas por la mas trivial espresion, y esto lo hacen acto contínuo, ¿qué digo? en el instante mismo en que están comiendo ó solazándose juntos. En las clases trabajadoras hay franqueza, sinceridad, buena fé, cualidades muy á propósito para que exista amistad; en las opulentas y meramente consumidoras hay simulacion, falsía, miras ulteriores, que escluyen ese nombre dulce y consolador. Convengo en que por desgracia hay muy pocos amigos, porque hay muy pocos hombres virtuosos, y como decia Ciceron; *nissi in bonis amistitia esse non potest*, pero yo estoy persuadido, por lo poco que he observado, que entre las clases opulentas no se vé ni un uno, advirtiendo que yo entiendo por clases opulentas los altos empleados, los ricos capitalistas y banqueros, y los manipulantes políticos y fautores de gobiernos.

—¡Bien, amigo mio! esclamó Valverde lleno de satisfaccion al oir á D. Perrondo... estoy en todo conforme con Vd.

—Y vamos, Teodoro, dijo el rubio con intencion deliberada de dar á la conversacion otro giro... ¿piensas ir ya mañana á la universidad?

—Sí, sin disputa, dijo Valverde.

—Y yo quiero tambien visitarla, dijo Malealegre.

—Corriente, iremos juntos, dijo Valverde. Pero

á todo esto... César no viene... pues ya es tarde...

—No; cuando no ha venido, no debes aguardarle ya... apuesto á que está al lado de alguna bella, dijo el rubio.

—*Quiá*; regularmente estará en casa de Lanuza, dijo el de la barba negra.

—Muy fácil es, dijo Valverde... ¿os quedais vosotros?

—Sí, chico; hasta cerca de las diez somos aquí seguros.

—Pues si viene César, escusado es advertiros...

—Descuida: al momento te lo mandaremos.

—Gracias, amigos... Nos retiraremos á casa, si Vds. gustan.

—Sí, sí, dijo D. Perrondo. Y despidiéndose de los jóvenes estudiantes salieron del café en direccion de su posada.

Un buen rato habian pasado ya en ella nuestros viajeros en union del jóven Valverde, cuando se presentó su digno amigo, condiscípulo y compañero de hospedaje *D. César de Tamarite*. Era este un jóven de 25 años, de gallarda é interesante presencia, finísimos modales y esmerada educacion; de talla elevada, fornido sin ser grueso, de pronunciadas aunque algo morenas facciones, frente serena y despejada, ojos negros y rasgados, pobladas cejas, cabello negro tambien como el ébano, nariz recta, y sonrosados labios que cubrian una dentadura blanca y hermosa: un bigote negro enlazado con la perilla que le cubria toda su barba, daba singular realce á lo enérgico de su fisonomía. Era D. César uno de esos séres privilegiados, así como su digno compañero, que á primera vista cautivan la atencion de todo hombre observador y

adquieren las simpatías de los corazones generosos: para definirlo en pocas palabras diremos que, así en lo físico como en lo moral, era el verdadero tipo de la juventud aragonesa, esa juventud brillante, ansiosa de gloria como la que mas, noble y pundonorosa, franca y leal, valiente y denodada hasta el mayor estremo: diremos por último, que D. César era hijo de una viuda bastante rica de Barbastro, que compartia su amor entre él y una lindísima jóven de 20 años, con quien ya hacia tiempo tenia Valverde amorosas relaciones.

Segun entró D. César en la habitacion dió las buena noches algo sorprendido á la presencia de nuestros viajeros, y fijando su vista en su amigo Valverde, se arrojó en los brazos de éste, que ya le estaban esperando, sin articular una sola palabra, pero en un ademan de ternura y de cariño indefinible. D. Perronde y Ma alegre, que se levantaron lo mismo que Valverde á la vista del gallardo mancebo, llenos de satisfaccion, de verdadera é inefable alegría, contemplaron aquel abrazo de algunos segundos, tierno, patético, sublime, de dos jóvenes, á cual mas bellos, á cual mas interesantes, que sin poder articular una palabra por causa de la emocion de que estaban poseidos, ofrecian el mas magnífico espectáculo de lo que es la amistad, esa dulce y consoladora amistad, tan dulce y consoladora cuando menos como los mismos vínculos de la sangre, puesto que identifica las almas, enlaza los corazones y hace, como decia el poeta, que toda sea comun entre ellos, alegría y pesar, felicidad y desgracia, goces é infortunios (1). Tampoco el tiempo de es-

(1) *Communia esse amicorum inter se omnia.* Terencio In Adelf.

pasaron los dos gentiles mancebos encontraron una palabra que dirigirse, una frase que espresase sus sentimientos; pero de sus hermosísimos ojos brotó una lágrima, que vino á conmover mas los ya enternecidos corazones de nuestros viajeros.

—Sentémonos, dijo de allí á un rato Valverde sumamente conmovido, al propio tiempo que se dejó caer en un sofá arrastrando consigo á D. César... Estos caballeros...

—Servidor de Vds., dijo D. César.

—Son mis amigos, continuó Valverde, y por consecuencia...

—Lo son ya mios, repuso D. César al propio tiempo que alargó sus manos á nuestros viajeros.

—Tenemos un particular placer en conocer á usted y ofrecernos muy suyos, dijo D. Perrondo; pero por lo mismo que somos amigos, no quiero que nuestra presencia les prive á Vds. de la satisfaccion de hablar de sus asuntos, de preguntar por las personas queridas que han dejado ustedes en su pueblo... Y al decir esto clavó sus hermosos ojos en Valverde.

—Os comprendo, querido amigo, dijo este; no habeis dejado pasar desapercibida la espresion de mi compañero de los cabellos de oro... Ante todo tengo que pediros perdon de una cosa, y es de haberos ocultado mi amor con la sola idea de sorprenderos con él, como me ha sucedido. Ya sabeis que os respeto como un padre, que os aprecio como un hermano, y que por consecuencia nada de lo que siente mi corazon puede ni quiere ocultaros... ¿Lo eyes, César? al señor que es la honradez y caballerosidad en su punto le respeto, cuando solo hace unos dias que le

conozco, como si fuera mi padre; le quiero tanto como á tí, que es cuanto puedo decirte.

—Gracias, noble jóven, gracias, le dijo D. Fernando tomándole su mano: yo tambien os quiero y os querré durante toda mi vida... ¡y cuán acreedor sois á ello!... pero no tratemos ahora de nosotros, lugar hay; hace mucho tiempo que no habeis visto á vuestro amigo; tenais que preguntaros recíprocamente...

—En efecto, chico; ya que nosotros nos hemos visto, no nos olvidemos de los nuestros, dijo don César á Valverde... ¿y cómo has dejado á tu madre?

—Como siempre; con una salud escelente á pesar de sus años y sus muchos afanes. ¿Y la tuya?

—Algo achacosilla... ya sabes que desde la muerte del padre su salud ha sido muy quebrantada.

—¡Pobre señora! ¿y mi querida *Camila*? ¿qué me dices de ella?... Ya sabes que sin su amor me seria insoportable la existencia..

—¿Y qué seria de nosotros tres sin el tuyo?

—¡Oh! sin vosotros no podria vivir, querido César; sin tu amistad y sin el amor de tu hermana, ¿qué seria ya mi vida? No atentaria á ella porque mi buena madre me inspiró desde mis mas tiernos años el justo horror que se debe tener al suicidio..: pero ¡qué ménos somos!... no hablemos de cosas imposibles de suceder... ¿no es verdad que nos hemos jurado un amor eterno, puro, invariable? ¿No es verdad que solo la muerte podrá romper con él? Y al decir esto echó su brazo derecho al cuerpo del jóven, á quien estrechó contra su corazon.

—¡Bien, bien! esclamó D. Fernando radiante de

satisfaccion y de alegría... así os quiero yo ver... nuevos *Pílades y Orestes*... ¡cómo se goza mi corazon contemplando vuestra felicidad!

—Mira, chico, dijo Valverde clavando sus hermosos ojos azules en los negros de D. César y luego en los de D. Perrondo; es necesario tambien que Camila quiera al señor como nosotros... ¿no es verdad que le profesará el mismo amor tierno y religioso que yo le tengo?... ¡oh! sí, sí, ella es tan buena como tú; le amará como yo le amo, como tú tienes que amarle, porque ¡es tan bueno! ¡oh! ¡y qué corazon! ¡cuán feliz seria el género humano si hubiera muchos hombres como él!...

—Vos sois tan bueno como yo, acaso mejor, querido mio, dijo D. Perrondo estrechando entre las suyas la mano de Valverde... vos, cuyo noble corazon ha sabido elevar una madre tierna y cariñosa, una madre, dechado de virtudes...

—¡Oh! no, no, dijo Valverde; aparte de mi madre, á quien no amo, porque la idolatro con frenesí, vos en el primer lugar de los buenos, en segundo César, en tercero... ¡ah, mi querido Masalegre! me olvidaba injustamente de vos...

—Yo concluiré, señor D. Teodoro, dijo interrumpiéndole Masalegre: en tercero la señorita Camila, á quien ya amo tanto como á Vd., á quien ya quisiera ver esposa de Vd., porque la contemplo digna de Vd.

—Mas que yo de ella; pero lo será antes de un año, cuando concluyamos la carrera César y yo, para estimaros punto menos que á vuestro escelente amo, dije mal, que á vuestro entrañable amigo.

—Gracias, gracias, mi amado D. Teodoro, dijo con visible emocion Masalegre, yo sabré corresponder

á ese cariño... poco puedo ofrecer: pero ofrezco de buena fé mi pobre existencia.

—Que yo estimo por lo que vale la de un verdadero amigo, un amigo tal cual yo comprendo la amistad, repuso Valverde... Pero á todo esto, querido César ¿dónde se has escondido esta noche?

—He pasado un rato con D. Valentin, que se halla enfermo.

—¡Enfermo!

—Sí... poca cosa, pero lo bastante para no haber podido escribirte. Hace poco fuí por casualidad al café y allí me dijeron que habias venido.

—¡Pobre señor Lenuzá! mañana iremos á verle... Ya sé que tú me escribiste no mas llegar á esta... y Camila, ¿cómo no ha contestado á mi última?

—Te traigo yo la contestacion, dijo risueño don César, y echando mano á una preciosa cartera, sacó de ella una esquelita, que entregó á su amigo Valverde.

—Con permiso de Vds., dijo éste poniéndose á leer la carta de su amada.

—Nada tiene de particular, añadió Valverde despues de haberla leido, pero aunque tuviera, no podria ocultar su contenido á tan buenos amigos: voy á leérsela á Vds.; quiero que sepan cuánto nos amamos Camila y yo.

—Como gusteis, dijo D. Perrondo.

—Tengo un placer en ello, repuso Valverde, y acto contínuo se puso á leer la carta de Camila, que decia así:

«Mi adorado Teodoro: he querido que nuestro hermano César te lleve mi contestacion á tu última, al propio tiempo que mis afectuosos recuerdos. Dícesme en ella que algo fastidiado del mundo vas

á distraerte cuatro dias á la féria de Nájera... ¡Tú fastidiado, Teodoro! ¡cuánta injusticia envuelve esa palabra, al parecer inofensiva! Sino tuvieras una madre, modelo de las madres, sino tuvieras en mi hermano un amigo que te estima mas que á sí mismo, y si en fin no tuvieras en mí una amante que no solo corresponde á tu cariño, sino que te idolatra y en cuyo corazon vives eternamente, comprenderia que hubiese algun vacío en el tuyo que acibarase en momentos dados tu existencia... Afecto entrañable de una madre, inviolable amistad, amor puro, sublime, imperecedero... todo esto tienes, todo esto posees, querido mio.... ¿dónde puede haber un mortal mas feliz que tú? Yo no tengo amigas á quienes confiar los secretos de mi vida, y si bien tengo una madre, á la que quiero tanto como tú puedes querer á la tuya, solo tu amor, ese amor sin el cual renunciára desde luego á la existencia, bastaría por sí solo para llenar mi corazon y hacerle inaccesible á todo linaje de sinsabores... Yo no creo que en tí debilite la ausencia el fuego sagrado de un amor tan puro como el nuestro; no puede abrigar tu noble corazon tamaña debilidad... no, no puede esta triste idea, no solo atormentar, cruzar siquiera por mi mente... ¿á qué atribuiré, pues, ese pequeño fastidio que te compele á ir para lanzarle de tu corazon al bullicioso centro de una feria? Quiero creer, quiero lisongear mi imaginacion ¿qué digo? no puede ser otra cosa... ¿no es verdad, querido mio? indudablemente es por no verte á mi lado, por no haber aspirado de cerca hace ya ocho meses el hálito dulcísimo de la que por tí y para tí vive. Y si así es ¿por qué, en vez de irte á Nájera, esa ciudad que ningun atractivo tendria para tí, no viniste á esta

insigne y deliciosa Barbastro? Aquí, á mi lado, en esos quince dias, antes de ir con tu César á Zaragoza, hubiéramos hablado de nuestro amor, en casa, en el campo, á la sombra de aquellos corpulentos y hermosísimos árboles donde por primera vez, hizo ya dos años, tu me le juraste eterno, yo te le prometí puro é imperecedero: aquí al lado de la mitad de tu corazon, rodeado de tu amigo y de mi noble madre, que te quiere tanto como nosotros, hubieras lanzado de tu pecho ese pequeño fastidio, que ha venido á dar un mal rato á esta tu pobre Camila, que alienta por tí, que goza si tu gozas, que sufre si tu padeces... ¡oh! ¡cuánto te quiero, Teodoro mio! ¡cuánto te adoro! Espero como tu con impaciencia la venida del próximo estío, en que concluida ya tu carrera, podamos celebrar el tan deseado himeneo, que ha de colmar nuestra ventura, la de nuestras madres y la de nuestro hermano. Como tu deseas, si mi madre puede acompañarme, iré á Zaragoza en el inmediato Carnaval, que me gusta menos que el mas pobre baile de aldea, pero todavía está muy distante ese tiempo... un siglo me parece el que media desde aquí hasta esas estrepitosas fiestas, que parecen enemigas de un amor tan divino como el nuestro: antes quiero abrazarte, tengo precision de verte, y asi espero que, accediendo á mi ruego, te vengas á ésta con César en la próxima Navidad... pocos dias podremos estar juntos, pocos dias tendremos la dicha de hablar de nuestro amor, pero no les despreciemos; vente por acá, querido mio, que yo procuraré ir despues á esa, y viéndonos mas á menudo y renovándonos de palabra nuestras promesas y juramentos, haremos menos amargos los meses que aun faltan para que nuestra dicha sea

completa, enlazándose ante Dios y los hombres dos corazones nacidos para latir en santa é indisoluble union. Nada mas te digo por ahora que te conserves bueno con nuestro querido César para disponer del cariño entrañable de tu futura.—*Camila.*»

—¡Cuánto amor! ¡cuánta felicidad encierra para vos esa carta, querido mio! dijo D. Perrondo .. ¡y cuán digna es de vos la que la ha escrito! ¡cómo está retratado su bello corazon en esas líneas!

—¡Oh! ¡si la viérais, amigo mio! dijo Valverde lleno de amoroso entusiasmo: es además tan hermosa como esa pobre jóven, paisana vuestra, de quien me habeis hablado.

—Pero mas feliz, mas venturosa, dijo Masalegre... el porvenir de una se presenta risueño, lleno de delicias, de placeres sin cuento; el de la otra... ¡Dios sabe cómo será!

—Sí, dijo D. Perrondo con vivísima emocion: la una marcha á la felicidad... ¡bien ida sea! ¡cuánto se goza en ello mi corazon! La otra va de desgracia en desgracia hasta apurar la copa del dolor... ¡cuánto sufro al pensarlo! ¡cuán egoista es la sociedad que así la ha abandonado! pero dejémoslo á Dios, que ese no la abandonará.

—Ni vos tampoco, querido amigo... ¿no es verdad? dijo sumamente afectado Valverde. Mire usted que yo me intereso por ella tanto como vos y Masalegre... tambien mi querido César y su hermana la querrán como una amiga.

—¡Oh! sí, sí; escusado es decir eso; dijo su compañero.

—Deseando estoy que venga ese caballero militar para hablar de mi Gumersinda, dijo Masalegre.

—Aun debe tardar por lo que acostumbra, dijo don César.

No fué así á la verdad: por lo que verá el lector, el jóven oficial de Estado mayor se hizo esperar menos tiempo del que se creia. Antes de las diez de la noche, estaba ya en la habitacion ocupada por los dos jóvenes y por nuestros viajeros.

Era el oficial un gallardo mancebo de 25 á 30 años de edad, elevada estatura, talle gentil, franca y simpática fisonomía. Un vigote negro y espeso, que se ensortijaba en sus dos estremos, comunicaba á su bello semblante una gracia particular, y unos ojos negros y estraordinariamente vivos le daban marcadísima animacion: traje, figura, ademanes, todo estaba anunciando en él una educacion brillante y esmerada.

—Con permiso de Vds., dijo el oficial entrando en la habitacion y colocando su tricornio sobre la primera silla que encontró á mano.

—¡Hola, querido! le dijo D. César, levantándose al propio tiempo que los demás circunstantes... ¡cuánto bueno por aquí! sírvase Vd. ocupar el sofá... Parece que esta noche nos retiramos algo mas temprano.

—Sí; y siento no haber podido venir antes en busca de este caballero.

—¿De mí? dijo D. Fernando asombrado.

—Supongo que es Vd. á quien busco; pero no ha sido mia la culpa: antes del paseo he recorrido todas las comisarías, y no se me ha dado razon de usted hasta hace un momento, hallándome en casa del General. Son tan *caballeros* los comisarios que no acuden á sus despachos hasta las nueve de la noche.

—No comprendo, dijo D. Perrondo cada vez mas confuso.

—¿No es D. Perrondo de la Bárcena á quien tengo el honor de hablar? dijo el oficial haciéndole una reverencia.

—Servidor de Vd... ¿pero cómo?...

—Muy sencillo, amigo mio; tengo encargo de buscarle á Vd. desde esta mañana, y felizmente me acaban de participar, de una manera digámoslo así *oficial*, que en esta tarde se ha hospedado usted aquí.

—En efecto... ¿pero se servirá Vd. decirme á quién tengo el gusto de hablar? dijo D. Perrondo.

—Por de pronto baste decirle á Vd. que á un amigo de Gumersinda.

—¿De Gumersinda? dijo Masalegre lleno de alegría.

—¡Qué felicidad! esclamó Valverde: bien nos lo anunciaba el corazon... por eso nos tomamos la libertad de prevenir á doña Inés que tendríamos un singular placer en que Vd. cenase con nosotros.

—Y ya le tendré muy cumplido en ello, dijo el oficial con visible satisfaccion... Esta mañana recibí carta de Gumersinda, añadió dirigiéndose á don Perrondo, en que me dice que ya habria usted llegado á esta con un amigo, incluyéndome dos cartas para entregar á Vd...

—¡Qué dicha! esclamó Masalegre... ¡vamos á saber de ella!

—Ahí tiene Vd., dijo el oficial presentando las dos cartas á D. Perrondo.

La una era de Gumersinda y la otra del escelente cabinero Gutierrez: en ella le decia este que aun cuando no habian salido del hospital, seguian sumamente aliviados el ebanista y el bailo

jóven, hijo del difunto administrador, y con esperanzas de dejar aquel establecimiento de beneficencia antes de ocho dias; que la familia del primero y la tia del segundo estaban en estremo contentas, bendiciendo á su bienhechor y preguntando aunque en vano continuamente por él. No se olvidaba el honrado carabinero del escribano Retuerta, que seguia en su vida de beatitud, sin pensar ni aun por asomo en restituir las infames ganancias que habia tenido en la de usurero. Dábale asimismo noticias de su amigo Arciniega, advirtiéndole que se habia valido de él para que hiciese matricular al jóven en la escuela de ingenieros, á fin de que no perdiese el año escolar que iba á empezar; y por último le prevenia que comunicase sus afectos á Masalegre, á quien prometia escribir cuando llegasen á Barcelona.

Así que leyó D. Perrondo las cartas, viéronse rodar por su semblante dos gruesísimas lágrimas. Con todo, si bien no quiso, llevado de su natural modestia, leer á los circunstantes la del buen Gutierrez, siguiendo el ejemplo del jóven Valverde, aunque sumamente afectado, lo hizo de la de la bella Gamersinda, concebida en estos términos:

«*¡Cuán triste es depedirse de un verdadero amigo!* Estas palabras, que me digísteis la última noche que nos vimos, jamás se borrarán de mi memoria. Triste, fatigada, combatida mi mente por encontradas y terribles ideas, arrastro en estos dias una existencia mísera y desgraciada... Bien os dije ¡oh querido amigo! en aquella para mi aciaga noche de nuestra despedida: *¡valiera mas no habernos vuelto á ver!* Vos, que sin embargo de ser el mas noble y mas grande de los hombres, no poseis la virtud de la lanza de *Aquiles*, que curaba

las heridas que causaba, habeis dejado á vuestra pobre huérfana sumida en el mas profundo dolor, entregada á los tormentos que produce la pérdida de la felicidad, que por un momento se gozó y se marcha á nuestro despecho... Pero no, no... ¡cuán nécia soy! ¡y cuán injusta tambien!.. Perdonad, querido amigo, mi loco estravío, mi lenguaje injurioso... lo estampa en el papel la pluma contra lo que siente el doliente corazon. Verdad es que vos estais ausente; pero tambien lo es que me enseñásteis á tener conformidad y á esperar en Dios..... Tambien me prometísteis que velariais por mí... ¡oh! ¡y qué vardad es...! Vuestros amigos, que lo son ya mios, Arciniega, el conde de Malgar y el buen Gutierrez..... ¡cómo me quieren! ¡cómo se interesan por mi suerte! Todos los dias vienen á verme, á consolarme, á hablar de vos, á quien quiero ya mas que á mi hermano, mas que á mí misma, casi tanto como al mismo Dios, aunque sea una impiedad... Pero no lo es, no... ¿qué culpa tengo yo de que el corazon ame todo lo que es capaz de amar? Vos ¡mi protector! ¡mi amigo! ¡mi supremo bien! vos solo me alentais, me haceis que aprecie la vida, esta vida tan llena de pesares en su pasado, tan triste en el presente, tan terrible en el porvenir... ¿Y por qué es triste en el presente? ¿Me ha abandonadó por ventura el que tiene en sus manos mi felicidad ó mi desdicha? No; pero un pensamiento lúgubre, aterrador, me dice que seré la víctima de ese hombre, á quien he encomendado mi honor... no, no la víctima de la sociedad en que vivimos... ¡Oh! pero vos no me abandonareis, querido amigo, ¿no es verdad? y vos valeis tanto como la sociedad entera, que es indigna de poseeros..... pero no,

mejor es que esteis en ella porque la hacéis falta, y con pocos hombres como vos ella será mejor..... ¡Qué dicha la de ser vuestro amigo, merecer vuestro aprecio, tener un lugar en vuestro noble corazon! ¡Oh! ¡y cuán noble es! ¡qué de cosas he sabido de vos...! ¡sois bendito de los cielos...!

Antes no he podido escribiros, querido amigo, porque al hacerlo el dolor embargaba mi alma atribulada... Nada tengo que deciros hoy sobre mi situacion, que no ha variado en lo mas mínimo: espero consejos de vos para obrar... Temerosa de que se estravie esta carta y la que para vos me ha dado el honrado Gutierrez, ó no llegasen tan pronto á vuestras manos, os las dirijo por conducto del noble oficial *D. Buenaventura de Tárrega*, cuyos buenos sentimientos tuve ocasion de conocer en los dos años que estuvo en esta... ¡Adios, querido amigo! decia á mi Masalegre que no me olvido de él, que vive constantemente en mi corazon; escribidme á menudo para que sepa dónde os hallais, mientras que continuamente dirije al cielo fervientes votos por la felicidad de vuestro viaje la que de todas veras es vuestra—*Gumersinda.*»

—¡Pobrecilla! dijo llorando Masalegre... cómo se acuerda... de mí!

—¡Qué contraste...! Bien dijísteis, amigo mio, dijo conmovido Valverde: *¡la una marcha á la felicidad! la otra acaso apurará la copa del dolor....* ¡Qué no haria yo por verla dichosa!

—¡Oh! ¡cuán digna es de ello! esclámó el jóven oficial.

—¡Oh! ¡sí, sí! esclamó D. César con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Gracias, amigos mios, gracias!... no hablemos por ahora de eso... estoy sumamente conmo-

vido, dijo D. Perrondo. Soy su amigo de Vd., añadió, vertiendo una lágrima y pidiendo con la suya la mano del escelente oficial, que apretó con efusion....

Las palabras de D. Perrondo vinieron á aumentar la profunda sensacion que en el ánimo de todos habia causado la carta de Gumersinda. Deseando alejar de la mente de nuestro viajero las tristes ideas que la embargaban, aun cuando su corazon acaso padecia tanto como el de D. Perrondo, el jóven Valverde salió de la habitacion en demanda de la cena, concluida la cual todos fueron á acostarse, D. Perrondo y Mastlegre pensando tristemente en Gumersinda, D. César y Valverde en aquella y en Camila, y el oficial del Estado mayor en la primera de las dos jóvenes y en sus nuevos amigos.

CAPITULO VIII.

LA UNIVERSIDAD.

En un estremo de la ínclita ciudad de *César-Augusto*, inmediato á la puerta denominada del *Sol*, existe un magnífico edificio, recientemente reformado de los inmensos deterioros que los ejércitos de Napoleon causaron en él durante los heróicos sitios, que inmortalizaron á la capital del Aragon. En este edificio, de colosales dimensiones, se comunican á la mayor parte de la juventud aragonesa, cuyos padres cuentan con los recursos necesarios para ello, las correspondientes nociones para que en su dia puedan dar á la patria abundante cosecha de filósofos, abogados y ministros del altar. Nuestro gobierno que, lo mismo que todos los de Europa, quiere el imposible de que la

juventud reciba una educacion superior completa y uniforme, costea los inmensos gastos que ocasionan este y otros establecimientos análogos, y eso no obsta para que en un departamento de los mismos, en un mismo dia tal vez, se predique desde un púlpito á la tierna é interesante juventud, acaso por un esclaustrado dominico ó franciscano, que el sistema solar de *Copérnico* es un delirio, contrario á las sagradas escrituras, mientras que en otro, por un hombre sensato y encanecido en el estudio de las ciencias naturales y exactas se la hace entender que aquel es el único sistema racional, elevado ya á verdad incuestionable por intrépidos é inmortales navegantes españoles, que fueron los primeros á dar la vuelta al mundo; que en una cátedra de derecho, regentada por un hombre de ideas reaccionarias, se truene contra los imprescriptibles derechos de los pueblos, abogando por los del trono, que en su delirio deificaria, mientras que en otra de la misma facultad, á cargo de un hombre de ideas reformadoras, se procure enseñar á la juventud que esos pueblos tienen tambien sus derechos, sin los cuales jamás podrán gozar de las delicias de la paz y prosperidad; que en otra de filosofía, encomendada al talento de un hombre juicioso y observador, se haga entender con aprovechamiento de sus discípulos lo necesarias que son las ciencias naturales para dedicarse despues con fruto á cualquiera carrera superior, mientras que de otra de geografía, v. g., encomendada por solo el favoritismo á un ente indigno, rastrero, adulador del poder, que no sabe si San Petersburgo está al N. ó al S., si Constantinopla se halla al E. ó al O., si Lima se encuentra en América ó en Asia,

salen al fin de año los jóvenes que estuvieron á su cargo algo peor que cuando entraron, puesto que llevan en su cabeza algunos errores, que son mil veces mas fatales que la misma ignorancia. ¿Y qué importa esto? vincúlese el ejercicio de ciertas y determinadas profesiones en los pocos sugetos que puedan soportar los exorbitantes gastos de una universidad; sosténgase esta para que sobresalgan y brillen solo en la sociedad los hijos de los ricos; espídanse patentes para que solo los que las tengan puedan defender pleitos y curar ó matar enfermos, y déjese á un lado la educacion primaria de que tanto han menester las clases trabajadoras, que componen las cuatro quintas partes de los asociados.

No eran aun las diez de la mañana que siguió á la noche, en que se leyó en casa de doña Inés la carta de la encantadora cuanto desventurada Gumersinda, cuando cuatro hombres, que no hacia mucho habian entrado en el edificio de la universidad, paseábanse por el cláustro de su descomunal y magnífico patio, de cuadrilonga forma, donde se encuentran las aulas ó cátedras para la enseñanza de filosofía, teología y jurisprudencia: ya conocerá el lector que estos cuatro hombres eran don Perrondo, Masalegre, D. César y Valverde. Tanto por el cláustro como por el patio, paseábanse muchos estudiantes de todas edades, y en general elegantemente vestidos: unos llevaban su libro en la mano, otros pendiente de unas cuerdas; algunos, que eran los menos, conferenciaban sobre la materia señalada por el catedrático para aquel dia; otros hablaban de tertulias, otros de encuentros de amigos recien llegados, y no pocos, por último, de diversiones y amoríos con las be-

llas de Zaragoza, mas bellas que las de otras partes por su gentileza, resolucion y patriótico valor.

Al poco rato de estar allí, un ruido particular, acompañado de las voces *¡ya entró! ¡ya entré!* vino á llamar la atencion de nuestros dos amigos, quienes vieron como un centenar de chiquillos se dirigian en confuso y bullicioso tropel á una de las cátedras, sita á la mano derecha del cláustro segun se entra por la puerta principal del edificio.

—¿Qué estudian esos parvulillos? preguntó Masalegre.

—En la cátedra donde entran se enseña física, química y qué sé yo que mas cosas, contestó don César.

—¿Supongo que permitirán la entrada á todo el mundo?

—Sin disputa, dijo Valverde... qué, ¿quereis entrar?

—Sí, tendria un gusto particular en ello.

—Pues entremos, y luego recorreremos las que estén abiertas.

—Vamos allá, dijo D. Perrondo; y acto continuo se encaminaron todos á la cátedra donde acababa de entrar el maestro.

Era este un boticario de la poblacion, que habia sido agraciado con su cátedra, sin que tuviera mas méritos para desempeñarla que los de N. S. J., á no ser que por tales se tengan para la enseñanza sus constantes y exajeradas alharacas en favor del gobierno existente y sus penosos trabajos para que triunfasen en las elecciones *los candidatos propuestos por el mismo gobierno para representar al pais en Córtes*. Cuando nuestros amigos entraron, ya estaba encaramado en el púlpito, desde el cual dominaba perfectamente todo el local y advertia

hasta los mas pequeños movimientos de sus discípulos. Aunque sentado en la silla que contenia la tribuna, pudieron observar nuestros viajeros que el catedrático era de regular estatura, frente no muy despejada, nariz gruesa y ojos de un azul bastante subido. Vestia un rico frac azul sobre el que resaltaba la blancura de su preciosa camisola de batista, en cuya pechera ostentaba un magnífico alfiler de brillantes, y mordíase á menudo su vigotillo negro, por el cual pasaba tambien repetidas veces los dedos pulgar é índice de la mano izquierda. A la vista de nuestros cuatro amigos, todos los estudiantes fijaron en ellos su atencion, y el boticario-catedrático, no poco sorprendido con semejante visita, hizo que algunos de sus discípulos desocuparan una elegante banqueta donde aquellos se sentaron. Bien fuese que la presencia de nuestros viajeros y sus dos amigos desconcertase completamente al catedrático, ó bien que sus *profundos* conocimientos en las materias que le estaban encomendadas no alcanzasen á otra cosa, lo cierto es que, tomando de nuevo la palabra, no acertó á esplicar... ¿qué decimos, á esplicar? no acertó ni aun á formar una buena oracion, en virtud de la cual pudiesen enterarse sus discípulos de lo que pretendia enseñarles.

—Señores, dijo en estas y sun algo peores palabras; acabo de decir á Vds. que así como la botánica... nos enseña lo que son las producciones del reino vejetal... para estraer de ellas... ó sacar los medicamentos... con que las enfermedades se curan... sin contar otros usos de la vida... así como esta ciencia, digo... nos enseña esto... así tambien la química, *que ahora esplico á Vds.*... nos enseña la virtud y propiedades de todos los cuerpos... pues...

del reino animal, del mineral y del vejetal... Yo creo que ambas ciencias... deben ir unidas... pero no; no está así dispuesto... por un órden lógico y racional la naturaleza lo ha ordenado de otro modo... Yo convengo que muchos de Vds. no querrán ser boticarios... ni acaso médicos, ni cirujanos... pero no importa... el saber, *como decia el otro*, no ocupa lugar... y la química, *que ahora esplico*... ¡es tan necesaria...! como que nos enseña... la virtud y propiedades de los cuerpos... ya aislados ó ya combinados con otros... porque han de saber ustedes que un cuerpo solo tiene una virtud... perjudicial... y unido con otro... forma ya todo un conjunto... tan útil y beneficioso...!»

Otro par de minutos estarian nuestros amigos oyendo al boticario-catedrático, al cabo de los cuales, *seducidos sin duda por su elocuencia*, se levantaron instantáneamente y haciéndole un saludo de cabeza, de que ni aun era acreedor, salieron mas que á paso de su cátedra.

—¡Jesús qué hombre! esclamó Masalegre al verse fuera de ella: paréceme que si yo me pusiera á esplicar lo habia de hacer mejor que él... ¡estaba bien...! ¿qué puede enseñar á sus discípulos? ¡vaya un *gaznápiro*...! ¿es abogado por ventura?

—No; es boticario, dijo Valverde.

—¿Y quién le ha metido á boticario sin conocer las yerbas?

—¡Oh! de mas que las conoce, amigo mio, dijo don César: él cobra su sueldo, y lo demás...

—¡Pues! venga el sueldo, repuso Masalegre, y aunque no se sepa de ciencias, como se comprenda el *santo mandamiento del provecho*...

—Tambien está ocupada esta cátedra, dijo á la sazon Valverde aplicando el oido á la puerta de

una no muy distante de la del boticario.

—¿Qué esplican ahí? preguntó Masalegre.

—Teología ó sagrada escritura, contestó Valverde.

—Entremos á oir hablar de cosas del cielo, ya que las de la tierra, esplicadas por el boticario, nos han gustado tan poco.

Un buen rato estuvieron nuestros amigos en el áula, oyendo con inesplicable placer á un digno sacerdote, que con poderosas razones condenaba la usura escándalosa cebándose sobre la pobreza. Como D. Perrondo recelase que D. César y Valverde no asistiesen á cátedra en aquel dia por su culpa y la de su criado, se levantó el primero de su asiento y haciendo un cortés saludo al catedrático y sus discípulos salió de allí seguido de sus amigos.

—Vamos; ¿le ha gustado á Vd. ese mas que el boticario? dijo Valverde á Masalegre.

—¡Ya lo creo!

—Sí, tambien á mi me ha gustado, dijo D. Perrondo; pero me parece que ya se va acercando la hora de que Vds. entren en su cátedra, y no es justo que por nosotros la pierdan.

—Veamos qué hora es, dijo Valverde, sacando su relój... ¡hola! faltan veinte minutos para las once y otros seis ó siete que suelen venir los catedráticos despues de dadas... todavia podemos visitar la de economia política y aun la de derecho constitucional.

—¿Están lejos? preguntó Masalegre.

—Esta es la de economía, dijo Valverde; entremos.

Tambien el catedrático de economía política se habia encaramado á la tribuna en igual que el có-

bre boticario, sin mas diferencia que así como este estaba cómodamente sentado y además se esplicaba con templanza, aquel se hallaba de pié y gritaba como un energúmeno, ora dando fuertes manotones, ora apoyando su cuerpo sobre ella, y tan acalorado estaba el buen hombre que á pesar de llamar la atencion de todos sus discípulos la entrada de nuestros amigos, siguió imperterrito en su peroracion, que segun su facilidad en el *charlar* podia haberle durado hasta la noche.

«Acabo de probarles á Vds., decia cuando aquellos entraron, haciendo la historia de la economía política, que esta ciencia no fué elevada á tal hasta que el inmortal *Smit*, de Inglaterra, en el siglo pasado, y su discípulo el célebre *Say*, de Francia, en el presente, la dieron con sus privilegiados talentos el puesto que merecia... ¿Y cómo no habia de elevarse á ciencia la economía, cuando ella ha resuelto de una manera satisfactoria los problemas que mas interesan á las sociedades, y cuando la están encomendados otros que tambien resolverá? En efecto, señores: ¿quién es hoy el que no se rie de los vanos declamadores contra eso que llaman *usura*? quién el que no se rie de las bárbaras preocupaciones que aquejaban á nuestros abuelos contra el establecimiento de máquinas que han reemplazado y continuamente reemplazan al penoso, tardío é imperfecto trabajo del hombre...? ¿Que mas me dá á mi respecto de eso que llaman *usura* prestar á mi convecino una tierra que vale mil reales por una fanega de trigo que vale veinte y cinco que esos mil reales en metálico por otros veinte y cinco de rédito justo y legítimo? En cuanto á las máquinas, si bien es cierto que su introduccion dejó por de pronto sin ocupacion á unos cuantos

brazos ¿no emplea en cambio otros infinitos? ¿no da mas perfeccion á las manufacturas de todas clases? y sobre todo, ¿hemos de proscribir los ingeniosos inventos del hombre? Si así hubieran procedido esos nuestros antepasados, que hoy se asustan de las máquinas, si así hubiesen procedido sus abuelos, no tendríamos el arado, que reemplazó á multitud de brazos dedicados á cultivar la tierra, tampoco tendríamos los molinos de agua y viento, que tambien reemplazaron á otros brazos dedicados á pulverizar el grano á fuerza de martillazos.

Despues de oir un rato al profesor de economía, dirigiéronse nuestros amigos, por no ser todavía las once, á la cátedra de derecho constitucional, á cargo de un hombre chiquitin, de barba y cabellos rubios, nariz algo chata, frente despejada, ojos garzos y rastrera mirada, á quien tambien hallaron encaramado en la tribuna y predicando desde ella con toda la fuerza de sus pulmones á unos setenta discípulos contra el establecimiento de la *Milicia Nacional*, cuya institucion consideraba como el foco de todos los desórdenes, como el gérmen de todas las revoluciones, como el manantial de todos los crímenes políticos, *mas espantosos para él que los comunes*, y contra el sufragio universal, porque en su concepto jamás sabrian hacer buen uso de él las clases proletarias, en general embrutecidas y desmoralizadas.

Valverde, que solo habia entrado allí por dar gusto á nuestros viajeros, no pudo soportar el lenguaje calumniador, virulento y estremadamente reaccionario del raquítico profesor, y cogiendo á los pocos minutos su sombrero, con marcadísimas muestras de descontento, que no pudieron menos de ser notadas por aquel y sus discípulos, salió de

la cátedra, seguido de sus tres amigos, no menos desazonados que él.

—¡Asco me dá el oir hablar á semejante *titere*! ¡ni aun merece los honores de que se discuta con él! dijo Valverde.

—Efectivamente... ¡qué lenguaje mas furibundo! dijo D. Perrondo, no parece que está hablando en una cátedra, sino al frente de un grupo de facciosos.

—Lo que mas me carga oir á semejante botarate, dijo D. César, es poner en parangon su conducta actual con sus antecedentes hasta el año de 43: bullanguero durante la guerra civil, lanzó desde esa tribuna ardientes filípicas contra las huestes de *Cabañero*, que en mal hora intentaron apoderarse de esta ciudad en una noche de eterno recuerdo: desde la misma se deshacia entonces su boca en largos elogios á favor de la benemérita Milicia Nacional, que hoy cobardemente calumnia; desde la misma tambien exaltó cien veces el crédulo al par que sagrado patriotismo de la juventud que entonces venia á oir su palabra, y desde la misma por último proclamó multitud de veces en acaloradísimos discursos el derecho de resistencia de parte de los pueblos contra sus injustos opresores... Hoy, sin pudor, sin vergüenza y hasta no sé sin remordimientos tambien, blasfema de los defensores del pueblo, de los sostenedores de sus sacrosantos derechos, y á la sola mira de seguir con su cátedra, es el mas ardiente partidario de los intereses exajerados del trono y de las clases privilegiadas... ¡cuánta miseria!

—¡Tampoco me gustó nada ese hombrecillo, así que entramos en su áula, dijo Masalegre... es muy *chiquitin* para que pueda dar nada bueno de sí.

—¿Qué tiene que ver el que sea chiquitín? dijo don Perrondo.

—¿Qué?... Yo comprendo que pueda haber algunos chiquitines buenos, pero ya aseguro que serán las menos, repuso Masalegre. No recuerda usted lo que decia el padre de Gumersinda cuando alababan en su presencia á algun hombre menudo?

—Vamos á ver; ¿qué decia? preguntó risueño Valverde.

—*Todavía no ha acabado su carrera: sino la ha hecho, él la hará.*

—¡Já! ¡já! ¡já!..

—Sí, sí; tenia razon, dijo Valverde.

—Sí; en efecto; y á este le coje de medio á medio, añadió D. César: tardó en hacerla, pero al fin la hizo cerrada.

—¡Hola! ¿quién es aquel señor grueso que viene hácia nosotros? preguntó á la sazon D. Perrondo.

—Es nuestro catedrático, contestó D. César.

—¡Bien venido, caballerito Valverde! dijo acercándose á nuestros amigos el profesor, que era un hombre de aspecto risueño y, aunque ya entrado en años, muy bien conservado.

—Gracias, mi catedrático, dijo Valverde... he sentido no poder ir á ver á Vd. á su casa en esta mañana; pero lo haré á la mayor brevedad... Con que... ¿Vd. tan bueno?

—Para servir á Vd., amigo mio... ¿y cuándo se ha llegado?

—Ayer tarde, y gracias á estos amigos, que sino me estoy otros cuatro dias mas en Logroño.

—No ha venido Vd. de los últimos: precisamente no nos hemos reunido estos dias arriba de

diez ó doce... ahí les tiene Vd. á la puerta de la cátedra.

—En efecto; veo allí algunos amigos: voy á saludarles con el permiso de Vds., dijo Valverde.

—Vamos, vamos todos, que hoy pronto despachamos... yo estoy de dias, y mientras no vengan mas compañeros...

—Bueno, bueno, Sr. D. Laureano, vamos allá.

Saludó Valverde á la mayor parte de sus condiscípulos, con quienes se entró en el áula, á la que acababa de dirigirse el profesor, acompañado de D. César, D. Perrondo y Masalegre.

Pocos minutos estuvieron en ella, puesto que el catedrático, sentado junto á una mesa y rodeado de sus discípulos, á quienes mas que como tales consideraba como compañeros, se limitó á hacerles entender en pocas palabras, que siendo aquel el último año de su carrera, debian aprovecharle para ser en su dia, no unos leguleyos dispuestos á lanzar con su ignorancia ó mala fé en ruinosos y descabellados pleitos á las familias, sino unos prudentes y honrados jurisconsultos, decididos á defender siempre la justicia, á protejer la inocencia y aconsejar á los que consultasen con ellos, que solo en un caso estremo y cuando la razon estuviera evidentemente de su parte, se metiesen en litigios, siempre costosos, siempre fecundos en consecuencias desagradables y funestas. Señaló-les despues la materia, de que habian de tratar al dia siguiente, y acto continuo salió de la cátedra acompañado de varios de sus discípulos y de nuestros cuatro amigos, quienes se despidieron de él á la puerta del edificio.

—Este es de los nuestros, dijo Masalegre.

—Ah! sí, es muy honrado, muy rico y muy

liberal, dijo D. César... ganó su cátedra hace treinta años por oposicion, y como sabe que nadie se la puede quitar, obra en todo y por todo con arreglo á su conciencia... es tan amante de la juventud, que por no separarse de ella, ha renunciado en diferentes ocasiones puestos importantísimos.

—Y es muy apreciado de la poblacion, añadió Valverde.

—Digno le considero de aprecio en todos conceptos, dijo D. Perrondo.

—¡Oh! sí, sí; dijo D. César... ¿y á dónde nos dirigimos ahora?

—Yo quisiera ver la poblacion, dijo Masalegre.

—Pues mira, chico, dijo Valverde á D. César; yo, por habernos levantado tan tarde, no he ido como sabes á ver al Sr. Lanuza; mientras paso un buen rato con él, acompañas tú á estos señores; y despues nos juntaremos en casa: quisiera comer algo temprano á fin de que el mozo pueda llegar con tiempo á dormir á Alagon.

—Está bien... hasta luego, dijo D. César...

Valverde se dirigió á ver á su amigo D. Valentin de Lanuza, y nuestros viajeros, acompañados de D. César, se internaron por las angostas y tortuosas calles de la siempre heróica ciudad.

CAPITULO IX.

EL ESTUDIANTE PRESUMIDO.—LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

Eran las cuatro poco mas ó menos de la tarde en que Valverde habia despachado al mozo que trajera de Logroño á Zaragoza, cuando nuestros viajeros, acompañados de aquel interesante jó-

ven, de su querido César y del caballero oficial, amigo de Gumersinda, D. Buenaventura de Tárrega, entraban en el castillo de la *Aljafería*, situado estramuros de la poblacion á cosa de un tiro de bala de ella, inmediato al camino de Rioja y Navarra y muy cerca del Ebro y de la carretera general de Madrid. Como su permanencia en la heróica ciudad tenia que ser corta, querian nuestros viajeros visitar entre otras cosas aquel edificio, árabe en el nombre y en mucha parte de su construccion, aquel edificio de funesta recordacion para todo el Aragon, porque desde él los inquisitoriales satélites de Felipe II, que allí estaban encastillados, dirigieron los primeros tiros contra sus preciosas libertades, y en él, siguiendo las crueles inspiraciones de aquel monarca poderoso, despues de entregar al verdugo las ilustres cabezas de los Lanuzas, Heredias, Boleas, Lunas y otros mártires de la libertad, se decretó el derramamiento de la sangre generosa de los mejores hijos que aun quedaban al pais. Asilo de la inquisicion en aquella época calamitosa para el valiente y pundonoroso pueblo aragonés, que en mal hora tomára la defensa de un antiguo privado, ciego ejecutor de las órdenes impías y vergonzosas de aquel rey sanguinario (1), convirtióse en fuerte ciudadela, que reprimiese la justa indignacion de Zaragoza al ver holladas sus venerandas leyes y espatriados ó inhumanamente asesinados sus mejores hijos... ¡ah! ¡cuán generosos son los pueblos! ¡cómo esas masas tan calumniadas por los aduladores del poder dan y han dado ejemplo en todas ocasiones de abnegacion y humanidad á los prín-

(1) El secretario Antonio Perez.

cipes y reyes!... Zaragoza, cabeza de aquel pueblo heróico, que llevára sus huestes vencedoras en no muy lejanos tiempos á la Italia y á Levante; de aquel pueblo valiente que conquistára inmarcesibles glorias, haciendo tremolar victorioso el estandarte de S. Jorge sobre los muros de *Efeso Atenas y Constantinopla*, ve trasformado este palacio en lúgubre fortaleza, donde puedan vivir seguros y amenazaderes los satélites del despotismo teocrático... Desde aquella época ya no le será lícito hablar de su libertad, que está en las bocas de los cañones sitos en este castillo; desde aquella época no la será permitido invocar ya sus fueros sacrosantos borrados con la preciosa sangre del jóven Lanuza...

Pero dejemos estas consideraciones sobre una época fatal á la libertad de los pueblos, y volvamos á nuestros viajeros y sus amigos, quienes guiados por el pundonoroso oficial Tárrega, pudieron enterarse circunstanciadamente del interior de este castillo, que contiene cinco patios descubiertos para dar luz á sus habitaciones internas, que se halla defendido por un ancho y profundo foso, que puede llenarse de las aguas del Canal Imperial, y que en su fábrica de piedra y ladrillo manifiesta las vicisitudes porque ha pasado desde que le levantaron los agarenos hasta nuestros dias. En efecto; vése allí un departamento que sirvió de mezquita á los reyezuelos árabes, habitadores de este palacio; otro que hoy sirve para el cuerpo de artillería, construido ó al menos reformado por los reyes de Aragon, y entre otras cosas la magnífica escalera principal y artesonados y demás adornos del suntuoso salon régio, titulado de *Sta. Isabel*, del tiempo de los reyes católicos

segun la inscripcion latina que se lee por dos veces en su friso y lleva la fecha de 1492, inscripcion que no llamó tanto la atencion de Masalegre como la lacónica y para él ininteligible de TANTO MONTA, que en descomunales letras vió repetida, al subir la escalera, en el techo de la antesala y en el gabinete correlativo al magestuoso salon, donde nació Sta. Isabel, reina que fué de Portugal.

Mas de una hora estuvieron enterándose de este edificio-fortaleza, al cabo de la cual nuestros viajeros y sus amigos salieron de él, tomando la direccion de la ciudad y conversando en el camino sobre las preciosidades que acababan de ver.

—Parece nombre árabe ese de *Aljafería*, dijo Masalegre.

—Y lo es en realidad, dijo D. Perrondo: atribuyese su construccion á *Abenáliafé*, en últimos del siglo nueve, y sin disputa este reyezuelo de Zaragoza le dió su nombre. Ocupada la capital de Aragon por los reyes reconquistadores, mas veces les sirvió la Aljafería de sitio de recreo que de habitacion. En tiempo de los reyes católicos se estableció en ella la inquisicion, y en el de Felipe II adquirió una celebridad funesta por la prision de su secretario Antonio Perez, que ocasionó la ruina de las libertades aragonesas: ahogadas estas en la generosa sangre de Lanuza y de los mas esclarecidos hijos de Zaragoza, con objeto de reprimir la indignacion de los aragoneses y su natural deseo de venganza, mandóse convertir la Aljafería por aquel monarca en segura fortaleza, y desde entonces hasta la fecha ha tenido el mismo destino.

—El de oprimir al pueblo en vez de defenderle,

el de esclavizarle en vez de protejerle... ¡eh! repuso Masalegre... ¡buena política!

—La de todos los tiranos, dijo D. Fernando.

—Sí, pero yo creo que de poco serviría hoy la Aljafería si el pueblo de Zaragoza llegara á pronunciarse seriamente por cualquiera causa, dijo Tarrega.

—Sin duda, el pueblo de Zaragoza se serviría de la Aljafería si viese amenazada de veras la causa de la libertad, por la que tantos sacrificios ha hecho en todo el presente siglo, dijo D. César.

—Ya lo conoció sin duda el que tuvo la humorada de colocar tan repetidas veces y en tantas partes aquella lacónica inscripcion de TANTO MONTA, que nos ha llamado la atencion, dijo Masalegre: ya adivinó sin duda que llegaría un tiempo en que no sirviesen los cañones ni fortalezas para comprimir el entusiasmo de los pueblos, ni para impedir que estos reivindicasen sus sagrados derechos.

—¿Pues cómo? dijo D. César.

—Yo, que he estado un buen rato dando tormento á mi *majin* para descifrar el verdadero misterio de esas dos palabras, dijo Masalegre, y que tengo por otra parte una idea aventajadísima del valor de los aragoneses, entiendo ahora que sin duda quiso decir su autor: TANTO MONTA *eso como nada si con ello se pretende esclavizar al heróico pueblo zaragozano* (1).

---

(1) «Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando:» esta es la significacion segun unos, aunque segun otros la mas verdadera es: «tanto monta que los enemigos se sometan de grado como sujetarlos por la fuerza de la armas.». Los últimos atribuyen este lema á Antonio Nebrija.

—¡Magnífica solucion! esclamó entusiasmado D. César.

—Aunque no acertada, encierra un fondo de verdad innegable, añadió D. Perrondo.

—Tanto mayor cuanto que por fortuna no resucitarán los tiempos de Felipe II, dijo el brillante oficial Tárrega: el soldado de aquella época, considerándose emancipado del pueblo, obedecia siempre ciegamente las órdenes del soberano, en vez de que el soldado de hoy en mas de cuatro ocasiones ha fraternizado con el pueblo cuando este ha reclamado con valentía lo que le pertenece.

Conversando sobre el mismo asunto entraron nuestros amigos en la ciudad por la célebre puerta de *Santa Engracia*; pasaron lo restante de la tarde en el paseo que hay inmediato á ella, y al espirar el crepúsculo vespertino, siempre melancólico, se encaminaron al ya conocido café de las CUATRO ESTACIONES.

Ya hemos dicho que en este suntuoso establecimiento se reunia lo mas selecto de la poblacion y de la juventud aragonesa. Al dirigirse nuestros amigos al fondo de él en busca de una de las mesas desocupadas, las miradas de unos cuantos estudiantes, que estaban apurando varias botellas de cerveza en el lado opuesto al que aquellos se dirigian, se clavaron con manifiesta curiosidad en Masalegre que iba conversando con el jóven don César.

—¡Él es! decia uno de los estudiantes.

—¡Qué *terne*! esclamó otro.

—Pa... será así como decís; pero casi no puedo convencerme de que no sea hombre de carrera, decia un tercero, jóven de unos veinte y cinco

años, algo rubio, sin pelo de barba, de afectadas maneras, cabello á lo romántico y mas que medianamente presumido.

—No tengas duda, dijo otro jóven de negro bigote, larga perilla, varonil aspecto y gallarda presencia; sé por Valverde, á quien ví antes de comer, que es criado de aquel caballero de arrogante al par que simpática presencia.

—Pues señor, yo sin embargo lo dudo, repuso con petulancia el jóven de los cabellos largos.

—Pues haces mal: Valverde es un chico de verdad.

—Sí, pero... pueden haberle engañado.... yo conozco bien á Valverde porque es mi condiscípulo; un niño le engaña.

—Tú sí que no has de ser niño, repuso el del bigote negro; cierto es que ha estudiado la gramática, y que su amo mas bien le trata como á un amigo, como á un hermano, que como criado...

—Sí; yo creo á Valverde, dijo otro.

—¡ Oh ! para mí no hay duda; es despejadísimo por naturaleza, y esto basta para que discurra mejor que muchos hombres de carrera, dijo el jóven del bigote negro.

—Ese es un disparate, dijo el del pelo á la romántico con afectada indiferencia; para discurrir bien se necesita estudiar mucho... yo me rio de los que creen en ciencias infusas.

—Si no se trata de eso, hombre, repuso su compañero: se trata de unas cuestiones en que para discurrir bien no se necesita mas que observar y tener un buen corazon... y ya que dices que para discurrir con acierto es preciso estudiar mucho, te contestaré á eso que yo conozco algunos, que por haber estudiado, discurren peor que un *patan*,

porque tienen su cabeza llena de errores y de necia presuncion. Y al decir esto, echó sobre el de los cabellos largos una muy significativa mirada.

—Ps... eso va en el modo de ver las cosas, contestó este con su ordinaria petulancia; yo creo que un abogado, v. gr., por torpe que sea, discurre mejor que todos los *palurdos* de mas despejo y de mas sano juicio.

—Te ciega el amor propio: ya se ve... ¡como te vas á recibir este año de abogado!... pero puede ser que si te cogiera por su banda ese *palurdo* te diera cincuenta mil vueltas en mas de cuatro escalones.

—¡Ca! eso es delirar, dijo riéndose sarcásticamente el de los cabellos largos.

En este momento dos personajes, á quienes ya conoce el lector, se acercaron á la mesa donde los estudiantes estaban hablando de Masalegre: era el jóven de los cabellos de oro y el de la barba negra, que en el dia anterior habian refrescado con Valverde y nuestros viajeros.

—¡Hola, chicos! ¿quereis tomar cerveza? dijo el del pelo á lo romántico.

—No hay inconveniente, dijo el de los cabellos de oro en ademan de sentarse.

—No te sientes, chico, dijo el de la barba negra... Descubro allí á Valverde y á César... ¡hola? tambien están con ellos los amiguitos de ayer. ¡Qué estupantes amo y criado! hoy he aprendido las proezas de Masalegre... ¡cómo me gustó ayer noche la conversacion de ambos!

—¿Les oisteis por ventura?

—Sí; como que refrescamos juntos: tanto el amo como el criado son apreciabilísimos por todos conceptos... vamos á saludarlos.

—Idos, idos allá, que así que concluyamos aquí, al momento me reuno á vosotros.

—Qué... parece que tu no dices nada, *Marcilla*, dijo el jóven del bigote y perilla al de los cabellos largos... ¿tienes ya miedo á Masalegre?

—Ni á *Masatriste* tampoco; iré con vosotros, si *es que quereis pasar un buen rato*, contestó con soberana petulancia el de los cabellos largos.

—¡Corriente, corriente! dijo el de la barba negra... ¡hasta luego, chicos! y seguido del de los cabellos de oro se acercó á la mesa donde ya estaban refrescando nuestros amigos.

Al poco rato el oficial Tárrega salió del café con direccion á la secretaría de la Capitanía General, donde le llamaban sus obligaciones, y los estudiantes, que ya habian apurado la media docena de botellas de cerveza que les sirvieran con su correspondiente limon, se precipitaron hácia el sitio donde estaban nuestros amigos.

Todos los recien llegados eran amigos ó conocidos de D. César y Valverde: dos ó tres eran sus condiscípulos, cuatro ó cinco estudiaban aquel año entre otras dos cosas la economía política, y los restantes cursaban alguno de los últimos de la carrera de leyes.

Así que todos se hubieron colocado, D. César fué el primero que tomó la palabra y dijo:

—Vamos, señores, ¿y cómo estamos de tertulias? aunque este año es malo para diversiones (hablo respecto de los que nos vamos á recibir), siquiera tendremos algun dia de descanso á la semana y ese será tambien de distraccion.

—¡Qué disparate! yo no pienso perder una hora, dijo el jóven del pelo á lo romántico; con aprender bien las definiciones, que es cosa de

quince dias, alcanzas hasta la nota de sobresaliente, y te vas á ejercer la abogacía como otro cualquiera.

D. Perrondo y Masalegre miraron fijamente al jóven, de quien concibieron una muy pobre idea en vista de sus afectados modales y necio lenguaje.

El jóven del bigote negro y larga perilla, sin hacer aprecio de sus compañeros, dirigiéndose á D. César, dijo:

—¿Y quién mejor que tú para saber las que hay?

—No, chico, repuso D. César; no sé de ninguna; lo que sé es que nuestro amigo Lanuza no piensa tenerla este año.

—Pues tambien ha tronado la de *D. Juan de Sesé*, dijo otro.

—¿Pues cómo? preguntó D. César.

—¡Toma! ¿no sabes que se ha separado de su mujer?

—Y ha hecho bien, porque es mas negra y mas fea que un murciélago.

—Y tiene mas cara que una luna llena.

—Y mas bigote que un granadero.

—¡Y qué amiga es de que la cortejen la *ciudadana*!

—Para eso es muy *leida y escribida*.

—¡Oh!... es muy insufrible... ¡qué *tia*! Vaya una paciencia como la que ha tenido el bueno de esé con ella!

—¡Toma! para eso es su marido; que se hubiera mirado antes de casarse, dijo en pedantesco tono el jóven de los cabellos largos.

—¡Hombre! es Vd. demasiado cruel, dijo Masalegre; si ese pobre hombre estaba en un continuo

penar con su mujer, ha hecho bien en separarse de ella; y si es que á pesar de sus disgustos le ha quedado aficion al matrimonio, yo le concederia facultad para que se descasara y...

—¡Hombre! Vd. es partidario del divorcio *in totum*.

—Yo soy partidario de todo lo que llene el fin de la asociacion, dijo Masalegre con un desembarazo que quedó cortado al de los cabellos largos.

—Vamos, Marcilla, dijo á este con sorna el jóven del bigote negro y larga perilla; estamos en el caso de que *nos hagas pasar un buen rato*..... Qué, ¿no tienes palabras para ello?...

—Está discurriendo ahora lo que ha de decir dijo otro.

—No es costal para echarlo todo de un golpe, añadió un tercero.

—Ni son los de *Belchite* verbosos por naturaleza, dijo un cuarto.

—¿Qué es eso, caballero Marcilla? Aquí estoy yo en ayuda de Vd., dijo un capitan de infantería de colorados mofletes, rojo bigote y fanfarron aspecto, que ocupaba una mesa inmediata á la de nuestros amigos.

—Sí, sí, que aquí no tiene defensores, dijo don César.

—¿De qué se trata?... vamos á ver, añadió el capitan acercándose.

—Ps... de nada en resumidas cuentas y dijo Marcilla con afectada indiferencia... de tertulia estábamos hablando.

—¡Já! ¡já! ¡já!

—¡No hay que reirse, señores! esclamó Valver

de..... ¡que siga la conversacion de tertulias!..... ¿quién es el que sabe de alguna nueva y buena?

—El que me han dicho que la tendrá este año, dijo uno de los presentes, es el catedrático de derecho constitucional; pero ¿quién es el que va á ella?

—¡Vaya al diablo con su tertulia y su constitucionalismo! esclamó Valverde.

—¿Es el de esta mañana? preguntó Masalegre.

—Qué... ¿visitaron Vds. tambien su cátedra esta mañana? dijo otro de los jóvenes dirigiéndose á D. Perrondo.

—Sí, y por cierto que salimos escandalizados de sus ideas reaccionarias y furibundas.

El capitan hizo un movimiento de disgusto; ya se preparaba á salir al encuentro de D. Perrondo cuando Marcilla, á quien sin duda habian animado la presencia y ofrecimientos de aquel, se anticipó y dijo con su acostumbrada petulancia.

—Ps... ¿qué quiere Vd...? eso va en el modo de ver las cosas.

—¡Cómo en el modo de ver las cosas! esclamó don César... ¿con qué derecho puede él calumniar á la Milicia Nacional, él, que todo lo que tiene y todo lo que es lo debe á haber vestido *in illo tempore* el honroso uniforme...? Vamos, Marcilla; á tí sin duda te han ofrecido ya un *destinillo* los situacioneros para cuando te recibas de abogado.

—No me han ofrecido nada; pero repito que no va en el modo de ver las cosas; á tí te gusta la Milicia Nacional, á mí no.

—¡Hombre! ¿y es Vd. jóven y aragonés y se esplica así? dijo Masalegre dirigiéndose á Marcilla.

—¿Qué quiere Vd...? eso es lo que me han enseñado...

—¡Buena razon! esclamó otro jóven. Tambien me enseñó á mi el botarate ese lo mismo, y sin embargo soy partidario de la Milicia.

—De modo que Vd., amigo mio, dijo á Marcilla nuestro Masalegre, seria partidario de esa institucion, si en el aula se la hubieran enseñado los catedráticos...? Y como tampoco le han enseñado los derechos de los pueblos, será Vd. partidario del electoral restringidísimo...

—Oh! eso es seguro, repuso Marcilla de repente. el pueblo siempre será pueblo.

—Ya se vé que lo será, pero será pueblo virtuoso y trabajador, con tanto derecho á tener parte en el gobierno, por no decir mas, como ese cuerpo privilegiado de electores, que manejan los gobernantes á la manera que un titiritero sus figurines.

—¡Bien definido, Masalegre! esclamé D. César.

—Y dígame Vd., querido, continuó Masalegre, si ese ú otro catedrático le hubiera encarecido á usted la importancia de la Milicia Nacional y del sufragio universal... ¿sería Vd. partidario de uno y otro?

—No puedo decir á Vd. lo que entonces hubiera sido, respondió Marcilla algo amostazado; lo que puedo decir es lo que ahora soy.

—Cabalmente, dijo el capitan.

—Se lo pregunto á Vd., añadió Masalegre sin hacer caso de aquel, porque antes ha dicho que no le enseñaron otra cosa... De modo que, el señor prosiguió con algun sarcasmo, sería partidario de la Milicia Nacional y del sufragio universal, y

hubiera estudiado por aquello del 36 y 37: sus opiniones van con el tiempo por lo visto.

—No señor, dijo el capitan... respecto del catedrático yo digo que ha reconocido su error... hoy tiene mas instruccion, mas juicio...

—Lo que ha reconocido es que no le tiene cuenta soltar la prebenda, y de ahí ha provenido la elasticidad de sus opiniones, señor mio, dijo Valverde: se volveria moro el nene ese á título de conservar su cátedra.

—¡Sí, sí! gritaron muchos á la vez, mientras que Marcilla y el capitan manifestaban en sus semblantes y en significativos gestos el disgusto que les causáran la opinion que á Valverde merecia el catedrático y las ideas de nuestro Masalegre.

—Hay mas, señores; en las opiniones de este caballero veo yo reasumida la enseñanza universitaria, esa enseñanza que para mi se presenta con todos los inconvenientes de la esclavitud y sin ninguna de las ventajas de la libertad; se teme á esta porque no habria uniformidad, y segun el señor y segun los tiempos y los catedráticos no hay ni puede haber esa uniformidad que tanto se cacarea.

—¿Y qué quiere Vd. decir con eso? dijo Marcilla en tono despreciativo.

—Que á mí me gustaria la libertad de enseñanza, porque con ella se escogeria por la mayor parte lo mejor, dijo sin titubear Masalegre.

—¿En la enseñanza y por consecuencia en las profesiones? dijo algo asombrado Marcilla.

—Sí, en una y en otro, respondió Masalegre.

—¡Ya! ¿qué entiende Vd. de eso? repuso Marcilla en tono magistral.

—¿Por qué no? dijo con entereza D. César; ¿qué es lo que quieres decir...?

—¿Y quién es el señor? dijo el capitan que sin duda creyó poder despreciar á Masalegre por verle de chaqueta.

—Un hombre como Vd. y que vale tanto como usted, por no decir mas, contestó con energía don César.

—Sosiego, sosiego, mi amigo D. César, dijo Masalegre, conteniendo al jóven de Barbastro, que ya estaba medio levantado de su asiento... yo desprecio esas palabras; el señor, á falta de razones, quiere salirse de la cuestion, diciendo ó queriendo decir que soy un *palurdo* como no me vé de levita, y que como tal soy incapaz de discurrir: pero á eso le diré, ya que supongo habrá estudiado el idioma latino, *que si aliquando dormitat Homerus, aliquando tamen rustica progenies bene cojitat.*

—¡Bien! ¡viva el latino! esclamó Valverde.

—¡Bien! ¡bien! gritaron todos.

—Señores, que no es cosa mia, y yo nunca he querido glorias agenas, repuso Masalegre: eso se lo oí en una ocasion á un *pardillo* de mi pueblo, que habia estudiado gramática, disputando con un abogado *de pan y cecina*, que sin embargo de serlo daba una importancia inmensa á su título, y se desdeñaba general y neciamente de hablar con sus convecinos.

—¡Vuelve por otra, Marcilla! dijo el jóven del bigote negro soltando una carcajada, que provocó la hilaridad de todos sus compañeros.

—En cuanto al señor capitan, continuó Masalegre con su sorna acostumbrada, es muy dueño de tener la idea que quiere de mí... yo por mi parte, siguiendo las de mi amo, á los pocos oficiales que

hay por fortuna enemigos de la discusion y de las luces, á los pocos oficiales que son unos autómatas, decididos á dar hasta tres de sus padres y hermanos, si así se lo manda el que gobierna, tambien les califico á mi manera.

—Vamos á ver... ¡cómo! ¡cómo! dijeron varios estudiantes, que con los rostros radiantes de alegría estaban esperando la contestacion de Masalegre.

—Yo les llamo *rompe-crismas*.

—¡Bien! ¡bien!

—¿Y lo dice Vd. por mí? preguntó el capitan con tono amenazador.

—Me parece que me he esplicado con claridad... Vd. verá si le comprende mi calificacion.

—Permítame Vd., capitan, dijo Marcilla... ¿Pero cree Vd., caballero, añadió dirigiéndose á don Perrondo, que puede darse esa libertad en la enseñanza y sobre todo en el ejercicio de las profesiones?

—Sí señor, y que conviene la una y la otra, y que con el tiempo las hemos de ver puestas en práctica.

—¡Jesús que atrocidad! esclamó Marcilla: pues entonces... ¿de qué nos sirve el estudiar...? Si todos lo que quisieran habian de ser abogados como yo, que he seguido una carrera, dígole á Vd. que para qué es el rompernos la cabeza: desde mañana dejaba el estudio... ¡oh! la sociedad sería un caos, y en ese caos, el charlatanismo campearia á sus anchuras sobre el verdadero mérito.

—Pues yo creo que sería al revés, amigo mio, dijo don Perrondo; creo que el charlatanismo es el que hoy lo tiene invadido todo, y que el que se encuentra con un título ó pateate para ejercer una

profesion, no necesita mas que *charlatanear* en grande para vivir á su antojo y hacer con ella doscientas mil barrabasadas de á fólio; y como creo tambien que semejante charlatanear en grande, cuesta mucho á la sociedad, de ahí es el querer yo la libertad en la enseñanza superior y por consecuencia la libertad en el ejercicio de todas las profesiones. Por lo demás, si llegase el caso que yo deseo, no tenga Vd. miedo al charlatanismo: si es usted, no un legulyo como decia esta mañana su buen maestro, sino un verdadero jurisconsulto, á Vd. acudirán los que necesitan encomendar á otros la defensa de sus intereses con preferencia á uno que no sea inteligente en la materia, y en eso y en lo demas sería premiado el mérito mejor que el favoritismo, que todo lo tiene invadido en el dia.

—Es decir, señores, dijo á la sazon Valverde, que lo que se quiere es que se abra un inmenso palenque para que entre en él todo aquel á quien acomode, en la seguridad de que los hombres de verdadero mérito serán siempre los que se llevan la palma, á la manera que se la llevaban los mejores atletas en los grandes juegos de los griegos.

—Ha esclarecido Vd. mi idea; creo que no siendo inteligente, ninguno se presentaba en la palestra, dijo D. Perrondo.

—Pues yo estoy por lo mismo, repuso Valverde; ese es el medio de estudiar mas, amigos mios; presentarnos á nuestros conciudadanos, no con un título, no con una patente, sino con conocimientos, con honradez y con buena fé.

—Eso es delirar, dijo el capitan.

—En efecto, añadió Marcilla... ¿y quién daba en ese caso la enseñanza? ¿quién era el que decia:

Vd. es profesor, Vd. es perito en esta ciencia?... ¿no podia yo presentarme en cualquiera parte y decir que era un médico ó un ingeniero, y dedicarme desde luego á levantar planos ó asistir enfermos?

—En bien poco se para Vd., amigo mio, dijo don Perrondo: todas las ciencias se enseñarian algo mejor que hoy se enseñan: el que se considerase con conocimientos suficientes para enseñar leyes, medicina, matemáticas, etc., abriria su correspondiente cátedra donde mas le acomodase: siendo hombre de mérito, á él acudirian hasta de lejanas tierras, y no tenga Vd. duda de que los que con él estudiasen sacarian mejor y mas sólida instruccion que la que se dá á la juventud en las universidades, que no puede ser mas imperfecta y superficial. Y no crea Vd. que todo seria un caos, en el cual campearia el charlatanismo con preferencia al mérito verdadero, porque ejemplos y bien elocuentes nos ofrece la historia de todo lo contrario y de lo mismo les tenémos en el dia en el ejercicio de multitud de artes mecánicas liberales: Vd. no se mete hoy á pintor, porque no lo es, ni yo ejerzo la medicina, porque no me he dedicado á ella, ni el señor la arquitectura, porque no la ha aprendido... En Grecia, y sobre todo en Atenas, que no estaba reglamentada la enseñanza, todo el mundo sabia que *Sócrates* enseñaba la moral, que *Platon* daba lecciones de filosofía, y que *Isócrates* tuvo por discípulos á *Jenofonte* y *Platon*, este á *Aristóteles*, *Genócrates* y al gran *Fócion*, é *Isócrates* á *Demóstenes*, *Eforo* y *Teopompo*: *Ciceron* y otros romanos ilustres fueron á instruirse á las escuelas libres de Atenas, porque estaba acreditada como centro de la civilizacion del mundo; y si *Isócrates* llegó á ser tan rico, fue con los grandes

emolumentos que se hacia dar por los sanchos extranjeros que frecuentaban su escuela. En apoyo de mi opinion, ahí están los médicos árabes que diera Córdoba en los siglos medios: *Rasis*, *Avenzoar*, *Averroes*, *Ebnel* botánico, *Ben-Abdul-Mulé*, y otros que se hicieron célebres, no por sus títulos, sino por sus conocimientos, y ahí están, tambien algunos literatos de Madrid, flor de la brillante juventud española, ¿y en qué universidad han estudiado los mas de ellos? en ninguna: su genio que no ha tenido necesidad de romper las ligaduras de la enseñanza universitaria, les ha elevado á donde, de haberse sujetado á ellas, acaso no hubieran llegado nunca, á la manera que el genio de los grandes hombres, de los autores de los maravillosos inventos que hoy posee el mundo, han alcanzado estos fuera de la universidad, porque á esta no creo que debe ninguno importante el género humano. En plena libertad la enseñanza superior con la *educacion primaria universal y gratuita*, no hay que dudar que las ciencias progresarian, que los hombres de verdadero mérito serian atendidos y no tendríamos esa falange de charlatanes, unos sin probidad y otros sin decoro, que armados de su correspondiente patente, entran con espada en mano á matar enfermos sin piedad, á juzgar bajo el influjo de ruines pasiones sobre la vida, el honor y la hacienda de sus semejantes, ó á dirigir detestablemente una obra, sobre la que ninguna responsabilidad se les exige, porque están completamente garantidos con su título. En una palabra, no creo que en las edades pasadas tuviese patente *Cicero* para ejercer la abogacía, ni *Hipócrates* ni *Avicena* la medicina, ni *Murillo* el arte sublime de la pintura, así como en la presen-

te tampoco la tuvo el campesino *Ibañez* para la recomposicion del famoso puente de *Almaraz* sobre el caudaloso *Tajo*.

Mientras todos los presentes aplaudian las opiniones de nuestro viajero, Marcilla, que tenia puestos los ojos en el título de abogado, que pronto iba á recibir, manifestaba en su semblante y en todo su cuerpo el disgusto mas estraordinario: ora cerraba sus ojos, como quien no quiere ver la brillante luz del sol; ora contraia su boca como quien no acierta á contrarestar los argumentos de un terrible adversario; ora se movia en su asiento á un lado y á otro, dándose golpecitos en la pierna derecha con su baston de junco; ora, por fin, se atusaba con su mano izquierda su larga y lácia melena. Por fin, despues de un momento de silencio, dijo:

—Las ideas de Vd., señor mio, serán muy buenas; pero afortunadamente no se verán realizadas.

—Para mí, dijo el capitan, son hasta disolventes.

—Ni son disolventes ni capaces de disolucion, aunque se quiera Vd. valer para ello del agua fuerte, dijo interrumpiéndole Masalegre; tienen, amigo mio, la propiedad de la miel, que es muy pegajosa.

—¡Bien! ¡bien! gritaron los estudiantes.

—Pues quiere decir que Vds. tendrán su opinion y nosotros la nuestra, que conocidamente es mejor, repuso Marcilla con soberana petulancia. Lo que siento es, añadió, que se impregne de semejantes ideas á estos jóvenes, que tan lamentablemente desconocen sus verdaderos intereses.

—¡Cómo se entiende! dijeron varios estudiantes.

—Lo dicho, repuso Marcilla.

—Dejadle, dejadle con sus preocupaciones, dijo con desprecio Valverde.

—Bueno, y moriré con ellas, dijo Marcilla.

—Fácil es, por lo visto, amigo mio, dijo Maslegre; pero no piense Vd. que se va á contener el impetuoso torrente de las ideas, y menos en esta heróica ciudad, de las primeras á marchar á la cabeza de la civilizacion, y cuya brillante juventud veo con orgullo que piensa de diferente modo que Vd.

—La juventud de Zaragoza, lo mismo que la de todo el Aragon, lo que desea es el bien de la pátria, el bien de la generalidad..... ¿No es así, amigos mios? dijo D. César.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos los estudiantes, menos Marcilla.

—Ps .. la juventud aragonesa, dijo este con fingida indiferencia... ¡je! yo tambien soy aragonés... aquí se parla mucho...

—Y en todas partes, señor mio, dijo con energía D. César.

—¡Quiá! algo menos sería, dijo el capitan, dando á su espresion un aire marcadísimo de insolencia.

—¿Qué quiere Vd. decir, con eso? señor mio, le dijo D. César en tono amenazador.

—¡Sí! ¡sí! ¡que se esplique! gritaron varios á la vez.

—Yo no necesito esplicarme, en cuanto á lo primero, porque esas cuestiones no son para tratarse aquí, repuso el capitan.

—¿Cómo que no? gritó D. César cada vez mas exaltado.

—Digo que no, las cuestiones de la Milicia

Nacional y del sufragio universal, de cuyo peligrosas no son para este lugar, dijo el capitan.

—Está Vd. muy equivocado, dijo con energía D. Perrondo; en cualquier parte es lícito tratar de todas las cuestiones, á fin de que las gentes sencillas se ilustren, los dudosos se convenzan, y los tímidos cobren el aliento que les falta para sostener sus convicciones, y al fin se venga á adoptar por los gobernantes lo que quiere la pública opinion. Yo deseo que desde los mas grandes hasta los mas pequeños problemas se ventilen, aunque con calma y con decoro, en cafés, en calles, en las plazas públicas, como sucede en los paises donde la libertad no es un nombre vano... Todo lo que así no sea, lo tengo por miedo, por una criminal cobardía, de que no creo capaz á ningun hombre honrado, y menos á los zaragozanos, que tan acreditado tienen su valor en multitud de difíciles ocasiones.

—¡Bien! ¡bien!

—Pues ya repito que esas cuestiones no deben tratarse aquí, dijo con despecho el capitan, y lo que me pesa es haberlo tolerado.

—¿Cómo qué? dijo Valverde.

—Ese es un argumento *ad terrorem*, señor representante de la fuerza bruta, dijo exaltado don César levantándose de su asiento; y deberia usted saber que esas armas de nada valen en Zaragoza.

—¡Je! ¡je! sesiéguese Vd., yo no quiero incomodarme, dijo en tono fanfarron el capitan.

—¿Qué es eso de ¡je! ¡je! señor capitan? ¿por qué no se quiere Vd. incomodar? preguntó D. César con terrible calma.

—Nada... cinco años llevo ya en Zaragoza...

—¿Y qué? dijo el jóven de la barba negra.

—Ya he dicho que nada, contestó con sardónica risa el capitan... hay glorias usurpadas... ó que se marchitan luego... conozco muy bien a Zaragoza... la hemos sabido entender...

—Lo que no sabrá Vd. es vilipendiarla impunemente ¡gran canalla! gritó D. César; y esto diciendo, con increible celeridad se arrojó furioso al capitan, y sacudiéndole en un segundo tres tremendos bofetones, que le hicieron perder el equilibrio, le saludó con un cuarto, que dió con él en el suelo, causando un espantoso ruido con su espada y su inapeable morrion, que marchó en direccion opuesta á la suya.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? gritaron de todas partes acudiendo al sitio de la catástrofe.

—¡Matarlo á ese *marrano!* esclamó uno de los estudiantes.

El capitan que, ayudado por varios de los que acudieron al sitio de la disputa, habia podido ponerse en pié y recojer su morrion,

—Me dará Vd. una satisfaccion, caballero, dijo dirigiéndose á D. César.

—¡Cuando volvais el honor á Zaragoza! gritó el jóven del bigote y larga perilla.

—¿La ha insultado por ventura? preguntó un caballero de los recien llegados, que era alto y delgado, ya entrado en edad y de largos y encanecidos mostachos.

—Cobardemente, contestó el jóven de los cabellos de oro.

—Y sin darle motivo para ello, añadió él de la barba negra.

—Entonces no hay satisfaccion, mientras no se retracte.

—Eso es; ofensa por ofensa, dijo Massegre, que así como su amo era enemigo declarado de los desafios.

—¡Señores!... dijo D. César... no se crea que yo...

—Nada, nada, dijo el caballero alto y delgado; es necesario que se retracte el capitan aquí mismo... ¿qué decis, capitan?

Este permaneció silencioso.

—¿Veis?... ¡si es un cobarde! dijo un estudiante.

—¡Fuera con él!

—¡Fuera!... ¡fuera! esclamaron de todas partes, y el capitan, mohino y avergonzado, sudoso y anhelante, tan lleno de miedo que apenas sabia donde estaba, salió del café en medio de la grita terrible de casi un centenar de personas, dispuestas á secundar las *razones* de D. César en defensa del inmarcesible renombre de su querida Zaragoza.

—¡Matar á este mal aragonés, que tiene la culpa de todo! gritó un estudiante por Marcilla.

—¡Sí! ¡romperle la crisma!

—¡No! gritó D. César, conteniendo á sus compañeros: este mentecato, que encenagado en sus tontas preocupaciones, se olvida de lo que se debe á sí mismo y á su pais, no merece mas que esto. Y agarrando del brazo á Marcilla le dió un fuerte empellon en direccion de la puerta del café, que en menos de un minuto dejó tras de sí, marchando para su casa mas que á paso redoblado y con un cerote que no pudo echar de sí en muchos dias.

—¡Juremos no reunirnos á él, ni permitir que él se una á nosotros! esclamó Valverde con los brazos levantados.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos los estudiantes.

Sosegado ya el tumulto y mas desocupado el local, pasaron todavía un gran rato nuestros viajeros y sus amigos en union de los estudiantes que habian presenciado la discusion literaria, que tan funestamente acabára; y para probar estos el efecto que aquellos les merecian fueron acompañándolos llenos de g zo hasta su morada, á la puerta de la cual se despidieron sumamente corteses y obsequiosos, cuando aun no habian dado las diez de aquella noche los relojes de las magníficas catedrales metropolitanas del Pilar y de la Seo.

CAPITULO X.

LAS DELICIAS DEL LABRADOR.

Eran ya trascurridos dos dias desde que nuestros viajeros visitaron la universidad. Durante ellos habíanse enterado de lo mas notable que encierra Zaragoza, á saber: del antiquísimo, magestuoso é imponente templo *de la Seo*, que lleva irresistiblemente al que entra en él á un recogimiento religioso, profundo á la par que sublime; del moderno, alegre y en su tanto mas magnífico del *Pilar*, lleno de preciosidades artísticas y donde, entre columnas marmóreas y de plata, y bajo dosel de este rico metal, se vé con muchísima dificultad, á causa de los brillantes destellos que despiden las piedras preciosas que la cercan, la efigie de Nuestra Señora con su niño en los brazos; de la *Torre Nueva*, de colosal altura, célebre así como la de la catedral de *Pisa*, aunque muchísimo mas elevada que esta, por el desnivel o inclinacion que presenta y que á propósito la dió su autor, la cual

á pesar de ser tan grande no ofrece peligro alguno segun recientes reconocimientos, y muy particularmente entre otras cosas, del hospital de *Nuestra Señora de Gracia*, inmenso establecimiento que honra sobremanera á Zaragoza por ser acaso el único de su clase en todo el orbe, y que acredita de una manera elocuente la filantropía y generosidad que el valiente pueblo aragonés tuvo en todos tiempos con solo su lema de URBIS ET ORBIS, porque para los enfermos de cualquier dolencia de la ciudad y del mundo entero se instituyó en principio del siglo XV, habiendo encontrado en él en todas ocasiones los convenientes auxilios la humanidad doliente, y muy en especial en la peste que afligió á Zaragoza en el año de 1652, que en sus horribles estragos arrebató los mas insignes profesores en el arte de curar, y dió ocasion á que el licenciado *Siche*, que con heróico y sobrenatural valor supo desafiarla, arrancando de sus garras á prodigiosa multitud de desgraciados, adquiriese grande y merecido renombre.

Durante el mismo tiempo, tanto D. Perrondo como Masalegre habian recibido de varias personas notables de Zaragoza, y en particular de lo mas brillante de la juventud aragonesa, señaladísimas pruebas de afecto y consideracion, y por mediacion de D. César y Valverde habian además contraido sincera amistad con D. Valentin de Lanuza, vastago de una de las familias mas ilustres de Aragon, aunque no sea mas que por los sacrificios que en diferentes épocas prestára á la causa de la humanidad y de la libertad, hombre franco y honrado, liberal y filantrópico, enlazado á una mujer prudente y bondadosa, que con él adoraba á cinco hijos de tierna edad, fruto de un amor pu-

ro y acendrado, el cual quiso acreditar su buen efecto hácia ellos, invitándoles á comer en aquel dia, último de su permanencia en Zaragoza, en union de los dos jóvenes estudiantes y del escelente oficial Tarrega.

Sirvióles en efecto el señor Lanuza á nuestros viajeros y sus amigos una opípara comida, que duró desde las dos hasta cerca de las cuatro de la tarde, reinando en ella la mayor franqueza, sin la cual no es dable la satisfaccion, y con objeto de obsequiarles en todo cuanto estaba de su parte invitóles á dar un paseo por una de sus posesiones, sita entre el *Huerva* y el *Canal Imperial* y no lejos de la célebre *Casa Blanca ó de San Cárlos*, embellecida con multitud de árboles frutales, vides y olivos, lo que de buen grado aceptó D. Perrondo, amigo siempre de las preciosidades de la naturaleza.

Apénas acababan de dar las cuatro de la tarde cuando nuestros viajeros, sus tres amigos y compañeros de posada y el honrado señor Lanuza salian por una de las puertas de Zaragoza, y tomando la carretera de Valencia antes de media hora estaban ya en la pequeña quinta, de la propiedad del último, la cual tenia arrendada á un colono, anciano de mas de sesenta años, que vivia en ella con su mujer y una hija de veinte, pues que la demas familia, que por cierto no era corta, ya la tenia *colocada*, como se dice vulgarmente, aun cuando tal colocacion represente tan solo en las clases proletarias la mutacion de un mal estado á otro peor, porque en el primero hay, si se quiere, consoladoras ilusiones, que al tocar el último desaparecen como el ligerísimo humo á impulso del recio vendabal.

Los poetas de todos tiempos y naciones han pintado con los mas brillantes y animados colores las delicias de la vida de el labrador. Nada ha escaseado su ardiente imaginacion para presentarla como el complemento de la felicidad de que es susceptible el hombre en este miserable mundo, tan lleno de tropiezos y de cambroneras: la tórtola que se arrulla dulcemente, el ruiseñor que trina con inefable alegría, el jilguero que canta sus amores, el corderillo que brinca y juguetea con sus compañeros, las flores que esmaltan la pradera, la planta que cubre de un animadísimo verdor el campo, la espiga dorada que inclinada al suelo espera la guadaña del segador, la esquisita uva y sabrosa frutas que se brindan al cultivador, la sombra de los árboles que convida al deleite ó á la meditacion, la fuente que murmura, el arroyuelo que se desliza serpenteando por un lecho adornado de húmedos tilos, de jigantescas cañas y verdes arbustos, todo lo ha puesto en juego, todo ha pagado tributo á su númen para ensalzar y hacer apetecible la vida campesina. Embriagada su mente de dulces y embelesadoras ilusiones, y muy lejanos en general ellos de los contratiempos de semejante vida, no es estraño que la hayan considerado en sus *eglogas y anacreónticas* como el bello ideal de la felicidad, como el dechado de un estado de sin par ventura y de sanos é inocentes goces. No seremos nosotros, pobres labradores que dependemos principalmente del producto que nos dan la tierra y la viña, los que neguemos lo apacible al menos de semejante vida; pero bueno seria que en obsequio al esquilmado labrador y siquiera tambien porque se cantára de todo, de adverso y de favorable, de consolador y de triste, de risue-

ño y enojoso, pues que donde hay *Virgilios* asimismo se encuentran *Jeremías*, que los poetas pintáran, nada mas que con naturales colores, la sequía que agosta los campos, el hielo que mata las plantas, los insectos que las taladran y comen, el gusano que las corroe, el granizo que las destroza, el viento que las marchita, el rocío que las acaba, la escesiva lluvia que las pudre y el sol abrasador que las tuesta y calcina. Obrando así, sino inclinaban el ánimo de los gobernantes á que mirasen por esa clase de productores, digna de mejor suerte, porque creemos que los poetas tienen la desgracia de no inclinar á nada bueno ni malo los ánimos de nadie, por cuanto parece que solo cantan para agradar, al menos tendria que agradecerles sus buenos deseos, que no era poco como saliesen del corazon.... Pero volvamos á nuestro asunto.

El anciano colono de D. Valentin de Lanuza, llamado el *tio Juan Juste*, era un hombre sencillo y honrado á toda prueba, que si no habia mejorado considerablemente de fortuna en los 35 años que llevaba en arrendamiento la bonita quinta, no tenia que culpar de ello á su escelente dueño, á quien por ser su constante bienhechor profesaba profunda veneracion y estraordinario cariño, sino á la mucha familia que se habia visto en la precision de mantener y á lo calamitoso de la época, por causa de las escesivas contribuciones y contratiempos de la misma naturaleza: con todo, gozaba lo que se llama de un mediano pasar, y aunque merced á una estricta economía, ningun atraso tenia en el pago de su renta.

Cuando llegaron nuestros viajeros y sus amigos, estaba el tio Juan trabajando en las inmediaciones

de la casa que contenia la quinta; pero no mas divisarles, tiró su azada y se dirigió á hacerles el correspondiente saludo en union de su hija, jóven esbelta, de fino y agradable rostro, que no dejó de parecer á aquellos regularmente hermoso, sin embargo de presentar un fondo de tristeza y amarillez á causa de una *clórosis* que la ocasionára una reciente enfermedad.

—¿Dónde se encuentra la *tia Antonia*? dijo Lanuza.

—Está en la ciudad, señor, contestó el tio Juan; ha ido á hacer unos recaditos...

—¿Y tú, Juliana...? No parece que adelantas mucho en tu convalecencia, añadió Lanuza dirigiéndose á la doncella.

—¡Qué quiere Vd!..... y gracias que lo cuento, señor...

—Sí, en efecto, añadió su padre; bien apuradilla se vió la pobre; como que no teniamos ya ninguna esperanza, y á no ser por el señor médico que Vd. nos mandó...

—¡Oh! es un buen facultativo D. Serapio.

—¡Vaya si lo es, señor...! ¡y qué hombre mas llano...! El dia pasado se acercó aquí dando un paseo, y casi nos aseguró que en este invierno se pondria completamente buena, y que si no, tendria que ir á tomar los baños de primavera.

—Vaya, vaya; pues cuidarse, chica.

—¡Y qué bella es! dijo D. Perrondo en voz baja á sus amigos.

—Vamos á dar una vuelta por la posesion.... Usted siga en su trabajo, tio Juan, dijo Lanuza.

—¡Oh! no arge, señor; me estaba entretenciendo

en cultivar un poco de cardo: iré con Vds. si no sirvo de incomodidad.

—Con mucho gusto, dijo D. Perrondo; nos puede servir de guia, no le echemos á perder alguna planta ó semillero.

Cerca de una hora estuvieron agradablemente entretenidos nuestros amigos, recorriendo la deliciosa posesion de Lanuza, que les fué enseñando el tio Juan, y en seguida se retiraron á descansar un poco á la portada de la casa, donde la hija de este les sirvió unas ricas pavías, conservadas con esquisito esmero y curiosidad.

—Pues señor, están mas malos este año los olivos que lo que yo creia, dijo Lanuza sentándose en su silla.

—Y todo, señor, dijo el tio Juan; este parece año de maldicion: las viñas ya sabe Vd. que las destrozó el coco.

—Lo mismo ha sucedido en mi pais, dijo Valverde.

—No hay que estrañarse; ha sido año escasísimo de aguas, dijo D. Perrondo.

—Nunca nos falta á nosotros dolor de cabeza, señor, dijo el tio Juan: cuándo porque llueve mucho, cuándo porque llueve poco, cuándo porque el riego fué estemperáneo, cuándo porque fué abundante, cuándo porque fué escaso, casi siempre tenemos por donde quejarnos.

—Sí; pero los años de sequía son los peores, dijo el oficial Tárrega: el reino vejetal viene á ser lo mismo que el animal: si á un hombre le faltan el necesario alimento y la correspondiente limpieza, es acometido al momento de la miseria... Pues lo mismo sucede con las plantas.

—Dice Vd. bien, caballero, dijo el tio Juan;

pero el pobre labrador tiene tantos enemigos, que difícilmente dejan de causarle daño, si no es en una ocasion, en otra; si no es de aquel modo, del de mas allá: desde el mas vil insecto hasta el animal mas noble, todos son contra él. No digo nada de los elementos: el viento del *Moncayo* nos hiela las frutas; el aire cálido no deja granar el trigo ni la cebada; ya que viene un nublado, ya que viene un mal rocío, ya que el viento agosta la planta, ya que no viene el que precisa la granazon, ya que los trigos se convierten en niebla, ya que están plagados de tizon, siempre, siempre estamos suspirando.

—Tiene razon el señor, dijo interrumpiéndole Masalegre... ¿Saben Vds. lo que dijo al espirar un labrador de mi tierra, que lo habia sido durante los ochenta años que Dios le tuvo en el mundo...? Cuando conoció que se acercaba su última hora, ó mejor su último minuto, mandó abrir la ventana del cuarto donde estaba espirando, y dirigiendo desde el lecho por la vez postrera sus amortiguados ojos al cielo, ¡gracias á Dios, dijo, que dejo de mirarte!

—Tenia razon, dijo Lanuza.

—Este año, como sabe el amo, prosiguió el tio Juan, el viento del Moncayo nos ha helado casi toda la fruta y los olivos; la cebada no granó de poderosa que se puso; la uva la destrozó el coco; una nube de cabeza de trillo, impulsada por un viento de Levante, se aposentó en muchos trigos, y gracias que, como ya estaban casi granados, no pudo cebarse en ellos, y se marchó luego á buscar la frescura de los prados: vamos, ha sido, como digo, año de maldicion; pero no es eso lo peor, sino que las contribuciones escesivas nos ani-

quilan..... estamos trabajando para los que gobiernan.....

—¡Pobre tio Juan! dijo Lanuza; no le dé á usted cuidado; tendremos consideracion con Vd...

—Demasiada que Vd. tiene, señor... pero si yo no me quejo por mí solo; todos estamos mal.

—Así es en efecto; los propietarios y los colonos, dijo Lanuza.

—Y todo el mundo, señor, repuso el tio Juan; yo acaso lo sepa mejor que Vd., porque lo estoy palpando todos los dias: se queja el comerciante de lo poco que vende y de lo mucho que importan las matrículas, se queja el propietario de lo bajo de los precios del grano y lo alto de los tributos, se queja el colono de lo mismo y de la mala cosecha... damos nuestros productos á la mitad de precio... esto va cada vez peor. sesenta y dos años cuento y no lo he conocido tan malo.

—Sí, sí, dijeron todos los presentes.

—Yo no puedo decir mas que no tengo ahora otra familia que mi mujer y esta niña, dijo el tio Juan: el amo me lleva poca renta, y eso cuando se la quiero pagar, como hacia con su señor padre (q. e. g. e.); pues bien; ahorro cien reales, y ya está encima el trimestre de la contribucion directa para arrebatármelos; vendo el vino que me queda despues del gasto de mi casa, y su importe (y gracias que alcance) se le lleva el encargado de la contribucion de consumos; lo propio me sucede cuando vendo aceite... lo mismo oigo hablar á todo el mundo... vamos, en diciendo que no se puede sufrir... si á uno le diera Dios una enfermedad, gracias á mi buen amo, que si no tendrian que llevarnos al hospital.

—¡Pobre tio Juan! esclamó Lanuza: no tenga

Vd. cuidado; no hay que amilanarse: esperanzas en Dios, esto se mejorará.

—¿Quién diablos puede vivir segun lo que este buen hombre dice? dijo Tárrega.

—Yo se lo diré á Vd., mi querido oficial, y se lo diré porque sé que es Vd. un hombre completo, dijo á la sazon Masalegre... ¿Sabe Vd. quién puede vivir? *el que vive del presupuesto*; y no es que á mí me pese que se viva del presupuesto, porque el Estado siempre ha tenido y ha de tener sus servidores, y justo es que á estos se les pague; lo que me pesa es que tenga tantos y tan inútiles; lo que me pesa es que, si puede pasarse con cinco empleados, tenga quince; que si necesita treinta mil soldados, tenga mas de ciento, porque en resumidas cuentas quien lo paga es el pobre contribuyente, y quien se arruina es la agricultura y con esta las artes y el comercio.

—No se puede negar eso, dijo Lanuza... pero el sol se nos marcha; si á Vds. les parece...

—Sí, señor D. Valentin, dijo Valverde; ya tenemos poco sol, y bueno será llegar con tiempo.

—¡Ea pues, en marcha! repuso Lanuza.

—Dá una gratificacion á ese buen hombre, dijo D. Perrondo por lo bajo á Masalegre... ya has oido que su hija tendrá que ir acaso á los baños.

—No ha pasado desapercibida la espresion; pero mejor será tratarlo esta noche con D. Teodoro, dijo Masalegre.

—Tienes razon.

—Que vaya bien, tio Juan, dijo Lanuza... hasta otro dia.

—Hasta cuando Vds. gusten, dijo el tio Juan. Y dando un adios á su linda hija, echaron todos á

andar en direccion de la ciudad, á la que llegaron con la luz del crepúsculo.

Tambien el escelente señor Lanuza se empeñó en dar de refrescar á sus huéspedes, por cuya razon no consintió que se quedáran en el café de *Las cuatro estaciones* como tenian ánimo de hacerlo. Dirigiéronse todos á su casa, donde á poco rato de haber llegado, su bella y amable esposa hizo que les sirviesen un refresco de esquisitos dulces y variadas bebidas heladas y del tiempo. Nuestros viajeros, por disponer para el siguiente dia su equipaje, y sobre todo por tener que contestar á las cartas de Gumersinda y Gutierrez y escribir al señor cura de su pueblo, se despidieron de Lanuza y de su interesante esposa, á quienes ofrecieron de todas veras sus servicios y amistad, y antes de dar las nueve de aquella noche salian, acompañados de D. César, Valverde y el oficial, de la casa de aquel honrado zaragozano en direccion de la de doña Inés.

Mientras que disponia Masalegre el equipaje con objeto de madrugar en la mañana inmediata, D. Perrondo, retirado en un cuarto interior, escribia á Gumersinda, á Gutierrez y al señor cura, y sus tres jóvenes amigos hablaban sobre el sentimiento que les causára la partida de nuestros viajeros, de quienes acordaron despedirse á las dos ó mas leguas de distancia de la ciudad.

Concluido que hubieron D. Perrondo y Masalegre su respectivo trabajo, pidió Valverde la cena á doña Inés bajo el pretesto de acostarse temprano, con ánimo de madrugar al siguiente dia, pero todos doloroso, por una separacion, acerca de cuya duracion no era posible calcular siquiera.

CAPÍTULO XI.

SALIDA DE ZARAGOZA.—ENTRADA EN LÉRIDA.

El estrepitoso ruido de una magnífica carretela, tirada por dos soberbios caballos, que acababa de pararse á la puerta donde moraba doña Inés, hizo que nuestros viajeros y sus amigos abandonasen el blando lecho, cuando los rayos del sol no habian venido aun á dorar los majestuosos cimborrios y elevadas torres de la inmortal ciudad.

Como D. César, Valverde y el escelente oficial Tárrega querian despedirse de sus nuevos amigos á una larga distancia de la ciudad, no solo se habian proporcionado con tal objeto el elegante y cómodo carruaje, sino que tambien pidieron al honrado señor Lanuza uno de sus criados para que condujese las mulas y equipaje de nuestros viajeros hasta el sitio de la despedida.

Despachado el criado de Lanuza con encargo de que esperase en la villa de *Alfajarin* y entregado que hubo Masalegre de órden de su amo, además de una buena propina para las criadas, dos ricos vestidos y otras frioleras para las interesantes niñas de doña Inés, que ya estaban levantadas con objeto de despedirse de sus huéspedes, desayunáronse juntos nuestros cinco amigos, y en seguida, entre los afectuosos cumplimientos y sinceros votos de toda la familia de la honrada viuda por la felicidad en el viaje de Masalegre y D. Perrondo, bajaron la escalera, y colocádose que hubieron lo mejor posible en el carruaje, pronto dejó éste tras de sí la magnífica calle del Coso, ganó luego la plaza de la Seo, y saliendo por la puerta del Angel, atravesó el soberbio puente de piedra sobre el Ebro, fábrica del siglo XV, entrando en la carretera ge-

neral de Cataluña, cuando los rayos de un sol hermoso y sereno caian oblícuamente sobre las modestas casas del barrio de *Altabás* y sobre los infinitos y variados árboles que embellecen las pintorescas y deliciosísimas riberas del Ebro y del Gállego.

No bien habia dejado el carruaje tras de sí el barrio de Altabás, que se comunica con la poblacion por el magnífico y prolongado puente de piedra, cuando Masalegre, obedeciendo á un impulso de su corazon, no pudo menos de esclamar:

—¡Adios, ciudad invicta! ¡Adios, mansion de heróicos y esforzados corazones, perla preciosísima del Ebro, cabeza del generoso cuanto noble pueblo aragonés!.. Aunque probablemente ya no te volveré á ver, tus buenos recuerdos jamás se borrarán de mi memoria; mi pobre corazon latirá siempre en tu obsequio, y tus dignos hijos serán por mí alabados y respetados como merecen en cualquiera parte que me halle.

—Gracias, querido, dijo D. César radiante de satisfaccion... hijo de Aragon, educado en la patria de los Lanuzas y Mesas, yo os doy las gracias por el buen concepto que os merece la inmortal ciudad.

—Que es el mismo que me ha merecido á mí, dijo D. Perrondo.

—¡Oh! ya sabia yo que en vuestro noble corazon despertaría gratos recuerdos la siempre heróica ciudad, dijo Valverde.

—Ni puede menos de amarla y admirarla el que la conozca un poco, á no ser un imbécil, dijo Tárrega.

—Así es, mi querido oficial, dijo D. César... teneis muchísima razon; el valor de lo bello y de lo grande solo puede ser desconocido ó indiferente á

los hombres imbéciles... ¡Ah! ¿por qué sino deja lacerados nuestros corazones la separacion de estos dos amigos, á quienes Dios sabe cuándo volveremos á ver?

—¡Oh! ¡oh...! no hablemos de eso, querido César, dijo Valverde: demasiado honda es ya la pena que nos aflige para que vengamos ahora á agravarla con nuestras palabras.

—Así es en efecto, amigos mios, dijo en estremo afectado D. Perrondo; pero no hay que pensar tan tristemente como D. César: yo confio en que nos hemos de ver, sino en Zaragoza, en Madrid ó en otro punto, sino es por una causa, por otra.

—Yo creo lo mismo... cierto que no podemos ni aun calcular siquiera sobre nuestra vista, dijo Valverde; pero qué... ¿nos separa por ventura un mundo? Si Dios nos conserva la vida,... ¿no merece nuestra sincera amistad que hagamos un sacrificio para vernos?

—Si, si, querido mio, dijo D. Perrondo... hay correos... podeis tener necesidad de ir á Madrid... yo tambien iré... pero no, nuestro pueblo no está tan lejano de Logroño... sino es dentro de un año, de aquí á dos, á cuatro, cuando vivais con vuestra bella Camila en la hermosa Rioja, católicos, si nosotros no pudiéramos ir allá, si á vosotros no os fuera dable acercaros á mi casa, partiriamos el camino, en Burgos...

—Si, si, querido amigo, dijo interrumpiéndolo Valverde; nos damos palabra de vernos... ¿No es verdad? añadió clavando sobre nuestro viajero sus hermosos ojos azules.

—Sí, está dicho; sino es dentro de un año, será dentro de dos, contestó D. Perrondo... nuestra

amistad tiene que ser eterna: entonces conoceremos á la hermosa Camila, se conocerán ella y Gumersinda... pero ¡ah! me olvidaba de la situacion de esta infeliz... ¡Dios sabe dónde estará dentro de un año!

—¿Qué sabemos? Dios y Vd. velan por ella, dijo Tárrega.

—¡El que sea tarde...! esclamó con tristeza don Perrondo.

—No, no, dijo repentinamente Valverde, no puede ser eso, amigo mio.

—¡Noble corazon!

—Con él podeis contar para impedir que esa jóven sea desgraciada, dijo Valverde.

—¡Oh! sí; si de algo servimos, añadió D. César, contad con nosotros, disponed de nuestra amistad.

—Gracias, gracias, dijo D. Perrondo. Pero ¿no es aquel un puente colgante? añadió fijando á lo lejos su vista.

—Si, dijo D. César; es el puente de *Santa Isabel* sobre el rio Gállego, de moderna y elegante construccion: por él pasamos nosotros cuando vamos á Barbastro, que podian visitar Vds.

—¡Oh! con gran placer iríamos, querido mio; ya os he dicho antes que es mucho rodeo para ir á Lérida, y que tenemos precision de llegar cuanto antes á Barcelona.

—Lo que menos nos importaría sería Barbastro, dijo Masalegre... á poder, iríamos por ofrecernos á la señorita Camila.

—Gracias, digeron á un tiempo César y Valverde.

A los pocos minutos de esta conversacion, el lindo carruaje hizo sentir su preciosa carga al inmenso maderámen del larguísimo puente: de allí

á una hora pasó por delante de la *Puebla de Alfinden*, y á la media poco mas ó menos llegó al pueblo de *Alfajarín*, cuya fundacion se atribuye al mismo reyezuelo árabe Abenalfage, que mandó construir la Aljafería, bellamente situado al pié de una elevada colina que aun ostenta magníficas ruinas de un castillo tambien árabe, y cuya deliciosa campiña, cubierta de frutales, de olmos, de álamos y otros corpulentos y altísimos árboles, fertilizan las cristalinas aguas del impetuoso *Gállego*, que viene de lo mas escabroso de los Pirineos á confundirse con el *Ebro* por bajo de la heróica é inmortal ciudad.

—Pues señor; llegamos al término señalado, dijo D. Perrondo bajando de la carretela seguido de sus amigos. Nada tengo que advertiros, queridos mios; nuestra amistad será tan duradera como nuestra vida... Confío en que nuestros corazones, unidos con indisoluble vínculo, latirán siempre por lo bello, lo grande, lo justo... ¡Adios, amigos, mios! ¡adios!... Y al decir esto, se arrojó en los brazos de Valverde, que le estrechó fuertemente contra su corazon; pasó luego á los de D. César y por último á los de Tárrega, al desprenderse del cual, no pudiendo ya resistir á tantas emociones, prorumpió en un llanto tan copioso como consolador.

—¡Venid acá, noble corazon! esclamó Valverde derramando abundantes lágrimas y arrojándose á Maselegre.

—¡Ah! esclamó éste con los ojos llorosos estrechando contra su seno al brillante jóven... ¡Dios os haga tan feliz... como merecéis... ¡Adios, don César! añadió, abrazando á éste... ¡Adios mi que-

ride oficial, dijo por último arrojándose á Tárrega... Soy de Vds.

No pudo mas: desprendiéndose del escelente oficial, prorumpió en fuertes y repetidos sollozos que, concluyendo con su voz, dieron una grata y dulcísima espansion á su alma.

De los ojos de estas cinco personas, á cual mas interesantes, caian gruesísimas lágrimas, justo tributo pagado á la amistad mas pura y desinteresada, á la amistad de los buenos. Quietos como inanimadas estátuas despues del tierno abrazo que acababan de darse, y como si una fuerza superior hubiese paralizado los naturales movimientos de sus miembros, parecia que no acertaban á comprender una separacion, que pronto iban á ver realizada. Así estuvieron dos ó tres minutos, al cabo de los cuales D. Perrondo, haciendo un esfuerzo casi sobrenatural, puso fin á una escena tan sublime y patética, como tierna y admirable.

—Esto es hecho... aquí vivireis eternamente: dijo poniendo su mano sobre el corazon... ¡Adios! ¡adios! añadió con acento desgarrador al propio tiempo que levantada la diestra y enjugándose sus ojos con un pañuelo que llevaba en su izquierda la dirigia maquinalmente al sitio donde estaban las dos mulas.

Antes de arrancar los briosos caballos para la inmortal ciudad dirigieron los tres brillantes jóvenes su última mirada sobre nuestros viajeros: estos, que desde que montaron no habian separado un punto sus ojos del carruaje con el objeto de verle partir, hicieronles con las manos su postrer saludo, que fué correspondido por aquellos agitando al aire repetidas veces sus pañuelos. Unos segundos despues, la elegante carretela partia con la velo-

cidad del rayo para la ciudad siempre heróica, mientras que nuestros viajeros, en opuesta direccion, hacian caminar á sus mulas por la carretera de Cataluña á un paso regular como quienes deseaban llegar á poco mas del medio dia á la venta de *Santa Lucía*, de la que distaban unas cinco leguas, y descansar allí un rato de las profundas emociones que en aquella mañana habian esperimentado.

A la distancia de un cuarto de legua de Alfajarin, pues que antes ni amo ni criado habian podido hablarse (tal era el sentimiento que llevaba embargadas sus nobles almas), Masalegre fué el primero que rompió el silencio y dijo:

—¡Qué tres corazones mas bellos, señor! ¡qué cruel rato hemos llevado todos al separarnos!

—¡Oh! ¡oh! no hablemos de eso, dijo D. Perrondo... ¿no ves que llevo el corazon partido de dolor?... No impunemente puede abusar el hombre de sus fuerzas; las mias están por ahora completamente agotadas: tiempo tenemos de hablar de tan escelentes amigos... Distraigamos ahora nuestra triste imaginacion: contemplemos el campo, esta ribera tan pintoresca y embelesadora del ya soberbio Ebro, que marcha majestuosamente á nuestra derecha, este clima tan suavísimo, que convida á la distraccion y al deleite.

Distraidos con la perspectiva variada de los campos y con la inmensa multitud de traginantes que llenaba por todas partes la carretera, pasaron nuestros viajeros á la hora poco mas de haberse despedido de sus interesantes amigos por la pequeña villa de *Osera*, sentada sobre la ribera izquierda del Ebro, y á luego ganaron la mas grande y mas bonita de *Pina*, en cuyos campos perdieron ya de vista aquel famoso rio, que desde aquí

va inclinándose á la derecha, y que haciéndose navegable como es de esperar, vendrá á dar una grandísima animacion á este y á todos los pueblos sitos sobre sus encantadoras márgenes. Antes de la hora y media de haber traspuesto la villa de *Pina*, y cuando ya los rayos del sol no dejaban de ofender-les por estar á poco mas de la mitad de su carrera, apeábanse de sus mulas en la venta de Santa Lucía, donde comieron, aunque no muy bien, por causa de lo fatigados que tenian sus espíritus, y despues descansaron algo mejor que comieron hasta mas de las tres de la tarde, que de nuevo emprendieron su marcha con ánimo de dormir en *Bujaraloz*, en cuya villa, sita á la mitad de la jornada para Lérida, en la árida y triste comarca titulada de los *Monegros*, que hizo recordar á Masalegre la tan celebrada de *Campos*, habian determinado hacer noche.

A la mañana siguiente abandonaron nuestros viajeros la villa de *Bujaraloz*, cuando apenas acababa de salir el sol, en la idea de llegar al medio dia á la pequeña ciudad de *Fraga*, distante de allí siete ú ocho leguas.

Un par de horas haría poco mas ó menos que nuestros viajeros caminaban con direccion á Cataluña, cuando antes de llegar á un pequeño pueblo, hirió sus oidos el tañido de una especie de *chirimía*, conocida en muchas provincias bajo el nombre de *dulzaina* y que aquí Masalegre calificó con sobrada razon de *amargaina* por lo bastante agudo y desagradable del instrumento y lo mal que sin duda sabia manejarle el tañedor: tocaba éste la jota aragonesa, tan animada, alegre y entusiasmadora para todo español y en especial para el pueblo aragonés que, ébrio de placer al sentir su son pe-

dilecto, se lanza al jaleo con la misma fé y entusiasmo que el soldado valiente y connaturalizado con la victoria, se arroja á lo mas recio de las batallas. A pesar de que Masalegre calificó de *amargaina* el rústico instrumento, no pudo menos de sentir una estraordinaria alegría al herir su tímpano el inarmónico pero provocativo sonido, alegría que creció de punto cuando traspuesto el pueblo, que estaba completamente desierto, *vió unas cincuenta ó sesenta parejas*, cuyo número era superior al de los vecinos con que contaba, que en una era de trillar, adornada con un añejo y corpulento olmo, sin contar los de la cuenta que la separaba de la carretera y junto al cual se hallaba recostado el tañedor rodeado de chiquillos de ambos sexos, bailaban, gritaban y reian con natural y verdadero gozo, formando de vez en cuando una tan estrepitosa y delirante algazara, que cualquiera que no conociese el entusiasmo de los aragoneses por su jota, hubiera sin duda creido que la mayoria de aquella reunion estaba en el caso de ser conducida á los Orates ó privada de razon por un reciente y general abuso del vino ó de licores espirituosos.

Pero todo menos que eso: deseando nuestros viajeros enterarse un poco de aquel espectáculo, detuvieron sus cabalgaduras, aunque sin apearse de ellas ni salir de la carretera, junto al sitio donde estaba un hombre de baja estatura y estraordinariamente grueso, vestido de calzon corto, montera de pana en forma de cono ó cucurucho y luengo leviton, que no era otro que el cura del pueblo, el cual habia salido tambien á solazarse con el alegre baile de sus feligreses. Por él se orientaron nuestros viajeros de que en el dia anterior habian

habido cierta funcion en el pueblo, y que siguiendo la costumbre admitida en el mismo desde inmemorial tiempo, salian sus habitantes, incluso el alcalde que hacia de capitan, á despedir al tocador, vecino de una aldea inmediata, el cual correspondia al honor que le dispensaban sus paisanos tañendo su instrumento un par de horas, que eran de verdadero delirio para todos, puesto que casados y solteros, jóvenes y ancianos, de media y de edad madura corrian á solazarse durante ellas, haciendo sus piruetas, tocando sus castañuelas y dando cuatro vueltas sobre sí mismos á manera de rodeznos que giran sobre su eje.

En efecto: nuestros viajeros pudieron observar que al frente de la hilera de los hombres (porque los bailarines formaban dos prolongadas filas) estaba un anciano, chiquitito, panzudo y colorado-te, de cerca de ochenta años, con la cabeza tan lisa y pelada como una calabaza, formando pareja con una anciana de setenta lo menos, que era su consorte y capitaneaba á las *silfides* de su sexo, bien poco bello por cierto, si se esceptúa una muchacha de veinte, emparejada así bien con un mozo rollizo, de fachendon aspecto y gesto *cruo* como dicen los andaluces: seguian á la *aérea* pareja de siglo y medio otras de menos edad, y así progresivamente hasta concluir en unos chicos de catorce á quince años, porque mas jóvenes no eran admitidos á *zarandear* sus cuerpos. Aquí, al revés que en otros pueblos, nunca estaban fijos en un sitio los bailarines: cuando el punto armónico del instrumento era suave y pausado, á su compás marchaban paralelas y silenciosas las dos filas por el cómodo pavimento; pero cuando el tocador le convertia en fuerte y rasgueado, dete-

niéndose todos de repente, se daban la cara y entonces empezaban las piruetas, el agitado movimiento y el dulce jaleo, que con el sonido de las tarrañuelas y la alegre gritería de los chiquillos volvian locos á todos los bailarines y hacian reir á carcajada tendida al señor cura, que tenia todas las trazas de un hombre cándido, guapote y bonachon en demasía.

Se nos olvidaba decir que en esta danza violenta, tanto el anciano que estaba al frente de la fila masculina, como la viejecita que mandaba la femenina y algunas parejas inmediatas á ellos, no habian hecho otra cosa que arrastrar las piernas trabajosamente por el suelo, cosa muy natural si se atiende á su edad avanzada. Sin embargo, el mozo fachendon, antes de emprender un nuevo paseo, sin duda por adular al alcalde, pues nunca faltan aduladores en todas partes, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva nuestro alcalde, que baila mejor que un chico de veinte!

—Al menos lo hace mejor que el tio *Panojo*, ese que tiene cinco años mas que él, dijo el cura desde la carretera.

—Y la *señá* alcaldesa tambien baila de lo lindo, dijo una de las mozas inmediatas á la que bailaba con el fachendon.

—Sí, sí; baila mas limpio que la tia *Candonga*, gritó otra.

—Eso no lo confesaré yo, dijo algo picada de amor propio la aludida, que era una *ciudadana* de setenta, alta, gordinflona, sin dientes y sin pelo, que para mayor tormento suyo tenia los ojos ribeteados de encarnado.

—Pues yo, dijo el tio *Panojo*, que era un vie-

jecito canoso y escurridillo, digno esposo de la tia *Candonga*, fuera del señor alcalde, desafío á cualquiera á bailar la jota.

—¿A mi tambien? preguntó el fachendon.

—A ti y á todos los presentes, contestó *Panojo*.

—¡Bien por el tio *Panojo*!

—¡En baile! dijo este, haciendo una especie de pistolé con su pierna derecha... ¡á ello, *Candonga*!

—¡En baile pues! gritó el alcalde entusiasmado.

Despues de dar el correspondiente paseo pusiéronse los bailarines y bailarinas en facha: todos volvieron con mayor empeño á la danza, pero no con tanto como el alcalde y la alcaldesa, el tio *Panojo* y la tia *Candonga*, los primeros deseosos de no perder y aun si se quiere de aumentar sus glorias, y los segundos impulsados por el maldito del amor propio ofendido; y tales movimientos hicieron, tan para ellos difíciles cabriolas trataron de ejecutar, en tantas vueltas y revueltas se quisieron meter, que tropezando casi á un tiempo los ocho pesados remos de nuestros cuatro danzantes, esto es, los del tio *Panojo* con los de la tia *Candonga*, y los del señor alcalde con los de la *señá* alcaldesa, vinieron todos al suelo redondos y atontados, sudosos y anhelantes, molidos y sofocados, en medio de una grita terrible de chiquillos y chiquillas, de bailarines y bailarinas, del mismo buen padre de almas y hasta del tio *chirimía*, que no pudo seguir tañendo su instrumento al ver por el suelo los cuatro abuelos, que sin duda alguna debieron ser escelentes bailadores de jota y aun de fandango allá en el último tercio del siglo próximo pasado.

Ayudaron varios de los presentes á levantar

los cuatro *vegestorios*, que afortunadamente ningun daño habian recibido en su caida, y asi que les vieron en pié nuestros viajeros, despidiéndose del cura, que todavía seguia riéndose como un tonto, dieron un espolazo á sus mulas, para que caminasen á paso mas avanzado que el que hasta allí trajeran con objeto de desquitar el tiempo que habian estado detenidas, viendo ellos bailar al tio *Panojo*, á la tia *Candonga* y á sus alegres paisanos.

—¿Pero quién les mandará á esos *testeles* el meterse á hacer cabriolas despues de sus dias? dijo Masalegre.

—¿Qué te estrañas de eso, hombre? le dijo don Perrondo: es necesario no conocer el delirante entusiasmo de todos los aragoneses por su jota favorita para admirarse de la aficion que aun tienen esos pobres diablos á bailarla... Además de que eso de hacer piruetas los que son ó pueden ser *abuelos*, está muy puesto en moda en el dia, particularmente en la *alta* sociedad. Con la misma intrepidez que si fuera un mozalvete de veinte, lánzase á bailar en los magníficos saraos de la córte, como habrás visto en los papeles públicos, un *pelucon* con sesenta á la cola, mas pesado que un plomo á causa de su disforme obesidad, con su pareja la adorable duquesa de T., que casi cuenta igual número de navidades que él, y que, aunque con los cabellos y dientes postizos, toda rociada de *agua de colonia y de mil flores* para que las gratas esencias se sobrepongan á su aliento *cálido* y corrompido, quiere lucir su talle de vara y media, que á ella la parece de una ninfa, zarandeando su cuerpo en una *polka-mazurca*, y aparentar una agilidad que la han arrebatado los años, y

una hermosura que acaso perdiera entre el estrepitoso bullicio de impúdicas bacanales y el inmundo fango de una vida licenciosa y criminal.

—¿Y por qué lo hacen esos? repuso Masalegre... porque no tienen una alma caritativa que les aconseje lo que les conviene; porque entre esos magnates no se ven mas que aduladores y ningun buen amigo que francamente les diga, que saliendo á bailar solo sirven de irrision á las gentes sensatas.

—En todas partes se ven torpes aduladores, dijo D. Perrondo: si aquel mozo fachendon no saca al pobre alcalde de sus casillas, diciéndole que bailaba como un muchacho, seguro es que no hubieran rodado por el suelo, ni él ni su mujer, ni el tio *Panojo* ni su amable costilla la intrépida tia *Candonga*... ¡Cuántos pierden el juicio y ruedan por otros sitios peores que la era de este lugar por no verse rodeados mas que de aduladores indignos, que contínuamente queman inciensos en las aras del puesto que ocupan!... Pero en fin, bailes como este de aldea, donde no hay otro objeto de parte de los concurrentes que divertirse en santa paz, dando cuatro estirones á las piernas, mejor se pueden sufrir que no esos otros de la córte, en los que suelen gastarse sendos pesos insultando la miseria pública.

—De modo que el tio *Panojo* y la tia *Candonga*, dijo Masalegre, llevados solo de su sincero entusiasmo por la alegre jota, satisfacen una *necesidad* que en ellos es si se quiere *nacional*, mientras que *D. Pelucon y la interesante duquesa de T.*, que ya huelen á sepulcro, suelen meter á la *Nacion* en miles de *necesidades* para satisfacer sus caprichosos devaneos y soportar los gastos de sus locas orgías.

Entretenidos con estas y otras semejantes plática-cas, llegaron nuestros viajeros, cuando aun no eran las doce del dia, á la vista de la antiquísima ciudad de *Fraga*, sita en una pequeña y desigual hondonada, á orillas del cristalino, peligroso y rapidísimo *Cinca*, que con su gran acequia fertiliza sus campos y hermosa huerta, y cuyo puente colgante, recien construido, tuvieron que pasar para entrar en ella. Dirigiéronse á una posada, sita en la plaza de *Segoñé*, que atraviesa la carretera general, y despues de colocadas y cuidadas sus mulas, mientras que acababan de disponerles la comida, determinaron quedarse en el portal para distraerse con la vista de la mucha gente que transitaba por la carretera, ya con direccion á Zaragoza, ya á Barbastro, ó ya á Cataluña.

—Oigame Vd., patron, dijo Masalegre al posadero, que tenia todas las trazas de hombre de bien, aunque no lo fuese; ¿puede Vd. decirme lo que significa ese adagio, que anda por todas partes de *eres mas pesado que la maza de Fraga*?

—¡Oh! si señor, contestó el posadero en acento mezclado de catalan y aragonés; esa tan famosa maza no es mas que un inmenso martillo, que ha prestado grandes servicios á la ciudad, pero que afortunadamente ya se puede mandar quemar.

—¿Cómo es eso? repuso Masalegre... ¿Con que les ha prestado á Vds. grandes servicios, y *afortunadamente* ya la pueden condenar al fuego?... ¡buen modo de pagarles!...

—Ya veo por el acento que no es Vd. aragonés ni catalan...

—¿Y qué tiene que ver eso?...

—Sí, porque se conoce que no ha tenido usted necesidad de venir por aquí, y verse espuesto á

perecer ó interceptado, á causa de los destrozos que las terribles avenidas del *Cinca* ocasionaban en nuestro antiguo puente de madera, que acaba de sustituirse con el colgante; este nos ha hecho innecesaria la maza, que antes servia para golpear las estacas que se colocaban en el rio: por medio de un ingenioso aparato, formado de dos enormes vigas, subia hasta casi el estremo de ellas la pesada maza de madera, ferrada en fierro, y así levantada caia á plomo y con rapidéz sobre la estaca, dándola tan duro golpe, que la metia en lo profundo de la tierra... Ahí ve Vd. como ya de nada nos sirve, y digo *afortunadamente*, porque el nuevo puente evitará muchísimas desgracias, que todos los años hemos tenido que lamentar.

—Tiene Vd. razon, amigo mio, dijo Masalsgre; pero... ¿nos dan luego de comer?

—Ahora mismo... ya pueden Vds. subir.

Despues de servirles una comida, que fué abundantísima en pescados escelentes del *Cinca* y en frutas de la huerta de la poblacion, tan esquisitas como delicadas, en especial el higo ponderado en toda la comarca, descansaron un poco, y cuando aun no habian dado las tres de la tarde, salieron de la pequeña ciudad con direccion á la industriosa Cataluña, en cuyos confines estaban y cuyo suelo llegaron á tocar á la hora de haber salido de Fraga.

El país por donde caminaban les pareció en estremo miserable hasta poco antes de darevista á la villa de *Alcarrás*, que se encuentra á la mitad del camino de Fraga para Lérida, convenientemente situada á orillas del *Segre*, que fertiliza su deliciosa vega, poblada de moreras, olivos, vides y frutales. A la hora y media de haber pasado por

Alcarráz entraban nuestros viajeros en la antigua capital de los *ilerjetes*, situada en su mayor parte en forma de anfiteatro al pié de una altísima y aislada colina, á la orilla derecha del ya mencionado *Segre*, famoso desde las guerras civiles de Roma, y cuyos campos, antes tan áridos, tristes é improductivos, se hallan hoy convertidos en un delicioso verjel, merced al génio árabe, al cual se deben las magníficas y nunca bien ponderadas acéquias de riego que, además de la de Lérida, han labrado y labran la felicidad de muchísimos pueblos.

CAPITULO XII.

LÉRIDA.—SALEN CON DIRECCION Á CERVERA.—INSPECTOR VISITADOR DE LA INDUSTRIA.

Como nuestros viajeros entraron en Lérida con el crepúsculo vespertino, ya no quisieron salir en aquella noche del parador donde fueron á hospedarse. Nunca fué su ánimo visitar aquella ciudad mas que de paso, y si últimamente determinaron permanecer un dia en ella fué por consejo del oficial Tarrega, que les ponderó lo pintoresco y delicioso de su campiña y lo inespugnable de su castillo, para reconocer el cual les proveyó de una carta de recomendacion dirigida á un compañero, paisano y amigo suyo. En la madrugada del siguiente dia dirigiéronse, visitando antes la plaza de la *Constitucion ó del Mercado*, á la catedral nueva, construida en el último tercio del siglo XVIII por el órden corintio, y cuya magnificencia, solidez y elegancia no pudieron menos de llenarlos de admiracion; visitaron despues la iglesia de *San Lorenzo*, de arquitectura si bien sólida, en su mayor

parte estraordinariamente tosca y tan antiquísima que se asegura ha servido para los ritos de las tres religiones, que en sus diversas épocas han dominado el país desde el tiempo de los cartajineses, á saber: el paganismo, el mahometismo y el cristianismo; no dejaron de visitar así bien el depósito de aguas, obra sólida y elegante, que en su situacion sobre el nivel de la ciudad reparte fácilmente su inmenso caudal por todas las fuentes que se encuentran en su recinto, ni por último dejaron de ver tampoco el paseo, titulado de *Fernando*, sito en direccion de la montaña, á orillas del *Segre* y embellecido con un bonito jardin, con cómodos asientos de piedra, multitud prodigiosa de rosales, jigantescos álamos y espinosas acacias.

Eran poco mas de las diez cuando nuestros viajeros, acompañados del amigo de Tárrega, guapo oficial de unos 30 años de edad, trepaban por la pendiente y aislada colina, en cuya cima se halla el castillo, y á la cual llegaron llenos de cansancio, pues que se eleva mas de 900 varas sobre el nivel de la parte mas baja de la ciudad.

Despues de un buen rato de descanso empezaron por recorrer las diversas fortificaciones que hacen de Lérida una plaza de primer órden; visitaron luego la catedral vieja, que no está destinada al culto desde hace ya casi un siglo, grandioso monumento de la edad media, adornado con multitud de molduras, ventanas bizantinas, arcos ojivos, nichos de esquisito gusto y elegantes y dificilísimos calados de piedra, digno todo de la admiracion de cuantos estimen en algo las bellas artes, y por último contemplaron su *torre de campanas*, de figura octógona en sus dos cuerpos y así llamada porque cuenta lo menos veinte de diverses tama-

ños. Subieron en seguida á dicha torre, desde cuya espaciosa plataforma dirigieron su vista para llenar sus sentidos de un infinito placer, para deleitar de una manera inusitada su imaginacion, para embriagar sus almas de inefables y purísimos goces, contemplando desde tan inmensa altura, á sus piés, la apiñada ciudad que les pareció una pequeña aldea de pobres y diminutos edificios, á un lado y á otro, la vega que fertilisan las aguas del *Segre* y del *Noguera-Rivagorsana* por medio de sus acequias, aquella vega que se estiende una porcion de leguas al N. y al S. de Lérida y que, sino con un clima tan suavísimo, compite con la de *Granada* en la feracidad de su suelo y en el eterno verdor que le cubre, y en apartada lontananza, aquel horizonte el mas grande y mas magnífico que acaso ofrezca nuestra España, aquel horizonte que terminan por la parte del N. los altos picos del Pirineo cubiertos de nieves perpétuas, y por el S. las montañas, á cuya falda se asienta la pequeña y fortificada villa de *Mequinenza*, distante de allí seis leguas, y junto á la cual entran reunidos en el Ebro los caudalosos y rapidísimos *Cinca y Segre*. Nunca habian esperimentado nuestros viajeros una sensacion tan grata y profunda en toda su vida: extasiados, fuera de sí, parecia que no acertaban á separar su vista de aquella ancha y prolongadísima vega, de aquel cuadro pintoresco, uno de los mas magníficos que puede ofrecer la naturaleza con su prodigiosa multitud de bonitos aunque pequeños pueblos y elegantes caseríos, envueltos entre millones de árboles frutales é infructíferos, de vides y de arbustos; de aquellas inmensas y abrasadas llanuras del Urjel, mas allá de la bonita vega, que están llamadas á

ser el granero de Cataluña, y de aquellas enormísimas rocas del Pirineo, cuyos mas culminantes puntos, en su distancia de treinta leguas, se les presentaban como atalayas de reverberante plata ó como jigantes vestidos completamente de blanco y encargados por génios superiores de custodiar aquella inmensidad de terreno, que ofrece el panorama mas majestuoso y entusiasmador.

—¿Qué os parece esto? dijo el oficial á nuestros viajeros.

—¡Oh!... sobremanera magnífico, dijo D. Perrondo.

—En efecto, repuso el oficial; yo he visto las celebradas vegas del *Turia* y del *Genil*... indudablemente son mas deliciosas, pero no ofrecen un horizonte tan estenso como este.

—¡Y yo que tenia la idea de que Cataluña era un pais miserable! esclamó Masalegre... paréceme ahora que hemos nacido en una tierra á la cual la naturaleza ha negado todas sus gracias... si solo se habia de atender al pais, creo que con gusto cambiaria el en que nací...

—No; tanto como eso, no; lo dices en un momento de entusiasmo, dijo D. Perrondo: el hombre no debe ni generalmente quiere cambiar su pais natal por ninguna cosa de este mundo: el amor á la patria es en él un sentimiento innato y tan profundo, que no hay poder humano que logre hacerle desaparecer; tanto amor tienen á las eternas nieves y abrasados arenales de sus respectivos paises el aterido *lapon* y el indolente *africano* como los hijos del *Arno* y del celebrado *Dauro* á las deliciosas campiñas de *Florencia y de Granada* con su atmósfera embalsamada y su cielo purísimo y despejado.

—No crea Vd., amigo mio, dijo á Masalegre el oficial, que toda Cataluña es como esto que está usted justamente admirando: fuera ya de las costas y de alguna que otra pequeña vega, el pais catalan es quebrado, pobre y nada delicioso.

—Y ese inmenso jardin que se estiende á nuestra vista, añadió D. Perrondo, es mas obra de la industria de los hombres que de la naturaleza. Bien célebre es aquel dicho de los antiguos referente á la campiña de esta ciudad: *Illerdam videas*, solian decir al que deseaban algun mal ó contratiempo... Pero veamos qué hora es, añadió sacando su reloj... ¡hola! son mas de las doce y media. . podemos ya retirarnos.

Seria poco mas de la una de la tarde cuando nuéstros viajeros y el oficial llegaron á la plaza del Mercado, la cual vieron ya cubierta completamente de gentes, cuyos trajes, carácter y lenguaje hicieron creer á Masalegre que, como por arte de encantamiento, habia sido trasportado de la España á un pais desconocido: en ella se despidieron tomando el oficial la direccion de la calle del Cármen y nuestros viajeros la del parador donde estaban hospedados, y á donde segun convenio habian de reunirse antes de las cuatro para dar una vuelta por la feracísima y deliciosa campiña de la poblacion.

Nada se hizo esperar el escelente amigo de Tárrega. A poco mas de las cuatro salieron de la ciudad, de la cual se alejaron un gran trecho, y las dos horas que estuvieran recorriendo por la pintoresca vega, que se estiende á la derecha del Segre, las pasaron muy divertidos, contemplando la ingeniosa distribucion de las aguas por medio de acequias y sus cien ramales y el prodigioso núme-

ro de olivos y árboles frutales de todas clases que aquellos nutren, y cuyos productos, en union de las tres cosechas de granos, legumbres y verdura, que además dá al año este privilegiado suelo, vienen á recompensar regularmente las faenas del inteligente cuanto honrado cultivador.

Al dia siguiente y un poco despues que el reloj de la catedral diera las siete de su mañana, salian de Lérida nuestros dos viajeros, y pronto empezaron á distraerse agradablemente con el magnífico paseo de invierno, que se estiende á un lado y otro de la carretera en las inmediaciones de la ciudad y embellecen el Segre, cuyo puente de piedra tuvieron que atravesar, y la acequia de la izquierda de dicho rio, sobre la que tambien hay otro pequeño puente mas allá de la soberbia arboleda de corpulentos y elevadísimos álamos.

Como a una hora de distancia de la ciudad, al ver Masalegre que progresivamente se le presentaba el pais mas árido y menos productivo, hízoselo observar á su amo, quien le dijo:

—Bien te decia el oficial ayer mañana: con todo, parécemeque pisamos todavía un terreno delicioso para los que ofrece Cataluña. La provincia de Lérida es mas agricultora que industrial: delante de nosotros, un poco inclinado á la derecha, se estiende, si mal no recuerdo, el territorio conocido bajo el nombre de las *Garrigas*, sumamente fértil y delicioso por su mucha plantacion y suavísimo clima; mas allá, ya en el partido de *Falset*, están los pueblos del *Priorato de Scala Dei*, tan famosos por sus vinos, y luego pasaremos los *Llanos de Urgél*, que se estienden una porcion de leguas desde el centro al Mediodia de esta provincia, sin disputa la mas estensa y menos pobla-

da del Principado, y que, llevado á cabo el canal de riego, ya en proyecto desde hace muchísimos años, producirán trigo en abundancia maravillosa.

—Lo que yo advierto aquí, dijo Masalegre, es que el terreno está mejor cultivado que el de Castilla.

—Sin disputa, dijo D. Perrondo; la incansable laboriosidad del catalan hace que le paguen el correspondiente tributo hasta los peñascos mas duros é inaccesibles.

—Pues señor... laboriosos serán los habitantes de esta tierra, y tan honrados tambien como los de cualquiera otra, dijo Masalegre; pero, ¿sabe usted que yo jamás simpatizaria con ellos? ¿No vé Vd. qué taciturnos y qué poco francos se presentan...? Su carácter, su trage, sus costumbres, todo se diferencia notablemente de nosotros.... tienen cara de pocos amigos.

—Efectivamente que el carácter de los catalanes se diferencia muchísimo del de los habitantes de otras provincias: tienen, como dices, cara de pocos amigos, y en realidad no les cuentan por docenas como nosotros los castellanos, en lo que creo nos llevan gran ventaja, porque de los pocos de quienes se dicen amigos, lo son en realidad, en vez de que entre los muchos que nosotros contamos no suele haber uno verdadero.

—Pues quiere decir que entonces es mejor este carácter que el nuestro. Ya veo yo que no hay que fiarse de apariencias, que suelen engañar al mas pintado... Lo que advierto tambien es que puede estar este país mas poblado que la Castilla...

—¡Oh! muchísimo mas, y el que ahora pisamos es el ménos poblado de Cataluña; cuanto mas

nos internemos en ella, mayores serán los centros de poblacion que encontraremos. La industria y el comercio sostienen multitud de habitantes, sobre todo en las tres provincias de Barcelona, Gerona y Tarragona.

Caminaban muy despacio y entretenidos nuestros viajeros con su conversacion, cuando á las diez mas que menos de aquella mañana se encontraron en *Mollerusa*, pequeña villa asentada en los llanos del Urgél, alcanzaron luego la del *Golmes*, y no tardando la de *Belpuig*, sita ya, aunque en los mismos llanos, en tierra de *Cervera*, y cuyo campo fertiliza el riachuelo *Corp*. Pasaron despues por delante de la pequeña villa de *Villagrasa*, y antes de las doce entraban en la bonita y mas grande de *Tárrega*, sita á orillas del riachuelo *Cervera*, y en el estremo SE. de los citados llanos del *Urgél*.

Era la posada adonde se dirigieron nuestros viajeros, sita en su bonita plaza, bastante decente, y el posadero un robusto jóven, recien casado con una mujer de su edad, que nada tenia de fea ni de melindrosa, pues que ella misma, con notable y graciosa desenvoltura, ayudó á que Masalegre colocase y cuidase como merecian sus hermosas mulas.

Mandáronles subir á un gabinete correlativo á una gran sala, al pasar la cual, precedidos de la esbelta posadera, repararon en un pequeño equipaje que habia tendido junto á un rincon y cerca de una elegante y no pequeña mesa.

—¡Hola! patroncita...! dijo Masalegre... ¿parece que tiene Vd. otros huéspedes?

—Sí, contestó esta en mal castellano; es un vi-

sitador de la intendencia de Lérida: si Vds. quieren acompañarle á comer...

—A mí mas me agradaria la compañía de usted que la de ese visitador, que siempre hará unas visitas tan dolorosas como las de los médicos, dijo Masalegre... Queremos comer al instante.

El gabinete donde nuestros viajeros acababan de instalarse contenia dos catres bien dispuestos, cuatro sillas y una pequeña mesa, en la cual mas pronto que ellos podian prometerse los sirvió su linda patrona una regular comida, y concluida esta se echaron con objeto de descansar un rato y emprender despues su marcha á Cervera; pero ni por un minuto pudieron reconciliar el sueño por lo que va á ver el lector.

A luego de haberse echado sintieron el ruido de dos personas que, trepando la escalera, acabaron por establecerse en la sala inmediata.

—Pues señor, dijo uno de ellos; ya le he dicho lo que viene al caso; es Vd. un *posma*...

—Pero hombre, dijo el otro con acento catalan bastante pronunciado... ¿por qué he de pagar yo dos matrículas?

—¡Hombre! esclamó el primero... ó es demasiado torpe, ó no sé qué diga de Vd... Si no se trata de que pague dos matrículas... lo que yo digo es que estando en una clase los *manguiteros* y en otra los *cinteros*, y siendo Vd. *cintero y manguitero* á un tiempo, ha debido inscribirse en la mas alta.

—Si no valen cien pesos mis cintas y mis manguitos... ¿y quiere Vd. que saque una matrícula de 200 rs.?

—La que quiere la ley...

—Aunque así sea... yo no tengo la culpa, como

he dicho antes... pago lo que me piden... en caso quien la tendrá será el secretario del ayuntamiento.

—Vamos, vamos... todo eso es hablar en valde... ya me lo ha dicho Vd. cincuenta veces... tengo que sacar la matrícula de 200 rs. y pagar cuatro veces mas...

—¡*Mala ira de Dea*!

—No hay mas que un remedio... ¿Me comprende Vd...? Yo no quiero ser tirano... puedo hacer que le saquen á Vd. *ochocientos rs* de multa, mas los gastos del espediente que habrá que formar... Yo soy el único juez...

—Pues mire Vd., yo tambien me sé dar á la razon, aunque me gustan los intereses como á todo el mundo: por lo que resta del año seguiré con la matrícula que tengo; ahora pago cien reales, le daré á Vd. otros ciento y además unos manguitos.

—¡Qué manguitos, ni qué calabazas...! yo no necesito manguitos; no tengo mujer...

—Puede tener una novia...

—No me gustan mas que... ¡pues! pero lo que yo tengo es gana de servir á Vd... tráigame *una onza de oro* y...

—Señor, dijo por lo bajo á su amo Masalegre, ¿no oye Vd... este es el primer capítulo del *libro-cumbo*, que Vd. quiere para Cataluña.

—¡*Ira de Deu*! esclamó el manguero ¡una onza! no gano yo tanto al año con mi comercio...

—¡Cómo qué! ¿con que le quiero ahorrar á usted mas de mil reales, y ahora me sale con esos estremos...?

—Pero, señor Inspector...

—Está dicho, y... no me sofoque Vd. mas.

—Vamos, quedemos amigos: yo á la verdad soy muy aficionado al dinero, como que me cuesta mucho el ganarlo... con todo; Vd. sabe que no soy mas que un pobre menestral en resumidas cuentas... Doscientos reales le traigo á Vd., y haga lo que quiera de ellos... No me sacrifique Vd.

—¡Hombre...! yo no sacrifico á nadie... mi comision... en fin; basta que Vd., aunque mas pesado que un plomo, sea un hombre honrado y pacífico me doy por satisfecho... pero no crea usted... esto tendré que entregárselo á la Hacienda no mas llegar á Lérida... Atienda Vd... ¿quién sube...? ¡hola, *señor Pep*! tome Vd. asiento... Con que... ¡á Dios, amigo!

Mientras el manguitero bajaba la escalera, sentóse el señor *Pep*, y entre él y el inspector pasó el diálogo siguiente:

—Aquí me tiene Vd. á su órden, dijo el recien llegado.

—Ya sabe Vd. que está matriculado como fabricante de aguardiente por el tiempo de dos meses... En este pueblo se han hecho infinitas trapisondas...

—Ninguna que yo sepa...

—¡Hombre! eso se lo ha de decir Vd. á otro, *señor Pep*... Vd., v. g., ha pagado en el presente año *sesenta rs.* de contribucion industrial y de comercio como tal fabricante de aguardiente, debiendo satisfacer TREINTA Y CINCO DUROS...

—¡*Mala ira de Deu*! esclamó el señor Pep, levantándose asustado de su asiento.

—Señor, este es el segundo capítulo del *cambio libre*, dijo Masalegre en voz baja.

—Siéntese Vd., señor Pep... no hay que asustarse, que todo tiene remedio... la oficina sabe de

dijo que Vd. ha fabricado aguardiente la mayor parte del año, que vende este artículo lo mismo por arrobas y pipas, que por vasos y cuartillos, y esto no ha podido Vd. hacerlo sin haber satisfecho la matrícula correspondiente, que son los *treinta y cinco duros*.

—¡*Per Deu*! esclamó el señor Pep... ya me contentaria yo con ganar *treinta y cinco duros* en la especulacion del aguardiente...

—Pues eso es lo justo: Vd. no ha podido fabricar arriba de sesenta dias, y no solo por haber pasado de ese término se le pueden exijir los treinta y cinco duros, sino *cuatro veces mas*, ó sean *ciento cuarenta*; esto sin... pero, ¿parece que se pone usted pálido...? ya le he dicho que todo tiene remedio.

—¡*Ciento cuarenta duros*! ¡*Deu meu*! esclamó medio acongojado el señor Pep.

—¡Eh no, eso seria si yo quisiera... ¿lo oyé usted? *si yo quisiera*; pero... nada se le exijirá, como usted no deseé lo contrario.

—¿Y cómo he de querer yo que se me exijan?

—Bien; lo veremos... ya sabe Vd. que mañana es la votacion del diputado en Cervera... sé que tiene Vd. sufragio y es preciso que le emita por don Adeuto Martilla!

—No puede ser. Estoy comprometido por el contrario.

—¡Qué dice Vd.! ¡ir contra del gobierno...!

—Si yo no voy en favor ni en contra de nadie... sirvo á *D. Jaime*, á quien tengo que agradecer muchísimos favores.

—¡D. Jaime! ¡ese revolucionario furibundo que tiene á esta villa hecha un volcan!

—Señor... si es un hombre que no se mete con nadie.

—Oh! ¡oh...! ¿qué sabe Vd.? ¿qué sabe Vd.? Vd. es un *bonus vir* y le engañan como quieren... Con que vamos, es preciso que vote Vd. por el candidato del gobierno.

—¿Y cómo vuelvo mi palabra al cuerpo? eso no es para mí.

—Si eso no vale la pena... en política no hay palabras, ni compromisos, ni antecedentes, ni cosa que lo valga... además de que á Vd. le llevan como *burro de reata*... muéstrese Vd. una vez *independiente*.

—¿Pero qué digo yo á D. Jaime? ¿Cómo...

—Vamos; no sea Vd. niño, señor Pep... acabemos: emita Vd. su voto por Martillá, ó de lo contrario...

—Pero así...

—Déjese Vd. de peros... no hay mas remedio...

—No siento mas que el quedar mal con D. Jaime: ¿pero qué he de hacer...? aunque con harto dolor de mi corazon...

—Corriente, corriente, señor Pep... ahora es cuando se dá Vd. á la razon: ya va siendo un hombre de juicio... ¡digo! lo que es por la edad... siempre contará Vd. sesenta, ¿eh...? ¡Ah! se me olvidaba lo mejor. Es preciso que le ponga á Vd. la papeleta el amigo *Bordá*.

—Si sé yo escribir...

—No importa... Vd. déjeme á mí... es por su bien... ¿no vé Vd. que, si así no fuera, podian creer que habia votado en contra de Martillá. Y entonces... pues: quedamos en eso... ¿lo oye Vd.? Con que ¡á Dios, señor Pep...! seguir bien y mandar.

Un minuto despues el buen señor Pep el aguardentero marchaba triste y cabizbajo para su casa, y la patrona anunciaba al inspector una tercera víctima donde pudieran cebarse sus inmundas garras. Puesta aquella á la presencia del al parecer *escudriñador* de vidas ajenas.

—¡Hola! dijo este; he mandado llamar á Vd. porque tambien es uno de los muchos defraudadores de la Hacienda.

—¡Yo...! le han engañado á Vd., dijo el recien llegado.

—No, no; la Hacienda tiene cien ojos y cien oidos para vigilar sus intereses... poca cosa es la de usted; pero al cabo, debiendo pagar una matrícula de *sesenta* rs. solo lo hace Vd. de *diez y seis*.

—¡Sesenta reales!

—Si... Vd. además de hacer tamboriles, ¿no es *tamboritero y dulzainero* de profesion?

—¡Calle! tu si que quieres tocar unas *folías* á ese infeliz, dijo Masalegre.

—Yo no sé de nadie, que haciendo *tamboriles* no sea *tamboritero*, contestó el recien llegado.

—Sí; pero quiere decir que Vd. se ha matriculado como *tocador* de tamborilas para pagar *diez y seis* reales en vez de hacerlo como *constructor* de ellos y pagar *sesenta*.

—¡*Per Deu*! ¿dónde gano yo los *sesenta* reales, ya toque, ya haga tamboriles? dijo el pobre tamborilero.

—Esa no es cuenta para mí, hijo mio; hubieras aprendido mejor oficio,.. por de pronto, como defraudador de la Hacienda, puedo imponerte una multa de *doscientos cuarenta* reales, hacerte sacar la matrícula correspondiente, etc.; pero en fin... de mi cuenta corre el arreglar el negocio con la ofici-

ná, siempre que Vd. me traiga ocho duros...

—¡Ocho duros!... no valé tanto mi tienda del tamboriles... cargue Vd. con ella, item mas con los *ocho* hijos que tengo, primero que pensar si quiera en sacarme ocho duros, que jamás ví juntos en mi poder.

—Señor; este es el tercer capítulo del *cambio-suelto*, dijo Masalegre.

—¡Oh! ¡oh! esto no se puede aguantar, dijo D. Perrondo.

—A mí me tiene reventado, repuso Masalegre, levantándose con cuidado y acercándose á su amo... ¿quiere Vd. que salga y ahogue en un Jesus á ese bergante?

—No; veamos la conclusion.

—Pues señor; no hay remedio: ó los ocho duros, ó sino se le venden á Vd. hasta las estacas, dijo con entereza el inspector.

—*¡Mala re-ira de Deu!*... ¿y si no los tengo?

—Se buscan.

—¿Y quién me los dá?

—¡Yo! dijo una voz solemne, que hizo estremecer al inspector.

—¡Cie...los!... qui...en! murmuró este asombrado, levantándose instintivamente de su asiento.

—¡Yo! repitió D. Perrondo presentándose delante del inspector seguido de Masalegre.

A la vista de nuestros viajeros, de aquellas dos figuras atléticas é imponentes, el inspector, dando un grito terrible, quedó como petrificado: pálido cual la cera, las facciones desencajadas, los ojos hundidos, los cabellos erizados; mas que un ser viviente, parecia un cadáver, á quien la pila voltáica acabára de poner en pié por medio de un aparato sorprendente.

—¡Miserable! le dijo D. Perrondo con voz majestuosa y solemne, clavando en él su centelleante y altiva mirada... tentado estoy por tenerte compasion al ver tu terrible angustia... pero no la mereces... ¡sér indigno, mas bajo y despreciable que el reptil que arrastra su cuerpo por el suelo!... ¿qué mision es la tuya?... yo comprendo que hombres sin conciencia te hayan mandado en busca de votos que les niega la pública opinion; pero no lo habrán hecho para que estafes el pais, para que lleves el llanto y la desolacion á estos infelices artesanos, que se proporcionan un miserable sustento á costa de su sudor... ¿Tiemblas, hombre vil?... ahora veremos como te portas... Vd. váyase tranquilo á su casa, buen hombre, añadió dirigiéndose al tamboritero y alargándole una moneda que sacó de uno de sus bolsillos; tome Vd. esa media onza, no para que se la entregue Vd. á este perverso á fin de sostener infames vicios, sino para ayuda de mantener á los ocho hijos con que cuenta...

—¡Señor! esclamó el pobre tamboritero poniéndose de rodillas delante de D. Perrondo... ¿sois... un ángel?

—Alce Vd., buen hombre: no se postre mas que delante de Dios: obre bien y él le acompañará en todas partes... Decidme, ¿ireis á llamar ahora mismo al manguitero?

—Si señor, voy corriendo.

—¡Que venga al instante!... Adios... ¡adios!

—Yo os suplico, quien quiera que seais, que... me eviteis otro mal rato... dijo balbuciente el inspector.

—No; yo á mi vez os voy á decir poco mas ó menos lo que no há mucho digistéis al pobre tam-

boritero: ó devolveis al manguitero los doscientos reales que le habéis inhumanamente robado, ó de lo contrario os hago conducir á un presidio...

—¡Oh! ¡oh!

—Mando instruir una causa criminal... seremos testigos...

—¡Por Dios! murmuró el inspector... aquí están... lo que quiero es... que no se presente ante mi vista... Dádselos vos...

—No me contento con eso... es preciso que purgueis todas las culpas... afortunadamente hay papel y tintero sobre esta mesa.

—¿Qué quereis? preguntó aterrado el inspector.

—¿Me creis tan vil como vos? os tengo á mi disposicion, puedo perderos, cubriros de ignominia, pero no abusaré, no, ¡miserable! sentaos... Mientras el señor escribe, tú, Masalegre, haz que dispongan su caballería, porque va á marchar en este momento... ¡Silencio! Sin detencion teneis que emprender la marcha para Lérida y contad con que sereis vigilado.

Masalegre cogió el equipaje del inspector, bajándose al portal á poner en ejecucion la órden de su amo: éste, así que vió sentado al empleado y en disposicion de escribir,

—¿Cuál es el apellido, dijo, de D. Jaime el *revolucionario?*

—*Fornoll*, contestó el inspector.

—Ponga Vd.—«Sr. D. Jaime *Fornoll*.—Muy señor mio: habiendo llegado á mi noticia que corre por este pueblo la especie de que yo he intimidado al *señor Pep*, el aguardentero, á fin de que vote al candidato del gobierno en la eleccion que ha de celebrarse mañana en la ciudad de Cervera, creo de mi deber el dirigirme á Vd. para decirle, que

si bien como empleado de ese mismo gobierno está en mis atribuciones el aconsejar á los electores lo que me dicte mi conciencia, de ninguna manera puedo ni es mi ánimo torcer la voluntad de ninguno con amenazas ni sujestiones, sean de la clase que quieran. En su consecuencia puede usted asegurarle que es muy libre por mi parte para emitir mañana su sufragio por el candidato que mas sea de su agrado. Soy de Vd, afectísimo, etc.»

—¿Su gracia de Vd.?

—*Antolin Fustér.*

—Firmad y poned el sobre... corriente: está bien.

—Ya está todo dispuesto, dijo Masalegre, entrando en la habitacion... hace ya un buen rato que el manguitero aguarda en el portal.

—Que suba, hombre... Vos dejadme obrar... no soy tan cruel con los que se dán á la razon.

Puesto el manguitero á la presencia del inspector y de D. Perrondo, este le dijo:

—Amigo mio: el señor inspector, en una conferencia que ha tenido en este momento conmigo, se ha convencido de que no os corresponde pagar por vuestro oficio otra matrícula que la que habeis satisfecho, y en su consecuencia os llama para devolveros la cantidad que acabais de entregarla.

—Gracias, dijo el manguitero cogiendo lleno de gozo sus doscientos reales... ¡ya decia yo! si no podia ser menos...

—Bueno, bueno, repuso D. Perrondo; ahora que casualmente le he dispensado yo un favor, me va Vd á hacer á mí otro. Al regresar á su casa entregará Vd. esta carta á D. Jaime Fornoll... ¿le conoceis?

—¿Pues no he de conocer? Ahora mismo.

—Gracias, gracias... ¡Adios, amigo!

—El os guarde y os bendiga, dijo el manguitero.

—¡A caballo, señor inspector! dijo D. Perrondo.

—En este momento... sí señor... no sé que irresistible influencia ejerceis sobre mí que no os puedo contrariar... ¡oh! cuando me habeis afrentado, cuando me habeis escarnecido, pareciame que queria aborreceros y no podia... ahora ya quiero amaros... admiro vuestro corazon, que no puede menos de ser grande... Ya que voy á marchar... decidme quién sois...

—Lo sabreis antes de quince dias... Si me prometeis ser hombre honrado, ningun mal os sobrevendrá... corre de mi cuenta el que un espeso velo cubra las miserias de hoy... pero si veo que volveis á vuestras mañas...

—¡Oh! no, no... ¡os lo juro!

—Yo tomo acta de ese juramento, Sr. Fustér... ¡Adios!

Hizo el inspector una grandísima reverencia á D. Perrondo, y seguido de Masalegre bajó la escalera; montó acto contínuo en su caballo, y antes de dos minutos marchaba por la carretera de Lérida. Una hora despues de este suceso D. Perrondo y Masalegre se apeaban en uno de los paradores de la ciudad de Cervera, sentada en la pendiente y sobre lo alto de una colina, no lejos del riachuelo que lleva su nombre.

CAPITULO XIII.

OFICINA HOMINUM.

Existen en España desde que conocemos gobierno representativo unos cuantos centenares de edificios públicos que por no aparecer supersticiosos

no nos atrevemos á calificar de *santos*, aunque no admite duda que tienen mucha parte de *milagrosos*: ignoramos si en este caso es de más valor la palabra *milagroso* que la de *santo*; pero de cualquiera manera nos inclinamos á creer, mal que les pese á algunos teólogos timoratos, que dichos edificios tienen mas de lo primero que de lo último. Conócelos el *vulgo* (y cuidado que nosotros no confundimos esta palabra con la de *pueblo*) bajo el nombre de *Colegios electorales*, los cuales, por desgracia, no gozan del privilegio de la perpetuidad para serlo, porque hoy aparecen como tales y mañana no, segun que llenen ó no llenen las miras de los *manipulantes*, encargados, ya por merecerlo, ó ya porque la ciega fortuna les haya presentado su mechoncito de pelo para que la agarren, de dirigir la máquina gubernamental. Sujetos á los contínuos vaivenes de la moda política, que no ha dejado de ser tan variable como la de los *figurines*, sufren la ley de sus caprichos, y así es que mientras en una época dada se ven tristes y completamente desiertos, en otra ofrecen de vez en cuando el cuadro mas bullicioso y animado que presentarse puede á la imaginación mas ávida de gresca y de movimiento.

Verdaderos *laboratorios de hombres*, no son, con todo, esos colegios el *Officina hominum* de los primitivos tiempos de la era cristiana: no inundan, como la antigua *Escitia*, el centro y Occidente de la Europa de aquellos enjambres prodigiosos de *hunnos*, *alanos*, *suevos*, *vándalos*, *hérulos*, *esclavones*, que la Providencia parecia que mandaba unos tras otros á devastar la tierra y castigar así los crímenes y corrupcion de los romanos, opresores del mundo durante tantos siglos: con mas

propiedad pudiera aplicárseles, suprimiendo la importantísima partícula *ser*, el *habeo hominem* de la Sagrada Escritura, porque de su centro y de la noche á la mañana salen, no pocas veces por arte de encantamiento, y como éste no existe, mejor diríamos por el de *prestidigitacion*, los encargados de la mas importante mision que se puede encomendar en las modernas sociedades, y que si no aptos para desempeñarla, al menos aparecen lo que se llaman hechos todos unos *hombres*, en el sentido figurado que se da á esta palabra del *paralítico* de la piscina *Betsaida* ó *Probática*. Cuerpos opacos, convertidos repentinamente en luminosos al salir del crisol de la urna *misteriosa*, que siempre lo es, ya lleve el modesto nombre de *puchero*, ya el torpe y prosáico de *escriño*, ó ya el no menos manoseado, si bien mas retumbante, de *arca tabernaria*, son, sin embargo, *esos hombres* en su inmensa mayoría, aun cuando en su carrera de nueve ó diez años, lucen, brillan, ofuscan, reverberan, se esconden, aparecen de nuevo, vuelven á ocultarse y á reaparecer si cabe mas esplendorosos que antes, lo que no pueden menos de ser los que viven de prestado, que al menor contratiempo desaparecen para siempre, ó se presentan en toda su desnudez ante el engañado y estúpido vulgo, que hace cruel escarnio del ídolo en cuyas aras derramára minutos antes infinidad de perfumes y quemára incienso, mirra y otras agradablemente odoríferas sustancias.

Y no es que alguno de esos *hombres* no merezca esta ó otra suerte mejor; de todo podrá haber en la *viña del Señor*: pagan, si se quiere, injustamente su tributo á la inconstancia, que es inseparable de todo cuanto atañe á este pícaro mundo; pero

debe servirles de consuelo (que algunos, sin embargo, califican de tonto) el echar una mirada retrospectiva y embriagar su alma con el recuerdo de lo que fueron un tiempo; y si con esto no quedan satisfechos (que bien puede suceder), den un repaso á su conciencia, que ella les dará indudablemente lo que sea de dar y de suyo les pertenezca, porque de nada sirve el haber salido dichos *hombres* de la *Oficina hominum* de que hablamos, contra los remordimientos inseparables de aquel juez inexorable, colocado por el Supremo Hacedor en el alma de toda criatura para ser su consuelo, si obra bien, y su verdugo, si un punto se separa del camino de la justicia.

El resultado es que todos cuantos individuos produce ó saca á luz esta *oficina milagrosa*, cuando es mas por el corto número de obreros que en ella trabajan, salen hechos *hombres*, aun cuando no lo sean, en lo que bien podria compararseles tambien con la mitológica fábula del nacimiento de *Minerva*, que á los rudos y descomunales golpes del estropeado y felísimo *Vulcano* salió del divino cerebro del *Tonante*, hecha ya una mujer hermosa y armada nada menos que de punta en blanco, y que si luego ellos no saben ó no pueden conservar en su mayor parte tan honroso dictado, no es culpa del *sorprendente laboratorio* que se le proporcionó en la idea de que sabrian convenientemente guardarle, y ya por su torpeza, ya porque no salieron de un cerebro divino, sino humano y *bien humano por cierto*, ó ya por otras causas, que no son de mencionar aquí, bajan contra lo que era de esperar á la clase de *muchachos*, ó de ridículos, contrahechos y asquerosos *pigmeos*...

Por lo que habrá observado el lector en el an-

tecedente capítulo, era el dia siguiente al en que nuestros viajeros comieron en la bonita villa de *Tárrega* el designado para que el *maravilloso laboratorio* empezase á trabajar en la confeccion, no sabemos si de uno ó de muchos *hombres*, como ni tampoco (y esto sea dicho en honor de la verdad) si fué en *Cervera* ó en otra parte lo que mas adelante se relacionará, porque aunque sentemos que sucedió en aquella ciudad, tan querida de Felipe V, contamos con que se hará cargo el observador de que para consignar un hecho, en que hay necesidad de citar sitios ó lugares, no hemos de recurrir á una region trasatlántica, y menos cuando para el asunto tenemos tantos y tan á propósito en esta tierra bienaventurada. Mas volvamos á nuestro asunto.

Dos horas poco mas ó menos serian trascurridas desde que nuestros viajeros llegaron á Cervera, cuando en el gran portal de la posada á donde habian de á parar, se apeaba de un soberbio alazan un caballero, jóven de 30 años, alto y esbelto, de pronunciadas y marciales facciones, marcial apostura, ojos vivos y negros, espeso bigote y larga y negra perilla.

—¿Conque están aquí, amigo Juan? decia el caballero al dueño del parador, guapo mancebo de unos 32 años de edad.

—Sí, señor D. Jaime; por las señas que Vd. me dá...

—¿Y hace mucho que salieron?

—Mas de una hora; todo su conato no mas llegar fué ir á visitar la universidad, y en ella deben estar.

—¡Oh! la maravilla de Cervera, se conoce

que tienen buen gusto... Si supiera que habian de tardar...

—Cá! si no han salido con otro objeto!

—Pues señor, bueno; las aguardaremos aquí.

—¿Y qué tal D. Jaime? ¿quedaremos esta vez como otras?

—Si los de Cervera se halláran tan animados como nosotros...

—No lo espere Vd.: aquí hay mucha cobardía: por un lado tenemos una autoridad que sabrá hacer de las suyas; por otro la gente rica, los hombres que se llaman independientes, esos que debian ser los mas valientes, no hacen otra cosa que pastelear, y con tal conducta, ¿qué queda para los tímidos, aun cuando tengan buenas ideas?... ¡Si yo tuviera voto! ¿pero cómo es posible con una contribucion cual la que se requiere? ¡ah! ¡ese es el pago que le han dado á uno! ¡siete años que, como usted sabe, empuñé la carabina de sargento! en fin toda la guerra civil... ¡pobres militares que al mágico nombre de *libertad* marchábamos al combate mas animados que si fuéramos á un espléndido festin! Si es que aquella existe, la conquistamos para otros con nuestra sangre en los campos de batalla...

—Pobre Juan! en parte tienes muchísima razon.

—En parte, señor D. Jaime? en todo; ¿qué somos nosotros en la actualidad? No tenemos derecho á nombrar los representantes de la Nacion, ni somos electores ni elegibles por la ley de Ayuntamientos... sin duda nos dan por burla el título de *ciudadanos*, porque no lo somos mas que para *contribuir*... ¡oh! ¡si ahora habia de ser!... Tres cruces de San Fernando adornaban mi pecho, ga-

nadas en el campo de honor.... arrinconadas están... ¿qué pueden representar hoy? ¿de qué me sirven? ¡ah! y doy gracias á Dios que vine sano y salvo á mi casa, que no es poco, porque así puedo ganar honradamente el sustento con el sudor de mi frente.

—¡Pobre Juan! digo que tienes razon en parte, porque no hay que desconfiar de la causa de la libertad, por la que tantos sacrificios hicieron el pueblo y el ejército, á que pertenecimos desde el año de 34 hasta el 40. Si hoy no tenemos esa libertad porque combatimos; si hoy impúdicos farsantes la han vestido la túnica de la esclavitud, adornada con relumbrantes oropeles, nada importa... nuestros esfuerzos no pueden ser perdidos... vendrá otro tiempo mas favorable...

—¿Y cuándo viene ese?... ¿cómo?

—Ya vendrá: la vida de las naciones es muy larga y no lleva la misma marcha que la de los individuos: sus males, igualmente que sus bienes, son de mas duracion, y por lo tanto es una locura el desesperar de la curacion de aquellos.

—Si yo no desespero, señor D. Jaime... ¿sabe usted lo que me tiene mas desanimado? el ver que los hombres que deberian dar la cara sin temor de nadie, son los que todo lo echan á perder... no tienen mas que miedo, pobreza de alma...

—¿Crees por ventura que, porque sean ricos, han de ser fuertes, magnánimos y desinteresados? la independencia y el valor, y todas las demas virtudes que de tan bellas cualidades emanan, no residen en los bienes de fortuna: están en la elevacion del alma y en la nobleza del corazon... Y vamos, que me dices de Soler?.. ¿qué ha trabajado de nuevo... ¿no es así?

—Es el único en el pueblo: sino fuera por él, no habia que contar aquí con espíritu público; nunca le he visto mas animado á pesar de las amenazas del juez, promotor fiscal, visitadores, comisarios de montes y de policía, que todo lo llevan de calle... ¡oh! ¡está furioso! ¿sabe Vd. que le han negado la licencia para caza y hasta el uso de las armas? ¡Y eso que fué capitan!

—En el mismo regimiento que yo... él mandaba una compañía de cazadores, yo de granaderos, y en un dia nos llegó la licencia absoluta, privándonos hasta del uso de uniforme.

—¡Buen pago...! ¡Hola...! allí vienen nuestros hombres.

—¿Son esos caballeros que se acercan á tan grave paso...?

—¡Pues qué! ¿no les conoceis?

—Nunca les ví hasta ahora... ¡arrogantes figuras!

Indudablemente que sin esfuerzo alguno habrá comprendido el lector, que el caballero recien llegado no era otro que *Don Jaime Fornoll*, calificado de *furibundo revolucionario* por el insigne inspector ó visitador de la industria, y los dos sujetos que se acercaban á la posada D. Perrondo y Masalegre.

Despues de saludar estos cortesmente al apuesto mancebo,

—¡Cuánto siento que se haya Vd. incomodado tan pronto! le dijo D. Perrondo... yo no hubiera salido de aquí...

—Nada de eso, amigo mio, dijo D. Jaime: yo de todas maneras tenia ánimo de haber venido á dormir á esta ciudad.

—¿A cojer el sitio con anticipacion?

—Pues; cabalmente... despues de leida la con-

sabida carta, llegó el dueño del parador con el recado de Vd... yo ya tenia algunas noticias... iba á montar á caballo, pero quise verme antes con el buen *Pep*, á quien no encontré en casa...

—¿Y qué tal? ¿quedó conforme el señor Pep?

—¡Oh! sí... no puede Vd. figurarse la alegría que recibió con semejante documento, debido á la honradez y patriotismo...

—¡Oh! no, no... cualquiera hubiera hecho lo mismo en tal caso... ¡pobre hombre! ¡qué mal rato llevó...! ¡y cómo le quiere á Vd.! Pero... ¿es cosa de estarnos aquí en el portal? subamos, y nuestro patron se servirá darnos de refrescar.

—Vamos... ¿y qué tal la universidad? dijo don Jaime siguiendo á D. Perrondo; ¿qué les ha parecido á Vds ?

—¡Oh! es un edificio suntuosísimo; me persuado que es el único de España, en su clase, contestó don Perrondo.

—Es magnífico sobremanera, añadió Masalegre, y tiene trazas de ser muy moderno.

—Como que solo cuenta poco mas de un siglo, dijo D. Perrondo: construyóse de nueva planta y á todo coste durante el reinado de Felipe V, que quiso pagar á Cervera la gran fidelidad que hácia su causa y en contra de la dinastía austriaca mostrára, erijiendo esta universidad, y para darla mayor esplendor mandó al propio tiempo cerrar todas las que habia en Cataluña, inclusa la de Barcelona.

—¿Y han visto Vds. la casa de ayuntamiento? tambien es otro edificio todo de piedra y sumamente magnífico, dijo D. Jaime.

—Sí: hemos pasado por delante de él, dijo don Perrondo.

—Allí será mañana la jarana... ¿eh? dijo Masalegre; yo quisiera verla.

—¿No sabes que en los colegios electorales no se permite la entrada mas que á los electores? dijo don Perrondo.

—Sé más que lo sé, y como fuese libre para estos, no estábamos tan mal, dijo Masalegre; pero si yo quiero ir, ¿quién me espulsará de allí? ¿quién me conoce entre tanta gente? ¿no podré pasar por un elector de Tárrega ó de otro punto?

—Poco podrás ver en caso, dijo D. Perrondo, porque á las diez ó las once proseguiremos nuestro viaje...

—Ya está aquí el refresco, dijo el posadero entrando en la habitacion y depositando sobre la mesa tres grandes vasos de limon... El señor Soler me ha dicho que viene al instante, añadió dirigiéndose á D. Jaime... Voy á servir á ustedes una luz...

—¡Qué guapo debe ser este mozo! dijo D. Perrondo así que vió fuera de la habitacion al posadero.

—¡Oh! vale un *Perú*, dijo D. Jaime: fué sargento primero del ejército durante la guerra civil.

—A mí me ha llenado el ojo su fisonomía.

—Precisamente cuando Vds. llegaron estábamos hablando de la suerte que nos ha cabido á algunos militares, dijo D. Jaime.

—¿Ha sido Vd. militar? le preguntó D. Perrondo.

—Sí; serví durante la campaña, y hace cuatro años me mandaron la licencia absoluta siendo capitan de infantería.

—¿Sin Vd. pedirla? dijo Masalegre.

—Por supuesto: y me hicieron, sin saberlo tambien, muchísimo favor, porque no mas recibirla me retiré al pueblo y allí casé con una mujer que me hace feliz... nada necesitamos, gracias á Dios; de nadie dependemos, y por consecuencia estoy mas contento en mi nuevo estado que en el ejército.

—¡Qué cosas! ¡esclamó D. Perrondo!... Amigo mio, ahora me alegro doblemente de conocer á usted, para asegurarle que puede contar en todo tiempo con mis servicios y mi afecto.

—Y Vd. no necesitaba de asegurármelo para merecer el mio, dijo D. Jaime... su conducta de esta mañana...

—¡Oh! ¡eh! eso no vale nada.

—¿Qué no vale nada? ¿no vale nada lo que hicisteis con el manguitero? ¿nada vuestro sublime proceder con el pobre tamboritero...?

—¡Ah! apropósito, amigo mio: supuesto que sabeis lo que con el inspector hice, necesito advertiros que le empeñé mi palabra de que un espeso velo cubriria...

—¡Noble corazon! Estais comprendido, amigo mio, dijo D. Jaime... ¡grande y generoso como buen liberal...! descuidad pero, ¿quién sube...? ¡Oh que es Soler..! ¡que guapa alhaja!

—¡Tanto bueno por aquí! esclamó el recien llegado alargando su mano á D. Jaime... ¡quieto! añadió al ver que este se levantaba para acercarle un asiento... aquí tengo una silla... ya estoy colocado... ¿Con qué tú tan bueno? ¿Y madama?

—Como siempre.

—El nene tan guapo, ¿eh?...

—Saludo á Vds., caballeros...

—Somos muy servidores de Vd., dijo D. Perrondo.

—¿Son tambien electores los señores? preguntó Soler.

—Bien quisiéramos serlo para ayudar á Vds. mañana, dijo Masalegre.

—Con todo, aun cuando no son electores, dijo don Jaime, ten entendido que hoy han trabajado á favor nuestro... Y vamos ¿cómo se presenta el negocio?

—Chico; ya sabes que yo no me hago ilusiones... creo que estamos *mal*, y sino tenemos participacion en la mesa, se acabó... no hay mas que retirarnos. Esta es una lucha de pigmeos contra jigantes, y á pesar de ser nosotros los enanos, todavía nos hacen salir al gran circo completamente inermes, mientras nuestros contrarios aparecen armados de punta en blanco y vestidos de cota de malla, que les hace invulnerables...

—Pues entonces solo falta que les aten á ustedes las manos para que los contrarios consigan mas fácilmente la victoria, dijo Masalegre. Veo, que aquí está peor el negocio que segun le pintaba no ha mucho tiempo un diputado por Palencia (1) que decia, que como tenemos tres empleados por cada elector, uno coje á este de las narices, otro de la oreja izquierda y otro de la derecha, y así le llevan á votar *libremente*.

—Así es, amigo mio, dijo Solér, y vamos, añadió dirijiéndose á D. Jaime; ¿has escrito á tu arrendatario Martí?

—Ese seguro está, dijo D. Jaime.

—Es que sé que le han intimidado atrozmente: tambien conviene que hables á Malaguer, pues

(1) El diputado Orense, marqués de Albaida.

ya sabes que por su relacion con el juez siempre fué malo... ¿no es pariente de tu mujer?

—Sí; acaba de casarse con una prima suya, y me han asegurado que no desea mas que darme gusto...

—Es que yo opino que hay necesidad de trabajar esta noche... ellos andan como demonios...

—Sí, señor D. Jaime, no se detenga Vd. por nosotros, dijo D. Perrondo.

—Pero, hombre, ¿no seria igual mañana de madrugada?

—No, no; eso no admite dilacion, repuso don Perrondo: vayan Vds. á su negocio que aquí le aguardamos para cenar.

—¡Hombre! ¡y han de llevar Vds. un mal rato por mi!

—Nada de eso, querido; no le llevaríamos bueno, sino cenásemos en compañía de Vd...

—Gracias, amigos, dijo D. Jaime levantándose... cuando gustes, Solér... Con que, hasta luego.

Los dos amigos y antiguos compañeros de armas salieron acto contínuo de la posada acompañados de su escelente dueño, y al cabo de dos horas volvieron tan satisfechos que mas no podia ser en vista de que varios electores, en mayor número del que creian, les habian dado palabra redonda de votar á su candidato. Por ser ya mas de las diez, despidióse Solér de nuestros viajeros y de Fornoll, hasta el siguiente dia, señalado para que el *consabido laboratorio* trabajase en la confeccion del *hombre*, que tenia que ir á la córte á defender los intereses de *sus comitentes... ó los suyos propios.*

CAPITULO XIV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Amaneció aquel claro y sereno: D. Jaime, así que se desayunó, citando á sus nuevos amigos para el colegio, lanzóse á la calle en busca de Solér, y juntos empezaron á correr las casas y mesones de Cervera y sus plazas, que se iban cuajando de gentes de la poblacion y aldeas y villas inmediatas.

El relój de la parroquial de la Asuncion dió las ocho de la mañana: en el acto se dejó sentir por todos los ángulos de la plazuela la esclamacion de *¡ya viene! ¡ya viene!* Efectivamente; seguido de seis guardias civiles de infantería marchaba hácia el colegio electoral con gran prosopopea un hombre, como de unos 50 años, estraordinariamente obeso, pelo cano, nariz descomunal, ojos parduzcos y saltones y cara abultada, granujienta y coloradota: era el presidente, á quien sus crueles enemigos, sin duda por efecto de sus cualidades físicas y tal vez de algunas morales, habian puesto hacía ya algunos años el tremebundo apodo de la *loba de Cervera*. Colocó esta los civiles á la puerta del local, y despues de cambiar cuatro palabras con ellos se dirigió hácia la escalinata y en su pos, cual las aguas de un estanque contenidas por el porton, que se hace desaparecer en un segundo, se precipitó la bulliciosa muchedumbre con inclusion de nuestros dos viajeros.

D. Perrondo se puso á examinar la parte interior del edificio que encontró abierta, mientras que Masalegre fué á colocarse, no sin algun recelo de que aun de allí le echaran por profano, junto á la puerta del salon. En medio del mas religioso silencio leyó el presidente con voz estentórea y

bastante mal el decreto de convocatòria del colegio y varios artículos de la ley: inmediatamente que concluyó el 42 de la misma, relativo á la constitucion de la mesa interina, dijo con mucha formalidad:

—En virtud del artículo que acabo de leer, *nombro* por asociados como mas jóvenes á *D. Crispin Rocafort* y *D. Babil Farfant*, y como mas ancianos á *D. Beremundo de Estañolst* y *D. Pancracio Panatellet.*

—Pido la palabra, dijo con energía Fornoll.

—No he concluido, dijo con sorna el presidente.

—Ni hay necesidad de que Vd. concluya, repuso el ex-capitan, porque veo lleva Vd. muy mal camino: lo que dice el artículo que acaba de leer, es que se le asocien les *dos mas jóvenes* y *los dos mas ancianos*: veamos quiénes son: segun esta partida de bautismo, en debida forma legalizada, el mas jóven de todos los presentes es *D. Jaime Agramunt*, vecino de Tárrega, que apenas ha cumplido los 25 años.

—Esa partida no la tengo yo por *fehaciente*, dijo un hombre chiquitin, de adamada cara y afectados modales.

—Ni yo, añadió muy sério el presidente.

—No está sacada con *citacion contraria*, repuso el chiquitin.

—¿Qué es eso de *citacion contraria*?... ¿quién es aquí la *parte contraria*?... dijo Fornoll.

—*Todo el colegio electoral*, contestó el chiquitin.

—Pues qué... ¿es esta eleccion *un pleito*? repuso Fornoll.

—¿Quién duda que viene á ser un pleito? dijo con énfasis el hombre chiquitin.

—Se conoce, señor mio, dijo con sorna Soler, que es Vd. amigo de pleitos...

—Como el presidente, que es procurador causídico...

—¡Silencio! gritó el presidente dirigiéndose á Fornoll y los suyos... La ley dice que en caso de duda decida yo...

—Aquí no hay duda, dijo el jóven Agramunt que estaba junto á sus amigos Fornell y Soler... si no sirve la fé de bautismo, véanse las listas: en ellas aparezco con 25 años.

—Tampoco valen nada las listas: ¿no sabemos cómo las forman los secretarios de ayuntamientos? Yo aparezco en ellas con 40 años y ya tengo 51...

—Consiste en que tiene Vd. una cara muy *señorita*...

—¡Insolente!... Despues me entenderé con usted... Por ahora... vamos; está dicho: suban los nombrados.

—¡Alto! gritó Fornoll.

—¡Alto! ¡alto! gritaron los de su partido.

—¡Silencio, señores! Yo repito que tengo duda...

—¿Y por qué regla conoce Vd. que es más jóven ese *D. Crispin* que D. Jaime Agramunt? preguntó uno de los jóvenes.

—*Por la fisonomía*...

—¿Es Vd. albéitar?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Silencio! ¡yo me entenderé con el que sea insolente!

—¡Nadie es aquí más insolente que Vd.! dijo Soler.

—¡Señor Soler!... le formaré á Vd. una causa...

—¡A todos! ¡á todos! dijeron cien voces á la vez.

—¿Con que lo quieren Vds. llevar á la fuerza? dijo con calma aparente el presidente.

—¿Cuándo dejarán de ser *revoltosos*, dijo el chiquitin.

—¡Miserable! gritó Soler con atronadora voz.

—¡Por Dios, señores! esclamó el presidente estendiendo sus brazos y sudando por cada pelo una gota... ¡Orden! ¡órden! gritó lleno de miedo al ver los ademanes amenazadores de sus contrarios.

—Esto no es para mí, dijo uno de los electores del partido del presidente... yo me voy...

—Y yo, dijo otro.

—Y yo tambien, añadió un tercero.

—¿A dónde van Vds.? dijo el presidente.

—¡Dejarles que se vayan! ¿á Vd. qué le importa?

—¡Señor presidente! dijo uno de los electores de su partido, que tenia todas las trazas de clérigo y un vientre mas abultado que una mujer embarazada de ocho meses y tres hijos... ¡qué suba Agramunt!... Que importa... ¿No ha de observar Vd. legalidad? No veo inconveniente en que suba...

—¿Con que he de sucumbir á la fuerza?

—Aquí no hay fuerza, ni nosotros queremos nada que sea de limosna, y menos de Vds., dijo Soler.

—En fin; no quiero hacer llorar á mas de cuatro, dijo con reconcentrada ira el presidente... ¡que suba Agramunt! Y mas pronto que concluyera de pronunciar este apellido, ya estaba el que le llevaba junto á su derecha, al ver lo cual Fernoll y sus amigos prorumpieron en una salva de aplausos, que resonó imponente por todos los ángulos del edificio.

Mientras muy ufanos y satisfechos los del partido de Fornoll y de Soler, y mas cabizbajos y pensativos los del contrario, empezaron á emitir sus sufragios para la mesa definitiva, Masalegre, que todavía seguia recostado junto al dintel de la puerta del salon, sintió un golpecito en el hombro, y volviendo la vista se encontró con su excelente patron.

—¡Hola, amiguito! esclamó éste... parece que estamos divertidos, viendo la zambra... ¿eh?

—Sí señor; amigo, valen un mundo Fornoll y Soler.

—¡Oh! y muchos de los nuestros, dijo el patron, en particular de los pueblos... pero los suyos no valen tres cuartos... todos son unos collones cuando ven que hay un poco de peligro... en fin, si se presentan es á defender su turron.

—Pues qué... ¿son todos empleados? preguntó Masalegre.

—Los manipulantes, sí; los demás son unos garnápiros.

—Oiga Vd., patron: ¿quién es ese chiquitin con sus afectadas maneras, que ha chillado mas que catorce?

—Es el promotor fiscal, que ha sido carlista, progresista, moderado, vuelta otra vez progresista, moderado...

—¡Jesus qué hombre! esclamó Masalegre... pues siento que no le diera el Sr. Soler un buen puntapié, que le hubiera hecho bailar el *pelao*. Y dígame Vd.: ¿quién es aquel señor gordo, con mas ventre que una vaca gallega, que tiene además todas las trazas de un *mosen*?

—Es un beneficiado de la Asuncion, fanático

carlista que á pesar de serlo, trabaja por Martillá.

—¿Y el que está junto á la baranda?

—Es el administrador de rentas, y el jóven que se halla junto á él es el *D. Crispin*, que querian poner de mesa en vez de nuestro *Agramunt*.

—Y aquel *patizambo*, descolorido, que tambien metia su baza con una voz desagradable y chillona, ¿quién es?

—Es, como el presidente, un procurador causídico, y el otro hombre viejecito y mal encarado, que está junto á él, es un bribon de un escribano beato y mas malo que la peste.

—Muchos conozco yo de su oficio que no son buenos. ¿Y cómo se llama el candidato de nuestro partido?

—*D. Abdon Carreras*: es un jóven de alma y de corazon.

—¡Escelentes cualidades para ser diputado! no quiero ninguno en quien no estén reunidas, dijo Masalegre.

Ya en este tiempo habian votado casi todos los que estaban dentro del salon, y el sitio que presentaba mas animacion era la gran antesala donde se hallaban Masalegre y el posadero. Separáronse uno y otro de la puerta y se acercaron á un gran corro, donde un amigo de Fornoll, secundado de otros de su génio y edad decia á uno de los presentes:

—Oye, tú, toma esta papeleta.

—Ya te he dicho que estoy comprometido.

—Y, tú, ¿me has de dejar tambien feo?

—Yo voto á Martillá, porque Carreras no tiene simpatías.

—Eso dicen todos los traidores.

—¡Yo no soy traidor!

—Tiene razon el mozo... ¿no sabeis que hasta carece del sentido comun necesario para serlo?

—Pues yo voto á Martillá, dijo otro ciudadano que tenia todas las trazas de apático y bonachon, porque quiere los caminos de hierro.

—Sí; es aficionado á la *velocidad*, dijo uno de los jóvenes, porque segun se susurra ha hecho *al vapor* su fortuna colosal... pero no digas que le votas por eso; di mas bien qué te le hace votar la *Sabina*.

—La *Sabina* no manda en casa.

—No, que manda el *cura gordo*. ¿No es así *Sabino*?

—¡Vaya usté al infierno!... Yo no soy *Sabino*... ¿lo oye Vd.?

—¡Calla, chico! ¿á que te pide una satisfaccion?...

—No: este no quiere batirse á no ser con el *mosen*.

—¡Hombre! si el mosen no puede batirse... ¿no ves que incurriría en *irregularidad* y ya no podria obtener la *capellanía* que parece le ha ofrecido Martillá.

—La culpa tiene quien habla con hombres tan insolentes, dijo sumamente amostazado el hombre apático, y saliéndose del corro, se dirigió al salon con objeto de guarecerse sin duda de las picantes palabras de sus traviesos contrincantes.

—¿Quién es ese hombre? dijo Masalegre á su patron.

—Ese es, segun malas lenguas, el *compadre* del...

—No digais mas... ¿y es rico?

—Está muy bien.

—Es decir que, aunque no hombre pobre, es por lo visto un *pobre hombre*... sí; tiene todas las trazas de eso... ¡infeliz! nació bajo la influencia de un mal signo del *zodiaco*; pero no le tengo lástima, porque vota contra nuestras ideas.

—¡Calla!... Tambien viene allí el *licenciado Santigo*, dijo á la sazon uno de los jóvenes.

—¿Quién? *¿el ahogadillo de tu lugar?* preguntó otro.

—¡Por Dios! no le llames *ahogadillo*, repuso el primero... ¿no ves que *gordinflon* está?

—En efecto; este condenado se mantiene á *pedimentos*.

—¡Oiga Vd...! señor... pedimentista.

—*¿Dice Vd. eso por mí?* dijo entre mohino y avergonzado el conocido por *licenciado Santigo*, hombre de unos cuarenta, gran peluca y cara de cocinero flamenco.

—¿No *fabrica* Vd. pedimentos?

—Yo, repuso aquel alterado, *ejerzo la noble profesion*...

—¡Que se sofoca Vd., hombre!

—¡Por Dios, señor *licenciado*!

—¡Tanto como Vd...!

—Convenidos... no hay que alterarse por eso... si al cabo hemos de quedar amigos y ha de votar usted con nosotros... Pero diga Vd., si la profesion que ejercemos es *noble*, ¿se servirá decirnos cuáles son las *innobles*?

—¿Tiene Vd. gana de insultar?... ¡vaya Vd. al infierno!

—¡Por Dios, señor *Santigo*!

—Señor, hijo de una grandísima... ¡Yo no soy *Santigo*! contestó medio ahogado el licenciado.

—¡Que se vuelve ahogar!

—¡Que peligra la *lumbrera de la noble profesion!*

—¡Uf! ¡uf! galop... murmuró el licenciado marchándose para el salon con mas furia que la que acomete al toro cuando le han puesto una docena de rehiletes, furia que los traviesos jóvenes celebraban mientras tanto con una tremenda carcajada.

—¿No sabeis, dijo el jóven que diera á conocer al leguleyo, por qué llaman á mi paisano el licenciado *Santigo?*

—¡Toma! porque se llamará Santiago.

—¡Oh!... si se llama *Cornelio*... ¡oh! es el lance mas gracioso que podeis imaginaros... Pues señor, acudió á él, á los 3 ó 4 años de haberse recibido, un *Santiago de Argot* para que le estendiera un pedimento de despojo contra *Juan Valentest*, que le habia usurpado un pedazo de terreno: nuestro *licenciado*, segun cuenta la crónica, sin duda por ser el primer pedimento que de aquel género salia de su cabeza, tardó medio dia en redactarle; pero al cabo salió, sino elocuente, arrebatador y razonado, al menos conciso, sencillo y brevísimo en estremo.

—Vamos, vamos: á ver como era el pedimento.

—No quiero teneros mas tiempo con esa impaciencia; decia así:

«*Santigo* de Argot, *vecino de esta vecindad* sobre el despojo de una tierra, de que Juan Valentest le *ha despojado* violentamente

A V. pido y suplico me haga justicia.»

—¡Já! ¡já! ¡já!

—¿Le quereis mas breve? ¿No se lee eso con mejor gusto que los *indigestos* escritos de las celebridades *foráneas*, mas largos que una cuaresma y mas costosos que la conquista de América?

—En efecto, dijo otro jóven... *nihil est brevitate dulcilius.*

—¡Silencio, señores! esclamó el jóven que tan mal rato diera al cuitado marido de la Sabina... ¿qué *patulea* es la que se acerca ahora capitaneada por aquellos dos *mosenes*? ¡qué gente mas fea!.. ya apostaba yo que ninguno era nuestro.

—Acerquémonos un poquito, dijo otro... ¡*chit*! ¡hola, amiguito! añadió, dirigiéndose á uno de los que acababan de entrar, que tenia los ojos muy colorados y llerones, y sobre su cabeza un sombrero de cinco pisos... Viene Vd. con el curita de su lugar, ¿éh? ¿no echará Vd. esta papeleta en la urna?

—No, que ya tengo la mia.

—¿Y por qué la habeis cogido?

—Porque le ha dado la gana, dijo otro de los recien llegados... ¡Mire Vd. que es buena pregunta!

—¡Calle Vd... tio *Lechuzo*! ¿Quién le ha dado vela para este entierro?

—Es que le habrán convidado á comer á cuenta de *Martilla*.

—Tenemos nosotros con qué pagar...

—No importa; os quieren remunerar el voto; pero, comed con cuidado... mirad que solo os tienen preparada una *chanfainilla*, y os va á entrar una *diarrea* espantosa.

—¡Insolentes!

—¡Cómo qué, tio *Sombrero*! ¿A qué le hacemos una rebaja?

—¡Que voy á dar parte al presidente!

—¡Valiente pedazo de atun!

—¡Señor presidente! esclamó acercándose á la

puerta el pobre diablo del enorme sombrero.... ¡que aquí le insultan á Vd.!

—¡Diga Vd. que no, señor presidente...! él es el que le ha puesto á Vd. un *mote*.

—¡Yo! ¡alabado sea...!

—¡Silencio, gritó el presidente desde su silla.

—¡Qué desvergüenza! esclamó retirándose de la puerta el hombre del sombreron... ¡Bien dicen, que no quieren la religion!...

—Si vuestro candidato no ha oido misa en *cinco* años.

—Ni se ha confesado en *diez*.

—Si en *Valencia* hay todavía muchos moros, y creo que Martillá es uno de tantos, añadió un tercero.

—¡Jesús! esclamó retirándose el de los ojos colorados.

—¡Adios, tio *galero*! ¡cuidado con la *chanfainilla*!

—Diga Vd., señor... Vd. me parece muy formal, dijo á Masalegre un individuo ya anciano, de noble y simpática fisonomía, ¿será verdad todo lo que han dicho esos jóvenes de *Martillá*?

—Gracias, amigo, por el buen concepto que le merezco, dijo Masalegre; yo no tengo voto, porque, como Vd. puede conocer en mi acento, no soy catalan, y por lo tanto voy á decir á Vd. la verdad. No tenga Vd. duda acerca de lo que han dicho esos muchachos de *Martillá*. Yo he estado en el reino de Valencia: moros creo que no haya ya; pero *judíos* sí hay bastantes, y sobre todo en la capital.

—¿De veras?

—Sí, y sé que *Martillá* es uno de tantos... ya vé usted que un *judío* es cien veces peor que un *mo-*

ro.... Por lo tanto Vd., como *buen cristiano*, debe votar por D. Abdon Carreras.

—¡Pues no faltaba mas! ¡si me ha hecho venir la mujer por consejo del cura, que dicen que estos no quieren la religion!

—¡Bah! es una mentira: Vd. debe votar á Carreras. Aguarde Vd. un poco, dijo Masalegre, y acercándose á la puerta del salon, hizo señas á D. Jaime para que saliese; y así que estuvo fuera; le endosó el pobre lugareño, que al momento fué á depositar en la urna la papeleta que aquel le diera, quedándose así frustados los planes del *mosen* de su pueblo.

—Pere hombre, dijo acercándose á la sazon D. Perrondo; ¿hasta cuándo piensas estar aquí? Ya son mas de las diez...

—Sí, dijo D. Jaime: ya podemos abandonar esto á nuestros amigos... Oye, Juan; corre á disponer el almuerzo para los cuatro... voy á llamar á Solér y á encargar á estos *calaveras* que no desierten de aquí hasta que volvamos nosotros.

Hizo Fornoll inmediatamente lo que acabamos de decir, y acto contínuo salieron del colegio los dos intrépidos ex-capitanes y nuestros viajeros, con direccion á la posada del antiguo sargento, donde este les sirvió en persona un escelente almuerzo, y concluido que fué, se despidieron todos, deseándose recíprocamente miles de felicidades.

Unos minutos despues, y cuando aun no eran las doce del dia, los dos ex-capitanes se hallaban de vuelta en el colegio á continuar sus faenas electorales, y nuestros viajeros marchaban alegres y contentos por la carretera de Barcelona.

CAPITULO IV.

PROPIEDAD Y TRABAJO.

—Pues, señor, decia Masalegre á D. Perrondo, no hay duda de que son unos escelentes muchachos los dos ex-capitanes... no digo nada de los jóvenes *calaveras* que los ayudaban... ¡Oh! mas traviesos y mas decidores no los he visto en mi vida; pero ya aseguro yo que tienen tan buenos sentimientos como ellos.

—No hay que dudarlo; es muy propio de los jóvenes el entusiasmo noble y desinteresado.

—Sí; la mayor parte de los hombres, segun van andando en edad se hacen mas egoistas: antes de decidirse á ejecutar cualquiera accion, la sujetan á un mezquino cálculo.

Ese es el que todo lo echa á perder: hoy votarán con Fornell mas de cuatro electores, no porque les haya hecho algunos favores, sino porque esperen que les ha de dispensar otros, y si no puede hacerlo, tal vez le abandonen en otra eleccion: con todo, si no quedan servidos, no será por falta de diligencias de parte de ellos: creen no pocos que porque votan al candidato de un partido, tienen derecho á molestar á sus jefes hasta para las cosas mas insignificantes y que nada se rozan con la política; no parece sino que se les figura que, con emitiendo un voto por insinuacion ó consejo de los encargados de dirigir la opinion, tienen ya á su disposicion unos cuantos *agentes de negocios* para que les proporcionen una criada, mediante á que se les marchó la que les servia; para que les mande á su aldea un cirujano que les saque de valde una muela sarnosa, por carecer de los instrumentos necesarios al efecto el romancista que

les asiste; ó lo que es peor, para que les defiendan á capa y espada en una trapisonda en que, tan audaz como impúdicamente, se metieron... Yo no digo que no se les sirva, particularmente si se ven atropellados por causa de sus opiniones; pero no me gustan las exigencias exageradas y hasta ridículas de algunos electores, que lo que hacen es llevar con su conducta el fastidio, el desaliento, y no pocas veces el indiferentismo á los corazones mas nobles y entusiastas.

—¿Y cómo remedia Vd. ese mal?

—Mientras el sufragio esté tan reducido como ahora, es muy difícil, es de todo punto imposible. Como son tan pocos los electores, y se ven tan regados, se hacen valer, sobre todo, en los dias antes y despues de las elecciones.

—¡Calle Vd...! ¿No observa Vd. lo que hacen aquellos chiquillos? dijo Masalegre interrumpiendo á su amo... están recogiendo los excrementos que las bestias de los traginantes dejan en la carretera.

—¿No lo has observado hasta ahora? Pues yo ya lo advertí al entrar en *Mollerusa*... Ahí verás lo que es el catalan: aquí todo se aprovecha para beneficiar la tierra y hacerla mas productiva; el agua para regar los llanos, y toda clase de estiércoles para llevar calor á las laderas y vericuetos: no es pues estraño que hasta los peñascos mas duros é inaccesibles paguen su tributo al habitante de este suelo, en general ingrato, mientras que en Castilla están sin producir grandes comarcas, que aquí harian la felicidad de muchas familias.

—¿Y en qué consiste eso?

—Consiste principalmente en que aquí se halla mas subdividida la propiedad: donde quiera que

esta se encuentre en pocas manos, allí la agricultura no puede menos de arrastrarse lánguida y decadente, como sucede en la mayor parte de los pueblos de Castilla, cuyo suelo se veria infinitamente mejor cultivado si estuviera mas dividido. Es por lo tanto en los paises agrícolas la mala division de la propiedad territorial la causa inmediata y eficiente de las grandes miserias, de las grandes privaciones que aquejan en nuestra sociedad á las clases pobres. De ahí las reformas que piden los filósofos modernos, no en cuanto á la division de la propiedad, de suyo irrealizable, sino en cuanto á los medios dirigidos á evitar la grande acumulacion de ella en un solo individuo: á los que trabajando en este sentido se les llama *socialistas*, creo que se les calumnia, suponiendo quieren la division de fortunas, sin considerar que, si fuera dable realizar esta, se veria destruida al siguiente dia de ejecutarse: yo me persuado de que sus aspiraciones son nobles y grandiosas, como encaminadas á mejorar la triste condicion de las clases menesterosas, sin perjuicio de las ricas... Y no creas que las ideas que sobre la propiedad sostienen esos reformadores son modernas. Los romanos, sobre todo, establecieron en diferentes épocas leyes sábias y justas, dirigidas á impedir la escesiva concentracion de la riqueza territorial en una sola mano, y mientras estuvieron vigentes, que fué durante algunos siglos, las costumbres, aunque fieras, permanecieron puras, y el pueblo fué mas feliz que nunca. *Lelio*, amigo del primer *Scipion*, y varon tan insigne que mereció de sus conciudadanos el título de el *Sábio*, procuró, aunque en vano, poner coto a la escesiva avaricia de los grandes, reclamando el cumplimiento de las leyes sobre la

propiedad territorial; en tiempo de los dos jóvenes hermanos *Tiberio* y *Cayo Graco*, nietos de dicho primer Scipion y cuñados del segundo, en que los romanos dominaban ya sobre toda la *Italia*, *España*, *Africa*, *Iliria*, *Macedonia* y aun *Siria*, no era permitido poseer á ningun ciudadano *mas de quinientas yugadas de tierra*, que corresponde próximamente á 400 obradas nuestras. Como que muchos patricios poseian estensas fincas con notable decadencia de la poblacion y riqueza de todas las provincias de Italia, aquellos jóvenes brillantes, gloria de su madre *Cornelia*, ornamento de la república, y mas grandes que los mayores guerreros y conquistadores, procuraron, en uso de su ministerio de tribunos, poner en vigor las leyes pátrias contra la acumulacion de la propiedad, y establecer otras que mejoras en la condicion de la mayor parte de los ciudadanos: su generoso patriotismo se estrelló contra las calumnias é intrigante avaricia de los ricos, siempre recelosos de que se atente contra el puñado miserable de oro que puedan tener, aunque le hayan adquirido por los mas ilegítimos medios: bárbaramente asesinados, cábeles la gloria de haberlo sido en defensa de la santa causa de la humanidad.

—Pero si en atencion á esos bienes que resultarian á la sociedad de impedir la escesiva acumulacion en un hombre de muchas tierras, se daba una ley pará que nadie pudiese poseer, como en Roma mas de 500 obradas, ¿qué se hacia con los que hoy poseen 3 ó 4,000? dijo Masalegre.

—Dejar que las poseyesen: el tiempo, que como dice el refran, *todo lo cura*, llegaria á deshacer esa acumulacion, ya por casamientos, ya por desgracias, ya por otros accidentes de la vida: el atacar á

la propiedad particular, á lo que legítimamente se posee, sería un atentado inícuo, cuya concepcion no cabe siquiera en ningun hombre honrado ni de buen juicio. La ley que sobre eso se estableciese, se entenderia con los que no tuviesen el número que en ella se señalase, ó que teniéndole le hubiesen perdido, para que por ningun título les fuese lícito pasar de él. (1)

—Convengo, repuso Masalegre, porque como dice el latino, *salus populi suprema lex esto;* pero le voy á presentar á Vd. un caso: si un hombre laborioso llegaba á adquirir el número de obradas de tierra señalado por la ley, y luego iba haciendo ahorros con los cuales pudiese comprar más, ¿no era impedirle el ejercicio de su industria, que para mí es lo mismo que atacar el derecho de propiedad, el decirle: «haz lo que quieras de esos ahorros, pero no los emplees en heredad?» ¿qué hace de ese dinero? ¿en qué lo invierte?

—Dedicándole á la mayor produccion del terreno que la ley le permitiese poseer: no es el que se echa en tierras el mas bien empleado, porque infinitamente lo está mejor en beneficiar las que se tienen, en cubrirlas de estiércoles, proporcionarlas riego, etc. La tierra no se cansa de dar productos como se la cuide bien: siempre está convidando al hombre con el magnífico é inagotable tesoro que encierra en sus entrañas... A la manera

(1) Esta opinion que emitimos en 1848 al escribir esta obra, es evidentemente absurda. La desamortizacion es la que poniendo en circulacion todas las fincas, impide las grandes acumulaciones y crea muchísimos propietarios, sin necesidad de acudir á medidas directas, que darian el resultado contrario.

que el físico, el astrónomo y el químico arrancan á los arcános de la naturaleza un descubrimiento, una verdad, que viene á enriquecer las ciencias que profesan sin menoscabo de las otras, así los propietarios podian dedicarse á mejorar sus tierras arrancando á la misma naturaleza productos que no pueden encontrar con la escesiva acumulacion de ellas. Nadie mejor que tú sabe el destino que yo doy á los productos de mi hacienda: por tu mano pasa todo; sin embargo, conozco que si estuvieran divididas muchas tierras entre varias familias, sus productos serían infinitamente mayores que lo son en el dia. Tú mismo te puedes convencer por lo que has visto en algunos pueblos pequeños alrededor del nuestro, donde todos tienen propiedad y ninguno en considerable cantidad: aquella está perfectamente cultivada; sus habitantes se ven desempeñados, y no hay entre ellos ningun mendigo, mientras que en los pueblos crecidos donde la gran masa de la propiedad se halla en pocas manos, al lado de la escesiva opulencia de unos pocos, se ven la miseria y desnudez de muchísimos.

—Tiene Vd. sobradísima razon, y me hace usted traer á la memoria lo que decian nuestros padres y aun podemos decir nosotros de aquel *poblachon* de Campos donde casi todo el territorio era de los curas y mayorazgos... ¿QUÉ HAY EN P...? —SEÑOR, MUCHO TRIGO Y MUCHA HAMBRE; es decir, mucho trigo en *ocho* casas y mucha hambre en *ochocientas*.

—¡Terrible frase! Ella envuelve mas doctrina contra la acumulacion de la propiedad, que algunos tomos enteros de filosofía reformadora.

En esta conversacion iban entretenidos nuestros

viajeros, cuando llegaron á pasar junto á las ventas de la *Panadella*, correspondientes al pueblo de *Monmaneu*, no muy distante de ellas. Ya hacia un rato que el terreno se les presentaba cada vez mas montuoso, aunque si cabe mas pintoresco y productivo: siguieron bajando con direccion á *Igualada*, en cuya gran villa habian determinado hacer noche, y si bien lograron llegar á ella, no fué tan pronto como se habian imaginado y era de esperar, por la razon que va á ver el lector.

Sucedió, pues, que á poco mas de la mitad de la tarde y cuando ya habian dejado tras de sí la venta del *Gancho* y el lugar de *Jorva* á que corresponde, y cuyos campos baña la *riera* ó riachuelo *Noya*, vieron venir hácia ellos un hombre ya entrado en edad, montado en una hermosa mula, el cual con las facciones desencajadas y la voz alterada, deteniendo su cabalgadura, aunque echando antes una mirada retrospectiva, les dijo:

—¿A dónde vais? ¿no veis á las mil varas de nosotros aquellos malhechores que están dando cuenta de los bolsillos de unos cuantos viajeros, como la han dado del mio?

Dirigieron D. Perrondo y Masalegre la vista delante de sí, y vieron efectivamente á la distancia que acababa de señalarles el incógnito unos cuatro ó cinco hombres armados y montados, cada uno con su gran gorro colorado que les caia hasta el hombro izquierdo, y junto á diferentes cabalgaduras otros varios de á pié, que al parecer hacian lo que los de á caballo les mandaban.

—¡Me han sorprendido! continuó el incógnito... si os queréis librar de ellos... creedme... ó volveos atrás ó tomad esa senda que os conducirá

á unos artefactos donde podeis refugiaros esta noche...

—Pero ¿qué gente es esa? dijo D. Perrondo... ¿Son matinés?

—Son faeinerosos... yo no me puedo detener.. haced lo que os digo... allí encontrareis un hombre honrado... Dió el desconocido un espolazo á su mula y desapareció, dejando á nuestros viajeros aterrados y sin saber qué partido les convendria adoptar.

—¿Qué hacemos? dijo D. Perrondo mirando al sitio del *sacrificio*... ¿nos engañará este hombre?... pero su estado... Por otra parte... aquí en la carretera, tan cerca de Igualada .. ¿Y los civiles?

—¡Qué civiles ni qué por *civilizar*! esclamó Masalegre... ¿No vé Vd. que les tienen ocupados en los colegios electorales? Para mí ese hombre nos aconseja bien .. ¿Qué hacemos? Yo no siento lo que nos puedan quitar, sino lo que nos puedan dar... ¡caramba! ¿no hizo Vd. caso? Me parece que sacudieron un latigazo...

—Qué... ¿tienes miedo?

—¡Yo miedo! si supiera que habian de ser hombres de valor los caminantes... pero ¿qué hacemos los dos solos?... Ni Vd. es *D. Quijote*, ni yo... Vamos, vamos; el país es montuoso... sigamos el consejo de aquel buen hombre.

Dando un espolazo á sus mulas, tomaron amo y criado la senda que les habia señalado el anciano, y á los pocos minutos dirigieron sus miradas, cuando el terreno lo permitia, sobre los sectarios del *comunismo*, que predicaban y practicaban su doctrina en la carretera, apoyándola con los convincentes argumentos del *palo*, llegaron á uno de los artefactos, movidos por las aguas del *Noya*, que no

era sino un batan, cuyo ruido ni les asustó lo más mínimo como á *D. Quijote y Sancho*, ni creemos, ni aun sospechamos como *Cervante*, que dará *pesadumbre ó enojo* al lector el consignarle aquí, porque deberá gustarle infinitamente mas que el producido por una brillante música, entre cuyos acordes acentos se derroche en una sola noche por un corrompido *sibarita*, acérrimo partidario del *órden*, el sudor de millares de familias.

Estaba ocupado el batanero con dos de sus hijos, ya mozos, en la faena de lavar y tupir unos cuantos paños burdos de *Igualada*, de donde era vecino, y no poco se estrañaron al pronto los tres de ver allí unos señores, cuyos trajes y lenguaje tanto se diferenciaban de los suyos; pero así que les hicieron entender la causa de su visita, deshaciéndose en cumplimientos los honrados artesanos, les ayudaron á colocar las dos caballerías en la cuadra del establecimiento y les ofrecieron de buena voluntad su pobreza, asegurándoles que nada les sucederia, si querian pasar la noche en su compañía.

Con beneplácito del padre salió uno de los jóvenes á un sitio no distante del artefacto sin otro objeto que el de ver la direccion que tomaban los bandidos, y al poco rato volvió con la noticia de que, dejando en libertad á sus víctimas, que marchaban ya para Igualada, habian cogido la de la provincia de Tarragona.

Así que el mancebo dió esta noticia tan grata para nuestros viajeros, como que no distaban gran cosa de Igualada, determinaron proseguir su viaje en compañía del batanero, que tenia que llevar á la villa algunos paños, ya en disposicion de pasar á la operacion del tundido. Mientras preparaban

los mancebos la correspondiente carga, nuestros viajeros reconocieron el artefacto, que les pareció antiguo y pobremente montado: preguntó D. Perrondo al batanero si le bia mucho trabajo y si este era bien recompensado, á lo que el artesano contestó:

—No señor; la fábrica de paños de Igualada, que antes sostenia este y otros batanes, se halla hoy casi arruinada: yo mismo la he conocido en el mayor auge á principios del siglo; pero desde la guerra de los franceses ha ido de mal en peor.

—¿Y es vuestro el artefacto?

—¡Oh! no señor... si fuera mio, ya me podia contar feliz, porque yo le haria producir mas, mejorándole: le llevo en renta desde que me casé, que hace ya mas de treinta años, y crea Vd. que si no le dejo, no es mas que por la aficion que le tengo; como que he pasado aquí la mayor parte de mi vida.

—¿Y os cuesta mucha renta?

—No es cosa... pero ya se vé... si se atiende á lo malo que está el negocio, no deja de ser... mil reales pago al año, y además corre de mi cuenta la recomposicion de la maquinaria.

—¿Con que aquí habeis pasado la mayor parte de vuestra vida? le preguntó Masalegre.

—Ya Vd. vé; mientras hay agua, solo vamos á casa de ocho en ocho dias, y ahora, gracias á los hijos que ya saben su obligacion, yo me estoy algunas temporadas en la villa tundiendo los paños que ellos batanan.

—Pues habeis tenido segun eso una vida de anacoreta, dijo D. Perrondo.

—Eso es lo que digo yo de contínuo á mi mujer y á mis hijos. Dicen que hubo antiguamente *ana-*

coretas... Yo he conecido los *solitarios de Monserrat*; pero, ¿qué mas anacoretas que nosotros? No hay mas diferencia, y esto va en contra nuestra, que los antiguos holgaban, mientras que nosotros trabajamos como negros; que aquellos eran respetados de todo el mundo, hasta de los príncipes y reyes, mientras que á nosotros se nos desprecia y se nos tiene por la generalidad de los hombres como unos entes *envilecidos*.

—¿Por qué?... ¡Porque ejerceis un oficio que los holgazanes llamam *humilde*!... ¡Ah! No, amigo mio; no tengais esos pensamientos: convengo que habrá hombres indignos, únicos verdaderamente envilecidos, que desprecien y tengan en menos á los que como vos ejercen un oficio mecánico; pero eso... ¿qué importa? Para los hombres probos, para los hombres de recto corazon, que son los que significan algo, valeis vos infinitamente mas que el señoron, llámese *duque*, *conde*, *marqués*, etc., que consume en una criminal holganza y en nauseabundas bacanales el fruto de agenos sudores... El trabajo siempre enaltece; la holganza desdora y envilece: en esta persuasion, teneos al menos por tanto como el que os desprecie, si se atreve á hacerlo delante de vos, y si detrás, despreciadle vos á él, riéndoos de sus preocupaciones.

—Esas ideas son buenas, señor, dijo el pobre artesano casi llorando de satisfaccion; pero las tienen pocos hombres.

—Muchos, amigo mio, muchos: la filosofía nos enseña que el trabajo es la fuente de todas las virtudes; mas, que es la virtud misma, porque sin él esta no puede existir, y donde quiera que exista, nada puede haber allí de bajo ni despreciable... De vuestra venerable frente bajará de vez en

cuando copioso sudor, que hará brotar lo excesivo del trabajo... Levantadla entonces altiva ante el rico imbécil y corrompido magnate que intenta despreciaros y decidles: *Este es mi título de nobleza, el título con que además me proporciono el pan cotidiano... Mirad si son mas puros los vuestros...* Ese trabajo que sublima al hombre, ¿qué mas da ejercerle en un oficio que en otro? Cada uno desempeña su cometido en beneficio propio y de sus semejantes, y tan útiles y necesarios son los herreros, tallistas y labradores, como los fabricantes, tejedores, bataneros, etc : todos son obreros en esa inmensa máquina que se llama *sociedad*: su trabajo constituye una gran cadena, y lo mismo dá formar un eslabon de ella en su medio que á uno ó á otro estremo.

—¡Oh! Así es, caballero; dijo el honrado batanero, á cuyos ojos asomaron dos lágrimas de gratitud hácia nuestro viajero... pero creedme; para la generalidad del mundo, yo, que vivo casi de continuo en un desierto con miles de privaciones; yo, que gano poco á pesar de remar mucho, soy tenido por un ente vil y bajo, por un hombre de distinta naturaleza, á quien se puede escarnecer impúnemente...

—¡Que vengan á escarnecerme á mí, que no soy mas que un pobre jornalero como vos! esclamó Masalegre... ¡Que se atrevan esos ricos y magnates con sus ínfulas y pergaminos á despreciarme á mi cara!...

—¿No sois mas que un jornalero? preguntó el artesano.

—Pe... nada mas... ¿qué he de ser? Aunque no tan penoso como el de Vd., empleo mi trabajo en lo que me manda mi amo que está presente, pero

en vez de pensar tan tristemente como vos, tengo la idea de que el trabajo enaltece y ensalza: lo que es á mí me llena de orgullo solo el pensar de que con él me sostengo; está así tranquila mi conciencia, porque sé que lo que gano me pertenece esclusivamante, lo que acaso no les sucederá á muchos propietarios, cuyas inmensas fortunas podrán ser el fruto de vituperables rapiñas de ellos ó de sus antepasados... Yo nada tengo que decir contra los que han adquirido sus propiedades legítimamente; pero menos tienen ellos que decir de mi trabajo, porque el sudor que hace brotar de todos mis poros, sin tener que lavar ningun pecado anterior, es un bautismo que le santifica... Sois trabajador, comeis con el sudor de vuestra frente, no haceis daño á nadie; pues nadie es mas que vos; hacédselo así comprender á los malvados, que por no saber lo que es el trabajo le insultan y escarnecen, escarneciendo al propio tiempo á Dios y á los hombres.

—¡Oh! Indudablemente que ofenden á Dios los que á nosotros nos menosprecian solo porque no hemos nacido ricos, y tenemos que ganar el sustento con nuestro sudor, dijo el pobre batanero con un acento de sublime orgullo, que nuestros viajeros habian sabido llevar á su alma... ¡Ah! de hoy en adelante me acordaré siempre de vos; sin duda os trajo el mismo Dios para alentarme, para hacerme conocer mi situacion, pues yo creo con fé en Dios, porque he visto en muchos casos su mano omnipotente premiando á los buenos y castigando, cuando menos lo pensaban y por los medios que menos podian imaginar, á los que han hecho mal á otro.

—Sí, sí; creeis perfectamente, amigo mio, le

dijo D. Perrondo: la *Providencia* se manifiesta de contínuo á los mortales: con sus inescrutables designios ella está hablando todos los dias tan alto, que no pueden oscurecerla los tratados mas profundos y metafísicos de los impíos, que la niegan contra lo que sienten, porque sin duda quisieran que no existiese... Con nosotros mismos ha sucedido en este momento... ¿No es cosa de esa *Providencia* infinita el que nos hayamos salvado de las manos de los bandidos, viniendo á refugiarnos á un sitio, donde vos, que tambien creeis con fé en ella, ganais con honradez y á costa de mil afanes el pan que comeis?... Esa misma creencia en Dios; esa creencia que consuela y eleva el alma hasta el seno de su divino autor, es la que os debe alentar para que tengais una idea justa de vuestra propia dignidad.

—¡Oh! Sí, sí; la tendré, repuso con orgullo el artesano, y este dia, en que vuestros corazones generosos me la han hecho concebir, jamás se borrará de mi memoria.

—¡Bien! Así me gusta la *criatura*... ¡Que sea digna del *Criador!* dijo D Perrondo .. Y decidme, añadió, ¿teneis mucha familia?

—Hasta seis hijos tengo; los mayores son estos y el uno ya está casado... pero ¡hola! parece que ya concluyeron de cargar... por mí cuando Vds. gusten, señores...

—Sí, sí, que el sol se va á ocultar ya, dijo don Perrondo.

Puestas las mulas á la puerta del artefacto, que les sirviera de asilo, volvieron á montar en ellas amo y criado: montó así bien el buen artesano, y despidiéndose de sus hijos, tomaron todos tres la direccion de Igualada, á la cual llegaron, aunque

á paso lento, casi con la luz del crepúsculo.

Dirigidos por el honrado batanero, encaminá-ronse nuestros viajeros á un magnífico parador, sito en el arrabal, que comprende la parte mas sólida y elegante de la poblacion.

CAPITULO XVI.

EL LLOBREGAT.

Al dia siguiente, y cuando ya los rayos del sol hacia casi una hora que bañaban el pintoresco valle sobre el cual se sienta la populosa y manufacturera villa de *Igualada*, desayunábanse nuestros viajeros, sosteniendo el diálogo siguiente:

—¿Y qué tal?... ¿diste luego con la casa?

—Al momento: *el que boca, lleva, á Roma llega.* Trabajo me costó el convencerle, pero al fin lo logré. A mis propuestas de gratitud contestaba con otras de reconocimiento: segun él, no habia hecho mas que cumplir con un deber sagrado, admitiéndonos en su artefacto, en vez de que nosotros habiamos llevado un inefable consuelo á su alma, enalteciendo el trabajo, sin el cual no quiere vivir.

—¡Qué buenos sentimientos!

—De nada sirvió el que le dijese que de no habernos refugiado en su batan, los bandidos nos hubieran robado, no solo los *mil* reales que le daba, sino todo cuanto llevamos, y lo que es peor, que acaso nos hubieran maltratado. de nada tampoco que su mujer, tan anciana como él y de un carácter si cabe mas dulce, en vista de mis repetidos ruegos, me ayudase á convencerle, haciéndole presente que con ocasion de una reciente, en-

fermedad se habian gastado los ahorros destinados para la renta del batan... ¿Sabe Vd. lo que respondió á esto? Que el propietario se aguardaría, y que, para pagarle cuanto mas pronto, se disminuyesen los gastos de la casa en el comer, en el vestir y en todo...

—¡Malpasarse! ¡oh! ¡qué horrible es la situacion del pobre pundonoroso!

—¡Vaya! le entré por la *caridad:* díjele que si no era amigo de ella, á lo que me contestó que hacia todo lo que estaba de su parte por los desgraciados; pero que aquí podia muy bien el donativo de Vd. hacerle olvidar no pocos dias el trabajo, en vista de tener pagada la renta con él, y que no necesitándole por el pronto, tal vez por recibirle se verian postergadas otras necesidades mas imperiosas, otras situaciones mas desesperadas que la suya: le hice comprender entonces lo rico que erais, lo bondadoso de vuestro corazon... le añadí que no teniais familia, que no dabais otro destino al inmenso sobrante de vuestras rentas, que socorrer infortunios, y á pesar de todo, todavía persistió en su negativa... Pues bien, le dije no sin algun enfado; si no lo recibis, tanto mi amo como yo diremos que no es mas que por un esceso de vanidad... ¡Oh! ¡no, no! esclamó... Sí, le repuse yo con voz grave; diremos que no es mas que por un mal entendido orgullo, porque no es ese el que ayer llevamos á su alma de Vd., sublimando el trabajo y con él al trabajador: la caridad es enemiga de la soberbia, ya la ejercamos ó ya la ejerzan con nosotros... ¡Por Dios! murmuró... No os admito disculpas... decís que no os hace falta, y dais órden á vuestra esposa para que prive á toda la familia del necesario alimento...

Eso es peor que tener orgullo, es constituirse en un *homicida*... O lo recibís, ó de lo contrario perdemos nuestra amistad y llevamos una idea no muy favorable de vuestros sentimientos.—¡Si! ¡sí! esclamó la mujer con los ojos llorosos... ¿No ves lo delicada que estoy, para que me quieras privar del necesario y conveniente alimento? ¡Oh! esclamó llorando el pobre artesano: lo recibiré, haré todo, todo lo que querais primero que consentir en que dejeis de estimarme, primero que daros motivo para que lleveis de mí una mala idea.—¡Ea pues! así os quiero yo, razonable, humano, conforme con vuestra posicion... la *caridad* no degrada cuando el hombre se halla en el caso de recibirla: la soberbia que la rechaza es la que envilece. Entregué los *mil* reales á la pobre anciana, y dando á ella y á su marido un tierno *adios*, que solo fué contestado con lágrimas y suspiros, salí de su morada hasta no mas conmovido.

—¡Cuánto me alegro!... ¡nobles sentimientos! Esos los produce el amor al trabajo, así como la holganza engendra una multitud de crímenes que perturban la sociedad y dan con sus autores en las cárceles, en los presidios y en los patíbulos.

A los pocos minutos de esta conversacion marchaban amo y criado por la carretera, sumamente contentos con la idea de llegar en aquel dia á Barcelona y ver el magestuoso mar, y no menos distraidos con la vista de los animados y pintorescos paisajes que les presentaban de vez en cuando aquel suelo tan montuoso como bien cultivado. Mucho antes de llegar al pueblecito de *Castelloli*, dirigiendo á su izquierda la vista desde una no pequeña eminencia, presentóseles en toda su imponente magestad la gran montaña de *Monserrat*, con sus altas y aisla-

das pirámides de peña pelada, compuesta en parte del *lapis lidius*, tan caprichosamente colocadas por la misma naturaleza, que con razon las comparó el ilustre *Antilon*, miradas desde lejos, á un juego ordenado de bolos. Despues de contemplar Masalegre lleno de gozo aquella inmensa mole de ocho leguas de circuito, rara por sus picos y su aislamiento, y célebre en toda España y aun en todo el orbe por su suntuosísimo monasterio de benedictinos, donde todavía se venera la imágen de la Vírgen, que lleva el nombre de la misma montaña.

—¿Es esta, señor, dijo á su amo, la famosa montaña de Monserrate?

—La misma es, sin disputa alguna, dijo don Perrondo; la conozco por sus enormes y pelados picos que arrancan de su parte mas elevada, por su inmensa altura y por los muchísimos y variados árboles que la embellecen desde su medio hasta su base. En la mitad de su falda, con vista al Oriente, se sienta sobre peña viva, el celebrado monasterio de benedictinos, depósito de infinitas preciosidades amontonadas allí durante varios siglos, aunque su mayor parte la hiciera desaparecer la soldadesca desenfrenada de Napoleon: tambien durante la fratricida lucha de los siete años, algunos soldados de uno y otro bando causaron notables deterioros en el magnífico santuario, porque siempre la guerra es enemiga de la belleza de las artes y de la naturaleza. Además de tan nombrado monasterio, existen en los intersticios de la inmensa mole unas doce ermitas, refugio hasta nuestros dias de otros tantos anacoretas que voluntariamente abandonaban el mundo por una vida contemplativa y llena de privaciones

—¿Eran esos los *solitarios* que nos mencionó el artesano?

—Los mismos: hombres en general de mundo, á quienes los desengaños que diariamente proporciona habian menoscabado, si no destruido por completo, su fé para con sus semejantes, refugiábanse aquí como el náufrago en una tabla para ganar la ribera, cuya distancia ignora: no hay más diferencia que este obedece al irresistible instinto de la conservacion, mientras que aquellos sucumben á los impulsos vituperables del egoismo ó de la debilidad. Por mas que semejantes resoluciones quieran disculparse y aun enaltecerse bajo el pretesto de consagrárse los que las adoptan al servicio de Dios, yo nunca las aprobaré, porque las tengo por una especie de suicidio, ó por un divorcio inmotivado con la sociedad, que cuando menos arguye una reprensible cobardía. El hombre, que ha nacido para la sociedad, no debe en manera alguna abandonarla, ya le sonria, ya se le muestre fiera é implacable la fortuna... ¿Y á quién es á quien continuamente le sopla favorable el viento de la felicidad? ¿Quién es el que no tiene que decir multitud de veces con el poeta, *despues de tantos males vino un dia sereno para mí*? (1) ¡Oh! pero cómo que el hombre no ha nacido solamente para él sino para sus deudos, para sus amigos, para sus semejantes, de ahí es que no le es lícito abandonar su puesto (cualesquiera que sean las contingencias que en él le sobrevengan), ya privándose impíamente de la existencia, ó ya sepultándola en la lobreguez de un

(1) *Venit post multos una serena dies. Tibulo. Lib. 3, Eleg. 6.*

cláustro ó entre las ásperas paredes de una cueva de fieras... Yo no conozco mas que un retiro, si así puede llamarse, que admite disculpa, que merece alabanza, y es el de los hombres ó mujeres á quienes la CARIDAD, esa llama divina que alimenta los corazones sensibles y generosos, conduce á consagrar su existencia vigorosa ó trabajada, vírgen ó marchita, al cuidado y asistencia de los enfermos en medio de la sociedad para que nacieron, rodeados de sus hermanos, con quienes les unen vínculos en todos conceptos indisolubles... ¡LA CARIDAD! dulce palabra, única que encierra goces inefables é imperecederos: la amistad falta, el amor se acaba, los placeres fastidian, la ambición llega á ser insoportable; pero la CARIDAD es como la hidropesía, que cuanta mas agua se la da mas se aumenta la sed: bálsamo consolador que parece que desciende del cielo á fortificar las almas y presentarlas dignas y puras ante su Criador, es tan grata para el que la ejerce como para los que son objeto de ella.

—A esa, á esa; á la CARIDAD deben agarrarse los que se contemplen desgraciados, los que crean que ya el mundo no tiene ningun aliciente para ellos. Pero á todo esto ¿no advierte Vd. qué vueltas y revueltas toma aquí el camino?

En efecto, nuestros viajeros entretenidos con la vista de la célebre montaña y con la conversacion á que dieran márgen sus recuerdos, habian dejado ya tras de sí el lugar de *Castelloli* y marchaban por las revueltas que conducen al *Bruch*, pequeño pueblo sentado al Mediodía de la montaña de *Monserrat*, celebérrimo desde la guerra de la Independencia, porque en su fragoso término, los mal armados y peor disciplinados somatenes catalanes

humillaron en junio de 1808 las águilas francesas al mando de un acreditado general, haciéndole retroceder en vergonzosa rota para Barcelona: pasaron de allí á un rato por él; alcanzaron luego á *Collbató*, cuyo término, que comprende gran porcion de la indicada montaña, baña el *Llobregat* en su parte N., y á la media hora poco mas ó menos atravesaban la bonita y prolongadísima calle que compone la industriosa villa de *Esparraguera*, situada en un ameno valle, la cual es célebre y está llamada á serlo mas por el magnífico establecimiento de baños minerales de *La Puda*, distantes un cuarto de hora de ella y sobre la izquierda de aquel rio.

Como no eran todavía las doce, determinaron nuestros viajeros ir á comer á *Martorell*, en cuya villa, sita al pié de una elevada montaña, y compuesta de una hermosa calle, como la de Esparraguera, entraron á la hora, poco mas, de haber abandonado esta. Colocada *Martorell* sobre la derecha del caudaloso y célebre *Llobregat*, que aquí recibe á la riera *Noya*, ostenta al viajero que se acerca á ella, desde una larga distancia, su famoso *puente del Diablo*, largo, estrecho y de una estraordinaria altura; el cual es tan antiguo que se cree fué mandado construir por *Annibal*.

A poco mas de las dos de la tarde salian nuestros viajeros de la industriosa villa de *Martorell*, en la idea de llegar con la luz del sol á Barcelona, de la cual distaban nada mas que cinco leguas; pero como el hombre propone y Dios dispone, como *que estaba escrito* que nuestro pobre Masalegre tenia que pasar aun por los mas terribles trances antes de ver el anhelado mar, no solo no pudieron llegar en aquel dia á la gran ciudad, sino que les

faltó muy poco para concluir su viaje antes de cruzar el *Llobregat*, concluyendo con su existencia. Una hora larga habria trascurrido desde que salieron de *Martorell*, cuando dejando á la derecha la carretera que de este lado de *Molins de Rey* conduce á Valencia, cruzando la provincia de Tarragona, empezaron á atravesar el famoso puente sobre el *Llobregat*, á cuya márgen derecha habian tenido que marchar hasta allí: pasaban por el primero de sus sólidos y magníficos quince arcos, cuando echando D. Perrondo su vista á favor de la corriente, llegó á fijarla sobre un punto dado, y deteniendo por un movimiento impulsivo su mula, exhaló un grito de terror, que vino á helar en sus venas la sangre de Masalegre.

—¡Corramos á salvarle! esclamó retrocediendo.

Mientras Masalegre seguia á su amo, todo asustado, por la márgen derecha del rio, aquel se iba despojando de la levita y chaleco, y apeándose de un brinco de su cabalgadura, arrojóse intrépidamente desde una formidable altura, zambulléndose entre sus mansas y cristalinas hondas. Al segundo apareció sobre la superficie del agua, y como era un escelente nadador, aunque con mucho trabajo, por causa de las ropas que en su abnegacion no pensára siquiera en quitarse, se puso á examinar con ojo penetrante el sitio donde habia caido el desgraciado, por cuya salvacion espusiera su vida con tan sin igual generosidad. Masalegre, siguiendo la conducta de su amo, aunque por fortuna completamente desnudo, se arrojó al agua tras él, y en el acto mismo de aparecer un estraño bulto á la orilla, sintióse un ¡ay! que resonó lastimero por la concavidad del álveo del *Llobregat*. La esclamacion la habia hecho Masalegre al salir de

su zambullida, porque al caer recibió un golpe tremendo, chocando contra un cuerpo estraño, oculto entre las aguas; pero D. Perrondo no pudo atender á ella, porque lanzándose en el mismo instante de darla con la rapidez del rayo al punto deseado, viósele luchar por un minuto lo ménos, con una especie de espectro, de cara amoratada y desordenados cabellos, que en su terrible agonía, frustando los sobrehumanos esfuerzos que por salvarle hacia nuestro viajero, dió con él en el fondo: gracias al estraordinario valor y pericia de este, volvieron á aparecer inmediatamente sobre la superficie del agua; pero todavía seguia con increible desesperacion la horrorosa lucha, lucha horrorosa y sublime á la par, en que un corazon altamente filantrópico, llevando su amor hácia el prójimo hasta el heroismo, procuraba á todo trance arrancar una víctima de las garras de la muerte, y de seguro hubiera él perecido en su arriesgada y generosa empresa, á no haber acudido Masalegre, sobreponiéndose al agudo dolor que le atormentaba: en el momento en que el escelente criado vió en tan inminente peligro á su amo, agarrándole con su diestra, logró sostenerle algunos segundos para que respirase durante ellos con libertad, y cogiendo en seguida con la misma la flotante cabellera del moribundo, que ya no pudo resistir á los esfuerzos combinados de dos hombres tan robustos, á las voces de *nademos de espalda!* confundidas con los desgarradores gritos que de lo alto del puente y de la ribera derecha del rio daban diferentes viajeros que habian presenciado la accion, y muchísimos habitantes de la poblacion que acudian en tropel á las escalinatas de aquellos, empezaron á remar boca arriba hácia un sí-

tio en que la orilla presentaba fácil subida, arrastrando en pos de sí el ya casi inanimado cuerpo del desgraciado, que segun todas las apariencias tratára de poner fin á su existencia voluntariamente.

Inmensas aclamaciones de júbilo indefinible poblaron los aires al ver á nuestros viajeros fuera de peligro con su preciosa presa, que ya arrastraban por el agua, marchando ellos á pié: lanzáronse al rio medio vestidos muchísimos espectadores, que en su delirante entusiasmo no solo sacaron en hombros al desgraciado asfixiado, sino tambien á nuestros viajeros, cuyas fuerzas estaban ya casi agotadas.

—¡Ropa! ¡Ropa para estos señores! gritaron de todas partes.

—En esas bestias, dijo Masalegre señalando las mulas, que fijas como dos estátuas parecia que estaban contemplando la sublime abnegacion de sus amos.

—¡Es *D. Roberto*!

—¡El hijo de *Doña Esperanza*!

—¡Muerto!

—¡No, no! Todavía tiene vida.

—¡Ese hombre...! ¡Ese hombre! gritó D. Perrondo, olvidándose de sí mismo y procurando por el asfixiado... Colocarle bien, añadió... en este sitio resguardado... no hay que moverle de aquí hasta que vuelva en sí... arroparle... esa cabeza un poco inclinada... volverle con cuidado á un lado y á otro.

—¡Ya vienen los facultativos!

—¡Corran Vds.!

—¡Dios mio! ¡Tienes dislocado el brazo izquierdo, esclamó D. Perrondo.

—No vale nada, dijo Masalegre mirando á su amo con ternura... ¡Oh! ¡Vos si que teneis una porcion de heridas!...

—¡Ah! no... las uñas de ese desgraciado... solo han interesado la piel... ¿Pero vive ese infeliz?

—¡Sí, sí! ¡respira!

—Vestios vos, dijo uno de los espectadores, conduciendo las dos maletas que acababa de quitar de las mulas.

—¡Ayudar á este señor! dijo otro por Masalegre...

—¡A los dos! ¡A los dos!

—A mí me basta el pantalon, dijo Masalegre... ahí está... bien, bien, amigos mios... yo os doy las gracias.

Mientras despojaron de la ropa á D. Perrondo y le vistieron con una camisa y pantalon nuevos, y la levita y chaleco que dejára á la orilla del rio al arrojarse en sus ondas, llegaron dos facultativos, uno de medicina y otro de cirugía.

—¡Uno de Vds. aquí! gritó una voz.

El cirujano se acercó á reconocer el golpe de Masalegre, quien á pesar de sentir unos dolores atroces,

—No, no, dijo... primero es aquel desgraciado.

—Está con él el señor médico: permitid...

—¡Ah!... en ese caso... ¿Pero y Vd?...

—Yo no tengo mas que frio, dijo tiritando don Perrondo... vamos á ver: reconózcale Vd., señor facultativo.

Púsose este á examinar á Masalegre.—Es una dislocacion *escápulo-humeral*, dijo tentando con sus enormes dedos y con alguna mas aspereza que la que quisiera el paciente en su hombro izquierdo... pues... por el mismo nacimiento del brazo...

sin duda tropezó Vd. al caer con una piedra, ó con otro cuerpo estraño...

—¿Pero quedará lisiado? preguntó D. Perrondo.

—¡Cá! Nada de eso... yo respondo... ¡Un pañuelo para sostener este brazo!

—Ahí está, dijo D. Perrondo alargándole el suyo.

—Aquí hay hilas, trapos, vendas y todo cuanto haga falta, dijo una mujer.

—Disponed hasta de nuestras camisas...

Colocó el cirujano unos trapos sobre el hombro de Masalegre, y acomodando de la mejor manera el brazo en el pañuelo, al que diera un par de nudos junto al cuello, hizo que aquel tomase una postura horizontal, juntándose contra el palpitante corazon.

—Ahora, dijo el cirujano, es preciso que marcheis á pié hasta el pueblo, si os sentís con fuerzas... yo sin embargo os iré sosteniendo.

—Todos iremos, dijo uno de los presentes.

—¡A cuestas les llevaremos á los dos!

—Gracias, gracias, dijo D. Perrondo lleno de visible emocion... podemos ir por nuestro pié.

—Veamos un momento á este infeliz, dijo el cirujano... ¡Hola! Parece que ya vuelve en sí... ¡Pobrecito!

Miró D. Perrondo con sin igual ternura al infeliz á quien acababa de salvar de una muerte cierta, que no era sino un jóven vestido de chaqueton verde y pantalon de medio tiempo, como de unos treinta y cuatro años, de mas que regular talla, cabellos largos, negros y lacios, frente espaciosa, franca y agradable fisonomía.

—Prodigarle cuantos auxilios sean necesarios, señor facultativo, dijo dirigiéndose al médico...

que nada le escasee... si su fortuna, ó la de sus padres no puede soportar cuantos gastos sean precisos, aquí estoy yo...

—¡Oh! ¡oh! Desnidad, caballero, dijo el médico... no estraño yo que procureis conservar una vida, sobre la que teneis desde este dia un derecho indisputable...

—Lo que importa es que se salve este jóven.

—Creo que se salvará... sí, sí... ¿Véisle ya vuelto á la vida?... ¡Oh! este pulso se va haciendo perceptible... le conduciremos en una poltrona. ¿Pero y vos? ¿Y vuestro compañero?

—Yo nada tengo... este dará un poco que hacer al cirujano... os repito que nada ha de faltar é ese jóven...

—No, no, caballero, dijo á la sazon un hombre decentemente vestido, que en su baston con borlas anunciaba ser el alcalde de la poblacion... es necesario que dejeis acreditar á los de *Molins* su gratitud y admiracion hácia vuestra persona y la de vuestro compañero... teneis que admitir nuestra pobre hospitalidad...

—Sí, sí; todas las casas son de ellos, dijo uno de los presentes.

—¡Todas! ¡todas! gritaron á una voz los circunstantes.

—¡No, no! ¡Teneis que honrar mi pobre casa, señor! esclamó llorando un caballero anciano... ¡Por Dios! El que habeis salvado de una muerte cierta es hijo de mi pobre hermana... tengo ese derecho... En un parador no tendreis la asistencia que necesitais.

—¡O! ¡oh! Y el señor necesita de descanso mas que nada, dijo el cirujano por Masalegre.

—Pues bien, señores, dijo el que parecia ser al-

calde; todos tenemos igual obligacion, igual deseo de manifestar á estos caballeros nuestra gratitud: eso está en el honor de la noble villa de *Molins*, del buen nombre catalan... Con sin igual arrojo y generosidad han espuesto su vida por un paisano nuestro, tan noble como desgraciado... ¡que esa gratitud dure tanto como la villa, testigo de su heróico proceder! ¡que sea sobre todo popular!... Yo no veo otro medio mejor de acreditársela que alojándose en mi casa, como vuestro principal y legítimo representante.

—¡Sí, sí!... ¡Viva nuestro alcalde!

—Pero, señores... dijo D. Perrendo.

—¡Nada! ¡nada!... ¡A Molins! ¡A Molins! Gritó el alcalde... ¡Esa ropa y esas mulas á mi casa!

A los pocos minutos entraron nuestros viajeros en una habitacion baja, espaciosa y elegantemente amueblada, y la entusiasta muchedumbre que les seguia, se diseminó por las calles de la poblacion, llevando cada cual embargada su mente con los recuerdos del heróico arrojo de aquellos y el corazon ansioso de ejecutar en su obsequio ó en el de sus semejantes las mas felices pruebas, porque las buenas, así como las malas acciones, producen infinidad de admiradores, que de una condicion templada ó pasiva, se convierten en héroes, ó en grandes é incorregibles criminales.

CAPITULO XVII.

LA OPERACION: EL CIRUJANO ALMOGABAR.—OPINION SOBRE EL SUICIDIO.

Dos camas elegantes habia en el gabinete de la habitacion en que acababan de entrar nuestros viajeros: situada al Occidente, los rayos del her-

moso sol de otoño en una tarde serena y apacible, como era la en que para mal y bien de Masalegre llegára con su amo á *Molins*, bañaban perfectamente sus blancas paredes entrando por las dos anchas y altísimas ventanas enrejadas que la adornaban, comunicándola una luz brillante y hermosa. Acudieron al momento á ella la mujer del alcalde, respetable señora de unos cincuenta años, una hija de veinte, de mas que regular hermosura, un hijo de veinte y cinco que acabára de recibirse de arquitecto, y un criado y una criada, dispuestos á ejecutar con prontitud y buena fé las órdenes que les comunicasen en obsequio de los nuevos huéspedes. Despues de disponer el cirujano que se aplicase un trapito empapado en aceite sobre un arañazo que D. Perrondo tenia en el brazo izquierdo, ayudó á desnudar á Masalegre, quien fué colocado en una de las dos camas, y en la postura supina que requeria la dolorosa operacion, á que por su mala ventura se veia en la precision de sujetarse.

Mandó en seguida el cirujano que fuesen en busca de su barbero, á quien no habia podido ver junto al rio, y de dos hombres los mas robustos que encontrarse pudieran; hizo que la alcaldesa y su linda hija dispusieran vendas, sábanas, cordeles y todo cuanto creyó necesario para empezar la operacion, y así que lo vió todo arreglado, tirando de su enorme levita de paño burdo, tan larga que le llegaba hasta las pantorrillas, y de un cuello tan descomunal que casi le bajaba hasta la mitad de la espalda, quedó en mangas de camisa, y de esta suerte, cual torero acostumbrado á salir al encuentro del *bicho*, se dispuso á dar *su arremetida* con la mayor serenidad del mundo. Pero antes de

que principie á martirizar á nuestro pobre Masalegre, justo es que hagamos una ligera reseña del impertérrito ayudante de *Esculapio*, entre cuyas manos habia tenido la desgracia de caer.

Llamábase el cirujano *D. Máximo Almogabar*, nombre y apellido significativos y retumbantes por un lado, y que perfectamente le cuadraban por otro; el primero por su descomunal altura y desproporcionadas formas, y el segundo porque mas que para la profesion de cirugía, parecia que habia nacido, al menos á primera vista, para la de los *almogábares*, de aquella raza de gigantes que tanto honor diera á Cataluña durante muchos siglos, porque

Nacidos en batallas, es la guerra
su profesion, sus galas burdas pieles,
su lecho de placer la dura tierra
y su cuna y su tumba los broqueles (1).

Gloriábase nuestro cirujano de descender de uno de los principales jefes de aquellos ínclitos guerreros, y aunque regularmente esto no tendria nada de exacto, no hay duda que le cuadraban tambien los siguientes versos:

Esos de rostros fieros y atezados,
de recio cuerpo y toscos equipajes,
almogárabes son, etc. (2).

Tendria D. Máximo la edad de cincuenta años; su cara tan enorme como la de una gitanilla, ostentaba unas narices gruesas y de medio palmo de largas; unos ojos pardos y pequeñitos, que le parecian mas á causa de lo poblado y cerdoso de sus

(1) D. Calixto Fernandez Campo-redondo. *Canto épico á las armas de Aragon en Oriente.*
(2) Ibidem.

cejas y párpados; una boca anchísima y algo hundida, y una frente si no muy estrecha, sumamente arrugada: sus descomunales brazos remataban con unas manos, que en lo grandes y morenas podian muy bien compararse á dos cuartos de cordero asado, y con unos dedos tan largos y gruesos, que servian para llevar brazaletes de señora por anillos, como los del emperador *Maximino*: era, pues, en pocas palabras, el amigo *D. Máximo*, *altísimo*, aunque no en el sentido que Dios; *feísimo*, aunque no tanto como el diablo; *gruesísimo*, poco menos que un tonel, y *reciote*, puede ser que algo mas que un roble añejo ó una encina *miliaria*.

Puesto Almogabar en la forma que arriba dejamos consignada, y animando á su modo á Masalegre, empezó por sujetar su cuerpo á la cama donde estaba acostado con una sábana doblada, á cuyos estremos habia hecho poner dos largas cuerdas, con las que dió cuatro ó cinco vueltas, para impedir así que el enfermo se moviese; mandó despues á su barbero que oprimiese la cabeza de aquel contra las almohadas, sin consentir en manera alguna que la moviese; hizo que uno de los hombres recien entrados con el barbero le sujetase la pierna derecha y el otro la izquierda, puestas á modo de aspas; dió al hijo del alcalde la comision de impedir el mas pequeño movimiento del brazo derecho, y saltando él encima de la cama, arrodillóse en ella, teniendo entre sus piernas el vientre del paciente, que á la vista de semejantes preparativos, no solo se puso á temblar como un azogado, sino que sintió que todo su cuerpo se inundaba de un sudor tan copioso, cual si acabara de salir de unos baños termales de 42° de eslórico.

Observólo Almogabar, y para infundirle aliento, le dijo:

—¡Ea, señor mio! ¡ánimo y valor! Es cosa de cinco minutos... sí, sí... ¡Hola! prosiguió dando un fuerte tenton con sus enormes dedos en el sitio de la dislocacion, que hizo ver las estrellas á Masalegre... Ya lo dije antes... La cabeza del *húmero*, que dejó la *cavidad glenoidéa*, se apoya ahora junto á la espina del *homoplato*... ¡Terrible golpe debió ser!... Vamos, vamos, ¡ánimo!... ¡Cuidado Vds.! añadió, cogiendo el brazo en sus dos manos por la parte del codo. ¡Firme!

Al pronunciar esta palabra tiró con terrible fuerza para sí del brazo de Masalegre, quien con el vivísimo dolor que sintiera exhaló un grito desgarrador; parecióle que el tremendo *cirujanon* se le había llevado el brazo entre sus manos, concluyendo así en un segundo con la difícil operacion, como concluyera Alejandro, ya que no desatando, cortando de un golpe el nudo gordiano.

—¡Quieto! ¡quieto! esclamó Almogabar viendo que Masalegre hacia violentos esfuerzos por desasirse de sus garras y de las de sus ayudantes. Ya le tenemos acá... Solo falta meterle en su sitio... ¡A ello!

Apretó segunda vez con sus *manazas* el brazo del paciente, empujóle fuertemente para el hombre, y como no entrase en su lugar, cual si el enorme hueso fuera un barreno, empezó entónces á dar medias vueltas á diestra y á siniestra, triturando en tan horrible operacion la carne y los ligamentos que cogia por delante.

Masalegre ponia el grito en el cielo, y le sobraba razon para ello, por cuanto no eran dolores los que sentía, eran las horrorosas bascas de la

muerte, que ya veia cercana; pero no una muerte dulce y tranquila, sino una muerte espantosa, horrible, cruel, como la que daban á sus víctimas muchos de los mónstruos que imperaron en Roma.

—¡Por Dios, señor facultativo! esclamó D. Perrondo lleno de angustia. Dejar que descanse un poco; es lo mejor...

—Es lo peor, caballero, dijo Almogabar; cuanto mas tiempo pase, mas *carnosidad* se irá introduciendo en la *cavidad glenoidéa* que ocupaba el hueso, y por consiguiente habrá mas obstáculos que vencer.

Otra vez empezó á barrenar con increible rapidez el cirujano, y ya fuese porque, como él pensaba, se hallase algo obstruida la *cavidad glenoidéa* por la carne que en ella habia ido entrando desde que la abandonó la cabeza del *húmero*, ó lo que es mas probable porque no acertase con ella, lo cierto es que estuvo así otro par de minutos trabajando infructuosamente durante ellos el infeliz paciente daba gritos espantosos y lastimeros, acompañados de tremendas maldiciones contra su verdugo.

—¡Asesino! esclamaba. ¡Señor, matad á este verdugo! ¡Carnicero, suéltame! ¡suéltame! ¡Ay! ¡yo... muero!

—¡Por Dios! ¡Ha perdido el sentido! ¡Fuera, señor facultativo! gritó medio acongojado D. Perrondo.

—¡Agua! ¡Agua! gritó el barbero.

Efectivamente: no pudiendo Masalegre soportar los atroces dolores de la operacion, acababa de ser acometido de un síncope terrible: una palidez cadavérica habíase apoderado de su rostro, bañado de copiosísimo sudor: el buen Almogabar y todos

los presentes se quedaron aterrados al ver á aquel en tan lastimosa disposicion. Por fortuna, á beneficio del agua con que la linda mano de la hija del alcalde regára el rostro del paciente, fué recobrando este poco á poco el uso de sus sentidos... Cuando abrió los ojos, clavóles con una espresion de indefinible horror en el tremebundo rostro del cirujano, exhalando un profundo suspiro.

—Vamos, dijo este algo repuesto de su primera impresion; el desmayo no ha podido ser mas cierto.

—¡Oh! ¡oh! esclamó D. Perrondo... no es para mí el presenciar este horroroso espectáculo.

—¡Ase... si... no! murmuró Mesalegre.

—Llamadme lo que querais, dijo muy humilde Almegabar... Pero advertid que lo soy por vuestro bien...

—¿Qué es eso? dijo entrando en la habitacion no poco azorado el médico que se quedára asistiendo al asfisiado... He sentido gritos espantosos... no he podido venir antes...

—¡Por Dios, señor médico! ¡Ayudad á este hombre! esclamó D. Perrondo.

—¡No! ¡No! ¡Que me matan! dijo Mesalegre con voz apagada... mejor es que me corten el brazo.

—¡Horror! gritó D. Perrondo.

—¡A ver! ¡á ver! repuso el médico... ¡Pues no faltaba mas! ¡Bueno seria que se salvára á Roberto!...

—¡Ah! ¡salvad tambien á este asesino! D. Perrondo.

—Sí, sí dijeron enternecidas la alcaldesa y su bella hija.

—Por eso he venido corriendo así que dejé reposando á Roberto, dijo el médico... ¡Oh! ¡oh!

¡pues digo!... ¿Y qué es lo que habeis hecho, señor Almogabar?

—Hasta ahora poca cosa, contestó este...

—¿Han sido violentos los esfuerzos empleados?

—Atendida la resistencia que la cavidad presentaba...

—¿Y habeis procurado enteraros bien á fondo de la clase de la *luxacion*?... Ya os he dicho repetidas veces que la cirugía necesita mas de la maña que de la fuerza.

Acercóse el facultativo al enfermo, y despues de reconocer bien despacio, aunque con mucho cuidado, la luxacion,

—¡Una sábana! esclamó... ¡Vd. quieto ahí! señor Almogabar. No sé si habreis hecho caso de que es una *luxacion hácia abajo*.

Puesta que le fué la sábana en sus manos, doblóla cuatro ó seis veces á la larga, y en seguida hizo de ella un rollo perfecto y bien apretado, que colocó debajo del sobaco de Masalegre, poniéndole otra almohada sobre las dos ó las tres en que descansaba su cabeza.

—Es indispensable que tengais un poco de resignacion, hijo mio, dijo el médico con dulzura al paciente; la operacion es dolorosa, pero breve y segura... No hay que dejar mover al enfermo, añadió dirigiéndose á todos los que le servian de ayudantes... Vd., señor Almogabar, dirige el brazo hácia su centro, con pulso y con fuerza cuando yo dé la señal que acostumbro, cogiéndole ahora por el codo y por junto á la muñeca.

—Pues señor, bien, añadió reconociendo de nuevo la dislocacion... *músculo deltoides*... *hombligato*... *clavícula*... todo está sano... la *cavidad*... algo obstruida... sano la *cápsula sinovial*... pero no im-

porta... bien, bien. Hágame Vd. el favor de estirar este brazo con cuidado, señor cirujano... ¡Ay! esclamó Masalegre.—Vamos, querido, un poquito de paciencia, continuó el médico dirigiéndose al enfermo con su acostumbrada dulzura..... Ahora me va Vd. á hacer el favor de mirar al techo... la vista fija en él... bien fija... cuidado con separarla á otro lado... ¡ajá!

Pronunciar el médico esta palabra, dar el cirujano un tremendo envion al brazo, sentir todos los circunstantes una especie de estraño chasquido, producido por la entrada de la cabeza del *húmero*, que aquel dirigiera, en su cavidad natural, y dar Masalegre un grito mas terrible que los pasados, todo fué obra de un segundo.

—¡Fuera todos! esclamó el médico lleno de satisfaccion... ya estamos corrientes.

El semblante de todos los presentes se inundó de inefable alegría al oir las palabras del facultativo.

—¡Un vendaje! gritó este.

—Aquí está todo preparado, dijo Almogabar, que acababa de desmontarse del cuerpo de Masalegre.

—Bueno, bueno; dejar que se sosiegue un minuto el paciente... acaba de pasar por el trance mas terrible... No movais el brazo, hijo mio... de vuestra conducta depende ahora el que la curacion sea pronta... Vamos, ¿qué tal os sentís? No es estraño que sintais aun atroces dolores; pero ellos se marcharán... Nada tendrá de particular que os acometa fiebre.

—¡Oh! yo creo que esa es segura, así como la hinchazon, dijo Almogabar. Lo que se puede pedir es que esta no sea *edematosa*, porque

ya se vé... como la *arteria axilar* y el *plexo braquial*...

—Vamos, vamos... ¡el vendaje! señor Almogabar, dijo el médico interrumpiéndole.

—¡Ay!... ayúdele Vd., dijo Masalegre.

—Corriente, amigo mio, yo le ayudaré, dijo el médico; pero no tengais cuidado, es muy suficiente el señor para colocaros bien el vendaje.

—¿Qué quiere Vd.? dijo con su acostumbrada mansedumbre el pobre Almogabar, disponiendo su vendaje... es peculiar á todos los cafermos el mirar de reojo á los facultativos. A nosotros nos cuadra aquello de *quien bien te quiere, te hará llorar*... ¡Cómo ha de ser!... Pero vivid tranquilo, añadió dirigiéndose á Masalegre: he puesto en mi vida algunos vendajes en *luxaciones del húmero*, estando echado á perder el *deltóides* de la *clavícula*, eso que los *ligamentos* y la *cápsula sinovial* se hallaban dilacerados...

—Como tú has dilacerado los mios, dijo para sí Masalegre.

—De la *pelvis*, continuó el impertérrito cirujano, á pesar de haber estado hundido el *sacro* en su cavidad.

—¡Por Dios! ¡no hable Vd. en *griego*, si quiere que me deje curar por su mano! esclamó Masalegre.

—¡Oh! esto, aunque sea griego, repuso el cirujano, se lo digo á Vd., porque no dude de mi pericia en la colocacion de vendajes... tenga Vd. entendido que solo *Almogabar* fué capaz entre *doce* cirujanos de colocar convenientemente un vendaje á un vecino de un pueblo inmediato, á quien se le hizo la operacion de cortarle unos tumores

nasales ó narices supernumerarias con que le habia favorecido la naturaleza...

—¿Qué mas *supernumerarias* que las de Vd.? dijo Masalegre, á quien sin querer habian vuelto parte de su buen humor las últimas palabras del *cirujanon*, que le hicieron fijar los ojos en sus descomunales narices.

—¡Es el demonio este hombre! dijo el médico por Masalegre, mirando risueño á su amo. Ponedle el vendaje, Sr. Almogabar, y cuanto menos se hable mejor, porque antes de un cuarto de hora temo que se le desarrolle la fiebre y es preciso no molestarle la cabeza.

—Vamos allá, dijo Almogabar, á quien la salida de Masalegre no habia podido sacar de su habitual mansedumbre.

Ayudado nuestro *cirujanon* por su barbero y tambien por el médico, colocó en pocos minutos el correspondiente vendaje; en seguida salieron todos á una habitacion fronteriza á la en que dejaremos reposando á Masalegre, velado por el barbero del buen Almogabar, quien como exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones, fué á visitar al momento al asfixiado y á los demás enfermos que á su cuidado estaban... Allí acudieron sujetos de todas las clases de la poblacion, á enterarse con verdadero interés del estado de nuestros viajeros, y no se habia ocultado aun el sol, cuando de órden de la infeliz madre del asfixiado se presentó con idéntico objeto su buen hermano, á quien ya conoce el lector...

Era poco mas del anochecer: el médico, que tambien habia salido á hacer su ordinaria visita, estaba ya de vuelta para acompañar á refrescar á nuestro viajero: solo faltaba el cirujano, á quien

se dispensara igual honor; y mientras llegaba, fueron el alcalde, su mujer, el médico y D. Perondo á enterarse del estado de Masalegre: hallárónle sobremanera postrado y anheliante; tomóle el médico el pulso, y encontrándole irregular y precipitado, vió que la fiebre llegaba ya á su mayor desarrollo.

—Corriente, dijo el médico; por ahora no podeis tomar mas que agua de naranja, y mañana veremos cómo nos hallamos de fiebre. ¡Oh! Si yo no me hallo ocupado en la curacion de Roberto, estoy seguro que ni aun esa fiebre...

—¿Pero ese cirujano...

—Es como casi todos los cirujanos romancistas, caballero; no estudian, no leen, y si leen y estudian, como que les faltan los mas indispensables rudimentos, no entienden una palabra: mal por consecuencia podria desempeñar dignamente su mision; pero no es eso lo peor que tienen, sino una brutal osadía para operar; si conocieran su ignorancia, serian mas circunspectos en el obrar; persuadidos de que con saber sangrar y afeitar y tener en la memoria cuatro terminachos, ininteligibles para ellos y para el vulgo, á quien se los encajan, vengan ó no á pelo, ya pueden acometer la curacion de toda clase de dolencias, sajan, cortan, cercenan, contunden y magullan con la mayor impavidez y desenvoltura del mundo... Y no creais que nuestro Almogabar es de los mas osados, no; yo conozco á mas de cuatro que en punto á sajar y cortar dejan atrás el mas inteligente carnicero... tiene Almogabar sobre los demás de su oficio, á pesar de la fiereza de su rostro, algunas cualidades que le hacen apreciable, tales como una paciencia edificante, una humil-

dad á toda prueba y una estraordinaria compasion hácia todos los enfermos, cuando no empuñan sus colosales manos los instrumentos quirúrjicos.

—Por eso es apreciado en el pueblo, dijo el alcalde... pero ¿quién llama?... ¡Hola, señor Almogabar! ¿concluimos ya la visita?

—Sí; y hubiera vuelto antes á no haberme entretenido con el hijo del carnicero *Borell*.

—Qué... ¿está peor? preguntó el médico.

—Ps... es un calavera... no ha guardado la quietud correspondiente, y tiene un poquito de calentura.

—En saliendo de aquí iremos á verle... dejémonos ahora de enfermedades, que tengo la cabeza hecha un volcan con los sucesos de esta tarde... ¡Pobre Roberto!

—Vamos, señores; ya podemos dar principio, dijo el alcalde, viendo que su linda hija depositaba sobre la mesa unos cuantos vasos de naranja.

—Y esta señorita... ¿no nos acompaña? dijo don Perrondo.

—Despues, dijo la niña con una seductora sonrisa.

—No, no, ahora; siéntate, Julia, dijo su madre.

Sentóse la interesante jóven al lado de su mamá, y colocados en forma el alcalde, su hijo, los dos facultativos, D. Perrondo y tres ó cuatro vecinos del pueblo empezaron todos á refrescar, saliendo al momento la conversacion acerca de la desesperacion del jóven Roberto, que le habia llevado á buscar la muerte en las ondas del *Llobregat*.

—¿Pero Vds. no atinan la causa que haya podido llevar á ese jóven al suicidio? preguntó don Perrondo.

—¡Oh! sí señor, dijo el médico... yo le conozco á fondo: es el jóven mas pundonoroso que usted puede imaginarse. Separado sin sueldo alguno en el año de 44 de las filas del ejército, donde sirvió con el grado de capitan, retiróse al lado de la madre, que le sostenia con la corta pension que la dejára su padre *don Protasio Vicens*, brillante oficial durante la guerra de la Independencia. Valiente, entusiasta, arrojado por un lado, y contemplando por otro la angustiosa posicion á que estaba reducido, tanto mas triste para él, cuanto que conocia lo gravoso que era á su pobre madre, comprometióse en uno de los alzamientos liberales que en los últimos años hemos presenciado en este pais: aunque sucumbió á los pocos dias la causa que abrazára, acreditó durante ellos, como en otras ocasiones lo hiciera, su mucha filantropía, impidiendo que los que estaban á sus órdenes cometieran el mas pequeño esceso: él pudo salvarse en Francia, donde pasó no pocos trabajos: acojido á una amnistía, pudo venir otra vez á abrazar á su madre; entonces valiéndose de una multitud de amigos, ó mejor conocidos, practicó cuantas diligencias son imaginables para ver de que le incorporáran en el ejército, ó al menos para que le señalaran el sueldo que le correspondia en clase de reemplazo. Todo ha sido en vano: la nota de sublevado le acompaña por doquier, y no abrigan todos los hombres los generosos sentimientos que su alma heróica. Trató hace cosa de un año de casarse en un pueblo inmediato; tenia arreglada la boda que de seguro iba á mejorar su posicion, cuando la muerte vino á privarle de la mujer que ya, digámoslo así, le pertenecia... ¡Oh! parece que la desgracia no se cansa de perseguir á algunos cristianos... Ha

tratado de colocarse en cualquiera empresa, en cualquiera casa de Barcelona, nada mas que para ganar el sustento, para no ser gravoso á su pobre madre, y cuantos pasos ha dado todos han sido sin fruto. En esa lucha que ha tenido que sostener contra su suerte, yo le he oido quejarse de la *amistad*... no, no, de los que se decian en otro tiempo sus amigos, que segun él son los primeros que le han vuelto la espalda... ¡Ah! nadie mejor que yo ha conocido lo noble de sus sentimientos, porque con nadie creo que haya tenido mas intimidad que conmigo; sin embargo, todos los habitantes de *Molins* han encontrado ocasion de probar lo generoso de su corazon, y de admirar sus no comunes virtudes... Yo apelo al imparcial testimonio de todos cuantos me escuchan, para que digan si efectivamente he exagerado en lo mas mínimo las brillantes cualidades de mi jóven amigo.

—No, no, dijeron todos los presentes.

—Pues bien, continuó el médico; sin duda, por presentársele tan adversa la fortuna, por verse abandonado, tal vez despreciado cruelmente, de los sujetos en cuya amistad debia esperar con confianza, y por no vislumbrar un término cercano á sus padecimientos, ha procurado poner fin á su existencia de la manera que todos sabemos... Yo le he observado triste y cogitabundo desde hace ya algunos dias; pero no me he alarmado, porque en otras ocasiones le he visto lo mismo... Dudo si hay una hora en que se agoten las fuerzas del alma así como las del cuerpo; pero me persuado que en una posicion análoga, al menos, ha debido hallarse ese infeliz para arrojarse al agua: su alma fuerte y heróica debe haberse visto combatida por

encontradas y terribles pasiones, y en esa lucha espantosa, en que el hombre, frente á un porvenir, que sin duda se le figura mas negro que el presente, acaba por constituirse juez de sí propio, le ha faltado la fé, y ha sucumbido á la debilidad, que siempre reprobaré yo, pero que de seguro es la primera que se ha albergado en su corazon.

Sobremanera atento escuchó D. Perrondo la relacion que hiciera el escelente médico.

—Paréceme, amigo mio, le dijo, que sois tan buen médico para el alma como para el cuerpo. Con razon habeis calificado de *debilidad* la determinacion que adopta el hombre, que se ó se cree desgraciado, de poner fin á una existencia que no perteneciéndole en manera alguna, no está en sus atribuciones el tasarla el tiempo de su duracion. Vivamente me ha interesado la suerte de ese jóven brillante, á quien hemos tenido la satisfaccion de salvar mi criado y yo; comprendo que ha sido desgraciado, que le ha perseguido con tenacidad constante, cruel, inaudita... esto servirá para disculparle; pero como que yo nunca aprobaré el suicidio, cualesquiera que sean las desgracias que aquejen al hombre, no puedo ménos de lamentar su loco estravío, su desesperada determinacion... Por limitada que sea nuestra inteligencia, todos podemos observar bien claramente, que no hay ninguna cosa en este mundo que sea eterna, y que por consecuencia la felicidad, así como la desgracia, tiene su término cuando ménos se piensa, para todos los infortunios hay sus lenitivos, así como para todos los males existen los convenientes remedios... es pues una cuestion de tiempo la que lleva al que se cree desdichado á contemplar el crímen (porque para mí lo es y muy grande) como un

varse de la vida: no tiene valor para aguantar unos días, unos meses mas, las desgracias que le aquejan; calculando erróneamente que estas han de ser eternas, abandónale la fé que tuviera hasta allí en Dios y en los hombres, y se priva impíamente de una existencia que pudiera ser útil para sí, para sus parientes y para la sociedad en que vive y á la que, aunque ingrata y egoista, la es deudor de no pocos favores; que así se libra de pagar... ¿y qué diríamos del verdadero deudor que quemase su fortuna por no pagar al acreedor? Pues entre éste y el *suicida* veo ya muchos puntos de contacto: es cierto que al uno llevan á cometer su accion un corazon corrompido y un alma depravada, mientras que el otro tal vez noble y virtuoso, como el jóven de quien hablamos, es arrastrado á practicar la suya por desconfiar del porvenir, por creer que ya la dicha se acabó para él; pero ambos *deben*, y ambos es justo que *paguen*; ambos disponen *ad libitum* de cosas que no son suyas, teniendo una estrecha obligacion de devolvérselas intactas al que se las ha prestado... ¿Quién le ha dicho á ese jóven que no le sonreirá mañana la fortuna?... ¡Ah! yo que he tocado muchos desengaños del mundo; que he visto sobrevenir y desaparecer de la noche á la mañana grandes infortunios; que he tenido ocasion de presenciar el reemplazo de brillantes situaciones por otras tristes y desesperadas, yo le pronóstico que mejorará bien pronto de suerte.—Sí, añadió como queriendo convencerse; eso está en el órden natural de las cosas, que no dejarán de alterarse por él.—Probablemente, [illegible] de ese infeliz no podré [illegible] [illegible] pero se confie en vés, señor [illegible] [illegible]

reis su corazon en mi nombre con el bálsamo consolador de la esperanza.

—Con gusto, dijo el médico, desempeñaremos la noble mision que nos encarga un hombre tan generoso como valiente. ¡O! sí, sí, ahí está el verdadero valor... He dicho antes que era una *debilidad* el suicidio; pero habiéndole oido á Vd., habiendo escuchado al que con sin igual arrojo espuso su vida por salvar la de un desconocido, no tengo reparo en calificarle de una reprensible *cobardía*.

—Si lo es, repuso D. Ferrondo, ó si se quiere concederémos á algunos que es un *valor*; pero un *valor bárbaro* que para mí es lo mismo que una cobardía... Donde quiera que haya existido una civilizacion regular y se haya estimado en algo la filosofía, allí no se ha tenido el *suicidio* por un acto de valor, sino de *cobardía*, impropio de los hombres grandes... Yo veo esa *Grecia* que tantos héroes produjo, que tantos hombres diera de verdadero valor, y no encuentro uno siquiera que considerase como tal el *suicidio*: veo al gran *Temistocles*, cuya gloria llegó hasta el estremo de dar su nombre á su siglo, sobrellevar con heróica paciencia las persecuciones de su ingrata patria, andar errante entre los pueblos bárbaros, á quienes habia vencido, y sin embargo acabar su carrera tranquilamente en *Susa*, si hemos de creer á *Tucidides*; veo á *Alcibiades* morir en la desgracia en medio del Asia menor, pero sin atentar contra una existencia, que todavía estaba consagrando á la patria que lo tenia prescripto, y veo sobre todo á ese *Dionisio*, señor de *Siracusa* y de toda la *Sicilia*, confirmarse con su suerte, y al cabo de su vejez, abandonado de todo el mundo, ejercer en *Corinto*

el magisterio de niños... ¡Oh! ¿No os parece mas grande ese tirano, recorriendo como un mendigo las calles de la brillante ciudad del *Istmo*, que atravesándose el corazon con una espada, como *Catton* y *Bruto*, representantes de la fiera filosofía y de las poco cultas costumbres romanas?

—¡Oh! sí, sí; indudablemente, dijo el médico... si algo tuvo Dionisio de grande lo manifestó en la desgracia la posicion á que se vió reducido en Grecia despues de su última caida. Pero es hora de ir á ver á nuestro D. Roberto; visitaremos despues al hijo de *Boxell*, Sr. Almogabar... y Vd., mi querido amigo, necesita tambien descansar...

—Sí, sí, dijo D. Perrondo... y suplico á estas señoras me dispongan la cama junto á la del enfermo.

—Ya está allí preparada... ¿Pero no dormiríais mejor en otra habitacion? dijo la esposa del alcalde.

—No, no, dijo el médico: á los que se aman, sanos, ó enfermos, hay que dejarlos vivir y dormir juntos.

—Sí, quiero estar á la vista de él, dijo D. Perrondo. Despidióse este de todos los circunstantes y se fué á acostar en el lecho inmediato al que ocupaba Masalegre.

CAPITULO XVIII.

LLEGADA Á BARCELONA.

Segun habia pronosticado el médico, la convalecencia que sobrevino á Masalegre, tal vez mas que por el tratamiento de Almogabar, no duró muy poco tiempo; pues que á los doce dias que siguió al de tan penada operacion, ya estaba

completamente exento de ella. Muchísimas personas del pueblo fueron en aquella mañana á enterarse de su estado, siendo una de tantas la madre de Roberto que, á pesar de lo angustioso de su situacion, creyó de su deber el ir á visitar á los salvadores de su hijo, darles las debidas gracias y ofrecerles de todo corazon hasta su propia existencia. Ya por encontrarse limpio de calentura, ya tambien por ser enemigo declarado de la cama, fuera de las horas de descanso, pues que tanto él como su amo profesaban la máxima del emperador Adriano «de que el hombre debia morir en pié», vistióse nuestro Masalegre en aquella tarde, que pasó sin salir de la sala, entretenido con la interesante familia del alcalde y muchos de los principales habitantes de *Molins*.

Como le viera en tan buen estado, aunque imposibilitado de mover el brazo por unos cuantos dias, determinó su amo continuar la marcha al siguiente dia para Barcelona en un carruaje, y no haciéndoles falta alguna las mulas, suplicó al alcalde que se las vendiese á uno de los muchos traginantes que por allí pasan á todas horas y momentos.

En la misma tarde fuése nuestro viajero en union del médico y del alcalde á visitar al desgraciado cuanto interesante jóven Roberto, á quien ya encontrára en el mas satisfactorio estado, y despues de consolarle ofreciéndole su amistad y diciéndole que no se despedia de él porque esperaba verle lo antes posible en Barcelona, salió en seguida con aquellos señores á dar un paseo por el campo, que tan grato le era siempre, y entretenidos con la vista de las hermosas huertas que fertilizan el *Llobregat* y el canal titulado de la *In-*

fanta, que cebándose de aquel rio en los campos de este pueblo, lleva su benéfica influencia á varios comarcanos, no regresaron á casa hasta que los rayos del sol dejaron de dorar el majestuoso puente de piedra, que jamás se habia de borrar de la memoria de nuestros viajeros. Despues de pasar estos casi la mitad de la noche en compañía de la interesante y virtuosa familia del alcalde, el médico y Almogabar fuéronse á acostar, pensando en el nuevo dia, memorable para ellos de su entrada en Barcelona.

Salió el sol tan brillante, puro y hermoso como en los últimos dias: con su aparicion abandonó D. Perrondo el blando lecho, y apenas habia concluido de lavarse cuando desde una larga distancia llegó á sus oidos el estrepitoso galopar de dos caballos, que con no poca estrañeza suya acabaron por pararse á la puerta de la casa del alcalde.

Al minuto esta autoridad, abriendo la puerta de la habitacion donde estaba nuestro viajero, dijo:

—Aquí pregunta por vos un caballero oficial.

—¡Un oficial! Tened la bondad de decirle que pase.

Al momento apareció un arrogante mancebo, vestido de oficial de caballería: antes de que pudiera articular una sola palabra, clavó D. Perrondo sobre el hermosísimo y casi imberbe rostro del recien entrado su penetrante mirada, y arrojándose á él con los brazos abiertos:

—¡Eduardo! esclamó radiante de alegría. ¡Hijo mio! añadió apretando contra su corazon el pecho del esbelto jóven. ¡Tú por aquí! ¡Oh! ¡Qué dicha! Mira, Masalegre... ¡Es Eduardo! ¡Mírale bien!... Su semejanza con Gumersinda me le hizo conocer

al momento... Pero á todo esto, ¿cómo es que le vemos por aquí?

—Yo os diré, amigo mio... pero antes necesito saber cómo estais, cómo está Masalegre... He sabido el acontecimiento...

—¿Cómo?

—Por los periódicos de Barcelona... ¡Oh! no he estado tranquilo desde que lo leí ayer tarde... En toda la noche he podido dormir, y al abrir las puertas de la ciudad, he salido de ella en busca vuestra.

—¡Pobre Eduardo! esclamó D. Perrondo volviendo á abrazarle... ¡Tan generoso como su padre! ¡Tan bueno como su hermana!... Pero ya puedes tranquilizarte; no tenemos nada... Masalegre fué curado antes de ayer tarde...

—Dí que mas bien fuí *martirizado*, hijo, dijo Masalegre; ya nada tengo, á Dios gracias: despues de unos cuantos dias de vendaje, ya podré abrazarte á mi gusto... Pero oye, chico, no consiento que me trates de Vd.; quiero que lo hagas *tú*, como yo á tí, aunque seas oficial... ¿Qué me importa que seas oficial para el caso? Yo soy el mismo que siempre, el que arrulló á tí y á tu hermana. ¿Lo oyes, *señorito*?

—¡Corriente, corriente!... ¡Cuánto me alegro!... ¡Oh! ya estrañaba yo que no hubiérais entrado en Barcelona, dijo Eduardo... tres dias he salido á esperaros, y cuando ayer tarde, por una rara casualidad, vino á mis manos el periódico que traigo conmigo, y conservaré eternamente, enmedio del cuidado que me infundiera la incertidumbre de vuestro estado, confieso que recibió mi corazon un placer indefinible, inmenso... quisiera haberme convertido entonces en águila para venir

á veros... me lleno de orgullo... ¡oh! ¡esos hombres tan arrojados, tan valientes, tan generosos, esos son los íntimos amigos de mi padre! dije: ¡son de mi pueblo! ¡son dos personas á quienes mi hermana me dice que ame tanto como á ella!... Leed, leed, añadió el jóven con entusiasmo, sacando de su cartera un diario de Barcelona.

—¡Bien! ¡bien! ¡guapo muchacho! esclamó don Perrondo, tomando en sus manos el periódico y contemplando con satisfaccion á Eduardo... me gusta ese noble ardimiento, ese generoso entusiasmo, que espero no te abandonará.

—¡Ah! ¡Si yo pudiera igualarlos!... ¡Qué de alabanzas os prodigaban ayer en todas partes!.... Leed, leed...

D. Perrondó desdobló el periódico, y leyó en alta voz lo siguiente:

«Poseidos del mas vivo entusiasmo, insertamos á continuacion la siguiente carta que anoche recibimos de nuestro corresponsal de *Molins*:

Molins de Rey y Octubre... de 184...

»Muy señores mios: Escribo á Vds. bajo una impresion imposible de describir. Pasaban á poco mas de las tres de esta tarde por nuestro magnífico puente dos caballeros castellanos con direccion á esa ciudad, en ocasion que el valiente cuanto desgraciado capitan que fué del ejército, *D. Roberto Vicens*, hijo de este pueblo, pensó poner fin á sus padecimientos, poniéndole á su existencia entre las cristalinas ondas del Llobregat. Tan pronto fué ver uno de los caballeros al desventurado suicida en el agua, como dirigir su mula al sitio fatal, y apeándose de un brinco de ella, lanzarse medio vestido en su busca desde una descomunal

altura: apareció Vicens al momento, sobre la superficie; cogióle el valiente caballero; pero como aquel no sabia nadar, agarróse instintivamente con su salvador, y tales y tan desesperados esfuerzos hizo en medio de los tormentos de su asfixia, que en vez de remar hácia la orilla, dió con él en el fondo. Por fortuna el otro caballero habíase ya arrojado al agua, completamente desnudo, y como su compañero, á beneficio de su pericia en la natacion, y á pesar de sus ropas, logró salir á la superficie, luchando todavía con Vicens, en el momento de verles lanzóse con la velocidad del rayo sobre los dos, y agarrando al suicida por los cabellos, dió órden de nadar de espalda, y de esta suerte lograron ganar la orilla, donde ya no habia peligro, arrastrando su presa en medio de los desgarradores gritos que multitud de viajeros y vecinos de este pueblo daban desde el puente y desde las márgenes del rio. Es de advertir que al lanzarse al agua el último caballero, tropezó con un cuerpo estraño, dislocándose el brazo izquierdo; pero á pesar de eso tuvo el suficiente aliento para salvar á los dos con su robusta diestra. Imposible me es pintaros aquí el entusiasmo que se apoderó de todos los espectadores: lanzárense al rio medio vestidos muchísimos de ellos, que sacaron en hombros á Vicens y á sus generosos salvadores; vistieron al momento á estos; cada uno de los habitantes de esta noble villa queria llevárseles á porfía á su casa, hasta que se acordó que fueran hospedados en la del honrado alcalde, como legítimo representante de los sentimientos de todos... Prodigados por nuestro médico titular D. J. de R. los convenientes auxilios al desgraciado Vicens, puedo asegurarles que ya está fuera de peligro, así

como me cabe tambien la satisfaccion de participarles que, aunque dolorosa, se hizo al momento la operacion del brazo dislocado, que ya está en su lugar. Va á marchar luego el correo, y dejo para otro dia el participarles las causas que en mi concepto han llevado al desgraciado, cuanto interesante Vicens, al suicidio, así como el enterarles al pormenor de lo nobles y altamente heróicos que son los corazones de sus salvadores... Llámase el uno de estos hombres generosos *D. Perrondo de la Bárcena*, y el otro, que debe ser su doméstico, es conocido por *Masalegre*, cuya palabra ignoro si es apellido ó seudónimo: son de *tierra de Campos*, y segun todas las apariencias, el primero debe ser poseedor de una fortuna inmensa, cosa que realza sus brillantes cualidades, tanto físicas como morales, que á primera vista encantan al que tiene la dicha de conocerle... Luego tendrán Vds. el placer de ver á los dos en esa ilustre ciudad.»

—¡Hola! ¡hola! parece que hay, dijo Masalegre, mas corazones entusiastas y caritativos en Barcelona que los que yo presumía.

—¿Pues no ha de haber? dijo Eduardo.

—Es que á mí me han querido hacer entender algunos, que está dominada completamente por un asqueroso mercantilismo; que se desconocen los afectos purísimos de la amistad; que la mayor parte de los corazones se hallan marchitos por un vil y sórdido interés; que hay mucho egoismo...

—Ya te dije al salir de Lérida lo que era el carácter catalan, dijo D. Perrondo; pero, ¿cómo pueden calificar de egoista y pintar con tan negros colores á esa bella é industriosa ciudad, de la cual hace ya dos siglos y medio decia Cervantes: «es *archivo de la cortesía, albergue de los estranjeros*,

hospital de los pobres, pátria de los valientes, venganza de los ofendidos; y correspondencia grata de firmes amistades, en sitio y en belleza única?» (1).

—Pues señor, bien; me alegro que así sea, repuso Masalegre; pero, ¿sabe Vd. que acierto yo quién es el autor de esa comunicacion? Para mí no es otro que el médico.

—Bien puede ser; él es tan sábio como virtuoso, tan entusiasta como noble... ¡Hola!... aquí le tenemos ya acompañado del cirujano...

Efectivamente, los dos facultativos acababan de entrar en la habitacion, y no poco se estrañaron de encontrar en ella al jóven oficial, cuya presencia y noble fisonomía no pudieron menos de llamar su atencion.

—Aquí teneis, dijo D. Perrondo dirigiéndose al médico y tocando con su mano el hombro de Eduardo, un muchacho que vale un imperio... Es natural de nuestro pueblo, hijo de un íntimo amigo mio, que fué comprofesor de Vd...

—Contadme como uno de vuestros mas afectuosos servidores, dijo el médico á Eduardo.

—¡Oh! sí, sí, y él lo será vuestro, repuso don Perrondo... ¿Y no adivinais cómo ha podido saber el acontecimiento que nos ha detenido en *Molins?*

—Sí.....

—¿Luego sois vos el autor de esa comunicacion?

—No, amigo mio; pero supe antes de anoche que se habia dirigido á dos ó tres diarios de Barcelona... Mas ¿qué ruido es ese?... Sin duda el carruaje...

---

(1) D. Quijote, parte segunda, cap. LXXII.

—Ya está ahí la carretela que habeis mandado venir de Barcelona, dijo el alcalde entrando en la habitacion... pero, ¿tan pronto os habeis de marchar?

—No hay otro remedio, amigo mio; harto lo siento por abandonar tan grata compañía; pero no se puede pasar por otro camino..... espero que nos veremos en Barcelona, y si me es posible no saldré de ella sin venir á despedirme de vos y de vuestra interesante familia.

—Acepto vuestra oferta, dijo el alcalde lleno de satisfaccion... Voy á que nos sirvan el desayuno á todos los presentes.

—Corriente, dijo el médico; mientras tanto veremos el brazo de Masalegre.

La noticia de la llegada de la carretela en que habian de ir nuestros viajeros á Barcelona, cundió al momento por toda la villa, y sus habitantes quisieron dar un testimonio de gratitud hácia aquellos, acudiendo en masa á presenciar su partida á la puerta de la casa de su querido alcalde.

Ya estaba el equipaje de nuestros viajeros en la carretela: Eduardo, que habia de ir con ellos, encargó á su asistente que marchase despacio para la ciudad con los caballos en que habian venido á Molins; D. Perrondo abrazó, sumamente conmovido, al alcalde, á su hijo, al médico, á Almogabar y á otros vecinos del pueblo; la diestra de Masalegre apretó con efusion las de tan interesantes personas; ofrecieron ambos sus servicios á la alcaldesa y á su linda hija, y con los ojos enternecidos á causa de la separacion de unas personas que ya les eran tan caras, subieron á la carretela en medio de los gritos entusiastas de la muchedumbre, que espresaban su ardiente deseo

por la felicidad de los salvadores de su paisano *Vicens*.

—¡Contad con todo el pueblo de *Molins*! gritó con los brazos levantados, sobreponiéndose á las voces de la multitud, un hombre de atléticas formas, al tiempo de colocarse en el carruaje nuestros viajeros y Eduardo.

—¡Sí! ¡sí!

—Gracias, señores, dijo puesto en pié D. Perrendo... jamás nos abandonarán los buenos recuerdos de esta noble villa... vosotros tambien podeis contar con nuestros corazones, que latirán siempre por vuestra felicidad.

—¡Vivan los nobles castellanos!

—¡Vivan!

Hasta que el carruaje se halló á una regular distancia de la poblacion, no dejé de herir el eco de las mil voces entusiastas los oidos de nuestros viajeros, que tan inolvidables recuerdos dejaban en la villa de *Molins*: ganó aquel á luego la de *San Feliú de Llobregat*, cuyos campos fertiliza tambien el *Canal de la Infanta*, y como Masalegre se hallase tan contento por acercársele ya el momento en que iba á ver la gran ciudad de Barcelona, y contemplar el imponente mar, para llegar al cual habia tenido que sufrir tantos contratiempos, vínosele á la imaginacion un sueño, ó mejor delirio, que tuviera la noche de la operacion, en medio del mayor acremento de la calentura, sueño que á imitacion de su amo y de Eduardo les contó de la siguiente manera:

«Despues que los atroces dolores que me hicieron pasar Almagabar habieron aniquilado las fuerzas de nuestro cuerpo, y cuando el intenso ardor de la calentura tenia, digámoslo así, volcanizado mi espíri-

tu, vino á atormentar mas mi imaginacion el recuerdo de todos los contratiempos, de todas las angustias, de todos los sinsabores porque habiamos pasado desde la hora y punto que salimos de nuestra casa, viajando por un pais que se dice que es el nuestro, sujeto á unas mismas leyes, y que sin embargo ofrece tantas dificultades para recorrerle como si fuera la *China* ó el antiguo *Egipto*. Pensando en tan tristes sucesos, y sobre todo en la idea desgarradora de que pudiera morir tan lejos de nuestra patria entre gentes, si bien honradas, nobles y filantrópicas en demasía, completamente estrañas á nosotros en trajes, costumbres y dialecto, maldecía de todo corazon el momento en que adoptamos la determinacion de viajar en busca de goces que tan caros nos costaban: con esto, figuróseme que la fiebre que me atormentaba iba creciendo por momentos, y que el insignificante resto que aun quedára de despojo á mis sentidos, fuese oscureciendo poco á poco, á la manera que la luna se oculta al viajero nocturno cuando se interpone entre los dos una negra y densísima nube impelida por el recio vendabal. Sumido en un profundo letargo, salí de él al cabo de un buen rato, y entonces creíme trasportado como por arte de encantamiento á un camino solitario, tortuoso, nada llano, cortado en multitud de partes por arroyos y barrancos, y completamente desconocido para mí. A pesar de esto, suficiente por sí solo para llenar de terror al hombre mas animoso, puesto allí, parecióme que tenia la cabeza despejadísima, que el corazon se me rejuvenecía, que mi cuerpo habia esperimentado un vigor tal, que mayor no le habia esperimentado en lo mas florido de mi juventud.. En tal estado avergoncéme de mi anterior debilidad, y como si siguiera las inspiraciones de un génio superior, me eché á andar con resolucion y confianza, dispuesto á arrostrar con frente serena los peligros que en mi viaje pudieran sobrevenirme. No habia andado aun un cuanto de legua, cuando ví que, al cruzar un arroyuelo, se opuso á mi paso un hombre de fatídicas facciones, apuntándome al pecho con una escopeta; tomé con cachaza otro rumbo, y á luego me encontré con un

gran rio que tuve que pasar á nado, desnudándome por completo y trasportando la ropa encima de mi cabeza: mas adelante tropecé con un arroyo de bastante anchura; creí que mis fuerzas eran suficientes para pasarlo de un brinco; pero al hacerlo me quedé encharcado en medio de él: salí como pude de mi atolladero, y despues de enjugar mis ropas proseguí mi camino como si nada me hubiera sucedido: llegué al pié de una montaña por donde subia caracoleando el camino, que aquí era una angosta y peligrosísima senda, y cuya inmensa altura parecióme que podia ganar en muy pocos minutos, pero solo logré dominarla á fuerza de tiempo y de constancia, porque su elevacion era infinitamente mayor que la que en un principio creia, su suelo resbaladizo, y de uno y otro lado de la estrecha y apenas trillada cinta, por la cual marchaba, habia espantosos precipicios que ofrecian abismos insondables, donde hubiera llegado hecho pedazos á habérseme deslizado uno de mis piés: no fué menos peligrosa la bajada, si bien mas descansada como era natural: proseguí mi marcha en la persuasion de que ya el camino estaría llano y espedito, pero todavía tuve que atravesar barrancos, cruzar rios y arroyos, subir y bajar cuestas con el corazon oprimido de cansancio á causa de su inconmensurable altura: no obstante esto continué animadísimo por mi camino; nada era capaz de arredrarme, nada de disuadirme de mi propósito; mi constancia era inalterable: al fin, en medio de una alegría imposible de describirse, bajo mil gratas y dulcísimas impresiones, llegué á ver desde lejos el magestuoso mar, y á los pocos minutos me hallé á las soberbias puertas de una ciudad embalsamada con el perfume de mil flores y plantas oderíficas, y tan bonitas que me pareció el Eden prometido á los bienaventurados: las puertas eran de riquísimo alabastro, los edificios que llegué á ver, de fino y bien pulimentado jaspe matizado de diferentes colores, y los balcones que los adornaban de plata caprichosamente cincelada. *Muchísimas jóvenes á cual mas hermosas, vestidas de blanco y con sus largas trenzas flotando por sus espaldas,* salieron á recibirme y detrás de ellas cuadrillas

enteras de arrogantes mancebos, vestidos de azul celeste, que rodeándome por todas partes y alabando á porfía mi constancia, se dispusieron al momento á acompañarmé á la morada destinada para los recien llegados á aquella mansion de delicias inefables, entonando alegres canciones al son de una música melodiosa, cuyos solos preludios colocaron mi alma en un éxtasis divino; ébrio de purísimo gozo dába por bien empleados los infinitos malos ratos, los crueles sinsabores que habia sufrido en el camino... ¿Qué importaban ya? ¿No iba á recoger el fruto de mi arrojo, de mi serenidad, de mi fé en la arriesgada empresa á que tan noble como intrépidamente me lanzára al marchar rodeado de esplendor al sitio de antemano señalado, donde de seguro me encontraria con el *Eden* venturoso y apetecido, con el delicioso y anhelado *Paraiso*...? Eché á andar en efecto en medio de la alegre y brillante comitiva... Ya me consideraba inmensamente feliz... A los pocos minutos iba á serlo por completo... sí... Atravesando tres ó cuatro magníficas calles, ví ya la imponente morada á donde era conducido con tanta magestad, morada mas soberbia que las destinadas á los mas poderosos monarcas, puesto que parecióme todo de preciosísimo alabastro oriental con aleros de plata y balcones de oro que ofuscaban la vista por la multitud de piedras preciosas en ellos incrustadas... Ya estábamos al pié del augusto edificio; disponíame yo á subir su magnífica escalinata, cuando... desperté sonriéndome... ó mejor, alejóse de mi mente la dulce vision; á consecuencia sin duda del ruido que mi amo hiciéra al acostarse, y aunque no pude ya reconciliar el sueño en toda la noche, bien fuese por el favorable efecto que aquella produjese en mí, ó por otra causa natural, lo cierto es que la calentura fué cediendo progresivamente desde aquel instante, en términos que, como sabeis, me ví libre de aquella por completo antes del medio dia siguiente.»

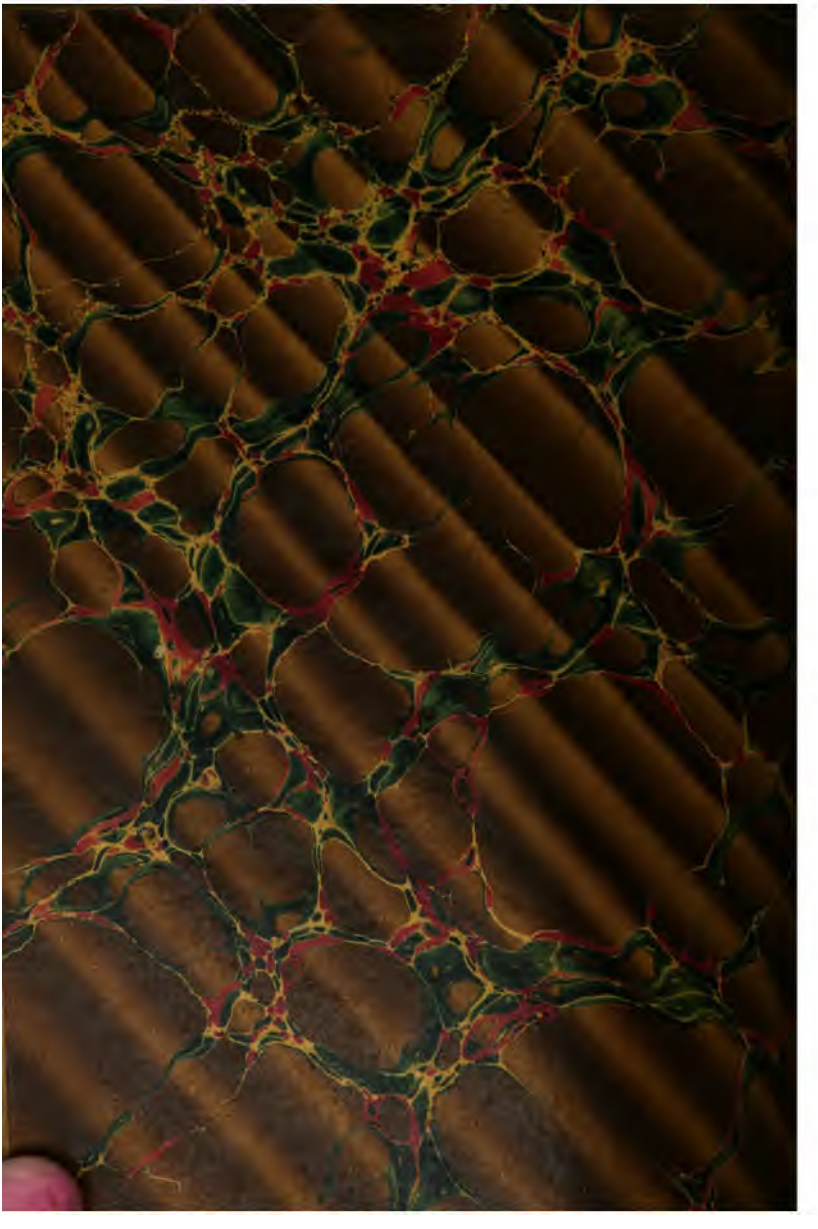
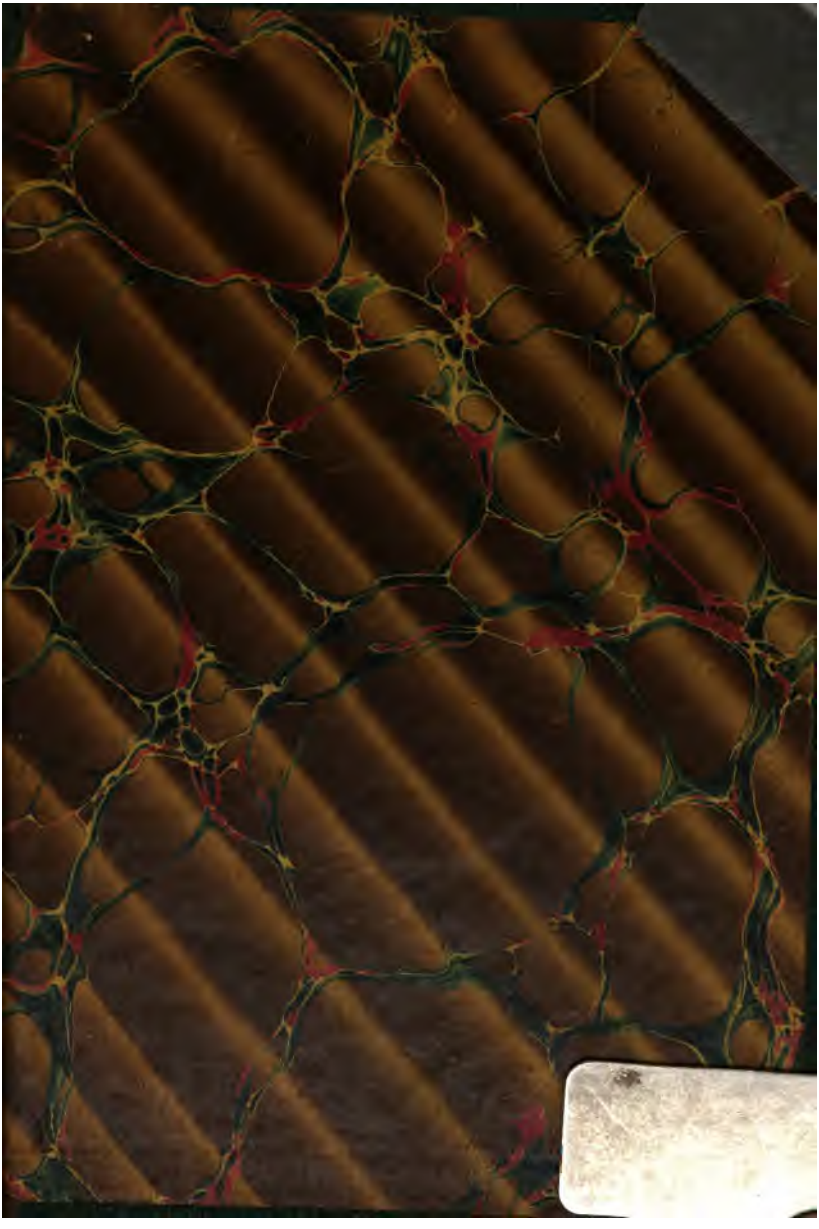
—¡Dulcísimo ensueño, querido! dijo Eduardo: habrá pasado por tí esa grata vision; pero yo veo retratado en ella otro viaje mas cierto, por de

pronto mas realizable... tal vez dos... Mira, mira; ya llegas al término fijado para ver el mar, como el caminante el lugar de su destino... Tiende tu vista por ese inmenso mar; contempla aquellas olas que se elevan, desaparecen y vuelven á aparecer, que desde este sitio se presentan casi negras á nuestra mezquina vista, y no son sino de un azul oscuro y hermoso... Ve y admira ahí la mano del Omnipotente... ¿No ves aquellos cuerpos, semejantes desde aquí á los palomares redondos de nuestra tierra, que apenas parece que se mueven, y sin embargo marchan con increible velocidad en direccion de la ínclita ciudad...? Pues son las veleras naves que despues de una larga y siempre penosa navegacion se acercan al deseado puerto, viniendo de dejar los productos de las industriosas manos catalanas, acaso de las tierras de nuestros antípodas, en cambio de otros aquí desconocidos... ¡Oh! ¡Cuántos corazones generosos, como son en general los de los marinos, latirán á bordo de placer, contemplando ya tan cerca de ellos los majestuosos edificios de la gran ciudad, cuna de ellos, ó de sus esposas, ó de sus padres, ó de sus hijos, ó tal vez de todos, que les estarán esperando llenos de ansiedad y deseando estrecharles entre sus cariñosos brazos...!

En efecto: desde la pequeña eminencia por donde marchaba la carretela, veíanse en lontananza las aguas del *Mediterráneo*; de este mar, el mas célebre del mundo; de este mar, teatro de tantos acontecimientos que han trastornado su faz; de este mar, que á pesar de haber sido dominado sucesivamente por *hebreos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, venecianos y genoveses, otomanos, españoles é ingleses*, no lo será en adelante por nin-

guna nacion sola, y menos tiene que ser, como aseguran algunos políticos de CORTA VISTA, un *lago francés*, sino un LAGO DEL MUNDO, que brindará con sus inmensos tesoros á todos sus habitantes, y muy en particular á los cien pueblos, que habitarán mas dichosos que los del dia sus costas septentrionales, orientales y meridionales, y que gemirá bajo el peso de la multitud maravillosa de naves, que trasporten pacíficamente de uno á otro punto los productos de la industria y de la agricultura.

Masalegre veía lleno de gozo, aunque con el brazo vendado, medio realizado su delirio de la noche de la operacion... Ya tambien estaba cerca de la gran ciudad que, aunque no con puertas de alabastro ni edificios de jaspe con balcones de oro y plata, es bellísima en estremo por su situacion y clima, centro de la industria española, admiracion y envidia de los estranjeros, orgullo de los nacionales, foco perenne de civilizacion, terror de los déspotas, madre de esforzados y heróicos hijos, estrella que guia al templo augusto de la libertad, y perla la mas preciosa del Mediterráneo, inclusa la afeminada y encantadora Nápoles.

Acercóse por fin el carruaje á la industriosa y opulenta ciudad; atravesó la puerta de San Antonio, y dejando en pos de sí unas cuantas calles, á cual mas magníficas, detúvose junto á la puerta de una soberbia fonda, donde habian de pasar aquellos el tiempo de su residencia en ella, en union del bello cuanto interesante jóven Eduardo.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO Y TOMO I.